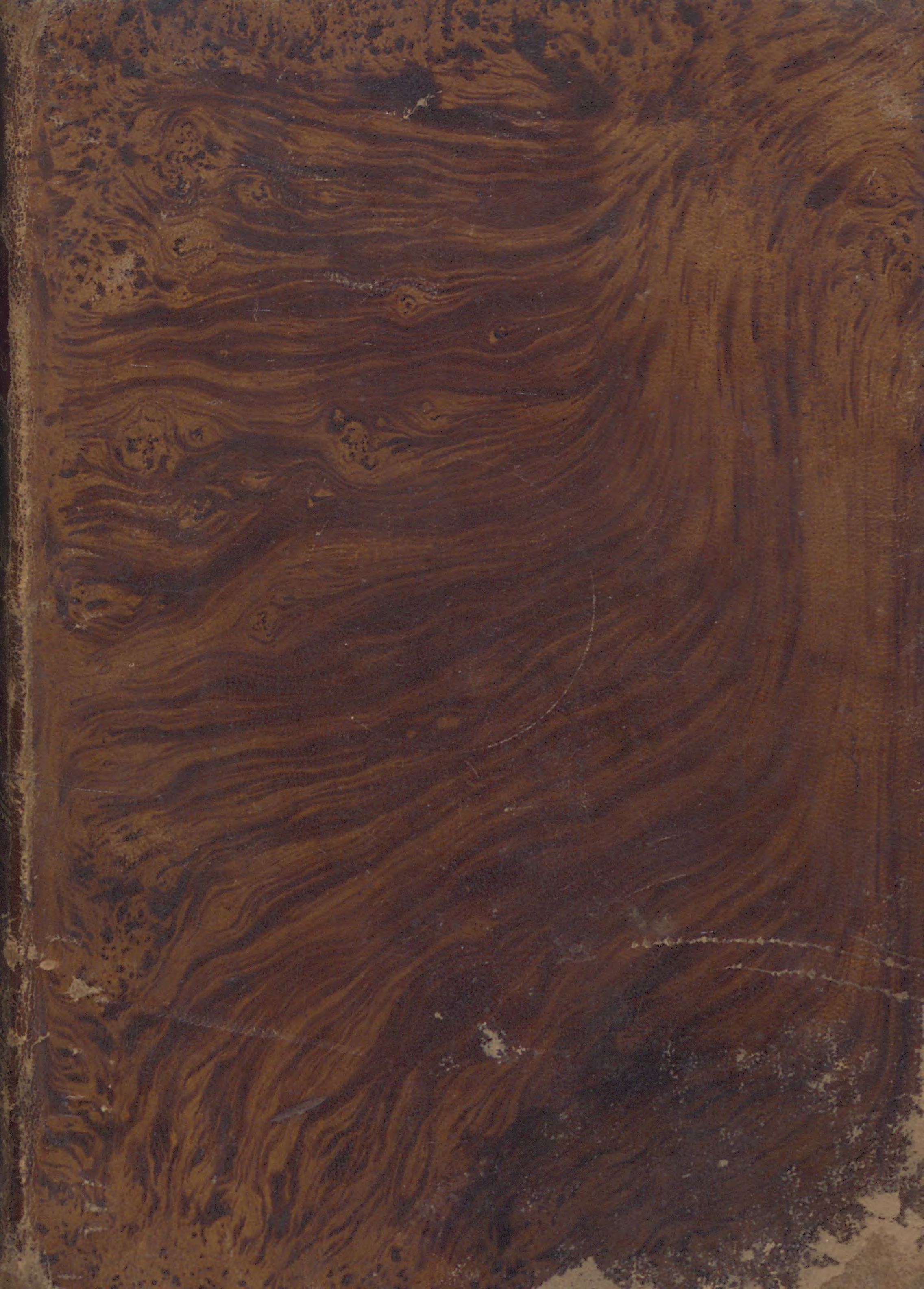








AÑO CRISTIANO

Ó

EXERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

JULIO.

AÑO CRISTIANO
Ó
EXERCICIOS DEVOTOS
PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

CONTIENE

la explicacion del misterio; la vida del santo correspondiente á cada dia; algunas reflexîones sobre la epístola; una meditacion despues del evangelio de la misa, y algunos exercicios prácticos de devocion, ó propósitos adaptables á todo género de personas.

ESCRITO EN FRANCES
POR EL PADRE JUAN CROISSET,
de la Compañía de Jesus;

TRADUCIDO AL CASTELLANO
POR EL PADRE JOSE FRANCISCO DE ISLA,
de la misma Compañía,

Y ADICIONADO
con las vidas y festividades de los santos nacionales y extrangeros, que celebra la Iglesia de España, puestas en sus respectivos lugares, y la traduccion de las epístolas y evangelios, que suprimió el P. Isla, por los RR. PP. Fr. Pedro Centeno y Fr. Juan Fernandez de Roxas, del orden de san Agustin, presentados en sagrada teología, &c.

JULIO.





MADRID MDCCCXVIII.
IMPRENTA DE LA REAL COMPAÑÍA.
POR SU REGENTE D. JUAN JOSÉ SIGUENZA Y VERA.



DIA PRIMERO.

San Simeon el Simple.

Para confundir la vana sabiduría del mundo dispuso la divina Providencia enviar á él de tiempo en tiempo algunos siervos de Dios, tan dedicados á representarse insensatos al presumido concepto de los hijos de este siglo, como éstos hacen estudio de ostentarse discretos á los ojos de los mundanos. Uno de éstos fue el Santo cuya vida vamos á escribir.

Llamóse Simeon, y se le añadió el epíteto, ó por mejor decir, el apodo de *Salo*, voz que significa *el Simple*; y fue su nacimiento en Edesa, ciudad de Mesopotamia, en aquella parte de la Siria, que se dilata al otro lado del Eufratres. Ignóranse los sucesos de su niñez, y solamente se sabe que fue de familia distinguida en el pais, tanto por su opulencia, como por su inviolable adhesion á la religion católica en aquellos desgraciados tiempos en que las heregías despedazaban y asolaban la combatida Iglesia del Oriente. Aprendió con igual facilidad que perfeccion así la lengua como las ciencias de los griegos, prueba no dudosa de la excelencia de su ingenio, así como lo fue de la inocencia de sus costumbres el ardiente deseo que tuvo de sacrificarse á Dios desde su misma niñez.

A los veinte años escasos de su edad era el exemplo y la admiracion de Edesa por su sabiduría y por su virtud. Sintióse movido á visitar los santos lugares de Jerusalen, á cuya ciudad concurrian todos los años así los edesanos como los demas pueblos de la comarca, singularmente el dia de la Exâltacion de la santa Cruz, cuya fiesta se celebraba con grande solemnidad. Juntóse con un amigo suyo, llamado Juan, para emprender juntos este devoto viage. A vista de aquellos preciosos instrumentos

de nuestra eterna dicha, y de los sagrados lugares donde se obraron los grandes méritos de nuestra redencion, se renovaron en el corazon de Simeon todos los fervorosos afectos de la mas tierna piedad; y á estos virtuosos impulsos de la gracia se siguió inmediatamente el tedio y el disgusto á todas las cosas del mundo. Acabada la fiesta, y habiendo cumplido nuestros peregrinos con su religiosa devocion, tomaron la vuelta de su tierra por el valle de Jericó, donde descubrieron gran número de monasterios fundados á las riberas del Jordan. Suspendiéronse á vista de un espectáculo de tanta edificacion; comenzaron á hablar de lo dichosos que eran aquellos hombres ángeles que los habitaban; las reflexîones excitaron los movimientos, y tras éstos naturalmente se les encendieron los deseos de imitarlos.

¡Felices hombres (decian) los que pueblan estos desiertos, distantes del tumulto, exêntos de los vayvenes, y á cubierto de las inconstancias, tan comunes en el siglo! ¡Qué santa será su vida, qué dulce, qué tranquila su preciosa muerte! No hay en el mundo hombres mas afortunados. *¡Con qué gusto*, dixo nuestro Santo, *iria yo á visitar á estos ángeles humanos!* *Con mayor*, replicó Juan, *los imitaria yo. Pues vamos á verlos*, añadió Simeon, *que acaso nos concederá el cielo esa gracia.* Tomada esta resolucion, despidieron los criados con los caballos, y desviándose del camino real, siguieron una estrecha senda que guiaba á los monasterios.

El primero que encontraron fue el de san Gerásimo, cuyo abad era san Nicon. Hallaron á la puerta un venerable anciano, que los recibió con tanto agrado, con tanto amor y con tanta alegría como si ya los estuviese esperando por revelacion divina. Observaron el profundo silencio que reynaba en el monasterio, el grato y cariñoso recibimiento que los hizo el Abad, la modestia, y no sé qué ayre de santidad que resplandecia en todos los monges, su humildad, su mortificacion, y en medio de tanta austeridad una dulzura y una celestial alegría. Todo los admiró, todo los enamoró, y desde el mismo dia tomaron la resolucion de no volver mas á Edesa, y dexarlo todo por amor de Jesucristo.

Creciendo por instantes su fervor, se declararon con

el Abad, repitiéndole tan vivas las instancias para que los admitiese en el número de los religiosos, que al fin los cortaron el cabello, y se les dió el hábito de monges. Fue tanto el fervor con que emprendieron su noviciado, y tan rápidos los progresos que en breve tiempo hicieron en el camino de la perfeccion por su fiel correspondencia á la gracia, que á pocos dias los proponian por modelos.

Sin embargo de ser tan austéra la vida que se profesaba en aquel célebre monasterio, todavía le pareció á Simeon demasiadamente suave; llevábale la inclinacion á mayor retiro, y explicándose con su fiel amigo, le dixo que se sentia interiormente movido á ir á acabar sus dias en alguna soledad mas retirada y mas áspera. *Pronto estoy á seguirte*, le respondió Juan; *mas para no proceder con ligereza, y para conocer si es de buen espíritu ese impulso, sería yo de parecer que lo consultásemos con nuestro santo Abad, y una vez que él lo apruebe, aseguramos el acierto. Vengo en ello*, replicó Simeon, *vamos á declararle nuestro intento, y nos conformarémos ciegamente en su resolucion.* Era el santo Abad un hombre dotado de gran discrecion de espíritus, y desde luego comprendió que lo que se le proponia no nacia de ilusion ni de ligereza, pareciéndole tan clara la legítima vocacion de Dios, que no debia oponerse á élla; y así, abrazándolos tiernamente, y dándolos su bendicion, les dixo: *Id, hijos mios, en buen hora, y seguid al Espíritu santo que os conduce al desierto, procurando ser fieles á gracia tan singular.*

Con este seguro pasaporte partieron alegres los dos solitarios, y tomaron su camino hácia el mar Muerto, en cuyas márgenes, despues de haber caminado algunos dias, hallaron una celdilla abandonada por haber muerto poco tiempo antes el anacoreta que la ocupaba; y pareciéndoles ser aquella la estancia con que los brindaba la divina Providencia, hicieron alto en élla, rindiendo mil gracias al Señor por habérsela preparado.

Toda su ocupacion se reducia á exercicios de oracion y de penitencia, aquélla era de todas horas; y el sueño que tomaban recostados sobre unas piedras apenas la interrumpia. No era posible vida mas penitente; el ayuno era contínuo, y el poco alimento que tomaban nueva y

no poco rigorosa penitencia. En fin, á su vida, en todo parecida á la de los primeros fundadores del estado *Monacal*, solamente la faltaba la prueba de la tentacion. Preparósela el infierno abundantemente con todo género de éllas; la memoria de lo que habian dexado, la absoluta falta de todo, el tédio, el disgusto y las mas vergonzosas tentaciones los hubieran sin duda derribado, á no haberlos sostenido la divina gracia. Traian contínuamente á la memoria el objeto de su primera resolucion, el exemplo de tantos santos, y el fruto que perderian de tantos trabajos padecidos; pero su principal recurso era la oracion; animábanse recíprocamente en sus santas conversaciones; aumentaban las penitencias, y al paso de éllas crecia su confianza en el Señor, en cuyos medios, y con el auxîlio del cielo, consiguieron en fin una completa victoria.

Casi diez y nueve años habia que nuestros dos Solitarios vivian en aquel espantoso desierto, entregados totalmente á los exercicios de la mas dura penitencia, cuando de repente le asaltó á Simeon un vivísimo pensamiento de abandonar la soledad, y de irse á meter en medio del mismo mundo, para combatirle cara á cara con un género de armas verdaderamente poco usadas hasta entonces. Era su idea fingirse loco, y humillarse voluntariamente á los ojos de los hombres con afectadas demostraciones de una locura aparente, para confundir (decia él) con esta humillacion la vana sabiduría de los hijos del siglo, y atacar el orgullo humano en sus últimos atrincheramientos. Comunicó este plan con su amado compañero, que sobresaltado al oir resolucion tan extraordinaria, no omitió razon alguna para desviarle de élla; pero nuestro Santo se mantuvo inflexîble en su meditado intento. *Es cierto*, decia Simeon, *que es obscura, y que no dexa de ser penitente la vida que aquí hacemos; pero mi amor propio se acomoda en esta quietud, y hasta el orgullo como que no dexa de fomentarse con la misma penitencia. A mí nadie me exercita; ¿y quién saldrá por fiador de que al cabo llegaré á domar este enemigo casero?* Juan por el contrario, le hacia presente cuanto juzgaba debia representarle contra un proyecto tan extraño como resbaladizo; el tierno amor que profesaba á tan caro com-

pañero le sugeria mil razones tan sólidas como eficaces para disuadirle aquella idea; los peligros á que se exponia, los lazos del enemigo comun, y la facilidad de descaminarse por una senda tan desconocida como poco trillada; pero la inspiracion era tan fuerte, y la voz de Dios al corazon se percibia tan clara, que no le fue posible hacer mella en Simeon. Separáronse en fin los dos tiernos amigos, deshaciéndose en dulces lágrimas, pero con recíproca palabra de volverse á ver antes de morir. Nuestro Santo partió segunda vez á visitar los santos lugares de Jerusalen, donde renovó su resolucion con la memoria de los abatimientos y humillaciones que padeció el Señor en aquella ciudad, queriendo tambien ser reputado por loco en la corte del rey Herodes; y desde Jerusalen se fue derecho á Emesa de Siria, donde pasó el resto de su preciosa vida.

Desde aquel punto fue el único objeto de su santa ambicion todo aquello que le podia hacer despreciable á los ojos de los hombres. Dió principio á su representacion mezclándose con los muchachos y con los niños, jugando con éllos en las calles y plazas públicas. Afectaba mil extravagancias en medio del populacho; metíase en los corrillos, y trataba conversaciones tan ridículas como impertinentes; fingia unos movimientos, un ayre, una conducta y unas modales tan risibles, tan estrafalarias y tan opuestas á toda buena razon, que únos le tenian por tonto, ótros por loco, y los mas eran de parecer que tenia de úno y de ótro por iguales partes.

No hay hombre tan ambicioso de aplausos, como nuestro Santo lo fue de abatimientos y desprecios. Hecho la risa del pueblo y el juguete de los muchachos, todo su gusto era verse harto de oprobios, y cuando á éstos se añadian los palos, que no eran pocas veces, entonces brincaba de contento, y se reia. Teníase esta insensibilidad por prueba concluyente de su locura, y lo era de su heróica virtud.

No era su único fin hacerse despreciable á los ojos de los hombres; pretendia tambien ganar almas á Dios por medio de cien industrias. Algunas veces quedaban todos admirados, oyéndole entre sus extravagancias muchas verdades importantes que hacian impresion, y algunos

se aprovechaban de éllas. De manera, que aquella aparente locura en suma era un velo con que cubria las gracias que le hacia Dios, y un artificio variado, por una parte para ocultar, y por ótra para asegurar el éxîto de muchas buenas obras. Buscaba algunas veces las mugeres perdidas, dábalas del dinero que recogia, divertíalas con sus graciosos desvaríos, y todo era por hallar ocasion para reprenderlas su desordenada vida; medios irregulares y extraordinarios, que en ótros serian perniciosos, y á Simeon le salieron tan bien, que el imaginado loco hizo cuerdos á muchos, sacando del infeliz estado de la culpa á muchas personas de todas clases y edades, y retirando del vicio á no pocos jóvenes disolutos, y á no pocas mugeres perdidas; pero de nada se guardaba tanto Simeon como de que llegasen á conocer lo que verdaderamente era.

Cuando se encontraba en la calle con algunos energúmenos, conociendo que el Señor los queria librar de aquel trabajo por su intercesion, mezclábase entre éllos, remedaba sus gestos, contorsiones y movimientos; si éllos gritaban, él gritaba mas que todos; y por este medio se hallaban libres del maligno huesped que los molestaba, sin que á ninguno se le ofreciese que por sus méritos los concedia el cielo aquella gracia.

A la sombra de este diluvio de abatimientos ocultaba tambien sus rígidas penitencias. Su ayuno era rigoroso con exceso; por lo comun se le pasaban tres dias naturales sin comer ni beber, y algunas veces toda la semana. Entrábase en los figones públicos; sentábase á la mesa con los hombres mas perdidos; teníalos divertidos con sus graciosos dichos y extravagancias, sin que advirtiesen que no comia bocado; encaxábales á vuelta de eso unas verdades y unos desengaños, que los pasaban el alma, pero sin conceder jamás la menor indulgencia á sus sentidos. En medio de una vida al parecer tan disipada, nunca se dispensó en sus mortificaciones ordinarias, ni perdió un punto de su recogimiento interior. Dormia no mas que dos ó tres horas por la noche, sin mas cama que unos manojos de sarmientos, pasando lo restante en oracion, acompañada siempre de copiosas lágrimas. Muchas veces le veian como extático, fixos los ojos en el cielo,

encendido el rostro á violencias del divino fuego que interiormente le abrasaba; pero tenia tal arte para disfrazar estas exterioridades, que todas se atribuian á efecto natural de su locura.

Comunicóle Dios muchos dones sobrenaturales, y entre ótros el de profecía, con el que pronosticaba las cosas futuras; pero siempre rebozándolas de manera que no despertase la curiosidad, ni causase admiracion. Entró un dia en cierto edificio público sostenido de muchas columnas; llevaba un látigo en la mano, y comenzó á dar grandes azotes á algunas de éllas, diciéndolas al mismo tiempo: *Tenéos firmes, que presto os harán baylar.* Así pronosticó un violento terremoto que sucedió pocos dias despues, y se notó que cayeron en tierra todas las demas columnas menos las que el Santo azotó.

A semejante ayre profetizó el estrago que hizo la peste en Emesa, diciendo á muchos niños de la escuela que se dispusiesen para hacer un viage largo; y fueron puntualmente los mismos á quienes el contagio echó en la sepultura. Curó repentinamente á no pocos enfermos solo con hacer de loco á vista de éllos. En fin, su mayor estudio era disfrazar todo lo bueno que hacia, y salió tan eminente en este divino arte, que como observa con discrecion el autor de su vida, aquel mismo Señor, que acostumbra hacer milagros para manifestar á sus santos, parece que cada dia hacia muchos para obscurecer á éste. Sin embargo, algunos siervos de Dios mas iluminados no dexaban de descubrir su heróica virtud por entre los celages de su profunda simulacion. Finalmente, llegó á tanto la insaciable hambre de verse humillado, que habiéndole acusado una muger de mala vida, imputándole ser padre del fruto que tenia en sus entrañas, no solo sufrió el Santo esta confusion sin alentar una sola palabra en su defensa, sino que se portó de un modo extraño, haciendo creer á los incautos que la acusacion nada habia tenido de calumnia. Pero volvió el Señor por su inocencia, atormentando á la infeliz muger con tan crueles dolores en su parto, que jamás pudo dar á luz la criatura hasta que públicamente se desdixo, declarando quién era su verdadero padre.

Advertido Simeon por revelacion divina de su cerca-

na muerte, quiso cumplir la palabra que habia dado á su antiguo y fiel amigo de que le volveria á ver antes de morir, y partió al punto á su primera soledad. Quedó agradablemente sorprendido su amado compañero cuando le vió en su presencia; abrazáronse tiernamente, y fueron las dulces lágrimas de entrambos intérpretes fieles de su recíproco gozo. *Vesme aquí*, dixo Simeon, *que por la gracia de mi Señor Jesucristo he acabado mi carrera, hallándome ya al fin de élla; vengo á cumplir mi palabra, y á darte el último abrazo.* A estas palabras volvió á renovarse el llanto; pero le interrumpió la relacion que hizo Simeon de las grandes misericordias que Dios habia obrado con él, y de todas sus no menos raras que exemplares aventuras. Admiró el bienaventurado Juan los extraordinarios caminos de la divina Providencia; bendixo mil veces al Señor, y despues de recomendarse los dos recíprocamente en sus oraciones, se volvió Simeon á Emesa, donde hizo reservada confianza de toda su vida al huesped que le tenia en su casa, y era un diácono de aquella iglesia, hombre caritativo y piadoso, que ya habia sospechado se ocultaba algo de axtraordinario en la conducta de Simeon. Exígióle un inviolable secreto por toda su vida, y le suplicó le permitiese retirarse algun tiempo á cierto rincon muy escondido de la misma casa.

Pasados dos dias sin que el Santo pareciese, quiso saber el Diácono si estaba malo; pero hallóle ya difunto, y cubierto con los sarmientos que le servian de cama. Ya todos estaban desengañados de lo que verdaderamente era Simeon, manifestada visiblemente su heróica santidad, por lo que fue su muerte acompañada de la pública veneracion, y el Señor acreditó sus merecimientos con muchas maravillas. Fue elevado el santo cuerpo del cementerio donde le habian dado sepultura; y publicando cada uno lo raro y lo prodigioso que habia observado en aquel Siervo de Dios encubierto, facilmente se reconocieron los primorosos rasgos de una sabiduría cristiana, escondidos con el velo de una simpleza aparente. Consagró la Iglesia universal su memoria con el honor del sagrado culto que le decretó; y no parece posible suba á mas elevado punto el amor y la ánsia de los abatimien-

tos, que el que admira nuestra veneracion y nuestra confusion en este singular Santo.

La misa es del Comun de confesor no pontífice, y la oracion la siguiente.

Adesto, Domine, supplicationibus nostris, quas in beati Simeonis confessoris tui solemnitate deferimus; ut qui nostræ justitiæ fiduciam non habemus, ejus qui tibi placuit precibus adjuvemur: Per Dominum nostrum...

Oye, Señor, benignamente las súplicas que te hacemos en la solemnidad del beato Simeon, tu glorioso confesor, para que consigamos por la intercesion del que tanto te agradó, lo que no podemos esperar de nuestros merecimientos: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 4. de la primera que escribió el apóstol S. Pablo á los corintios.

Fratres: Spectaculum facti sumus mundo, et angelis, et hominibus. Nos stulti propter Christum, vos autem prudentes in Christo: nos infirmi, vos autem fortes: vos nobiles, nos autem ignobiles. Usque in hanc horam et esurimus, et sitimus, et nudi sumus, et colaphis cædimur, et instabiles sumus, et laboramus operantes manibus nostris: maledicimur, et benedicimus: persecutionem patimur, et sustinemus: blasphemamur, et obsecramus: tamquam purgamenta hujus mundi facti sumus, omnium peripsema usque adhùc. Non ut confundam vos, hæc scribo; sed ut filios meos charissimos moneo in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos: Estamos hechos espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres. Nosotros estultos por Cristo, y vosotros prudentes en Cristo: nosotros débiles, y vosotros fuertes: vosotros gloriosos, y nosotros deshonrados. Hasta esta hora tenemos hambre y sed, y estamos desnudos, y somos heridos con bofetadas, y no tenemos donde estar, y nos fatigamos trabajando con nuestras manos: somos maldecidos, y bendecimos: padecemos persecucion, y tenemos paciencia: somos blasfemados, y hacemos súplicas: hemos llegado á ser como la basura del mundo y la hez de todos hasta este punto. No os escribo estas cosas para confundiros; sino que os aviso como á hijos mios muy amados en Cristo Jesus nuestro Señor.

NOTA.

» *Espectáculo* significa propiamente un objeto extra» ordinario que suspende, llamando la atencion y la ad» miracion de los concurrentes. En este sentido así los » apóstoles como los demas santos fueron *espectáculo* al » mundo, á los hombres, y aun á los ángeles mismos, » suspensos todos y admirados á vista de lo que hicieron » y padecieron por Cristo.

REFLEXIONES.

Nosotros somos necios por amor de Jesucristo; pero vosotros sois prudentes. Así hablaba san Pablo á aquellos hombres carnales, á aquellos cristianos mundanos, á aquellos presumidos espíritus fuertes de Corinto. Era visible la ironía, pero estaba muy en su lugar. ¿Y por qué no podrémos hablar en el mismo idioma á los cristianos de nuestros tiempos? *Nosotros somos necios por amor de Jesucristo*; á lo menos es bien cierto que son reputados por tales todos aquellos que se conforman con las máxîmas del evangelio. Y si no, díganme: ¿con qué ojos se mira hoy en el mundo el arreglo de las costumbres, el porte ajustado, la mortificacion de los sentidos, el recogimiento interior, la modesta compostura, el retiro del bullicio? A la devocion se la trata de apocamiento de espíritu, y se llama escrúpulo la delicadeza de conciencia. Mírase con cierta especie de lástima á los que siguen el camino que nos dexó señalado Jesucristo. Los aplausos y la estimacion se reservan para los mundanos; parece que solo en el espíritu del mundo se halla recogido el buen juicio y la razon. La profanidad, la brillantez, los resortes de las pasiones, una fortuna sobresaliente, el amor de las riquezas, los artificios del amor propio, el reynado de los placeres, esto es lo que da el mérito en el mundo. En sentir de muchas gentes la vida obscura, humilde y retirada es una verdadera desgracia, no de otra manera que si estuvieran proscriptas las máxîmas de la religion. Veis aquí dos caminos bien opuestos; veis aquí dos espíritus bien diferentes; veis aquí dos reglas de costumbres bien contrarias. Si los hombres del mundo son prudentes, los

siervos de Dios son insensatos; porque ¿puede haber mayor locura que macerar la carne, mortificar los sentidos, tener sujeto al amor propio á una perpétua servidumbre, y estarse haciendo contínua violencia? Pues esta, y no otra, es la doctrina de Jesucristo; es así que el mundo la condena, ¿pero quién de los dos se engaña? Si la verdadera sabiduría está en las máxîmas del evangelio, el no seguirlas será una insigne locura. Pero si son sabios y acertados los mundanos siguiendo una vida poco cristiana, será preciso que vayan errados los devotos y los virtuosos. Esto no admite medio. ¡Santo Dios, y qué disyuntiva tan terrible! ¿Habrá quien tenga osadía para decir que los santos lo erraron siguiendo las máxîmas del evangelio? Luego es muy cierto que los que no las siguen van descaminados. Hombres carnales, mugeres mundanas, espíritus disipados, disolutos de profesion, corazones profanos, ¡qué dignos sois de compasion en vuestros lastimosos descaminos! Haced, haced ostentacion de vuestra vanidad; preconizad vuestras escandalosas máxîmas; triunfad en vuestra conducta licenciosa; sostened con fiereza vuestra irreligion; nada estimeis sino vuestra orgullosa mundanidad; tenéos en buen hora por prudentes y por discretones; vuestra misma conducta es la prueba mas concluyente de la mas insigne locura. ¡Puede haber mayor extravagancia que forjarse un camino enteramente contrario al que el mismo Jesucristo nos dexó expresamente demarcado! ¡Oh y cuánta verdad es que no hay otra verdadera sabiduría sino las máxîmas del evangelio! Todo hombre que se condena es sumamente insensato; solo son sabios aquellos que se salvan.

El evangelio es del capítulo 12. de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nolite timere, pusillus grex, quia complacuit Patri vestro dare vobis regnum. Vendite quæ possidetis, et date eleëmosynam. Facite vobis sacculos, qui non veterascunt, thesaurum non deficientem in cœlis: quo fur

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: No temais, pequeña grey, porque vuestro Padre ha tenido á bien daros el reyno. Vended lo que teneis, y dad limosna. Haceos bolsillos que no envejecen, un tesoro en los cielos que no mengua, adonde no llega el la-

non appropiat, neque tinea corrumpit. Ubi enim thesaurus vester est, ibi et cor vestrum erit.

dron, ni la polilla le roe. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará tambien vuestro corazon.

MEDITACION.

Del amor á los desprecios.

PUNTO RIMERO.

Considera que el amor á los desprecios es la prueba menos equívoca, y en rigor es la señal infalible de verdadera humildad. Engáñanse no pocos, teniéndose por humildes, porque conocen sus imperfecciones, y confiesan sus defectos. No basta sentir uno baxamente de sí; no es menester mas que un poco de reflexîon para que cada uno conozca sus miserias y sus nulidades, con otro poco de entendimiento para condenarlas. Solamente los simples dexan de discernir las sombras. La estimacion de sí mismo es vicio de almas baxas y de entendimientos vulgares; un entendimiento despejado y noble descubre con claridad todos sus defectos, y no se los disimula. Pero este conocimiento especulativo de ninguna manera constituye el carácter de la verdadera humildad; es esta una virtud moral, que ni consiste, ni reside precisamente en el entendimiento, sino principalmente en la voluntad, domicilio y asiento de todas las virtudes cristianas. Para ser verdaderamente humildes es menester lo primero sentir baxamente de sí, y lo segundo desear que los demas sientan lo mismo, y no nos tengan por mejores de lo que somos. No hay mayor injusticia que exîgir de los ótros estimen de nuestras personas aquello que nosotros mismos juzgamos digno desprecio. ¿A quién le puede parecer mal que no sea estimado aquello que Dios condena, y que nosotros mismos condenamos? Ser verdaderamente humilde sin desear verdaderamente ser humillado, no puede ser. Ya que el amor á los desprecios no sea sensible, ya que los sentidos y el amor propio se opongan á él, por lo menos debe ser aplaudido por la razon, así como lo es siempre por la religion. Humildad sin humillacio-

nes siempre es sospechosa. Bien puede uno ser humillado sin ser humilde; pero es imposible desear serlo sin verdadera humildad. El mérito de los primeros cristianos y de los religiosos consistió en vivir abatidos, humillados y despreciados del mundo. El original de aquellas ilustres copias fue el exemplo de Jesucristo. La misma humillacion, el mismo desprecio puede ser dudoso, pues ninguno hay que no sea capaz de practicar el amor propio, siendo cierto que entre todas las pasiones la mas cómica y la mejor representante es el orgullo, el cual se sabe fomentar hasta de las humillaciones y de los desprecios mas aparentes; pero el amarlos y el desearlos no puede ser sin verdadera humildad.

¡O mi Dios, y qué poco se conforma esta doctrina con el gusto del mundo! La mayor parte de los devotos nada siente, nada aborrece tanto como la humillacion. Solo se busca una virtud aplaudida; los desprecios alteran y turban el corazon; ¿pero será muy castiza la virtud que se acomoda tan mal con éllos?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la humillacion es constitutivo esencial de la penitencia; porque todo pecador verdaderamente contrito desea ser humillado. Es cierto que las humillaciones obscuras y mudas, las secretas y las interiores son antídoto excelente para conservar la virtud; pero no son absolutamente incompatibles con cierta oculta vanidad que roe y despedaza todo aquello que no nos humilla á los ojos de los hombres. Es nuestro orgullo un enemigo doméstico que se esconde, que se atrinchera, y que tal vez finge huir ó rendirse en las ocasiones; mas en la realidad ninguno le doma enteramente sino las humillaciones públicas y los desprecios ruidosos. Desengañémonos, que solo con desprecios se fortifica la humildad. ¡Ay Dios mio, y qué poquitos son los que dicen de corazon con el profeta David: *Bueno es, Señor, para mí que me has humillado, porque de esta manera aprenderé á guardar con fidelidad tu santa ley.* ¡Ah, que solo el amago de una humillacion, de un abatimiento público nos estremece! Hasta las personas que hacen profesion de virtud desean ser humildes,

pero no humilladas. La humillacion entibia el fervor, pone tedio á la virtud, entra despues la sequedad, y apodérase la amargura del corazon. En acabándose el aplauso, se acaba la virtud; prueba evidente de que era superficial y bastarda. Ennobleció Cristo la humillacion despues que él mismo se humilló y se anonadó, como se explicó el Apóstol. El mismo Salvador fue quien nos delineó el plan de la vida cristiana, señalando todos los caminos, y entre éllos ninguno señaló que no esté lleno de valles obscuros y sombríos. Las cumbres son para el mundo y para los atestados de su espíritu. *Aprended de mí*, dice el Señor, *que soy manso y humilde de corazon.* Pero la humillacion que nos enseña es la del corazon, no la de puro entendimiento; y esa humildad de corazon no es otra, propiamente hablando, que el amor á los desprecios. Ni esta importante leccion la dirige precisamente á los religiosos, dirígela á todos los cristianos, á todos sus discípulos, á los grandes del mundo, á los dichosos del siglo, á los sabios, á los ricos, á los ancianos, á los jóvenes. ¿Pero los cristianos de nuestros tiempos estan muy adelantados en esta ciencia práctica? ¿aman los desprecios tanto como los santos los amaron? Ninguno hay en el cielo que no se señalase en el amor á sus abatimientos.

¡O Dios, y cuán distintas fueron de las nuestras las máxîmas de las santos! ¿Es nuestro espíritu el mismo que el suyo? Pero sin embargo la religion es la misma, la doctrina la propia. Muchos misterios encierra esta palpable contradiccion. Llegaron los santos al término de su carrera; ¿y llegarémos nosotros al mismo siguiendo camino tan opuesto?

¡Ah Señor, no consulteis á mi corazon, ni á mi repugnancia natural! Humilladme, abatidme cuanto fuere de vuestro agrado, con tal que os digneis hacerme misericordia. Me es necesaria la humillacion; y si por mi cobardía no la amare, haced á lo menos que la acepte con resignacion.

JACULATORIAS.

Bonum mihi, quia humiliasti me. Salm. 118.
Mucha cuenta me ha tenido, Señor, que me hayais humillado.
Humiliatus sum usquequaque, Domine, vivifica me secundum verbum tuum. Salm. 118.
Sostenedme, Señor, en mis abatimientos, segun lo habeis prometido.

PROPOSITOS.

Se temen, se aborrecen las humillaciones; y no se teme la condenacion eterna, que ciertamente es el mayor y el mas vergonzoso de todos los abatimientos. Nuestro orgullo es el orígen de todos nuestros desórdenes, y tarde ó temprano causa la muerte del alma. ¿Qué remedios no se aplican para curar un absceso? No se perdona al hierro y al fuego; admítense con gusto los mas amargos, los mas desabridos, como se consideren eficaces. Esta virtud tiene respecto del orgullo la humillacion; es amarga al amor propio, no hay duda; pero es un soberano específico para curar la inflamacion interna del corazon, por la cual el hombre se abulta á sí mismo, y concibe una magnífica idea de su persona. La humillacion le reduce á su justa medida, y haciéndole baxar de aquellas alturas en que se le anda la cabeza, pone límites á la ambicion, moderando sus deseos. Ama un medio tan eficaz para hacerte feliz. Si no tienes valor ni virtud para solicitar los abatimientos, por lo menos no vuelvas las espaldas á los que se te presentan; estímalos, como señal cierta de la particular bondad con que te mira el Señor, y dale gracias prontamente con alguna breve oracion. Es loable costumbre la de rezar el *Laudate Dominum, omnes gentes...* cuando nos sucede algun abatimiento; y guárdate siempre de prorumpir ni en la mas leve queja.

2 Siéndonos tan provechosa la humillacion, ¿qué razon habrá para que no tengamos por amigos aquellos de quienes se vale Dios para enviárnosla? Háganlo por pasion, ó háganlo por inadvertencia, siempre debemos amar la mano que nos cura, aunque nos abrase. Cuando el remedio es eficaz, no se repara que sea amargo. No hay

mayor injusticia que mirar con malos ojos á los que nos humillan; si fuera lícito tener aversion á alguno, debiera ser á los que nos exâltan; pues contribuyendo á nuestra perdicion, no parece debiéramos quedarles muy obligados. ¿Te ofendió, te abatió, te humilló alguno? pues trátale con mas cariño, dedícate á servirle con mayor cuidado, y dexa que gruña el amor propio todo lo que quisiere; mantente firme en esta práctica, porque no la hay mas segura para hacer grandes progresos en la perfeccion. Frecuentemente nos volvemos contra nuestros concurrentes; contra nuestros superiores, contra nuestros prelados cuando nos sucede alguna humillacion; hacemos muy mal. ¿Y por qué no nos volverémos contra nuestra insuficiencia, contra nuestra tropelía, contra nuestro poco espíritu, contra nuestra estupidez, que nos acarreó aquel abatimiento, mil veces merecido por otros muchos motivos? ¡Cosa extraña! todos confesamos buenamente que á los ojos de Dios somos despreciables; y nada sentimos tanto como ser efectivamente despreciados.

DIA SEGUNDO.

La Visitacion de la santísima Vírgen.

Celebra la Iglesia esta fiesta el dia dos de julio en memoria de la visita que la santísima Vírgen hizo á su prima santa Isabel.

Al mismo tiempo que el Ángel anunció á María la encarnacion del Hijo de Dios, la dió parte del preñado de su prima santa Isabel, que aunque estéril y de edad muy abanzada, tenia en su vientre seis meses habia un hijo milagroso, destinado á ser precursor del verdadero Mesías. Llenó de gozo á la Vírgen esta noticia; y considerando la fortuna de aquella dichosa muger, escogida de Dios para madre del precursor de su santísimo Hijo, la obligacion que tenia de ir cuanto ántes á darla el parabien de aquella dicha, los vivos deseos que sentia de servirla, y dándola el Señor un claro conocimiento

de las maravillas que queria obrar por élla en aquella misteriosa visita, partió sin dilacion á hacerla en aquel mismo dia; porque, como dice san Ambrosio, la caridad no sufre tardanzas ni dilaciones. El camino era dilatado y penoso; y habia de viajar desde Nazaret á Ebron, ciudad sacerdotal, situada en la parte meridional de Judá, sobre unas escarpadas montañas, á diez ó doce leguas de Jerusalen, y á treinta y ocho ó cuarenta de Nazaret. No era viage fácil á una doncella tan tierna como la santísima Vírgen; pero el zelo y la caridad la allanaron las dificultades, sin acobardarla las fatigas del camino; porque toda su ánsia era seguir la divina inspiracion, y publicar las grandezas del Señor, como dice el mismo san Ambrosio.

Llegando á Hebron, se encaminó derecha á la casa de Zacarías, á cuya puerta encontró á su Prima que salia á recibirla. Abrazóla tiernamente, saludóla, y apenas despegó los labios, cuando el niño de seis meses, que estaba en las entrañas de Isabel, se halló de repente iluminado con una celestial luz; conoció perfectamente la magestad y la grandeza de los huéspedes que le hacian tanta honra, y desde la obscura prision del materno alvergue, ya que no podia hablar, adoró á Jesus y á María como pudo, dando dentro de él un prodigioso salto en señal, dice san Pedro Crisólogo, de su respeto y de su gozo. Notó Isabel tan alegre movimiento, y comunicándosela en el mismo instante á la madre la luz sobrenatural que alumbraba al hijo, conoció el incomprensible misterio de la encarnacion del Verbo, de manera que llena su alma del Espíritu santo, no cabiéndola el gozo en las estrechas márgenes del pecho, comenzó á exclamar en alta voz: "Bendita eres entre todas las mugeres, y bendito »es el fruto de tu vientre. ¿De dónde á mí tanta dicha, »que venga á visitarme la Madre de mi Dios y mi Se»ñor? Favor que no soy capaz de agradecer dignamente, »dexándome tan llena de asombro como de confusion. El »mismo niño que tengo en mis entrañas ha conocido cuán»to vale tu celestial presencia, saltando de alegría den»tro de éllas luego que llegaron á mis oidos las primeras »palabras de tu dulce salutacion. Dichosa mil veces tú, »querida prima mia, que con noble sencillez, y sin ha-

„cer lugar á la menor duda, creiste humildemente cuan-
„to el Ángel te anunció de parte de Dios. Sí por cierto;
„porque el Todopoderoso, que comenzó en ti cosas tan
„grandiosas y tan altas, las acabará y las perfeccionará,
„como tú lo has esperado. Él te empeñó su palabra, pues
„él te la cumplirá."

La respuesta de la Vírgen fue humilde y modesta. Ocultando cuanto podia ceder en su alabanza, rindió al Señor la gloria de todo, y solo trató de lo obligada que estaba á su beneficencia. Animada del Espíritu santo, de que estaba llena, prorumpió entonces en aquel divino cántico, el primero del nuevo testamento, que él solo hace infinitas ventajas á todos los del antiguo; y tanto por el espíritu de devocion que respira en cada sílaba, como por la noble elevacion de los pensamientos, y por la magestuosa soberanía del estilo, es el mas precioso monumento de la profunda humildad de María, el acto mas auténtico de su perfecto reconocimiento, y el modelo mas excelente para dar gracias al cielo, que nos ha dexado el mismo que le inspiró.

"Engrandece, alma mia, al Señor, dixo la Vírgen,
„obrador de tantas maravillas, y sea á todo él toda la
„gloria. No puedo pensar en éllas sin sentir todo mi co-
„razon preocupado de alegría en aquel Señor que adoro
„como mi Dios, que venero como mi Salvador, y que
„amo como mi Hijo. Dignóse poner los ojos en mi humil-
„dad, y elevó su vil esclava á la dignidad de madre su-
„ya. Bien sé que por esto me admirarán todas las nacio-
„nes, y ensalzarán perpétuamente mi dicha en los siglos
„venideros; pero si es que se halla en mí alguna cosa
„grande y elevada, á él solo se le debe toda la gloria, él
„fue quien me engrandeció, y á él debo todo cuanto soy.
„Nada soy por mí misma; él es el autor de las maravi-
„llas que todas las naciones admirarán y publicarán de mi
„persona, las que ni aun yo misma puedo bastantemente
„engrandecer. Confesarán las mismas naciones que el To-
„dopoderoso hizo en mí cosas grandiosas, y que no es
„menos poderosa su omnipotente mano, que santo su agra-
„dable nombre. En mil ocasiones experimentaron nues-
„tros padres los excesos de su misericordia. ¿Qué prodi-
„gios no hizo por defender á los que temian? Desplegó

»toda la fuerza de su brazo, combatió por éllos, desconcertó los designios de sus enemigos, derribó del trono á »los soberbios monarcas, que los amenazaban con su total ruina; y como el Señor se complace en abatir á los »que se engríen, y en elevar á los que se humillan, des»pues de haber abatido el orgullo de los tiranos, ensalzó á los humildes, y llenó de hartura á los pobres, mien»tras los ricos privados de sus riquezas perecian de ham»bre. Faraon sumergido, Saúl reprobado, humillado Ro»boan, Olofernes abatido, Amán desgraciado, y Nabu»codonosor que presumia de deidad confundido con los »brutos; mientras los mas viles siervos de Dios se veian »exáltados; todo esto acredita cuánto ama el Señor á los »humildes.

»Y aunque es así que todos los verdaderos israelitas, »todos los fieles siervos suyos recibieron de su mano gra»cias extraordinarias en todas las edades del mundo; pe»ro en este tiempo muy particularmente la misericordia »de Dios ha hecho resplandecer su bondad en su favor. »Viene á salvarlos, quiere vivir entre éllos, y morir por »éllos, no habiendo echado en olvido la promesa que hi»zo á Abrahan y á los de su linage, de derramar en sus »hijos los tesoros de sus misericordias. Acaba el Señor de »dar un Salvador á Israel, y un Rey á la casa de David; »el Mesías tan esperado, el fin de la ley y el objeto de »todas las profecías. Por su venida suspiraron los santos, »los patriarcas y los profetas, y él fue el blanco de todas »sus ardientes ánsias.»

De esta manera con un portentoso rayo de luz sobrenatural descubrió, digámoslo así, de una sola ojeada la santísima Vírgen todas las antiguas promesas y profecías, con el pleno cumplimiento de todas éllas, mil veces mas iluminada, y mas privilegiada élla sola que todos los profetas juntos. Conocióse bien, dice san Ambrosio, en aquella admirable conversacion de María y de Isabel que ámbas profetizaban con un mismo espíritu duplicado, uno el que inspiraba á las madres, y ótro el que llenaba á los hijos: *Duplici miraculo prophetant Matres spiritu parvulorum.*

Cerca de tres meses se detuvo la santísima Vírgen en casa de su Prima. Y es fácil discurrir, dicen los santos pa-

dres, qué dichosa sería aquella mansion para toda la casa de Zacarías, cuántas gracias y cuántas bendiciones la mereceria. Sabemos que por haber estado hospedado por espacio de un mes en casa de Obededon el arca del testamento le bendixo Dios á él liberalmente, y á todo cuanto le pertenecia; ¿pues qué bendiciones no derramaria sobre la dichosa familia de Isabel los tres meses que tuvo á María por huéspeda en su casa? Aquella pureza que conservó san Juan toda la vida efecto fue, dice san Ambrosio, de la uncion y de la gracia que ocasionó á su alma la presencia de la santísima Vírgen. Dice el mismo Santo que esperó hasta el parto de su Prima para asistir al nacimiento de aquel por quien principalmente habia hecho la visita; y despues que vió por sus ojos todas las maravillas obradas en aquel portentoso nacimiento, se restituyó á Nazaret, donde se mantuvo los seis meses que la restaban del preñado.

Esta visita de la Señora á santa Isabel comprende grandes misterios, y fue tan gloriosa para María, que la Iglesia quiso renovar todos los años su memoria con fiesta particular. Y á la verdad, esta fue la primera vez en que la Vírgen fue públicamente reconocida por madre de Dios, y reverenciada como tal. Por la voz de María santificó Cristo á Juan, y con razon se dice que este fue el primer milagro que obró Dios por medio de la santísima Vírgen. Ninguna cosa acredita mas el poder que el Salvador concedió á su bendita Madre, dice san Bernardo y san Bernardino, que la economía que observó en la distribucion de sus primeras gracias. ¿Quiere santificar á su precursor aun antes que naciese? pues ha de ser por medio de María. ¿Resuelve manifestarse al mundo por el primer milagro que obró, convirtiendo el agua en vino en las bodas de Caná? pues aguarda á que María se lo pida; dándonos á entender, dicen los padres, que así como se nos dió á sí mismo por medio de María, así quiere tambien que recibamos por su medio todas las demas gracias y beneficios (*Bernard. serm. in Vig. Nativ. Domin.*): *Nihil nos Deus habere, quod per Mariæ manus non transiret.*

Considerando san Ambrosio esta célebre visita tan señalada con misterios, profecías y prodigios, sale como

fuera de sí de admiracion. Oye Isabel, dice este Padre, la primera voz de María, y Juan siente al mismo tiempo la gracia de Jesucristo. Publican las dos Madres hácia fuera las maravillas de la gracia, y experimenta Juan hácia dentro sus operaciones. Llena Cristo á Juan de la gracia anexa al ministerio de precursor, y Juan anticipa las funciones de este ministerio con prodigio duplicado; en fin, animadas María é Isabel con el espíritu de sus hijos, traban una conversacion en que alternativamente enlazaron una cadena de oráculos y de profecías.

La presencia de Jesus, dice san Agustin, hace saltar á Juan en el vientre de su madre; llénase Isabel del espíritu de Dios á vista de María; el gozo, la humildad y el reconocimiento de la santísima Vírgen resplandecen divinamente en aquel admirable cántico con que respondió á las bendiciones de Isabel, y úna y ótra, prosigue san Ambrosio, pronuncian tantos oráculos como palabras.

¡Oh cuántos misterios, cuántas lecciones se encierran en esta santa visita! élla nos enseña los motivos, y el modo de hacer las nuestras, como tambien las de recibir las que el Señor nos hace interiormente. En élla se encuentra la mas señalada prueba del poder que tiene María con Dios, y un argumento del mayor consuelo para alentar la confianza que debemos tener en María. Las resplandecientes virtudes de atencion y de caridad que exercitó en esta visita deben servirnos de instruccion; y las maravillas que obró el Todopoderoso por medio de su santísima Madre deben encender nuestra tierna devocion con esta divina Señora, conociendo la mucha razon con que la Iglesia la invoca sin cesar como vida, dulzura, y esperanza nuestra despues de Jesucristo.

Es cierto que desde el nacimiento de la Iglesia fue este divino misterio objeto dulce de la veneracion de los fieles; pero su fiesta no se instituyó hasta el tiempo de Urbano VI., confirmándola y publicándola su sucesor Bonifacio IX. el año de 1389, para extinguir el funesto cisma que despedazaba la Iglesia, con dolor y llanto general de todos los buenos. En la bula de Bonifacio se da á entender que su predecesor habia pensado hacer ayuno de precepto la vigilia de la Visitacion y de la Natividad de la Vírgen, como ya lo era la de su Asuncion,

mandando que tambien se celebrase con octava. El concilio de Basilea renovó la institucion de esta fiesta con el mismo fin de pedir á Dios la paz de la Iglesia, y en Italia y Francia se declaró por fiesta de precepto. Pero la religion de san Francisco la celebraba ya mucho tiempo antes, desde el año de 1263; se asegura que en la iglesia de Oriente era ya por entonces muy antigua. Los ingleses solo conservaron su nombre despues del cisma en su calendario; pero toda la Iglesia católica la celebra con grande solemnidad.

Habiendo fundado san Francisco de Sales una nueva órden de religiosas, tan célebre el dia de hoy en la universal Iglesia, extendida felizmente por todo el Universo con tanto exemplo como admiracion de los pueblos, quiso que se llamasen las monjas de la Visitacion; porque siendo como la vasa y el fin de su instituto la imitacion de las virtudes que exercitó la Vírgen en aquella misteriosa visita, le pareció conveniente que este augusto título fúese tambien como su distintivo y su carácter.

La misa es del misterio del dia, y la oracion la siguiente.

Famulis tuis, quæsumus, Domine, cœlestis gratiæ munus impertire; ut quibus beatæ Virginis partus extitit salutis exordium, Visitationis ejus votiva solemnitas pacis tribuat incrementum: Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, concedas á tus siervos el don de tu divina gracia, para que ya que recibieron el principio de su salvacion en el parto de la Virgen, reciban tambien el aumento de la paz en la fiesta de su Visitacion: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 2. del libro de los Cantares.

Ecce iste venit saliens in montibus, transiliens colles: similis est dilectus meus capræ, hinnuloque cervorum. En ipse stat post parietem nostrum respiciens per fenestras, prospiciens per cancellos. En dilectus meus loquitur mihi: Surge, propera, amica mea, columba mea, formosa

He aquí que éste viene saltando por los montes, y pasando los collados: mi amado es semejante á un cabritillo y á un cerbato. Helo aquí que está detras de nuestra pared mirando por las ventanas, y acechando por las celosías. He aquí que mi amado me habla: Levántate, date priesa, amiga mia,

mea, et veni. Jam enim hiems transiit: imber abiit, et recessit. Flores apparuerunt in terra nostra, tempus putationis advenit: vox turturis audita est in terra nostra: ficus protulit grossos suos: vineæ florentes dederunt odorem suum. Surge, amica mea, speciosa mea, et veni: columba mea in foraminibus petræ, in caverna maceriæ, ostende mihi faciem tuam, sonet vox tua in auribus meis: vox enim tua dulcis, et facies tua decora.

paloma mia y hermosa mia, y ven. Porque ya pasó el invierno, y desapareció la lluvia. Las flores se dexaron ver sobre nuestra tierra, llegó ya el tiempo de podar: la voz de la tórtola se oyó por nuestras campiñas, la higuera ha producido sus higos, las viñas florecientes dieron su olor. Levántate, amiga mia, hermosa mia, y ven. Mi paloma en las hendiduras de la piedra, en la caberna de los escombros, hazme ver tu rostro: suene tu voz en mis oidos, porque tu voz es dulce, y hermoso tu semblante.

NOTA.

»El libro de donde se sacó esta epístola tiene por tí»tulo: *El Cántico de los Cánticos*; esto es, el mas exce»lente cántico entre todos los del testamento antiguo. En »él describe Salomon, hablando propiamente, no un ma»trimonio carnal, ni los amores de un esposo apasiona»do, sino en la intencion del Espíritu santo, y segun la »idea de la Iglesia y de los santos, el castísimo desposo»rio de Cristo con la naturaleza humana, con su santa »Iglesia, y con cada alma en particular. Viene á ser una »continuada parábola, que debaxo de expresiones alegó»ricas encierra espiritualísimos misterios de la union del »Verbo á nuestra naturaleza en la Encarnacion, y de la »que estrecha al hombre Dios con su santa esposa la »Iglesia.

REFLEXIONES.

Describe el Espíritu santo en las palabras de la epístola las amorosas ánsias de Dios por el alma fiel, á quien ama como á su querida esposa, y los castos ardores del alma santa por Jesucristo, con quien se regala como con su adorado Esposo. Viene á élla este amoroso Dios con tanta apresuracion, que mas parece volar que correr. Nada le detiene; ni nuestra baxeza, ni nuestra nada, ni nuestras ingratitudes. No se puede explicar mas su cele-

ridad, que en diciendo viene brincando como un cabritillo, y saltando de montaña en montaña como un ciervo. Así se explica el Espíritu santo cuando quiere hacernos comprender la viveza y la impaciencia de su amor. En hallando Dios una alma tan pura que solo suspira por él, parece que él tampoco suspira mas que por entregarse y por comunicarse todo á élla. Entiende el alma santa perfectamente su voz, y conoce su venida. Antes de la Encarnacion del Verbo parece que el amado Esposo de las almas, respecto de nosotros, estaba como escondido tras de un espeso velo, oíamos su voz, escuchábamos sus profecías, admirábamos sus prodigios, pero solamente le veíamos como entre sombras en las figuras del testamento antiguo; mas despues de su Encarnacion le vimos con nuestros ojos, le oimos con nuestros oidos, le palpamos con nuestras manos, como se explica san Juan; y el dia de hoy le tenemos realmente en el augusto sacramento del altar, donde mil veces al dia se nos dexa ver para nuestro consuelo y para nuestra santificacion. Es verdad que todavía está como incógnito, y se asoma como por entre zelosías, porque en esta vida no le podemos gozar perfectamente; todavía le ocultan las sombras, todavía le esconden las especies, y solamente le vemos como á medias, y hasta la otra vida no le veremos cara á cara. Con todo eso se da á conocer bien sensiblemente al alma santa; óyele; escúchale bien distintamente, viene de dia, acude de noche, y á todas horas la visita. ¡Dichosa el ama á quien halla en vela el celestial Esposo! ¡Feliz la esposa casta que le sale á recibir con la lámpara encendida! Retirada del bullicio del mundo; recogida en una profunda quietud, tranquila en un perfecto silencio, siente que viene su amado, y dice: Ya se acerca mi adorado esposo, ya suena su voz en mis oidos, ya percibo claramente sus palabras: levántate, amiga mia, date priesa, esposa mia. No gusta Dios de siervos perezosos; las almas delicadas, tibias y floxas no llegan á merecer la augusta cualidad de esposas suyas. No sufre tardanzas ni dilaciones la gracia del Espíritu santo; quiere el Señor que nos demos priesa á obedecerle y agradarle. Vírgenes eran las vírgenes necias; no dice el Salvador que hubiesen cometido culpa alguna grave; esperando estaban á su celes-

tial esposo; todo su delito fue no haber proveido á tiempo sus lámparas, teniéndolas encendidas; haberse descuidado un poco, y haber acudido ya tarde. ¡Cuántos mueren con ánimo de convertirse! ¡cuántas almas queridas del Señor andan toda la vida arrastrando por no haberse dado un poco de priesa! ¡á cuántos edificios derriba una borrasca repentina por no haberse cubierto algunos dias antes! ¡Válgame Dios, y qué estragos no causa la pereza espiritual!

El evangelio es del cap. 1. de san Lucas.

In illo tempore: Exurgens Maria, abiit in montana cum festinatione in civitatem Juda. Et intravit in domum Zachariæ, et exultavit Elisabeth. Et factum est ut audivit salutationem Mariæ Elisabeth, exultavit infans in utero ejus: et repleta est Spiritu sancto Elisabeth: et exclamavit voce magna, et dixit: Benedicta tu inter mulieres, et benedictus fructus ventris tui. Et unde hoc mihi, ut veniat Mater Domini mei ad me? Ecce enim ut facta est vox salutationis tuæ in auribus meis, exultavit in gaudio infans in utero meo: et beata quæ credidisti, quoniam perficientur ea, quæ dicta sunt tibi à Domino. Et ait Maria: Magnificat anima mea Dominum: et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.

En aquel tiempo: Levantándose María, fue con presura á la montaña á una ciudad de Judá; y entró en casa de Zacarías, y saludó á Isabel. Y sucedió que luego que Isabel oyó la salutacion de María, saltó el niño en su vientre: é Isabel fue llena del Espíritu santo; y exclamó en voz alta, y dixo: Bendita tú entre las mugeres, y bendito el fruto de tu vientre. ¿Y de dónde á mí que la Madre de mi Señor venga á mi casa? Porque mira: apenas la voz de tu salutacion llegó á mis oidos, brincó de gozo dentro de mi vientre el niño: y dichosa tú que has creido, porque se cumplirán las cosas que te fueron dichas por el Señor; y María dixo: Mi alma ensalza al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador.

MEDITACION.

Sobre el misterio del dia.

PUNTO PRIMERO.

Considera qué llena está de misterios esta celestial visita. Apenas se ve María constituida en la dignidad de madre de Dios, cuando parte á santificar á Juan y á toda la casa de Zacarías. No bien abre la boca para saludar á Isabel, cuando Isabel se siente llena del Espíritu santo, y el niño que tenia en sus entrañas colmado de gracias y favores. Quiere el Salvador que su Madre sea el instrumento de la primera santificacion que obró viniendo al mundo. Tomó entonces María posesion, digámoslo así, del oficio de medianera que despues habia de exercer con tanta gloria suya como provecho nuestro. Quiso enseñarnos Jesucristo, dice san Bernardo, con esta misteriosa visita lo mucho que su Madre habia de contribuir á nuestra salvacion, así por la parte que la habia de tocar en la obra de la redencion, como por el poder que ya manifestaba para solicitar y conseguir mil gracias celestiales en favor de cuantos recurriesen á élla. Procuremos, dice este Padre, ir á Jesus por María, puesto que por María vino á nosotros Jesus (*Serm.* I. *de Advent.*). *Studeamus nos ad ipsum per eam ascendere, qui per ipsam ad nos descendit.*

Como tenia resuelto el Salvador no hacer el primer milagro sino á ruegos, y por intercesion de su Madre, así tambien determinó no santificar á su precursor sino por la presencia y por el órgano de esta divina Señora. Apenas encarnó el Dios de las misericordias, cuando á todos nos declaró, dixo san Bernardo, que tenia constituida á su Madre en la superintendencia general, explícome de esta manera, de la distribucion de las gracias. Decid, escribia á los canónigos de Leon, que María halló para sí y para nosotros la fuente de la gracia; decid que es la mediadora de la salvacion, y la restauradora de los siglos; tendreis mucha razon para decirlo, porque así nos lo canta á todos la Iglesia: *Hæc mihi de illa cantat Ec-*

clesia: oráculo que debo escuchar; guia infalible que debo seguir. *Quod ab illa accepi, securus teneo.* Es María para nosotros puro manantial de vida; es nuestro consuelo en este destierro; es nuestra esperanza en tantos peligros: *vita, dulcedo, et spes nostra.* No hay mayor consuelo que saber podemos seguramente invocar á María en nuestras necesidades, con la confianza de hallar en élla una protectora tan poderosa como benigna, porque siempre es reyna y madre de misericordia. Esto significa aquella prontitud, aquella acelerada diligencia con que dice el evangelio que partió á visitar á santa Isabel y á colmar de bendiciones su dichosa casa luego que se vió madre del Salvador del mundo. ¡Cuánta confianza debemos todos tener en esta misericordiosa Madre de los escogidos! ¡Y qué mayor señal de reprobacion, que no tener confianza ni devocion á la santísima Vírgen! Siendo la salvacion nuestro grande y nuestro único negocio, ¿qué disculpa podemos tener para no valernos de todos los medios que nos presenta la Iglesia para asegurarle? Pues ahora: sabemos que María es la coadjutora de Dios en el cumplimiento de esta salvacion; esta Señora dió principio á élla con su consentimiento á la embaxada del Angel, y así tambien élla la ha de consumar y completar con su cooperacion. Consideremos ahora cuánto nos importa solicitarla, instarla, importunarla para que se interese en nuestro favor con súplicas, con ruegos, con oraciones, y con profesarla una tierna y constante devocion.

PUNTO SEGUNDO.

Considera las eminentes virtudes que exercitó la Vírgen en aquella caritativa visita. Con qué prontitud obedeció los movimientos, los impulsos del Espíritu santo luego que se sintió animada de éllos. Instruida de los designios de Dios en órden al santo Precursor, no deliberó ni un momento; nada la detiene, nada la acobarda, ni la delicadeza de su temperamento, ni las penalidades del camino, ni lo dilatado del viage. Conoce la Vírgen que la manda Dios hacer esta visita; parte, corre, vuela á obedecerle. ¡Oh y cuánta verdad es que la gracia del Espíritu santo no sufre tardanzas ni dilaciones! ¡pero qué

prodigio de humildad en la modestísima María! Constituida ya Reyna soberana del Universo por la augusta cualidad de Madre del mismo Dios, tenia derecho á exîgir rendimientos y adoraciones, no solo de Isabel, sino de todos los hombres y de todos los ángeles, pero élla se adelanta, élla la previene. Sorpréndese Isabel al verse tan honrada de María; sorpréndese María al ver tan sorprendida á Isabel, y solo trata de publicar las misericordias del Señor para con su humilde sierva; solo se ocupa en tributarle obsequios que á su humildad se representan precisas obligaciones. ¡Cuántas virtudes brillaron en aquellas santas conversaciones! Todo el asunto de éllas fue la grandeza de Dios, los excesos de sus misericordias, las maravillas de la gracia. ¿Pero cuáles fueron sus efectos? Juan santificado en el vientre de su madre, Isabel llena del Espíritu santo, Zacarías colmado de celestiales bendiciones, toda la familia favorecida del cielo. Nunca son menos provechosas las visitas de la santísima Vírgen; todo es santidad, todo es dicha en quien favorece esta Señora. ¿Pero son siempre tan útiles aquellas visitas de atencion y de buena crianza que se usan en el mundo? ¿son siempre tan santas? ¿corresponde siempre el fruto á los motivos? Pasan en visitas la mayor parte de la vida los nobles, los caballeros, las señoras de conveniencias, y generalmente casi toda la gente ociosa de los pueblos. Considérese bien cuáles suelen ser los motivos, cuál es el mérito y el asunto de las conversaciones. ¿Son verdaderamente cristianas todas esas visitas; pocas hay que no tengan por motivo alguna pasion; sin la murmuracion parece que la conversacion no tiene alma. ¡Oh y cuánto tiempo se pierde ordinariamente en las visitas! ¡y qué pocas hay en que no se pierda mas que el tiempo! ¡Cuántos peligros de la salvacion se tropiezan en éllas! ¡cuántos lazos se arman á la inocencia! Así las visitas divertidas como las ociosas son el gran teatro donde hace fortuna el espíritu del mundo; allí se debilita la fe, allí se apaga la devocion, allí es donde la mas refinada, la mas engañosa mundanidad hace ostentacion de sus falsas brillanteces, y juega la gran máquina de todos sus artificios. ¡Mi Dios, y qué materia tan fecunda de amargos arrepentimientos darán á la pobre alma en la hora de la

muerte esas desdichadas visitas! Si la atencion, si la obligacion, si la caridad nos pusieren en precision de hacerlas, sea la regla y el modelo la que hizo la Vírgen á su prima santa Isabel. Es muy precioso el tiempo para perderle y malograrle en visitas inútiles.

¡Oh Señor, y cuántos motivos tengo en la hora presente para arrepentirme de las que he hecho hasta aqui! No, no es lo único que he perdido el tiempo, aquella alhaja tan preciosa como corta; pero en vuestra divina gracia, y en la intercesion de la santísima Vírgen confio que en adelante no me darán motivo de arrepentimiento.

JACULATORIAS.

Benedicta tu inter mulieres, et benedictus fructus ventris tui. Luc. 1.

Bendita tú eres entre todas las mugeres, y bendito es el fruto de tu vientre.

Ostende mihi faciem tuam: sonet vox tua in auribus meis. Cant. 2.

Dígnate, ó Vírgen santa, de volver á mí tus amorosos ojos, y suene tu dulce voz en mis oidos.

PROPOSITOS.

Son el dia de hoy las visitas en el mundo un cultivado comercio de la ociosidad en que con muchos cumplimientos, y con grande aparato de realidad y buena fe, recíprocamente se engañan los únos á los ótros. Por lo comun apenas hay tiempo mas mal empleado, menos que sea con motivo de caridad ó de precisa obligacion; pocas visitas hay que no sean perniciosas, y así resuélvete á no hacer mas que las necesarias. No todas las condena la religion, haylas cristianas, haylas lícitas y honestas; pero nunca lo son cuando hay peligro de pecado. Conviene que su motivo sea siempre ó la caridad, ó la atencion, ó la buena crianza. El tiempo que se gasta en éllas nunca debe perjudicar ni á los negocios de la familia ó del empleo, ni mucho menos al de la salvacion. Los ociosos pasan en visitas toda la vida; ¡qué tiempo tan vacío en la hora de la muerte! Es señal de conciencia poco tranquila y de corazon inquieto el no acertar á estarte solo

en tu casa. Abstente de toda visita no necesaria, á que no te precise alguno de los motivos arriba insinuados, y en todas las que hicieres observa las reglas siguientes:

2 Primera: Que sean raras. Toda frecuencia indica algun apego peligroso, y cuando menos mucha ociosidad. Segunda: Que sean breves. Fuera de perderse el tiempo, es inseparable el enfado y la importunidad de toda visita larga; por lo comun ningunos las hacen mas molestas que los hombres pesados y taciturnos; paréceles que cuanto mas te cansen te hacen mas merced. Tercera: Que siempre haya un buen motivo para hacerlas, y nunca sean por mera curiosidad. Mas vale sufrir cada uno en su casa el tedio de la soledad, que irse á las agenas á enfadar á ótros. Cuarta: Si son de obligacion, hazlas con exâctitud; si de cortesanía, con circunspeccion; y si de caridad, con la mayor diligencia. Quinta: Es la conversacion el alma de las visitas; pero si está viciada el alma, si la conversacion es, ó de lances poco decorosos, y tal vez denigrativos de las personas, ó de cuentecillos que llevan dentro de sí cierto secreto veneno, ó de modas, ó de galas, ó de un mueble suntuoso, ó de partidas de diversion, dirigidas á inspirar y á fomentar el espíritu del mundo, ¿harán muy cristianas las visitas todas estas conversaciones? Pon el mayor cuidado en no tocar en éllas materia alguna de que despues te hayas de arrepentir. Sexta: Procura imitar en todas tus visitas las virtudes que exercitó la Vírgen en la de santa Isabel. Nunca hacerlas sin justa causa; trabar en éllas conversaciones cristianas, y estar en todas con mucha circunspeccion, respeto y compostura. Las visitas que se hagan con estas circunstancias siempre serán provechosas. Séptima: Advierte bien, que aunque las visitas se hagan con el mas justo motivo, todavía pueden no carecer de peligro; es muy sutil el enemigo de nuestra salvacion; y la pasion mas peligrosa de todas se disfraza con todo género de mascarillas. Por mas especioso que sea el pretexto de las visitas, siendo un poco frecuentes con personas de diferente sexô, las mismas visitas son tentaciones.

DIA TERCERO.

San Heliodoro, obispo.

Fue natural de Dalmacia, y contemporáneo de san Gerónimo, con quien ligó estrecha amistad; y se cree que ámbos fueron de un mismo lugar, esto es, de Stridon, ciudad de Iliria en los confines de la Dalmacia y de la Panonia, que despues fue destruida por los godos, y nació hácia el principio del cuarto siglo. Ignóranse los sucesos de sus primeros años, y solamente se sabe que sus padres eran muy acomodados, y que tuvieron gran cuidado de darle una cristiana educacion. Viniendo á Italia san Gerónimo, le siguió Heliodoro, no solo con el fin de perfeccionarse en el estudio de las humanas y divinas letras, sino principalmente con el intento de instruirse en aquel género de vida que le pareciese mas proporcionado para hacerse santo. Al principio tuvo pensamiento de peregrinar por todas las provincias del Oriente para aprender de aquellos grandes maestros de la vida espiritual el arte de arribar á la perfeccion; pero conociendo bien los fondos de san Geronimo, le pareció que le bastaba para esto el magisterio de tan santo y sabio director; por lo que noticioso de que habia vuelto de las Gáulas, partió á buscarle á Aquileya, y entregado enteramente á la disciplina de tan hábil como experimentado Maestro, en breve tiempo hizo admirables progresos en los caminos del Señor.

Apenas gustó Heliodoro los dulces consuelos de la vida interior, cuando le causó tedio y fastidio la tumultuosa y bulliciosa del mundo, siendo desde entonces la soledad el objeto de todas sus ánsias y suspiros; con todo eso no se pudo resolver á separarse de su amado Director; pero desde luego entabló cierto género de vida monacal, y sin encerrarse en ningun monasterio, privadamente practicaba en su casa todos los exercicios de la vida ascética y soli-

taria, sin dexarse ver apenas de persona, y empleado dia y noche en la oracion, y en el estudio de la sagrada Escritura.

Pero habiendo determinado san Gerónimo hacer un viage al Oriente en compañía de Inocente y del presbítero Evagrio, quiso tambien Heliodoro acompañarlos. No era precisamente su fin hacerse mas sabio conversando con los grandes hombres que entonces florecian, sino santificarse mas y mas, visitando tantos milagrosos varones como á la sazon llenaban el mundo de portentosos exemplos. Corrieron juntos la Tracia, la Bitinia, el Ponto, la Galacia, y en fin llegaron á Siria. Entraron en Antioquía, donde conocieron al famoso heresiarca Apolinar, cuya heregía aún no estaba públicamente descubierta, por el gran cuidado que ponia en disimular sus errores con el velo de una virtud aparente, y á favor de una falaz y artificiosa elocuencia. Concurria frecuentemente Heliodoro á oirle la explicacion de la sagrada Escritura; pero tardó poco en percibir el veneno que derramaba el nuevo Doctor con tanta sutileza. Hízosele muy sospechosa la novedad de sus opiniones, y esto bastó para mirarlas con horror.

Despues que san Gerónimo hizo alguna mansion en Antioquía, se retiró á un desierto de la provincia de Chalcida hácia los confines de la Siria y de la Arabia. Siguióle san Heliodoro, satisfaciendo á un mismo tiempo su invariable inclinacion á la soledad, y su tierna pasion á su santo Director. Quedóse Evagrio en Antioquía, y como era hombre de conveniencias, tomó de su cuenta proveerlos de todo lo necesario para su manutencion.

Hacia Heliodoro maravillosos progresos en la ciencia de los santos, no menos con las lecciones que con los exemplos de tan experimentado Maestro, cuando renovándose de repente en su corazon la tierna memoria de la dulce patria, y el amor á sus parientes, le excitó unos vivísimos deseos de volverse á Dalmacia. Por mas que san Gerónimo le representó el lazo que le armaba el tentador, venció finalmente el amor á la patria, y se partió para élla, dando palabra á su Director de que volveria á buscarle. Pareciéndole á Gerónimo muy larga la estancia que hacia entre sus parientes, le causó alguna in-

quietud, temiendo que así éstos, como los grandes bienes que podia heredar de sus padres, le hiciesen flaquear en la vocacion, y volverse á engolfar en los peligros del mundo. Con este temor, desde su destierro de Chalcida le escribió la carta siguiente llena de ternura, no menos que de vivos y cristianos desengaños.

"Bien sabes, amado Heliodoro mio, lo oprimido que »quedó mi corazon cuando te ví apartar de mí. Fuéme »tu ausencia extremamente dolorosa; no cesaron mis ojos »de llorar desde que te separaste de mi presencia, y el »mismo papel en que te escribo puede dar testimonio »de que todavía no se ha agotado el manantial. Permi»te que te busque con mis cartas, ya que no te pude dete»ner con mi persona." Y pasando de repente por una parte á las mas cariñosas, y por otra á las mas vivas reprensiones, añade.

"¿Pero á qué fin usaré contigo de súplicas, ni de ha»lagos? Un corazon tan dolorosamente herido como el »mio no debe manejar otras armas que la cólera para la »venganza. ¿Qué haces, pues, en la casa de tu padre, »delicado y tímido Heliodoro? ¿Ya se oye el ruido de »las trompetas, y tú no tienes valor para marchar al »combate? ¿A dónde se fué aquel santo ardor de tus pri»meros alientos? ¿Te has olvidado por ventura de quién »es el capitan en cuyos estandartes te alistaste?" Aquí es donde san Gerónimo acuerda á su querido Heliodoro aquella máxima, igualmente generosa que cristiana, tantas veces repetida:

"Aunque tu madre, tendidos y desgreñados los ca»bellos, bañados en lágrimas los ojos, emplease todo »el artificio de la ternura mas halagüeña y tentadora; »aunque te pusiese á la vista aquellos mismos pechos »que te dieron leche, con el fin de detenerte; aunque tu »padre se postrase al umbral de la puerta para cerrár»tela, no debieras acobardarte, debieras pasar por enci»ma de él, pisar y atropellar á tu padre por amor de »Jesucristo. Sería entónces piadosa la misma crueldad, »sería blandura cristiana la insensibilidad y la dureza. »Corre, vuela á las banderas de Cristo, á las cuales dis»te el nombre.

»Considera que si todavía haces pretension á la he-

„rencia del siglo, es preciso renuncies el derecho que „tienes á ser coheredero de Cristo en el reyno de la „gloria. Un verdadero siervo de Cristo (dice en otra „parte) ni desea poseer, ni efectivamente posee otra cosa „que al mismo Jesucristo. Si deseas ser perfecto, ama„do Heliodoro, ¿para qué vuelves todavía los ojos hácia „la caduca y perecedera sucesion de tu padre? Pero „si ya no lo deseas, ¿cómo tuviste aliento para engañar „al Señor (por decirlo así) prometiéndole no poner ja„más tu corazon en otra cosa que en él? Y no te canses „en alegarme razones para excusar tu inconstancia, por„que todas son muy frívolas; no hay lazos que no pueda „romper el amor de Dios, ó temor del infierno cuando se „quiere eficazmente."

El fin de la carta contiene el elogio de la vida solitaria, y es un poderoso estímulo á Heliodoro para que vuelva á gustar de su dulzura.

"¡O desierto, (exclama el santo Doctor), ó desierto! „tú solo produces aquellas flores que exhalan tan grato „olor al gusto de Jesucristo. ¡O encantadora soledad, „en que nace la cantera de dónde se sacan las piedras „para edificar la ciudad santa de Sion! ¡ó dulcísimo re„tiro, en el cual no se desdeña Dios de tratar familiar„mente con el hombre! ¿Qué haces en el mundo, ama„do hermano mio, tú que eres mas noble que el mundo „mismo? ¿hasta cuándo te has de detener voluntariamen„te cautivo en esa tumultuaria y bulliciosa mansion de las „poblaciones? ¡O Heliodoro, tú temes la pobreza, y ves „aquí que Jesucristo dice que son bienaventurados los „pobres! Espántate el trabajo; pero dime, ¿se consigue „la corona sin pelea? Te ponen miedo los ayunos y las „penitencias; ¿mas por qué no consideras que todo lo sua„viza la fe? No, amado Heliodoro mio, no hay que es„perar alegrarse en este mundo, y reynar en el ótro con „Cristo."

No pudieron menos de hacer impresion en un corazon tan bien dispuesto unas instancias tan vivas como apretadas. Ignoramos absolutamente los estorbos que impidieron á nuestro Santo el volverse á la soledad de Siria; solamente sabemos, que por mas que el mundo le tentó, valiéndose de todos sus artificios para engañar-

le, jamás desmintió su primera resolucion. No alteró su inclinacion al retiro la estancia en su pais, viviendo entre sus parientes como pudiera en la ermita, ó en la gruta de Chalcidia; y luego que pudo dexar su patria, se despidió de élla, para no volverla á ver jamás. Desconfiando de poder juntarse otra vez con su director, resolvió hacer segundo viage á Italia; y teniendo presentes los grandes exemplos de virtud que habia observado en muchos santos eclesiásticos de los que componian la clerecía de Aquileya, determinó encaminarse á esta ciudad. Apenas llegó, cuando se dió á conocer por su virtud, por su sabiduría y por su mérito, haciéndose digno de ser luego admitido en la misma clerecía; en cuyo venerable cuerpo, no obstante componerse de eclesiásticos tan exemplares, se distinguió muy en breve por su doctrina y por sus raras virtudes. Á vista de su vida retirada, humilde y penitente, se levantó con la veneracion universal, siendo generalmente aclamado por hombre santo; y vacando por entonces la silla episcopal de Altino, sufragánea de la metrópoli de Aquileya, no se halló en todo el clero sugeto mas digno de ocuparla que Heliodoro. Costó mucho vencer su repugnancia á tan alta dignidad, sin que la eleccion del pueblo y del clero bastase á persuadirle era benemérito de élla, atemorizándole las terribles obligaciones del cargo episcopal; pero al fin, despues de larga resistencia, le fue preciso ceder, y rendirse á la voluntad de Dios tan sensiblemente declarada.

Dió nuevo lustre la dignidad á su virtud; y doblando los ayunos y las penitencias, en poco tiempo se mereció por su zelo y por su doctrina el concepto general de uno de los prelados mas santos de aquel siglo. Hizo eterna guerra á los enemigos de la fe, manteniéndose inseparablemente unido á la doctrina de la Iglesia. Opúsose con vigor á los dogmas de los apolinaristas y de los arrianos, asistiendo en el concilio de Aquileya, que con este fin se celebró el año de 381. Habíase convocado á solicitud de san Ambrosio, que fue como el alma del concilio; y conociendo con esta ocasion al obispo de Altino, descubrió sus grandes fondos, y estrechó con él una fina amistad.

Concluido el concilio, se dedicó enteramente nuestro Santo á conducir á sus ovejas por el camino seguro de la salvacion, apacentándolas con el pasto de la palabra de Dios. No hubo pastor mas aplicado á proveer las necesidades de su rebaño, y á preservarle de todo lo que le podia perjudicar. A los que habian movido sus exhortaciones, los acababan de convertir sus exemplos. Hacíase todo á todos para ganarlos á todos. Hízose dueño de los corazones por su caridad, por su humildad y por su mansedumbre; y ya se sabia que sus rentas no eran para él, sino para los pobres.

Nunca se olvidó san Gerónimo de su amado discípulo, y en una de sus epístolas da testimonio de que Heliodoro conservaba en el obispado la misma austeridad y la misma exâctitud de la vida monástica, siendo á la verdad muy dificultoso encontrar obispo mas exemplar, ni mas perfecto. No se sabe precisamente el tiempo de su santa muerte; solo es cierto que fue preciosa en los ojos del Señor, puesto que la Iglesia consagró su memoria, fixando su fiesta el dia 3 de julio, y es muy probable que sucedió hácia el fin del cuarto siglo.

La misa es en honor del Santo y la oracion la siguiente.

Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in beati Heliodori, confessoris tui atque pontificis, solemnitate deferimus: et qui tibi digne meruit famulari ejus intercedentibus meritis ab omnibus nos absolve peccatis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, oigas benigno las oraciones que te hacemos en la solemnidad de tu bienaventurado confesor y pontífice Heliodoro, y que nos libres de todos nuestros pecados, por la intercesion y méritos de aquel que te sirvió tan dignamente: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del capítulo 13. del apóstol san Pablo á los hebreos.

Frates: Mementote præpositorum vestrorum, qui vobis locuti sunt verbum Dei: quorum intuentes exitum conversationis, imitamini fidem. Jesus

Hermanos: Acordáos de vuestros prelados, los cuales os anunciaron la palabra de Dios; de los que habeis de imitar la fe, poniendo los ojos en el fin de su vida. Jesucristo ayer, y

Christus heri, et hodie: ipse, et in sæcula. Doctrinis variis, et peregrinis nolite abduci. Optimum est enim gratia stabilire cor, non escis, quæ non profuerunt ambulantibus in eis. Habemus altare, de quo edere non habent potestatem, qui tabernaculo deserviuntur. Quorum enim animalium infertur sanguis pro peccato in Sancta per Pontificem, horum corpora cremantur extra castra. Propter quod et Jesus, ut sanctificaret per suum sanguinem populum, extra portam passus est. Exeamus igitur ad eum extra castra: improperium ejus portantes. Non enim habemus hic manentem civitatem, sed futuram inquirimus. Per ipsum ergo offeramur hostiam laudis semper Deo: id est, fructum labiorum confitentium nomini ejus. Beneficentiæ autem, et communionis nolite oblivisci: talibus enim hostiis promeretur, Deus. Obedite præpositis vestris et subjacete eis. Ipsi enim pervigilant quasi rationem pro animabus vestris reddituri.

y hoy: y el mismo es por los siglos. No os dexeis llevar de doctrinas varias y peregrinas. Porque es cosa excelente confortar el corazon por medio de la gracia, no por medio de aquellas comidas, que nada aprovecharon á los que practicaron su observancia. Tenemos un altar del cual no tienen derecho á participar los que sirven al tabernáculo. Porque los cuerpos de aquellos animales, cuya sangre es llevada por el pontífice al Sancta sanctorum por el peca do, son quemados fuera de poblado. Por lo cual tambien Jesus, para santificar el pueblo con su sangre, padeció fuera de la puerta. Salgamos pues, á él, fuera de poblado, llevando su improperio. Porque aquí no tenemos ciudad estable, sino que buscamos la futura. Ofrezcamos, pues, siempre por él á Dios hóstia de alabanza, esto es, el fruto de los labios que confiesan su nombre. Y no querais olvidaros de la beneficencia, ni de la comunion de caridad, por cuanto con semejantes víctimas se gana á Dios. Obedeced á vuestros prelados, y estad sujetos á éllos, porque éllos velan, como quienes han de dar cuenta de vuestras almas.

NOTA.

"Es la epístola á los hebreos uno de los mas bellos y »mas preciosos monumentos que posee la Iglesia de Dios. »El asunto de la epístola es grande, las expresiones nobles, »el estilo lleno y elevado; en élla todo es sublime. De esta »epístola habla san Pedro en su segunda á los mismos he»breos ó judíos cuando dice: *Pablo, nuestro hermano, os ha »escrito ya de estas cosas, segun la sabiduría que se la ha »comunicado.*"

REFLEXIONES.

Traed á la memoria los que os anunciaron la palabra de Dios, y haciendo reflexíon al fin que se propusieron en su conducta y en su vida, imitad su fe. Nosotros, gracias al Señor, seguimos su fe; ¿pero imitamos sus virtudes? No puede haber mayor desproporcion entre las costumbres de aquellos héroes cristianos y las nuestras, entre nuestra conducta y la suya. Todos tenemos la misma fe, los mismos principios, las mismas verdades, la misma religion, la misma doctrina; pero la vida es muy diferente. Aquellos ilustres prelados, tan respetados por sus brillantes virtudes como por su eminente santidad, son el objeto de nuestra veneracion; ¿cuándo serán el modelo de nuestra vida? La religion nunca envejece; conservará la Iglesia todo su vigor hasta el fin de los siglos; no se han debilitado las máxîmas de Jesucristo. ¿Pues cómo se puede creer este evangelio, cómo se puede seguir esta religion, y vivir como si no se creyese? Traigamos á la memoria aquellas grandes almas, cuyas costumbres fueron el mayor panegírico de la religion, y cuya vida fue la mas concluyente prueba de su fe; no ignoramos cuán preciosa fue su muerte á los ojos del Señor; ¿pensamos que será la nuestra igualmente preciosa á sus divinos ojos? Imitemos su fe; pero imitemos tambien su virtud y su inocencia; de esa manera nunca nos dará en rostro la ridiculez, y aun la impiedad de una contradiccion tan monstruosa. Creer las verdades mas terribles de nuestra religion, y seguir únicamente las detestables máxîmas del mundo, es monstruosa quimera. Empleos brillantes, pretensiones empeñadas, frutos naturales de la ambicion y de la avaricia, amor á los placeres, proyectos aéreos, fortunas lustrosas, conveniencias opulentas; éstos son los grandes resortes que dan impulso á la mayor parte de las acciones de la vida; es decir, esto es lo que nos desvia de nuestro último fin, lo que se sorbe nuestros deseos, lo que estraga nuestra salud, y lo que nos ocupa toda la vida. Todo nos parece importante, todo indispensable cuando se trata de nuestros intereses, de nuestras conveniencias, de satisfacer nuestras pasiones: ¿pero nos aca-

loramos tanto cuando se trata de los deberes de la religion, de agradar á Dios, ú desagradarle? ¡Cosa extraña! se anda con infinito miramiento, se practican mil atenciones con el mundo por hacer fortuna; á solo Dios parece que se le reputa por nada. Sabemos bien cuál fue el paradero de la conducta de los santos; pues pensemos cuál será el paradero de la nuestra. ¿Creemos que los santos serian santos si hubiesen vivido como nosotros vivimos? con todo eso tenemos contínuamente á la vista estos grandes modelos de perfeccion, pero nos contentamos con admirarlos, y con venerarlos; eso de esforzarnos á su imitacion, no se trate. Ninguno leerá estas reflexíones, que no convenga en lo que digo; ¿pero cuántos se aprovecharán de éllas? ¿Serán muchos? Parece que las máxîmas mas cristianas, que las mas santas leyes están derogadas por el uso, ó por la costumbre contraría; ¿pero quién ignora, que ni la relaxacion, ni el abuso prescriben jamás contra la religion?

El evangelio es del cap. 11. de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nemo lucernam accendit, et in abscondito ponit, neque sub modio: sed super candelabrum, ut qui ingrediuntur, lumen videant. Lucerna corporis tui est oculus tuus. Si oculus tuus fuerit simplex, totum corpus tuum lucidum erit: si autem nequam fuerit, etiam corpus tuum tenebrosum erit. Vide ergo ne lumen, quod in te est, tenebræ sint. Si ergo corpus tuum totum lucidum fuerit, non habens aliquam partem tenebrarum, erit lucidum totum, et sicut lucerna fulgoris illuminabit te.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Ninguno enciende una antorcha, y la pone en un escondrijo, ni debaxo de un medio celemin; sino sobre el candelero; para que los que entran vean la luz. La antorcha de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo fuere sencillo; todo tu cuerpo estará iluminado; pero si fuese perverso, tambien tu cuerpo será tenebroso. Mira, pues, no sea acaso que la luz que está en ti, sea tinieblas. Si tu cuerpo, pues, fuere todo iluminado, sin tener parte alguna de tinieblas, todo él será luminoso, y te iluminará como una antorcha resplandeciente.

MEDITACION.

De las ilusiones en punto de moral.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay cosa mas perniciosa que las ilusiones en punto de moral, y con todo tampoco la hay mas comun, ni mas fácil. Parece que en esta materia todo conspira á engañarnos: el corazon naturalmente de acuerdo con el amor propio; el espíritu pronto siempre, y siempre ingenioso en dar gusto á los sentidos y al corazon: los exemplos de los imperfectos contínuamente en gran número; las pasiones, que todas se coligan para sacudir el yugo del moral del evangelio; los sentidos, enemigos declarados de la verdadera virtud; la misma razon natural, que muchas veces camina de inteligencia con el amor propio; todo concurre á engañarnos, y los lazos son tanto mas peligrosos, cuanto mas ocultos y mas multiplicados. Es cierto que una grosera relaxacion nos ofende, pero se forma un sistema de moral que nos alucina, en la apariencia rígido, pero en la realidad se acomoda á la concupiscencia, lisonjea á los sentidos. Este sistema siempre es obra del amor propio; sacrifica sin misericordia ciertas pasiones que tienen menos parentesco con nuestra natural inclinacion; pero á la pasion dominante siempre la perdona, siempre la respeta. El genio sombrío, tétrico y melancólico canoniza el espíritu de severidad y de retiro, sin poder tolerar los genios abiertos, apacibles y sociables; chócale una prudente y moderada alegría, mientras él se está alimentando de murmuraciones, y de malignidad; el natural inquieto y áspero acaso será mortificado; pero no puede vivir sin pecar y sin morder. Un corazon blando, dulce y amoroso puede ser liberal y limosnero; pero huye de todo lo que le ata, y como él satisfaga su pasion, adopta sin dificultad todas las demas virtudes. La envidia, la avaricia y la ambicion tienen tambien su moral; el exterior siempre especioso, y siempre á la mano un honesto pretexto que disimula, pero no purga el veneno. De aquí na-

cen aquellas aversiones, aquellas secretas antipatías, aquella venganza disimulada, aquellas faltas de caridad, que dexan el campo libre á la pasion. Todas estas especies de moral son falsas, todas son engañosas, convienen todas en reformar el género humano, gritan á cual mas contra la licencia de las costumbres del siglo; claman todas *á la reforma, á la reforma*; pero mientras tanto dexan vivir en una grosera relaxacion á esos imaginarios reformadores, severísimos con los ótros, á quienes nada perdonan; pero indulgentísimos consigo mismos, á quienes se lo perdonan todo. ¡Qué ilusion, Dios de mi vida! ¡pero qué comun es esta ilusion! En ciertos puntos de la ley exâctísimos, hasta ser escrupulosos; ¿pero qué no se permiten en ótros mucho mas importantes? No se dispensarán por todo el mundo en ciertas devociones voluntarias; pero sin el menor remordimiento abandonarán las obligaciones mas esenciales de su estado; ayunarán indefectiblemente ciertos dias por pura devocion; pero despedazarán desapiadadamente la reputacion del próximo en cuantas ocasiones se ofrezcan. Estarán muchas horas en la iglesia con edificacion, y con exemplo, pero gastarán el resto del dia en el juego, en el paseo, en las visitas peligrosas y en conversaciones poco cristianas; hablarán de Dios con acierto, y aun con gusto; pero al mismo tiempo se harán insufribles á toda la familia. ¡Señor, qué mezcla tan monstruosa! Cada uno de estos devotos de perspectiva tiene su moral; ¿pero será acaso el moral de Jesucristo?

PUNTO SEGUNDO.

Considera qué perniciosas son todas estas ilusiones. Ellas guian todas á unos espantosos despeñaderos, sin que ninguno se persuada jamás á que va descaminado. ¿Quién es el que desconfia de su moral? Fácilmente lo podemos conocer por la terquedad con que cada uno sigue su camino. ¿Hemos conocido muchos de los que cayeron en estas ilusiones, que se hubiesen desengañado de éllas? Los mayores pecadores se convierten; pero á éstos ni aun les pasa por la imaginacion que tienen necesidad de convertirse. Es la ilusion una especie de ceguera, y el que está ciego

no ve el precipicio. Es un veneno que se derrama en el corazon, y desde el corazon siempre se comunica á la razon. Lo poco bueno que se hace en este estado, ofusca la vista para que no perciba lo mucho malo que los demas nos ven hacer. Por tanto, este género de ilusiones casi siempre viene á parar en el empedernimiento. Vívese tranquilamente en el error, y muérese en el mismo. ¡Qué desgracia mas digna de temerse! ¡pero qué desgracia menos temida! *El que te perderá*, dice el Salvador, *juzgará que hace un gran servicio á Dios*: este es el defecto de la ilusion en materia de costumbres, y en punto de moral; *practicarán esto contigo*, añade el mismo Salvador, *porque no conocen á mi Padre, ni á mí.* ¿Por qué medio conseguirán su descamino? Todo veneno que hace el tiro á la cabeza, quita de repente la vida. Cuando las ilusiones son voluntarias no hay que esperar enmienda de éllas; de la tranquilidad se pasa al sueño, del sueño á la modorra y al letargo. Esto vemos con dolor en todos los hereges; su terquedad y su obstinacion en los errores nacen ordinariamente de la ilusion.

¿Cuántas personas que hacen profesion de virtud viven llenas de faltas muy groseras? ¿cuántas hay que viven tranquilamente en pecado, al abrigo de una falsa conciencia? Todo es fruto de las ilusiones en punto de moral. Hay algunos de esos imaginarios devotos, que por un vil interes tienen á un infeliz deudor meses enteros en la cárcel, dexándole perecer con toda su familia. ¿Compondráse esta dureza y esta inhumanidad con el cristianismo? No hay cosa mas contraria á él, pero se compone muy bien con la pasion dominante, que tiene la mayor parte en este pernicioso plan de moral. No hay turbacion, no hay remordimiento que pueda penetrar á la conciencia; en apoderándose una vez la ilusion, en punto de costumbres, de la razon y del alma, apenas queda esperanza de salvacion.

¡Oh, Señor, y cuánto tengo de que acusarme acerca de ilusiones voluntarias! No hay moral indulgente, lisonjero y laxô que no haya seguido hasta aquí. ¿Qué sistema de conciencia es el que me he formado yo? ¿De cuántos pecados no me reconozco reo? ¡Y qué gran favor me haceis, Dios mio, descubriéndome hoy mis ilusiones

y mis descaminos! Acabad, Señor mi conversion por vuestra infinita misericordia, y no siga yo en adelante otro moral que el de vuestra ley y vuestro evangelio, pues no hay otro para la salvacion.

JACULATORIAS.

Dirige me in veritate tua, et doce me. Salm. 24.
Dirígeme, Señor, por el camino verdadero de tu doctrina, y enséñame á no seguir ótro.

Legem pone mihi, Domine, viam justificationum tuarum, et exquiram eam semper. Salm. 118.
Instrúyeme en la segura senda de vuestros divinos mandamientos, y dame gracia para que perpetuamente ande en busca de élla.

PROPOSITOS.

No hay mas que un Dios, y una religion verdadera; con que tampoco puede haber mas que un verdadero moral. La única regla de nuestras costumbres es el evangelio; cualquiera otra es obra de nuestra invencion, de nuestro corazon, y de nuestro amor propio; por lo que no es de admirar que sea torcida y descaminada. Por las ilusiones, en materia de moral, dixo determinadamente el Sábio, *que hay caminos que al hombre le parecen derechos, y su fin es muerte y perdicion.* Tales son los sistemas de conciencia que cada uno hace á su antojo; tales esos planes de moral que favorecen el genio, la inclinacion y la pasion dominante. Exâmina cuidadosamente cuáles son tus ideas, tus mâximas en este punto, cuál es tu conducta. No te perdones ciertos defectos, ciertos pecados, ciertas licencias en materia de costumbres con pretexto de que eres exâcto, de que eres rígido, y acaso severo en ótras. Haz en buen hora limosna, que es edificacion; pero paga tus deudas, que es obligacion; no detengas la soldada á tus criados, ni el salario á los oficiales. No apures con demasiado rigor á tus deudores. ¿Estás en la iglesia con devocion y con modestia? bueno es eso; pero no seas en casa colérico, mal sufrido, impertinente y enfadoso, &c. Aquí tienes un dilatado

campo para exâminarte; conforma tu moral con el de Jesucristo.

2 Levantas el grito contra la licencia, y contra la disolucion de las costumbres del siglo. Alabo tu zelo; pero exâmínate bien, y mira si se mezcla en él una buena parte de aversion, de ódio, de envidia y de murmuracion. En el moral de Jesucristo no hay inconsecuencias, ni contradicciones: nota cuidadosamente si descubres algunas en el tuyo; no te fies de tu juicio; mira que es demasiada la correspondencia que tiene con el amor propio para que no se te haga un poco sospechoso. Consulta tus cosas con un director sábio, prudente y despegado, que no tenga interes en lisonjearte, ni en contemplarte; exponle con sinceridad todas tus máxîmas, tus opiniones y tu conducta, sin poner los ojos en otros principios que en los del evangelio. Sea éste la única regla de tus costumbres, y nunca conozcas otro moral que el que enseñó Jesucristo.

DIA CUARTO.

San Ulrico, obispo de Ausbourg.

Ulrico, ó Uldarico (pues tambien se le nombra así) fue de una de las casas mas antiguas, y mas ilustres de Suavia, y nació el año de 863, siendo su padre el conde Ulcaldo, y su madre Tierberga, hija de Aucardo, uno de los primeros duques de Alemania la alta.

Por la enferma y delicada complexîon de Ulrico se creyó al principio que no podria vivir; pero el Señor, que le tenia destinado para ser uno de los mas santos prelados de su siglo, contra toda esperanza le concedió una salud que se tuvo por milagrosa. La vivacidad, el despejo, la noble ingenuidad, el agrado, y el claro ingenio que descubrió desde luego, estimularon mas á sus padres para darle una educacion digna de su ilustre nacimiento. Parecióles que en ninguna parte la podria lograr, ni mas cristiana, ni mas caballerosa, que en el célebre monasterio de san Galo, fa-

moso entonces por lo mucho que florecian en él no menos las virtudes que las ciencias.

Enviáronle allá á los siete años de su edad, y muy en breve se distinguió el niño Ulrico por los progresos que hizo en las letras humanas, y en la importante ciencia de la salvacion. Enamorados los monges de su bello natural, de su inclinacion á la virtud, y de su aplicacion al estudio, le amaban todos tiernamente, deseosísimos de adquirir aquel rico tesoro para el monasterio. A lo mismo se inclinaba tambien el niño Ulrico, pues aunque el mundo le brindaba con tan grandes esperanzas, nunca halló atractivo, ni en las grandezas, ni en las brillanteces del mundo. Conociendo bien sus injusticias y sus peligros, estaba muy ageno de resolverse á servirle; ni á un corazon tan grande como el suyo le podia llenar ótro que solo Dios. Agradábale la vida monástica, y naturalmente era de su gusto la soledad; pero queria que la vocacion y la eleccion viniesen únicamente del mismo Señor. Para conocer su voluntad hizo muchas penitencias y fervorosas oraciones, queriendo ademas de esto consultar el punto con una santa solitaria, no distante del monasterio de san Galo, llamada Guiborata, no menos célebre por su eminente santidad que por los extraordinarios favores con que el cielo la regalaba. Habíala ya visitado algunas veces el Condecito en los dias de recreacion que se concedian á los seminaristas. Fue pues Ulderico á buscar á la santa Vírgen, indeterminado sobre el estado que habia de abrazar; y la suplicó encomendase á Dios aquel negocio para que le diese á entender su divina voluntad. Ella se impuso tres dias de ayuno y de oracion, al cabo de los cuales le dixo, que aunque era muy perfecta la vida religiosa, Dios le llamaba al estado eclesiástico. No hubo menester mas para tomar su partido, no obstante lo mucho que le costaba arrancarse de una casa llena de tan grandes exemplos, y no habiendo tampoco monge que no sintiese vivamente la pérdida que hacian. Fue recíproco el dolor; pero descubierta una vez la voluntad del Señor, no deliberó nuestro Santo ni un solo momento, y restituyéndose á casa de sus padres, los declaró su última resolucion, como tambien sus deseos de no perder tiempo, y de habilitarse desde luego á servir con utilidad á la santa Iglesia. Gozoso el conde su padre de

ver en su hijo tan virtuosas disposiciones, se le entregó á Alberon, obispo de Ausbourg, quien descubriendo luego las grandes prendas, y los raros talentos de Ulrico, no perdonó á medio alguno para formar en él un eclesiástico perfecto; y aunque á la sazon no contaba mas que diez y seis años, le hizo luego camarero; pero viéndole crecer cada dia en juicio, capacidad y prudencia, le proveyó en el primer canonicato que vacó en su iglesia.

Comprendió desde luego nuestro nuevo canónigo todas las obligaciones de su estado, y resolvió darles todo el lleno. Desde aquel punto fue todo su exemplo el estudio y la oracion, partiendo sus rentas con los pobres, á quienes muchas veces distribuia aquello mismo que se reservaba para su preciso sustento. Movido de su natural piedad, determinó hacer un viage á Roma para beber en la fuente del espíritu apostólico. Fue recibido del papa con muestras de grande amor y estimacion, informado ya de antemano de su mérito y de su eminente virtud. Tratóle su santidad, y creció tanto la estimacion y el concepto, que noticioso de la muerte de Alberón, determino conferirle el obispado de Ausbourg.

Sobresaltóse el Santo cuando oyó de boca del papa semejante proposicion, y se excusó eficazmente, alegando su insuficiencia y su corta edad. Al volver de Ausbourg halló que ya se habia hecho la eleccion en Hiltin, y libre del susto, solo pensó en el retiro, y en santificarse cada dia mas y mas, volviendo á entablar dentro de su casa los mismos exercicios que habia practicado en el monasterio de san Galo; pero le duró poco esta quietud. Muerto Hildin el año de 924, fue electo Ulderico por obispo de Ausbourg, á pesar de toda su repugnancia. Eran los tiempos muy calamitosos; los úngaros y los esclavones hacian frecuentes irrupciones en el Pais, y lo asolaban todo, tanto que poco tiempo ántes habian entrado en la misma ciudad de Ausbourg, y puesto fuego á la catedral.

El primer cuidado del nuevo obispo fue edificar de pronto una pequeña iglesia para juntar el pueblo, que estaba muy necesitado de instruccion, de consuelo y de socorro

en aquellas públicas calamidades. Todo lo encontró en Ulrico; su caridad, su zelo, y sus profusas limosnas desterraron hasta de la memoria las pasadas necesidades, y todos las consideraban suficientemente reparadas con la posesion de tal pastor.

Persuadido el Santo á que se debia todo á su pueblo, tomó ocasion de las presentes circunstancias para conseguir se le dispensase en una costumbre introducida entónces en Alemania, de que los obispos residen casi siempre en la córte. Él logró se le permitiese mantenerse en Ausbourg, para atender al restablecimiento de la disciplina; y se conoció muy presto lo mucho que puede hacer en una diócesi dilatada un prelado santo. A vista del cuidado con que incesantemente velaba sobre su rebaño, del zelo con que distribuia el pan de la divina palabra, de su caridad y de sus exemplos, mudó de semblante todo el pais. No era conocido por otro nombre que por el del santo, y su vida acreditaba visiblemente que lo era siendo la reputacion de élla la siguiente:

A las tres de la mañana regularmente asistia al coro con los canónigos para rezar maytines y laudes del oficio divino; despues rezaba el Salterio con las letanías y preces que se siguen á éllas; hácia el amanecer cantaba las vigilias del oficio de Difuntos; esto es, maytines y laudes, á que ningun dia faltaba, como ni á la prima, que cantaba con los demas. Quedábase en oracion en la iglesia mientras se hacia la procesion por afuera; acababa ésta, cantaba la misa mayor, y hacia su ofrenda con los demas; rezaba despues tercia con los canónigos, y mientras éstos iban al cabildo, segun costumbre, continuaba la oracion, y visitaba los altares. Preparábase despues para decir misa, la que celebraba todos los dias con tanta devocion, que la pegaba á todos los asistentes; concluida la misa y las gracias, rezaba nona y vísperas los dias de ayuno en el coro, y desde allí ordinariamente se iba derecho al hospital, donde lavaba los pies á doce pobres, y daba limosna á cada uno de éllos.

El resto del dia le dedicaba á las necesidades de su pueblo. Asistia á los moribundos, consolaba á los afli-

gidos, componia las diferencias, y hacia bien á todos, dando todos mil bendiciones á Dios por haberles concedido tal obispo. Al declinar la tarde se restituia á su palacio donde tomaba una sóbria comida, durante la cual siempre se le leía en algun libro espiritual. Cada dia comia en su mesa cierto número de pobres, y acabada la comida, asistia á completas. Daba despues sus órdenes para el gobierno de la familia, y se retiraba á su cuarto, donde gastaba gran parte de la noche en la oracion y en el estudio, concediendo al sueño muy poco tiempo.

Acompañaba esta vida tan exemplar y tan arreglada con grandes penitencias. En ningun tiempo del año comia carne, aunque se servia en su mesa, así para los pobres, como para otros convidados. Su cama era una poca de paja con dos mantas, sin cosa de lienzo. Arreglada su familia para edificacion de los demas, se dedicó á arreglar al clero, trabajando con infatigable aplicacion en reformar las costumbres de todo el obispado. Visitábale regularmente todos los años, y cada año celebraba dos sínodos. Costóle poco trabajo la reforma general, facilitándosela un zelo tan puro y tan ardiente, sostenido de una vida tan exemplar y tan santa; ni la licencia de las costumbres podia resistir á la vigilancia de un pastor tan poderoso en obras como en palabras. Proveyó de excelentes curas las parroquias, obligando á renunciarlas, ó á enmendarse á los viciosos, ó á los ignorantes; con cuyas providencias floreció en Ausbourg y en todo el obispado tanto la pureza de la fe como la de las costumbres.

Habiendo reconocido por las excursiones de los bárbaros lo mucho que perjudicaban los sustos, las inquietudes y los sobresaltos á los exercicios de religion y devocion, pensó en la seguridad de sus ovejas, y no solo cercó de murallas la ciudad de Ausbourg, sino que levantó algunas fortalezas en la campaña, adonde se pudiesen refugiar las gentes del pais; pero no bastaron estas precauciones para que las tropas de Arnoldo, conde palatino, no sorprendiesen y saqueasen la ciudad en ausencia del santo Obispo, que habia pasado á la córte del emperador Otón para mover su ánimo á que ajus-

tase la paz. Concediósela el Emperador á la Alemania despues que Arnoldo fue muerto delante de Ratisbona, habiendo perdonado á su hijo Liutolfo á ruegos de nuestro Santo; pero apenas comenzaba á sosegar y á consolar á su pueblo, cuando un prodigioso exército de úngaros se echó sobre la superior Germania, inundando todo el pais. Fue sitiada la ciudad de Ausbourg; mas las oraciones de su santo Obispo pudieron mas que los esfuerzos de los sitiadores. Intimó oraciones y procesiones públicas para aplacar la cólera del cielo, y para merecer su proteccion contra los enemigos de la religion y del estado; las que fueron tan eficaces, que disponiéndose los bárbaros para un segundo asalto á tiempo que Ulrico estaba celebrando el santo sacrificio de la misa, de repente se apoderó de éllos tal terror, que levantaron el sitio, se pusieron precipitadamente en fuga, y matándose los únos á los ótros, perecieron casi todos; siendo dictámen general que se debió á las oraciones del santo Pastor una victoria tan no esperada.

Restituida la tranquilidad, se dedicó Ulrico á reparar los daños que habian hecho los bárbaros, y á reedificar la iglesia de santa Afra, célebre patrona de Ausbourg, cuyas santas reliquias tuvo el consuelo de hallar debaxo de sus ruinas. Por su devocion hizo segundo viage á Roma, de donde traxo las de san Abondo, con que enriqueció la iglesia que acababa de levantar, y en aquella curia se mereció por su eminente virtud los extraordinarios honores que le tributó el clero romano, y aun el mismo papa. En Ravena fue recibido con veneracion del emperador Oton, y en las frecuentes conversaciones que tuvo con la Emperatriz imprimió en su alma aquellas grandes máxîmas de perfeccion, que la hicieron con el tiempo una de las mas virtuosas princesas de su siglo.

Vuelto á Ausbourg escogió un coadjutor de toda satisfaccion, en cuyo zelo descargó la administracion de todo lo temporal, vacando él unicamente al bien espiritual de la diócesi, al que se aplicó con mas desvelo que nunca, á pesar de sus muchas enfermedades y de su avanzada edad. Como nunca se habia dispensado en la austeridad de la vida monástica, quiso tambien tomar el hábito de monge, y aun habia resuelto retirarse al monasterio

de san Galo para acabar en él sus dias; pero no se lo permitió el concilio de Ingelheim, celebrado el año de 972 en presencia del emperador Oton, á que asistió nuestro Santo, temiendo aquellos padres que otros muchos obispos querrian imitar el exemplo de tan gran Prelado, cuya santidad estaba ya públicamente reconocida por multitud de milagros.

Acabaron de consumirse las pocas fuerzas que ya tenia con los exercicios de su fervor y de su zelo, sintiendo tan seguros prenuncios de su cercana muerte, que fue disponiendo todas sus cosas como si ya se hallase asaltado de la última enfermedad. En fin, al amanecer el viernes 4 de julio de 973 mandó que le echasen sobre una porcion de ceniza bendita extendida en el suelo en forma de cruz; despidióse sosegadamente de todos los circunstantes, mandó que le leyesen la recomendacion del alma, y mientras se la leian espiró con admirable tranquilidad, á los ochenta años de edad, cincuenta de obispo, y despues de una vida inccente.

Creció despues de su muerte la opinion de santidad que ya era tan pública en vida por los muchos milagros que obró Dios en su sepultura; los que movieron al papa Juan XV. á mandar hacer exâctas informaciones de su vida y milagros, despues de las cuales le colocó solemnemente en el catálogo de los santos por una bula publicada en el concilio de Letrán el año de 993; y se cree haber sido la primera canonizacion jurídica que se vió en la Iglesia, la cual no usaba antes en éllas tantas formalidades. Elevóse entonces el santo cuerpo de la primera sepultura, y fue colocado con solemnidad en una capilla edificada en honra suya dentro de la iglesia de santa Afra, la cual comenzó desde aquel dia á tener la advocacion de nuestro Santo.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.

Da, quæsumus, omnipotens Deus: ut beati Ulrici, confessoris tui atque pontificis, veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat et salutem: Per Dominum nostrum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, que con motivo de la venerable solemnidad del bienaventurado Ulrico, tu confesor y pontífice, se aumente en nosotros la virtud y el deseo de nuestra salvacion: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 44. y 45. de la Sabiduría.

Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo, et inventus est justus, et in tempore iracundiæ factus est reconciliatio. Non est inventus similis illi qui conservaret legem Excelsi. Ideo jurejurando fecit illum Dominus crescere in plebem suam. Benedictionem omnium gentium dedit illi, et testamentum suum confirmavit super caput ejus. Agnovit eum in benedictionibus suis: conservavit illi misericordiam suam, et invenit gratiam coram oculis Domini. Magnificavit eum in conspectu regum; et dedit illi coronam gloriæ. Statuit illi testamentum æternum, et dedit illi sacerdotium magnum, et beatificavit illum in gloria. Fungi sacerdotio, et habere laudem in nomine ipsius: et offerre illi incensum dignum, in odorem suavitatis.

He aquí un sacerdote grande que en sus dias agradó á Dios, y fue hallado justo, y en el tiempo de la cólera se hizo la reconciliacion. No se halló semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo. Por eso el Señor con juramento le hizo célebre en su pueblo. Dióle la bendicion de todas las gentes, y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones, y le conservó su misericordia, y halló gracia en los ojos del Señor. Engrandecióle en presencia de los reyes, y le dió la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna, y le dió el sumo sacerdocio: y le colmó de gloria para que exerciese el sacerdocio, y fuese alabado su nombre, y le ofreciese incienso digno de él, en olor de suavidad.

NOTA.

»Esta epístola es un compendio ó una coleccion de »los elogios que el Espíritu santo hizo del sumo sacer»dote Aaron en el libro sagrado intitulado *el Eclesiásti»co.* La Iglesia ha tomado de muchos lugares de los ca»pítulos 44 y 45 de este libro todo lo que se contiene en »esta epístola; y toda élla incluye y encierra en sí un »completo elogio del sumo sacerdote, que la misma Igle»sia aplica á los santos confesores y pontífices de la ley »nueva.

REFLEXIONES.

Este es el gran sacerdote que agradó á Dios durante su vida; y hablando en rigor, solo fue grande por que agradó á Dios. Agradar á Dios es el fundamento de la verdadera grandeza; así como la mayor de todas las desdichas es desagradarle, incurrir en su indignacion, y vivir en su desgracia. ¡Pero qué poca fuerza hace esta gran verdad á muchos hombres del mundo! Este es uno de los primeros principios de la religion; ¿pero qué importa? ni se piensa en él, ni se hace caso de desagradar al Señor. La menor sospecha, el menor rezelo de estar en desgracia del príncipe quita el sosiego, inquieta la paz, altera el reposo, llena de amargura, y causa mortales inquietudes á los dichosos del siglo. ¿Hace el mismo efecto en nuestros ánimos el pensamiento de estar en desgracia de Dios? ¿quítanos el sueño? ¿interrúmpenos la alegría? ¿causa siquiera alguna amargura en el alma? Hablemos claros, no es menester mas para conocer, para palpar la irreligion de nuestro siglo. En él se puede decir con el Profeta, que los hombres beben la maldad como el agua, y que el pecado está como familiarizado con la conciencia de los cristianos. *Pequé, es así*, dicen con el impío de quien habla la Escritura, *pequé*; *¿y qué mal me ha sucedido*? Vívese en la enemistad de Dios; mas por eso ni se vive con menos contento ni con menos tranquilidad. Mas que los espectáculos sean contrarios á la religion; mas que las concurrencias mundanas sufoquen la virtud; mas que las diversiones peligrosas sean incompatibles con la inocencia, no importa; el concurso y el tropel siempre se hallará en los espectáculos; y las diversiones peligrosas han de ser de todos los tiempos y de todas las estaciones. Hasta en el santuario se entra el vicio, digámoslo así, con vara levantada; ya no respeta á estado alguno la licencia de las costumbres; inunda y triunfa la iniquidad en todas las edades; y despues nos quejamos de que se derrame un diluvio de calamidades por todo el Universo. Efectos necesarios son de nuestros desórdenes esos azotes tan universales que nos castigan y nos abaten. ¡Con qué facilidad y con qué seguridad se violan las mas sacro-

santas leyes! ¡los mandamientos mas esenciales, las mas respetables reglas! y esto al mismo tiempo que somos tan delicados en todo lo que toca á nuestro honor, á nuestro interes y á nuestra reputacion. La mas ligera ofensa, el mas mínimo desprecio nos revuelve la cólera, y al momento gritamos, ¡qué injusticia! ¡qué vileza! ¡qué ingratitud! alborotando el mundo hasta que se nos dé satisfaccion. Solo á la ofensa de Dios nos mostramos en todo tiempo indiferentes é insensibles; de manera, que por lo que toca á nuestra quietud, y en lo respectivo á nosotros, parece que lo mismo se nos da agradarle que ofenderle. ¡Buen Dios, y cuánta necesidad hay de un juicio final á vista de esta conducta! Qué bien justifica este proceder los terribles azotes que destruyen el dia de hoy toda la tierra.

El evangelio es del capítulo 25. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam peregrè proficiscens, vocavit servos suos, et tradidit illis bona sua. Et uni dedit quinque talenta, alii autem duo, alii verò unum, unicuique secundùm propriam virtutem, et profectus est statim. Abiit autem qui quinque talenta acceperat, et operatus est in eis, et lucratus est alia quinque. Similiter, et qui duo acceperat, lucratus est alia duo. Qui autem unum acceperat, abiens fodit in terram, et abscondit pecuniam domini sui. Post multùm verò temporis venit dominus servorum illorum, et posuit rationem cum eis. Et accedens qui quinque talenta acceperat, obtulit ei alia quinque talenta, dicens: Domine, quinque talenta tradidisti mihi; ecce alia quinque superlucratus sum. Ait illi domi-

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos esta parábola: Un hombre, que debia ir muy lejos de su pais, llamó á sus criados, y les entregó sus bienes. Y á uno dió cinco talentos, á otro dos y á otro uno, á cada cual segun sus fuerzas, y se partió al punto. Fue, pues, el que habia recibido los cinco talentos á comerciar con éllos, y ganó otros cinco: igualmente el que habia recibido dos, ganó otros dos; pero el que habia recibido uno, hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Mas despues de mucho tiempo vino el señor de aquellos criados, les tomó cuentas; y llegando el que habia recibido cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí otros cinco que he ganado. Dixole su señor: Bien esta, siervo bueno y

nus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, supra multa te constituam, intra in gaudium domini tui. Accessit autem et qui duo talenta acceperat, et ait: Domine, duo talenta tradidisti mihi: ecce alia duo lucratus sum. Ait illi dominus ejus: Euge, serve bone et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, super multa te constituam; intra in gaudium domini tui.

fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor. Llegó tambien el que habia recibido dos talentos, y dixo: Señor, dos talentos me entregaste, he aquí otros dos mas que he grangeado. Díxole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor.

MEDITACION.

Del aprecio y veneracion que debemos hacer de los santos estilos de la Iglesia.

PUNTO PRIMERO.

Considera que por aquellos diversos talentos del evangelio no se entienden únicamente aquellos dones particulares que el Señor distribuye tan liberalmente á sus siervos, puédense tambien entender los devotos estilos y santas costumbres de la religion, las cuales son tambien fuentes de gracias para los que saben aprovecharse de éllas, haciéndolas con aquellas disposiciones que nos pide el espíritu de la Iglesia, que es el mismo Espíritu santo. Bendiciones del Santísimo, salves, procesiones, salutacion angélica, agua bendita, y otras muchas ceremonias y sagrados ritos de la Iglesia católica, todos antiguos, todos santos, y todos instituidos para enriquecer á los fieles con las bendiciones del cielo. ¡O buen Dios, y qué de tesoros espirituales nos hace perder nuestra poca religion! Reflexîonemos bien las oraciones que dice la Iglesia en la bendicion del agua, y por éllas conocerémos la virtud del agua bendita.

Dase principio por la bendicion de la sal con esta oracion: "Yo te exôrcizo (esto es), yo te bendigo, criatu-»ra de la sal, por el Dios vivo, por el Dios verdadero,

»por el Dios santo, por aquel Dios que mandó al profe»ta Eliseo ordenase que te echasen en el agua para hacer»la saludable y fecunda, á fin de que por este exôrcismo »puedas contribuir á la salvacion de los fieles, y todos los »que te usen reciban la salud de cuerpo y alma, y para »que el lugar donde te derramen sea libre de toda ilu»sion, malicia, artificio y sorpresa del diablo, y todo »espíritu inmundo sea expelido de él, conjurándole aquel »que ha de venir á juzgar los vivos y los muertos, y á »todo el mundo por fuego.

»Todopoderoso y sempiterno Dios (prosigue el sacer»dote), suplicamos muy humildemente á vuestra infinita »clemencia os digneis, por vuestra bondad, de bendecir »y santificar esta criatura de la sal, que concedísteis para »su uso á todo el género humano, á fin de que sirva á los »que se valgan de élla para la salvacion de su alma y de »su cuerpo, y que todo lo que sea tocado ó rociado con »élla sea preservado de toda mancha, y de todos los ata»ques de los malignos espíritus: Por nuestro Señor Jesu»cristo, que siendo Dios vive y reyna con vos en unidad »del mismo Espíritu santo.

»Yo te exôrcizo, criatura de la agua, en nombre de »Dios Padre todopoderoso, y de nuestro Señor Jesucristo »su Hijo, y en virtud del Espíritu santo, á fin de que por »este exôrcismo ayudes á expeler y disipar todas las fuer»zas del enemigo, y á exterminarle á él mismo con sus án»geles rebeldes por el poder del mismo Jesucristo nuestro »Señor, que ha de venir á juzgar á los vivos y á los »muertos, y al siglo por fuego.

»O Dios, que os quisísteis valer de la substancia de »las aguas para los mayores sacramentos que instituísteis »por la salvacion del género humano, oid favorablemen»te nuestras humildes súplicas, y derramad la virtud de »vuestra bendicion sobre este elemento, preparado para »varias purificaciones, á fin de que sirviendo á vuestros »ministerios vuestra criatura, reciba el efecto de vuestra »divina gracia para expeler los demonios y las enferme»dades; y que todo lo que fuese rociado con esta agua, »ya sea en las habitaciones, ya en los demas lugares de »los fieles, sea preservado de toda impureza y de todo »mal; que no haya allí ni espíritu pestilente, ni ayre co-

„rrompido; que sea libre de las emboscadas secretas del „enemigo; y si hay algo que pueda dañar á la salud, ó „á la quietud de los que habitan en éllas, sea arrojado le„jos de allí por virtud de esta agua; y en fin, que por „la invocacion de vuestro santo nombre podamos conse„guir la prosperidad que deseamos, exênta de todo género „de ataques: Por nuestro Señor Jesucristo, &c."

Despues de estas oraciones el sacerdote echa la sal en el agua en forma de cruz, diciendo: *Hágase esta mezcla de sal y de agua en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu santo. Así sea*; y concluye con la siguiente oracion:

"O Dios, autor de un invencible poder, rey de un „imperio inmutable, que siempre triunfas gloriosamente, „que disipas las fuerzas del partido contrario; que abates „el furor del rugiente enemigo, y domas poderosamente la „malicia de tus adversarios; suplicamoste con profundo „respeto te dignes mirar con ojos benignos esta criatura „de la sal, y del agua, derramando en élla la virtud de tu „gracia; y santificándola con la efusion de tu divina bon„dad, para que todos los lugares que sean rociados con „élla, sean preservados, por la invocacion de tu santo „nombre, de las fantasmas del espíritu impuro, sin que „haya que temer serpiente venenosa; antes, implorando „tu misericordia, en todos los lugares estemos asistidos „de la presencia del Espírisu santo: Por nuestro Señor Je„sucristo, &c." ¡Qué virtud no tendrá esta preciosísima guia! ¡y con qué espíritu de religion deberémos usar del agua bendita!

PUNTO SEGUNDO.

Considera cuánto mal hacemos en no aprovecharnos de un auxîlio tan fácil, ya sea por ignorancia, ya por indolencia, ya por falta de fe. La pérdida no es indiferente para nosotros, todo el infierno teme la virtud de esta agua; y si tuviéramos una fe viva, y un fondo de religion menos limitado, cada dia experimentaríamos muchos milagros con el agua bendita; pero no parece posible tener menos fe con élla de la que tenemos, ni usarla menos de lo que el dia de hoy la usamos.

Todos son lazos en el mundo, todos son peligros, los enemigos de nuestra salvacion poderosos y en gran número; ¿mas por ventura nos faltan armas ni socorros? No por cierto; pero no nos dignamos aprovecharnos de éllas. ¿Pues de qué nos admiramos si somos heridos, si somos derribados, si se ven tan funestas caidas? el dia de hoy solo el ínfimo pueblo se vale de estos medios; y así se ve que por lo general solo en él reynan la inocencia y la devocion. Las personas distinguidas por su nacimiento ó por su fortuna usan poco de estas devotas armas. Un caballero, una dama creerian abatir su calidad si al entrar en la iglesia metieran la mano en la pila del agua bendita; es devocion muy baxa y muy popular para personas de tanto respeto; es menester alargársela, es menester presentársela; y aun así la reciben, no como acto de religion, sino de atencion, de urbanidad, y tal vez de cortejo enteramente profano. Y á esto se reduce casi todo lo que ha quedado de piedad en las que se llaman gentes del mundo.

¡Mi Dios, mucho tengo de que enmendarme en el uso de este y otros santos exercicios de religion! dignáos acompañar este conocimiento que me dais, y estas reflexîones con que me favoreceis, de una poderosa gracia, para que llore lo mucho que he perdido hasta aquí, y para que en adelante repare esta pérdida, usando dignamente de todos los actos de piedad el resto de mis dias.

JACULATORIAS.

Tunc non confundar, cum perspexero in omnibus mandatis tuis. Salm. 118.

No, Señor, jamás seré confundido como no desprecie cosa alguna de cuantas la santa Iglesia tiene establecidas y ordenadas.

Justificationes tuas custodiam, non me derelinquas usquequaque. Salm. 118.

Observaré, Señor, y practicaré religiosamente las piadosas costumbres de la Iglesia, esperando que nunca me desampararéis.

PROPOSITOS.

El uso del agua bendita es sin duda de tradicion apostólica, como la bendicion del agua y de la sal con que se hace el asperges del pueblo, siendo el fin de esta ceremonia para que por la virtud que comunican al agua bendita las oraciones de la Iglesia, no tenga poder el espíritu maligno sobre las personas ni las cosas que élla tocare. El motivo por qué se hace la mezcla de sal y agua bendita, es por ser la sal símbolo de la prudencia y de la sabiduria, como el agua lo es del candor y de la pureza. Hace tambien la santa Iglesia esta misteriosa mezcla, para que los que fueren lavados ó rociados con aquella agua, siendo purificados por el Espíritu santo, experimenten en sí el candor y la simplicidad de palomas, con la prudencia de serpientes. Hízose en todos tiempos esta bendicion del agua en los domingos, para que la llevasen á sus casas los fieles que aquel dia concurren á la iglesia; y se coloca la pila del agua bendita á la entrada de todas las iglesias, para que al entrar en élla la tomen los mismos fieles, pidiendo á Dios se digne purificarlos, á fin de que sus oraciones sean mas puras y mas eficaces; por lo que esta santa costumbre es de la mayor antigüedad, como se reconoce por el libro de las constituciones apostólicas. Hácese el asperges sobre el altar antes de la misa mayor, para pedir á Dios que los demonios no se acerquen á él á turbar con infernales sugestiones los ministros del Señor. Rocíanse con agua bendita los cadáveres, las sepulturas y los cementerios, para conseguir del Señor que en virtud de las oraciones con que se bendixo aquella agua, se digne purificar cuanto antes las almas de los fieles difuntos que descansan en paz, concediéndolas el alivio de las penas que padecen, y anticipándolas el gozo y la posesion de la gloria.

2 Guárdate bien de aquella irreligiosa delicadeza con que muchas personas indevotas se excusan de tomar agua bendita al entrar y salir de la iglesia. Ten siempre en tu cuarto una pila de agua bendita, no ya para ostentacion ó para adorno, sino para usar devotamente de élla; y nunca dexes de tomarla al levantarte, al acostarte, al

principio de tus devociones y de tus tareas. Es una santa y provechosa costumbre el tomarla tambien cuando se levanta alguna tempestad, cuando truena, y cuando se siente alguna tentacion. Igualmente es de grande importancia rociar con élla la cama antes de acostarse, echarla á los enfermos, á los moribundos, y generalmente aspergear los lugares donde se teme la asistencia de los espíritus malignos, ó algun ayre corrupto y pestilente. Acostúmbrate á tomarla tambien al entrar y salir de tu cuarto. Nos libraríamos de mil desgraciados accidentes que suceden, si usáramos mas de estos poderosos auxílios; pero es menester hacerlo como se debe para que sea con fruto. Para eso has de tomar siempre el agua bendita con espíritu de fe y de compuncion; de fe, por ser esta la condicion indispensable que exíge el Salvador en todos los que le piden algun favor especial; de compuncion, porque para conseguir purificarnos de las faltas ligeras por virtud del agua bendita, es menester detestarlas con dolor. No hay cosa mas saludable que estos piadosos exercicios, y así haz siempre grande aprecio de éllos.



DIA CINCO.

El beato Pedro de Luxemburgo, confesor.

La ilustre casa de Luxemburgo, tan conocida en la Europa por haber dado cinco emperadores al Occidente, muchos reyes á Ungría y á Boemia, una reyna á Francia, y por su enlace con la augusta casa de Borbon, se vió mas que nunca esclarecida en el siglo decimocuarto por el nacimiento del bienaventurado Pedro de Luxemburgo, cuya memoria consagró para siempre la santa Iglesia.

Nació el dia 20 de julio de 1369 en Liñy, ciudad poco populosa de Lorena, en la diócesi de Toul. Fue Pedro el quinto de los hijos que tuvo Guido de Luxemburgo,

conde de Liñy, y Matilde ó Mathan de Chantillon, condesa de san Pol; pero su madre le amó con tan particular ternura, que élla misma quiso criarle á sus pechos, y aun habia determinado cuidar élla sola de su educacion si Dios no lo hubiera dispuesto de otra manera, llevándosela para sí cuando el niño no tenia mas que tres años. Mas como el Señor tenia destinado á Pedro para tan altos fines, dispuso que su tia la condesa de Orgieres, señora no menos virtuosa que su madre, se encargase de la crianza del niño. Escogióle excelentes maestros, que tuvieron poco que hacer, porque su noble índole y su despejado entendimiento los ahorró muchas lecciones. Era por otra parte de inclinaciones tan piadosas, que parecia haberse anticipado la virtud á la razon. A los seis años de su edad hizo voto de castidad, y á una hermanita suya que tenia doce la persuadió á que hiciese el mismo voto. Su amor á la oracion, su modestia en la iglesia, su tierna devocion con la santísima Vírgen y su caridad con los pobres le merecieron desde entonces el renombre de santo.

Parece que no podia subir mas de punto esta última virtud. Siendo de solos siete ú ocho años era todo su desvelo socorrer á los necesitados. Ningun pobre llegaba á la puerta mientras estaban comiendo, con quien no repartiese lo que le servian en su plato. Valíase de mil industrias para tener con que dar limosna, y cuando se le acababa el caudal, hurtaba cuanto podia para socorrerlos. Informado el Conde su padre de estos piadosos hurtillos, dió muchas gracias á Dios por haberle concedido un hijo de tan cristianas como nobles inclinaciones; y aun se asegura que autorizó Dios su caridad con varios prodigios, de que fue testigo el mismo Conde.

A los doce años le enviaron á París á continuar sus estudios; y como era de tan excelente ingenio, se distinguió mucho, así en las letras humanas como en la filosofía. Aplicóse despues al derecho canónico, que en aquel tiempo era muy cultivado por los que se dedicaban al estado eclesiástico, haciendo en él tan asombrosos progresos, que ya en tan tierna edad fue venerado por un milagro de virtud y de sabiduría. Dos desgraciados sucesos interrumpieron sus estudios; la muerte de su padre y

el accidente de su hermano mayor el Conde de san Pol, que en una batalla que perdieron los franceses fue hecho prisionero por los ingleses. Inmediatamente partió el santo niño á Calés, donde se quedó en rehenes por su hermano mientras iba éste á recoger la suma que le habian pedido por su rescate. Enamorados los ingleses de la virtud y de las prendas de su nuevo prisionero, le cobraron tanto amor y tanto respeto, que le pusieron luego en libertad, sin querer mas seguridad que la de su palabra; y noticioso el rey de Inglaterra Ricardo II. del mérito de nuestro Santo, hizo cuanto pudo para detenerle cerca de sí; pero Pedro, luego que se vió libre, se restituyó á París á continuar sus estudios.

Cobró nuevas fuerzas su fervor cuando se vió en aquella ciudad; dobló sus penitencias, y cada dia se iba haciendo mas y mas visible su virtud. Habia algunos años que el célebre Felipe de Maisieres, antiguo canciller de los reynos de Jerusalen y de Chipre, desengañado de las grandezas humanas, vivia retirado del mundo en el convento de los Celestinos de París, donde sin la obligacion de los votos, ni la profesion del hábito, hacia una vida muy exemplar, y verdaderamente religiosa. Movido de la reputacion de aquel ilustre solitario, pasó á verle Pedro de Luxemburgo. A la primera conversacion descubrió Felipe el rico tesoro de gracias que se ocultaba en el alma de aquel jóven, y la uniformidad de máxîmas ligó inmediatamente una amistad muy estrecha entre los dos grandes siervos de Dios. Admiraba á Felipe la inocencia y la sobresaliente virtud de Pedro de Luxemburgo, y aprovechábase éste de las lecciones que Felipe le comunicaba sobre el exercicio de la oracion, y sobre los diferentes caminos de la vida espiritual.

Eran los únicos pensamientos de Pedro adelantarse cada dia mas en el camino de la perfeccion, muy ageno de pensar en ascender á las dignidades de la Iglesia, cuando su familia le solicitó un canonicato en la catedral de París. El nuevo empleo solo sirvió para que se considerase mas obligado á dar mayor impulso á los esfuerzos de su fervor, siendo su modestia, su compostura, su indefectible asistencia á todas las horas del coro, y la ino-

cencia de sus costumbres el modelo mas perfecto de canónigos santos, y la admiracion de toda la ciudad, donde se hizo mucho mas respetable por su humildad que por su elevado nacimiento, y por las demas raras virtudes. Negóse á llevar la cruz en cierta procesion solemne un simple cleriguillo, de padres muy humildes, pareciéndole á su orgullo exercicio de poca estimacion; tomóla luego nuestro jóven canónigo, y la llevó con tanta devocion, que asombró á todo París, con edificacion y con aplauso general de su modestia.

La fama de tan singular virtud y de tan extraordinario mérito hizo tanto ruido en el mundo, que penetró hasta las córtes extrangeras. Despedazaba á la sazon la Iglesia de Dios un largo y funesto cisma. Clemente VII. reconocido en Francia por legítimo Pontífice, residia en Aviñon, y noticioso de la eminente santidad del tierno canónigo de París, le hizo arcediano de Dreux, y casi al mismo tiempo le nombró por obispo de Metz, sin reparar en su cortísima edad, pues contaba solos quince años; pero el Papa creyó debia dispensar en las leyes comunes de la Iglesia con quien Dios habia hecho tan superior á las ordinarias de la naturaleza. A pesar de sus representaciones, alegatos y resistencias, se vió precisado á obedecer. Fue ordenado de sacerdote, y consagrado obispo de Metz, mostrando desde luego que si la dignidad era muy superior á sus años, su virtud era muy superior á la dignidad. Mostró en toda su conducta ser un pastor consumado para el ministerio, creyendo todos que veian un ángel cuando se dexaba ver en público, y se hablaba de la sabiduría de aquel Prelado niño con una especie de admiracion muy parecida á la que causó el niño Jesus en la edad de doce años.

Por imitar en todo á su divino Maestro, hizo su entrada pública en Metz, como la hizo el Salvador en Jerusalen, montando en un humilde jumento; no admitiendo otra pompa que la de hacer cuantiosas limosnas á los pobres, ni mas aparato que el de la modestia y la piedad.

Desde que tomó posesion del obispado se dedicó al cumplimiento de todas sus obligaciones con un fervor y con una intencion verdaderamente asombrosa. Dió prin-

cipio por la visita general de toda la diócesi, y la hizo con tanta felicidad, que restituyó la fe á su pureza, la disciplina á su vigor, y corrigió abusos que con el transcurso de los años aspiraban á la prescripcion.

Mientras se afanaba tan dichosamente por santificar á los demas, estaba muy distante de descuidarse en la santificacion de sí mismo; y cuando dedicaba sus desvelos al mayor bien del rebaño, no perdia de vista la perfeccion que debia resplandecer en el pastor. No podia ser mayor su delicadeza de conciencia; confesábase todos los dias, y muchos dias dos veces. Nunca perdia á Dios de vista, estando en su presencia tan contínuamente, que se podia decir era toda su vida una contínua oracion, la que apenas interrumpia su corto sueño. El tiempo que no dedicaba á las necesidades espirituales de su pueblo, le empleaba todo en la oracion, y en el estudio, negándose aun á las mas lícitas y honestas diversiones. Sus rentas casi enteramente las consumian los pobres y la Iglesia, reservándose la menor parte de éllas, no para vivir, sino para no morirse de hambre; porque los ayunos de precepto los pasaba todos con pan y agua, y con el mismo rigor ayunaba todo el Adviento, y todos los lunes, viernes y sábados del año. Las penitencias del cuerpo excedian el rigor de sus ayunos; y aunque no parecia posible mayor inocencia, es indubitable que su extremada penitencia acortó los dias de su preciosa vida. Dióle mucho que padecer el sedicioso alboroto de sus diocesanos, que contra su autoridad se nombraron por sí mismos jueces y magistrados. Humillábase delante de Dios, y le sirvió de gran mortificacion el ver que su mismo hermano el Conde de san Pol tomó las armas, y saqueó muchos lugares de las cercanías de Metz; el santo Obispo se cargó con todos los daños, reparando de sus propias rentas cuantos el Conde habia hecho; generosa caridad que le acabó de ganar todos los corazones.

Hallábase aún en Aviñón el año de 1386 el papa Clemente VII., y movido de lo mucho que oia decir acerca de la eminente santidad del jóven Obispo de Metz, le creó cardenal del título de san Jorge al velo de oro, mandándole asistir cerca de su persona, para edificar á

toda la corte eclesiástica con sus grandes exemplos. Reconocíale nuestro Santo, como tambien toda la Francia, por legítimo pontífice, en cuya consideracion se juzgó obligado á obedecer. Llegó el nuevo Cardenal á la corte de Aviñon, donde acreditó con su presencia que todo lo que habia publicado la fama acerca de su heróica virtud era muy inferior á lo que palpaba la realidad. La nueva dignidad solo sirvió para añadir mas esplendor á sus virtudes, y para que el Santo acrecentase nuevas penitencias, no contentándose con las ordinarias. Informado el Papa de esto, y conociendo de cuánta importancia era para el bien de la Iglesia universal la conservacion de aquella preciosa vida, le advirtió muchas veces que moderase sus excesivas austeridades; y sabiendo que cada dia se iba debilitando mas y mas su salud, absolutamente le prohibió la mayor parte de sus penitencias; á lo que respondió el santo Cardenal: *Santísimo Padre, yo siempre seré un siervo inútil; pero á lo menos sabré obedecer.*

Pero como el Papa no le prohibió que moderase las limosnas, le pareció que lo que perdia por el lado de la penitencia, lo debia resarcir por el de la caridad. Era singular su ternura con los pobres, y todo su gusto era parecerse á éllos; habiéndolos dado de sus rentas sus muebles y su equipage, vendió el anillo episcopal para socorrerlos. Todo cuanto se veia en el Cardenal respiraba pobreza, y publicaba el extraordinario amor que la profesaba; de manera, que cuando murió solo se hallaron veinte sueldos en sus navetas.

Al paso que cada dia se debilitaba mas en su salud, crecia mas su devocion, su ternura y su abrasado amor para con Dios. Yendo un dia desde su palacio á la iglesia de san Pedro de Aviñon, fue arrebatado en éxtasis; el semblante encendido, los ojos inmobles, y fixos en el cielo, despidiendo de todo su cuerpo un resplandor extraordinario. Llevátonle en brazos sus criados á la casa mas inmediata, que se cree fue el hospital de san Antonio, donde estuvo mas de media hora sin volver del rapto. En otra ocasion, pasando de Aviñon á Castel nuevo del Papa, tuvo otro semejante. Tiénese por cierto que se le apareció el Salvador en el camino, cu-

ya vision le sacó tan fuera de sí, que suspendida la funcion de los sentidos, se postró en tierra en medio de un lodazal, de donde le levantaron sin que se descubriese ni la mas mínima mancha en el vestido. Fueron testigos de esta maravilla el mismo Papa, y todos los de la comitiva. El éxtasis fue largo, y en la iglesia colegial de nuestra señora de Autún se ve una antigua pintura del Santo, que representa este suceso, con estas palabras que le eran muy familiares: *Desprecio del mundo, desprecio de sí mismo, desprecio del mismo desprecio, y á nadie despreciar sino á sí solo.*

Era muy de desear que una vida tan santa hubiese sido mas larga; pero el Señor se dió priesa á recompensar unos merecimientos tan extraordinarios, y unos dias tan llenos. Diez meses despues de su promocion al cardenalato cayó gravemente enfermo, mudándose la fiebre en una calenturilla lenta, que le iba consumiendo. Hiciéronlo mudar de ayres, y le conduxeron á Villanueva, de la otra parte del Ródano. Nunca manifestó mas su devocion que en el tiempo de su enfermedad. Todos los dias rezaba el oficio divino, confesábase dos veces al dia, y cada dia comulgaba para añadir nuevas fuerzas á su fervor con el pan de la divina Eucaristía. Conforme se iba acercando á su dichoso fin, iba creciendo su íntima union con Dios, y su tierna devocion á la santísima Vírgen. Vino á visitarle uno de sus hermanos, que andando el tiempo fue obispo de Cambray; hablóle el Santo con tanta energía, y con tanta mocion de la vanidad del mundo, y de las ventajas de la vida santa y perfecta, que imprimiéndosele indeleblemente en el alma estos saludables consejos, fue despues uno de los prelados mas exemplares. Recomendóle muy particularmente á su querida hermana Juana de Luxemburgo, aquella misma á quien habia persuadido hiciese voto de castidad, que toda la vida fue un perfecto modelo de vírgenes cristianas, á la cual envió tambien un tratado *de la perfeccion*, que determinadamente habia compuesto para élla. Conociendo que se le iban acabando las fuerzas, recibió los últimos sacramentos con indecible fervor, llamó despues á todos sus criados, que se deshacian en lágrimas; pidióles perdon del mal exemplo que los habia dado, tratándolos acaso con menos caridad de la que debiera; obligólos á darle palabra de hacer lo que les pidiese; todos res-

pondieron que obedecerian; pero quedaron asombrados cuando les mandó que tomasen en la mano unas disciplinas que tenia debaxo de la cabezera, y que úno despues de ótro le fuesen azotando en las espaldas, *en castigo* (añadió) *de haberos tratado como criados, siendo así que érais mis hermanos.* Por mas súplicas, instancias, y ruegos que le hicieron, por mas lágrimas, que derramaron para que les dispensase en aquella accion, les fue preciso darle gusto. Concluido un acto de tanta humillacion, quiso que le dexasen á solas con su Dios; y en fin, consumido mas con el fuego del divino amor, que con el de la calentura lenta, rindió su inocente alma al Criador el año de 1377, á los diez y ocho de su edad.

Cuando Clemente VII. supo su muerte, no pudo contener las lágrimas. *Esta dichosa alma* (exclamó) *aplacará la cólera del cielo, y nos alcanzará la paz de la Iglesia.* Pasó en persona á Villanueva á besar su santo cuerpo, y fue testigo del celestial olor que exhalaba, llenando de fragrancia todo el cuarto. De Villanueva fue conducido á Aviñon sin pompa ni aparato, como él mismo lo habia mandado, y se le dió sepultura en el cementerio de san Miguel, donde despues se fundó la iglesia y convento de padres celestinos, que poseen hasta hoy el inestimable tesoro de sus reliquias.

Fueron tantos, y tan estupendos los milagros que obró Dios por su intercesion antes de enterrarle, y despues en su sepultura, que hay pocos bienaventurados, cuya santidad hubiese querido declarar el cielo con modo mas auténtico. En virtud de esto, apenas murió cuando se erigió una magnífica capilla en el lugar de su sepulcro, apresurándose tanto el zelo y la devocion, que se dice entregaron sus joyas las damas de Aviñón para que cuanto antes se concluyese la obra; y fue tan grande la veneracion de todo el pueblo al santo cuerpo, que el cuartel de la ciudad donde descansan sus preciosas reliquias se llama hasta el dia de hoy el *Cuartel santo.* Constan hasta 2400 milagros en los registros que conserva el archivo de los PP. celestinos, pero el mas célebre de todos fue el que sucedió el año de 1432.

Un muchacho de diez á doce años subió á la torre mas alta del palacio de Aviñón para coger un nido de pá-

xaros, alargó tanto el cuerpo para alcanzar al nido, que perdiendo el plomo, cayó precipitado desde lo mas elevado de la torre, y dió sobre la punta de un peñasco, donde se hizo pedazos tan horrorosamente, que se esparcieron los sesos por todas partes, y todo el cuerpo quedó dividido en trozos. Concurrió toda la ciudad á tan lastimoso espectáculo, cuya vista llenó de horror á todos, y á cada uno. Noticioso el triste padre del niño de tan desgraciado suceso, híncase luego de rodillas, y deshecho en lágrimas levanta los ojos y las manos al cielo, diciendo: *Monseñor san Pedro de Luxemburgo, ampáradme.* Levántase lleno de fe y de confianza, corre al lugar donde estaba el cuerpo de su hijo, recoge los pedazos esparcidos por el suelo, y la sangre derramada con la misma tierra que estaba embebida en élla, mételo todo en un saco, y él mismo lleva el saco con aquellos tristes despojos, y le coloca sobre el sepulcro del Santo, en cuya proteccion, despues de Dios, tenia toda su confianza; ruega á la muchedumbre que le seguia, que junte sus oraciones á las suyas, y acuden los padres celestinos á cantar la oracion del bienaventurado Pedro. Unidas así las oraciones de todos, con un prodigio jamás oido hasta entónces, ven todos los circunstantes que el muchacho comienza á moverse dentro del saco, y oyen una voz del niño como si estuviera en lo alto de la torre, que decia á un compañero suyo: *Esteban, coge el nido, que ya cayó abaxo.* Faltó poco para que ahogase al niño resucitado la priesa que todos se daban por verle, y fue preciso ponerle de pie encima del altar para satisfacer la curiosidad del concurso. Una maravilla tan extraordinaria sucedida á vista de toda la ciudad, aumentó la devocion del pueblo con nuestro Beato; y como sucedió el dia 5 de julio, se fixó en este dia su fiesta, que todos los años se celebra en Aviñón con pompa y con solemnidad: especialmente despues que el verdadero papa Clemente VII, precediendo las jurídicas informaciones de su vida y milagros, publicó la bula de su beatificacion en 4 de abril de 1527, y la ciudad de Aviñón le escogió por uno de sus patronos, de quien cada dia recibe nuevas gracias.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Petri, confessoris tui atque pontificis, veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat et salutem: Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, ó Dios todopoderoso, que la venerable solemnidad del bienaventurado san Pedro, tu confesor y pontífice, aumente en nosotros el espíritu de la piedad, y el deseo de nuestra salvacion: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 44. *y* 45. *de la Sabiduría, y la misma que el dia IV, fólio* 51.

NOTA.

"Jesus, nieto del autor del libro del *Eclesiástico*, de »donde se sacó esta epístola, la traduxo de hebreo en grie»go; pero el original hebreo que tuvo presente para la tra»duccion no fue ótro, segun todas las apariencias, que el »siríaco y el hebreo vulgar de aquellos tiempos. Ignórase »quién fue el autor de la version latina, y solo se sabe que »se hizo en los primeros siglos de la Iglesia, pues se halla »citada en todos los santos padres antiguos."

REFLEXIONES.

Halló gracia delante del Señor. Ésta es la mayor fortuna que puede hacer el hombre, éste el elogio mas magnífico que el hombre puede merecer, y ésta es toda la felicidad del hombre. Hallar gracia delante de Dios es ser agradable á sus divinos ojos por su inocencia y por su piedad; es ser favorecido, y es gozar de su benevolencia y de su amistad. Si el favor de los grandes del mundo colma de bienes y de honras á los que le consiguen, ¿qué honras, y qué bienes no producirá el favor de Dios? Pero con esta diferencia, que el favor de los príncipes puede llenarnos de tesoros, mas no es capaz de dar mérito; cuando la gracia de Dios es el mérito de la persona, porque es inseparable de la virtud. *Agradó á Dios, y hallóse que era justo.*

Sin justicia, esto es, sin virtud, y sin inocencia es imposible agradar al Señor. ¿Pero dónde hay fortuna mas sólida? No hay cosa mas superficial ni mas vacía, que la imaginaria felicidad de los dichosos del siglo. ¿Cuándo se halló siquiera úno que estuviese contento con su suerte? Crece la ambicion con los bienes y con los honores; y esta insaciabilidad es la mayor prueba de una verdadera indigencia. No hay cosa criada que pueda saciar, ni contentar el corazon del hombre; la seguridad de que algun dia se ha de perder todo, turba el gusto de la posesion. Las riquezas opulentas y los honores mas elevados á lo sumo no son mas que una brillantez que deslumbra, y un humo que se sube á la cabeza; engañan y aturden por algun tiempo, y en eso consiste toda esa soñada felicidad. Esas revoluciones de fortuna, y esa contínua alternativa de bienes y de males, ¿qué otra cosa nos están predicando? Sábese muy bien, y se dice á cada paso, que ya es estrella de favorecidos el no serlo nunca hasta el fin, ó porque los príncipes se cansan de éllos cuando no tienen mas que dar, ó porque éllos se cansan de los príncipes cuando no tienen mas que recibir. No sucede lo mismo con los que han merecido la gracia del Señor; sus bienes hartan sin fastidio; hacen á sus favorecidos respetables sin fiereza, dichosos sin emulacion, y no están ni sujetos al capricho, ni dependientes del humor, ni expuestos á las inconstancias de la vida. Consíguese la gracia del Señor, y se mantiene uno en élla siempre que quiere, y todo el tiempo que quiere. *Si vis, es*, respondió santo Tomás á una hermana suya, que le preguntó cómo podria ser santa, *Seráslo como lo quieras ser.* Las aprensiones, las inquietudes y la turbacion derraman mucha hiel en las prosperidades de los favorecidos; nunca es su alegría pura; los zelos la inquietan; la envidia la turba; la multitud de concurrentes la consumen, y de ordinario la acaban. Por brillante que sea una fortuna, siempre titubea, siempre es resvaladiza. Pero demos que llegue hasta la muerte, de allí no pasa; y por larga que sea esta duracion, es ciertamente muy corta. ¿Y qué será de ese favorecido de los grandes del mundo por toda la eternidad? Pero es uno santo, es favorecido del Señor; la muerte aumenta el favor, y hace mas perfecta su dicha, su mérito mas brillante, y su cul-

to mucho mas célebre, pues al cabo le eterniza. Respétanse hasta sus huesos, y hasta sus podridas cenizas (*Sap.* 3.). *Fulgebunt justi, et tamquam scintillæ in arundineto discurrent*: brillarán los justos, y resplandecerán como las centellas que corren como jugueteando por un cañaveral. *Justitia enim perpetua est, et immortalis*: la justicia es permanente, é inmortal. Pues *Filii hominum ùsquequò gravi corde*? hijos de los hombres, ¿hasta cuándo habeis de gemir oprimidos baxo esa pesadez, que bruma vuestro pobre corazon? ¿hasta cuándo habeis de amar la vanidad? ¿hasta cuándo os habeis de dexar embaucar de la mentira? Todos conocen esto; ¿pero quién se aprovecha de éllo?

El evangelio es del cap. 25. *de san Mateo, y el mismo que el dia IV, fólio* 53.

MEDITACION.

Del buen uso de los medios para lograr nuestra salvacion.

PUNTO PRIMERO.

Considera con qué bondad, con qué liberalidad, y con qué magnificencia puso Dios en nuestras manos sus propios bienes. No solamente los cielos publican su beneficencia con nosotros; la tierra, el mar, todo el Universo, y todas las criaturas destinadas para beneficio del hombre, nos anuncian sus misericordias; ninguna hay que no nos sirva de medio para caminar á nuestro último fin si sabemos usar de élla; pero no solamente hemos recibido de su liberalidad los bienes naturales, sino los sobrenaturales, mucho mas preciosos, y en mucho mayor número. Sacramentos de la Iglesia, manantial fecundo de bienes espirituales, tesoro inmenso de las misericordias de nuestro gran Dios. Gracias poderosas, dones sobrenaturales, fruto precioso de nuestra redencion, sacrificio permanente del Cordero inmaculado, víctima de precio infinito, exceso de bondad, y de amor del Redentor. Auxîlios diarios y contínuos, medios

eficaces de la salvacion, dones superabundantes, liberalidades sin medida del Salvador del mundo. El mismo Jesucristo en medio de nosotros; su cuerpo, su preciosa sangre convertida en alimento nuestro; estos son los bienes que pone Dios en nuestras manos: ¡y todavía hay pobres, poseyendo tales bienes! San Pablo no podia comprender esto; ¿y nosotros por ventura lo comprendemos? Estas gracias de que se hace tan poco caso, esas luces sobrenaturales, esas saludables inspiraciones, que se ahogan, que se sufocan casi sin remordimiento, son precio de su sangre; no hay Santo que no se hubiese enriquecido con el menor de estos bienes, ninguno que no hubiese muerto colmado de merecimientos: pero nosotros ¿qué fruto hemos sacado de éllos?

Una sola misa, una comunion, una sola confesion sacramental tiene virtud eficaz para santificar los mas grandes pecadores; pero doscientas comuniones, otras tantas, y aun muchas mas confesiones, el sacrificio del Cordero que quita los pecados del mundo, no nos han borrado ni una sola culpa; con remedios tan eficaces se enferma, se desfallece, y se pierde la vida del alma. Con tantas fuentes de gracias, con tan ricos tesoros se vive en suma pobreza. Comprendamos, si es posible, un misterio de iniquidad tan incomprensible. Con medios tan poderosos y tan eficaces para ser santos, cada dia somos mas imperfectos, desaparece la devocion, va por tierra la observancia, bastardea la disciplina, y se apaga la fe. ¡Pudiera un cristiano ser menos fervoroso, se pudiera vivir con mayor disolucion si nos faltaran todos estos medios! ¡Oh, y qué bien convence todo esto lo mal que se usa de los tesoros de gracias que Jesucristo nos mereció, y que franqueó á todos los fieles.

PUNTO SEGUNDO.

Considera bien lo mucho que se pierde usando mal de estos auxîlios, y de tantos ótros como nos ofrece la Iglesia. Devociones á los santos, exercicios de religion á cual mas piadosos, ayunos, abstinencias saludables, tesoro de indulgencias en que se encuentra inmenso caudal para satisfacer á la divina justicia, y otras cien piadosas industrias, todas muy oportunas, para facilitarnos el camino del cielo.

¡Mi Dios, y cuánto perdemos por nuestra culpable ignorancia, por pura indolencia nuestra, y por una perniciosísima pereza! No hay cosa mas abundante en auxílios, ni mas fecunda en merecimientos que nuestra santa religion; toda está llena de medios; pero nosotros no sabemos aprovecharnos de éllos; no hay dia en la vida, ni hora en el dia en que no se nos presenten ocasiones de merecer. Las miserias de otros nos ofrecen sin cesar tesoros inestimables, si los queremos beneficiar: ¡qué obras de misericordia no podemos hacer! y no es necesario que sean precisamente limosnas las que hayan de enriquecernos; una palabra de consuelo á los afligidos, una visita en los hospitales á los enfermos, ó en los calabozos á los encarcelados, todo es de gran mérito cuando se hace con verdadero espíritu de caridad. La misma buena voluntad de hacer bien á los menesterosos, es largamente recompensada por el Padre de las misericordias. Pero sin salir de nuestro propio terreno, ¡qué fondo de méritos no tenemos en él! ¡Cuántos pequeños sacrificios podemos hacer en la vida! ¡cuántas victorias conseguir al cabo del dia! Un corto gusto de que uno se priva por amor del Señor, una vista curiosa, una diversion, una palabrita de chiste, sacrificado todo á Dios, pueden ser perennes manantiales de gracia siempre que el sacrificio se haga por motivo sobrenatural. Nuestras mismas pasiones nos presentan contínuas ocasiones de conseguir importantísimas victorias; la mortificacion de los sentidos es tambien una gran renta para el cielo; nuestra pobreza, nuestras enfermedades, y hasta nuestros mismos defectos los podemos aprovechar en órden á la otra vida. No hay estado, no hay sazon, no hay edad que no sea muy propia para ser santos, con asistencia de la divina gracia que á nadie falta jamás. Si no somos santos, ¿qué excusa tendremos? ¿ni cómo se nos puede perdonar?

Solo se hace juicio de las cosas por los sentidos, ú á lo menos por una razon puramente natural. ¿Con qué ojos miramos todos estos medios? parece que el espíritu de la fe y de la religion está entredicho á la mayor parte de los fieles; se vive casi sin reflexîon.

¡Ah Señor, y cómo he usado yo hasta ahora de todos estos bienes! ¡cuánto he perdido en haberlos malogrado! conozco mis descaminos, confieso mi culpa, y detesto

mi brutalidad; no permitais que sean sin fruto estas luces y estos movimientos que me comunicais. Os prometo, Señor, con el auxîlio de vuestra divina gracia, que aprovecharé para el cielo todos los medios que en adelante me proporcionáreis.

JACULATORIAS.

Dormitavit anima mea præ tædio: confirma me in verbis tuis. Salm. 118.

Hasta aquí, Señor, se apoderó de mi alma una profunda modorra en todo lo que toca á mi salvacion: despertóme vuestra gracia del letargo: confirmadme en el propósito que hago de enmendarme.

Misericordia tua, Domine, plena est terra: justificationes tuas doce me. Sal. 118.

Llena está, Señor, la tierra de vuestra misericordia; enseñadme á aprovecharme de élla, guardando vuestra santa ley.

PROPOSITOS.

Hay gran número de santos de todas edades, de todos sexôs, de todas condiciones, y en todos los estados; no tienen otro evangelio que nosotros: pero nosotros no tenemos la misma fidelidad que éllos; no tuvieron ni mas auxîlios, ni mas medios; pero supieron aprovecharlos mejor. No se agotaron las liberalidades del Padre de las misericordias; no se ha encogido su mano; pero nosotros no queremos negociar con nuestros talentos. ¿Cuántos los sepultan? ¿cuántos los pierden? ¿cuántos se valen de éllos para hacerse mas infelices? *Todas las cosas cooperan al mayor bien de los que aman á Dios*, mientras todas se convierten en mayor mal de los que le ofenden. Aprovéchate de estas verdades; conviértelo todo en provecho tuyo, y nada pierdas por indevocion, ó por desidia. El cielo, los astros, la tierra, todas las criaturas te predican la bondad, y la liberalidad del Señor; procura que todas exciten tambien tu humilde reconocimiento. Saca siempre alguna utilidad de todas las criaturas, usa de éllas de modo que todas conti-

buyan á tu salvacion. La vista del cielo, lo apacible de las estaciones, los servicios que te hacen los elementos, todo te advierte cómo te has de aprovechar de éllos, segun el fin que te propuso el Señor cuando te concedió todos esos bienes. Ya te sientes á la mesa, ya salgas al paseo, ya estés en tu cuarto haz siempre esta reflexîon: *Quid hæc ad æternitatem*? ¿Cómo me podré aprovechar de esto para salvarme?

2 La Iglesia te ofrece mil medios; no hay que despreciar alguno, porque todos pueden conducir para tu salvacion. Asiste siempre á sus sagradas ceremonias con aquel espíritu de religion, que inspira devocion y respeto. Jamás las hagas por bien parecer, ó por mera costumbre. Aprecia mucho los mas mínimos actos de religion y de piedad que usa la Iglesia. Se desaprueban ciertas devociones, se critiquizan ciertos piadosos exercicios, se trata de simplicidad, y de supersticion todo lo que ata un poco al amor propio. Imponte una ley de respetar todo lo que se estila en la Iglesia, ceremonias, estaciones, procesiones, usos piadosos, exercicios santos. Desde que se comenzó á sutilizar tanto, y á critiquizarlo todo, se nota que la religion se ha debilitado en la mayor parte de los fieles, y que en muchos se apagó enteramente la fe. Imita á los santos, pues nada vas á arriesgar en conformarte con sus exemplos.

☞ DIA QUINTO.

El beato Miguel de los Santos.

En los tiempos mas borrascosos que ha padecido la Iglesia, se ha manifestado mas claramente la verdad de aquella promesa, en que aseguró Jesucristo que no prevalecerian contra élla las puertas del infierno. De estos tiempos ha sido el siglo décimo sexto: siglo en que se compitieron mútuamente los perversos heresiarcas, abortos del abismo, empeñados en rasgar la túnica in-

consutil de la unidad de la Iglesia; y los obedientes y verdaderos hijos de esta santísima Madre, quienes unas veces con su doctrina, y otras con sus virtudes, dieron testimonio de la verdad y santidad de la santa Iglesia católica apostólica romana.

Uno de estos santos varones fue el beato Miguel de los Santos, llamado por excelencia el *extático*, varon de una contemplacion altísima, de una penitencia austera, de una ardiente caridad, y señalado con aquellos dones felices con que distingue Dios á sus grandes siervos. Nació este Santo en la ciudad de Vich en el principado de Cataluña, dia veinte y nueve de septiembre del año de nuestra redencion de 1591. Fueron sus padres Miguel Enrique Argemir, y Monserrada Margarita Mitjana, de una limpieza y honradez conocida por lo perteneciente á su linage, y de una gran piedad por lo respectivo á sus costumbres. Su padre exercia el oficio de escribano; y sin embargo de los peligros á que están expuestas la integridad é inocencia de costumbres en la enredosa administracion de este oficio, le desempeñaba de tal manera, que jamás causó perjuicio á su conciencia, ni le sirvió de impedimento para frecuentar las iglesias, y en éllas las obras de piedad y de devocion. La madre era en todo igual á la probidad de su marido. Una simplicidad amable, una caridad bienhechora, una índole dulcísima, una honestidad angélica hacian el carácter de la venturosa madre de nuestro Santo. Con prendas tan agradables al cielo, obtuvo de él este venturoso matrimonio fruto de bendicion, premiando Dios sus santas obras con una larga descendencia, y principalmente con las heróicas virtudes del beato Miguel de los Santos. Este fue el séptimo de ocho hijos que tuvieron: y aunque todos éllos copiaron en sí los virtuosos exemplos que advertian en sus padres, se puede decir con verdad, que en esta preciosa cualidad fue Miguel el primero. Desde su infancia le previno Dios con bendiciones tan copiosas, que aun en las acciones mas mínimas se manifestaba bien que le habia elegido especialmente para sí. Complacíase el santo niño en todos los exercicios de devocion: hacian una impresion admirable en su tierno pecho los sagrados misterios; pero entre todos éllos llevaba la preferencia la pasion sacrosanta de Jesucristo.

Contemplábala con tanta ternura, que bañaba de lágrimas sus ojos, y su corazon revosaba incendios de caridad.

Esta contemplacion fervorosa causó en él tan admirables efectos, que en aquella tierna edad abrió en su pecho un proyecto que se podria calificar de heróico aun en los hombres maduros y exercitados en la virtud. Apetecia con ánsia asemejarse á su Señor en los trabajos que habia padecido, y quisiera, si fuera posible, dar su vida en una cruz por aquel que tan generosamente la habia dado por la redencion del mundo. Para satisfacer en parte esta ardiente caridad, determinó dexar la casa de sus padres, y vivir en una soledad en lágrimas y penitencia á imitacion del Bautista. Comunicó su proyecto á otros dos niños, con tales razones, que les persuadió fácilmente á que no era dificil la execucion. La gracia de Dios es en todo admirable, y no manifiesta menos su poder en la conversion de los grandes pecadores, que en los pasos agigantados con que adelanta la virtud en la mas pura inocencia. Salieron pues los tres niños de la ciudad, guiados del Espíritu santo, á buscar en un desierto un asilo contra las lazos del mundo, y contra las contaminaciones de la carne y del demonio. Las santas exhortaciones que Miguel hacia á sus dos compañeros, aunque capaces de sostener su extraña resolucion, no fueron suficientes para impedir que acobardase á uno de éllos, por una parte el justo sentimiento que tendrian sus padres por su ausencia, y por otra el castigo que en hallándole le amenazaba. Volvióse éste á la ciudad, y Miguel con el otro niño siguió hasta un monte áspero y fragoso, que dista dos leguas de élla, llamado Monseñ. Luego que llegaron al monte dieron gracias á Dios los dos inocentes anacoretas, y comenzaron á buscar en él una mansion acomodaba á sus designios. Presentóseles á la vista una cueva, que despreciaron por estar infestada de sabandijas, y principalmente porque no hallaron en élla la señal de la cruz para su consuelo. Internáronse en el monte, y entre su espesura hallaron dos grutas, que antiguamente habian servido á los santos ermitaños que en aquel sitio habian hecho vida solitaria; y conceptuaron que por su inmediacion y todas sus cir-

cunstancias eran proporcionadas para la execucion de sus deseos. Cada uno eligió la suya para sí, y en éllas comenzaron á practicar los exercicios fervorosos que les dictaba su corazon. Contentísimo se hallaba Miguel viendo cuán bien le habia salido su proyecto, y hubiera permanecido gustoso allí toda su vida, á no impedírselo las exquisitas diligencias que hicieron sus padres para buscarle y volverle á su casa. En efecto, luego que el padre de Miguel advirtió la falta de su hijo, conociendo que en él perdia un tesoro, tomó voces, y corrió por todas partes en busca del niño Miguel. El que se habia retirado le dió los indicios necesarios para que pudiese hallarle en el monte. ¡Pero cuál fue su sorpresa, cuando internándose en la espesura le vió dentro de una gruta puesto de rodillas delante de una cruz, encendido el rostro, y bañados los ojos en lágrimas! quedó suspenso el padre á vista de tan tierno espectáculo; pero vuelto en sí, preguntó á Miguel ¿por qué lloraba? lloro por la pasion de mi señor Jesucristo, respondió el santo Niño: respuesta que dexó al padre atónito y edificado. ¿Y quién os ha de sustentar en este desierto? replicó el padre. A esta pregunta satisfizo Miguel con una respuesta, que manifiesta claramente las hondas raices que habian echado en su alma las máxîmas del evangelio, y el altísimo concepto que habia formado de la bondad de Dios y de su divina Providencia. Así como Dios, respondió Miguel, sustenta á otros santos, de la misma manera me sustentará á mí tambien. Conoció su padre el espíritu fervoroso que abrigaba su tierno pecho; y como la piedad dirigia sus operaciones, admiró el proyecto de su hijo, y dió gracias á Dios por los tempranos frutos que en él lograba su divina gracia. Pero sin embargo, no juzgando prudente aviso el dexarle en aquel desierto, expuesto á ser presa de las fieras, ó á que las inclemencias acabasen su vida, le mandó que se volviese con él á casa. Obedeció el niño, dexando en la soledad su corazon, pero con el firme propósito de formar dentro de su alma un retirado desierto adonde no pudiesen llegar las contaminaciones del mundo.

Esta accion, aunque no llegó á tener todo el efecto que Miguel se habia propuesto, fue tan del agrado

de Dios, que en premio de élla derramó en su alma tan abundante copia de gracias, que se adelantaron é ilustraron milagrosamente sus potencias y sentidos. Su entendimiento desechó las tinieblas de la ignorancia, propia de aquella edad, y conoció perfectamente cuán amable es Dios, y cuán dignos son de desprecio los bienes de la tierra. Su voluntad se inflamó de manera en el amor divino, que penetrado de él, nada queria sino á Dios, por nada suspiraba sino por Dios, y este carácter, que se grabó en su alma en la tierna edad de siete años, fue el sello con que estuvieron marcadas todas las acciones de su vida. Así lo testifica el decreto apostólico en que fueron aprobados sus milagros. El amor no puede estar ocioso, y se halla en un estado violento mientras no se emplea en obsequio de su amado. Por esta causa Miguel procuraba dar desahogo á su caridad, haciendo por Dios obras penales con que afligia su inocente cuerpo. Mortificábale con cilicios y otras invenciones que le dictaba su fervor; pero en lo que mas sobresalia era en unos ayunos y abstinencia tan continuada, que llegó á rezelar su padre algun grave perjuicio en su salud, por cuya causa procuraba impedir tanta austeridad. Pero la virtud, que es ingeniosa, le surigio á Miguel un medio de satisfacer los fervores de su espíritu, sin contravenir á los mandamientos de su padre, á quien amaba, veneraba y obedecia con esmero. Convínose con la criada en que le diese privadamente su almuerzo y su merienda, para poder decir con verdad á su padre habia dado á Miguel este sustento. Pero apenas le recibia el santo Niño, cuando al momento le trasladaba á las manos de algun pobre necesitado, haciendo ingeniosamente sacrificio á la caridad con los ahorros de la abstinencia, y exercitando á un mismo tiempo estas dos virtudes. Los recreos y juegos que suelen tener los niños, ó los miraba con aversion, ó procuraba sacar de éllos algun fruto para la santificacion de su alma. Así sucedió, que habiéndole enviado su padre con la criada en compañía de otros niños á recrearse en una viña, mientras sus compañeros se empleaban en comer uvas, Miguel se apartó de éllos, y puso en execucion uno de aquellos grandes pensamien-

tos que no le ocurrió al penitente san Francisco, y algun otro santo, sino despues de haber hecho grandes progresos en la vida espiritual. Fuese á un lugar apartado en donde habia muchas zarzas y cambroneras, y desnudándose de sus vestidos, fixa su consideracion en la pasion de Jesucristo, se arrojó desnudo entre las espinas, ofreciendo aquel tormento al que tantos habia padecido por su amor. Pero Dios, agradecido al sublime sacrificio que le ofrecia aquel cordero inocente, que en toda su vida no perdió la gracia bautismal, hizo, que así como las llamas no tuvieron fuerza para quemar á los niños de Babilonia, tampoco la tuviesen las espinas para lacerar el virginal cuerpo de Miguel, ni sacar su inocente sangre. Hechóle de ménos la criada, buscóle, y hallándole entre las cambroneras, y preguntándole admirada por qué hacia aquello, respondió el Santo lleno de sencillez y de alegría: lo he hecho por amor de nuestro Señor, y por imitar al padre san Francisco.

El exercicio de las virtudes no le privaba de un exâcto cumplimiento de la obligacion de estudiar que le impuso su padre; ántes bien se ayudaban mútuamente, y al tiempo que asistia á la escuela, encontraba ocasiones de practicar la caridad de un modo muy provechoso para sus próximos. Habia hecho de un aposento retirado de su casa un oratorio, en donde se empleaba en la oracion y en la penitencia todo el tiempo que le sobraba despues del estudio de sus lecciones. A este lugar conducia á aquellos estudiantes que él veía que eran traviesos y distraidos. Allí les hacia fervorosas pláticas, exhortándolos al amor de la virtud, al aborrecimiento del pecado, y á un amor tierno de la Madre de Dios, de quien el Santo era sumamente devoto. Hacíalos despues estar un rato en oracion, y finalizaba aquel exercicio con la mortificacion de una disciplina, para cuyo efecto tenia dispuestos varios cordeles con sus nudos. Estas obras producian un efecto tan maravilloso, que todos sus condiscípulos se veian precisados á ser honestos en su presencia, á frecuentar por su consejo los santos sacramentos, y á ser exâctamente obedientes á las insinuaciones de sus padres. Fruto tan visible produxo la

voz comun en el pueblo, de que Miguel era una flor de santidad, cuya sola vista componia los ánimos, y excitaba á la perfeccion de costumbres. A proporcion que iba creciendo en edad, iba tambien medrando en la virtud, y para asegurarse en la práctica de ésta por toda su vida, determinó hacerse religioso. La ternura de su edad, que no pasaba de ocho años, frustraron las diligencias con que procuró conseguirlo. Esta repulsa renovó en él el antiguo pensamiento de hacer vida eremítica. Exercitóse para ello dentro de su misma casa, comiendo solamente yerbas silvestres; y cuando se hubo certificado por algunos dias, que bastaba aquel alimento para sustentar la vida, comunicó su resolucion á unos compañeros suyos, quienes la aprobaron unánimemente. Llegó el dia de ponerse en camino para el desierto, y Miguel, que era ingenioso en cuanto pertenecia á la vida espiritual, les exhortó á hacer voto de perpetua virginidad, lo que executaron en la iglesia de santa Clara, recibiendo Dios aquel temprano sacrificio, y echando sobre él su bendicion. En el camino encontraron despues tres venerables varones, que habiendo sabido de éllos su intento, les disuadieron de él, haciéndolos volver á su casa, y enseñando al niño Miguel, que si queria hacer penitencia, podria lograrlo fácilmente durmiendo en unos sarmientos en lugar de cama, y poniendo una piedra por cabezera. Aceptó Miguel el consejo, y volviéndose á sus compañeros, les dixo: Volvámonos á casa, que no es voluntad de Dios que vivamos en el desierto.

A la vuelta encontró á su padre sumamente airado, cuyo enojo se desahogó con el castigo de Miguel, quien sufrió esta mortificacion con suma resignacion y paciencia. Entretanto se exercitaba en su casa en todos aquellos exercicios de oracion y de penitencia, que pudiera practicar en el desierto. Pero á los once años sufrió el bendito Niño el golpe terrible de verse privado de su padre, á quien llamó Dios para sí á darle el premio de sus virtudes. Sufrió este golpe con resignacion cristiana, abrazando en él los muchos trabajos á que le dexaba expuesto su orfandad. Como habia hecho voto de virginidad perpetua, deseaba los medios de cumplir á

Dios esta promesa. El mas eficaz le pareció que era el entrarse en religion; pero aunque lo solicitó varias veces, se frustraron los deseos, ya por la ternura de su edad, y ya por las preocupaciones de su tutor. Este, queriendo destinar á Miguel á un exercicio que reuniese las cualidades de honesto y lucroso, le colocó en casa de un mercader. Pero su espíritu era poco apto para el tráfago y bullicio que debe intervenir en las compras y ventas, y podia sufrir mucho menos los multiplicados peligros que se ofrecian á su conciencia. Ansioso, pues, de lograr la tranquilidad de ésta, y pareciéndole que la hallaria en Barcelona por la multiplicidad que allí habia de monasterios, se fue á aquella ciudad. Solicitó en varias partes que le diesen el hábito; pero sin fruto. Su tutor le siguió los pasos, y deseoso de darle algun establecimiento con que cortar aquella devocion, que á él le parecia imprudencia pueril, le puso al oficio de pasamanero. Todas las diligencias humanas son inútiles para deshacer los designios de la Providencia. Ésta habia elegido en sus eternos consejos al bienaventurado Miguel para hacerle espejo de perfeccion en el estado religioso, y así venció todos los artificios humanos que se oponian á sus acertadas miras. El fervoroso niño, que elegido de Dios desde sus primeros años, suspiraba incesantemente por verse colocado en los átrios de su casa, se reforzaba en sus santos intentos á proporcion que crecian los obstáculos. Las mismas dificultades no le servian de otra cosa que de poderoso incentivo para confirmarse en su resolucion, y buscar nuevas maneras de verificarla. Significó sus deseos al ministro del convento de Trinitarios calzados de la ciudad de Barcelona. Este piadoso varon, juntamente con los demas padres, exâminaron con madurez la vocacion de Miguel, y admirados de ver en tan pocos años frutos tan adelantados de perfeccion, conceptuaron que en aquel niño les ofrecia Dios un tesoro de virtudes con que enriquecer su religion, y así le dieron el hábito sin reparar en la ternura de su edad.

No les salió errado su juicio; pues apenas se vió Miguel contado entre los individuos de aquella celestial milicia, cuando rebosando de gozo comenzó á manifestar su gratitud al cielo con fervor tan encendido, que arreba-

taba la admiracion de todos. Los mas provectos y versados en la perfeccion religiosa tenian que aprender en Miguel una profunda humildad, una devocion ardentísima, una ciega obediencia, y un conjunto de virtudes que les obligaba á mirarle como maestro de la vida monástica. Los demas novicios le miraban como un exemplar perfecto de todas las virtudes, con que se confirmaban en su propósito, y concebian nuevos deseos de adelantar mas y mas sus pasos para perfeccionarlos. El que tan mortificado habia vivido desde su infancia en la casa de sus padres, es natural que procurase adelantar algo las asperezas viéndose religioso. Así se verificó; pues no contento con los multiplicados exercicios de penalidad que prescribe la religion, añadia otros varios para saciar aquella hambre que tenia de padecer por Jesucristo. Multiplicaba los ayunos, pareciéndole pocos los que prescribe el instituto; hacíalos con solo pan y agua, y alcanzó licencia de los superiores para poder repartir entre los pobres la comida de que se privaba con su prodigiosa abstinencia. Traia contínuamente sobre el pecho una cruz con puntas de hierro, que le servia de cilicio. Y habiéndole encontrado un dia un religioso amigo sugo en un lugar retirado haciendo otra cruz con puntas mas penetrantes, le significó que un instrumento tan rigoroso podria ser perjudicial á su salud. Oyólo el Santo con mucha serenidad, y descubriendo el pecho en que el religioso advirtió una cruz clavada, le dixo con admirable sencillez: Mirad, Padre, qué poco mal me hace esta cruz con haber años que la llevo, y por habérseme quebrado estoy haciendo de nuevo esta ótra. El asombro y la edificacion fueron los efectos que produxo en aquel religioso un caso semejante. Así caminaba Miguel á la cumbre de la santidad en el tiempo de novicio; y así se inflamaban los ánimos de los religiosos en su amor, deseando ya asegurar con la profesion un jóven, de quien vaticinaban con tan felices principios que habia de ser un prodigio de santidad. Acercándose ya la edad necesaria para hacer los tres votos que constituyen esencialmente el estado religioso, le trasladaron sus superiores al convento de san Lambert de Zaragoza, en donde profesó á 30 de setiembre de 1607. Luego que Miguel se vió perfec-

tamente consagrado á Dios por medio de la profesion, le dió infinitas gracias por haber admitido con tanta misericordia el sacrificio que le habia hecho de su persona y de todas sus esperanzas. Los religiosos por su parte no le dieron menos, viéndose ya en posesion de un jóven tan fervoroso, que les aseguraba frutos muy ópimos para cuando llegase á la edad provecta.

Pero Dios, que tiene cuidado de su Iglesia como de un ameno jardin, y de tiempo en tiempo renueva las plantas para que produzcan con mayor lozanía, habia ordenado por entonces la reforma del órden Trinitario. En esta reforma habian entrado sugetos de agigantada virtud y espíritu muy austéro, que habian establecido constituciones rigorosas para hacer florecer la mas estrecha observancia. Como la fragilidad humana se inclina fácilmente á la relaxacion, y mira con terror la estrechez y escabrosidad del camino que conduce á la vida, procura el Padre de las misericordias allanar estas dificultades, presentando á los ojos varones esforzados que pisan las espinas con tanta delicia como si fueran rosas. Con este intento á todas las reformas ha dado en sus principios sugetos muy santos, que han sido como sólidos fundamentos de aquella fábrica espiritual. Para el mismo fin estaba destinado nuestro Miguel en los consejos de la Providencia; y así, aunque él estaba contentísimo entre los Trinitarios calzados, y éstos se complacian con la posesion de su persona, una casualidad á los ojos de los hombres, pero en la realidad una sábia medida de la divina Sabiduría, trasladó á Miguel á los Descalzos. Vino un religioso de éstos á Zaragoza á recibir órdenes sagrados desde Pamplona, y hospedóse en el mismo convento en que estaba fray Miguel. La pobreza del hábito, el semblante de penitencia y la modestia de su trato hizo una notable impresion en su alma. Con la comunicacion de aquel religioso, con la experiencia de sus virtudes, y con la noticia del riguroso tenor que se observaba en la descalcez, se encendieron en Miguel unos vivos deseos de pasarse á élla. Sus diligencias fueron tan eficaces y prontas, que á 28 de enero de 1608 ya habia obtenido el hábito de descalzo, llamándose de allí adelante fray Miguel de los Santos, como quien deseaba la

proteccion de todos para el cumplimiento de las obligaciones religiosas, y al mismo tiempo tenerlos por dechado para imitarlos en las virtudes. Gozoso quedó fray Miguel viendo que Dios le habia concedido los deseos que mucho ha abrigaba en su pecho de profesar vida mas austéra, y procuraba manifestar su agradecimiento continuando con mas fervor las virtudes en que antes se habia exercitado. Pero viendo sus superiores que el convento de Pamplona no era á propósito por su estrechez y pobreza para la crianza de novicios, le enviaron á Madrid, en donde habiendo pasado el año de probacion con edificacion admirable de todos los religiosos, profesó el rigor de la nueva reforma para honrarla y enriquecerla con su heróica santidad.

Luego que fray Miguel vió cumplidos sus deseos, siendo alumno de la nueva reforma, comenzó con mayor espíritu todos los exercicios de virtud en que hasta entonces se habia ocupado. Como su talento era proporcionado para la carrera de las letras, determinaron los prelados que le cultivase estudiando artes y teología, para sacar de él mayores provechos. No obstante que la humildad de este Siervo de Dios llegaba á tal punto, que rehusaba todos los medios que pudiesen algun dia conducir para obtener empleos de superioridad y mando, sacrificó á la obediencia los fervores de su espíritu, y estudió las artes y teología con un aprovechamiento correspondiente á su contínua aplicacion y á la claridad de sus luces. Principalmente se engolfaba en el conocimiento de los sagrados misterios y verdades de la religion, como quien conocia que con esta ciencia se hacia mas apto para aprovechar á sus próximos, encaminándolos por los senderos de salud. Persuadido á que el principio de la sabiduría es el santo temor de Dios, buscaba en la oracion la fuente inagotable en donde se beben aquellos conocimientos sublimes, que no contamina la falsedad, ni el error destruye. De esta manera; adelantando cada dia mas en la virtud y en la ciencia, llegó á términos de estar en la disposicion debida de recibir el sacerdocio. ¡Quién podrá decir la resistencia que el Siervo de Dios manifestó á un estado tan excelso, y al mismo tiempo tan peligroso! Veneraba las insinuaciones de

sus prelados que se lo persuadian. Conocia que haciéndose sacerdote tenia mayor proporcion para aprovechar á sus próximos; pero al mismo tiempo temia, como era justo, echar sobre sus hombros una carga tan terrible. La caridad y la obediencia vencieron todas las dificultades que oponia la humildad; y así recibió el órden sagrado del sacerdocio, juntándose á un mismo tiempo en su alma un temor respetuoso al mayor de los misterios, y un gozo inefable en considerar que por la virtud de sus palabras habia de tener en sus manos á Jesucristo sacramentado.

Desde muy niño habia manifestado una devocion ardentísima al Santísimo Sacramento: devocion que hizo el carácter de este Santo en toda su preciosa vida, y que con el discurso de élla se fue aumentando de manera, que llegó á ser un milagro. Preparábase cuando corista para recibir la sagrada comunion con duplicados ayunos y penitencias, y despues que la recibia eran tan extraordinarios los afectos de su alma, que unas veces se quedaba extático por muchas horas, y ótras permanecia de rodillas en un rincon todo un dia, sin acordarse ni aun de tomar el preciso sustento. Crecieron prodigiosamente estos efectos admirables despues de hecho sacerdote. Apenas consagraba la sagrada hostia, cuando inmediatamente se advertia transfigurarse este Siervo de Dios en un serafin abrasado. Encendíasele el rostro, y se le bañaba de una extraordinaria alegría; todos sus miembros quedaban embargados; suspendíanse las operaciones de sus sentidos, y quedaba últimamente transportado en un dulcísimo deliquio, con que su amor se desahogaba. Algunas veces se le vió bañado el rostro de un resplandor celestial que esclarecia tambien las sagradas vestiduras, y no se disipaba hasta tanto que consumia la sagrada hostia. En estas obras maravillosas de la bondad divina recibia el Siervo de Dios favores y regalos de tan superior órden, que le obligaban á tardar en la celebracion del sacrificio mas de dos horas. Pero Dios, que pagaba el tierno amor del bienaventurado Miguel con estas efusiones de su bondad, hacia al mismo tiempo que los que asistian á su misa, lejos de experimentar tédio por su tardanza, se enfervorizasen mas, y pro-

basen un gusto espiritual y delicioso. Por este motivo aun las personas de mas alta gerarquía solicitaban oir su misa, como lo hizo entre éllas doña Ana de Mendoza, duquesa del Infantado. Como el Santo conocia cuánto peligro padece la verdadera virtud en ser vista de los hombres, y que el ayre de la vanidad seca la hermosura y lozanía de las virtudes, determinó esconderse á los ojos del mundo, puesto que no le era posible resistir á los encendidos afectos de su alma, ni á los soberanos regalos que le hacia el Padre de misericordias. Procuraba decir misa antes de que se abriesen las puertas de la iglesia, ó en el altar que estuviese mas escondido. A esto le estimulaba su profundísima humildad, no queriendo ser tenido sino en el concepto de un gran pecador el que conservaba ilesa la gracia del bautismo.

Es fácil de conocer que todos estos efectos no podian nacer sino de una ardentísima caridad para con Dios y sus próximos, que es el fundamento y alma de todas las virtudes. De consiguiente era natural que este Siervo de Dios no se contentase con su propia santificacion, sino que procurase con igual esmero la de sus próximos. Uno de los medios mas eficaces y oportunos para conseguirlo era el de la predicacion. Exercitábase en élla con conocido provecho de las almas, que por obstinadas que estuviesen en el vicio, podia tanto en éllas la viva exhortacion del bendito Padre, y sus penetrantes palabras, que causaba frecuentemente aquellas conversiones, que en las sagradas letras son llamadas mutaciones de la diestra del Señor. A esto cooperaban en gran parte los admirables raptos ó éxtasis, que así como en la misa, experimentaba tambien en los sermones. Los mismos favores que le hacia Dios en premio de sus virtudes, y con que ilustraba su alma, servian al mismo tiempo de instrumentos poderosos para labrar la salud de sus hermanos. Esto se verificó, entre otros muchos, en un clérigo jóven de Baeza; luego que llegó el Santo á esta ciudad, se divulgó la fama de sus virtudes, y con singularidad se hablaba de los maravillosos arrobamientos con que Dios le favorecia en la celebracion de la misa y en los sermonees. El clérigo, que no tenia toda la circunspeccion y

piedad que requeria su estado, se burlaba en las conversaciones de los éxtasis del Siervo de Dios. Un dia que éste predicaba en la solemnidad del Santísimo Sacramento, fue á oirle con ánimo de acrecentar en su corazon el desprecio y burla que habia hecho. Comenzó su sermon con el fervor acostumbrado, y al paso que se iba internando en el asunto que era sobre las disposiciones necesarias para recibir la sagrada Eucaristía, se iban llenando sus palabras de un fuego penetrante, que comenzaron á herir en lo mas profundo del alma del clérigo, y á disponer al Santo á un éxtasis maravilloso. Llegó éste, quedándose arrobado, levantados los brazos, y fixos los ojos en el cielo; pero al tiempo de arrobarse prorumpió en un ay tan penetrante, que convirtió enteramente el alma de aquel mal aconsejado sacerdote. Su corazon se conmovió de manera, que deshecho en lágrimas, se arrepintió de su pasada vida, viviendo de allí adelante como convenia á un virtuoso sacerdote. El mismo testificaba despues que por mucho tiempo le parecia estar viendo al beato Miguel arrobado, y que le decian en su interior: ¡Ay de ti si no te enmiendas! ¡ay de ti si no mudas de costumbres! Tan prodigiosos efectos como este causaban los sermones del bendito Padre en las almas distraidas.

Un conjunto de prendas tan completo no podia estar sin que los superiores le tributasen el respeto debido, y procurasen colocarle como una luz en el candelero de la prelacía, para que sus luces se difundiesen, y fuesen provechosas á todos. En efecto, fue elegido dos veces ministro del convento de Valladolid; y aunque su humildad opuso todas las excusas posibles, representando su ineptitud para un ministerio á su parecer incompatible con el sosiego de su corazon, todas sus diligencias no lograron otro efecto que empeñar mas á los superiores en hacerle aceptar la prelacía. Esto lo consiguieron fácilmente mandándoselo por obediencia, porque sabian que el Santo la profesaba con tal rendimiento, que sacrificaba á élla sus conveniencias y sus luces. Hecho prelado, resplandeció en todas las virtudes propias de un padre que ama tiernamente á sus hijos, y de un vigilante pastor que cuida solícitamente del bien de sus ovejas. Asis-

tia al coro y á todos los oficios divinos como si á esto solo se reduxesen todos los cuidados; y al mismo tiempo negociaba en todas las ocurrencias é intereses del convento, como si no tuviera que hacer otra cosa. Amaba á sus súbditos con entrañas de padre; y si tal vez la fragilidad de alguno requeria sus reprensiones, las hacia con tanto cariño y dulzura, que se echaba bien de ver la ardentísima caridad de donde nacian. Sabia que la principal cualidad de un prelado para mantener la observancia y hacer á los súbditos virtuosos es la del exemplo. Él asistia el primero á todos los exercicios penosos, sin que hubiese ocupacion tan precisa que fuese bastante para dispensarle de la asistencia. Este rigor le llevaba hasta tal extremo, que estando enfermo gravemente, ni su dolencia, ni las súplicas de sus súbditos, ni el precepto de los médicos pudiesen recabar con él que dexase de asistir á maytines á media noche, sino cuando actualmente se lo estorbaba la calentura. A proporcion de este zelo eran todas las demas virtudes que constituyen un gran prelado y un perfecto religioso. Su fe, aquella virtud que es la primera en el órden entre todas las teologales, era tan viva, que por élla le dió Dios á conocer en esta vida los mas sublimes misterios con una claridad semejante á la que gozan los bienaventurados en la patria. De aquí nacia aquella seguridad y firmeza con que solia decir, que en defensa de la fe verteria gustoso toda su sangre, y padeceria de buena gana todos los tormentos que padecieron y padecerán los mártires desde el principio hasta el fin del mundo. De la viveza de su fe nacia una esperanza tan firme, que jamás se le ofreció duda en que habia de gozar de las divinas promesas. Así, sus pensamientos mas frecuentes eran de la gloria, de los bienaventurados, y causaban en él tales efectos, que á poco que se hablase de esta materia, inmediatamente se transportaba. Por lo mismo repetia frecuentemente á los religiosos palabras de confianza, diciéndoles con extraordinario júbilo y fervor: Buen ánimo, hermanos, y trabajar sin intermision, que nos hemos de ver con Dios en su gloria. La misma esperanza que le certificaba de esta manera de la futura posesion de las delicias celestiales, cau-

saba en él una confianza extraordinaria de que jamás le podian faltar las cosas terrenas. Esto se vió con mas claridad cuando siendo prelado llegó su convento á una extrema necesidad del alimento necesario para la manutencion de sus súbditos. Su principal cuidado en estas ocasiones era multiplicar la oracion y las penitencias, sabiendo que buscando primeramente el reyno de Dios, todas las cosas temporales estaban al cuidado de su divina Providencia. Solia decir á este propósito estas notables palabras: Como nosotros sirvamos á Dios de veras, nos enviará su Magestad el sustento por encima de las tapias. Jamás se vió engañada en esta materia su esperanza, aun cuando todas las razones de la prudencia humana persuadian lo contrario. Siendo ministro de Valladolid emprendió la costosa obra de alargar la iglesia, no teniendo á la sazon el convento ni mas caudal que doce reales, ni rentas suficientes para el preciso sustento de los religiosos. Sin embargo, principió y concluyó la obra con la mayor perfeccion; y sucediendo un dia hallarse sin dinero para pagar los oficiales, se fue á él el portero, á cuyo cargo estaba la paga, á darle esta noticia muy triste y desconsolado; pero el Santo, que confiaba mas en Dios que en todos los medios humanos, respondió con una apacible serenidad. A cargo de Dios está, él proveerá, y los oficiales no se irán sin dinero. Verificóse así; pues llegando á la portería un anciano venerable, de quien no se pudo saber jamás el nombre, entregó al portero una gran cantidad de dinero con que se socorrió aquella urgencia, y quedaron provistos para muchos dias.

Su fe viva y su firme esperanza se coronaban con la reyna de las virtudes, que es la caridad. Esta sublime virtud, que reune en sí todo el cumplimiento de la ley, fue el carácter distintivo del bienaventurdo fray Miguel de los Santos. Abrasábase en élla con tan vehementes incendios, que mas parecia un verdadero serafin, que un puro hombre. La caridad causaba en él aquellos éxtasis y raptos que le enagenaban de sus sentidos, y parecian convertirle en ciudadano del cielo. La caridad le ataba de modo al coro, y á la iglesia, y á los divinos oficios, que parecia dexarse allí el alma cuando sus obliga-

ciones precisas le forzaban á separarse. La misma virtud le traia exhalado por los hospitales y las cárceles, buscando á los miserables necesitados para ayudarlos, consolarlos y socorrerlos. No se limitaba su caridad á los socorros temporales, sino que principalmente se dirigia á los del espíritu. Luego que tenia noticia de que alguna persona vivia relaxadamente, ó que por cualquiera otra causa necesitaba de auxîlios espirituales, se hacia encontradizo con élla, y con un santo artificio se lo subministraba de manera que lograba ganarla para Dios. Su caridad, finalmente, era tan vehemente y tan activa, que aun al mismo cuerpo material comunicaba sus ardores en tanto grado, que aun en los tiempos mas rigorosos del invierno deseaba refrigerarse echándose en un estanque helado. Segun la deposicion de Marcos Gonzalez, criado del colegio de Baeza, consta que llegando alguna vez á hablar al bendito Padre en lo mas crudo del invierno, salia de su cuerpo un calor tan activo, que no le podia sufrir sino á determinada distancia; ¿pero qué mucho que percibiese estos asombrosos efectos de la caridad en que su alma se abrasaba, un cuerpo que tambien la servia en todos los dolorosos sacrificios de penitencia que hacia con él por amor de su Señor Jesucristo? Ya queda dicho á cuánto rigor llegaba la mortificacion de este Siervo de Dios desde su tierna edad hasta los años provectos de su vida; pero cuando llegaron éstos, causa admiracion y aun horror el considerar las extrañas penitencias y asperezas rigurosas con que mortificaba su cuerpo para sujetarle al espíritu. Sus ayunos eran tan extremados, que no se contentaba con abstenerse de toda vianda, usando solamente de pan y agua, yerbas ó frutas, sino que á las veces se pasaba los dos, los cuatro y los ocho dias sin mas alimento que el espiritual de la Eucaristía, con que se sustentaba su alma, confortando al mismo tiempo su cuerpo. Sus vigilias eran contínuas; y en hora y media que destinaba al sueño era mas el tormento que daba á sus mortificados miembros, que el descanso que recibia. Su cama era el duro suelo, ó una tabla desnuda, sin mas cabecera que un pedazo de leño. Casi todos los dias se daba cruelísimas disciplinas, en que dexaba su cuerpo lla-

gado, y el suelo con charcos de sangre. Ademas de esto traia una mortificacion contínua sobre sí; apenas habia miembro en su cuerpo que no tuviese su particular tormento; los pies los traia descalzos aun en lo mas crudo del invierno; sus piernas, muslos y brazos estaban fajados con unas fajas de cadenilla de alambre con puntas de hierro que se introducian en la carne. Ceñíase el cuerpo con una cadena de hierro que le daba tres ó cuatro vueltas. Sobre los hombros traia unas chapas con puntas aceradas; y de la misma manera estaba guarnecida una cruz con ciento y cincuenta puas, que traia clavada en las espaldas. Un conjunto de penitencias tan asombroso llegó á lacerar su cuerpo de manera, que todo él era una llaga; y como el Santo no hacia medicina alguna, sino que continuaba su penitencia, llegaron á podrírsele las llagas de manera que causaban un intolerable hedor. Ya por esto, y ya por compasion, dieron los religiosos cuenta al prelado, el cual, desatendiendo las repetidas súplicas del bendito Padre en defensa de sus penitencias, se las mandó suspender, y ponerse en manos de un cirujano para el restablecimiento de su salud. Pero, ¡ó prodigios de la divina Misericordia! lo que no pudieron recabar con el prelado sus súplicas, lo consiguieron con Dios sus oraciones. Pidió el santo Miguel á su Señor Jesucristo no permitiese de ninguna manera que fuese quitada de sus espaldas aquella cruz y penitencia, con que de alguna manera imitaba la que su Magestad habia llevado por los pecados del mundo. Esta oracion fue tan vigorosa y eficaz, que en el mismo instante en que el cirujano fue á descubrirle las espaldas, quedaron éstas tan sanas como si no hubieran tenido herida alguna, y convertido el hedor en una fragrancia superior á la de los mas olorosos aromas.

Al tenor de esta heroicidad en las virtudes referidas, fue el grado en que obtuvo todas las demas que concurren á formar un justo, prevenido de Dios con sus bendiciones desde su infancia; un varon cortado á medida del corazon de Dios; un santo, en fin, perfecto, que poseyó en grado heróico todas las virtudes. Su humildad era profunda, su caridad ardentísima, viva su fe, firme su esperanza, invencible su fortaleza, resignada su obediencia, su castidad angélica, su pobreza suma,

su penitencia admirable, altísima su contemplacion, y superior á todo humano discurso el cúmulo de sus virtudes. Premiólas Dios aun en esta vida, adornándole con todos sus dones. Tuvo el de profecía, con el cual predixo muchas cosas antes que sucediesen; el de discrecion de espíritus, y el singularísimo de mover con su intercesion la omnipotencia de Dios á explicarse con mil efectos milagrosos para beneficio de sus próximos. Pero el mas particular entre todos fue aquel don de caridad ardentísima con que amaba tanto á Dios, que salia de sí mismo, arrebatándose en unos éxtasis tan fervorosos, que uno de éllos le debilitó de manera que fue el principio de la enfermedad con que se acabó su dichosa vida. Predicaba un dia en Valladolid, y llegó á enfervorizarse de manera, que se arrebató en un éxtasis maravilloso. Este fue tal, que pudo decir con la Esposa, que habia enfermado de amor, pues corrió por sus venas un ardor tan encendido, que desde el púlpito le llevaron á la celda enfermo, y no volvió á sálir de élla sino muerto. En el discurso de su enfermedad hizo un compendio de todas las virtudes de su vida, de manera que no parecia sino que en aquel breve tiempo queria recopilarse cuanta devocion, cuanta virtud y cuanto exercicio de piedad puede practicarse en muchos siglos. Sufrió la enfermedad con una invicta paciencia, que daba que admirar á todos cuantos le visitaban. Padecia una sed ardentísima, y que segun su expresion solo podia tolerarse por Jesucristo, y con todo eso jamás se le oyó pedir una gota de agua, ni una queja de sus dolores, ni un suspiro, ni pedir el menor alivio al enfermero. Solicitó saber un religioso muy espiritual y grande amigo suyo qué era lo que pedia á Dios en aquellas circunstancias; y el beato Miguel, vencido de sus importunaciones, le respondió de esta manera: Solas dos cosas son las que deseo y pido á mi Dios: la úna, que me dé á sentir todos los dolores y tormentos que los mártires y todas las criaturas han padecido por su Magestad, y padecerán hasta el fin del mundo; y la ótra, que me comunique todo el amor con que le han amado y aman todas las criaturas del cielo y de la tierra, para amarle con todo él, y tanto como le aman todas juntas. Esta respuesta manifiesta bien el su-

blime grado de amor á que habia subido este Santo, puesto que en nada se manifiesta mas que en los tormentos que se desean padecer por el Amado. Agravóse la enfermedad, y se determinó darle el sagrado Viático. Al entrar el sacerdote con el adorable Sacramento en sus manos, quiso arrojarse en el suelo para recibirle de rodillas, pero le detuvieron los religiosos. Pidióles á éstos perdon con muchas veras; encargóles la union y caridad fraternal; y últimamente, les mandó con toda la autoridad de prelado, que luego que muriese enterrasen su cadáver sin tocar las campanas, ni publicar su muerte, ni abrir las puertas del convento hasta despues de haberle dado sepultura; razones que bañaron en lágrimas á todos los circunstantes. Visitábanle en esta última enfermedad las personas mas nobles y devotas que habia en Valladolid, á quienes exhortaba al desprecio del mundo, y á cuidar de disponer sus almas para una preciosa muerte. En la noche del miércoles 9 de abril llegó á dar muestras la enfermedad de que le restaban pocos instantes de vida. Administrósele la Extrema-Uncion, la cual recibió con tanta devocion, y con gozos tan soberanos, que le vieron sonreirse muchas veces. A eso de la media noche, estando cercado de religiosos, que alternaban los suspiros con los salmos que rezaban, compuso el Siervo de Dios su cuerpo con la mayor decencia; y fixando sus ojos en un crucifixo, entregó su espíritu dichoso al Señor, arrebatado de las ternuras y afectos que le decia. Su gloriosa muerte sucedió entrado ya el jueves, dia 10 de abril del año de 1625, y á los treinta y tres y medio de su edad.

Su muerte conmovió á toda la ciudad de Valladolid, sin que quedase gente de ningun estado ó calidad que no acudiese á venerar el santo cuerpo. Grandes, títulos, caballeros, oidores, nobles, plebeyos, hombres, mugeres, jóvenes y ancianos, todos se disputaban la dicha de besarle las manos ó los pies, aclamándole santo. Confirmó Dios esta voz verdadera del pueblo, obrando entonces y despues muchos milagros en testimonio de la santidad de su Siervo, como los habia obrado en vida. Hizose despues el proceso, segun la forma acostumbrada, para probar sus virtudes en grado heróico, y para la calificacion de sus milagros; y habiendo sido hallado todo éllo á la

satisfaccion de nuestro santísimo Padre Pio VI., y de las congregaciones para este efecto determinadas, se celebró su beatificacion el dia 2 de mayo de 1779 para honor de toda nuestra España, y para consuelo y gloria de toda la santa Iglesia.

La misa es en honra del Santo, y la oracion es la que sigue.

Misericors Deus, qui beatum Michaelem confessorem tuum morum innocentia, et mirabili charitate præstare voluisti; concede, quæsumus, ejus intercessione, ut à vitiis liberati, et igne tui amoris incensi, ad te pervenire mereamur: Per Dominum...

O misericordioso Dios, que te dignaste adornar al bienaventurado Miguel, tu confesor, con inocencia de costumbres y una caridad admirable; concédenos por su intercesion, que libres de los vicios, y encendidos en tu amor, merezcamos llegar á gozarte: Por nuestro Señor...

La epístola es del capítulo 31. de la Sabiduría.

Beatus vir, qui inventus est sine macula, et qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris. Quis est hic, et laudabimus eum? fecit enim mirabilia in vita sua. Qui probatus est in illo, et perfectus est, erit illi gloria æterna: qui potuit transgredi, et non est transgressus, facere mala, et non fecit: ideò stabilita sunt bona illius in Domino, et eleëmosynas illius enarrabit omnis Ecclesia sanctorum.

Dichoso el hombre que fue hallado sin mancha, y que no corrió tras el oro, ni puso su confianza en el dinero, ni en los tesoros. ¿Quién es éste, y le alabarémos? Porque hizo cosas maravillosas en su vida. El que fue probado en el oro, y fue hallado perfecto, tendrá una gloria eterna: pudo violar la ley, y no la violó; hacer mal, y no lo hizo. Por esto sus bienes están seguros en el Señor, y toda la congregacion de los santos publicará sus limosnas.

REFLEXIONES.

Las primeras palabras de la epístola de este dia, juntamente con los admirables exemplos y asombrosa inocencia de vida que nos ofrece hoy el beato Miguel de los Santos dan motivo á unas reflexîones que necesariamente han de hacer estremecerse las entrañas del cristiano. Bienaventurado, dice el Espíritu santo, el varon que no tuvo mancha en toda la conducta de su vida. Esta expresion es preciso que admire aquellas almas débiles que en todas partes encuentran tropiezos, y para quienes la mas mínima ocasion es irresistible, y decide absolutamente contra su inocencia. ¡Es posible, dicen éstos, que entre las turbaciones del mundo, y entre los inmensos peligros de que nos vemos cercados se pueda conservar un hombre sin admitir mancha ni pecado en todo el discurso de su vida! ¡Tantos objetos como ofrece el mundo, propios para seducir la inocencia, y llevar tras sí los sentidos; tantos artificios como emplea el comun enemigo para sugerir en nuestra alma unas ideas trocadas, que nos hagan creer que lo malo es bueno, y nos estimulen para seguirlo; tanta debilidad y miseria, en fin, como advertimos en nuestra naturaleza, tanta rebeldía en nuestras pasiones, tanta viveza en los estímulos de la carne es creible que no han de lograr alguna vez el triunfo sobre la inocencia de nuestras almas! ¿Cómo es posible que se hallen exemplares de aquel varon justo que delinea el Espíritu santo, cuando dice, Bienaventurado el varon que fue encontrado sin mancha?

Si hubiéramos de estar, en materias de espíritu, á los dictámenes de la prudencia humana, hallaríamos que el razonamiento precedente era justo y demostrativo. Pero es preciso acordarnos de que la sabiduría del mundo y su prudencia son ignorantes delante de Dios. Es preciso acordarse de que el Señor tiene dicho que es estrecha la senda que guia á la salud, y son pocos los que la encuentran. Se debe, finalmente, reflexîonar que todas aquellas cosas que tienen apariencias de imposibles, atendidas las fuerzas de la naturaleza, son hacederas y fáciles para el poder omnipotente de la gracia. El beato Miguel de los

Santos ofrece un exemplar en donde se acreditan todas estas verdades. En todo el discurso de su preciosa vida conservó intacta aquella hermosa inocencia que recibió en el bautismo. Formado de carne mortal como todos los demas hombres estaba expuesto á sufrir las mismas contradicciones del mundo, del demonio y de la carne que todos sufren. Pero temeroso siempre de desagradar á su Dios; deseoso de labrarse, por medio de la abnegacion de sí mismo, una corona inmarcescible que dura para siempre; y vigilante para frustrar las asechanzas de los enemigos, halló el modo de conservar la preciosa joya de la inocencia, sin que en la peregrinacion de un valle de lágrimas hubiesen jamás podido robársela los ladrones que le infestan. Pero se debe reflexîonar que todo esto lo consiguió estando siempre en vela, siempre en oracion, siempre mortificado con el ramal y el ayuno, viviendo crucificado y despedazado con cilicios en una suma pobreza, y hecho víctima, en fin, del amor de Dios y del próximo. He aquí la senda por donde se camina á la vida; he aquí el medio único para conservarse toda su vida sin mancha; y he aquí, finalmente, la escalera por donde se sube á recibir la palma y la corona de bienaventurado que promete el Espíritu santo al inocente.

El evangelio es del cap. 12. de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Sint lumbi vestri præcincti, et lucernæ ardentes in manibus vestris, et vos similes hominibus expectantibus dominum suum quando revertatur à nuptiis: ut, cum venerit et pulsaverit, confestim aperiant ei. Beati servi illi, quos cum venerit dominus, invenerit vigilantes: amen dico vobis, quod præcinget se, et faciet illos discumbere, et transiens ministrabit illis. Et si venerit in secunda

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos. Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos; y sed semejantes á los hombres que esperan á su señor cuando vuelva de las bodas, para que en viniendo y llamando, le abran al punto. Bienaventurados aquellos siervos que cuando venga el señor los hallare velando. En verdad os digo, que se ceñirá, y los hará sentar á la mesa, y pasando, los servirá. Y si viniere en la segunda vela, y aunque ven-

vigilia, et si in tertia vigilia venerit, et ita invenerit, beati sunt servi illi. Hoc autem scitote, quoniam si sciret paterfamilias, qua hora fur veniret, vigilaret utique, et non sineret perfodi domum suam. Et vos estote parati, quia hora non putatis, Filius hominis veniet.

ga en la tercera, y los halláre así, son bienaventurados aquellos siervos. Pero sabed esto, que si el padre de familia supiera á qué hora vendria el ladron, velaria ciertamente, y no permitiria minar su casa. Estad tambien vosotros prevenidos, porque en la hora que no pensais, vendrá el Hijo del hombre.

MEDITACION.

Sobre la necesidad de las buenas obras.

PUNTO PRIMERO.

Considera que las buenas obras, esto es, la práctica de las virtudes cristianas, son tan necesarias para la consecucion de la vida eterna, que sin éllas ni puedes ser feliz, ni puedes dar abrigo en tu corazon á una sólida esperanza.

Dios nuestro Señor, considerando que el punto capital de toda la ley, y al que debian los hombres estar bien persuadidos, consiste en la execucion de obras saludables y provechosas para la vida eterna, manifestó su divina voluntad en las Escrituras santas para que no pueda excusarse el hombre con la ignorancia, ni imaginar que puede tener otros medios de conseguir su ventura. El obrar bien es una obligacion, es una necesidad, es una condicion precisa para cumplir la ley cristiana, ó por mejor decir, es toda la substancia de la ley. No hay mortal alguno que pueda salvarse sin la execucion de las virtudes cristianas, ya porque de éllas impuso Dios un precepto, ya tambien porque son un medio tan necesario, que sin él es absolutamente imposible conseguir el fin. Cristo nuestro bien decia en el evangelio (*Mat. cap.* III.): *Todo árbol que no diese buen fruto, será cortado, y arrojado al fuego*. Y en el capítulo 5. de san Mateo promulga la ley de que *no entrará en el reyno de los cielos aquél cuya justicia no fuese mayor y mas copiosa que la de los escribas y*

fariseos. Para este efecto se hace indispensable el exercicio de las buenas obras, no por vanidad ni para mantener con éllas un fingido carácter de piadosos, que nos haga hipócritas como sucedia á los fariseos; sino con pureza de intencion y con deseo de agradar á Dios únicamente, que es el espíritu que las vivifica, y las hace provechosas para la vida eterna. Nada importa que nuestro misericordioso Dios nos haya preparado todos los medios oportunos para nuestra santificacion: inútil será para nosotros toda la preciosa vida de nuestro Redentor y su pasion sacrosanta, si no nos aplicamos sus frutos por medio de nuestras buenas obras. Por eso san Pedro (*Ep.* 2. *cap.* 1.) amonesta á los fieles *que pongan gran esmero y cuidado en hacer ciertas su vocacion y eleccion por medio de las buenas obras*.

Porque ¿de qué nos servirá haber recibido de la misericordia de nuestro Dios el incomparable beneficio de haber nacido entre los que adoran su santo nombre, y profesan la ley evangélica, si no nos manifestamos agradecidos, executando sus preceptos con nuestras buenas obras? ¿qué importará que llevemos el nombre de cristianos, y que hayamos recibido en el bautismo un sello indeleble que lo acredita, si nuestras operaciones lo desmienten, y convertimos esta gracia en un nuevo motivo de hacer mas penosa y terrible nuestra condenacion eterna? ¿de qué nos aprovecha tener entre nosotros tantas espirituales medicinas, como son los sacramentos, si malogramos su divina virtud, y frustramos su eficacia, ó con obras contrarias, ó á lo menos con una culpable inercia? Obras buenas, cristiano, obras buenas son las que te hacen digno de este nombre. La misma fe que te fue infundida en el bautismo por el Espíritu santo, se queda muerta y sin provecho si le falta el vigor, el espíritu y la vida de las buenas obras.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que aun despues de estar persuadido á la necesidad de manifestar con la práctica de las virtudes, que no es en ti una sombra ó fantasma la profesion de cristiano; debes advertir, que hay muchos engaños en la

execucion de las buenas obras, los cuales debes evitar con cautela para no hacerlas infructuosas.

Uno de estos engaños ó errores, acaso el mas perjudicial de todos, proviene del amor propio, por el cual cada uno se inclina facilmente á aquellas acciones que son, segun su genio, mas adaptadas á su humor, y en cuya execucion suelen estar escondidos sus intereses. Hay personas que se entregan con grande intension á ciertas devociones y exercicios piadosos, descuidando al mismo tiempo de otras obras en que consiste lo mas sólido y substancial de la verdadera piedad y de la religion. Hay genios tétricos y austeros, que se emplean con gusto en la abstraccion, en la mortificacion y la penitencia, olvidando el precepto de la caridad y un verdadero arrepentimiento de los desórdenes de su pasada vida. Hay personas que se contentan con ciertas prácticas de devocion, que son voluntarias, asistiendo á todas las novenas, á todos los sermones y á otros exercicios piadosos, descuidando de las obligaciones precisas de su familia, de la educacion de sus hijos, de la custodia de sus criados, y de la debida administracion de los bienes que les confió la Providencia. Finalmente, hay cristianos que viven seguros y en una paz tranquila, frecuentando los sacramentos y practicando muchas devociones; pero manteniéndose al mismo tiempo en un ódio implacable de sus enemigos, murmurando de sus hermanos, y faltando á las obligaciones mas esenciales de la religion.

Todos éstos deben considerar que caminan engañados. Las obras de supererogacion, los exercicios piadosos, que son meramente de consejo, son ciertamente muy santos y provechosos y su práctica sumamente útil al cristiano; pero deben recaer sobre el cumplimiento de los preceptos, y suponer cumplidas todas las obligaciones de su estado, porque de otra manera semejantes obras son infructuosas é inútiles para la vida eterna. Por eso dice Dios (Apoc. cap. 3.) al pecador, *no encuentro que tus obras sean completas.* Y en otra parte (Daniel. cap. 5.), *he pasado tus obras, y te he encontrado falto.* La perfeccion cristiana no puede verificarse, mientras no se encuentren completas y cabales todas las causas, to-

dos los requisitos de que se forma; y así se dice rectamente, que para constituir el mal basta cualquier defecto. Y á la verdad, cristiano, ¿cómo puedes pretender que tus obras sean agradables á Dios, cuando solamente las executas para satisfacer á tu humor, á tu genio, á tu capricho? ¿cómo te persuades á que pueda complacerse de lo que haces por tu eleccion, cuando desprecias lo que te manda hacer por la suya? ¿cómo es posible que te conceda la bienaventuranza por unas devociones en que no intentas otra cosa que satisfacer á tu amor propio: por una asistencia á los templos, que no tiene mas fin que librarte del recogimiento de tu casa, y sacudir el yugo de las obligaciones de tu estado? Dios es sumamente sábio, y no se le puede engañar. Sus divinos ojos penetran el íntimo secreto de nuestro corazon y la médula de nuestras intenciones. De consiguiente no le pueden ser agradables sino unas obras sin defecto, ni puede dar las eternas recompensas sino á aquel que cumpla exâctamente su ley, haciendo que el nombre de cristiano signifique en él una profesion de justicia, cuyas obligaciones cumpla perfectamente.

JACULATORIAS.

Unusquisque propriam mercedem accipiet secundùm suum laborem. 1. ad Corinth. cap. 3.

Sé muy bien, Dios mio, que cada uno ha de recibir el premio segun el mérito de las obras que en esta vida haya practicado.

Non ego, sed gratia Dei mecum. 1. Corinth. cap. 15.

Pero no bastando mis fuerzas á hacerlas provechosas para la vida eterna sin los auxîlios de vuestra divina gracia, dádmela, Señor, con aquella abundancia y eficacia que la comunicásteis á vuestros siervos.

PROPOSITOS.

Persuadido á que no serás verdaderamente cristiano mientras no lo testifiques con las obras: á que éstas son esencialmente necesarias para conseguir la eterna ventu-

ra, y á que en su execucion pueden mezclarse perniciosos errores que las inutilice, debes proponerte los medios para evitar estos males, y conseguir los suspirados bienes. No te basta ser cristiano para ser participante de los bienes de Jesucristo, puesto que llegado al uso de razon, no te se ofrece la patria celestial como una herencia solamente, sino tambien como premio ó corona. En esta suposicion, siendo cierto lo que dice el Espíritu santo, que no será coronado sino el que pelease debidamente, lo es tambien, que no te se dará una eterna felicidad por recompensa mientras tú no la merezcas con tus obras. Para este efecto exâmina toda tu vida, y establece el grande edificio de tu salvacion sobre fundamentos sólidos. Si encuentras en tu conciencia que has sido ingrato á tu Dios quebrantando sus preceptos, principia por un verdadero arrepentimiento, que vuelva á tu alma la gracia que perdiste, lavando con lágrimas de compuncion las feas manchas que echaste sobre élla. Forma un propósito irrevocable y firme de no olvidar jamás las obligaciones que te impone la sacrosanta ley de Jesucristo. Pero en el cumplimiento de ésta debes atender ante todas cosas á la observancia de sus preceptos esenciales. Amar á Dios y al próximo, y cumplir con las obligaciones que te impone tu estado, es el primer objeto á que debe encaminarse tu atencion. Los exercicios piadosos de devocion son como un rocío celestial que conserva el verdor y lozanía de las virtudes. Pero debes usar de una santa economía en éllos, de manera que no los hagas ser el principal objeto de un cristiano. Con estos exercicios se conserva la caridad, se aviva la fe, se fortalece la esperanza, se consolída la humildad cristiana, y se llena el alma de un afecto verdadero á la virtud, y de un ódio implacable contra el vicio. La mortificacion, el ayuno, la frecuencia de sacramentos, la limosna, la visita de los templos, el oir la palabra de Dios, y el procurar la consolacion de tu alma, ganando las gracias é indulgencias que dispensa el vicario de Jesucristo, son unas cosas sumamente útiles, y aun necesarias para mantener una vida inculpable y fervorosa. Pero así como no debes ayunar con perjuicio de tu vida, ni dar tanta limosna que dexes á tu muger y á tus hijos en miseria, de la

misma manera debes arreglar las demas obras de piedad con tal prudencia, que no toquen en el exceso; porque en tal caso faltarás á la ley, é injuriarás á la virtud, que ama un medio entre dos extremos. Si así lo hicieres, tus obras serán agradables á Dios, serán arregladas á las leyes del evangelio y provechosas para la consecucion de la vida eterna.

DIA SEXTO.

San Goar, presbítero y solitario.

San Goar, á quien los alemanes llaman Gower, fue de una de las mas nobles familias de Aquitania, y nació por los años de 585. Proveyóle la naturaleza de sus mas exquisitas prendas, y la gracia de sus mas preciosos dones. A la natural amabilidad de su persona añadian mucho realce la vivacidad de su espíritu y la suavidad de su dulcísimo genio; pero lo que sobre todo le hacia mas amable era una virtud y una prudencia muy superior á sus años. Ni los lazos del mundo, ni los peligros de la mocedad sirvieron mas que para acrecentar el mérito y la admiracion de su virtud. Cobró horror al vicio desde que le conoció; su favorecida virtud fue la pureza; su modestia, y cierto vergonzoso pudor, de que siempre estaba cubierto su semblante, inspiraban respeto aun á los mas disolutos; en su presencia ninguno tenia valor para pronunciar palabra menos pura. En fin, el exemplo y la circunspeccion de sus primeros años eran presagio de la eminente santidad á que con el tiempo le habia de elevar la gracia, de que ya estaba prevenido.

A la verdad, puso el mayor cuidado casi desde la cuna en conservar su inocencia, fortificándola con la frecuencia de sacramentos, con la oracion y con penitencias contínuas. Siendo niño maceraba su carne con ayunos y con dilatadas vigilias: toda la ocupacion de su corazon y de su espíritu era la meditacion y el estudio de las mas santas verdades de la religion. El ar-

diente deseo de agradar á Dios le preocupaba enteramente, siendo tanto mas admirada su virtuosa vida, cuanto era menos frecuente en las personas de su clase y de su edad.

A los principios tuvo que padecer algunas zumbas de otros iguales suyos menos circunspectos y menos reservados que él; pero con la constancia y con el desprecio se libertó de esta persecucion, y logró tal dominio sobre todos los de su edad, que convirtió á muchos, haciéndolos mudar enteramente de vida.

Noticioso su obispo de que Goar no queria contraer empeño alguno en el mundo, se dió priesa por promoverle á los órdenes sagrados, pareciéndole que á un mismo tiempo honraba al estado eclesiástico, y hacia á su pueblo un importante servicio. Dió el sacerdocio nuevo realce á la virtud de nuestro Santo, quien por su parte tampoco omitió medio alguno para sostener con su elevada virtud la augusta dignidad del sacerdocio. No se vió sacerdote mas lleno de fe y de religion en el altar, ni mas santo en toda su conducta; lo que movió al obispo á echar mano de Goar para que le ayudase en las sagradas funciones de la dignidad episcopal; confiándole el ministerio de la predicacion.

Al ardiente deseo que tenia de la salvacion de sus hermanos, y á los grandes talentos con que el cielo le habia enriquecido para ganarlos á Dios, se siguieron inmediatamente insignes conversiones. Eran sus sermones enérgicos, llenos de mocion; y como se miraban sostenidos de sus exemplos, hacian tanta impresion en los corazones, que no era posible oirlos sin convertirse; por lo que sus auditorios se deshacian en lágrimas, y ni pecadores, ni hereges, ni gentiles podian resistir á su zelo.

Pero estos mismos felicísimos sucesos dieron materia á sus escrúpulos y á su temor. El tumulto inseparable de las funciones apostólicas y los aplausos que comunmente las acompañan, sobresaltaron su profunda humildad, y despertaron los deseos que siempre habia tenido de retirarse á un desierto. Resolvió, pues, alejarse de sus parientes cuanto le fuese posible, y buscar una apartada soledad donde pudiese vacar á Dios únicamente.

Partió, pues, el año de 618, y se retiró á los últimos confines del obispado de Tréveris, en las márgenes del Rhin, cerca del Oberwersel, donde con licencia del obispo fabricó una celda y una pequeña capilla para celebrar todos los dias el santo sacrificio de la misa. En esta soledad pasó algunos años dedicado á todos los exercicios de la vida eremítica, ayunando continuamente, manteniéndose con el trabajo de sus manos, cantando sin cesar las alabanzas de Dios, y algunas veces ocupando los dias enteros en la contemplacion de las verdades celestiales. Estando en esto sintió que se le volvia á excitar el deseo de trabajar en la salvacion de las almas; y como en los pueblos del contorno hubiese todavía muchos paganos, los predicó el evangelio con tanto zelo y con tanto fruto, que abrazó el cristianismo gran número de éllos.

Extendióse la fama de su virtud, y concurrieron muchos extrangeros, deseosos de conocer y de tratar al santo Anacoreta. Esto le puso en ocasion de exercitar repetidas veces la hospitalidad, particularmente con los pobres; y como su zelo observó que esta caridad le proporcionaba ocasiones de ganar sus huéspedes para con Dios, tomó tanto gusto á esta virtud, que en adelante fue en parte su carácter; bien que no por eso desconcertó un punto el método y el órden de vida que se habia prescrito para la distribucion del dia.

Despues de haber rezado todo el Salterio, celebraba el sacrificio de la misa, y habiendo cumplido con todas las demas devociones, empleaba el resto del dia en recibir con amoroso agasajo los peregrinos que se presentaban. Él mismo los guisaba y los servia la comida, y mientras estaban á la mesa era cuando hacia sus mas ilustres conquistas. Divertíalos siempre con santas conversaciones, daba á cada uno saludables consejos, segun su particular necesidad; despues los hacia rezar algunas oraciones con él, y no pocas veces los salia á despedir, y los iba á acompañar gran parte del camino, con tanto amor y con tanta bondad, que no le podian olvidar en toda la vida. Cuando llegaban á sus casas no se hartaban de contar lo que habian visto, oido y admirado en el amabilísimo Ermitaño. Esta in-

dustriosa caridad dió ocasion á que le levantasen una calumnia.

Dos familiares del palacio de Rústico, obispo de Tréveris, mal impresionados contra san Goar, partieron á su soledad con pretexto de devocion; pero en realidad para observarle y para sorprenderle. Notaron que aquel buen Sacerdote ponia gran cuidado en recibir con sumo agasajo á todos los forasteros; que por sí mismo los guisaba la comida; que decia misa muy de mañana á los que querian partir, y que tambien comia con éllos antes de la hora acostumbrada. No hubieron menester mas para despreciarle y para desacreditarle; vueltos á Tréveris, dixeron al obispo que el presbítero Goar era un hipócrita; que se regalaba muy bien, y que estaba muy distante de ser lo que parecia; pues lejos de profesar una vida verdaderamente eremítica, desedificaba á todos con sus profusiones y con sus condescendencias puramente políticas y aseglaradas. Creyó el obispo, no sin alguna facilidad, á los delatores, y les dió órden de que le traxesen al escandaloso Solitario, con resolucion de exâminarle, de corregirle y de castigarle.

Volvieron los dos familiares adonde estaba el Santo; y para disimular el verdadero motivo de tan pronta como no esperada repeticion de visita, le dieron á entender que informado el Obispo de sus raras virtudes, tenia ansiosos deseos de verle, y por tanto le rogaban que se dignase ir en su compañía. Al principio se excusó el Santo por su profunda humildad; pero cuando le declararon que traian mandato expreso para llevarle consigo, respondió que obedeceria sin réplica. Efectivamente el dia siguiente al rayar el alba los dixo misa, y presentó á sus huéspedes el desayuno con su acostumbrada bondad. Los familiares del Obispo se negaron á tomarle con cierto ayre de desden y menosprecio, diciéndole se admiraban mucho de que un hombre como él pensase en comer tan de mañana. *Hermanos mios*, los respondió el Santo, *no son todos los dias de ayuno y de abstinencia*; *yo lo hago por caridad*; *pero si vosotros quereis ayunar hoy por vuestra mortificacion*, *no lleveis á mal que tome alguna cosa este otro pobre forastero*, *que tambien está para partir*. Los fa-

miliares, continuando en su papel de grandes ayunadores, no quisieron tomar bocado, y solo suplicaron al Santo que los echase en la alforja alguna cosa para tomar algo en el camino; lo que hizo de muy buena gracia, y marchó luego con éllos. Apurados del hambre y de la sed los dos caminantes, acudieron á su provision; pero se quedaron sorprendidos, cuando por permision de Dios nada hallaron de lo que éllos mismos habian metido; y á vista de aquel castigo reconocieron su culpa. Viéndolos el Santo arrepentidos y avergonzados, consiguió de Dios, por otro nuevo milagro, que les diese con que socorrer sa necesidad; y éllos no pudiendo resistir á tan repetidos prodigios, se arrojaron á los pies del Santo, confesáronle su depravado intento, y humildemente le pidieron perdon de su maldad. No les fue dificultoso conseguirle; mas dificultad costó desimpresionar al Obispo de las especies en que le habian metido contra el santo Solitario. Por mas que sus dos familiares le refirieron las dos maravillas de que éllos mismos habian sido testigos, no bastó para desengañarle, quiso pruebas mas auténticas de su santidad, y así le mandó alcanzase de Dios con su oracion, que un niño de dos años, á quien acababan de exponer, declarase quién era su padre. Por mas súplicas, ruegos y lágrimas que derramó nuestro Solitario para que el Obispo le dispensase de semejante oracion, le fue forzoso obedecer, y su oracion fue despachada. Convencido el Prelado de la santidad del Siervo de Dios, se arrojó á sus pies; y lleno de estimacion y de respeto á su persona, se encomendó en sus oraciones.

Extendida por todas partes la fama de esta maravilla, llegó á oidos del rey Sigeberto II. que hizo llamar al Santo para oir de su misma boca la relacion del suceso. Vióse precisado nuestro Solitario á pasar á la córte, y mostró en élla tanta discrecion y tanta capacidad, acompañada de tan singular modestia, que el Rey le cobró particular afecto y estimacion, resolviéndose desde entonces á sacar debaxo del celemin aquella antorcha resplandeciente, y á colocar en las primeras dignidades de la Iglesia á un sugeto tan benemérito.

Luego que nuestro Santo llegó á entender el ánimo del Rey, no perdonó diligencia alguna para desviarle de

aquel intento. Valióse de representaciones, de ruegos, de súplicas, de lágrimas; pero todo fue en vano, porque así el Rey como los prelados miraban mas el bien comun, que á su humilde repugnancia. Ya le iban á consagrar, cuando echándose á los pies del Rey, le dixo: *Señor, no me negueis por lo menos el consuelo de retirarme por algunos dias á mi celda para consultar la voluntad de Dios, y una vez que la entienda, executaré cuanto fuere del agrado de vuestra Magestad.* Movieron al Monarca las lágrimas del Santo; concedióle veinte dias de término; pero le mandó que pasado éste volviese sin falta á Metz. Encerrado Goar en su ermita, empleó todo aquel tiempo en oraciones, en gemidos, en amargo llanto, solicitando incesantemente con el Señor que embarazase los intentos del Príncipe. Oyóle su Magestad; porque al acabarse el término de los veinte dias cayó en una enfermedad que le duró muchos años; y siempre que recibia alguna nueva órden de pasar á la córte, inmediatamente le repetia.

Durante el tiempo de esta dilatada enfermedad dobló su devocion y su fervor. No es facil decir lo mucho que aprovecharon al público los grandes exemplos que dió de todas las virtudes, singularmente de una heróica paciencia; pero el piadoso rey Sigeberto, impaciente siempre por verle colocado en la silla episcopal de Tréveris, le envió órden para que pasase á la córte; mas el Santo, á quien ya le habia vuelto la calentura, dixo al que le traia la real órden, que bien podia volverse, pues él no saldria ya de su celda sino para la sepultura. El suceso verificó luego la profecía, pues antes que el enviado ó los enviados llegasen á la córte, se recibió en élla la noticia de su muerte; la cual fue como la de los justos, espirando en manos de dos eclesiásticos que nunca se apartaron de él; y sucedió el dia 6 de julio del año 649, á los sesenta y cuatro de su edad.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la siguiente.

Adesto, Domine, supplicationibus nostris, quas in beati Goardi confessoris tui solemni-

Oye, Señor, favorablemente las súplicas que te hacemos en la solemnidad de tu confesor el bienaventurado

tate deferimus: ut qui nostræ justitiæ fiduciam non habemus, ejus qui tibi placuit precibus adjuvemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum.

Goar, para que, no confiando en nuestra justicia, seamos favorecidos por los merecimientos de aquél que tuvo la dicha de agradarte: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del capít. 31. *del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia V, fólio* 94.

NOTA.

"Muchas veces se ha hablado ya del libro del *Ecle»siástico*, de donde se sacó esta epístola. El capítulo 31. »pinta las fatigas de los avarientos; los cuidados con que »se cargan por amontonar riquezas, los desecan la carne; »la aplicacion que dedican á esto, los quita el sueño; y »se consideran los ricos inocentes como una especie de »prodigio. Es muy moral y muy instructivo este ca»pítulo."

REFLEXIONES.

Bienaventurado aquel que no corre tras el oro. Seguramente que se libra de mil ánsias, de mil cuidados, de mil desvelos, de mil inquietudes y de mil pesadumbres. ¿Cuándo se ha de acabar de conocer la insubsistencia, la vanidad, la ilusion de esa sombra, de ese fantasma que se llama fortuna, tras la cual se corre hasta consumirse y exhâlarse? Si á lo menos se quisiera hacer alguna reflexîon sobre aquellos afanes, sobre aquellos amargos y crueles sobresaltos, que son en rigor la única renta, el único fruto que producen los inmensos gastos que se hacen en ese comercio.

Quiérese hacer fortuna, espérase igual dicha á la que lograron ótros que no comenzaron con mayor caudal. Domina la ambicion; persuádese el ambicioso que le sobran genio y talentos; todo se le representa facil al arrojado. Es el comercio un mar tempestuoso; está sembrado de escollos, hiciéronle famoso los naufragios; no importa; ni por eso se teme embarcarse en él; échase la cuenta de que cuando los vientos soplen contrarios, se navegará á fuerza de remos, y que á pesar de los piratas

y otros mil peligros se arribará dichosamente al puerto.

No es menester especificar aquí por menor todas las fatigas. Un negociante dexa estampado su retrato en cualquiera parte donde esté. El ayre enagenado, enfadoso y taciturno, el semblante sombrío y solitario, los ojos siempre encendidos, todas las modales tan embarazadas, que tácitamente están despidiendo á cuantos no traten de empréstito, de cange y de interes. A vista de esto, con mucha razon se puede preguntar, ¿si hay en el mundo estado mas penoso, ni mas austero, y aun se puede añadir, si le hay mas trabajoso ni mas ingrato?

No les basta el dia para sus fatigosas ocupaciones; niéganse á sí mismos el descanso que no niegan á sus esclavos. La noche disputa al dia los afanes, quietud, sueño y comida todo se interrumpe por el negocio; pagas, comisiones, letras, libros de caxa, todo los tiene en una esclavitud, en una servidumbre que apenas los dexa tiempo para acordarse de que son cristianos. Serian menos duras estas penalidades si á lo menos por algunos momentos se pudieran separar de su corazon las inquietudes; pero en mar tan proceloso, ¿qué dia amanece sereno? ¿qué hora se puede esperar de calma? Ni son ya lo que mas se teme las tempestades y los naufragios; mayores y mas justos sobresaltos causan las manos de otros hombres. Vénse casi siempre obligados á fiar toda su hacienda, y aun la agena, á la buena fe de un desconocido, en un tiempo en que reyna en todas partes la codicia, y en que es tan rara la exâcta hombría de bien en todas éllas. Confesemos que las riquezas son un fondo inagotable de inquietud y de amargura. ¡*O mil veces bienaventurado aquel que no corre tras el oro*!

El evangelio es del cap. 13. de san Lucas.

Aderant autem quidam ipso in tempore, nuntiantes illi galilæis, quorum sanguinem Pilatus miscuit cum sacrificiis eorum. Et respondens, dixit illis: Putatis quòd hi ga-

En el mismo tiempo vinieron algunos á darle noticia de aquellos galileos, cuya sangre mezcló Pilato con la de sus sacrificios. Y él respondiendo, los dixo: ¿Pensais vosotros que estos galileos hayan sido mas peca-

lilæi præ omnibus galilæis peccatores fuerint, quia talia passi sunt? Non dico vobis; sed nisi pœnitentiam habueritis, omnes similiter peribitis. Sicut illi decem et octo, supra quos cecidit turris in Siloë, et occidit eos: putatis quia, et ipsi debitores fuerint præter omnes homines habitantes in Jerusalem? Non dico vobis; sed si pœnitentiam non egeritis, omnes similiter peribitis.

dores que los demas galileos, porque padecieron tal castigo? Os digo que no; pero si no hiciéreis penitencia, perecereis todos de la misma manera. Como aquellos diez y ocho hombres sobre los cuales cayó la torre en Siloé, y los mató: ¿creeis que tambien éstos fuesen mas reos que todos los demas hombres que habitaban en Jerusalen? Os digo que no; pero si no hiciéreis penitencia, perecereis todos de la misma manera.

MEDITACION.

De la indispensable necesidad de hacer penitencia.

PUNTO PRIMERO

Considera la energía, la precision y la universalidad de este oráculo: *Si no hiciéreis penitencia, todos perecereis.* Necesidad, por decirlo así, tan indispensable como la de la fe, la del bautismo y la de la gracia final para salvarse. *Háblase respecto de los adultos.* No hay edad, no hay condicion, no hay estado que se exîma de élla. La proposicion es general, y tambien lo es la necesidad. O eres pecador, ó eres inocente. Si pecador, ¿cómo te atreverás á prometerte el perdon sin la penitencia? Si inocente, y aún no has pecado, puedes pecar; y esto basta para que la penitencia te sea indispensable. ¡Ah! que la inocencia es un tesoro guardado en vasos frágiles sumamente quebradizos: no hay cosa mas preciosa que este tesoro; pero tampoco la hay mas frágil que estos vasos contra los cuales parece que todo va á tropezar. ¡O mi Dios, y cuántos enemigos tenemos siempre alerta y emboscados siempre! En la vida todo es peligros, todo lazos, escollos todo. Dentro de nosotros mismos llevamos el enemigo de nuestra salvacion, siempre de inteligencia con los sentidos, siempre dócil á la impresion de los objetos exteriores, siempre de acuerdo con el amor propio. En la

misma sangre contraemos la inclinacion á lo malo. Todo es tentacion, y la vida del hombre es una continua guerra que solo se acaba con la muerte. El que no quiere ser vencido, no puede dexar las armas de la mano; y si no se vela sin cesar contra un enemigo que jamás se duerme, es preciso que nos sorprenda. El ayre que respiramos es contagioso; son pocos los objetos que no despidan de sí algunos hálitos malignos; no puede estar seguro el que se expone á éllos sin preservativos y sin precauciones. Esos preservativos, sin los cuales corre peligro la vida; esas armas, sin cuya defensa seguramente nos herirá el enemigo; esa vigilancia, esos esfuerzos, esa violencia, de que ninguno debe considerarse dispensado, es la penitencia; es preciso velar y orar sin cesar; es preciso mortificar el cuerpo del pecado, reprimir los sentidos, domar las pasiones, todas á cual mas rebeldes. ¿Qué te parece? ¿consérvase por largo tiempo la inocencia sin el auxîlio de la penitencia? Y si se ha pecado, ¿se podrá excusar este socorro? El incomprensible rigor de las penas del infierno y su eterna duracion aun no son suplicio excesivo para castigar un solo pecado mortal; y una alma manchada con millares de millares de gravísimas y de feísimas culpas, ¿presumirá conseguir el perdon sin hacer penitencia? ¡Qué locura! Cuéntase con los méritos de nuestro Señor Jesucristo: es así; porque sin estos méritos, qué podíamos nosotros esperar; pero ese mismo Salvador, ese Padre de las misericordias nos declara expresamente, que con toda su misericordia si no hacemos penitencia, todos pereceremos infaliblemente. ¿Has comprendido bien la fuerza y el sentido de este oráculo?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la condicion habla con todos los estados. *Si no hiciéreis penitencia, todos perecereis.* La generalidad es sin excepcion. Grandes del mundo, criados en el seno de la delicadeza y del esplendor, ante quienes todos se doblan, todos se arrodillan, todos se postran, y que ignorais hasta las voces de mortificacion; *si no hiciéreis penitencia, todos perecereis.* Poderosos del siglo, vos-

otros que vivis en medio de la abundancia, rodeados de la magnificencia, anegados en gustos, nadando en diversiones; vosotros, á quienes todos lisonjean, todos aplauden, todo se muestra risueño, pasando los dias en la ociosidad, en la alegría y en el regalo; *si no hiciéreis penitencia, todos perecereis*; todos, sin que se tenga respeto ni á la grandeza de vuestro nombre, ni al esplendor de vuestro nacimiento, ni á la delicadeza de vuestra complexîon. Damas del mundo, á quienes estremece, á quienes pone horror el nombre solo de penitencia, vosotras, que consumis todos los dias de la vida en eternas inutilidades, en juegos, en cortejos, en pasatiempos, en espectáculos; vosotras, que á costa de infinitos afanes cultivais la hermosura, la brillantez, la frescura y la viveza del color; vosotras, que promoveis la sensualidad hasta lo mas refinado de la delicadeza; *si no hiciéreis penitencia, todas perecereis*, todas sin excepcion. Hombres de negocios, comerciantes, pobres oficiales, á quien ocupa toda la vida la codicia, el amor al interes y el ánsia de hacer fortuna; *si no hiciéreis penitencia, todos perecereis*; hasta los mas infelices mendígos, hasta los que viven como abismados en lo profundo de la miseria, si se han de salvar, han de hacer penitencia. Argúyase, sutilícese, interprétese cuanto se quisiere; es un oráculo que no se puede eludir, es un decreto claro y preciso, que de todos se dexa entender. Vosotros, seais lo que quisiéreis, si no hiciéreis penitencia, y una penitencia proporcionada á vuestras culpas, á vuestras necesidades, y una penitencia sincéra y constante, todos perecereis. Por mas que te quieras atolondrar, por mas que te quieras aturdir, por mas que te quieras revolver contra este moral, no hay cosa mas cierta ni mas infalible que este oráculo. *Los cielos y la tierra pasarán; pero las palabras de Jesucristo se mantendrán inmutables.*

Haced, Señor, que tambien se mantenga inmutable la impresion que estas vuestras divinas palabras han hecho en mi corazon y en mi espíritu. Conozco la indispensable necesidad en que estoy de hacer penitencia, y que esta necesidad es mayor en mí que en otro alguno. ¡Ah Señor, que he pasado sin hacerla la mayor parte de mi vida! Recibid, Padre de las misericordias,

la que resuelvo hacer el resto de élla, con el favor de vuestra divina gracia.

JACULATORIAS.

Lavabo per singulas noctes lectum meum: lachrymis meis stratum meum rigabo. Salm. 6.

Regaré, Señor, el lecho con mis lágrimas; y pasaré las noches en un contínuo llanto.

Recogitabo tibi omnes annos meos in amaritudine animæ meæ. Isai. 38.

Voy, Señor, á resarcir los años perdidos, reparándolos con la penitencia y con la amargura de mi corazon.

PROPOSITOS.

Espanta el nombre solo de penitencia. Ayunos, abstinencias, cilicios, sacos, disciplinas, maceracion de la carne, industrias ingeniosas de mortificacion, todo asusta, todo sobresalta nuestra delicadeza. ¿Pero nos dispensará ésta en la obligacion de hacer penitencia? ¡Cosa extraña! Se peca, se vive divertidamente, delicadamente, regaladamente, y se muere sin haber hecho ninguna penitencia. ¿Pues cuál ha de ser nuestra suerte? O hemos de ser eternamente condenados, ó va por tierra la palabra de Jesucristo. Compon, si puedes, nuestra impenitente vida con esta infalible prediccion: *Si no hiciéreis penitencia, todos pereceréis.* No te engañes miserablemente; de cualquiera edad, de cualquiera estado, de cualquiera condicion que seas, ten por cierto que infaliblemente te condenarás, si no hicieres penitencia; y comiénzala á hacer sin dilatar un solo dia, si no quieres ser condenado. Da principio por un vivo y sincero dolor de tus culpas, que es la penitencia del corazon; pero no basta eso por lo comun; esa contricion, ese dolor, ese arrepentimiento y esa penitencia de corazon acompáñala con la mortificacion del cuerpo, de los sentidos y de la delicadeza. Las penitencias, por decirlo así, de obligacion, han de preceder á todas las demas; ayunos de la Iglesia, que son penitencias de precepto, cuaresmas, cuatro témporas y dias de abstinencia, en esto nunca te has de dispensar.

¿Pero te incomodan un poco estos preceptos? mejor; eso es lo que pretende la Iglesia; por eso se imponen los ayunos y las abstinencias para incomodar la sensualidad y el amor propio; no pretende la Iglesia matarte, sino mortificarte. Si no sintieras algun trabajo, no sería penitencia. ¿Pero serán legítimas todas esas dispensaciones? ¿muchas de éllas no serán subrecticias? O mi Dios, y qué de achaques aparentes, qué de relaciones abultadas se nos han de representar á la hora de la muerte.

2 No te contentes con las penitencias de obligacion, añade á éllas algunas voluntarias. Buena penitencia es sufrir sin hablar palabra, llevar con paciencia el mal humor de aquellos con quien vives y con quien tratas, sus contradicciones, sus injurias y sus desprecios. Los instrumentos de mortificacion para macerar la carne no se hicieron solamente para los cláustros religiosos, tambien son muy convenientes á los seglares; razon es que donde hay mas pecados haya tambien mas penitencia. Si lo consultas con tu amor propio, no habrá penitencia que no te haga daño; consulta el punto con tus enormes culpas, y hallarás que por mas penitencias que hagas, por austéra y por mortificada que sea tu vida, siempre quedarás deudor á la divina Justicia. La penitencia debe ser una virtud ordinaria á todos los cristianos; no se pase dia sin que hagas algúna; mortifica tus sentidos, tus ojos, tu lengua, tu apetito, tu gusto y tus pasiones; haz algun sacrificio cada dia, acordándote siempre que irremisiblemente perecerás si no hicieres penitencia. *El reyno de los cielos padece fuerza, y solamente le arrebatan los que se hacen violencia.*

DIA SÉPTIMO.

San Guillebaldo, obispo.

Fue inglés de nacion, y de casa mas recomendable en la Iglesia por ser familia de santos, que en el mundo por su elevada nobleza; porque Ricardo su padre, Gui-

llebaldo su hermano, su hermana Walpurga, y su primo Bonifanio, obispo de Maguncia, todos reciben culto en los altares, y se leen sus nombres en el martirologio.

Nació nuestro Santo por los años de 700; y como eran tan virtuosos sus padres, no esperaron á que llegase el uso de la razon para inspirarle amor á la virtud y horror al vicio. A los tres años cayó peligrosamente enfermo, y experimentándose inútiles los remedios naturales, recurrieron sus virtuosos padres á los sobrenaturales. Llevaron al niño al pie de una cruz que estaba cerca de su casa; y haciendo fervorosa oracion, ofrecieron á Dios le consagrarian al niño en un monasterio, si se dignaba su Magestad darle salud. Era entonces costumbre entre los ingleses, particularmente en la gente de distincion y poderosa, erigir grandes y hermosas cruces, así en sus posesiones como en los lugares públicos, para hacer oracion ante éllas, como aún el dia de hoy se observa en todos los paises católicos, aunque en únos mas que en ótros.

Aceptó Dios la ofrenda de los piadosos padres, y oyó sus oraciones, concediendo al niño pronta y repentina salud, que se tuvo por milagrosa. Su padre Ricardo le detuvo como en depósito en su casa hasta que cumpliese los cinco años; pero apenas los cumplió, cuando se le entregó á Egbaldo, abad de Waltheim, quien le hizo educar con el mayor cuidado en el monasterio. Costó poco inclinarle á todos los exercicios de piedad, y en breve tiempo hizo tan grandes progresos, que se conoció bien el especial amor con que miraba Dios á aquel niño.

Apenas contaba doce años cuando ya le proponian por modelo de la vida religiosa á los mas antiguos. Todas sus ánsias eran por el cielo, estando lleno de Dios su tiernecito corazon; y para inflamarse mas en el fuego del amor divino, aprendió de memoria todo el Salterio.

Es indecible la estimacion general que se mereció en toda la abadía de Waltheim, no menos respetable por su inocencia y por su virtud, que tiernamente amado por su modestia, por su puntualidad y por su dulcísimo genio. No habia monge que en los tiempos de recreacion no se arrimase á Guillebaldo para gozar de su amabilísimo trato. Desagradóle mucho esta general estimacion, en vez de lisonjearle, y le pareció sería mas conveniente para

su mayor perfeccion alejarse de su patria, y vivir donde no fuese conocido. Era en aquellos siglos muy ordinario á los ingleses ir á Roma por devocion, y peregrinar á otros lugares, que hacia célebres en la cristiandad el piadoso concurso de los fieles. Persuadióse Guillebaldo que le mereceria singulares gracias del cielo el visitar en Roma los sepulcros de los santos apóstoles san Pedro y san Pablo; y logró tambien persuadir á su padre Ricardo y á su hermano Guinebaldo que le hiciesen compañía en aquel devoto viage. Fácilmente consiguió la licencia de su abad; pero no le fue tan fácil consolar á sus hermanos. En medio de eso, el deseo y la esperanza de conseguir por intercesion de los santos Apóstoles grandes auxîlios para su santificacion le hicieron vencer todas las dificultades, y partió con su padre y con su hermano el año de 721; pero luego moderó Dios el gozo que tuvo el Santo en su piadosa peregrinacion. Murió su padre Ricardo en el camino, y fue enterrado en Luca de Toscana. Continuaron su romería los dos hermanos, y llegaron felizmente á Roma, donde se detuvieron casi un año para satisfacer su devocion.

Bien quisiera Guillebaldo llevar mas léjos á su querido hermano; pero éste se vió precisado á volver á Inglaterra; y habiéndose separado los dos con demostraciones de la mayor ternura, se juntó nuestro Santo á otros dos ó tres jóvenes ingleses que encontró en Roma, y peregrinó con éllos á visitar los santos lugares de Jerusalen. Necesitaron todos de mucho esfuerzo para tolerar las fatigas y trabajos del camino; pero les sostuvo su devocion. A los trabajos forzosos añadieron las penitencias voluntarias; vivian de limosna, dormian sobre la dura tierra, su comida era pan y agua.

Para mayor aumento de sus penas permitió el Señor que en Emesa, ciudad de Fenicia, los tuviesen por espías, los arrestasen y los cargasen de prisiones; pero su divina y amorosa providencia no se olvidó de éllos. Viólos en una ocasion un mercader rico de la misma ciudad, hizo que le refiriesen sus aventuras, y dispuso Dios que se agradase tanto de su modestia, y de tal manera se compadeciese de su desgracia, que ofreció á los sarracenos todo lo que le pidiesen por su libertad; pero

impresionados éstos en el concepto de que eran espías, nada pudo conseguir de éllos; por lo que únicamente dedicó todo su cuidado á suavizarlos y aliviarlos cuanto le fue posible los trabajos y las penalidades de la prision. Enviábalos todos los dias por la tarde y por la mañana cuanto habian menester para sustentarse, y tenia gran cuidado de que un hijo suyo los visitase con frecuencia. Llegó á tanto su caridad, que salió por fiador para que se les diese libertad algunas veces, pudiendo salir todos los domingos á visitar una iglesia, donde pasaban una buena parte del dia; y habiendo asistido á los divinos oficios, se restituian despues á su prision.

Con ocasion de estas frecuentes salidas se dieron presto á conocer los tres jóvenes ingleses. Admiraban todos su apacibilidad, su devocion y su modestia; íbanse tras de éllos hasta la iglesia; salian por verlos á la puerta de la calle, y cada uno deseaba saber el motivo de su desgracia. Entre todos un español establecido en Emesa se informó de éllos mismos, así de quiénes eran, como de los sucesos de su vida, y se ofreció á pasar sus buenos oficios con el Rey de los sarracenos. Era un hermano suyo gentilhombre de cámara de este príncipe, y de gran valimiento en la córte, por cuyo medio consiguió que se les diese libertad, y se les dexase proseguir pacíficamente su viage.

Conociendo las grandes obligaciones que tenia así al mercader de Emesa como al español, explicaron su reconocimiento mas con lágrimas que con palabras, y dándoles vivísimas muestras de su eterna gratitud, se despidieron de sus bienhechores, y partieron á Palestina. Vieron devota y cuidadosamente todo cuanto podia contentar su piadosa curiosidad; y no satisfechos con visitar los santos lugares santificados con la presencia del Salvador, quisieron ver tambien los mas célebres monasterios de la Tierra Santa, donde mas resplandecia la perfeccion evangélica. Regalaba Dios á Guillebaldo con dulcísimos consuelos; pero al mismo tiempo se los mezclaba tambien con las mas amargas pruebas. Haciendo un dia oracion en la iglesia de san Matías, perdió de repente la vista, y se pasmaron sus compañeros al ver la resignacion con que llevó este trabajo. No alteró un punto la alegría de su

corazon ni de su semblante la pérdida de los ojos; y vueltos á Jerusalen, estando en la iglesia de santa Cruz dos meses despues, recobró la vista tan inesperada, y tan repentinamente como la habia perdido. En san Juan de Acre le detuvo algun tiempo una dolorosa enfermedad; pero nunca se desmintió su paciencia, y apenas recibió la salud, cuando se embarcó con sus compañeros para Italia.

La fama que tenia en el mundo el Monte Casino, acabado de reparar á la sazon por el papa Gregorio II., no podia menos de llamar la devota curiosidad de Guillebaldo. Halló en él muy pocos monges; pero le edificó tanto su fervor, que se resolvió á aumentar su número, y fue recibido con gozo universal de todos, juntamente con uno de sus compañeros. Diez años vivió en el monasterio, donde con sus exemplos se renovó el primitivo espíritu de su santo instituto. Encomendáronle los primeros oficios de la casa, que desempeñó muy á satisfaccion, y con general aplauso de los monges. Gustaba quieta y pacíficamente las deliciosas dulzuras de la soledad, cuando se vió precisado á dexarla. Por el concepto grande que se tenia de su eminente virtud echó el Abad mano de él para enviarle a Roma á negocios del monasterio. Luego que llegó, informado el Papa de sus talentos y de su mucha santidad, le mandó partir á Alemania, dirigiéndole á san Bonifacio, que era primo del mismo Guillebaldo. San Bonifacio no quiso que estuviese oculto por mas tiempo aquel tesoro, y le ordenó de sacerdote. Con el sagrado carácter creció el explendor de su virtud, y á poco tiempo se reconoció que Guillebaldo era tan poderoso en palabras como en obras; porque habiéndosele encargado el cuidado de la iglesia de Eichstar en Baviera, hizo tanto fruto con sus exemplos y con sus sermones, que san Bonifacio le consagró por obispo de élla. Tuvo mucho que padecer su humildad cuando se vió en dignidad tan elevada; pero al mismo tiempo excitó todo su zelo. Habian arruinado los hunos aquélla ciudad, y se experimentaban lastimosamente en la religion los estragos de los bárbaros. No es decible lo mucho que trabajó y que padeció para arrancar la maleza de aquella inculta tierra; necesitó de toda su dulzura y de toda su heróica paciencia para superar las dificultades; pero al fin salió con su in-

tento. En menos de seis meses mudó de semblante toda la diócesis de Eichstar; restableció la disciplina en su primitivo fervor, reformó los abusos, enmendó las costumbres, y se vió reynar en todas partes la cristiana piedad.

Era el carácter de nuestro Santo una compasiva caridad con el próximo, que le hacia amable á todo el mundo. Su mayor gusto era exercitarla, y nunca se mostraba mas alegre que cuando servia en algo á los miserables. Tenia singular don para consolar á los afligidos; porque su persona, su ayre, sus palabras, sus mismas gratísimas modales, todo consolaba. Queria estar menudamente informado de las necesidades de todos los particulares, compadeciéndole tanto las miserias agenas, que podia decir con san Pablo: ¿Quién está afligido que yo no lo esté con él? ¿quién está enfermo que á mí no me quebrante el corazon? Pero la dulzura era no mas que para los ótros, para sí reservaba toda la severidad. Luego que acabó de fabricar su catedral juntó una comunidad de religiosos, con los cuales vivia observando toda la exâctitud y toda la severidad de la regla monástica, y practicando los mismos exercicios y la misma penitencia que hacia en Monte Casino. En fin, despues de haber trabajado 45 años en arreglar y en santificar su diócesi con un zelo verdaderamente apostólico, murió en Eichstar á los 7 de julio del año 787, á los 87 de su edad, consumado en el exercicio de todas las virtudes, y extremamente llorado de todo su pueblo.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.

Da, quæsumus, omnipotens Deus: ut beati Guillebaldi, confessoris tui atque pontificis, veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat et salutem: Per Dominum nostrum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, que con motivo de la venerable solemnidad del bienaventurado Guillebaldo, tu confesor y pontífice, se aumente en nosotros la virtud y el deseo de nuestra salvacion: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 2. de la del apóstol Santiago.

Quid proderit, fratres mei, si fidem quis dicat se habere, opera autem non habeat? Nunquid poterit fides salvare eum? Si autem frater, et soror nudi sint, et indigeant victu quotidiano, dicat autem aliquis ex vobis illis: Ite in pace, calefacimini et saturamini; non dederitis autem eis quæ necessaria sunt corpori, quid proderit? Sic et fides, si non habeat opera, mortua est in semetipsa.

¿Qué importa, hermanos mios, que diga alguno que tiene fe, si no tiene obras? Por ventura, ¿podrá la fe salvarle? Pues si el hermano y la hermana estan desnudos, y necesitan del alimento cotidiano, y uno de vosotros les dice: Id en paz, calentáos y hartáos, y no les da las cosas necesarias al cuerpo: ¿qué les aprovechará? De la misma manera la fe, si no tiene obras, está muerta en sí misma.

NOTA.

»Escribió esta epístola Santiago el Menor, llamado »*Hermano* del Señor; esto es, primo, segun el estilo de los »judíos, que tratan de hermanos á los parientes inmedia»tos. Dirigióla á los judíos convertidos á la fe y disper»sos por todo el mundo. El motivo ó la ocasion fue el »abuso y la errada inteligencia que daban muchos á lo »que habia dicho san Pablo, *de que la fe nos justificaba »delante de Dios.* Declarólos Santiago que la fe sola no »basta, y que es menester sea acompañada con las buenas »obras. Escribióse esta carta hácia el año 62 de Jesu»cristo.

REFLEXIONES.

Si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras, ¿de qué le sirve? No creer lo que nos enseña la religion cristiana, es locura; no vivir conforme á lo que se cree, es el colmo de la impiedad. Es preciso que haya una estrecha union entre la fe y costumbres. Nuestras obras han de declarar nuestra religion. No se atiende á la voz de Jacob, mírase á las manos para conocer la persona. Solo en el teatro se sufre la farsa; en materia de religion no se puede tolerar. Se hace profesion de ser cristianos; es decir, de creer todas las verdades cristianas, y al mismo tiempo se trae una vida enteramene contraria á las verdades

que se creen. ¿Puede haber locura mas impía? Se cree, es así, porque es preciso confesar que entre los cristianos se duda poco en la fe. Se cree, es cierto; porque la corrupcion de la voluntad no se comunica tan fácilmente al entendimiento. Es uno pecador, es vicioso, es disoluto, y conoce que lo es, á pesar de sus desordenadas costumbres; cuando hace un poco de reflexíon sobre éllas, no quisiera serlo. Se cree que hay un Dios; porque en fin no hay ateista verdadero. Se cree que hay infierno; esto es, una infinita junta, una incomprensible complicacion de todos los males, que todos juntos se padecen á un mismo tiempo, y para siempre, sin esperanza de que jamás se acaben ni se disminuyan aquellos tormentos. Se cree que basta un solo pecado mortal para ser condenado por toda la eternidad. Se cree que nuestro grande y nuestro único negocio es la salvacion. Esto es puntualmente lo que creen aquellas personas mundanas que viven tranquilamente entregadas á la sensualidad y al pecado; esto es lo que cree aquella muger cuya conciencia es un caos, y cuyo ídolo es el mundo; esto es lo que creen aquellos licenciosos, cuya vida es una contínua cadena de las mas enormes culpas; esto es lo que creen esos esclavos de las diversiones, que pasan la vida en una eterna holgazanería y en un contínuo olvido de Dios; esos avarientos, que sacrifican su alma á un vil interes; esos hombres de negocios, que viven y mueren sin pensar ni un solo dia sériamente en la eternidad. Todos éstos creen la infinidad y la eternidad de las penas; todos se aman mucho, y ninguno quiere ser condenado; ¿pero se vive tan cristianamente como es menester para no serlo? Y al ver lo que se cree, y cómo se vive, ¿se podrá esperar la salvacion prudentemente? Compon esas costumbres con esa fe, compara las verdades de nuestra religion con nuestra conducta, y comprende, si es posible, este misterio de iniquidad.

El evangelio es del capítulo 12. de san Marcos.

In illo tempore: Accessit unus de scribis, et interrogavit eum quod esset primum omnium mandatum. Jesus autem respondit ei: quia primum omnium mandatum est: Audi, Israel: Dominus Deus tuus, Deus unus est: et diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota anima tua, et ex tota mente tua, et ex tota virtute tua. Hoc est primum mandatum. Secundum autem simile est illi: Diliges proximum tuum tanquam teipsum. Majus horum aliud mandatum non est. Et ait illi scriba: Benè, Magister, in veritate dixisti, quia unus est Deus, et non est alius præter eum. Et ut diligatur ex todo corde, et ex toto intellectu, et ex tota anima, et ex tota fortitudine: et diligere proximum tanquam seipsum, majus est omnibus holocaustomatibus et sacrificiis.

En aquel tiempo: Se llegó uno de los escribas, y le preguntó cuál era el primer mandamiento entre todos. Y Jesus le respondió: El primero de todos los mandamientos es: Oye, Israel; el Señor tu Dios es un Dios solo: y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, y con toda tu alma, y con todo tu espírirtu, y con todo tu poder. Este es el primer mandamiento. El segundo, pues, es semejante á éste: Amarás á tu próximo como á ti mismo. No hay otro mandamiento que sea mayor que éstos. Y el escriba le dixo: Has dicho bien, Maestro, y con verdad que Dios es uno solo, y que fuera de él no hay ninguno. Y que el amarle con todo el corazon, con todo el entendimiento, y con toda el alma y con todas las fuerzas: y el amar al próximo como á sí mismo es mas que todos los holocaustos y sacrificios.

MEDITACION.

Del amor al próximo.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no se ama al próximo, porque no se ama á Dios. El amor de Dios es el principio y la medida del amor á nuestros hermanos. Vanamente se lisonjea de virtuoso el que mira al próximo con frialdad. *Si alguno dice que ama á Dios, y aborrece á su hermano, es mentiroso, y no hay verdad en él*, dice san Juan; *porque el que no ama á su próximo, ¿cómo puede amar á Dios? este es*

un mandamiento que nos viene de Dios, concluye el Apóstol; *el que tiene amor á Dios, le tiene tambien á su hermano.* Esta doctrina la aprendió el amado discípulo de Jesucristo. *La señal*, decia el Salvador, *por donde todos conocerán que sois discípulos mios, será si os amáreis únos á ótros.* Esta caridad, este amor eficaz y verdadero es el que caracteriza á los verdaderos cristianos; y el amor de Dios es el que aníma esta caridad. Este amor benéfico es el que infunde entrañas paternales para con todos los infelices; el que inspira una tierna compasion de todos los atribulados; las almas duras é insensibles á los trabajos de otros, tambien lo son á las impresiones del Espíritu santo; su divino fuego no calienta á los corazones de piedra. ¡Qué error tan grosero, mi Dios, persuadirse que te ama, lisonjearse de virtuoso el que conserva en su corazon ciertas aversiones, el que fomenta ciertos secretos zelos, el que siente cierta maligna complacencia en las desgracias de ótros, triunfando interiormente cuando los ve abatidos y humillados! Tengamos siempre en la memoria este oráculo, comprendamos bien su alma y su sentido: *Qui non diligit, manet in morte*: el que no ama á su próximo, vive en estado de muerte. El amor que nos tenemos á nosotros mismos ha de ser la medida y como el modelo del que debemos tener á los demas. ¿Nos alegran mucho nuestras adversidades y nuestros contratiempos? ¿nos complacemos cuando nos vemos abatidos? ¿deseamos vernos despreciados, estamos muy agradecidos á los que nos desacreditan y deshonran? *Diliges proximum tuum sicut te ipsum.* Amarás á tu próximo como á ti mismo. ¡Buen Dios, cuántas reflexiones tenemos que hacer sobre este mandamiento, y sobre la manera con que le guardamos.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el precepto de amar al próximo es semejante al de amar á Dios, y por consiguiente tan indispensable el úno como el ótro. Son estos dos preceptos la basa de la ley y el cimiento de la religion; cualquiera de estos dos pilares que falte da en tierra el edificio. Li-

sonjearse uno de que ama á Dios, cuando no ama á sus hermanos, es grosero error. ¡Ah Señor, y cuántos viven en él el dia de hoy! ¿Aquella caridad pura, sincera, benéfica, universal (porque tal ha de ser para ser verdadera), esta cristiana caridad reyna hoy en todos los estados, en todas las condiciones y en todas las familias? Quizá jamás hubo en el mundo menos caridad. Destiérrala del corazon de muchos el interes, y apágala en el de ótros la pasion. ¿Cuándo se vió mas extendida la emulacion y la envidia? ¿nacen del puro amor de Dios esas aversiones, esas amarguras, esas murmuraciones? Y aunque tus hermanos fueran tan negros y tan malvados como te los pinta la pasion, ¿no era menester amarlos, pues al fin son hermanos tuyos? ¿y este amor no te debia mover á excusarlos ó á lo menos á no desacreditarlos, para no hacerlos cada dia mayor daño? ¿será la caridad cristiana la que cria esa hiel que se derrama en tus palabras, y se descubre hasta en tus ojos, haciéndote ver defectos aun en sus mismas virtudes? ¿de dónde puede nacer ese encarnizamiento, ese gustazo que tienes en hablar mal, y en desacreditar en todas ocasiones á los que te han ocasionado algun disgusto, á gentes que acaso nunca viste en tu vida, y que tienen muchas bellas prendas, y son muy respetables por otros cien motivos? ¿será uno tan ciego que crea obra en esto por puro zelo de la mayor gloria de Dios? ¿ignora que debe amar al próximo como ama á sí mismo? Es cierto que no se nos esconden nuestros propios pecados; ¿pues por qué no nos moverá el zelo de la gloria de Dios á aborrecernos, á desacreditarnos á nosotros mismos? Esta es la ilusion tan comun el dia de hoy á tantas gentes. El precepto de la caridad cristiana es esencial; á ninguno se le dispensó jamás; sus obligaciones son muy delicadas. ¡Ah mi Dios, y qué materia esta respecto de tantas y de tantos para gemir y para temer!

Suplícote, Señor, que me perdones mis iniquidades en este particular. Confieso que soy reo, y que nunca os he amado á vos, pues no he amado á mis hermanos. Espero en vuestra misericordia de que de hoy en adelante se conocerá, por mi amor á mis próximos, que soy vuestro discípulo, y que os amo de todo mi corazon.

JACULATORIAS.

Narrabo nomen tuum fratribus meis: in medio Ecclesiæ laudabo te. Salm. 21.

Sí, mi Dios, el amor que profesaré á mis hermanos los anunciará la gloria de vuestro santo nombre; y en medio de la congregacion de los fieles cantaré animosamente vuestras alabanzas.

Tempus faciendi, Domine, dissipaverunt legem tuam. Salm. 118.

Ya es tiempo, Señor, de que se observen con fidelidad vuestros divinos mandamientos, particularmente cuando tantos disipan y desprecian su santa ley.

PROPOSITOS.

No hay cosa mas precisa ni mas clara que el precepto de amar á nuestro próximo; tiénele Jesucristo tan dentro de su corazon, que por excelencia le llama el gran precepto suyo: *hoc est præceptum meum.* Es error preciarse de discípulo suyo el que conoce muy bien que no ama á su próximo. Ten por cierto que la falta de caridad condenará á muchos, no quieras tú entrar en este número. Ama á tus hermanos; pero no se quede tu amor en palabras, acredítale con las obras; muéstrate sensible á las miserias de todo el mundo; compadécete de sus males, de sus flaquezas, y hasta de sus mismos defectos; asístelos con tus limosnas, con tus consejos, con tu crédito y con tus buenos oficios. Una alma grande, abrasada en fuego del amor de Dios, á todo el mundo excusa. Lejos de inflamarte en un zelo duro, amargo y fogoso, muestra entrañas paternales á todos, y desconfia mucho de los falsos pretextos de zelo. Si los defectos de otros fueran justo motivo para enconar el corazon, y para encender nuestra cólera, ¡qué objeto de cólera y de ódio serías tú mismo á los ojos de Dios!

2 Si no te hallas en estado de manifestar tu amor al próximo con buenos oficios, muéstrasele á lo menos con tu conducta. Recibe y trata á todo el mundo con semblante risueño, con modo grato, usando con todos de mo-

dales cortesanos y apacibles. Sufoca en ti todo movimiento de emulacion, de envidia, de frialdad y aun de diferencia, sea con quien se fuere. Imponte una ley de honrar y de estimar á todos; no sufras que en tu presencia se hable mal ni aun del mas mínimo; y si no tuvieres autoridad ni jurisdiccion para reprender á los que lo hicieren, muestra á lo menos con tu silencio y con tu seriedad lo mucho que aquello te desagrada; habla siempre bien de todo el mundo. La verdadera caridad todo lo excusa, y está siempre ansiosa de hacer bien á todos.

DIA OCTAVO.

Santa Isabel, viuda, y reyna de Portugal.

Santa Isabel, biznieta de santa Isabel reyna de Ungría, fue hija de Pedro III., rey de Aragon, y nieta de Jayme, llamado *el Santo, y el Conquistador*, por su virtud y por sus valerosas hazañas. Nació en Zaragoza el año de 1271, y su nacimiento llenó de tanto gozo á toda la casa real, que restableció la union y la buena inteligencia entre su padre y su abuelo, discordes y mal avenidos desde largo tiempo antes; presagio feliz del singular don con que el cielo la favoreció para componer las diferencias que se habian de suscitar despues entre los príncipes de su familia. Llamáronla Isabel en memoria y en honor de su santa bisabuela, canonizada cuarenta años antes por el papa Gregorio IX. Quiso encargarse de su educacion el rey don Jayme, su abuelo, y muy prestó descubrió el virtuoso Monarca así la nobilísima índole, como las grandes disposiciones para la virtud con que habia nacido la Infanta. Nada la divertia en su niñez sino los pequeños exercicios de devocion en que se ocupaba. El tierno amor que profesaba á la santísima Vírgen, á quien llamaba siempre su querida madre, la inspiraba muchas piadosas industrias para honrarla. A ninguna cosa parecia tomar

gusto sino á la oracion; y el mayor que la podian dar era prometerla que la llevarian á una iglesia ó á algun oratorio para que se encomendase á Dios. Perdió á su abuelo el rey don Jayme á los seis años de su edad; pero la razon y la virtud anticipada de la Infanta mostraron que ya no tenia necesidad de lecciones. Un ayre dulce y agradablemente serio, una modestia magestuosa, una aversion á galas, fausto, profanidad y diversiones, con una inclinacion natural á la soledad y al retiro dieron asunto de admiracion á toda la córte, sin que en élla se hablase mas que de las raras prendas y de las grandes virtudes de la Princesa. Era su virtud muy superior á sus años; aún no contaba mas que ocho, y ya maltrataba su cuerpo con los rigores de la penitencia. Ayunaba con el mayor rigor las vigilias de las festividades de la santísima Vírgen, y todos los sábados del año. Comenzó á rezar todos los dias el oficio divino que rezan los eclesiásticos, y le continuó indispensablemente hasta la muerte. Pasaba horas enteras en oracion, y solia decir el Rey su padre que la Infanta era el ángel de guarda de sus estados; y que á élla debia las bendiciones que el cielo derramaba tan abundantemente en todos sus reynos. Apenas llegó á doce años, cuando á competencia la pretendieron los mas de los príncipes de la Europa, así por la fama de su extraordinaria hermosura, como principalmente por la de su singular virtud. Escogió entre todos el rey de Aragon á don Dionisio, rey de Portugal, que con el tiempo experimentó en muchas ocasiones las ventajas que le habia producido esta dichosa preferencia.

No alteró las costumbres de Isabel la mudanza del nuevo estado. Vivió en la córte de Portugal como habia vivido en la de Aragon. No la deslumbró el resplandor de la corona, ni los regalos de la magestad debilitaron el espíritu de la penitencia. Cuanto era mayor su elevacion, era mas sobresaliente su humildad. Siendo ya dueña de mas tiempo, y mas señora de sus acciones, usó de su libertad para añadir á las devociones antiguas otras nuevas. En medio de la córte arregló un género de vida que se acercaba mucho á la de las religiosas mas observantes. Levantábase al ama-

necer, y despues de la oracion, que hacia con mucho fervor, rezaba maytines, laudes y prima del oficio divino. Oia inmediatamente misa, en la que comulgaba muy á menudo, y acabada ésta, rezaba el oficio Parvo de la Vírgen, y el oficio de Difuntos; despues se ocupaba en el gobierno de su real familia, en cumplir con las demas obligaciones de su estado, teniendo destinadas varias horas para exercitarse en muchas buenas obras. El tiempo que la sobraba le empleaba todo retirada en su real capilla, parte orando, parte leyendo libros espirituales, y parte cumpliendo con las demas devociones. Nunca estaba ociosa; el tiempo señalado para descansar le ocupaba en la labor, y toda cuanta hacia la enviaba á las iglesias, de donde tuvo principio en las señoras de Portugal la exemplar costumbre de trabajar siempre para el culto divino, y para los sagrados ornamentos.

Persuadida la Reyna á que una de las primeras obligaciones de una señora cristiana es vivir bien con el esposo que el cielo la dió, y velar sobre el proceder de toda su familia, no perdonó á medio alguno para ganar el corazon del rey, su marido, para arreglar su real cuarto, y para que cada dia fuesen mas cristianos sus criados y criadas. Santificaba á toda la córte la virtud de la Reyna; sus obras eran enseñanza, y ninguno podia resistir á la eficacia de sus exemplos. Hicieron los cortesanos cuanto pudieron para que moderase sus penitencias; pero ni la delicadeza de su complexíon, ni su calidad, ni su soberanía, ni los pocos ni los muchos años fueron pretexto legítimo para que las minorase. *En ninguna parte es mas necesaria la mortificacion*, decia la santa Reyna, *que donde las pasiones estan mas vivas, y donde son mayores los peligros.* Por tanto, lejos de disminuir, aumentó sus rigores luego que se vió en el trono.

Ademas de los ayunos de la Iglesia, ayunaba tres dias á la semana todo el Adviento, desde el dia despues de san Juan Bautista hasta la asuncion de la Vírgen; y poco despues de concluida esta cuaresma, daba principio á ótra en honor de los santos ángeles, la que duraba hasta el dia de san Miguel. Una de sus mas so-

bresalientes virtudes fue la caridad con los pobres. Acostumbraba decir, que Dios solo la habia hecho reyna para darla mas medios con qué hacer limosna. Tenian órden su limosneros de no negarla jamás á ningun pobre. No se pasaba dia sin que hiciese alguna visita á los pobres enfermos, y muchas veces los iba á buscar hasta en las aldeas del contorno. Mas de una vez manifestó Dios con milagros lo grata que le era la caridad de Isabel. Visitando en cierta ocasion á una pobre muger que estaba cubierta de llagas, se sintió movida á abrazarla la piadosa Reyna para vencer su repugnancia: executólo intrépidamente, y en el mismo punto quedó la enferma enteramente sana, y la Princesa con nuevo vigor para vencerse á sí misma. Extendíase á todo su caridad; fundó una casa para las mugeres arrepentidas, y ótra para los niños expósitos.

Todos los viérnes de Cuaresma lavaba los pies á trece mugeres pobres, y lo mismo hacia el Jueves santo. Una de éllas tenia en el mismo pie una asquerosa llaga, que causaba horror; quiso la santa Reyna curársela por sus manos: lavóla, besóla, y en el mismo instante desapareció la llaga de la pobre muger. Dícese, que llevando un dia en el regazo una buena porcion de dinero para repartirla entre los pobres, preguntada por el rey, su marido; ¿qué llevaba? respondió la Santa, que rosas; pero como no era tiempo de éllas, picándole al rey la curiosidad quiso verlo, y quedó admirado cuando sus mismos ojos le dieron testimonio de que la Reyna habia dicho la verdad; milagro que luego se hizo público, y para perpetuar su memoria, hasta el dia de hoy se representa en las imágenes y en los retratos de la Santa.

Era preciso que fuese bien exercitada una virtud tan eminente; fuélo tanto la de nuestra santa Reyna, que la dió mucho que padecer. Era para élla una pesadísima cruz la vida licenciosa y desordenada del Rey su marido; pero la llevó con tan heróica paciencia, que jamás se la escapó ni la mas ligera queja, ni la mas mínima señal de disgusto, ó sentimiento. Menos ofendida de sus agravios que de las ofensas de Dios; se contentaba con clamar en secreto al Señor por la conversion del Rey, pidiéndosela sin cesar con oraciones, con

lágrimas y con limosnas. Concediósela su Magestad, porque movido el rey de la prudencia y cristiana conducta de la Reyna, volvió sobre sí, y mudó de vida; conversion que siempre se consideró por uno de los mayores milagros de la santa Princesa. Pero muy en breve hizo el cielo ótro en favor de la Reyna, que publicó en el mundo su heróica virtud con esforzado grito.

Tenia la Reyna un page muy virtuoso, de mucho juicio, y de singular prudencia; por cuyas prendas se valia de él, así para las limosnas reservadas de muchos pobres vergonzantes, como para otras varias buenas obras secretas. Otro page del rey se llenó de envidia, y determinó perderle, con cuya maligna intencion significó al Rey que no era muy inocente la inclinacion de la Reyna hácia aquel page suyo, el cual abusaba de los favores de la Princesa en ofensa de su Magestad. Era el Rey naturalmente cabiloso, y dió crédito con demasiada ligereza al calumniador. Volviendo un dia de caza pasó por una calera; y llamando aparte al dueño de élla, le previno secretamente que la mañana siguiente enviaria un page á preguntarle si habia executado ya aquella órden que le habia dado, y que al punto sin responderle palabra, le arrojase en el horno de la calera. El dia inmediato muy de mañana mandó el Rey al page de la Reyna que fuese á tal calera, y preguntase al dueño si se habia hecho lo que su Magestad habia mandado. Partió al instante; pero pasando cerca de una iglesia, entró en élla á oir misa, segun su devota costumbre. Habia comenzado ya la que se estaba celebrando, y le pareció que debia esperar á ótra, la que tardó tanto tiempo en salir, que se dilató bastante la execucion de su comision. Impaciente el Rey por saber la suerte del page, despachó al calumniador para que se informase si se habia executado lo que habia prevenido. No se detuvo éste á oir misa como el primero; antes bien la maligna complacencia de tener mas apriesa la noticia de su muerte, le hizo apresurar la diligencia. Llegó á la calera, y apenas abrió la boca para preguntar si se habia hecho ya lo que el Rey habia mandado, cuando los caleros le arre-

bataron, y le arrojaron en el horno, donde al instante se convirtió en ceniza. Poco despues llegó el page de la Reyna, y preguntando si se habia executado la órden del Rey, le respondió el dueño que todo se habia hecho como su Magestad habia mandado. Volvió á palacio, y asombrado el Rey al verle, le hizo varias preguntas; descubrió la extraña equivocacion, y reconoció la singular providencia del Señor, que por medio tan extraordinario habia hecho patente la maldad de su page, y la inocencia de la Reyna, á quien habia ofendido tanto con sus ligerísimas sospechas.

Despues de este lance parece que ninguna cosa debiera ser capaz de alterar la veneracion y la estimacion que debia hacer de la Reyna, con todo eso aún se dexó sorprender por la malignidad de algunos cortesanos. Acababa de desposarse con la infanta de Castilla su hijo el príncipe don Alonso, y por algunas diferencias se descompuso con el Rey su padre. Vivamente penetrada la santa Reyna con un rompimiento tan funesto á todo el Estado, hizo cuanto pudo para reconciliar al padre con el hijo. Fuera de las extraordinarias penitencias que hizo, de las oraciones que ofreció, y de las lágrimas que derramó para aplacar la cólera del cielo, y para conseguir de la misericordia del Señor una paz sólida entre la familia real, trabajó fuertemente con el hijo para reducirle á su deber. El papa Juan XXII. escribió un breve á la santa Reyna, ensalzando su prudente conducta; pero algunas personas malintencionadas, de aquellas que echan siempre á la peor parte las acciones mas cristianas, la hicieron sospechosa con el Rey, interpretando mal sus frecuentes conferencias con el hijo, y le persuadieron que la Reyna era del partido del príncipe don Alonso. El Rey, demasiadamente crédulo, echó á la Reyna de palacio, privóla de todas sus rentas, y la desterró á la pequeña villa de Alánquer.

Recibió Isabel esta desgracia como favor especial del cielo, y el grande amor que profesaba al retiro, la hizo muy dulce el destierro de la córte. Aprovechóse del mayor tiempo que lograba para aumentar sus exercicios espirituales y sus penitencias. Estaba tan gozosa en su soledad, que la costó mucho dolor el dexarla, cuan-

do desengañado el Rey la envió órden para que se restituyese á la córte. A esta última tempestad se siguió una calma, que nunca se alteró despues. El Rey dió público testimonio de su arrepentimiento y de su dolor por la ligereza con que habia dado fáciles oidos á la calumnia: pidióla perdon, perdonó al príncipe su hijo por su respeto, y con el constante amor y veneracion que profesó en adelante á la Reyna, reparó los ultrages y malos tratamientos con que la habia ofendido.

Aprovechóse diestramente la santa Reyna de esta confianza del Rey, así para el bien del Estado, como para la santificacion del Rey mismo, y todo lo consiguió con felicidad. Habia mas de cuarenta y cinco años que reynaba este Monarca, cuando se sintió asaltado de una larga enfermedad, que al cabo le llevó á la sepultura. Asistióle en élla santa Isabel con tanto amor y con tanta vigilancia como si fuera una centinela, sin separarse un punto de su cabezera, y tuvo el consuelo de verle recibir todos los sacramentos con exemplar disposicion, y de espirar despues entre piadosos afectos. Fue grande su dolor; pero no se abandonó á él; la que estaba tan poco asida al mundo, no pensaba quedarse en medio de su tumulto, y luego que vió roto el único lazo que la detenia, se encerró en su oratorio, se postró á los pies de un crucifixo, se consagró al Salvador, y le suplicó la recibiese en el número de sus mas humildes siervas. Al punto se desnudó de todas las insignias de la Magestad, se cortó por su misma mano el cabello, vistióse el hábito de santa Clara, y volviendo en este trage á la sala donde estaba expuesto el real cadáver, suplicó á los grandes, que ya ni la mirasen, ni la tratasen como á reyna. Habiendo pasado algunos dias en ayunos, en vigilias y en oraciones cerca de la sepultura del Rey, se retiró al monasterio de santa Clara de Coimbra, que ella misma habia fundado. Habia resuelto abrazar el estado religioso; pero las representaciones, las súplicas y las instancias de hombres piadosos y doctos la obligaron á contentarse con hacer vida de religiosa, sin estrecharse con la profesion. Mandó fabricar un cuarto cerca del convento, donde pasaba en oracion los dias y las noches. Desde entonces co-

menzó á ser contínuo su ayuno, manteniéndose con solo pan y agua, y ocupándose únicamente en buenas obras. Los pobres, las viudas, los huérfanos, los encarcelados hallaban en Isabel no solo una poderosa protectora, sino una amorosa madre. Extendíase su caridad hasta la otra parte de los mares, dando gruesas limosnas para el rescate de los cautivos que habian caido en manos de los infieles, ú de piratas.

Desoló una cruel hambre gran parte del reyno, de Portugal, singularmente la ciudad de Coimbra; pero la santa Reyna dió tan acertadas providencias, haciendo venir granos de todas partes, que todos confesaban serla deudores de la vida. Inmediatamente despues de la muerte del Rey su marido fue en peregrinacion á visitar el cuerpo de Santiago, cuya iglesia enriqueció con dones preciosísimos; y el año de 1335, con motivo del jubileo, repitió la misma peregrinacion, haciéndola toda á pie, y acompañada de dos solas criadas, pidiendo limosna de puerta en puerta.

Cuando se restituyó á Portugal supo que su hijo el rey don Alonso, y su nieto tambien don Alonso, rey de Castilla, estaban para declararse la guerra. Y como la santa Reyna habia recibido del cielo una gracia muy singular para ajustar las mayores diferencias, y para poner paz en las familias, partió al punto para reconciliar á los dos Reyes. Bastó la noticia de este viage para conjurar la tempestad, y para unir los corazones; pero Isabel cayó gravemente enferma en Estremoz, á la frontera de Portugal y de Castilla. Conoció que se acercaba su fin, y no se puede explicar el fervor con que se dispuso para la muerte. Quiso recibir el santo Viático de rodillas, y en la misma iglesia, vestida con su hábito ordinario de la Tercera Orden de san Francisco, lo que hizo con tan tierna devocion, que la comunicó á todos los circunstantes. Habiendo exhortado despues al rey su hijo á que hiciese la paz, y á vivir cristianamente, recibió la santa Uncion con la misma piedad, y pidió que la dexasen sola. Durante este recogimiento se la apareció la santísima Vírgen, á quien invocaba sin cesar, y llenándola de consuelos celestiales, la hizo dulcísima la muerte. Mostró tan extraordinaria ale-

gría en su semblante, que acreditó bien el gozo de que estaba inundado su corazon. En fin, hácia el anochecer del dia 4 de julio entregó el alma á su Criador, á los sesenta y cinco años de su edad.

Mientras vivió todos la llamaban *la Santa reyna*; despues de muerta nunca fue conocida por otro nombre. Mandó el Rey su hijo que su santo cuerpo fuese trasportado á Coimbra con real pompa; diósele sepultura en la iglesia de santa Clara, como la Reyna lo habia deseado. Hízose muy en breve muy glorioso su sepulcro por las gracias que concedia el cielo á intercesion de la Santa. De todas partes acudian á él por devocion. El papa Leon X. permitió su culto público en el arzobispado de Coimbra, y Paulo IV. extendió esta permision á todo el reyno de Portugal el año de 1612, esto es, 276, despues de la muerte de la santa Reyna. Hallóse entero su cuerpo envuelto en un paño de seda, y en su honor se edificó una magnífica capilla, donde se colocó esta reliquia dentro de una grande urna de plata. El año de 1625, á 25 de mayo la canonizó solemnemente el papa Urbano VIII. y mandó que se trasladase su fiesta del dia 4 al dia 8 de julio, por concurrir en el primero la octava de los santos Apóstoles.

La misa es en honra de la Santa, y la oracion la siguiente:

Clementissime Deus, qui beatam Elisabeth reginam, inter ceteras egregias dotes, bellici furoris sedandi prærogativa decorasti: da nobis ejus intercessione, post mortalis vitæ, quam suppliciter petimus, pacem, ad æterna gaudia pervenire: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O clementísimo Dios, que entre otros dones con que enriqueciste á la santa reyna Isabel, la favoreciste con la gracia singular de aplacar el furor de las guerras; concédenos por su intercesion la paz de esta vida mortal, que humildemente pedimos, y despúes los dichosos gozos de la eterna: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del capítulo 31. de los Proverbios.

Mulierem fortem quis inveniet? procul et de ultimis finibus pretium ejus. Confidit

¿Quién hallará una muger fuerte? Es mas preciosa que lo que se trae de las extremidades del

ni ea cor viri sui, et spoliis non indigebit. Reddet ei bonum, et non malum, omnibus diebus vitæ suæ. Quæsivit lanam, et linum, et operata est consilio manuum suarum. Facta est quasi navis institoris, de longe portans panem suum. Et de nocte surrexit, deditque prædam domesticis suis, et cibaria ancillis suis. Consideravit agrum, et emit eum: de fructo manuum suarum plantavit vineam. Accinxit fortitudine lumbos suos, et roboravit brachium suum. Gustavit et vidit quia bona est negotiatio ejus: non extinguetur in nocte lucerna ejus. Manum suam misit ad fortia, et digiti ejus apprehenderunt fusum. Manum suam aperuit inopi, et palmas suas extendit ad pauperem. Non timebit domui suæ à frigoribus nivis: omnes enim domestici ejus vestiti sunt duplicibus. Stragulatam vestem fecit sibit: byssus et purpura indumentum ejus. Nobilis in portis vir ejus, quando sederit cum senatoribus terræ. Sindonem fecit, et vendidit, et cingulum tradidit chananæo. Fortitudo et decor indumentum ejus, et ridebit in die novissimo. Os suum aperuit sapientiæ, et lex clementiæ in lingua ejus. Consideravit semitas domus suæ, et panem otiosa non comedit. Surrexerunt filii ejus, et beatissimam prædicaverunt; vir ejus, et laudavit eam. Multæ filiæ congregaverunt divitias: tu super-

mundo. El corazon de su marido pone en élla su confianza, y no necesitará de despojos. Le pagará con bien, y no con mal todos los dias de su vida. Buscó lana y lino, y trabajó con habilidad de sus manos. Es como el navio del mercader que trae de lejos su pan. Levantóse antes de amanecer, y repartió á su familia la comida, y su tarea á las criadas. Reconoció una heredad, y la compró; y plantó una viña con el trabajo de sus manos. Ciñóse de fortaleza, y fortificó su brazo. Probó y vió que era bueno su tráfico: su candela no se apagará de noche. Aplicó á la rueca su mano, y sus dedos tomaron el huso. Abrió su mano al necesitado, y extendio su brazo hácia el pobre. No temerá que molesten á su casa los frios ni la nieve, porque toda su familia tiene ropas dobles. Hizo para sí alfombras, lino finísimo y púrpura son sus vestidos. Su marido será ilustre entre los jueces cuando se sentáre con los senadores de la tierra. Texió lienzo, y lo vendió; y dió un cíngulo al cananeo. La fortaleza y la honestidad son sus atavíos, y se reirá en el último dia. Abrió su boca con sabiduría, y la ley de piedad está en su lengua. Reconoció todos los rincones de su casa, y no comió el pan de valde. Levantáronse sus hijos, y publicaron que era bienaventurada; tambien su marido, y la elogió. Muchas mugeres han amontonado riquezas, pero tú aventajaste á todas. Es engañoso el donayre, y vana la belleza: la muger que teme

gressa es universas. Fallax gratia, et vana est pulchritudo: mulier timens Dominum, ipsa laudabitur. Date ei de fructu manuum suarum: et laudent eam in portis opera ejus.

á Dios, esa será alabada. Dadle del fruto de sus manos, y alábenla sus obras en presencia de los jueces.

NOTA.

"Aunque esta epístola está sacada del capítulo 31 del
»libro de los Proverbios, la Iglesia le llama *libro de la Sa-*
»*biduría*; porque como ya se ha notado en otra parte, este
»nombre genérico se da á todos los libros que compuso Sa-
»lomon, sin excluir el mismo libro del Eclesiástico. En el
»capítulo presente, despues de haber referido Salomon to-
»das las instrucciones que le dió su madre, hace de élla el
»mas magnífico elogio que se lee de ninguna otra muger
»del Testamento viejo; y este retrato puede servir de mo-
»delo á todas las mugeres cristianas."

REFLEXIONES.

¿*Quién hallará una muger fuerte? es tesoro que dista mucho de nosotros, mas precioso que todo cuanto nos viene de los últimos términos del mundo.* Es un tesoro una muger virtuosa, dice el Sábio, pero tan raro y tan exquisito, que no tiene precio. ¿De dónde nacerá esta escasez, cuando no hay cosa mas comun que la devocion en las mugeres? Es verdad; pero tampoco la hay mas regular que beatas aparentes, y devotas de perspectiva. No aciertan, ó no quieren acertar con la devocion verdadera, porque no siguen el espíritu de Dios, sino su genio, ó su capricho. El humor, el natural y la inclinacion son los únicos oráculos que consultan; gobiérnanse por el genio mas que por la razon. De aquí nacen aquellas ilusiones, aquellas extravagancias, y aun aquellos descaminos en punto de devocion, que tanto perjudican á la piedad cristiana. Una descuida de las mas esenciales obligaciones de su estado con pretexto de exercitarse en buenas obras; ótra abandona el cuidado de su casa, y de su familia por estarse toda la mañana en la iglesia; ésta se distingue por sus limosnas, y la ótra

por sus largas devociones; pero ni ésta ni aquélla pagan á los oficiales, y las casas de las dos están sin órden y sin gobierno. ¿Quieres formar una justa idea de una muger verdaderamente devota y virtuosa? pues pon los ojos en el retrato que hace de élla el Espíritu santo en la epístola presente.

El santo temor de Dios, que es el principio de la verdadera sabiduría, es como la basa y el cimiento de todas sus buenas prendas. Su marido la entrega el corazon, y coloca en élla toda su confianza. Súposele élla ganar con su dulzura, con su humilde rendimiento, y con su buen modo; de manera, que enteramente la abandona el cuidado de la familia, bien seguro de que con su gobierno y con su economía dará providencia en todo, nunca le ocasionará el menor disgusto, y será todo su estudio la vigilancia sobre la casa, y la aplicacion á que todo ande bien gobernado. Poseyendo todas las calidades que constituyen una buena esposa, carecerá de todos los defectos que hacen infelices los matrimonios. Será humilde sin afectacion, modesta sin artificio, se vestirá decentemente segun su calidad, pero sin profanidad, y por su virtud se merecerá la veneracion de todos; de manera, que su igualdad, su afabilidad y su grave compostura no solo se dexe admirar, sino que haga amable la virtud. No será la menor de sus partidas la exâctitud en pagar la soldada á sus criados, y la caridad en socorrer sus necesidades, extendiéndose ésta á compadecerse tambien de las forasteras, la ganará el corazon de todos los pobres. Léjos de dar en el escollo de la ilusion, estará muy persuadida á que la primera y la mas principal de sus obligaciones es el cuidado de su familia y de su casa; en cuyo concepto gustará mucho del retiro, y el tiempo que la dexasen libre las ocupaciones de su estado le empleará en oracion, en buenas obras y en las labores de manos. Acaso esta devocion no será el dia de hoy muy de la moda, ni muy del gusto de todas las beatas; pero no importa; es una devocion verdadera, pura y sólida; cualquiera ótra es sospecha, y muy frecuentemente una mera ilusion, y nada mas.

El evangelio es del cap. 13. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile est regnum cœlorum thesauro abscondito in agro, quem qui invenit homo, abscondit; et præ gaudio illius vadit, et vendit universa quæ habet, et emit agrum illum. Iterùm simile est regnum cœlorum homini negotiatori, quærenti bonas margaritas; inventa autem una pretiosa margarita, abiit, et vendidit omnia quæ habuit, et emit eam. Iterùm simile est regnum cœlorum sagenæ missæ in mare, et ex omni genere piscium congreganti. Quam, cùm impleta esset, educentes, et secus littus sedentes, elegerunt bonos in vasa, malos autem foras miserunt. Sic erit in consummatione seculi. Exibunt angeli, et separabunt malos de medio justorum. Et mittent eos in caminum ignis: ibi erit fletus et stridor dentium. Intellexistis hæc omnia? Dicunt ei: Etiam. Ait illis: Ideò omnis scriba doctus in regno cœlorum, similis est homini patrifamilias, qui profert de thesauro suo nova et vetera.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos esta parábola: Es semejante el reyno de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que el hombre que le halla, le esconde, y muy gozoso de ello va, y vende cuanto tiene, y compra aquel campo. Tambien es semejante el reyno de los cielos al comerciante que busca piedras preciosas; y en hallando úna, fue y vendió cuanto tenia, y la compró. Tambien es semejante el reyno de los cielos á la red echada en el mar que coge toda suerte de peces, y en estando llena la sacaron; y sentándose á la orilla, escogieron los buenos en sus vasijas, y echaron fuera los malos. Así sucederá en el fin del siglo. Saldrán los ángeles, y apartarán los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego: allí habrá llanto y rechinamiento de dientes. ¿Heis entendido todo esto? Respondiéronle: Sí. Por eso todo escriba instruido en el reyno de los cielos es semejante á un padre de familias, que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo.

MEDITACION.

Del vano y falso resplandor de las grandezas humanas.

PUNTO PRIMERO.

Considera que ninguna cosa deslumbra mas los ojos que las grandezas humanas, y ninguna tiene menos

solidez. Un empleo elevado se ve á mucha distancia, y siempre cercado de explendor; parece la region de la brillantez, de la magnificencia, de la abundancia y del fausto. Los honores, los placeres, y todas las comodidades parece que solo se hicieron para los grandes; delante de éllos todo se inclina, todo los adula, todo se les rie; pero en realidad ¿qué cosa mas vana, qué cosa mas apocada, ni qué cosa mas superficial que todas esas pasageras grandezas? ¿Cuándo contentaron nunca plenamente ni á un solo corazon? ¿Cuál es el grande del mundo que se puede llamar verdaderamente felíz? ¿Hallóse, ni se hallará jamás uno solo cuyo corazon estuviese lleno, los deseos saciados, y la ambicion satisfecha? Se han visto santos, sabemos de muchas almas virtuosas que amorosamente se quexaron de las dulzuras, de los consuelos de que estaban inundadas, de aquella abundancia de gustos y de contento de que estaban como santamente embriagadas; ¿pero tenemos noticia de un solo grande, de un solo dichoso y afortunado del siglo, que haya alentado jamás semejante quexa respecto á los placeres del mundo? Ah, mi Dios, ¡y qué fáciles somos en dexarnos engañar de la ilusion, y en apacentarnos de vanas apariencias! La menor brillantez, el mas fugaz, y el mas superficial relámpago nos deslumbra, y nos encanta. Somos unos niños á quienes engaña el oropel, y nunca vemos mas que la corteza. No hay empleo alguno de esos elevados exênto de nieblas, y de nieblas muy expesas; ninguno que no esté expuesto á furiosos vientos, y á espantosas tempestades. La tranquilidad, la serenidad y la calma solo reyna en los humildes valles; los lugares baxos y obscuros son los únicos que están al abrigo de las borrascas. Una mediana fortuna, sostenida y ennoblecida de una exâcta honradez y cristiandad es la que hace á los hombres felices y tranquilos. Hemos visto, y cada dia estamos viendo que los mas prudentes, y los de mayor juicio van á buscar la paz del alma y la verdadera felicidad en el retiro de los claustros. Su misma experiencia les hace gustar las dulzuras de la vida humilde y religiosa, y las de una pobreza voluntaria; al mismo tiempo que los que suben mas alto, y mucho mas arriba que el origen que

tuvieron, solo encuentran inquietudes, amarguras y sobresaltos en la misma elevacion. Mi Dios, ¡y será posible que no quiera yo gustar lo que experimentan vuestros fieles y verdaderos siervos!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que los grandes del mundo, hablando con propiedad, solo son dichosos en la imaginacion de los demas; pues en la suya ciertamente no lo son. El equipage, el tren, las carrozas, los muebles y la bulla, á eso se reduce toda su dicha; ¿pero tiénenla en la realidad? ¿Y de qué le servirá á un hombre que todo el mundo le tenga por feliz, si verdaderamente no lo es? El corazon de cada uno, y no la opinion agena le ha de dar testimonio de su felicidad; á él se le ha de tomar su dicho. Si el alma está nadando en inquietudes, en sobresaltos y en cuidados; si el corazon está anegado en amarguras, ¿de qué servirá á su imaginaria felicidad, ni el explendor que le rodea, ni el fausto que le circunda, y le hace remedar al afortunado? éllo es mucha verdad, aunque pocos la crean, que las mayores cruces, las mas pesadas, y las mas insoportables solo nacen en la region de los placeres. Las mas brillantes dignidades, el fausto mas suntuoso, ni todos los tesoros del mundo son capaces de mitigar los dolores de la gota, ni un solo dolor de dientes; ¿pues cómo aliviarán aquellos molestísimos cuidados, aquellas mortales desazones, aquellos amarguísimos sobresaltos, que son inseparables de todos aquellos á quienes el mundo reputa por afortunados? Pero al fin, supongamos que por un privilegio nunca oido, sea alguno exênto de esas miserias tan comunes; despues de la muerte, ¿qué resta de todas esas brillanteces y grandezas? Ser rico, poderoso y grande por un puñado de dias, y verse reducido despues á otro puñado de polvo y de ceniza, ¿qué mayor desgracia? ¡Pues qué si se muere en pecado! ¡hallarse de repente adocenado con lo mas vil, con lo mas hediondo, y con lo mas malvado del mundo, condenado en el infierno á todo género de tormentos! Grandezas humanas, ¡y qué pequeñitas pareceis miradas á la luz de la última candela! ¡y qué pequeñita cosa sois, aun consideradas en medio de la vida! ¡qué prudentes fueron los san-

tos en haber hecho tan poco caso de vosotras! ¡Con qué desprecio os trató santa Isabel aun desde la elevacion del trono! ¡y con qué prontitud os abandonó luego que espiró el Rey su marido! ¿Cuándo ha de llegar el tiempo de que estos exemplos hagan impresion en los que los meditan?

Sea, Señor, en este mismo punto; y abriéndome los ojos vuestra gracia, hacedme conocer que la verdadera grandeza solo consiste en serviros con fidelidad, y en amaros sin reserva; porque serviros á vos, es reynar.

JACULATORIAS.

Vanitas vanitatum, et ecce universa vanitas. Eccl. I.
Vanidad de vanidades, y todo vanidad.

Averte oculos meos ne videant vanitatem: in via tua vivifica me. Salm. 118.
Apartad, Señor, mis ojos de todas las cosas vanas, caducas y perecederas de la tierra; y asísteme para marchar con aliento por el camino que guia á vos.

PROPOSITOS.

O naciste grande, ó te ves elevado á mayor fortuna, ó te hallas en un estado menos brillante. Si te miras en elevacion, no te dexes deslumbrar; haz reflexíon contínuamente sobre las pensiones de tu estado, sobre la poca solidez de esa aparente grandeza, sobre la brevedad y la inconstancia de esa engañosa fortuna. No te fies demasiado del incienso que te tributan; en suma, no es mas que un poco de humo que se sube á la cabeza, cuya ninguna consistencia es imágen natural de la vanidad y de la insubstancialidad de tu grandeza. Si te hallas en clase inferior, no envidies á los que están sobre ti, ó por el nacimiento, ó por los empleos, ó por los bienes de fortuna. Ten por cierto, que á los que se llaman dichosos del siglo no los tocó por herencia ni les cupo en las partijas la felicidad. El pensamiento de la muerte y de la eternidad es muy eficaz para extinguir la envidia en los pequeños, el orgullo y la vanidad en los grandes.

2 No te contentes con el estéril conocimiento de que las grandezas humanas son á manera de aquellos relámpagos acompañados de truenos, que hacen mucho ruido, y desaparecen en el mismo momento en que se forman. Pregúntate muchas veces á ti mismo cuando leas una historia, cuando registres un retrato, cuando admires un palacio, una casa magnífica de campo: ¿en qué pararon aquellos grandes príncipes, aquellos famosos capitanes, aquellos hombres afortunados, aquellos varones señalados por su nacimiento, por sus exemplos, por sus dignidades? ¿qué los ha quedado ahora de su grandeza, de aquella superioridad de genio, de su magnificencia, y de su ostentosa suntuosidad? Brillaron, metieron mucho ruido, pero ya pasaron: *Et solum superest sepulchrum*: anda, vé á revolver aquel puñado de ceniza; á eso se reducen todos los vestigios de aquella grandeza y de aquella felicidad. Haz esta meditacion por lo menos una vez cada semana, y da mil gracias á Dios todos los dias si vives en un estado humilde y obscuro. Has de estimar la mediocridad de tu fortuna, la misma pobreza, y hasta los trabajos de esta vida como los medios mas seguros para conseguir tu eterna salvacion, y consiguientemente por el estado mas dichoso, como vivas en él cristiana y piadosamente.

DIA NUEVE.

La conmemoracion de los fieles difuntos.

Es artículo de fe que todos los que mueren en gracia, pero sin haber satisfecho plenamente á la justicia de Dios, van á purificarse, y á expiar sus culpas en las penas del purgatorio; esto es, que antes de entrar en el cielo, donde no se admite la mas ligera mancha, indispensablemente han de padecer tormentos en la otra vida por las mas mínimas faltas que no hayan satisfecho en ésta, hasta extinguir enteramente la deuda contraida á favor de la justicia divina. En virtud de una verdad tan constante, así por la

sagrada Escritura, como por los concilios y por la tradicion, la santa Iglesia, gobernada siempre por el Espíritu santo, en todas las misas hace particular oracion por los difuntos. *Memento etiam, Domine* (dice el sacerdote), *famulorum famularumque tuarum, qui nos præcesserunt cum signo fidei, et dormiunt in somno pacis*: acuérdate tambien, Señor, de aquellos siervos y siervas tuyas, que nos precedieron en la señal de la fe, y duermen el sueño de la paz. *Ipsis, Domine, et omnibus in Christo quiescentibus locum refrigerii, lucis, et pacis, ut indulgeas, deprecamur; per Christum Dominum nostrum*: suplicámoste, Señor, que así á éstos como á todos los que descansan en Cristo, los concedas por tu misericordia el lugar del refrigerio, de la luz y de la paz; por Cristo nuestro Señor. De manera, que ademas de la oracion que se hace en el sacrificio de la misa por las almas de aquellos que nombran en particular, dispone la Iglesia que todos los dias se pida en general á Dios por todas las almas que están en el purgatorio. Esta buena madre pide por aquellas benditas y afligidas almas, en primer lugar el refrigerio por el fuego en que se abrasan; despues la luz por las tinieblas que las circundan; y finalmente, la paz por las agitaciones que padecen. Esta oracion por los difuntos en el santo sacrificio de la misa se halla en todas las litúrgias mas antiguas, tanto de la Iglesia griega, como de la latina, y es de tradicion apostólica, como lo testifica Tertuliano en el libro *de la corona del soldado*; san Cipriano en la epístola 66; san Cirilo de Jerusalen, san Epifanio, san Crisóstomo, san Ambrosio, san Agustin, y todos los santos padres; como tambien el cuarto concilio de Cartago, el segundo de Vaison, el de Orleans, el de Braga, y las litúrgias de todos los siglos.

Ciertamente cuando se exâmina sin preocupacion el dogma católico sobre la oracion por los difuntos, apenas se puede comprender cómo ha habido entendimientos que se hayan amotinado contra un dictámen tan antiguo, tan autorizado, tan conforme á la luz de la razon, y aun á los mismos impulsos de la naturaleza. Parece que por este medio quiso la divina Providencia humillar nuestra presuncion, haciéndonos conocer hasta dónde es capaz de desca-

minarse; y al mismo tiempo fortificar nuestra fe, dando ocasion para que sucesivamente se fuesen profundizando todos los puntos, y confirmándose mas. Y este es el provecho que se puede decir ha sacado la Iglesia de las heregías suscitadas en todos los siglos.

Observa hoy la Iglesia en todo el mundo la costumbre de ofrecer por los difuntos el santo sacrificio de la misa como lo observaba en tiempo de san Juan Crisóstomo, segun lo expresa él mismo en la homilía 69; esto es, en una de aquellas exhortaciones doctrinales que hacia al pueblo de Antioquía: *Circa defunctos ne temerè lugeamus*: á los difuntos no los lloramos temeriamente, y sin fruto, dice el Santo, llorémoslos enhorabuena, pero al mismo tiempo solicitémoslos algun alivio: *Hos lugeamus. Excogitemus eis aliquid solatii.* ¿Pero cómo, y por qué medio: *Qualiter, et quonam modo*? haciendo nosotros oracion por éllos, y solicitando que los ótros los encomienden á Dios: *Orantes, et alios precantes ut pro eis deprecentur*; dando limosnas á los pobres con este fin: *pro eis pauperibus largientes continuè*. Esto alivia en alguna manera á los difuntos: *habet hæc res aliquam consolationem.* No sin razon ordenaron los apóstoles, que en el tremendo y adorable sacrificio de la misa se hiciese oracion á Dios por los difuntos: *Non temerè ab apostolis hæc sancita fuerunt, ut in tremendis mysteriis defunctorum agatur commemoratio.* Sabian muy bien lo mucho que aprovechaba á los difuntos el divino sacrificio: *Sciunt enim illi indè multum contingere lucrum, utilitatem multam*: porque al fin, juntándose las oraciones del pueblo á las poderosas del sacerdote que celebra la misa, ¿cómo puede dexar de oirlas el Señor? *Cum enim totus constiterit populus, extensis manibus, sacerdotalis plenitudo, et tremendum proponatur sacrificium, quomodò Deum non exorabimus pro his deprecantes*? ¿Y qué otra cosa pretendeis cuando encargais al sacerdote alguna misa por un difunto, sino que su alma éntre cuanto antes en el descanso de los bienaventurados, y encuentre favorable al supremo Juez? *Quid orare sacerdotes exhortaris? nonne ut in requiem transeat defunctus, et propitium Judicem habeat?*

San Agustin en el sermon 172, sobre las palabras del

apóstol san Pablo, exhorta vivamente á los fieles á que con oraciones, limosnas, y especialmente con el santo sacrificio de la misa, soliciten el alivio de los difuntos que estan pagando en el purgatorio aquellas ligeras culpas por las cuales no dieron en vida plena satisfaccion á la divina Justicia.

Todas estas fúnebres pompas, dice este gran Santo, esos numerosos acompañamientos, esas magníficas exêquias, esos ricos y soberbios mausoleos: *Vivorum sunt qualiacumque solatia, non adjutoria mortuorum*, son cierta especie de consuelo para los vivos; pero no son ni sufragio ni alivio para los muertos: *Orationibus vero sanctæ Ecclesiæ, et sacrificio salutari, et eleëmosynæ, quæ pro eorum spiritibus erogantur, non est dubitandum mortuos adjuvari*: lo que sin duda los sirve de alivio y de sufragio son las oraciones de la Iglesia, el santo sacrificio de la misa, y las limosnas que por sus almas se reparten á los pobres. *Ut cum eis misericordiùs agatur à Domino, quam eorum peccata meruerunt*: esto sirve para que Dios los trate con mas piedad y con mas misericordia que la que merecian sus pecados. Es antigua costumbre, establecida en toda la Iglesia, segun la tradicion de los padres, prosigue el santo Doctor, hacer oracion por aquellos que murieron en la comunion del cuerpo y sangre de Jesucristo, singularmente en aquella parte del sacrificio donde se hace conmemoracion de éllos, como tambien especificar los nombres de aquellos por quienes particularmente se ofrece: *Hoc enim à Patribus traditum universa observat Ecclesia, ut pro eis qui in corporis et sanguinis Christi communione defuncti sint, cum ad ipsum sacrificium loco suo commemorantur; oretur, ac pro illis quoque id offerri commemoretur*. Pero cuando estas oraciones por los difuntos van acompañadas con obras de misericordia, ¿quién duda que le son muy provechosas? *Quis eis dubitet suffragari, pro quibus orationes Deo non inaniter allegantur*? No se puede negar que todo esto ayuda mucho á aquellos difuntos que mientras estuvieron en vida merecieron ser socorridos con estos auxilios despues de muertos; pero no te persuadas, añade el Santo, que todas las oraciones que se rezan, todas las buenas obras que se hacen, y todas las misas que se ofrecen por tales y por ta-

les muertos, las acepta siempre Dios en favor de aquellos por quienes se aplican. De esa manera saldrian mejor librados en la otra vida los grandes del mundo, que de ordinario salen de élla mas deudores á Dios, y serian preferidos á otros pobrecitos mas virtuosos, que fueron de inferior condicion y de humilde fortuna: *Non ergo mortuis nova merita comparantur, cum pro eis boni aliquid operantur sui.* Porque es de advertir que á los difuntos no los añaden nuevos méritos las buenas obras que se ofrecen por éllos. *Non enim actum est, nisi cum hìc viverit ut eos hæc aliquid adjuvarent, nisi cum hìc vivere destitissent*: si queremos que despues de muertos nos sirvan todas las oraciones y todas las buenas obras que se apliquen por nosotros, vivamos de manera que merezcamos las acepte, y nos las aplique el Señor despues de muertos. ¡Y despues de todo todo esto, aún habrá hombres tan prevenidos, y tan preocupados del espíritu del error, que todavía se empeñen en defender que el hacer oracion por los difuntos es invencion de los postreros siglos!

Pide la Justicia divina que todos los pecados sean castigados, pero con alguna proporcion; de manera, que el castigo de una culpa leve no sea tan grande como el de una culpa grave; pues como no se puede negar que en los que mueren en gracia se hallan algunas culpas tan ligeras que no merecen los suplicios eternos, es preciso convenir que necesariamente ha de haber en la otra vida algunas penas distintas de las del infierno, á lo menos en la duracion, para el castigo de estas ligeras culpas. La muerte no priva á la justicia de Dios de su derecho, ni á su misericordia de poder usar alguna gracia con las almas que estan en su amistad. Pero éllas ya no pueden merecer por sí mismas ni el alivio de las penas, ni la gracia de que se las abrevien. Son como aquellos que estan presos por deudas, y no tienen con que pagarlas, las cuales recurren á sus parientes y á sus amigos para que satisfagan por éllos. El comercio que hay entre todos los fieles unidos por el vínculo de la caridad obliga á aquellas pobres almas á recurrir á sus amigos y á sus deudos para que satisfagan por éllas á la justicia de Dios, porque en la cárcel donde se hallan padecen extrema necesidad. Respecto de éllas, todos, por decirlo así, somos ricos; nos

sobran medios y recursos para socorrerlas; oraciones, limosnas, buenas obras, misas, ayunos, penitencias, todo es caudal con que podemos solicitar la libertad de aquellas pobres almas. ¡Y qué reconocidas no estarán á sus bienhechores y libertadores aquéllas cuyas penas se aliviaron ó se abreviaron por sus caritativos oficios! En el cielo, donde está en su perfeccion la caridad, nunca olvidarán lo que debieron á los que aceleraron su dicha, satisfaciendo por éllas. Y aquel gran Dios, que promete el cielo á quien diere en su nombre y por su amor un vaso de agua; aquel divino Salvador, que agradece como si se hiciera á su misma persona lo que se hace con el mas mínimo de sus siervos, ¿con qué ojos mirará esas misas, esas penitencias, esas oraciones, esas buenas obras que se ofrecen por aquellas almas predestinadas, que le son tan gratas, y que está tan pronto como propenso á libertarlas? ¿hay obra de misericordia mas meritoria que la que se exercita con los difuntos? ¿hay devocion mas sólida ni mas conforme al espíritu, al corazon de un cristiano que la devocion con las ánimas del purgatorio?

Admiremos en este punto de nuestra religion la infinita sabiduría y la maravillosa providencia de Dios, que queriendo componer un solo cuerpo de todos los fieles, supo hacer perpétua la union de los miembros de la Iglesia, juntando por ese comercio de caridad los que todavía viven en la tierra con los que la muerte separó de su compañía corporal. Por este medio se estableció, y se conserva una contínua comunicacion de beneficios entre los vivos y los muertos, igualmente útil á los únos y á los ótros, haciéndoles á todos participantes de los méritos de su amable Redentor. Nuestras oraciones y nuestras buenas obras libran á los difuntos de los mayores males, y su intercesion nos solicita á nosotros los mayores bienes; nosotros los hacemos participantes de todo lo bueno que obramos, y éllos en la gloria se empeñan eficazmente para que tengamos parte en la dicha que gozan. De manera, que la caridad, el agradecimiento y la ternura se perpetúan entre los hijos de Dios, y recíprocamente se ayudan á bendecir, admirar y alabar por toda la eternidad las infinitas perfecciones del Padre celestial.

La misa es de los Difuntos, y la oracion la que sigue.

Fidelium, Deus, omnium conditor, et redemptor, animabus famulorum famularumque tuarum, remissionem cunctorum tribue peccatorum, ut indulgentiam quam semper optaverunt, piis supplicationibus consequantur: Qui vivis et regnas...

O Dios, criador y redentor de todos los fieles, conceded á las almas de todos vuestros siervos y siervas la remision de todos sus pecados, para que obtengan por las piadosas oraciones de vuestra Iglesia el perdon que siempre esperaron de ti: Que vives y reynas...

La epístola es del capít. 14. del Apocalipsi.

In diebus illis: Audivi vocem de cœlo, dicentem mihi: Scribe: Beati mortui, qui in Domino moriuntur. Amodo jam dicit Spiritus, ut requiescant à laboribus suis: opera enim illorum sequuntur illos.

En aquellos dias: Oi una voz del cielo, que me decia: Escribe: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor: Desde ahora, les dice el Espíritu, que descansen de sus trabajos; porque sus obras los acompañan.

NOTA.

»Los mas de los padres antiguos y de los primeros »intérpretes del Apocalipsi explicaron todos los misterios »de este admirable libro con respecto al juicio universal. »Los expositores modernos, fuera de los tres primeros capítulos que tocan á las iglesias particulares del Ásia, »pretenden que los siete sellos que se abrieron representan »las siete edades de la Iglesia.

REFLEXIONES.

Oi una voz que venia del cielo, y me decia: escribe: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. ¿Pero era menester que baxase del mismo cielo una voz para persuadirnos que solamente son bienaventurados aquellos que mueren en el Señor? Era menester que este oráculo se grabase en el mármol y en el bronce con caractéres indelebles para que nunca se nos borrase de la memoria. Pues qué, ¿hay por ventura cosa alguna que no nos esté demostrando una verdad que dicta la misma razon, que

nos está enseñando una contínua experiencia, y es uno de los principales artículos de nuestra fe? Todo cuanto hay publíca esta verdad; ninguno reclamó contra este oráculo; y con todo eso no hay cosa mas olvidada, ni que haga menos impresion á la gente del mundo. ¿Qué idea se tiene de esta felicidad? ¿qué caso se hace de esta dicha? Morir en gracia del Señor, ¿es lo que se llama en el mundo *hacer fortuna*? ¿Pero al fin hay por ventura otra fortuna que hacer? ¿es fortuna vivir entre la opulencia, los deleytes, los pasatiempos y el regalo, y morir entre las angustias, los remordimientos y la desesperacion? Vivir cercado de explendor, colmado de honras, logrando el favor del príncipe, esto se llama ser un hombre feliz y afortunado; pero es menester confesar que esa fortuna, esa felicidad y esa dicha es bien superficial, es bien corta, y está acompañada de inquietudes, de sustos y de sobresaltos. ¿En un mar tempestuoso está siempre sereno el cielo? ¿son todos los dias de calma? ¿no se experimenta alguna agitacion cuando se sube tan alto? ¿esos primeros empleos son siempre muy tranquilos? ¡Ah, que apenas se toma posesion de éllos cuando es preciso dexarlos! No hay grande, no hay afortunado del siglo, cuyo heredero ó cuyo sucesor acaso no haya nacido ya. En el mundo, hablando con propiedad, ninguno hace mas que prevenir el lugar para su sucesor, se puede decir que nuestros bienes pertenecen en substitucion á nuestros herederos; que nosotros no somos mas que como unos fideicomisarios universales, y que solo tenemos el uso de éllos por tiempo determinado, pasado el cual es preciso entregarlos á ótro. Despójanos la muerte de todas esas brillantes insignias de la dignidad; aniquila todos nuestros dictados y todos nuestros derechos; apaga todo el explendor, todo el orgullo y todo el lustre. La grandeza mas soberana, la misma magestad se estrella contra el sepulcro. En la hora de la muerte toda la fortuna y toda la felicidad humana es un sueño, y nada mas. *Beati qui in Domino moriuntur*. La verdadera idea de la felicidad verdadera es morir en el Señor, es morir en su gracia. Aunque uno hubiese sido pobre, desgraciado y miserable por toda la vida, aunque ésta hubiese sido la mas trabajosa, la mas obscura y la mas vil, si murió en la gra-

cia de Dios, á esa muerte se sigue, y de esa misma muerte nace la nobleza mas augusta, la grandeza mas respetable; una felicidad eterna, que ni el tiempo la puede consumir, ni las revoluciones la pueden alterar, ni el mismo Dios como inmutable en sus decretos, puede ya turbar su posesion. En la muerte los mayores príncipes quedan á un mismo nivel con sus mas ínfimos vasallos; la muerte al menor de los santos le hace superior al mayor de todos los monarcas del mundo; un vil esclavo, un pobre labrador es ya objeto de su veneracion; todos los grandes de la tierra hincan la rodilla delante de sus imágenes y sus retratos; respetan, honran y adoran sus reliquias. ¡Oh, y cuánta verdad es *que son bienaventurados los muertos que mueren en el Señor!*

El evangelio es del capítulo 6. de san Juan.

In illo tempore dixit Jesus turbis judæorum: Ego sum panis vivus, qui de cœlo descendi. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum: et panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita. Litigabant ergo judæi ad invicem, dicentes: Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum? Dixit ergo eis Jesus: Amen, amen dico vobis: nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis: Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, habet vitam æternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die.

En aquel tiempo dixo Jesus á la muchedumbre de los judíos: Yo soy el pan que vive, que he baxado del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré, es mi carne, *la que daré* por la vida del mundo. Disputaban, pues, entre sí los judíos, y decían: ¿Cómo puede éste darnos á comer su carne? y Jesus les respondió: En verdad, en verdad os digo: que si no comiéreis la carne del Hijo del hombre, y no bebiéreis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia.

MEDITACION.

Del deseo de la muerte.

PUNTO RIMERO.

Considera que el verdadero deseo de la muerte (hablo del piadoso, y no del que nace de desesperacion ó de poco sufrimiento de las miserias de esta vida), este verdadero deseo (digo) no puede menos de ser efecto de un vivo y ardiente amor de Dios, y fruto sazonado de una fervorosa virtud; es una santa y dulce ánsia de que se levante este destierro, de ir á la amada patria; es una inocente pasion por salir cuanto antes de un pais enemigo, donde enteramente es menester estar alerta contra los lazos y contra las sorpresas; donde ni la mayor vigilancia ni el mas atento cuidado son bastantes para que se pase ni un solo dia sin alguna herida; es en fin un dulce movimiento del alma hácia su Dios, como á su último fin, como á su soberano bien, como á su suprema felicidad, como al reposo, á su centro, á su alegría pura sin alguna mezcla.

¿Qué admiracion puede causar el que un caminante desee con ánsia llegar cuanto ántes al término de su viage, ni que un encarcelado suspire por salir de la prision? ¿Qué extraño puede ser el que sepan mal al paladar unas frutas siempre verdes y siempre amargas? ¿que disguste un pais donde se está de paso, sujeto á contínuas tempestades, á uracanes perpétuos, cuyo terreno sollo lleva espinas que pican y penetran? Una alma que conoce á Dios, que ama á Dios, que hace reflexîon á las miserias de esta vida, á la brevedad de sus dias, á los peligros de la salvacion, á los lances en que nos ponen aquellos con quienes vivimos, y nuestras mismas pasiones, ¿cómo puede menos de exclamar con el Apóstol san Pablo: *Quis me liberavit de corpore mortis hujus*? ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte? ¿Cómo puede menos de no sentir aquel impulso, aquella fuerte inclinacion, aquellos vehementes deseos de hallarse ya en la Jerusalen celestial? ¿cómo puede menos de no mostrar el ánsia que

tiene por estar con su Criador, con su Salvador, con su divino Esposo, con su Padre, y decir contínuamente con el Apóstol: *Desiderium habeo dissolvi, et esse cum Christo*: deseosa estoy de ser desatada de esta prision, y vivir con mi Señor Jesucristo. ¿Cuántos santos tuvieron los mismos deseos, y usaron el mismo lenguage, y no ya precisamente por el tédio ó por el disgusto de la vida, pues muchos de éllos vivian con toda la abundancia y con toda la grandeza de la corte? En medio de élla exclamaba el real profeta David (*Psalm.* 119.): *Heu mihi, quia incolatus meus prolongatus est*! ¡Ay de mí, Señor, que va muy largo este mi destierro! todavía me veo precisado á quedarme entre los moradores de Cedar, y suspira mi alma desterrada tanto tiempo ha en tierra extraña: *Cum his qui oderunt pacem, eram pacificus*: estoy perpétuamente cercado de enemigos, siendo yo tan amante de la paz; y basta decirles que la deseo, para que por lo mismo me hagan mayor guerra. ¡Es posible, Señor, que una vida tan miserable pueda ser apetecible á los que tienen fe! ¡Ah, que solo es admirable para exercitar la paciencia!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que una alma verdaderamente cristiana tiene tantos motivos para no amar esta vida, que no puede menos de mirar la muerte con alegre complacencia. Cuando se hace reflexíon á la multitud de calamidades de que está inundada toda la tierra, al número sin número de enfadosos accidentes, de disgustos y de enfermedades de que está como anegada esta triste vida, ¿á qué revoluciones y á qué amarguras no nos hallamos expuestos? Todos nacemos llorando, y el último suspiro sale siempre mezclado con lágrimas. Ni la mas sombría soledad, ni el mas espantoso desierto es seguro asilo contra las tentaciones y contra los peligros; todo está sembrado de espinas; cada paso es un precipicio. Es una contínua guerra la vida del hombre; es menester estar siempre con las armas en las manos; capitular un solo dia de tregua, es darse por vencido: *Foris gladius, intus pavor*: estragos por la parte de afuera, vapores y sustos por la de adentro: no hay dia sin nieblas, no hay estacion

sin borrascas, no hay edad sin turbacion, no hay condicion sin peligros; peligros en el poblado, peligros en el desierto, peligros en todas partes. Derrámase la hiel y la amargura hasta en las mismas diversiones; todo contribuye á hacer la vida triste, tediosa, insoportable. De esta manera, buen Dios, nos quisísteis poner en la dichosa necesidad de sentir la amargura de nuestro destierro, y de suspirar incesantemente por nuestra patria celestial. Oh, Señor, ¿qué cosa nos puede alegrar en esta region de llantos?

Quomodo cantabimus in terra aliena? ¿Cómo es posible, decian en otro tiempo los israelitas, que nos podamos alegrar en tierra agena? Sentados á las márgenes del rio de Babilonia, imágen natural de una vida que corre con rapidez á la muerte, ¿cómo no hemos de derramar un torrente de lágrimas, acordándonos de nuestra amada Sion (*Psalm.* 136.)? *Illic sedimus, et flevimus cum recordaremur Sion.* Consumidos de dolor en tan melancólico destierro, colgarémos de los sauces nuestros instrumentos músicos, y nos abandonarémos al llanto y á la tristeza: *In medio ejus suspendimus organa nostra.* ¡Oh, y cuánta verdad es que una alma ilustrada con las luces de la fe, encuentra pocos gustos en la tierra! ¡cuánta verdad es que la vida tiene pocos atractivos para quien no pierde de vista su último fin! ¡cuánta verdad es que la muerte es de grandísimo consuelo para los que aman abrasadamente á Dios!

Concededme, Señor, esta viva fe, que excite en mí un verdadero disgusto de este desdichado destierro; haced presente siempre á mi memoria mi último fin, para que tenga por amargos los dias de la vida; y abrasadme en vuestro divino amor para que desee ansiosamente estar cuanto antes con vos.

JACULATORIAS.

Heu mihi, quia incolatus meus prolongatus est! Salm. 119.

¡Ay de mí, que se alarga demasiado mi destierro!

Desiderium habeo dissolvi, et esse cum Christo. Rom. 7.

Deseo con ánsia ser desatado de la prision de este miserable cuerpo, para vivir cuanto antes con mi Señor Jesucristo.

PROPOSITOS.

Algunas, y aun demasiadas veces desean la muerte los mundanos; pero estos deseos, hablando con propiedad, son efecto de la desesperacion, de la rabia y de la impaciencia, porque no pueden sufrir los trabajos y las desdichas que los depedazan. Son unos ímpetus, unas llamaradas del furor, hijas de la locura mas que de la razon, siempre pecaminosas y siempre reprensibles. El deseo de la muerte en las almas cristianas y fervorosas siempre es inocente, siempre tranquilo; es un ardiente deseo de librarse del cuerpo del pecado, y de verse cuanto antes en estado de no poder ofender mas á Dios; es un deseo ansioso de ver á Dios, de poseer á Dios sin miedo de perderle nunca. Ten horror al primer deseo, porque es una impaciencia gravemente culpable; pero aspira al segundo, que siempre es puro, siempre inocente, imitando á santa Teresa, que á cada hora de relox se animaba alegremente, diciéndose á sí misma: *Ea, buen ánimo, que ya estás una hora mas cerca de la eternidad.* Ya seas feliz, ya seas desgraciado; ya todo te salga mal, ó ya todo te salga bien; ya te halles en elevacion, ó ya te veas en obscuridad; ya gimas acosado de enfermedades, ó ya goces la mas robusta salud, protesta á tu Dios lo mucho que deseas poseerle cuanto antes en el cielo, y el disgusto con que estás en esta vida, aunque lleves con paciencia y con resignacion sus miserias y trabajos.

2 Evita aquellas quexillas, que son efecto de nuestra impaciencia, de nuestro inmortificacion y de nuestra poca virtud. En todas las aflicciones que te ocurrieren acuérdate de la muerte, como término que ha de poner fin á todas las miserias. No hay cosa que tanto vaya desgastando los lazos que nos tienen aprisionados á la tierra, como las adversidades. Piensa con frecuencia en la feliz mansion de los bienaventurados, y siempre que hagas oracion por los difuntos procura disgustarte de esta vida. El pensamiento de la muerte consuela mucho á los que viven cristianamente; lo que nos hace amarga su memoria es el desórden de la vida. Vive bien, sé devoto, ama á Dios, y te parecerá dulce la muerte; sazona todos los

gustos de la vida con este saludable pensamiento; si tuviéramos viva fe, ninguno dexaria de envidiar santamente á los muertos que mueren en el Señor. *Quam sordet terra cum cœlum aspicio!* decia san Ignacio. ¡Qué hedionda me parece la tierra siempre que pongo los ojos en el cielo! Siente tú lo mismo, y practíca lo propio.



DIA DIEZ.

Santa Felícitas y sus siete hijos, mártires.

Por los magníficos elogios que los santos padres tributan á santa Felícitas, y por los grandes dictados que la aplican, se dexa bastantemente entender que no solo fue una de las mas virtuosas, sino de las mas distinguidas señoras de Roma, así por su calificada nobleza, como por los empleos de su no menos ilustre marido. Floreció hácia la mitad del segundo siglo en tiempo de los emperadores Antonino y Marco Aurelio. Es muy verisímil que tambien fue cristiano su marido, cuando permitió que élla lo fuese, y que criase á sus hijos en la fe y en el santo temor de Dios.

Muerto el marido en el año de 160, se persuadió Felícitas que habia el Señor disuelto el lazo que la tenia ligada á su esposo, para ocupar él solo en adelante todo su corazon. Hizo voto de no pasar á segundas nupcias, pareciéndola el estado de la viudez muy propio para santificarse; y renunciando las galas, el fausto y la profanidad, se dedicó á copiar perfectamente el retrato de una viuda cristiana que hace el apóstol san Pablo. Desde luego encontró grandes atractivos en la soledad y en el retiro. Pasaba gran parte del dia y de la noche en sus devociones; pero como sabia muy bien que la primera de

todas éllas debia ser la educacion de sus hijos y el gobierno de la familia, á ésta se aplicaba principalmente. Tenia siete hijos, todos de poca edad, Januario, Felix, Felipe, Silano, Alexandro, Vital y Marcial, los cuales, por el cuidado que tuvo su santa Madre de criarlos piadosamente, no solo con sus lecciones, sino tambien con sus exemplos, muy en breve se hicieron unos tiernecitos santos.

Hablábalos contínuamente del oropel y falsa brillantez de los honores de esta vida, como de la brevedad, vanidad é inconstancia de los bienes caducos y perecederos de este mundo, explicándoles frecuentemente la gloria que gozaban los bienaventurados en el cielo. ¡Qué dichosos seríais, hijos mios, los decia muchas veces, contándolos lo que padecian en Roma y en otras partes tantos ilustres mártires, qué dichosos seríais vosotros, y qué afortunada madre sería yo si algun dia os viera derramar vuestra sangre por Jesucristo! Las contínuas oraciones que hacia por éllos, y sus fervorosas palabras inflamaron de manera á aquellas inocentes almas en el deseo de ser mártires, que cuando se juntaban los siete hermanos no acertaban á hablar entre sí de otra cosa que del martirio. Yo, decia Januario, soy el mayor de todos, y por mayor tengo derecho á dar mi sangre por la fe antes que otro alguno. Aunque los dos seamos los mas pequeños, replicaban Vital y Marcial, no serémos menos generosos; y si el tirano quisiera perdonarnos por mas niños, levantaríamos tanto el grito diciendo que éramos cristianos, que le habíamos de obligar á no negarnos la corona del martirio. ¿Y los demas, decian los ótros, piensas que habíamos de estar mudos? tambien tenemos nuestra lengua, y tambien sabríamos gritar de manera que nos oyesen. Oia la virtuosísima Señora con indecible gusto este piadoso desafio de sus hijos, y pedia sin cesar al Señor que se dignase escogerlos por sus inocentes víctimas.

Cumpliéronsela muy presto sus deseos. Hacia tanta impresion en los corazones la exemplar vida de Felícitas y de sus hijos, que no solamente se edificaban y se confirmaban en la fe los cristianos de Roma, sino que hasta los mismos gentiles se admiraban; y persuadidos

muchos á que no podia menos de ser verdadera aquella religion que profesaban almas tan puras y tan santas, renunciaban sus impías supersticiones, y abrazaban el cristianismo. Sobresaltáronse tanto los sacerdotes de los ídolos, que acudieron al emperador Marco Aurelio, el cual se hallaba á la sazon en Roma, y le representaron que no habia que esperar el favor de los dioses inmortales mientras Felícitas y sus siete hijos hiciesen tan alto menosprecio de éllos en medio de la capital del imperio; que así el bien del estado como el honor de su magestad imperial se interesaban mucho en que ya no se sufriese que aquella atrevida familia insultase por mas tiempo la antigua religion de los romanos; y que para aplacar la cólera de los dioses suplicaba á su magestad expidiese sus imperiales órdenes, mandando que aquella Señora y sus hijos públicamente les ofreciesen sacrificios.

Intimidado el Emperador con esta representacion, y siendo por otra parte muy zeloso de sus supersticiones, dió órden para que la madre y los hijos fuesen arrestados, encargando á Publio, prefecto de Roma, que prontamente los substanciase su causa si se resistian á obedecer y á sacrificar los dioses, para separarlos. En atencion á la nobleza, á la reputacion y á las extraordinarias prendas de aquella Señora cristiana, tentó el Prefecto todos los medios que pudo para ganarla y para reducirla.

No se puede explicar el gozo de la cristiana Heroina y de sus hijos cuando se les intimó de órden del Emperador que compareciesen ante el Prefecto. Al punto partió Felícitas á casa de este Magistrado, el cual la recibió con el mayor honor, y la habló con grande cortesanía, diciéndola que el Emperador tenia voluntad de colocar á sus hijos en los mas distinguidos empleos como élla y éllos sacrificasen á los dioses del imperio; sin lo cual, añadió, temo que todos seais condenados á los mas crueles tormentos. *Señor*, respondió la Santa con mucha modestia, pero con igual resolucion, *tan poca fuerza me harán los tormentos como las promesas; porque el Espíritu santo, que habita en mí, fácilmente me puede sacar victoriosa de todos los esfuer-*

zos del infierno. Toda mi confianza la tengo puesta en mi Dios; y como yo y mis hijos le seamos fieles, espero que no nos vencerán ni los suplicios ni los halagos. Admirado Publio de semejante respuesta, la dixo: *¡Pobre Señora, y qué lástima os tengo de que mireis la muerte con esa complacencia! por lo menos dexad vivir á vuestros hijos. Mis hijos*, replicó Felícitas, *vivirán eternamente si perdieren la vida por tan buena causa; y desde luego los tendria yo por muertos si por vivir cayeran en la flaqueza de sacrificar á los ídolos.*

Pasó esta conferencia privadamente en casa del Prefecto sin formalidad de juicio; pero el dia siguiente se dexó Publio ver en su tribunal del Campo Marcio, y compareció ante él la Madre con sus siete hijos, llevando todos vivamente pintada en el semblante la alegría de sus corazones. Movido el Prefecto de la hermosura de todos, se volvió á la madre, y la dixo: *¿Es posible que no tengas compasion de esta tierna y bella juventud? Venid, pobrecitos niños, venid, hijos mios, que yo os quiero hacer dichosos. No sino eternamente desventurados*, replicó prontamente Felícitas con autoridad de madre, y con resolucion de heroina, *dí que los quieres perder, y hacer infelices por toda la eternidad.* Y volviéndose á los niños, prosiguió diciéndoles con entereza y con alegría: *Hijos mios, ya llegó el dia de vuestro triunfo; levantad los ojos al cielo, y mirad á Jesucristo, que á cada uno de vosotros presenta una corona. El derramó su sangre por vuestra salvacion; derramadla vosotros valerosamente por su gloria; no temais la muerte ni los tormentos; hacéos dignos del martirio por vuestra constancia; mostráos fieles, y mantenéos firmes hasta el último suspiro en la fe de Jesucristo.*

Irritado el Prefecto al ver la intrepidez de la Santa, mandó que allí mismo la diesen crueles bofetadas en castigo de la libertad y de la osadía con que en su misma presencia se atrevia á exhortar á sus hijos á que fuesen desobedientes á las órdenes del Emperador. Hizo despues que se acercasen los hijos, y hablando con el mayor, le dixo: *Sé mas cuerdo que tu madre, y obedece al Emperador, si no voy á mandar que te despedacen á azotes, y á condenarte á los mas crueles suplicios. Mi madre*

fue muy cuerda, respondió Januario, *y yo sería un insensato si por miedo de tus tormentos me procurase una muerte eterna. ¿Es cordura desobedecer á mi Dios por obedecer al príncipe? No temo las azotes ni los suplicios, y espero que Dios me dará gracia para que le sea fiel hasta la muerte.* Al oir el Juez tan determinada respuesta mandó que le azotasen cruelmente, y despues le llevasen á la cárcel.

Creyendo el Prefecto que encontraria al segundo mas dócil y menos resuelto, intentó engañarle, haciéndole un largo razonamiento sobre el quimérico poder de sus dioses. Interrumpióle Felix, y le dixo con intrepidez: *No es menester mas que una tintura de razon y de buen juicio para conocer que todos vuestros dioses son puras fábulas. Ten entendido que ni hay, ni puede haber mas que un solo Dios verdadero. Esto es lo que yo creo; y esto es tambien lo que creen todos mis hermanos; no serán capaces todos tus tormentos de alterar nuestra fe, ni disminuir el amor que profesamos á nuestro Salvador Jesucristo, por cuya gloria nos tendremos por dichosos en derramar nuestra sangre, y en dar nuestras vidas.* Atónito el Prefecto con tan valerosa respuesta, mandó que le tratasen como al primero. Y juzgando por la de estos dos la disposicion de los demás, dió órden para que á todos los llevasen á la cárcel, dexando solo en el tribunal á los dos mas pequeños, que por mas tiernos y mas niños creyó serian mas flacos y menos resueltos.

Acaricióles y halagóles, procurando ya engañarlos con promesas, y ya espantarlos con amenazas; pero los halló tan bien instruidos y tan determinados como todos los demas. *No pienses*, dixo el niño Vital, *que porque soy mas pequeño que mis hermanos he de ser menos generoso que éllos. Pues qué*, le preguntó el Juez, *¿estás ya cansado de vivir? No Señor*, respondió el Niño, *pero estoy pronto á morir antes que sacrificar á los demonios. ¿Y quiénes son los demonios*, replicó Publio? *Los dioses que vosotros adorais*, respondió Vital, *á los cuales querias tú que yo ofreciese sacrificios; pero no te canses, que no lo haré aunque me quites la vida.* Marcial, que era el mas pequeño de todos, mostró una intrepidez y un valor igual al de los demas; y con el miedo de que le per-

donasen por tan tierno, gritaba sin cesar: *Yo tambien soy cristiano, tambien tengo horror á vuestros ídolos como mis hermanos; yo tambien quiero morir, porque soy cristiano, soy cristiano.*

Pasmóse Publio, no pudiendo menos de admirar tanto valor y tanta resolucion en aquella tierna edad. Mandó asegurar en la cárcel á todos los siete hermanos, y pasó á dar cuenta del interrogatorio al Emperador, que no quedó menos asombrado; pero dió órden para que al instante los quitasen la vida. Llenáronse de gozo los santos Mártires cuando los intimaron la sentencia, y fueron al lugar del suplicio como al teatro de su triunfo. Januario fue azotado con escorpiones de plomo, y espiró en este tormento; Felix y Felipe murieron molidos á palos; Silano fue precipitado; á Alexandro, Vital y Marcial los cortaron las cabezas. La misma suerte tuvo santa Felícitas, siendo degollada la postrera. Temia tanto, dice san Gregorio, dexar á sus hijos en esta vida, como los padres carnales temen sobrevivir á los suyos. A la gloria de su martirio particular, dice el mismo santo Padre en la homilía que predicó á santa Felícitas, se puede decir que añadió la del martirio de sus hijos, y que fue ocho veces mártir.

El mismo dia celebra la Iglesia el triunfo de dos santas vírgenes romanas, Rufina y Segunda, ambas hermanas, hijas de Asterio y de Aurelio, de ilustre sangre, y ámbas mártires. Fueron criadas en la religion cristiana, y eran muy conocidas en Roma por su virtud y por el zelo de la religion, cuando sus padres las desposaron con dos caballeros romanos, Armentario y Verino, que tambien hacian profesion del cristianismo; pero habiéndose encendido la persecucion en tiempo del emperador Valeriano, nuestros dos desposados caballeros apostataron de la fe; lo que causó tanto horror á Rufina y á Segunda, que resolvieron no tener mas esposo que á Jesucristo, y desde luego hicieron voto de perpétua virginidad. Supiéronlo los dos apóstatas, y las denunciaron por cristianas á Donato, prefecto de Roma. Mandólas éste prender; y no perdonó á diligencia alguna para derribarlas de la fe y combatir su constancia. Díxolas que era cosa indigna de unas donce-

llas tan nobles y tan ilustres incurrir en los delirios de una religion, que solo era buena para criar viles esclavos. *Mal conoceis, Señor, nuestra religion*, le respondió Rufina, tomando la palabra: *en élla solo se goza de una santa libertad, porque élla sola nos libra de la esclavitud de nuestras pasiones, y nos conduce á una felicidad eterna.* Desesperado el Prefecto de reducirla con sus largos razonamientos, hizo llamar á su hermana Segunda, y en su presencia mandó golpear cruelmente á Rufina. Tan lejos estuvo aquélla de intimidarse á vista de esta crueldad, que dixo al Prefecto: *¿Qué razon teneis, Señor, para honrar tanto á mi Hermana, y para excluirme á mí de la misma honra? A lo que veo* (respondió el Juez), *tan loca eres tú como tu Hermana. No somos locas* (replicó Segunda), *pero somos cristianas; y pues en ambas hay la misma causa, parece justo que ambas logremos la dicha de padecer por Jesucristo. ¿Qué dicha es* (exclamó Donato) *sufrir tormentos, y perder la vida? Muy grande* (respondió la Santa), *porque cuantos sean los tormentos, tantas serán las coronas; y lo que llamais perder la vida, es el orígen de una eterna felicidad.* Advirtiendo el Prefecto que el pueblo se conmovia con aquel espectáculo, dió sentencia de que fuesen degolladas, y así se executó el dia 10 de julio, el mismo en que concurrió el martirio de santa Felícitas y de sus hijos; pero no en el mismo año, porque éstos recibieron la corona hácia el año de 164, y aquéllas por los de 257.

La misa es del Comun de los mártires, y la oracion la siguiente.

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus, ut qui gloriosos Martyres fortes in sua confessione cognovimus, pios apud te in nostra intercessione sentiamus: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, que los que celebramos la fortaleza de tus invictos Mártires en la confesion de tu fe, experimentemos la eficacia de su intercesion: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 31. del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia VIII, fólio 134.

NOTA.

"Ya se ha dicho en otras partes, que esta epístola

»está sacada de los proverbios de Salomon, que son sin »duda lo mas bello y lo mas importante de sus obras. Son, »dice un autor moderno, como una quinta esencia de »aquella divina sabiduría que ilumina el entendimiento, »dándole un claro y noble conocimiento de la virtud »cristiana, siendo élla misma la única sabiduría verdade»ra. La palabra *Proverbios* no solo significa máxîmas y »sentencias, sino tambien parábolas y enigmas, que se »usaban mucho en tiempo de Salomon, y los mayores sá»bios hacian particular estudio de practicarlos.”

REFLEXIONES.

Levantáronse sus hijos, y llenáronla de bendiciones. No hay mejor testimonio de la virtud de una madre ni panegírico mayor, que las bendiciones de los hijos. Este reconocimiento es fruto de la buena educacion que recibieron de élla. ¿Pero son muchos los hijos el dia de hoy que puedan con verdad expresar este reconocimiento? ¿son muchas las madres que dan una cristiana educacion á sus hijos? Apenas nacen los mas cuando los echan fuera de casa. Criados y educados fuera de la casa paterna miran á sus padres como á extraños, y no es posible los miren de otra manera. Calla en los niños la naturaleza, porque no se la enseñó á hablar; ni en los padres puede ser muy vivo el amor á unos hijos que apenas saben si viven. ¡Y nos admiramos despues de que los hijos salgan tan ingratos, extrañando que las mayores desazones de las familias las causen los mismos parientes! ¿Quién ha de inspirar á un hijo aquella respetosa docilidad, aquella rendida obediencia, aquel tierno y amoroso respeto á un padre y á una madre que apenas conoce? Todo el amor del niño es al ama que le da leche, pues no conoce á otra madre; no sabe quiénes son sus padres hasta que se lo dicen. Y entonces, ¿qué educacion se les da? La que quiere una aya, una criada ó un ayo desconocido, cuyo genio, inclinaciones y costumbres se ignoran enteramente; gentes muchas veces de pocos alcances y de costumbres perversas. En éstos se descansa, y en éllos se descuida de la mas esencial obligacion que tienen los padres, que es la educacion de los hijos. Pero supongamos que los mismos

padres sean los mejores maestros para dar á sus hijos una cristiana educacion; los niños mas facilmente imitan lo que ven, que retienen lo que oyen. Un padre colérico, ¿cómo corregirá las fogosidades y los ímpetus de un hijo mal sufrido? Una madre jugadora, distraida y derramada, ¿cómo inspirará á su hija el debido horror al juego, al desahogo y al esparcimiento? Los hijos, por decirlo así, imponen á los padres una nueva obligacion de ser exemplares en todo. En un padre de familias no hay defecto que no sea un escándalo; los vicios de los padres son modelos, y no lo son tanto las virtudes. La salvacion de los padres está en cierta manera pendiente de la salvacion de los hijos; son responsables de todos los pecados de éstos, que tienen su orígen en la mala educacion. ¿De dónde nacen los espantosos desórdenes de la juventud? ¿de dónde aquella falta de religion? ¿de dónde la licencia de las costumbres, el exceso de impiedad, la escandalosa disolucion? Atribuimos regularmente esos torrentes de maldad y esos desórdenes al ímpetu desenfrenado de la edad y al hervor de la sangre. La causa mas natural y la mas ordinaria es la falta de educacion. No atribuyamos, pues, á otras causas los alborotos de las familias, los desvergonzados desprecios de la autoridad paterna, las descaradas inobediencias y las sangrientas ingratitudes de los malos hijos. ¡Oh, qué cuenta se ha de dar á Dios de esta descuidada educacion! Aquel hombre de vida al parecer tan arreglado, quizá será condenado porque tuvo hijos perversos y mal criados.

El evangelio es del cap. 12. de san Mateo.

In illo tempore loquente Jesu ad turbas: Ecce mater ejus et fratres stabant foris, quærentes loqui ei. Dixit autem ei quidam: Ecce mater tua, et fratres tui foris stant quærentes te. At ipse respondens dicenti sibi, ait: Quæ est mater mea, et qui sunt fratres mei? Et extendens manum in discipulos suos, dixit: Ecce mater

En aquel tiempo hablando Jesus á las turbas: He aquí que su madre y sus hermanos estaban fuera solicitando hablarle. Díxole úno: Mira que tu madre y tus hermanos están fuera buscándote. Pero él, respondiendo al que le hablaba, le dixo: ¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo la mano hácia sus discípulos, dixo: He aquí mi madre y mis hermanos.

mea et fratres mei. Quicumque enim fecerit voluntatem Patris mei, qui in cœlis est, ipse meus frater, et soror, et mater est.

Porque cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre.

MEDITACION.

La virtud consiste principalmente en hacer en todo la voluntad de Dios.

PUNTO PRIMERO.

Considera que hablando con propiedad, no hay virtud verdadera sino la virtud cristiana; y no hay virtud cristiana, sino en cuanto se conforma con la voluntad de Dios. Cualquiera accion que parezca virtuosa si le falta esta calidad, solo es una virtud material; no tiene mas que el nombre y la apariencia; pero no el mérito ni la gracia sobrenatural de verdadera virtud. Obras de misericordia, limosnas, actos de humildad, exercicios de mortificacion, efectos del zelo, todo esto engaña; pero si no es eso lo que Dios quiere, y lo que pide Dios de la persona, todo ello no es mas que una máscara de virtud. *Quare jejunavimus, et non aspexisti?* ¿Por qué ayunamos, podrán decir, y ni siquiera te dignaste de volver los ojos hácia nuestros ayunos? *Quare humiliavimus animas nostras, et nescisti?* ¿Por qué nos humillamos, y no hiciste aprecio de nuestras humillaciones? Porque en los ayunos hicísteis vuestra voluntad, y no la mia. *Ecce in die jejunii vestri invenitur voluntas vestra.* ¡Mi Dios, y qué admirable leccion es este oráculo del Profeta para tantos y para tantas, que en el exercicio de las buenas obras y en su imaginaria devocion solo consultan su inclinacion á la impetuosa actividad de su genio! *Éstos me dirán, Señor, Señor, y no entrarán en el reyno de los cielos*, dice el Salvador del mundo; *pero aquéllos entrarán en él, que hicieren la voluntad de mi Padre celestial.* ¿Quién habla? El mismo Jesucristo. ¿Será menester otro testimonio mas claro ni mas decisivo para curar nuestra ilusion? Es defecto muy comun en muchas personas devotas, que no

hallan gusto en la virtud sino en cuanto se conforma con su natural y con su genio; en desaprobando lo que éllas desean, todo es disgusto, y todo es sequedad. El gran móvil de todas sus buenas obras y de todas sus devociones es la voluntad propia. Brilla, hace gran ruido su zelo; pero si toda la actividad de su zelo no reconoce otro impulso que el de la propia voluntad, ¿qué virtud ni qué mérito tendrán todas esas maravillas, todo ese ruido ni todos esos trabajos? Muchos me dirán en aquel dia: *Señor, Señor, ¿pues no profetizamos en vuestro nombre? ¿no lanzamos en él los demonios de los cuerpos? ¿no hicimos en él muchos milagros? Y yo los responderé: Nunca os conocí, porque siempre hicísteis obras de iniquidad.* Así califica el Hijo de Dios las imaginarias obras buenas, que son partos de la propia voluntad. ¡Mi Dios, y qué extendido está este error aun entre aquellas personas que hacen profesion de la mayor penitencia! Dícese que solo se desea hacer lo que Dios quiere; pero esto se entiende cuando solo quiere Dios lo que nosotros queremos. ¿Puede haber ilusion mas perniciosa ni mas grosera?

PUNTO SEGUNDO.

Considera el verdadero sentido y la fuerza de aquellas palabras del evangelio: *Aquel que hace la voluntad de mi Padre, que está en el cielo, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre.* Sin este distintivo no nos reconoce Jesucristo; sin esta señal no hay verdadera virtud; como haga yo la voluntad de Dios en lo que hago, sea lo que fuere, no puedo dexar de agradarle. Este es el secreto para arribar á la mas eminente santidad. ¡Mi Dios, y de qué gran consuelo es esta verdad! O ya me vea elevado ó ya abatido; sea el hombre mas opulento, ó sea el mas miserable; goce salud, ó esté cargado de achaques; ó me coloque Dios en algun empleo, ó me dexe arrinconado como un siervo inútil; si estoy donde quiere Dios, si hago lo que quiere, y me porto como quiere, no puedo hacer cosa mejor; nada tengo que desear para mi salvacion; tengo el consuelo de saber, que por poco, por despreciable y por vil que sea lo que hago, desde el mismo punto en que quiere Dios que lo haga, esa misma accion

tan vil y tan despreciable es en mí una gran virtud, á la cual tiene Dios aligada una recompensa eterna, como esté mi alma en la debida disposicion para merecerla. Nadie, pues, imagine que para ser santo es menester hacer cosas extraordinarias; se engaña mucho en eso; no es menester mas que hacer lo que Dios quiere, cuando lo quiere, y como lo quiere. Hállase uno enfermo, y sin poder hacer cosa alguna; así lo quiere Dios; ves ahí un gran motivo de consuelo y un gran fondo de merecimiento; te sería perniciosa la salud, y el trabajar te perdería. Estás pobre y lleno de contratiempos; así lo quiere Dios: la prosperidad sería tu mayor desgracia, y la abundancia el orígen de tu condenacion; Dios te ha puesto en ese estado, y debes vivir tranquilo. Bien puede ser que te pares en el camino, y que de esa manera nunca llegues al término; pero como andes por él sin detenerte, está cierto de que no te descaminarás. Con verdad se puede decir, que el rendimiento y la conformidad con la voluntad de Dios caracterizan todos los santos. Grande error es de aquellos imaginarios devotos, que con pretexto de zelo, de obras de caridad y de devocion nunca hacen mas que lo que se les antoja; esclavos de su propia voluntad no reconocen otra guia; ciegos con la ilusion tienen por efecto de la gracia la satisfaccion que sienten en hacer su gusto. ¡Mi Dios, qué dolor y qué remordimientos causará en la hora de la muerte esta voluntaria ilusion!

No permitais, Señor, que yo lo experimente en aquella hora: haced que de aquí adelante vuestra divina voluntad sea regla de la mia, y que nunca quiera sino lo que vos quereis.

JACULATORIAS.

Fiat voluntas tua, sicut in cœlo et in terra. Matth. 6.
Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.

Pater, non quod ego volo, sed quod tu. Marc. 15.
Padre mio celestial, no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú.

PROPOSITOS.

Todos somos siervos del Padre de familias, y estamos en su servicio para hacer lo que nos mande, y nada mas. ¿Tendria ninguno en su casa por mucho tiempo á un criado que no quisiese hacer mas que su gusto? Demos que fuese trabajador, mañoso y fiel; no importa; quiérese un criado dócil y obediente; no se estima nada de cuanto hace contra el órden de su amo. Concluye de aquí, que toda la virtud y todo el mérito consiste en hacer la voluntad de Dios. Nunca tengas mas devocion que ésta, ni jamás te exercites sino en aquello que Dios quiere; siempre que le pidas algo, añade aquellas palabras del Salvador: *Verumtamen non sicut ego volo, sed sicut tu*; pero en todo caso, Señor, que no se haga como yo lo quiero, sino como vos lo quereis. En todo lo que haces, procura tener el dulce consuelo de poder decir: *Hago lo que Dios quiere*; y ten presente que la propia voluntad es aquel gusano que roe, y seca la yedra, á cuya sombra descansaba el profeta Jonas. Desconfia de ti mismo, y de todo cuanto hicieres por tu eleccion y por tu gusto; no te dexes engañar; mira que es triste cosa no conocer la ilusion hasta la hora de la muerte.

2 No se puede enseñar devocion mas provechosa, que aconsejar á todos recen cada dia la oracion siguiente, sacada del admirable libro *de la imitacion de Cristo, libro. 3. cap.* 15.

"Tú, Señor, sabes lo que es mejor; hágase esto, ó »aquello como quisieres; dame lo que quisieres, cuanto qui»sieres, y cuando quisieres; haz de mí como sabes, como »mas te agradare, y como fuere mayor honra tuya; ponme »donde quieras, y haz libremente conmigo en todas las co»sas. En tu mano estoy: vuélveme y tórname al rededor »como te pareciere. Siervo tuyo soy, y á todo estoy dis»puesto, porque no deseo vivir para mí, sino para ti; óxala »que sea digna y perfectamente. Dame que siempre desee, »y quiera lo que fuere mas acepto á ti y mas agradable. Há»gase tu voluntad, y mi voluntad siga siempre á la tuya, »y se conforme perfectamente con élla. Sea en mí un mis»mo querer, y no querer contigo, y que no pueda querer, »ni no querer, sino aquello que tú quieres, y no quieres."

DIA ONCE.

San Pio, papa y mártir.

En tiempo del emperador Antonino Pio, hácia la mitad del segundo siglo, terminó gloriosamente su carrera con la corona del martirio el papa san Higinio; y habiendo vacado la Sede apostólica tres dias, los fieles, cuyo número era ya en Roma muy crecido, los emplearon todos en ayunos y en oraciones, pidiendo á Dios un papa que tuviese las prendas correspondientes para gobernar la Iglesia con toda la santidad, valor, fortaleza y prudencia necesarias, en un tiempo en que parece habia calmado la persecucion de los emperadores gentiles, solo para que los hereges tuviesen mas libertad para despedazarla con rabia y con furor. Fueron oidos los clamores de los fieles, y á los tres dias fue elegido de unánime consentimiento san Pio primero de este nombre, cuya virtud y cuyos méritos resplandecian mucho tiempo habia en toda la Iglesia. Fue hijo de Rufino, natural de Aquileya, donde le dió su padre una cristiana educacion, y despues pasó á Roma á perfeccionarse en todas las letras, singularmente en las sagradas, y en la ciencia de la salvacion.

Hizo en éllas tan asombrosos progresos, que mereció la primera estimacion y admiracion entre los canónigos regulares; clase de eclesiásticos de vida inocente y exemplar que vivian en comunidad como verdaderos religiosos, porque profesaban con voto cierta regla. Muy en breve fue Pio el modelo y la veneracion de todos, sobresaliendo tanto su virtud, su caridad con los pobres, su vivo y fervoroso zelo por la religion, que en opinion de muchos le consagró por obispo el papa Higinio, y en cierta manera repartió con él la solicitud pastoral de toda la Iglesia. Nombrado por su Pastor universal, despues que faltó Higinio, dedicó toda la atencion al cuidado de su rebaño; sus desvelos y su vigilancia se aplicaron á conservar en toda pureza el sagrado depósito de la

fe que tenia á su cuidado, uniendo mas y mas todas las iglesias particulares con los vínculos de la caridad y de la tradicion, y previniendo anticipadamente todo lo que podia ocasionar desunion y cisma.

Los judíos convertidos á la fe se habian empeñado siempre en celebrar la pascua de Resurreccion el dia 14 de la luna que entra inmediatamente despues del equinoccio de la primavera. Era entre éllos la fiesta mas solemne en memoria de su libertad del cautiverio de Egipto; porque el nombre *Pascua* significa *paso*, aludiendo al paso del mar Bermejo; y tambien al del ángel exterminador cuando viendo manchadas de sangre las puertas de los israelitas, pasó por delante de éllas sin hacerles daño; y al contrario, quitó la vida á todos los primogénitos de Egipto. Todas eran figuras de la redencion de los hombres por la sangre del Salvador del mundo y de la Pascua de los cristianos, que es Jesucristo nuestro cordero pascual, que fue sacrificado por nosotros. Los apóstoles instruidos por Jesucristo, fixaron la Pascua de los cristianos el primer domingo inmediato al plenilunio de marzo en memoria de la Resurreccion del Salvador. Pero como los judíos sentian siempre una fuerte propension á retener las ceremonias judáicas en cuanto les fuese posible, muchos de éllos celebraban la Pascua en el Oriente el dia 14 de la luna. Apenas se vió san Pio en la cátedra de san Pedro, cuando expidió un decreto mandando que todas las iglesias del mundo se conformasen con la tradicion apostólica, observada en todos tiempos por la Iglesia romana en órden á la celebracion de la Pascua para no concurrir con los judíos; y lo mismo confirmaron despues muchos concilios.

La paz de que gozaba la Iglesia en tiempo de un Emperador que habia como suspendido todas las persecuciones, dió lugar á que la fe hiciese maravillosos progresos, y á que el santo Papa formase prudentes reglamentos para restablecer en todas partes la disciplina eclesiástica. Prohibió con graves penas que los bienes de la Iglesia fuesen enagenados, ni aplicados á usos profanos, y mandó que se admitiesen á todos cuantos se presentasen para abrazar el cristianismo, sin exclu-

sion ni distincion de judíos y gentiles. Penetrado y lleno de religion, impuso severas penas á los sacerdotes que celebrasen los oficios divinos, ú ofreciesen negligentemente el divino sacrificio, dexando derramar ó vertiendo por su culpa en el altar la preciosa sangre de Cristo. *Si cayere en el suelo* (dice el Santo), *hagan penitencia por cuarenta dias; si en los corporales, por tres; si penetró hasta el primer mantel, por cuatro; por nueve si llegó al segundo; y por veinte si caló hasta el tercero. En cualquiera parage donde cayere, séquese todo lo que hubiese mojado; si esto no se pudiese, lávese con cuidado, ó ráigase; y recogiendo todo lo lavado y lo raido, quémese, y échense las cenizas en la piscina.* En esta piadosa menudencia de disciplina se evidencia su zelo en materia de religion y su devocion al sacramento de la Eucaristía. Ordenó tambien, que las vírgenes consagradas á Dios no profesasen hasta los 25 años de edad; y en fin, estaba tan sobre todo, que nada parece se escapaba á su vigilancia pastoral.

Creciendo cada dia en Roma el número de los cristianos por el zelo y por las fatigas apostólicas del santo Pontífice, consagró en iglesia las Termas Novacianas en honor de santa Pudenciana, y á súplica de su hermana santa Praxêdes, enriqueciéndola con preciosos dones, y celebrando en élla muchas misas. *No sé si te acuerdas* (escribe á Justo, obispo de Viena), *que antes que salieses de Roma, nuestra hermana Euprepia hizo donacion de su casa á la Iglesia: en élla nos juntamos ahora con los pobres de Jesucristo* (así llama á los presbíteros y al clero), *y celebramos el santo sacrificio de la misa. Por lo demas deseo saber lo que ha ocurrido desde que partiste á Viena, y si ha hecho fruto tu predicacion del evangelio.* La data de esta epístola es del año 166.

En ótra que escribió al mismo, le dice de esta manera: "Por la carta de los mártires que me entregó „Atalo, he tenido noticia con indecible gozo mio de „la gloriosa victoria que consiguieron del infierno esos „héroes cristianos, y del valor con que nuestro amado hermano Vero triunfó de los enemigos de Jesucristo, „derramando su sangre por su gloria. Pues eres sucesor

»de este ilustre Mártir en la silla episcopal, sé tambien heredero de sus virtudes, y haz todo lo posible »para llenar dignamente tan santo y tan sagrado ministe»rio. Cuida mucho de los cuerpos de los santos mártires, »como los apóstoles cuidaron del de san Esteban; visita »frecuentemente á los santos confesores que están en las »cárceles; confírmalos mas y mas en la fe, tanto con »tus palabras como con tus exemplos; procura que los »presbiteros y los diáconos te honren mas como á mi»nistro de Jesucristo que como á su superior; en lo »demas, Dios me ha dado á entender que se acerca mi »fin; suplícote no me olvides en el sacrificio del altar." Hállanse estas epístolas con sus decretos en la coleccion de los concilios.

Durante el pontificado de san Pio fue combatida la Iglesia de Dios por muchos hereges, á quienes el santo Pontífice persiguió y anatematizó con una fuerza y con un vigor verdaderamente apostólico, auxiliado poderosamente de san Justino el filósofo, que á la sazon vivia en Roma; y con licencia del santo Papa tenia escuela abierta de virtud, el cual por el mismo tiempo compuso aquella famosa apología en favor de los cristianos, que hizo callar, y confundió vergonzosamente á los gentiles. El enemigo de la Iglesia que dió mas exercicio á la vigilancia del santo Pastor fue el heresiarca Valentin, que tambien se hallaba entonces en Roma, y hacia grandes progresos en el error á favor de sus extraordinarios talentos. Era de vivo ingenio, lleno de fuego, muy cultivado de modales desembarazadas, ayrosas y de un singular atractivo: su elocuencia suspendia y enamoraba; pero sobre todo engañaba al vulgo su continua afectacion de reforma y una bien estudiada exterioridad de virtud. Facilmente descubrió san Pio la malignidad y el veneno de todos aquellos artificios como las extravagancias de aquel solemne embustero. Fulminó contra él todas las censuras de la Iglesia: persiguióle; y no paró hasta exterminar una secta que aniquilaba la religion, destruyendo todos los principios del moral cristiano.

No dió menos exercicio á su zelo y á su vigilancia el heresiarca Marcion. Era de Synopo en el Ponto Euxino, hijo de un padre muy cristiano, que habiendo

enviudado se hizo sacerdote, y despues fue obispo. A los principios hizo Marcion profesion de virtuoso, amando la pobreza y el retiro; pero convencido de haber violado á una doncella, fue separado de la Iglesia por su mismo padre; pasó á Roma, donde con toda su máscara de virtud y de austeridad no pudo conseguir ser admitido á la comunion de los fieles; y despechado, abrazó la heregía de Cerdon, añadiendo muchas impiedades á las de este hediondo Heresiarca; de suerte, que viniendo á Roma san Policarpo, y encontrándole Marcion en la calle, le preguntó: ¿*No me conoces*? Sí, respondió Policarpo, *conózcote muy bien por hijo primogénito de Satanás*. Este impío procuraba disfrazarse con las apariencias de arrepentido y devoto, con lo que engañó á muchos sencillos y algunas mugeres simples; pero el santo Pontífice descubrió sus embustes, confundióle, excomulgóle, y le puso en parage de que no pudiese hacer daño.

A una vida tan exemplar, acompañada de tan heróicas virtudes, y á un zelo tan fervoroso y tan digno de uno de los mas santos sucesores de san Pedro, era muy correspondiente que se siguiese la gloria del martirio para coronar sus trabajos apostólicos. Logróla en fin; pues aunque el emperador Antonino no persiguió á los cristianos en su reynado, pero como subsistian en su vigor los antiguos edictos contra la Iglesia, se aprovechaban de esto los ministros en las ocasiones. El apostólico zelo y el invencible vigor del santo Pontífice contra los enemigos de Jesucristo excitaron su ódio, y encendieron su furor y su venganza. Fue delatado por cristiano y por el mas mortal enemigo de los dioses del imperio ante los magistrados gentiles; arrestáronle, y despues de haber padecido mucho en la prision, tuvo la dicha de perder la vida por la fe de Jesucristo. Sucedió su preciosa muerte el dia 11 de julio del año 165, á los nueve años, cinco meses y veinte y siete dias de pontificado, segun el cardenal Baronio, y en el mismo dia celebra la Iglesia su fiesta.

La misa es en honra del Santo, y la oracion la siguiente.

Infirmitatem nostram respice, omnipotens Deus, et quia pondus propriæ actionis gravat, beati Pii, martyris tui atque pontificis, intercessio gloriosa nos protegat: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Atiende, ó Dios todopoderoso, á nuestra flaqueza, y puesto que nos oprime el peso de nuestros pecados, alívianos de él por la poderosa intercesion de tu bienaventurado mártir y pontífice Pio: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 1. de la del apóstol Santiago.

Charissimi: Beatus vir, qui suffert tentationem; quoniam cùm probatus fuerit, accipiet coronam vitæ, quam repromisit Deus diligentibus se. Nemo, cùm tentatur, dicat, quoniam à Deo tentatur. Deus enim intentator malorum est; ipse autem neminem tentat. Unusquisque verò tentatur à concupiscentia sua abstractus et illectus. Deindè concupiscentia cum conceperit parit peccatum; peccatum verò cum consummatum fuerit, generat mortem. Nolite itaque errare, fratres mei dilectissimi. Omne datum optimum et omne donum perfectum, desursum est, descendens à Patre luminum, apud quem non est transmutatio, nec vicissitudinis obumbratio. Voluntariè enim genuit nos verbo veritatis, ut simus initium aliquod creaturæ ejus.

Carísimos: Bienaventurado el varon que sufre la tentacion: porque cuando fuere exâminado recibirá la corona de vida, que prometió Dios á aquellos que le aman. Ninguno cuando es tentado, diga que es tentado por Dios: porque Dios no es tentador de cosas malas; pues él á nadie tienta. Sino que cada uno es tentado por su propia concupiscencia, que le saca de sí y le aficiona. Despues la concupiscencia habiendo concebido pare al pecado; y el pecado despues siendo consumado engendra la muerte. No querais, pues, errar, hermanos mios muy amados. Toda buena dádiva y todo don perfecto viene de arriba, descendiendo de aquel Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de vicisitud. Porque él de su voluntad nos engendró por la palabra de verdad, para que seamos algun principio de su criatura.

NOTA.

"La epístola de Santiago es una de las que se llaman »*canónicas*; porque, como advierte san Gerónimo, con-

„tiene reglas importantes para el gobierno de las costum„bres y saludables instrucciones en puntos de fe. La pa„labra griega *cánon*, de donde sale *canónico*, significa pro„piamente ordenacion ó regla."

REFLEXIONES.

El que es tentado, no diga que Dios le tienta; Dios no es capaz de tentar al mal; y así á ninguno tienta. Irrítase al tentador con la libertad y con la presuncion; expónese el alma por su mero antojo al ayre mas contagioso; desafíase á los peligros; échase á dormir sobre el borde del precipicio; y despues se grita contra la violencia de la tentacion, contra los peligros del estado, contra la viciosa propension de la naturaleza corrompida. Causa verdaderamente lástima oir quexarse á la mayor parte de los cristianos, lamentándose de lo dificultosa que es la salvacion, y del gran número de los impedimentos. Todo es tentacion, dicen, todo escollos, todo lazos; vivimos en pais enemigo, y hasta de nuestro mismo corazon hemos de desconfiar. El tentador está de inteligencia con todos nuestros sentidos; son pocos los objetos que no estén envenenados; el veneno se introduce por los ojos. Las diversiones mas inocentes, las mas lícitas sirven muchas veces de lazo y de artificio para enredar el alma. Todo eso es así; pero, y bien: en esa generalidad de riesgos, ¿qué armas? ¿qué preservativos? ¿qué auxîlios? ¿qué medios se toman? Al menor ruido, al mas leve temor de peste ó de contagio se alborota, se sobresalta todo el pais; todos huyen, todos abandonan. Ni interes particular, ni razon de amistad, ni vínculo de parentesco, ni respeto de decencia, nada basta para detenernos. Se priva cada uno del juego, del paseo, de la conversacion, del comercio; academias, diversiones, visitas, espectáculos, todo se cierra, todo se interrumpe, todo cesa. Y todo esto, ¿por qué? por la salud, por el temor de la muerte, por el amor á la vida. ¿Y la salvacion? ¿y el temor del infierno? ¿y el deseo de la eterna bienaventuranza producen los mismos efectos? ¿Con qué seguridad se exponen los hombres á los mayores peligros de la salvacion? ¿con qué fiereza, con qué obstinacion se mantie-

nen en medio de las llamas? ¡Y despues se quexan de su ardor y de su vivacidad! Derrámanse en medio del mundo; van á buscar las concurrencias donde todo conspira á corromper los sentidos, á engañar el corazon, á irritar las pasiones, á estrechar mas los lazos, á estragar las costumbres, á debilitar la fe, y á perder el alma. ¡Y despues echan la culpa á la naturaleza y á su viciosa inclinacion! Acusan al tentador, acusan á la tentacion, y falta poco para que no acusen tambien á la divina Providencia. Aunque el enemigo de la salvacion no se acordara de nosotros, como se puede decir que apenas se acuerda de muchos entre aquellos mismos que mas se quexan de él, ¿serian los hombres menos tentados de lo que son, siendo éllos mismos sus mayores tentadores? ¿Qué necesidad tendrá el demonio de tentar á los jóvenes en aquellas concurrencias de donde siempre está desterrada la inocencia, en aquellas diversiones donde no estaria segura la virtud mas arraigada y mas aguerrida, donde se estrellaria la mas sólida devocion, y donde la mas austera penitencia haria inevitable y lastimoso naufragio? Desengañémonos, ninguna cosa puede eludir aquel oráculo infalible: *El que ama el peligro, perecerá en él.* Si se conservara la inocencia en medio de esas peligrosas y voluntarias ocasiones, los mas disolutos harian mayores milagros que los mayores santos. A nadie tienta Dios; cada cual es tentado por su propia concupiscencia, que él mismo irrita y enciende mas.

El evangelio es del cap. 14 de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus turbis: Si quis venit ad me, et non odit patrem suum, et matrem, et uxorem, et filios, et fratres, et sorores, adhuc autem et animam suam, non potest meus esse discipulus. Et qui non bajulat crucem suam, et venit post me, non potest meus esse discipulus. Quis enim ex vobis volens turrim ædificare, non prius sedens computat sumptus qui necessarii sunt, si habeat

En aquel tiempo dixo Jesus á las turbas: Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre, á su madre, á su muger, sus hijos, sus hermanos y sus hermanas, y aun á su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no computa antes despacio

ad perficiendum: ne posteaquam posuerit fundamentum, et non potuerit perficere, omnes qui vident, incipiant illudere ei, dicentes: Quia hic homo cœpit ædificare, et non potuit consummare? Aut quis rex iturus committere bellum adversus alium regem, non sedens prius cogitat, si possit cum decem millibus occurrere ei, qui cum viginti millibus venit ad se? Alioquin, adhuc illo longe agente legationem mittens, rogat ea, quæ pacis sunt. Sic ergo omnis ex vobis, qui non renuntiat omnibus quæ possidet, non potest meus esse discipulus.

los gastos que son necesarios para ver si tiene con qué acabarla, á fin de que, despues de hechos los cimientos, y no pudiendo concluirla, no digan todos los que la vieren: ¿Este hombre comenzó á edificar, y no pudo acabar? O ¿qué rey debiendo ir á campaña contra otro rey, no medita antes con sosiego, si puede presentarse con diez mil hombres, al que viene contra él con veinte mil? De otra suerte, aun cuando está muy lejos, le envia embaxadores con proposiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

MEDITACION.

Del amor desordenado á los parientes.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no nos prohibe Cristo amar á los parientes, sino amarlos mas que á él. De suerte, que si se ofrece alguna ocasion en que el amor al padre, á la madre, á la muger, á los hijos éntre en balanza con el amor de Dios, y no se puedan componer ambos amores, entonces debemos aborrecer con un ódio santo á los parientes, y conservar inviolablemente el amor á nuestro Dios. Es decir, que debemos amar á Jesucristo mas que á todo cuanto amemos mas en este mundo, mas que á nuestra misma vida; y que todo lo debemos renunciar, si fuere necesario, antes que separarnos de nuestro Criador. ¿Qué cosa mas justa? Esto no es aborrecer á los parientes, sino amarlos con un amor subordinado al amor que debemos á Dios; es dar á Dios la preferencia. ¿Y no nos la merece bien? ¿no sería insigne impiedad posponerle á una criatura? ¿qué mayor desórden? ¿se deberá cosa alguna á los parientes, que no se deba á Dios? Este soberano Dueño es nuestro Criador, y este Criador es

nuestro Padre; ningun bien gozamos que no le hayamos recibido de su mano; todos cuantos esperamos han de venir de él; él nos sustenta, nos conserva y nos protege. Pídenos todo el corazon; ¿pero y no se le debemos? ¿le darémos mas de lo que le toca, si se le damos todo? Cuando este Dios, este Salvador y este soberano Padre mandó á los hombres que le amasen sobre todas las cosas, ¿exceptuó á los padres y á los hijos? Y cuando se trate de desobedecer á Dios ó á los parientes, de desagradar á aquél ó á éstos, ¿habrá en qué deliberar? ¿será bien buscar temperamentos, discurrir arbitrios para componer estas dos obligaciones de nuestro amor y de nuestra obediencia? ¿será justo disgustar á Dios, por no disgustar á mis parientes? ¿será justo desobligar á aquél, por no oponerme á éstos? El amor á la carne y sangre, la complacencia de los amigos, el interes de una familia, ¿podrán mas de lo que debo á mi Dios; y consiguientemente á mi salvacion, que absolutamente depende de mi amor á Dios, de mi resignacion en su voluntad, y de mi obediencia á sus preceptos? ¡Mi Dios, qué materia no dan estas verdades á la reflexîon y al arrepentimiento!

PUNTO SEGUNDO.

Considera qué perniciosa es para la salvacion esta dominante inclinacion de la carne y de la sangre, y que consecuencias produce tan fatales, cuando se dan oidos á su voz. ¡Pero, y cuándo no se les dan en la corrupcion general del corazon! Si concurre Dios con los parientes, ¿en qué ocasion se le concede la preferencia? ¿Mas de aquí cuántas injusticias se siguen en el comercio? ¿cuántos lazos se arman á la verdadera virtud? ¿cuántas vocaciones al estado religioso han abortado? Ya no es Dios el que hace eleccion de sus ministros ni de sus particulares siervos; en prevaleciendo el amor de los parientes al amor de Dios, solo se consultan los intereses temporales de la familia. ¿Y qué parte tendrá entonces Dios en el destino de los hijos? Llama Dios para el ministerio de los altares á aquellos á quienes desde la eternidad tiene destinados para el sacerdocio; pero se apela al tribunal de la carne y sangre, y éste pretende trastornar toda la economía

de la divina Providencia, y desconcertar al mismo tiempo la série de la predestinacion; y ya no es privilegiada la tribu de Levi; en vano llama Dios á la Iglesia á aquel primogénito; en vano le ha dotado de talentos muy propios para los sagrados ministerios de la religion; es primogénito, y no puede ir por el estado eclesiástico. Pero que un segundo ó un tercero no tenga talentos ni vocacion, no importa; sus padres la tienen por él; la familia le ha destinado para una capa de coro, ó para la religion. No nació para élla aquella doncellita, ciertamente se perderá si entra religiosa. ¿Y qué importa eso? piérdase, porque así lo han decretado sus padres. Conoce la ótra que Dios la llama á este estado; pero es el ídolo de la madre, y no puede ser, se ha de quedar precisamente en el munpo; y las que no tienen tantas prendas ni tantos atractivos sean sacrificadas al interes del primogénito. Ya se sabe que la prediteccion de los padres ha de hacer el destino de los hijos. Díceseles contínuamente que la casa está alcanzada, que no hay bastantes medios para colocarlos con decencia, para darles estado correspondiente á su calidad, en que lo luzcan y sobresalgan en el mundo. Este es el oráculo que se consulta, el único que se sigue. Conoce claramente aquel jóven que Dios le llama para sí; que le destina para que le sirva con alguna especialidad; está muy descubierta su vocacion al estado eclesiástico ó religioso; pero detiénele el amor á sus parientes, y se desvanecen todos sus proyectos. Por mas que Dios le solicite, no tiene valor para romper los lazos. ¡Qué desgraciada flaqueza! ¡pero qué desdichas no se siguen de esta desventurada cobardía! Erró el camino; ¿pues qué maravilla será si despues se extravía y se precipita? Prefiérese el amor de los parientes al amor de Dios; preciso es que despues de todo se convierta en mayor daño. ¡Qué dolor en la hora de la muerte cuando se reconozca esta irracionalidad!

Conózcola, Señor, desde ahora, y penetro muy bien toda la injusticia y toda la impiedad de un proceder tan ageno de razon. No, mi Dios, no daré ya oidos á la carne y á la sangre cuando se trate de daros gusto; resuelto estoy á sacrificar todo cuanto mas amo en el mundo antes que ofenderos.

JACULATORIAS.

Legem pone mihi, Domine, viam justificationum tuarum: et exquiram eam semper. Salm. 118.

Enseñadme, Señor, el camino de vuestra divina voluntad, que yo os prometo de no seguir ótro.

Deus meus, adjutor meus... protector meus, et cornu salutis meæ, et susceptor meus. Salm. 17.

Mi Dios, mi auxîliador, mi protector, guia de mi salvacion, y mi único Salvador.

PROPOSITOS.

Sígueme á mí, y dexa que los muertos entierren á sus muertos, dixo el Salvador á un mancebo que le pidió licencia para ir á enterrar á su padre. ¿Pues que diria Jesucristo á sus discípulos de profesion, á aquellas personas religiosas, que despues de haber renunciado solemnemente todo lo que mas amaban en el mundo, despues de haber hecho pedazos los vínculos de la carne y sangre, vuelven despues á estrecharse voluntariamente con estos lazos mas que nunca; se engolfan con mas ardor y con mayor viveza en los intereses de sus parientes que los parientes mismos? Ocupados mas en las conveniencias de sus sobrinos, en el explendor de su familia, que en las obligaciones de su estado, solo se sirven del crédito que les han merecido en el mundo su carácter, su profesion y sus talentos para fomentar el orgullo y la vanidad de sus parientes. No es otra aquella apostasía del corazon de que habla el Profeta. ¡Puede haber mayor desórden, ni mas escandaloso, que ver convertidos á los religiosos en agentes y en procuradores de los hombres del mundo! ¡que un religioso se ocupe en solicitar un empleo, en ajustar una boda, en adquirir una heredad para sus parientes! ¡qué cosa mas indecente, ni mas indigna de su estado! *Dexa á los muertos enterrar á sus muertos*. Guárdate bien de mezclarte jamás en esos negocios puramente seculares, y acuérdate de lo que dice san Gerónimo, que el que conserva todavía esas solicitudes, esas ánsias aseglaradas, no tiene de religioso mas que el nombre.

2 Ama en hora buena á tus parientes; pero ámalos con un amor cristiano; interésate en lo que toca á su salvacion, y en nada mas. Cuando trates con éllos, edifícalos con tus conversaciones, y sean todas en órden á su bien espiritual. Ten presente que hasta los mismos seglares de algun juicio y de mediana capacidad hacen muy poco aprecio de su interior, y les parecen muy mal aquellos religiosos en quienes notan tanto espíritu del mundo. Si estás en el siglo, ama con ternura á tus parientes, pero con una ternura subordinada siempre al amor que debes á Dios. En los negocios de la familia consulta siempre á tu conciencia antes que á tu corazon. Cáusete horror la menor sombra de injusticia ó de venganza. Mira en buen hora por los intereses de tus parientes; pero sin perder de vista su salvacion y la tuya. Desconfia mucho de las solicitaciones de la carne y sangre; todas son sospechosas. ¿Eres hijo de familia? pues aconséjate con Dios, y con solo Dios sobre el estado que has de tomar; observa constantemente el consejo de san Gerónimo á los que llama Dios al estado religioso: *Per calcatum perge patrem, per calcatum perge matrem*: dexa tu casa, tu pais, tu parentela por obedecer á la voz de Dios que te llama; aunque sea menester convertirte en piedra, hacerte insensible á los movimientos de la mas viva ternura, no deliberes ni un solo momento. Esta doctrina parecerá dura á los hombres del mundo, pero es la pura doctrina del mismo Jesucristo.

DIA DOCE.

San Juan Gualberto, fundador del órden de Valle-Umbrosa.

Nació en Florencia, ciudad de Italia, de familia ilustre por su antigua y calificada nobleza. Criáronle sus padres en la religion cristiana; pero no con el mayor cuidado de que fuesen muy cristianas sus costumbres. Em-

bebido enteramente su padre en el espíritu del mundo, se llenó de complacencia cuando descubrió en su hijo inclinaciones marciales y mundanas, y puso su mayor atencion en fomentárselas. Las contínuas lecciones que le daba se reducian á que no sufriese jamás que le perdiesen el respeto, ni mucho menos que le ultrajasen; y que si tenia honra, debia prontamente lavar la injuria en la sangre de sus enemigos. La doctrina no podia ser mas contraria á la de Jesucristo; pero se acomodaba mucho al genio de Gualberto, naturalmente feroz y soberbio, con que se le imprimió altamente en el corazon. Hízose muy delicado en esto que se llama pundonor, siendo la venganza su pasion dominante. Irritóla mas una querella que ocurrió en la familia. Cierto pariente suyo fue muerto por un caballero del pais; juró la muerte del asesino el padre de Gualberto; y como tenia tan conocido el genio fogoso de su hijo, inclinado naturalmente á la venganza, le incitó á perseguir al enemigo hasta vengar la muerte de su primo con la sangre de aquel caballero.

Hallóle tan dócil al bárbaro consejo, que ningun hijo fue mas obediente. Como el precepto se acomodaba tanto á su pasion, ansiaba porque fuese executiva la obediencia, ardiendo en vivos deseos de satisfacer cuanto antes á su padre y á su venganza. Tardó poco en presentársele la ocasion; porque volviendo un dia del campo, permitió Dios que improvisamente se encontrase con su enemigo en un parage tan estrecho, que no era posible ni á úno ni á ótro retirarse. Arrebatado Juan de cólera, echó prontamente mano á la espada, y diciendo al enemigo que allí mismo habia de lavar en su traidora sangre la muerte de su pariente, iba ya á pasarle de parte á parte cuando el caballero, que se hallaba desarmado, saltó ligeramente en tierra; hincóse de rodillas á los pies de Juan, y con las manos cruzadas le habló de esta manera: *Pídote que me perdones, y que me dexes la vida por amor de nuestro Señor Jesucristo, que murió por ti y por mí en una cruz un viernes como hoy.* La postura del suplicante, la circunstancia del dia y el nombre de Jesucristo helaron la cólera de Juan; paróse un poco, y ofreciéndosele vivamente á la consideracion que el Salvador del mundo estando en la cruz perdonó á sus enemigos, é intercedió

por éllos á su Eterno Padre, volvió la espada á la vayna, alargó la mano al caballero, levantóle y le dixo: *Nada puedo negar al nombre de mi Señor Jesucristo. Concédote la vida y mi amistad*; *ruega al mismo Señor que me perdone*; y abrazándose estrechamente los dos, se separaron.

A una accion tan cristiana como generosa se siguió inmediatamente cierto movimiento de devocion en el alma; y encontrando á pocos pasos el monasterio de san Miniat, entró en la iglesia; arrodillóse delante de un devoto crucifixo, y cuando pedia á Dios desecho en lágrimas que tuviese misericordia de él, vió que el crucifixo le inclinaba la cabeza, para significarle con aquella sensible demostracion lo grata que le habia sido la accion que acababa de executar. Quedó atónito nuestro Juan á vista de tan señalado favor, cuya memoria se conserva hasta el dia de hoy en el mismo crucifixo, que venera tiernamente la devocion en la iglesia de san Miniat; y acabando la gracia de perfeccionar su conquista, le inspiró un deseo tan ardiente de amar á su Dios, que resolvió no servir en adelante á otro dueño. Acabó su oracion, montó á caballo, tomó el camino de Florencia; pero solicitado poderosamente por la gracia, mandó á los criados que siguiesen derechos á casa, y él se volvió al monasterio; buscó al abad, y arrojándose á sus pies, le pidió el hábito de monge. Sorprendió al abad tan no esperada vocacion; y como le conocia muy bien, no queria recibirle; pero rogó, instó y apuró tanto, que despues de haberle representado el abad la vida tan austéra y penitente de la religion, le permitió que se quedase dentro del monasterio.

Aún no bien habia entrado, cuando llegó tambien su padre, informado ya de su intento; pide con ferocidad que le entreguen luego á su hijo; y arrojando centellas por los ojos, y espuma por la boca, jura que si no se le entregan al punto pondrá fuego al convento. Atemorizaron sus amenazas á todos los monges, pero no á nuestro Sanbito, el cual viendo que ninguno se atrevia á darle el háto, arrebató úno que encontro de un monge; báxase al coro, pónele sobre el altar, él mismo se corta el cabello, y á presencia de todos los religiosos se echó á cuestas la

cogulla. Admiraron con lágrimas todos los concurrentes tan generosa resolucion, y hasta la obstinacion de su padre se dió por vencida á vista de una vocacion tan señalada. Deshaciéndose en llanto le echó los brazos al cuello, exhortándole á la perseverancia, y á sostener con su fervor el empeño de un paso tan generoso.

No se desmintió nuestro Novicio; correspondió perfectamente su fervor á su resolucion, y en poco tiempo pudieron satisfacer los rigores de su penitencia por los desórdenes de su juventud. Era la vida de los monges de san Miniat copia fiel de los primitivos monges de san Benito, florecia la santa regla en todo su vigor, y en breves dias fue nuestro Juan un acabado modelo de élla. Luego que vistió la cogulla se mostró el mas humilde, el mas obediente, el mas puntual y el mas devoto de todos. No se contentaba con reputarse por el último de los monges; queria que todos le reputasen y le tratasen como á tal. Su penitencia espantaba á los mas mortificados; pero su caridad, su dulzura y su igualdad de ánimo hacian amable su penitencia. En fin, se adelantó tanto en el camino de la perfeccion, que desde los primeros años de su profesion fue la admiracion de los mas perfectos.

Así vivia nuestro Gualberto en su amada soledad, cuando la muerte del abad interrumpió su quietud. Nada hubo que deliberar en la eleccion; por mas que se excusó, que se opuso, y que protestó, fue nombrado por unánime consentimiento. Como era tan de corazon su resistencia, no por eso cedió, antes perseveró constantemente en renunciar el empleo, considerándose indigno de exercerle. Esto dió ocasion á que se apoderase de él otro monge, que no era tan escrupuloso ni tan delicado de conciencia; pero fueron tantas las inquietudes y las turbaciones que excitó en la casa, que al fin se halló precisado Gualberto á mudar de monasterio. Acompañado de algunos monges mas fervorosos se retiró al principio á la Camaldula, lugar á la sazon muy famoso por la multitud de los santos anacoretas que vivian en él baxo la regla de san Romualdo. Allí hubiera fixado su destino, y todos deseaban mucho que lo hiciese; pero se sentia mas movido á la vida cenobítica, que á la solitaria; y así se encaminó á otro retiro, llamado *Valle-Umbrosa*, por ser

un valle muy sombrío, todo cubierto de álamos, á media jornada de Florencia, donde encontró dos solitarios, á los cuales se juntó con sus compañeros. Extendióse en poco tiempo su reputacion por aquellos contornos; concurrian de todas partes á ver al Siervo de Dios, y en pocos dias se vió maestro de muchos discípulos, á los cuales hacia observar con todo rigor la regla de san Benito, yendo él delante con el exemplo.

Logró de la abadesa de san Hilario que les hiciese donacion del sitio que ocupaban, y edificó en él un monasterio de tierra y de madera, cuya iglesia ó capilla vino á consagrar el obispo de Paderbon, que habia seguido al emperador Enrique III. en su viage á Italia. Tal fue el origen de aquella ilustre congregacion, que aprobó el papa Alexandro II. el año de 1070; y extendida por toda Italia, en muy poco tiempo ilustró á la Iglesia de Dios con el explendor de sus raras virtudes, y la edifica el dia de hoy con sus grandes exemplos.

Crecia mientras tanto la nueva comunidad, aumentándose cada dia el número de sus individuos, y era menester nombrar cabeza que la gobernase. Conspiraron todos los votos en favor de san Gualberto, que no solo se negó con teson, sino que por algun tiempo estuvo dudoso si se retiraria; pero temiendo que se deshiciese aquella congregacion que él mismo habia fundado, y la consideraba como obra del Señor, se sujetó al sacrificio, y aceptando el empleo, á pocos dias el monasterio de Valle-Umbrosa fue un verdadero retrato del monasterio de Monte Casino.

Desde luego floreció en él con todo rigor el primitivo espíritu de la religion de san Benito; retiro, silencio, desasimiento de todo lo criado, oracion casi contínua, vigilias, ayunos, abstinencias, penitencias corporales, todo predicaba, y todo edificaba en aquellos nuevos monges, y era el Abad como el alma de aquellos grandes exemplos, Nada mandaba á los demas que no lo hubiese executado primero; y se solia decir, que para distinguir al Abad entre los otros monges no era menester mas que observar quién era el mas mortificado y el mas humilde entre todos éllos. A esta única distincion y preeminencia aspiraba Gualberto.

El prodigioso número de discípulos que se le agregó le obligó á pensar en la fundacion de nuevos monasterios, á la cual solicitaban contribuir con piadosa competencia los potentados de Italia. Fundó el de san Salvi, el de Mosceta, el de Razzuelo, y el de Monte-Scalario; reformó algunos de los antiguos, introduciéndo en éllos la observancia de Valle-Umbrosa, y antes de morir tuvo el consuelo de ver resucitado el primitivo espíritu de los monasterios de san Benito en diez ó doce de sus casas. Era austerísimo consigo mismo, pero dulcísimo y suavísimo con los demas; y esta misma suavidad y dulzura obligaba á los monges á ser mas mortificados.

Fuera de los religiosos de misa que guardaban estrecha clausura, recibia ótros para legos, ó para hermanos conversos; esto es, para la clase de aquellos que convertidos á Dios servian diferentes oficios de la casa sin recibir nunca los sagrados órdenes. Estos se ocupaban en los ministerios exteriores y temporales, por lo que estaban dispensados de la clausura y del silencio; su hábito se distinguia en algo del de los otros monges, y no se les obligaba á tanta austeridad; siendo este el primer exemplar que se encuentra en la historia eclesiástica de religiosos legos diferentes de los destinados al coro.

Velaba contínuamente sobre todo lo que podia fomentar ó disminuir el espíritu de la observancia. Fue á visitar el monasterio de Mosceta, y halló que el nuevo abad Rodolfo habia hecho un edificio, cuya magnificencia desdecia de la simplicidad y modestia religiosa; desazonóse tanto, que dió al Abad una severa reprension, diciéndole que las sumas de dinero que habia gastado en levantar aquel monumento de su vanidad estarian mejor empleadas en sustentar á muchos pobres. Suplicó fervorosamente á Dios que no permitiese se conservase en pie aquel edificio tan poco ajustado al espíritu de la regla; y apenas salió de él cuando un arroyuelo que corria cerca del monasterio creció tanto, que le inundó, y le echó enteramente á tierra. El amor y la caridad con los pobres igualaba al amor que profesaba él mismo á la santa pobreza. No queria que se negase limosna á alma viviente; y al mismo tiempo que no admitia mas de lo precisamente necesario para sus monasterios, repartia entre los

pobres lo que estaba destinado para la comunidad. Mas de una vez dexo vacías las paneras, y mandó matar los rebaños para socorrer las necesidades en tiempo de carestía.

Acompañaban á estas virtudes los mas milagrosos dones sobrenaturales. Penetraba el interior de los corazones; temblaban los demonios al oir el nombre de Gualberto; solo con hacer oracion al Siervo de Dios, sanaban los enfermos mas desahuciados. Un caballero amigo suyo le despachó un propio con la noticia de que se hallaba gravemente enfermo: *Anda, hermano mio*, dixo el Santo al criado, *vuélvete á casa, y encontrarás sano y bueno al que dexaste moribundo*. Así sucedió.

Por su grande santidad se hizo venerar hasta de los sumos pontífices. Leon IX. hizo expresamente un viage á Pasiñano solo por verle, y quiso que comiese á su mesa. Esteban IX. le envió á llamar, no obstante de hallarse el Santo enfermo á la sazon. Alexandro II. le profesó singular veneracion, y decia públicamente que la Iglesia debia á Gualberto la casi total extincion de la simonía en todo aquel pais. Efectivamente hizo el santo Abad contínua y vigorosa guerra á este vicio; persiguióle su zelo sin darle cuartel ni treguas, y mas de una vez le autorizó el cielo con estupendas maravillas. Valióse Pedro de Pavía de cuantas violencias pudo contra el Santo y contra sus monges para intimidarlos y para perderlos; pero fue en vano; Gualberto le convenció de simonía y de heregía, ofreciéndose uno de sus monges á la prueba del fuego para justificar la acusacion. Admitiósele, y se paseó muy despacio sin recibir lesion alguna por una dilatada hoguera á vista de toda la ciudad de Florencia.

No sobrevió el Siervo de Dios mucho tiempo á este milagroso suceso. Consumido al rigor de las penitencias y de sus apostólicas fatigas, cayó enfermo en Pasiñano; conociendo que se acercaba su fin mandó llamar á todos los abades y superiores de la órden, y los exhortó á la caridad, á la exâctitud, al fervor y á la puntual observancia de la regla. Recibió despues los sacramentos de la Iglesia con tanta devocion y ternura, que sacó lágrimas de todos los asistentes; y hecha en su presencia la profesion de la fe, rindió tranquilamente el espíritu en manos

de su Criador el dia 12 de julio del año 1073, á los 74 de su edad, y á los 22 despues de haber establecido su reforma. Desde luego se hizo glorioso su sepulcro por los muchos milagros que obró Dios por su intercesion; lo que movió al papa Celestino II., precediendo las informaciones jurídicas de sus virtudes y milagros, á ponerle en el catálogo de los santos el año 1193.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Joannis abbatis commendet, ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur: Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, Señor, que nos haga recomendables la intercesion del bienaventurado abad Gualberto, para que consigamos por su proteccion lo que no podemos por nuestros merecimientos: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 45. del libro de la Sabiduría.

Dilectus Deo, et hominibus, cujus memoria in benedictione est. Similem illum fecit in gloria sanctorum, et magnificavit eum in timore inimicorum, et in verbis suis monstra placavit. Glorificavit illum in conspectu regum, et jussit illi coram populo suo, et ostendit illi gloriam suam. In fide, et lenitate ipsius sanctum fecit illum, et elegit eum ex omni carne. Audivit enim eum et vocem ipsius, et induxit illum in nubem. Et dedit illi coram præcepta, et legem vitæ et disciplinæ.

Fue amado de Dios y de los hombres, y su memoria es en bendicion. Dióle una gloria semejante á la de los santos, y le engrandeció para que le temiesen los enemigos, y amansó los monstruos por medio de sus palabras. Ensalzóle en presencia de los reyes; le dió sus órdenes delante de su pueblo; y le manifestó su gloria. Le santificó en su fe y en su mansedumbre, y le escogió de entre todos los hombres. Porque oyó y escuchó la voz de Dios, y le introduxo en la nube. Y le dió en público sus preceptos, y la ley de vida y de ciencia.

NOTA.

„Muéstranos el mismo Jesus, hijo de Sirach, lo mu-
„cho que estudió; habla como profeta y como inspira-
„do, y nos advierte que fue el último de los hebreos que
„escribió sentencias y documentos.

REFLEXIONES.

Hízole santo por su fe y por su apacibilidad. Por eso hay hoy tan pocos santos, porque hay tan poca fe. No es posible fe viva sin obras, y estas obras hacen los santos. La fe muerta ó apagada es infecunda, nada produce; en faltándonos esta luz sobrenatural, solo nos resta una debil cadenilla de luz natural, que inmediatamente la apaga el viento de las pasiones; y aunque no la apague, ¿qué nos podrá descubrir? poco ó nada; porque alcanzan muy poco. Cuando los objetos se miran á una falsa luz, nunca se representan como son; algunos arrebatan los ojos mirados de esta manera, que los ofenden, y los retraen cuando se les mira sin artificio. ¿Qué precipicios no podemos temer si nos gobernamos solo por esta guia? Siendo tan frecuentes los exemplares, causa admiracion que sean tan raros los escarmientos. ¡Qué caidas tan funestas! ¡qué despeños! ¡qué fin tan triste de tantos grandes ingenios! Apagóse en él la luz de la fe, y desbarró aquel grande entendimiento; esforzóse la razon á sostenerle por algun tiempo con frívolas esperanzas; pero no le pudo volver á enderezar; acudieron como auxîliares la política y el interes; puso el orgullo en movimiento todos sus expedientes y artificios; pero nada bastó para que al fin no se despeñase. Como eran tan limitadas sus luces, no le pudieron descubrir todos los precipicios; desvaneciéronse todos sus vanos proyectos, y saliéronles errados todos sus superficiales discursos; deconcertáronsele todas las medidas. A poco que se nos esconda la luz de la fe, á poco que nos apartemos de esta guia, no hay que esperar mas que errores, extravagancias y desvaríos.

No es menos necesaria la apacibilidad para ser santos. Es esta virtud el primer fruto de la sujecion de las pasiones, y sobre todo de la cristiana humildad. El espí-

ritu de Dios solo inspira severidad consigo mismo; y la compasion es como su querida virtud. El zelo duro y amargo es efecto de un espíritu orgulloso y de un corazon inmortificado. Pero no confundamos la benignidad cristiana con la viciosa relaxacion. El mismo Jesucristo nos dió bien á conocer la diferencia. La dulzura es fruto natural de la caridad; pero no es incompatible con la magnanimidad ni con la fortaleza; siendo el espíritu de Dios el que la produce y la fomenta, el zelo mas dulce es el que persigue al vicio con mayor vigor, y el que le hace mas constante guerra; pero como al mismo tiempo es zelo discreto, hace grande distincion entre el pecado y el pecador.

El evangelio es del cap. 5. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Audistis quia dictum est: Diliges proximum tuum, et odio habebis inimicum tuum. Ego autem dico vobis: Diligite inimicos vestros, et benefacite his, qui oderunt vos, et orate pro persequentibus, et calumniantibus vos, ut sitis filii Patris vestri, qui in cœlis est; qui solem suum oriri facit super bonos et malos, et pluit super justos et injustos. Si enim diligitis eos, qui vos diligunt, quam mercedem habetis? nonne et publicani hoc faciunt? Et si salutaveritis fratres vestros tantum, quid amplius facitis? nonne et etnici hoc faciunt? Stote ergo vos perfecti, sicut et Pater vester cœlestis perfectus est.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Habeis oido que se dixo: Amarás á tu próximo, y aborrecerás á tu enemigo. Pero yo os digo: Amad á vuestros enemigos; haced bien á aquellos que os aborrecieron, y orad por los que os persiguen y calumnian, para que seais hijos de vuestro Padre que está en los cielos; el cual hace que salga su sol sobre los buenos y sobre los malos, y envia la lluvia para los justos y para los injustos. Porque si solo amais á los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿no hacen lo mismo los publicanos? ¿y si solo saludais á vuestros hermanos, ¿qué haceis de singular? ¿no hacen tambien lo mismo los gentiles? Sed, pues, vosotros perfectos, así como lo es vuestro Padre celestial.

MEDITACION.

Del perdon de las injurias.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el perdon de las injurias es quizá el mandamiento mas claro y mas formal de Jesucristo que se encuentra en el evangelio. No llegó á tanto toda la perfeccion de la ley antigua; pero la nueva hizo de este precepto el punto capital de su doctrina. La antigua solo os obligaba á amar á los que os aman, decia el Salvador del mundo; *pero yo os digo que ameis á los que os aborrecen.* Y no basta desearlos todo bien, es menester hacérsele. El amor puramente afectivo no es suficiente para llenar toda la perfeccion de este precepto, es preciso acreditar con las obras que se ama á los enemigos. Cuando no se les puedan hacer obsequios y beneficios, ayúdeseles con oraciones; suplan los deseos lo que falta al poder y á la pobreza. El precepto es verdaderamente singular; pero es del mismo Jesucristo: *Yo os digo; amad á vuestros enemigos.* Es verdad que es de mucha perfeccion este precepto; pero tambien quiere Jesucristo que seamos perfectos como nuestro Padre celestial. Parece mandamiento bien dificultoso; pero la gracia del Redentor todo lo hace facil. Solamente la religion cristiana pide esta heróica magnanimidad; por élla sola es toda divina; divina en sus dogmas, que solo Dios nos pudo revelar; divina en su doctrina, que solo nos la pudo enseñar el mismo Jesucristo. ¿Pero hemos comprendido bien toda la equidad, todas las ventajas y toda la perfeccion de este mandamiento? No hay pasion mas injusta que la venganza. Es la justicia vindicativa exercicio de suprema autoridad. ¿Y qué autoridad, qué jurisdiccion tenemos sobre nuestros hermanos para hacernos justicia por nosotros mismos cuando nos han ofendido ó agraviado? ¿y dónde se hallará ley mas oportuna para conservar la pública tranquidad? Con mucha razon se puede decir, que cuando Dios nos intimó este precepto atendió á nuestro interes particular. Ninguno hay que no pueda temer mayor daño de

sus enemigos, que sus enemigos puedan temer de él. Considerando cada cual en su persona, no es mas que uno, y sus enemigos son muchos. Con solo este precepto quedan desarmados, y el precepto mira á nuestra seguridad. Por otra parte, ¿cuánto necesitamos nosotros mismos de que nos perdone Dios? Somos pecadores, y por el mismo hecho somos enemigos suyos. ¿Con cuánta razon y con cuánto derecho pudiera irritarse contra nosotros, vengarse y castigar los ofensas que le hacemos? Pero este Dios de misericordias no nos quiere perder, solamente desea algun motivo para perdonarnos sin quexa de su justicia, y él mismo nos sugiere este motivo. Mándanos que perdonemos nuestras injurias, y nos promete que nos perdonará las suyas; haciendo obligacion, por decirlo así, de tratarnos él á nosotros como nosotros tratásemos á nuestros enemigos. Tiene tan en el corazon este punto de su divino moral, que quiso fuese la quinta peticion de la oracion del *Padre nuestro*, que él mismo nos enseñó. ¿Pudo proponernos condicion mas fácil, ni mas justa, ni mas eficaz para concedernos su gracia y su amistad? Y despues de esto, ¿nos parecerá precepto muy árduo el perdon de las injurias?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que en la realidad no es tan árduo este precepto como se nos figura. Dícese que es dura cosa el perdonar; ¿y no lo será mas el vengarse? ¡Qué turbacion, qué inquietudes, qué temores, qué sobresaltos no padece un corazon poseido del espíritu de venganza! El ódio despedaza primero el corazon de que está apoderado antes de hacer el menor daño al enemigo. Así como el fuego devora la materia propia antes de comunicarse á la extraña, de la misma manera se puede decir que el que se venga de su enemigo es la primera víctima de su venganza. ¿No es un infierno anticipado estarse consumiendo dia y noche en un fuego abrasador que contínuamente te está trayendo á la memoria la persona á quien persigues, representándotela como un horrible monstruo, abultando la injuria, encendiéndote la indignacion, y alborotándote la sangre solo con ver al enemigo? Si es dichoso

en sus empresas, ¡qué rabia! Si es estimado de todos, ¡qué furor! Si es poderoso, ¡qué cólera! Si es aplaudido, ¡qué envidia! Si está superior á ti, ¡qué aprension y qué inquieta solicitud para descubrir y para desbaratar las máquinas que puedan mover para perderle! Levántase en ese pobre corazon una deshecha tormenta de pasiones, que suceden sin cesar únas á ótras. ¡Ah, y cuántas veces se quisiera allá en lo interior del alma no haber formado tal intento, y no haberse empeñado tanto! Pero logróse la venganza; siéntese por algunos pocos instantes cierta maligna complacencia; ¡mas ó Dios, y qué amarga! ¿Qué produxo esa satisfaccion? nuevos temores, crueles cuidados, funestas enemistades que se perpetúan en las familias, y muchas veces las destruyen. ¡Buen Dios, de cuántos disgustos y de cuántas desdichas libra una noble y cristiana generosidad, que sacrifica á Dios el sentimiento, y perdona la injuria recibida! Pero mi nacimiento, mi calidad, mis circunstancias piden indispensablemente una justa satisfaccion. Dime, ¿y Jesucristo era de nacimiento, de calidad y de circunstancias inferiores á las tuyas? ¿fue culpado? ¿mereció tan malos tratamientos por algun delito? ¿hizo alguna accion, no digo ya mala, pero indiscreta ó menos prudente? Bien está; permítote que no te olvides en esa ocasion de tu calidad y de tu mérito; tampoco se olvidó de élla Jesucristo, y con todo eso perdonó, aun sin habérselo agradecido. ¿Te pedirá demasiado cuando solo te pida que hagas lo mismo que hizo él? No ignoraba en qué consistia el verdadero honor; ¿perdióle acaso por haber perdonado? ¿y le perderás tú si perdonas á su exemplo? *Vidisti pendentem*, dice san Agustin, *audi clamantem.* ¿Le has visto padecer enclavado? pues óyele clamar piadoso: *Padre, perdónalos.* No dice, Juez de vivos y muertos, vengador de la inocencia oprimida, castiga á éstos ingratos y á estos impíos; y vengando la ignominiosa muerte de tu Hijo, enseña á todos los mortales, que ninguno me ha de injuriar impunemente. ¿Y será posible que despues del exemplo de Jesucristo haya quien se niegue á perdonar las injurias? ¿pero qué se dirá en el mundo si perdono? ¡Quimérico pundonor! ¡impía y extravagante delicadeza! Diráse que eres verdadero discípulo de Cristo, que guardas su santa ley, y que quieres

obligar á tu Dios á que te perdone tus pecados. Es la venganza pasion de almas baxas y villanas; es propiedad de brutos y de fieras, inclinadas todas á vengarse; no hay señal mas cierta de un corazon noble y generoso, que la facilidad en perdonar; descúbrese en esta accion cierta magnanimidad, cierta grandeza de alma, que admira y enamora. El exemplo está claro en san Gualberto y en tantos otros santos; aquel heróico acto de virtud no solo fue el origen de su elevada santidad, sino que por todos los siglos será el mas justo y el mas glorioso asunto de su elogio.

¡Ah mi Dios, y qué confusion la mia! ¡qué dolor de haber sido hasta aquí tan enemigo de mi paz, y de mi gloria por una pasion vil y cobarde! Avergüénzome de haber tenido tanta dificultad en perdonar, cuando tengo tanta necesidad de que me perdonen. Ayudado de vuestra divina gracia, os empeño mi palabra de perdonar cuantas ofensas me hayan hecho, ó me hicieren en adelante, con tan sincero y generoso corazon, que pueda deciros confiadamente: *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.*

JACULATORIAS.

Si reddidi retribuentibus mihi mala: decidam merito ab inimicis meis inanis. Salm. 7.

Señor, si volviere mal por mal á mis enemigos, consiento en que me oprima su violencia.

Memento, Domine David, et omnis mansuetudinis ejus. Salm. 131.

Acordáos, Señor, de vuestro siervo, y de la mansedumbre con que perdona sus injurias.

PROPOSIOS.

No hay precepto mas preciso, ni mas claro que el de perdonar las ofensas; pero acaso tampoco hay ótro que se eluda con mas artificios, ni con mayor seguridad. Todo conspira á debilitarle, y de todo se echa mano para hacerle ineficaz. Hasta el especioso pretexto de la mayor glo-

ria de Dios, de la virtud y de la justicia sirve de sobrescrito á la venganza. Los devotos y los virtuosos; quiero decir, los que presumen serlo, son muchas veces los que perdonan menos. Es bien grosera la ilusion, no hay duda; mas no por eso es menos universal. Yo le perdono, dicen algúnos; pero es razon que se castigue la ofensa. No quiero mal á mis enemigos; pero la injusticia no ha de quedar sin escarmiento. El corazon le tengo sano, y sin hiel; solo deseo que se dé á mi afrenta la debida satisfaccion; yo no me quiero vengar; únicamente pretendo que se repare mi honor con el castigo del que me le vulneró. Este es el lenguage comun de las gentes del mundo, y aun se puede decir que de todo género de gentes. ¡Mi Dios, qué inconsecuente, y qué pobre es el mayor entendimiento, cuando se empeña en justificar la venganza! Guárdate de ilusion tan perniciosa; mira que no es posible echar polvo á los ojos de Dios; están muy patentes á éllos todos los misterios de iniquidad, y nadie le puede engañar, ni puede engañarse. El que no perdona á su hermano de lo mas íntimo de su corazon, dice el Salvador, *de cordibus vestris*, todas sus protextas de amor sirven de nada. No es perdonar de lo íntimo del corazon pedir satisfaccion por el agravio, no querer tratar con los qué nos han ofendido, mirar con indiferencia, y aun con frialdad á los que nos han hecho algun mal oficio. El precepto á la verdad es perfectísimo; pero al fin es precepto; ¿y cómo le has guardado tú?

2 Pero no basta perdonar al enemigo, no basta no desearle mal, es menester amarle, *diligite*, y es menester hacerle bien, *benefacite*. Así lo declara Jesucristo. De donde se infiere, que no se cumple con este precepto precisamente con no hacer al enemigo el daño que fácilmente se pudiera; es preciso cuando se ofrezca la ocasion servirle en lo que se pueda, como se hace con los amigos. Es ilusion, es error contentarse con decir: yo no le quiero mal; no permita Dios que yo me vengue; pero no quiero su comunicacion, no quiero sus visitas, ni concurrir adonde él concurra; él en su casa, y yo en la mia; no me mezclo en sus cosas, &c. Vamos claros, ¿esto es perdonar al enemigo de lo íntimo del corazon? ¿es amarle? ¡Bueno! con que no se quiere tener comunicacion con un amigo; no se quiere ir á su casa; húyese de concurrir adonde él concurra, no

se puede sufrir su presencia, ¿á este sugeto se le ha perdonado de lo íntimo del corazon? ¿y á éste se le ama sinceramente? ¿estás pronto á servirle en todas las ocasiones? ¿has hecho alguna vez reflexîon sobre la ridiculez, y la extravagancia de esta conducta? En medio de eso, cada dia pedimos á Dios una y muchas veces, *que nos perdone nuestras deudas, como nosotros perdonamos á nuestros deudores*; que nos trate á nosotros como nosotros tratamos á nuestros hermanos. ¿Y esto no es pedir á Dios que nos condene? Aprovéchate de estas reflexîones prácticas. ¿Te han ofendido ó maltratado? ¿te han hecho alguna injuria? pues perdona, y perdona de todo tu corazon; olvidando por amor de Dios la ofensa, el agravio y la afrenta. Busca cuanto antes á ese sujeto, alégrate de concurrir con él, habla siempre con estimacion de su persona, solicíta ocasiones de servirle, y acredita con todos que verdaderamente le amas. Solamente procediendo así se guarda perfectamente este precepto.

DIA TRECE.

San Anacleto, papa y mártir.

El tercer pontífice que gobernó la Iglesia de Jesucristo despues de san Pedro fue san Clemente; y habiendo coronado sus apostólicas fatigas con la gloria de su ilustre martirio en tiempo del emperador Trajano, y en el año 102, estuvo vacante la santa Sede por espacio de cinco meses. No pudo juntarse antes el clero romano para proceder á la eleccion por la persecucion suscitada contra los cristianos, hasta que en fin el dia 3 de abril del año siguiente de 103, despues de largas oraciones, fue electo san Anacleto por supremo pastor del rebaño de Jesucristo con aclamacîon y gozo universal de todos los fieles. Era griego de nacion, natural de Atenas, y de familia muy honrada. Su padre Antíoco puso el mayor cuidado en darle la mejor educacion, y junta ésta á un natural nacido para la

virtud, acompañado de un ingenio sobresaliente, formó en Anacleto uno de los jóvenes mas cabales de toda la Grecia. Hallándose san Pedro en Atenas, reconoció que Dios tenia destinado aquel jóven para sí, y le convirtió á la fe; de donde fácilmente se dexan discurrir los grandes progresos que haria en la ciencia de los santos baxo la disciplina de tal maestro. Fueron tantos, como dice san Ignacio en su epístola á los tralianos, que movido el santo Apóstol de su vida exemplar, de su zelo por la religion, de la inocencia de sus costumbres, y de los raros talentos de que le habia dotado el Señor, le admitió en la clerecía, le confirió los sagrados órdenes, y le ordenó de diácono.

Revestido Anacleto con este carácter, sirvió maravillosamente á san Pedro en las sagradas funciones del apostolado, siendo fiel compañero de sus trabajos, y de sus viages; y experimentando el Apóstol lo mucho que le ayudaba aquel su querido discípulo, tomó de su cargo el instruirle por sí mismo, y le ordenó de sacerdote. Con la nueva dignidad se hizo mas santo, y tambien mas útil al público; de manera, que añadiéndose á sus angelicales costumbres la excelencia de su ingenio, en breve tiempo fue uno de los mas santos ministros de la Iglesia.

Despues que el príncipe de los Apóstoles coronó su apostolado con el glorioso martirio, prosiguió Anacleto trabajando con el mismo zelo y con el mismo fruto en los pontificados de san Lino, san Cleto y san Clemente; tanto, que con verdad se puede decir debió la Iglesia á las apostólicas fatigas de nuestro Santo mucha parte de los grandes y maravillosos progresos que hizo en Roma la religion en tiempos tan lastimosos. En virtud de esto, hubo poco que hacer para encontrar un digno sucesor de san Clemente. Fue escogido de unánime consentimiento el presbítero Anacleto, cuya eleccion, luego que se divulgó, fue generalmente aplaudida en toda la Iglesia.

Aunque el emperador Trajano no publicó ley, ni edicto alguno contra los cristianos, no por eso dexó de ser muy cruel y muy violenta la persecucion que padecieron en su tiempo; pocas ciudades de Oriente y de Oc-

cidente dexaron de ser regadas con la sangre de los mártires. En todas partes se presentaban á la vista potros, horcas y cadahalsos levantados para exterminar á los fieles; principalmente se desencadenó el infierno contra los obispos, persuadiendo á los gentiles, que privadas las ovejas de los pastores, fácilmente se disiparia el rebaño, y en breve se desharia la Iglesia. Como ya desde entonces era Roma el centro de la religion, tambien fue el mas sangriento teatro de estas crueles tragedias. Habian derramado en élla su sangre por Jesucristo los gloriosos apóstoles san Pedro y san Pablo; tuvieron la misma dicha san Lino, san Cleto y san Clemente, y no se pasaba dia sin que se sacrificase algun cristiano al furor de los idólatras. Este era el estado de la Iglesia cuando entró á gobernarla san Anacleto.

Necesitó bien toda su virtud, toda su experiencia, todo su zelo y todo su valor para llevar el gobernalle entre tempestades tan furiosas y en tiempo en que cada uno hacia mérito de perseguir á los cristianos. Esparcidas y atemorizadas las ovejas, se dexan fácilmente discurrir los cuidados, las fatigas, la solicitud y los desvelos que costarian al pastor. Todo se debia temer en aquella como primera y tierna infancia de la Iglesia; el poder, y la crueldad de los enemigos de Jesucristo; su ódio y su muchedumbre, el furor de los paganos, la rábia de los judíos, el miedo y la relaxacion de los mismos cristianos; á todo atendió el santo Pontífice, alentando á únos, confundiendo á ótros, y conservando con fidelidad el sagrado depósito de la fe, sin dexar de dedicarse con grande felicidad á arreglar y á mantener la disciplina eclesiástica.

Hizo admirables decretos para fomentar el fervor, y para corregir los abusos que se podian introducir en las costumbres. Persuadido á la necesidad que tenian los fieles de alimentarse con frecuencia del sagrado cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, ordenó que comulgasen todos los que asistiesen al santo sacrificio de la misa; declarando que los que dexasen de sustentarse con este divino pan de los fuertes, serian considerados como medio vencidos, y como indignos de concurrir á la congregacion de los fieles. No juzgaba posible este gran Pon-

tífice, criado, por decirlo así, á los pechos de los apóstoles, que un cristiano, expuesto cada dia á ser presentado á los tiranos, pudiese resistir á los tormentos no estando fortalecido con este alimento celestial. Mandó que á la consagracion de un obispo asistiesen otros tres para hacer la ceremonia, y que se hiciesen en público todos los órdenes sagrados; prohibió, así á los prelados, como á todos los ordenados *in sacris*, que traxesen el cabello largo, ni que siguiesen las modas de los seglares; queriendo que los ministros del altar se distinguiesen de los demas, no menos en la modestia del trage, que en la inocencia y exemplar integridad de las costumbres.

Verdaderamente causa admiracion que en tiempos tan críticos y tan borrascosos como alcanzó este santo Papa le pudiese permitir su solicitud pastoral descender á tan religiosas menudencias, y extender su vigilancia á todas las necesidades de la Iglesia. Asegúrase que este gran Pontífice, para dexar á la posteridad un monumento de su devocion y de su reconocimiento al príncipe de los Apóstoles, á quien debia su conversion, acabó de edificar una iglesia en memoria de san Pedro, y encima de su sepulcro, la que habia comenzado siendo simple sacerdote, á la que desde entónces se la dió el nombre *del triunfo de los Apóstoles*, como todo se refiere en el pontifical de san Dámaso.

No es fácil imaginar virtud mas sobresaliente, capacidad mas extendida, caridad mas abrasada, zelo mas encendido, ni mas generoso, que el que se admiraba en Anacleto. Dícese que en el Vaticano escogió y bendixo cierto sitio distinguido, destinándole para sepultura de los sumos pontífices, y que ordenó que en los cementerios comunes de los cristianos hubiese lugar separado para enterrar á los que hubiesen padecido martirio. En su pontificado ordenó tres diáconos, cinco presbíteros, y seis obispos. Parece mas que verisímil, que se ocultaron á la posteridad muchas de las maravillas y de los ilustres hechos que obró el inmenso zelo de este insigne Pontífice, negándose á la noticia de los fieles por la carestía de escritores en tiempos tan calamitosos; solo se sabe de cierto, que habiendo gobernado la Iglesia con inumerables fatigas y trabajos nueve

años, tres meses y diez dias, coronó su pontificado con un glorioso martirio el dia 13 de julio, al principio del segundo siglo.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui nos beati Anacleti, martyris tui atque pontificis annua solemnitate lætificas: concede propitius, ut cujus natalitia colimus, de ejusdem etiam protectione gaudeamus: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que cada año nos alegras con la solemnidad del bienaventurado Anacleto, tu confesor y pontífice; concédenos por tu bondad que cuando celebramos su dichoso nacimiento á la gloria, experimentemos gozosos su poderosa proteccion: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 1. de la segunda del apóstol san Pablo á los corintios.

Fratres: Benedictus Deus et Pater Domini nostri Jesu Christi, Pater misericordiarum, et Deus totius consolationis, qui consolatur nos in omni tribulatione nostra: ut possimus et ipsi consolari eos, qui in omni pressura sunt, per exhortationem, qua exhortamur et ipsi à Deo. Quoniam sicut abundant passiones Christi in nobis, ita et per Christum abundat consolatio nostra. Sive autem tribulamur pro vestra exhortatione et salute, sive consolamur pro vestra consolatione, sive exhortamur pro vestra exhortatione et salute, quæ operatur tolerantiam earumdem passionum, quas et nos patimur: ut spes nostra firma sit pro vobis: scientes quòd sicut socii passionum estis, sic eritis et consolatio-

Hermanos: Bendito sea el Dios y el Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias, y el Dios de todo consuelo, el cual nos consuela en toda nuestra tribulacion, para que podamos tambien nosotros consolar á los que estan en cualquiera afliccion, por el mismo consuelo con que somos nosotros consolados por Dios. Porque así como abundan en nosotros las tribulaciones de Cristo, así tambien por Cristo es abundante nuestro consuelo. Pero ya seamos atribulados, es para vuestro consuelo y salud; ya seamos consolados, es para vuestro consuelo, ó ya seamos exhortados, es para vuestra instruccion y salud, la cual obra en la tolerancia de las mismas aflicciones que padecemos tambien nosotros: para que sea firme la confianza que tenemos de vosotros:

nis in Christo Jesu Domino nostro.

sabiendo que así como habeis sido participantes de las aflicciones, lo seréis tambien de la consolacion en Cristo Jesus nuestro Señor.

NOTA.

"En el principio de esta segunda epístola da bien á entender san Pablo á los corintios el gozo que tenia con la noticia del buen efecto que habia hecho en éllos la primera, mostrando en esto, que un hombre verdaderamente apostólico no ha de tener otro fin que la salvacion de las almas y la mayor gloria de Dios."

REFLEXIONES.

Bendito sea Dios de todo consuelo. ¡Oh, y cuánta verdad es que solo Dios es el Dios de todo consuelo, y que no se halla consuelo fuera de Dios! Inútilmente se procura engañar, divertir y alegrar el corazon con todo lo que le gusta: *Inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te*: siempre está acompañada de amargura la mas exquisita alegría en no teniendo á Dios por principio; solo Dios puede saciar y sosegar nuestro corazon; de todos tiempos y de todos climas son frutos los cuidados y las inquietudes; llorando nacemos, y llorando morimos. Sembrado está de espinas el espacio que hay entre la cuna y la sepultura. Todos los frutos que lleva la tierra son verdes y amargos; solo pueden saber bien á los que tienen estragado el paladar. Dios es únicamente el Dios de todo consuelo; no hay que buscarle en otra parte; no hay verdadera dulzura que no se derive de este manantial. Fue el hombre criado para solo Dios; este es nuestro único fin, y toda nuestra felicidad; no hay mas que consultar á nuestro corazon sobre este punto. Aquel Señor, que á cada criatura señaló su fin, y el centro de su reposo, fuera del cual está en una contínua agitacion, no es verisímil que á solo el hombre le negase esta prerogativa; especialmente habiéndole él mismo impreso una extrema ánsia de ser dichoso, y habiéndole puesto en la absoluta imposibilidad de serlo en este mundo. Mas ha de seis mil años que todos los

hombres trabajan en ser felices, y hasta ahora ninguno ha podido encontrar aquella felicidad llena y perfecta, que colme y fixe todos sus deseos; siempre queda en el corazon un inmenso vacío que no pueden llenar todos los objetos criados. No nació para éllos el hombre, y así ni le pueden satisfacer, ni le pueden consolar en el lugar de su destierro; es necesario que se eleve á Dios, y luego que toma este partido halla la paz, la suavidad y el consuelo, que no puede encontrar en otra parte. ¡Cosa extraña! búscase consuelo en medio de la amargura que inunda toda la tierra, y se extraña que despues de tantas fatigas y de tantos movimientos no se encuentre mas que manantiales amargos. Es preciso que las inquietudes sazonen todos los gustos. En el mundo no hay bien alguno puro, todos están mezclados con las adversidades. Son las cruces hereditarias en todas las familias; ni las mas opulentas son las mas felices, ni las mayores las mas tranquilas. Son muy contados los dias serenos y de calma; pásanse pocos sin disgustos y sin desazones. En vano se busca el consuelo en los tesoros, en las fiestas, en el juego, en los espectáculos; esas diversiones suspenden por algunos momentos nuestro desasosiego; solo Dios es quien nos consuela total y plenamente: *Deus totius consolationis.*

El evangelio es del cap. 14. *de san Lucas, y el mismo que el dia XI, fólio* 175.

MEDITACION.

Del servicio de Dios.

PUNTO PRIMERO.

Considera que devemos servir á Dios, y que no podemos servir á dos señores. Cuando Dios nos dió nos hizo para sí, y no pudo criarnos para ótro. Todos estamos en su servicio, y solamente nos conserva la vida para que la empleemos en él. Nos protege, nos promete el salario, nos sustenta, y no hubo ni puede haber amo mas soberano. Nada tenemos que no lo hayamos recibido de él; nuestros

bienes, nuestra salud, nuestras fuerzas, nuestra industria, nuestros talentos, nuestro espíritu, nuestro corazon, nuestra vida, todo es suyo. Es este, por decirlo así, un caudal que nos confirió para que negociemos con él, y para él, de que nos ha de pedir estrecha cuenta; son estos los medios que nos prestó para servirle; aplicarlos á otra cosa es hurto, es latrocinio. Vivir en el mundo, y no servir á Dios; es ser un criado que conspira contra su amo. ¡Qué injusticia! ¡qué impiedad! No hay criatura en el Universo que no obedezca á su Dios, que se desvíe un punto de sus órdenes, que no haga precisamente aquello para que Dios la crió; solo el hombre le es rebelde; solo él se resiste á servir al mayor, al mas dulce amo, al Señor mas amable de todos los señores, al único entre todos que merece ser servido. Admiramos este órden inalterable de dias y de noches, de estaciones y de climas, el arreglado y exácto curso de los astros, toda la admirable economía del Universo nos suspende; ¿pero al mismo tiempo ¿no nos da tambien en cara con nuestro desórden? Ese sol, que seis mil años ha nace, y se pone tan regularmente todos los dias, sin haberse desviado ni un solo punto del lugar donde Dios le fixó despues de tantos siglos; ese sol, vuelvo á decir, ¿no nos está dando en cara mudamente con nuestra infidelidad en el servicio de aquel Señor que habiéndonos criado para sí, nos intimó órdenes, reglas y mandamientos? No nos hubiera sacado Dios de la nada, si no fuera para emplearnos en su servicio; ¿pues qué cuidado, qué ánsia, qué aplicacion ponemos en darle gusto? Sea lo que fuere, todo lo que hiciéremos, empleos, cargos, embaxadas, gobiernos, estudio, comercio; todo es perdido, todo es inútil, todo es pernicioso si no servimos á Dios en todos esos empleos y en todas esas ocupaciones; si no hacemos en éllas lo que él quiere. ¡Ah, Señor, y que siendo vos el único dueño que merece todos nuestros servicios, seais entre todos el peor servido!

PUNTO SEGUNDO.

Considera si sufriríamos mucho tiempo en nuestra casa á un criado que no nos sirviese mejor de lo que nosotros servimos á Dios ¡O buen Dios, donde hay negli-

gencia, dónde hay infidelidad, dónde hay desidia mas escandalosa! Sírvese con ánsia, con zelo, con actividad á un amigo, á un protector, á un señor poderoso; solo vos sois servido con descuido. En la tropa, en los tribunales, en los empleos, en el comercio, en la tierra, en el mar, oficiales, ministros, nobles, plebeyos, hombres de todos estados, edades y condiciones, todos hacen punto de desempeñar dignamente el puesto que ocupan en el mundo; porque en fin ninguno gusta de ser tenido por inútil; ¿pero se sirve á Dios con el mismo ardor, con el mismo desempeño, con el mismo gusto con que se sirve al mundo? Servir á Dios es guardar sus mandamientos, obedecer sus leyes, hacer estudio de darle gusto en todo. Servir á Dios es desempeñar con exâctitud las obligaciones de cristiano; es rendirle un culto religioso y lleno de piedad, es amarle con todo el corazon, es vivir inocentemente. Siendo esto así, ¿se sirve á Dios en ese gran mundo? ¿se le sirve en la córte de los grandes? ¿se le sirve entre los dichosos del siglo? ¿se le sirve entre los hombres de negocios? ¿se considera á lo menos por ocupacion y por negocio esto de servir á Dios? ¿será muy crecido el número de los verdaderos siervos de Dios en todas edades, en todas las condiciones y en todos los estados? Es verdad que en todos éllos se encuentran almas fieles que sirven al Señor en medio de Babilonia, como en el centro de Jerusalen; ¡mas oh, y qué contados son estos fieles siervos suyos! ¿Se hallan el dia de hoy muchos discípulos fervorosos, que á lo menos con el afecto renuncian todo lo que poseen por servir á Cristo? No parece sino que Dios es un Señor de mero título sin poder y sin autoridad, á quien tanto se nos da agradarle como desagradarle, disgustarle como complacerle. ¿Y cuántos falsos discípulos se encuentran aun entre los mismos que lo son de profesion? ¿cuántos de estos mismos siervos suyos, que ni aun se dignen de vestir su librea?

¡Oh mi Dios, y qué poco amado que sois! ¡Oh, y qué mal servido! ¿Pero, y no seré yo reo de uno, y de otro delito? Ningun dia de mi vida debiera dexar de serviros; mas, ¡y qué pocos puedo contar empleados en vuestro servicio! ¡Ah, que me hallo ya al fin de la carrera,

y quizá no pudo tener el consuelo de haberos servido un solo dia! Sea, mi Dios, sea hoy el primero en que verdaderamente os sirva; y no permitais que viva ni uno solo sino para serviros.

JACULATORIAS.

O Domine, ego servus tuus: ego servus tuus. Salm. 115.
O, Señor, yo soy tu siervo, yo soy tu siervo.

Servus tuus sum ego: da mihi intellectum ut sciam testimonia tua. Salm. 118.
Siervo tuyo soy, Dios mio, alumbra mi entendimiento para que conozca y obedezca tus preceptos.

PROPOSITOS.

Se tiene por dicha entrar á servir á los grandes; se hace vanidad de ser de su familia; se les sirve con exâctitud, con fidelidad y con gusto; nada se teme tanto como disgustarlos; ¿pero servimos á Dios con la misma ánsia, y con el mismo ardor? Ciertamente, si el servir á Dios es como la voz de nuestra religion, se puede decir, que esta voz está punto menos que muda en gran número de los fieles. Pregúntate á ti mismo sobre este artículo, advirtiendo ser preciso que tu zelo, tu fidelidad y tu fervor den testimonio de tu fe; declárate alta y descubiertamente por el servicio de Dios, menos que como tantos ótros te avergüences de servirle. Así en los dias de trabajo como en los de fiesta; tanto en el retiro de tu casa como en público; no menos en tiempo de adversidades, como de prosperidad, en todo y por todo haz punto de religion y de honra el parecer buen cristiano, y siempre fiel siervo suyo.

2 En el servicio de Dios no hay cosa pequeña. En un criado no tanto se atiende á que haga cosas grandes, cuanto á que execute lo que le manda su amo. Sirves al mayor y al mejor de todos los señores; está conocida su voluntad; no ignoras sus mandamientos: se te han intimado sus órdenes; pues execútalas con puntualidad. Ten horror á todo lo que prohibe; nada omitas de lo que desea; y haz con

fervor y con diligencia todo cuanto manda. *Maldito es aquel que sirve al Señor con negligencia*, dice el Sábio. Todas las mañanas en la oracion has de considerar que estás en el servicio de Dios, y que ya te tiene señalada la tarea de aquel dia. En todo lo que hicieres, sea lo que fuere, has de tener presente que trabajas para Dios y delante de sus ojos; la principal obra que te pide son las obligaciones de tu estado, de tus empleos y de tu cargo; resuélvete á desempeñarlas con toda la posible aplicacion y exâctitud. Si tienes otras obligaciones de religion, de caridad y de atencion, tambien te las pide tu soberano Dueño; cúmplelas con piedad, con ardor y con diligencia. El motivo es el que da el mérito y el valor á la mayor parte de las obras; en todas las que hicieres considérate como siervo de Dios, y por la noche ponte en su presencia para darle exâcta razon de todo lo que has hecho en el dia. Acuérdate de que el siervo perezoso fue tratado como el siervo infiel; pórtate con tanta fidelidad, con tanta puntualidad, y con tanta prudencia, que todos los dias te pueda decir el padre de familias (*Matth.* 25.): *Euge, serve bone, et fidelis*: alégrate, fiel y exâcto siervo mio, que hoy te has portado bien.

DIA CATORCE.

San Buenaventura, cardenal, obispo y confesor.

Nació en Bañaréa de Toscana, ciudad pequeña del estado eclesiástico, el año de 1221, para ser uno de los mas brillantes astros de la Iglesia de Occidente; uno de los principales ornamentos de la religion de san Francisco, admiracion de los mayores, mas sábios y mas santos hombres de su siglo: y en fin para ser apellidado *el Doctor seráfico* con justísima razon. Su padre se llamó Juan

Fidanza, su madre Ritela, ó Rita, ambos mas distinguidos por su gran virtud que por sus cuantiosos bienes de fortuna, y por su no menos antigua que calificada nobleza. En el bautismo se le puso el nombre de Juan; pero habiendo caido peligrosamente enfermo casi cuatro años despues, tanto, que le desahucieron los medicos, y habiéndole encomendado su piadosa madre en las oraciones de san Francisco, que vivia á la sazon, y se hallaba en el mismo lugar, ofreciendo al Señor que si daba salud al niño le consagraria á su Magestad en la religion del seráfico Padre; este hizo oracion por el niño, y quedando de repente sano, exclamó el Santo en su lengua italiana: ¡*O buona ventura*! ¡ó dichoso suceso! y desde entónces toda la familia, transportada de gozo á vista de aquella maravilla, le comenzó á llamar Buenaventura, nombre que le quedó despues al santo Doctor.

Luego que se asomó el uso de la razon, tuvieron gran cuidado sus padres de advertirle el milagroso modo con que el cielo le habia conservado, previniéndole que el nombre que tenia era testimonio y memoria del milagro. Hizo este beneficio mas impresion de la que correspondia á su edad en aquel corazon tierno, blando, y nacido para la virtud, acompañado de un entendimiento vivo y perspicaz. Ni la hicieron menor en él las primeras lecciones que le dieron. Apenas conoció á Dios, cuando le amó, y se hicieron manifiestas las particulares bendiciones con que le habia prevenido el cielo desde su misma niñez. Notóse que para él no tenian ningun atractivo los entretenimientos pueriles, y se observó como carácter propio suyo casi desde la misma cuna un grande amor á la pureza, y una ternísima devocion á la santísima Vírgen, conservando toda la inocencia de sus costumbres y todo el fervor de su devocion en el curso de sus estudios.

En éllos hizo maravillosos progresos; pero no fueron menores los que hizo en el exercicio de la virtud. Disgustóse del mundo antes de haberle conocido; y cuando se halló en edad proporcionada, solo pensó en cumplir lo que su madre habia prometido. Pidió el hábito de los frayles Menores; diéronsele, y el estado religioso dió la última mano á la perfeccion de aquella

grande alma. Concluido el noviciado, le enviaron á estudiar la teología en Paris, siendo su maestro el célebre Alexandro de Arlés, que á vista de la gran santidad de su discípulo solia decir, que Buenaventura parecia no habia pecado en Adan.

No habia religioso mas humilde, mas pobre, ni mas exemplar. Animado con el mismo espíritu del santo Fundador, parecia san Francisco resucitado en san Buenaventura; la misma abnegacion de sí propio; el mismo zelo por la observancia de la santa regla; el mismo desasimiento de todo y las mismas penitencias. Por el tierno amor que profesaba á Jesucristo en el adorable sacramento de la Eucaristía, pasaba horas enteras al pie de los altares deshaciéndose en dulces lágrimas. Antes de ser sacerdote eran sus delicias comulgar con la mayor frecuencia posible; y se dice, que habiéndose abstenido un dia de la sagrada comunion por reverencia y por respeto, fue comulgado por mano de un ángel.

Recibió con el sacerdocio el último retoque de su virtud, y todo el cumplimiento de sus amorosas ánsias. A los que le veian en el altar se les comunicaba la devocion del sacerdote. Las dulces lágrimas que derramaban sus ojos, y el fuego que despedia su semblante daban testimonio de que se estaba oyendo la misa de un santo. Su recogimiento interior, sus conversaciones y su modestia eran prueba de su íntima union con Dios. Parecia estar contínuamente en oracion, y con efecto empleaba codiciosamente en élla todo el tiempo que le dexaban libre sus estudios y las demas ocupaciones. El coro era su recurso para recrearse y para cobrar nuevas fuerzas para trabajar. La materia mas ordinaria de su meditacion era la vida, pasion y muerte de nuestro Señor Jesucristo. Compuso una obrilla sobre este asunto, con una meditacion para cada dia de la semana; dió á luz un tratadillo de la oracion mental; dispuso algunas oraciones bocales, y escribió de la sublime contemplacion con tanta energía, y con tanto espíritu, que desde entónces mereció el título de Doctor seráfico.

Aunque parecia estar totalmente dedicado á estos exercicios de devocion, hacia al mismo tiempo tan asom-

brosos progresos en las demas ciencias, que aunque no contaba todavía treinta años, le escogió la universidad de Paris para enseñar públicamente en ella, dándole la cátedra de filosofia y de teología. Explicó al Maestro de las Sentencias con tanta satisfaccion, y con tanto aplauso, que se puede decir le debió aquella universidad, no menos que á santo Tomas de Aquino, gran parte del alto concepto y reputacion que ya se habia grangeado en aquel siglo. En élla se conocieron, y se trataron los dos Santos, estrechando entre sí aquella íntima amistad, que fue el mejor panegírico de los dos, y duró mientras les duró la vida.

Así brillaba el santo Doctor en la célebre escuela de Paris, siendo estimado y venerado de los mas sábios, y mas santos prelados de la Europa, tanto por la fama de su eminente virtud, como por el merecido crédito de su gran sabiduría, cuando su seráfica religion quiso disfrutar este tesoro, aprovechándole mas inmediatamente en su propia utilidad. Estaba congregado en Roma el capítulo general de la órden para la eleccion de general, y presidia en él personalmente el papa Alexandro IV. Uniéronse todos los votos en favor de nuestro Santo; y aunque á la sazon no tenia mas que 35 años, fue electo general por todos los votos, no habiéndole faltado mas que el suyo. Confirmó el papa la eleccion; y por mas que la humildad de fray Buenaventura renunció, resistió y representó, le fue preciso obedecer. Su mismo prudentísimo gobierno justificó el acierto, mostrando siempre una gran prudencia, un vigoroso zelo por la observancia religiosa, mucha firmeza, y no ménor teson, pero sazonado con admirable dulzura y la mayor aplicacion á conservar en su vigor el primitivo espíritu de la órden; el empleo de ministro general solo sirvió para hacer mas visible su profunda humildad. No habia hombre de mayor mérito, ni que mas baxamente sintiese de sí. Aunque estaba oprimido de negocios, ni se dispensó en algunas de sus ordinarias penitencias, ni mucho menos en su frecuente acostumbrado recurso á la oracion; la elevacion del empleo no le estorbaba abatirse á los oficios mas humildes del convento; y siendo general, servia á los enfermos con la

misma caridad que si tuviera el oficio de enfermero.

Ni el tiempo que ocupaba en los negocios públicos que tenia á su cargo le impedia el cumplir exâctamente con sus devociones particulares, y lo que es mas, le distraia bien poco de sus acostumbrados estudios. Por espacio de diez y ocho años gobernó toda la Orden con tanta prudencia, con tanto acierto y con tanta moderacion, que no contribuyó poco al gran esplendor que adquirió en el mundo la religion de san Francisco, haciéndola tan célebre en todo el Universo, y siendo uno de los mas bellos ornamentos de la Iglesia católica. La vigilancia en precaver todo cuanto podia introducir alguna relaxacion en la observáncia, la acreditaron bien los prudentes estatutos que hizo en el capítulo general que se celebró en Narbona el año de 1260; pero no se limitaba su zelo precisamente á promover el mayor bien de su religion.

Como por razon de oficio se veía precisado á visitar diferentes provincias de la Europa, no malograba ocasion de solicitar en todas partes la mayor gloria de Dios, ni de trabajar en la salvacion de las almas. Predicaba, instruia y confesaba con inmenso fruto, haciendo muchas y admirables conversiones. Valíase del crédito y del favor que su virtud y su empleo le merecian con los príncipes y con los prelados para la reforma de las costumbres y para el aumento de la cristiana piedad. Pasando su zelo de la otra parte de los mares, envió muchos religiosos para que predicasen la fe á los infieles.

Sobre todo, no perdia oportunidad de extender y de aumentar el culto de la santísima Vírgen, por la tierna devocion que profesaba á esta Señora. Conformándose con el espíritu de su seráfico Padre, quiso que se dedicasen á esta soberana Reyna casi todas las iglesias de la Orden; que se celebrasen en élla con la mayor solemnidad todas sus fiestas; y para inspirar la misma devocion en todos los pueblos, se valió de todo su crédito y de todas sus piadosas industrias. Fuera de sus ordinarias exhortaciones y de las conversaciones familiares, en que siempre habia de entrar la devocion á la santísima Vírgen, escribió muchos tratados para promoverla. Compuso un oficio particular de la Vírgen con muchas oraciones

llenas de espíritu y de ternura; hizo un nuevo Salterio, aplicando á la Vírgen las sentencias y las palabras de David con tanta devocion, con tanta ternura y con tanta oportunidad, que parece haber sido inspirado el nuevo Salmista por el mismo Espíritu que inspiró inflamados afectos al antiguo.

Apenas se puede comprender cómo un hombre, brumado con el peso de tantos negocios, pudo hallar tiempo para enriquecer la Iglesia con tanto número de excelentes obras, llenas todas de energía y de devocion, que era el carácter propio de su pluma. En todos sus escritos está derramada cierta especie de mocion, que alumbrando el entendimiento, enciende la voluntad en el fuego de aquel divino amor en que él mismo se abrasaba. Por eso dixo el célebre Gerson, que san Buenaventura era sólido, elocuente y devoto, y que para los verdaderos teólogos no habia doctrina mas sana ni mas saludable que la suya.

Girardo de Abbeville, doctor parisiense, abrazó el partido de Guillelmo de San-Amor, y escribió contra los frayles mendicantes; tomó la pluma san Buenaventura, y le refutó por escrito con aquella admirable obra, que intituló: *Apología de los pobres*, y tapó la boca al Calumniador. Otras muchas obras compuso en defensa de su religion, y para explicar la regla de san Francisco. Tenemos del Santo muchos tratados de filosofia y de teología; excelentes comentarios sobre el antiguo y nuevo Testamento; muchos sermones eficaces y doctrinales; gran número de tratados espirituales, en cuya atencion, justamente es tenido san Buenaventura por uno de los mayores doctores de la mística teología. Las meditaciones sobre la vida y muerte de Jesucristo son de exquisito gusto, y el método es verdaderamente original. La vida que compuso del seráfico padre san Francisco no fue la menor de sus obras. Cuando la estaba escribiendo le fué á visitar su amigo santo Tomas, y sabiendo en lo que estaba ocupado, no quiso entrar, diciendo: *Dexemos al Santo trabajar por otro Santo; sería imprudencia interrumpirle.* Pasando en otra ocasion á verle el mismo santo Doctor, y admirado de la celestial sabiduría de sus escritos, le preguntó confidencial-

mente, ¿en qué libros estudiaba aquella elevada doctrina, y dónde habia aprendido aquella elocuencia tan llena de devocion? Descubrióle entonces san Buenaventura un crucifixo, y le dixo: *Este es el libro donde estudio todo lo que enseño.*

Concluido el capítulo general de Pisa, donde estableció diversos y muy prudentes reglamentos, pasó á Roma con el fin de suplicar al papa Urbano IV. nombrase un cardenal que fuese protector de su Orden, y su Santidad nombró al cardenal de los Ursinos. Temiendo el Santo que el cuidar de las monjas de santa Clara sería con el tiempo una carga demasiadamente gravosa para sus frayles, suplicó al Papa se sirviese exônerarlos de élla; pero no queriendo el Pontífice privar á las religiosas de los muchos bienes que podian sacar de su espiritual asistencia, se contentó con especificar en la bula, que los frayles menores no estarian obligados á asistirlas de justicia, sino de pura caridad.

El papa Clemente IV., sucesor de Urbano, le estimó y le amó tanto como sus predecesores. Nombróle para el arzobispado de York, que en aquel tiempo era una de las mayores y mas autorizadas sillas episcopales de la Iglesia; pero no fue posible vencer su humildad; pues aunque el Pontífice quiso usar de su autoridad, el Santo se arrojó á sus pies, lloró tanto, y le hizo tales instancias, que al cabo le rindió. Pero le duró poco su alegría, porque Gregorio X., menos flexible que Clemente, resolvió absolutamente elevarle á las primeras dignidades, ilustrando al sacro colegio con un sugeto de aquel mérito. Creóle cardenal, y le envió la birreta por dos nuncios, que le hallaron en el convento de Magelo fregando los platos en la cocina. No interrumpió esta humilde ocupacion por la noticia de la nueva dignidad; prosiguió fregando hasta que acabó su labor; y precisado á obedecer, partió á Roma. Acababa el Papa de convocar un concilio general en Leon de Francia, y tenia ya pensado que Buenaventura fuese como el oráculo del concilio, por lo que le recibió con el mayor alborozo, y luego le consagró por obispo de Albano.

Acompañó al Pontífice el nuevo Cardenal en su viage á Leon, donde se hizo la abertura del concilio, presidió

por el mismo Papa el dia 7 de mayo de 1274. Predicó san Buenaventura en la segunda y tercera sesion, siendo como el alma de todas las conferencias. Brillaron tanto en todas las ocasiones sus milagrosos talentos, que así los griegos como los latinos le reconocieron por uno de los hombres mas santos y mas sábios que habia entonces en la Iglesia. Habiendo trabajado mas que otro alguno, tanto en la reunion de los griegos, como en las demas materias que se trataban en el concilio, cayó en una gran debilidad, acompañada de contínuos vómitos. No es ponderable cuánto sintió el Papa, y cuánto afligió á todos los padres la enfermedad del Cardenal, á quien todos veneraban como el oráculo del concilio; pero queria el Señor premiar sus trabajos, y coronar sus méritos en medio de aquella augusta asamblea, y así pasó de esta vida á la eterna el dia 14 de julio del año 1274, contando solamente 53 de edad.

Lloróle todo el concilio; y el Papa á la frente de todos los padres asistió á sus exêquias, que se celebraron con extraordinaria pompa en la iglesia de los franciscos, donde el cardenal de Tarantasia, despues papa Inocencio V., predicó la oracion fúnebre. Desde luego manifestó Dios la gloria de su Siervo con mucho número de milagros, y no fue el menor el que sucedió 160 años despues de su muerte. El de 1434 edificaron los frayles menores una nueva iglesia, y se abrió el sepulcro del Santo para trasladar á élla sus reliquias; halláronse consumidas las carnes, pero la cabeza tan entera como el mismo dia de su muerte, con todos sus cabellos, sus dientes, y la lengua tan fresca, los labios tan encarnados, y el color del rostro tan perfecto y tan vivo, como si el Santo lo estuviera. Colocáronse los huesos en una urna, y la cabeza en un relicario separado, que hasta hoy es objeto á la veneracion de los fieles; pero habiéndose apoderado de Leon los calvinistas en el siglo siguiente, quemaron públicamente sus huesos, y arrojaron las cenizas en el Ródano. La santa cabeza se libertó de su furor por la constancia de un religioso de san Francisco, á quien no fue posible obligar á descubrir dónde estaba oculta aquella preciosa reliquia por mas horribles tormentos que le dieron. La ciudad de Bañaréa, patria del Santo, conserva

un hueso del brazo, que la enviaron de Leon cuando las reliquias se trasladaron á la nueva iglesia. Canonizóle solemnemente el papa Sixto IV.; y Sixto V. mandó se rezase su oficio doble, y le colocó en la clase de los doctores de la Iglesia.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la siguiente.

Deus, qui populo tuo æternæ salutis beatum Bonaventuram ministrum tribuisti; præsta, quæsumus; ut quem doctorem vitæ habuimus in terris, intercessorem habere mereamur in cœlis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que te dignaste darnos por ministro de nuestra eterna salvacion al bienaventurado Buenaventura; concédenos que sea nuestro intercesor en el cielo el que merecimos tener por nuestro doctor en la tierra: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo, capítulo 4.

Charissime: Testificor coram Deo, et Jesu Christo, qui judicaturus est vivos et mortuos, per adventum ipsius et regnum ejus, prædica verbum; insta opportunè, importunè; argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina. Erit enim tempus, cùm sanam doctrinam non sustinebunt, sed ad sua desideria coacerbabunt sibi magistros, prurientes auribus, et à veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur. Tu verò vigila, in omnibus labora, opus fac evangelistæ, ministerium tuum imple. Sobrius esto. Ego enim jam delibor, et tempus resolutionis meæ instat. Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona justitiæ, quam reddet mihi Dominus in illa die justus judex: non solum autem

Carísimo: Te conjuro delante de Dios, y de Jesucristo que ha de juzgar á los vivos y á los muertos por su venida y por su reyno, que prediques la palabra; que instes á tiempo y fuera de tiempo; que reprendas, supliques, amenaces con toda paciencia y enseñanza. Porque vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina; antes bien juntarán muchos maestros conformes á sus deseos que les halaguen el oido, y no querrán oir la verdad, y se convertirán á las fábulas. Pero tú vela, trabaja en todo, haz obras de evangelista, cumple con tu ministerio. Sé templado. Porque yo ya voy á ser sacrificado, y se acerca el tiempo de mi muerte. He peleado bien, he consumado mi carrera, y he guardado la fe. Por lo demas tengo reservada la corona de justicia que me dará el Señor en aquel dia, el

mihi, sed et iis, qui diligunt adventum ejus.

justo juez: y no solo á mí, sino tambien á todos los que aman su venida.

NOTA.

"Era Timoteo obispo de Éfeso, y san Pablo estaba ya »en vísperas de su martirio, considerándose como una »víctima rociada con las libaciones, y dispuesta para el »sacrificio, cuando le escribió esta carta; por lo cual la »considera san Juan Crisóstomo como el testamento del »Apóstol."

REFLEXIONES.

Vendrá tiempo en que los hombres no sufrirán la sana doctrina. Si la triste experiencia de todos los siglos no hubiera verificado esta profecía, ¿la creerian los fieles con mucha facilidad? ¿quién podria imaginar que siendo los hombres tan interesados, no aspirando mas que á su provecho, poniendo tanto cuidado en no ser engañados, y amándose tanto á sí mismos, no pudiesen tolerar la sana doctrina? Pues sin élla todo es error, todo descamino, todo ilusion, todo veneno y todo es lazo. Doctrina sana en los dogmas, y doctrina sana en las costumbres; no hay otro camino para la salvacion; no hay otra segura guia. La fe y el moral de Jesucristo; en esto estriba todo el edificio; la fe nos alumbra, el moral nos instruye; ya se yerre en úno, ya en ótro, es igual el peligro; sin luz es preciso descaminarse; con falsas instrucciones no se puede ir derecho. ¿Cuándo se vió pureza de costumbres sin fe? ¿y de qué sirve la fe sin obras? No seguir la doctrina sana en materia de fe, es heregía; no seguirla en materia de costumbres, es impiedad, es disolucion. Buscar doctores que yerren en la fe, es quererse perder; buscarlos anchos, indulgentes y relaxados, es, por decirlo así, cerrar la puerta á la esperanza de la enmienda. La menor sospecha que se tenga de un doctor en materia de fe, basta para que visiblemente ponga á riesgo su salvacion el que le consulta y le toma por director. Si éste altera la doctrina del evangelio, ¿se arriesga poco en escogerle por guia y por médico espiritual? Cuando se trata

no menos que de la salvacion eterna, ¿quién dirá que están de sobra las mayores precauciones? La sana doctrina es la única que puede conducir seguramente al puerto de la salvacion; élla sola alumbra el entendimiento, mueve el corazon, disipa el error, y doma las pasiones. Sin élla, ¿quién se libra del naufragio? Cuando el piloto pierde de vista la estrella no es posible navegar mucho tiempo en un mar alborotado sin perecer. Si el médico lisonjea á la enfermedad, si los remedios no son adecuados, si el régimen es contrario á la salud, ¿en qué ha de parar el enfermo? Desengañémonos, la sana doctrina, que es la de Jesucristo, y es la del evangelio, es la única doctrina de la salvacion. ¿Pues cómo es posible disgustarse de élla? No se la puede sufrir porque doma el orgullo, porque mortifica los sentidos, porque refrena las pasiones, porque es contraria al amor propio. ¿Y en qué viene á parar el no seguirla? Los hereges y los libertinos no la siguen; pues los que siguieren la misma doctrina que éllos, tendrán tambien el mismo paradero.

El evangelio es del cap. 5. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Vos estis sal terræ. Quod si sal evanuerit, in quo salietur? ad nihilum valet ultra, nisi ut mittatur foras, et conculcetur ab hominibus. Vos estis lux mundi. Non potest civitas abscondi supra montem posita. Neque accendunt lucernam, et ponunt eam sub modio, sed super candelabrum ut luceat omnibus, qui in domo sunt. Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum, qui in cœlis est. Nolite putare quoniam veni solvere legem, aut prophetas: non veni solvere, sed adimplere. Amen quippe dico vobis: donec transeat cœlum et terra, jota unum, aut unus apex non præteribit á lege,

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Vosotros sois la sal de la tierra; y si la sal se deshace, ¿con qué se salará? Para nada tiene ya virtud, sino para ser arrojada fuera, y pisada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo; no puede ocultarse una ciudad situada sobre un monte. Ni encienden una vela, y la ponen debaxo del celemin, sino sobre el candelero, para que alumbre á todos los que están en casa. Resplandezca, pues, así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre, que está en los cielos. No juzgueis que he venido á violar la ley, ó los profetas: no vine á violarla, sino á cumplirla. Porque os digo en verdad, que hasta que pa-

donec omnia fiant. Qui ergo solverit unum de mandatis istis minimis, et docuerit sic homines, minimus vocabitur in regno cœlorum: qui autem fecerit et docuerit: hic magnus vocabitur in regno cœlorum.

se el cielo y la tierra, ni una jota, ni una tilde faltarán de la ley, sin que se cumpla todo. Cualquiera, pues, que quebrante alguno de estos pequeños mandamientos, y enseñáre así á los hombres, será reputado el menor en el reyno de los cielos; mas el que los cumpliere y enseñáre, será llamado grande en el reyno de los cielos.

MEDITACION.

De los consuelos de la vida perfecta.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la vida perfecta es la de una alma verdaderamente cristiana, que ama á Dios sin excepcion y sin reserva, que todo su deseo es agradarle, ocupada enteramente en darle gusto, y mira con horror cuanto le puede ofender. ¡Dónde hay vida mas dulce, mas tranquila, mas feliz!

No tiene la perfeccion cristiana ni los rigores, ni las molestias, ni las dificultades que se imaginan; pide necesariamente entregarse á Dios con toda el alma; y á quien se entrega á Dios con toda el alma, todo le es muy facil. Los que son enteramente de Dios, sin repartirse con ótros, siempre están contentos; porque solo quieren lo que Dios quiere, y tienen gusto en hacer por él todo lo que quiere. Pues como Dios no puede querer sino lo mejor, lo que nos es mas útil y mas conveniente, estas generosas almas, estas almas santas, al mismo tiempo que se despojan de todo por amor de Dios, encuentran el cien doblado en el mismo generoso despojo. La paz de la conciencia; la libertad del corazon; el consuelo de abandonarse en las manos de Dios; la alegría de verse cada dia iluminados con nuevas luces; y en fin, aquel desembarazo de los temores y de los deseos tiránicos del siglo forman aquel cien doblado de felicidad que los verdaderos hijos de Dios gozan en medio de los trabajos con tal que sean fieles.

Padecen, no lo niego; pero desean padecer, y no trocarán sus penas por todos los falsos gustos del mundo. Afligen, atormentan á sus cuerpos los mas crueles dolores: es así; pero su voluntad firme y tranquila encuentra en éllos los mayores consuelos. Los mundanos, los dichosos del siglo, solo pueden gozar una alegría pasagera, y aun esa muy superficial. Un poco de reflexîon basta para cubrir de amargura el corazon mas alegre; pero la perfeccion cristiana está á cubierto de todos estos insultos; la alegría que ocasiona es pura, constante y sólida; lejos de turbarla la reflexîon, la aumenta y la confirma. Pondérense cuanto se quisiere los gustos del mundo; ni uno solo se encontró jamás que satisfaciese el alma. Esos gustos y esas alegrías son efectos de algunas pasiones, y no pueden ser otra cosa. ¿Pues cuándo hubo pasion moderada y amiga de nuestra quietud? Son nuestras pasiones el funesto manantial de nuestros cuidados y de nuestros desasosiegos, y á éllas solo se reducen todas las alegrías mundanas. Los felices sucesos de la ambicion, del interes, del amor á la diversion, los frutos de la venganza ó de la emulacion, á eso se reduce la felicidad que causan las complacencias del mundo. ¡Ah buen Dios, y qué complacencias!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que Dios nos pide una voluntad entera; esto es, que no esté repartida entre él y alguna criatura; una voluntad dócil y manejable, puesta enteramente en sus manos, que solo desee lo que Dios desea, y solo aborrezca lo que él aborrece; una voluntad que quiera sin reserva todo cuanto quiere, y por ningun caso, ni por algun pretexto haga jamás cosa que no quiera. A quien está en esta dichosa disposicion todo le aprovecha; y hasta aquellas inocentes diversiones, que de cuando en cuando toma para recrear el ánimo, se convierten en obras meritorias. ¡Dichoso aquel que se entrega del todo á Dios! Libre de sus pasiones, superior á los juicios de los hombres, á su malignidad, á la tiranía de sus máxîmas, á sus frias y miserables zumbas, á las desgracias que el mundo atribuye á la fortuna, á la infidelidad y á la

inconstancia de los amigos, á los artificios y lazos de los enemigos, se ve como exênto de su propia flaqueza, de la miseria de la vida, de los horrores de una mala muerte, de los crueles remordimientos que acompañan á los gustos prohibidos; y en fin, de la eterna condenacion del supremo Juez, de la reprobacion eterna, que es la desdicha de todas las desdichas. Un cristiano perfecto se halla libre de esta innumerable multitud de males. Puesta su voluntad en las manos de Dios, solo desea lo que el Señor quiere; hallando su mayor consuelo, guiado de la fe, y fortalecido con la esperanza en medio de las mayores tribulaciones. ¿Pues no sería una lastimosa flaqueza, una indigna cobardía temer entregarse todo á Dios, y empeñarse demasiado en un estado tan apetecible? Pídenos Dios nuestra voluntad; ¿y acaso nos pide demasiado en esto? ¿para qué nos la pide sino para hacernos dichosos aun en esta vida? Pídenos todo nuestro corazon; porque siendo Dios no podia contentarse con que se le diésemos á medias; ni le daríamos mucho, aunque se le diéramos todo. No puede haber mayor locura, que temer darse demasiadamente á Dios; es lo mismo que temer ser demasiadamente dichosos. En medio de eso, esto es puntualmente lo que temen tantos que presumen de devotos; tantos que sirven y aman á Dios con infinitos conques, con mil delicadas reservas; tantas personas tibias, floxas y descuidadas en el servicio de Dios.

¡Amable Salvador mio, y cuánta razon tengo para avergonzarme á vista de mi cobardía y de mis pasadas tibiezas! Es cierto, Señor, que he gustado muy poco aquellas delicias, aquellos celestiales consuelos que reservais para vuestros favorecidos; porque tambien os he amado muy poco, y os he servido con mucha floxedad. Aquí teneis, Señor, todo mi corazon, y con él os entrego tambien todo mi espíritu, toda mi voluntad, todo cuanto soy; y os lo entrego sin dilacion y sin reserva, no queriendo ser ni vivir sino para vos solo.

JACULATORIAS.

Quàm magna multitudo dulcedinis tuæ, Domine, quàm absconditi timentibus te! Salm. 30.

¡O Señor, y qué de consuelos teneis reservados á los que os temen, os aman y os sirven!

Beati immaculati in via, qui ambulant in lege Domini. Salm. 118.

Mil veces son dichosos y bienaventurados aun en esta vida los que guardan la ley santa de Dios.

PROPOSITOS.

Por mas que todos los santos nos aseguren que no hay en la tierra consuelos iguales á los que gustan los verdaderos siervos de Dios; por mas que el mismo Jesucristo nos protexte que la paz del corazon, la tranquilidad del espíritu, la alegría y los consuelos interiores se reservan para los que le sirven con fervor; no hay forma de creer lo que no se experimenta. ¿De dónde nacerá tanta incredulidad en un punto en que parece interesaríamos mucho en ser mas dóciles? Yo lo diré: no se quiere creer que sea tan dulce la vida perfecta, porque no se quiere practicar lo que es necesario para lograrla; como si el error pudiera excusar la cobardía. Corrige esa falsa idea, y resuélvete desde luego á hacer la experiencia de las dulzuras que gustan en el servicio de Dios las almas fieles; comienza á cumplir con puntualidad las obligaciones de tu estado; forma una eficaz resolucion de no negar á Dios cosa que te pida; sírvele desde este mismo punto con nuevo fervor; preséntate en la iglesia con nuevo respeto; reza y haz oracion con nueva piedad; pasa este dia de manera que no te acuse la conciencia ni de cobardía, ni de infidelidad, ni de negligencia en el servicio de Dios, y gustarás cuán dulce es el Señor.

2 Toma hoy un cuarto de hora de tiempo para pedirte cuenta, y de rodillas ó sentado, exâmina ciertos descuidos, ciertas faltillas de fidelidad, ciertos pequeños sacrificios que ha tanto tiempo te está pidiendo Dios, y

tambien ha tantos años que tú le niegas. Basta un menudo recuerdo de estos hechos para cubrirnos de confusion, y para justificar el rigor con que alguna vez nos ha tratado la divina Providencia. Perdonaste una injuria, un desayre que te hicieron; no deseaste mal alguno á quien te le hizo; pero no tienes valor para hacer á esa persona una visita, ni para concurrir adonde élla concurre, no obstante de que lo requeria así la atencion ó la necesidad. Esto te pedia Dios, y esto le negaste. Tienes horror á ciertos vicios groseros; los raptos de cólera te parecen indignos, no solo de un cristiano, sino de un hombre de bien; pero muchas veces estás de mal humor con la familia, y tus criados y tus hijos experimentan con frecuencia los amargos efectos de ese mal humor. Esto te pedia Dios, y esto le negaste. No gustas vestirte inmodesta ni provocativamente; pero te agradan mucho mil invenciones de la vanidad, cien cachibaches de la moda, á cual mas costosos, á cual mas supérfluos, y á cual menos cristianos. Este sacrificio te pedia Dios, y tú no le quisiste hacer. Guardas tus votos religiosos, y observas exâctamente ciertas reglas; pero no cumples con otras faciles y menos considerables. La observancia de éstas te pedia tambien Dios, y no has querido concedérsela. Tu vida es unida, devota, arreglada, exemplar; pero al cabo del dia te estaba pidiendo Dios algunas mortificacioncillas. Suprimir un dicho agudo, mortificar una curiosidad, baxar el tono de la voz, guardar modestia en tal ocasion; estos sacrificios son bien pequeños, y tú los harias por un corto interes, por servir á un amigo, por complacer á una persona, &c. Pidiótelos Dios, y no los quisiste hacer por él. Estos hechos te deben avergonzar; tu conciencia te acusa de éllos; ¡y despues te quexas de la sequedad, y de que la gracia no allane las dificultades que experimentas en el servicio de Dios! *Date, et dabitur vobis*: Da á Dios esas cortas señales de fidelidad, y Dios te concederá aquellos abundantes consuelos interiores, que hacen tan suave su yugo y su carga tan ligera.

DIA QUINCE.

San Enrique, emperador.

Nació en el castillo de Abaudia, sobre el Danubio, el año de 972, siendo su padre Enrique, duque de Baviera; y su madre Gisela, hija de Conrado, rey de Borgoña. Administróle el santo bautismo Wolfango, obispo de Ratisbona, quien, sintiendo dentro de su corazon ciertos secretos anuncios de la futura santidad del tierno Príncipe, quiso encargarse de su educacion; y le crió con el mayor cuidado, inspirándole los mas puros principios de la cristiana virtud. Imprimióle tanto horror al vicio, que no podian ser mas inocentes las costumbres del niño Enrique. Contribuian mucho á la eficacia de las saludables instrucciones del santo Prelado el bello natural del Príncipe, su corazon recto y compasivo, su ingenio tan pronto como dócil, su ayre apacible, pero al mismo tiempo magestuoso, y unas modales nobles, naturalmente gratas, desembarazadas y atentas. Previendo san Wolfango los grandes bienes que prometian á la Iglesia y al Estado las virtuosas inclinaciones y los elevados talentos de su Discípulo, no perdonó á medio ni á diligencia para formar en él un gran santo y un gran príncipe.

Logróse felizmente su trabajo. Aprovechóse Enrique admirablemente de las lecciones que oia á tan hábil como experimentado Maestro; y en pocos años hizo asombrosos progresos en el dificil arte de obedecer á Dios, y mandar á los hombres. Muerto Wolfango, no por eso se desvió un punto el Príncipe de aquel método de vida que habia entablado por su consejo; y creciendo con los años la virtud, era ya el Príncipe de Baviera la admiracion de todas las córtes cuando le llevó la muerte á su querido Maestro. Sintió y lloró esta pérdida como era justo; y para consolar su dolor, todos los dias pasaba muchas horas de oracion sobre su sepultura,

regándola siempre con tiernas y dulces lágrimas.

Dormia una noche el Príncipe en su cuarto, y soñó que estaba sobre la sepultura de san Wolfango, pareciéndole que veía al mismo Santo, y que con el dedo le mostraba un letrero escrito en la pared, mandándole que le leyese; pero que él por mas que se esforzaba á leerle todo, no pudo pasar de estas dos palabras: *Post sex*, despues de seis. Habiendo despertado, comenzó á discurrir qué podria significar aquel misterioso sueño; y concluyó, que sin duda se le daba á entender habia de morir dentro de seis dias, con cuyo pensamiento solo se empleó en disponerse para la muerte, añadiendo á sus devociones muchas limosnas, y grandes penitencias á los sacramentos de la confesion y de la Eucaristía. Hallábase pronto su rendido corazon cuando se pasaron los seis dias; y no experimentando novedad en su salud, juzgó que se habia equivocado, entendiendo por seis dias los que eran seis meses; y rindiendo al Señor muchas gracias porque le concedia mas tiempo para disponerse á morir, pasó aquellos seis meses en oraciones, en penitencias y en buenas obras. Al cabo de los seis meses, como vió que tampoco se moria, creyó que aún no estaba en sazon para presentarse á los ojos de Dios, y que su misericordia le concedia todavía otros seis años de vida. Aprovechóse de la ocasion, y persuadido á que estaba muy próxîma su postrera hora, negociaba con todo para el cielo. Desprendido de todo lo terreno, únicamente suspiraba por su amado; y encendido en amor de Jesucristo y en una tierna devocion á la santísima Vírgen, pasaba los dias y las noches al pie de los altares, de donde no se arrancaba sino para exercitarse en otras buenas obras. Así iba el Señor disponiendo aquella grande alma para preservarla del veneno de las grandezas humanas, en medio de las cuales habia determinado su amorosa providencia hacerle santo. Con efecto, pasado el término de los seis años, y habiendo muerto Oton III., fue Enrique electo emperador, y consagrado rey de Germania por Wigilliso, arzobispo de Maguncia; y no se puede explicar el gozo de toda Alemania con la noticia de tan santo rey, siendo universal el aplauso de la eleccion.

Ya habia algunos años que Enrique estaba casado con santa Cunegunda, hija de Sigefredo, primer conde de Luxembourg; pero como eran tan parecidas las costumbres, habia unido la virtud aquellos dos corazones con un vínculo tan puro, como eran castas las almas; y desde el primer dia de la boda mútuamente habian convenido, por un heroismo de virtud, tan rara como magnánima, que vivirian, y se amarian como hermano y como hermana.

Fue ungido y consagrado el Rey el dia 7 de junio del año 1002; y el 10 de agosto del mismo año dispuso que fuese coronada la Reyna. En nada inmutó la nueva dignidad el exemplar método de vida que observaba el santo Rey; solo añadió nuevo esplendor á su virtud, sirviendo su elevacion únicamente á la mayor exâltacion de la Iglesia, y su poder al mayor triunfo de la religion. Impúsose desde luego por la primera de sus obligaciones el sacrificar su descanso á la felicidad de los pueblos, haciendo suyos propios los intereses de sus vasallos. Dedicó su primer desvelo á que reynase la justicia en sus estados, y á corregir los desórdenes que turbaban la quietud pública, y desconcertaban la disciplina de la Iglesia. Irritó á muchos príncipes alemanes el zelo del virtuoso Monarca; al descontento se siguió la rebelion; pero la moderacion y la prudencia de Enrique le sufocaron en su mismo nacimiento. Reduxo los rebeldes á su deber, y se aprovechó admirablemente de la paz para hacer que floreciese en Alemania la religion. Enriqueció muchas iglesias con grandes dádivas de su piadosa liberalidad, y reparó las de Hildesheim, Magdebourg, Sirasbourg y Meersbourg, casi del todo arruinadas por la barbaridad de los esclavones. Apoderáronse estos bárbaros de la Polonia y de la Bohemia; juntó Enrique sus tropas, y marchó contra aquellos enemigos de la Iglesia y del Estado. Presto experimentó las ventajas que lleva el que combate por la causa de Dios. Conociendo que sería forzoso venir á las manos, fue su primera diligencia poner su persona y su exército baxo la proteccion de los santos patronos del pais, singularmente de san Adrian, cuya espada fué á tomar en Wasbech, donde se conservaba como

preciosa reliquia. La víspera de la batalla mandó que comulgasen todos los soldados, dándolos él mismo exemplo; y el dia siguiente, habiéndose abanzado los enemigos con una constancia fiera y arrogante; el Rey, que era uno de los mayores capitanes de su tiempo, ordenó su exército en batalla. No le acobardó el número de los bárbaros, aunque doblaba el de los alemanes; y habiendo corrido personalmente las líneas, lleno de confianza en la proteccion del cielo, animó á los soldados á combatir, mas por los intereses de la religion, que por los de la patria. Ya se iba á dar la señal de acometer, cuando se notó un grande movimiento en el exército del enemigo; era un terror pánico el que se habia apoderado del corazon de aquellos bárbaros; cada uno de éllos pensaba no mas que en escapar como podia; y queriendo los oficiales detenerlos, volvieron las armas contra éllos; de manera, que por un prodigio nunca oido, aquel formidable exército se deshizo por sí mismo, sin que el de Enrique hubiese sacado la espada. Reconociendo el religioso Príncipe la mano visible del Señor, levantó los ojos al cielo, y exclamó: *Glorifíquente, ó gran Dios, todas las naciones, porque protegiste á los que confiaban en ti.* Repitió todo el campo muchas veces las mismas palabras, y resonaban en el ayre las gracias y las aclamaciones.

Con esta gran victoria se vieron precisados los esclavones á pedir la paz, y Enrique se la concedió con las condiciones de que la Polonia, la Bohemia y la Moravia serian sus tributarias. Despues cumplió con real magnificencia el voto que habia hecho de reedificar la iglesia y obispado de Meersbourg; fundó el de Bamberga; y á este efecto, como al de restablecer la disciplina eclesiástica en Alemania, juntó los prelados en Francfort, en cuya ocasion dió el religioso Príncipe el mas esclarecido exemplo de su profunda humildad y de su respetosa veneracion al sacerdocio; porque habiendo entrado donde estaban congregados los obispos, se postró delante de todos, manteniéndose en esta humilde postura hasta que el arzobispo de Maguncia le obligó, en nombre de toda la congregacion, á que se levantase; y tomándole por la mano le conduxo al tro-

no, que se le habia prevenido en la sala. Arregladas en la junta todas las cosas, deseando Enrique dexar mas cimentada en Bamberga la piedad, fundó dos monasterios, úno de canónigos reglares de san Agustin, y ótro de monges benedictinos, despues de lo cual dispuso la jornada de Italia.

Habíanse levantado los longobardos, conmovidos por los artificios de cierto señor, llamado Arduino, que se puso á la frente de éllos; marchó Enrique contra los rebeldes, y los deshizo enteramente. Coronado en Pavía rey de Lombardía, dió prontamente la vuelta á Alemania para sosegar las inquietudes que habian suscitado algunos mal contentos; conseguido esto, volvió con aceleracion á Italia, donde acabó de reprimir los nuevos esfuerzos de los longobardos, cediendo todo á su valor, á su justicia y á su derecha intencion. Tantas victorias consiguió su clemencia como su magnanimidad. Maltrataron á algunos oficiales suyos los vecinos de Troya, corta ciudad de la Calabria, y resolvió castigarlos severamente para que sirviese de escarmiento. Conociendo los delincuentes la piedad del Príncipe, juntaron todos los niños, y se los pusieron delante, derramando muchas lágrimas aquellos inocentes, é implorando su clemencia. Enternecióse el Emperador, y los perdonó diciendo, que unas lágrimas capaces de desarmar la cólera de Dios, no podian menos de aplacar la suya.

Aún mas que los propios intereses animaba á Enrique el zelo de procurar la paz á la Iglesia. Esto le obligó á empeñar toda su autoridad y todo su poder en exterminar las divisiones que ocasionaba en Roma el antipapa Gregorio, que despues de la muerte de Sergio IV. disputaba el pontificado al legítimo papa Benedicto VIII. Extinguió el cisma el religioso Príncipe; y pasando á Roma con su esposa santa Cunegunda, fue recibido en aquella ciudad como gloria y modelo de emperadores cristianos, y como el mas zeloso defensor de la Iglesia. Coronóle por emperador de Romanos el papa Benedicto, y en la misma ceremonia fue coronada santa Cunegunda por emperatriz. Presentó el Papa al Emperador un globo de oro, sembrado de piedras preciosas, de cuyo centro se elevaba una cruz, símbolo todo de su imperial autoridad; pero

el piadoso Príncipe se la consagró á Dios, dando su corona al monasterio de Cluni, de que era abad san Odilon.

Pacificadas las cosas de Italia, y colmado Enrique de gloria, se restituyó á Alemania, donde sosegadas tambien del todo las anteriores turbaciones, se aplicó enteramente á ser cada dia mas perfecto, y á hacer mas y mas felices á sus pueblos. Perdió del todo el gusto á los bienes criados por el de las cosas celestiales, y aun tuvo pensamiento de renunciar el cetro y dignidad imperial y pasar el resto de sus dias en algun religioso retiro; pero se le hizo conocer que en solo un dia haria mas bien desde el trono donde le habia elevado la divina Providencia, que podria hacer en muchos años reduciéndose á vida particular y retirada.

La estancia en Alemania, y la paz que disfrutaba, le dexaron en plena libertad para satisfacer su devocion. Nunca resplandeció mas la elevacion de su virtud; ni el fervor que la animaba le permitia omitir obra alguna buena en que se pudiese exercitar. El tiempo que no dedicaba á los negocios del estado le empleaba en visitar los pobres en los hospitales, en ajustar las diferencias de sus vasallos, y en el exercicio de la oracion. La Emperatriz por su parte trabajaba cuanto podia en igualar la piedad de su querido esposo, cuando rabioso el demonio por ver tan raros como grandes exemplos de la córte, puso en movimiento todos sus artificios para turbar la tranquilidad de aquellas dos grandes almas, y para obscurecer su virtud.

Algunos hombres malignos se esforzaron á introducir sospechas en el corazon del Emperador contra la fidelidad y contra la pureza de su castísima esposa. Lograron sorprender algo su piedad, cuando el cielo tomó de su cuenta la defensa de la santa Emperatriz, haciendo tan visible su inocencia, que quedó confundida la calumnia. Condenó Enrique su excesiva credulidad; y pidiendo perdon á la Princesa, sirvió este lance para estrechar mas el nudo del casto amor que unia á los dos santos Esposos.

De la misma manera consiguieron preocuparle contra san Heriberto, obispo de Colonia; pero reconociendo muy en breve la virtud del santo Prelado, el mismo Emperador pasó personalmente á echarse á sus pies, y á pedirle perdon de su facilidad; la que solo sirvió para que dexase

al mundo este exemplo mas de una humildad verdaderamente heróica. No lo fue menos el que dió de su paciencia en los disgustos con que le mortificó su hermano Bruno, obispo de Ausbourg. Sufocados en este Prelado todos los impulsos naturales de la sangre, y todas las obligaciones de la religion y del estado, concibió un ódio mortal contra el santo Emperador. Era todo su estudio darle que sentir, y desazonarle; ya llamando contra él las armas de los extrangeros, ya soplando el fuego de la rebelion entre sus mismos vasallos. Todo lo sufria y lo disimulaba Enrique sin alentar una queja. Cuanto mas desacertada era la conducta del indigno hermano, mayor era la ternura con que le amaba el santo Emperador, para quien no habia mayor satisfaccion que ofrecérsele ocasion de hacerle algun beneficio; pero insensible Bruno á todas las pruebas de su amor y de su heróica virtud, fue siempre el azote del pacientísimo Monarca, cuya santidad quiso purificar y exercitar el Señor por la ingrata dureza de su hermano; ni Bruno se convirtió hasta que Enrique murió.

No se estrechó su religioso zelo dentro de los vastos límites de su dilatado imperio; y animado de él, emprendió la conversion de Esteban, rey de Ungría. Con este fin, y teniendo presente la sentencia del Apóstol, de que *la muger fiel santifica al marido infiel*, le dió por esposa á su hermana la princesa Gisela, enviando en su compañía excelentes operarios para plantar la fe en aquellas regiones. Convirtióse Esteban, y trabajó con tanto espíritu en ganar para Jesucristo á todos sus vasallos, que con razon se puede decir que el reyno de Ungría tuvo por apóstoles á un rey y á un emperador.

Inquietos siempre los lombardos, y no menos revoltosos los normandos y los griegos, turbaban la paz de la Iglesia, y desolaban los pueblos de Italia. Marchó Enrique contra todos éllos; domó para siempre á los primeros; disipó las fuerzas de griegos y de normandos; apoderóse de las ciudades de Benevento, Troya, Nápoles, Cápua y Salerno; restituyó á la Iglesia todo lo que habian usurpado; hizo reflorecer la religion en todas partes, y tomó el camino de Roma. Ni las marchas, ni el mando de un numeroso exército fueron bastantes para que

jamás se dispensase en sus acostumbradas penitencias, ni para que omitiese alguna de sus diarias devociones. Ayunaba muchos dias de la semana, comulgaba los dias señalados, y nunca dexaba de cumplir con todos sus exercicios espirituales. Pasó por Monte Casino para satisfacer la particular devocion que profesaba al patriarca san Benito; y el Santo se la premió prontamente, porque sintiéndose atormentado cruelmente de la piedra, logró repentina y milagrosa curacion por su intercesion poderosa.

Al retirarse de Italia tuvo aquella célebre entrevista sobre el rio Mosa con Roberto, rey de Francia, uno de los mas virtuosos príncipes de aquel siglo; donde animados ambos del mismo espíritu y del mismo zelo por la religion, concertaron las mas prudentes y las mas seguras medidas para el mayor bien de la Iglesia y del estado. Allí fue donde habiéndose ajustado antes el ceremonial entre los dos príncipes, en fuerza del cual cada uno habia de partir al mismo tiempo en su chalupa, navegando hasta la mitad del rio, á distancia igual de las dos orillas, pareciéndole á Enrique debia despreciar aquella escrupulosa etiqueta con un príncipe cuya virtud honraba sobre manera, no obstante las convenciones, al romper el dia partió de su campo, acompañado de algunos señores de su corte, y pasando el rio, buscó al rey en el lugar donde tenia su alojamiento.

Visitó despues el santo Emperador la mayor parte de las provincias de su imperio; y habiendo dado acertadas providencias para que en todas éllas floreciese la religion, la justicia y el buen órden; hallándose en el castillo de Grun, cerca de Halberstad, le acometió una grave enfermedad, y desde luego conoció que se acercaba su dichoso fin. Dispúsose para él con nuevos esfuerzos de fervor; mandó llamar á la emperatriz Cunegunda, y á presencia de todos los señores y prelados que á la sazon se hallaban en la córte, le repitió nueva y pública satisfaccion de la injusta sospecha que habia tenido contra su fidelidad en aquel tiempo en que se atrevió á su pureza la calumnia; declarando la dexaba tan intacta y tan vírgen como habia entrado en su poder. Conocióse entonces que Dios habia permitido aquella tempestad para manifestar al mundo cristiano la heróica virtud de los dos cas-

tos esposos, cuya humildad sin duda supo ocultar al público hasta aquel dia tan raro como heróico exemplo de pureza, siendo cierto que nunca coronó la diadema dos sienes mas humildes. Duró casi un mes la enfermedad, en cuyo discurso dió el santo Príncipe las mas relevantes pruebas de su eminente virtud; y habiendo recibido con el mas devoto fervor los santos sacramentos, lleno de confianza en la misericordia del Salvador, y de una tierna devocion á la santísima Vírgen, espiró tranquilamente la noche del dia 14 de julio del año 1024, á los 52 de su edad, 22 del reyno de Alemania, y á los 10 despues de coronado emperador. Los muchos milagros que desde luego obró el Señor en su sepulcro atraxeron á venerarle el concurso de los pueblos; y autentizadas estas maravillas, como tambien la heroicidad de sus virtudes, le canonizó el papa Eugenio III. en el año de 1152, habiendo precedido las formalidades acostumbradas.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui hodierna die beatum Enricum confessorem tuum, è terreni culmine imperii ad regnum æternum transtulisti; te supplices exoramus, ut sicut illum, gratiæ tuæ ubertate præventum, illecebras sæculi superare fecisti, ita nos facias, ejus imitatione, mundi hujus blandimenta vitare, et ad te puris mentibus pervenire: Per Dominum nostrum...

O Dios, que en este mismo dia trasladaste al bienaventurado Enrique, tu confesor, desde el elevado trono del imperio de la tierra al reyno eterno de la gloria; te suplicamos humildemente, que así como le previniste á él con tu gracia para que venciese los atractivos halagüeños del siglo, así tambien hagas que nosotros, á su imitacion, despreciemos los engañosos halagos de este mundo, y lleguemos á ti inocentes y puros en nuestros corazones: Por nuestro Señor..

La epístola es del cap. 31. *de la Sabiduría, y la misma que el dia V, fol.* 94.

NOTA.

»Con razon llaman los griegos al libro del Eclesiástico *Panaretos*; esto es, libro que da preceptos para el »exercicio de las virtudes. Puédese llamar un compendio »de todos los libros espirituales, lleno de sentencias y de »doctrina cristiana. Basta leer la epístola de hoy para »convencerse de esto.

REFLEXIONES.

Bienaventurado aquel que fue hallado sin mancha. Otra version lee: *Bienaventurado el rico que fue hallado sin mancha, que no puso su confianza en las riquezas, ni se engrió con éllas.* En realidad no hay cosa ni mas rara, ni mas digna de admiracion, ni mas acreedora á los mayores aplausos que un hombre rico, inocente y justo, modesto en su conducta, moderado en sus deseos, sin orgullo y sin ambicion. La escasez de estos milagrosos hombres no proviene ciertamente ni del mérito ni del valor de las riquezas; éstas no comunican valor ni mérito, pues éllas mismas no tienen otro que el imaginario y arbitrario que el capricho de los hombres las ha querido conceder. Nace, pues, la escasez de hombres ricos, y al mismo tiempo inocentes, de la corrupcion del corazon humano, del dominante imperio de las pasiones, y de que á la verdad hay pocas almas verdaderamente grandes. Déxase el hombre deslumbrar de un explendor superficial y pasagero; triunfa, y se empabona, porque tiene mas medios de perderse. Amontonamiento de riquezas, ocasion de injusticias, posesion de riquezas, manantial de orgullo, uso de riquezas, semilla de desórdenes y principio de disolucion. El que solo piensa brillar en el mundo, ¿cómo puede ser devoto? Pues ya se sabe que al mundo por lo comun sólo se le da noticia de que uno es poderoso por la ostentacion, por la profanidad y por el fausto. La distincion á que se aspira, toda élla se pone de parte del amor propio y de la vanidad (*Oseæ.* 12.): *Dives effectus sum, inveni idolum mihi.* Un corazon poco cristiano idolátra en las riquezas; éllas son su Dios, y en éllas lo encuentra todo. Los privilegios que este ídolo con-

cede á los que le adoran son los siguientes: Relaxacion en los exercicios mas comunes de la religion, derecho imaginario para dispensarse en las obligaciones mas esenciales de élla; ideas frívolas de lo que se llama decencia; lastimosos pretextos, y razones á cual mas ridículas para traer una vida irregular y menos cristiana. ¡Pero mi Dios, pasarán estos privilegios en el terrible dia de vuestras venganzas!

Asistir á la misa del pueblo, esa es devocion de la gente ordinaria, de que se avergüenza una dama rica y de calidad; hay hora y misa de los caballeros y de las señoras, que en algunas partes se llama *la bella misa*. Seguramente que no se asiste á élla por devocion, pues ni la humildad ni el respeto se componen bien con la profanidad. Puédese contar la bella misa en el número de aquellas concurrencias de buena crianza, que sirven para entretener un rato la ociosidad, y para variar la diversion. Hasta en los actos mas sagrados de la religion, que piden mayor respeto y mas profunda humildad inspiran orgullo y altanería las riquezas. A los mismos pies de Jesucristo, hasta en las mismas sagradas aras se quiere hacer estudio y ostentacion de parecer mas rico y mas mundano. En ninguna parte se suelen afectar mas distinciones que en la iglesia. Ni la delicadeza quiere perder ninguno de sus derechos, ni el orgullo disminuir un punto de su fausto. ¿Pero de qué servirá hacerse reflexîones, y darse por convencidos, si no hay enmienda?

El evangelio es del cap. 12. de san Lucas, y el mismo que el dia V, fólio 96.

MEDITACION.

De la paz interior.

PUNTO PRIMERO.

Considera que ni los deleytes, ni las honras, ni las riquezas produxeron jamás la paz del corazon Ignóranla los dichosos del siglo, y solo puede ser fruto de la la bue-

na conciencia. Acompaña siempre á las diversiones y alegrías del mundo un inagotable fondo de turbacion y de iniquidad. Puede la ambicion por algunos pocos momentos contentar el corazon, y parecer como que le tranquiliza; pero muy en breve brotan las inquietudes interiores, y ni las pasiones, ni las prosperidades, ni los errores bastan á calmarlas; solo Dios sosiega el corazon plenamente.

Búsquese, solicítese, trabájese en el mundo cuanto se quiera por encontrar la paz; satisfáganse las pasiones; conténtense, si fuese posible, nuestros deseos; no salga al encuentro de nuestra fortuna, ni concurrente, ni émulo, ni algun otro embarazo; embriáguense las almas, por decirlo así, en bienes, en gustos y en deleytes: *Vanidad de vanidades*, exclama Salomon, *todo vanidad*, *todo afliccion de espíritu.* Diga en buen hora aquél que está tranquilo: miente; la paz del corazon solo puede ser fruto de la inocencia, de una perfecta resignacion en la voluntad del Señor y de una eminente santidad.

No por cierto; tampoco en las altas dignidades, ni en los empleos elevados se encuentra esta paz tan dulce y tan apreciable. El que en el mundo está mas elevado, ese es el menos contento. Solamente la virtud posee el gran secreto de producir la paz del corazon. Ve corriendo por todos los estados, por todas las edades, por todas las condiciones; en todas hallarás infelices, desgraciados y descontentos. El fausto, la profanidad, la abundancia y los honores solo sirven para ocultar á los ojos del público las amarguras que se padecen en particular. Desengáñate, que mas espinas y mas cambrones producen los palacios, que las chozas. Pero si en cualquiera de esos estados y de esas clases de la vida hallares un hombre santo, encontrarás en él un corazon contrito, cuyo semblante está vertiendo alegría, cuyo espíritu parece el trono de la serenidad, y su alma está como embebida en cierta dulce satisfaccion, que la llena y que la harta; esto es lo que produce la gracia en una alma pura. Las cruces, las aflicciones, las mas amargas adversidades se quedan en la superficie, y nunca penetran hasta el corazon de los santos; de aquí proviene en éllos aquella igualdad inalterable, aquella dulzura como natural, aquella paz, en fin,

que ó está á cubierto, ó está á prueba de todos los accidentes de la vida.

¡Buen Dios, y qué desgraciado, qué digno de lástima es el que no os ama sin contemporizacion y sin reserva!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que *no hay, ni jamás habrá paz interior para los que resisten á Dios.* Si hay en el mundo alguna verdadera alegría, está reservada para los de buena conciencia; para los que la tienen mala toda la tierra es lugar de tribulacion y de angustia. Bien puede uno atolondrarse; mas no por eso sufocará las inquietudes que causa el pecado. ¡Oh, y qué diferente es la paz que viene de Dios de la que nace del siglo! Ella calma las pasiones; élla conserva la pureza de la conciencia; élla es inseparable de la justicia; élla nos le lleva á Dios, y élla nos fortifica contra las tentaciones; pero la paz del mundo irrita las pasiones, mancha la conciencia, es un manantial perenne de injusticias, desvíanos de Dios, y nos hace esclavos del demonio.

Aquella pureza de conciencia que fomenta esta paz se conserva con la frecuencia de sacramentos. Si la tentacion no nos vence, siempre nos es ventajosa; y si alguna vez nos hace Dios conocer nuestra miseria, es para que tambien conozcamos la fuerza de su gracia. Lo que fuere involuntario, nunca nos debe turbar; lo principal es no resistir jamás á la inspiracion interior, y dexarnos ir hasta donde Dios nos quisiere llevar. Consiste la paz del alma en una entera resignacion en la voluntad de Dios. Hácese profesion de virtud; está uno especialmente consagrado á Dios en el estado religioso, ó en el eclesiástico; ¿pues de qué paz interior no debiera gozar? En medio de eso, vive inquieto y turbado; esto nace de que no está rendido á Dios enteramente, de que aún es imperfecto, de que le sirve con mil excepciones y reservas; solo se profesa una virtud de genio y de amor propio. *Marta, Marta*, decia el Salvador, *andas muy solícita, muy inquieta y muy turbada, atendiendo á muchas cosas, y una sola es necesaria.* Pues esta única, que era la necesaria, es puntualmente la que se omite, porque no es de nuestro gus-

to. El trabajo que se experimenta en muchas cosas nace de que no se acepta con el debido y total abandono en la voluntad de Dios todo cuanto nos puede suceder. Pongamos, pues, todas las cosas en sus manos; anticipémonos á hacerle entero sacrificio de nuestro corazon. Desde el mismo punto en que nos resolvamos á no querer nada de nosotros mismos, y á querer sin reserva todo lo que Dios quisiere, descuidarémos de todo, y excusarémos inquietas reflexîones sobre nuestras cosas; mientras no hagamos eso vivirémos inquietos, desasosegados, sin consistencia ni en nuestros deseos, ni en nuestros designios, descontentos con los demas, poco acordes con nosotros mismos, llenos de reserva, y siempre desconfiados. El mayor entendimiento solo sirve para atormentarnos mas hasta que esté bien humillado y reducido á una santa sencillez.

¡Ah Señor, y por cuánto tiempo me lo ha enseñado así mi propia experiencia! Bien veo que no siento en vuestro servicio aquella paz, *aquel gozo interior que excede á todo sentido*; pero es porque os sirvo mal; véisme aquí resuelto, con vuestra gracia, á entregarme totalmente á vos sin excepcion y reserva; seguro estoy que en cumpliéndolo experimentaré esta dulce paz del corazon.

JACULATORIAS.

Pax multa diligentibus legem tuam. Salm. 118.

No hay paz sino en los que aman y obedecen tu santa ley.

In pace in idipsum dormiam, et requiescam. Salm. 4.

Solo en vos, Dios mio, hallaré paz y reposo.

PROPOSITOS.

Las virtudes sólidas que produce siempre la paz del corazon son las siguientes: Una verdadera simplicidad; cierta tranquilidad de espíritu, fruto casi necesario de la total entrega en las manos de Dios, que quiere este Señor; un dulce dolor y sentimiento de los pecados del próximo, que inspira el amor de Dios, y el puro motivo de caridad; cierta docilidad en reconocer y en confesar los defectos

propios, agradeciendo ser corregido y castigado por éllos, con una rendida sujecion á la voluntad de los que nos gobiernan. Aunque sea sincéra tu virtud, te ocasionará mas remordimientos interiores, que aliento ni consuelo, si no está sostenida de aquel generoso amor de Dios, que no reconoce cobardía, excepciones ni reserva; pero al contrario, si abandonas á Dios todo el corazon, vivirás tranquilo, y lleno del gozo del Espíritu santo. La presencia de Dios calma el espíritu en medio del dia, y cuando mas cercado de trabajos, infunde un sueño tranquilo y sosegado; pero es menester darle al Señor sin reserva. El mas mínimo respeto humano ciega el manantial de ciertas gracias, y aumenta las irresoluciones. Si quieres gustar esta dulce tranquilidad, si quieres gozar esta alegre paz del corazon, que excede á todo lo que se puede pensar, no niegues á Dios cosa alguna.

2 Tambien produce la paz del corazon la modestia, la humildad y la dulzura inalterable como frutos de la buena conciencia. Ten puro el corazon, y estará tranquilo; pero no turbes esta tranquilidad con tu mal humor, ni la alteres con un zelo ardiente y vivó, que siempre es turbulento. Corrige en buen hora los defectos de los hijos, de los criados y de los súbditos; pero sin perder el sosiego ni la serenidad; porque la verdadera virtud nunca es contraria á sí misma. En medio de las mayores ocupaciones ten siempre en la memoria aquella sentencia del Salvador: *Marta, Marta, andas muy solícita, y son muchas las cosas que te perturban; pero mira que sola una es necesaria*; y advierte que toda la solicitud de Marta era por servir al mismo Salvador. Donde hay turbacion no está Dios. *Non in commotione Dominus.* Nunca levantes el grito, habla sin conmocion y sin desentono, y obra con sosiego, pero no con tardanza. La paz del corazon no admite lentitudes, no sufre ociosidad, reprueba la delicadeza, y no se acomoda con alguna otra ocasion.

DIA QUINCE.

San Camilo de Lelis, fundador.

En todas sus operaciones es admirable la divina Providencia, y adorable aquel acertado órden, aunque escondido, con que dirige todas las cosas, de manera que sirvan ciertamente á la consecucion de sus eternos designios. Pero singularmente se hace ver este carácter en la sábia disposicion que hace de todas las causas naturales, dirigiendo únas por su mano, y permitiendo la cooperacion de ótras en órden á mantener la hermosa ciudad santa de la Iglesia, proveyéndola de tiempo en tiempo de varones eminentes de santidad que acrecienten de un modo nuevo su belleza. Véese esto claramente en la portentosa vida y proyectos admirables del bienaventurado san Camilo de Lelis.

Nació este Santo en la villa de Voquianico, del reyno de Nápoles, á 25 de mayo del año de 1550. Sus padres Juan de Lelis y Camila Compelio, aunque ilustres en linage, no eran abundantes de bienes de fortuna, pues ésta les negó en la carrera de las armas, que seguia Juan, los premios debidos, sin embargo de que no le habia escaseado los trabajos. La concepcion de nuestro Santo fue ciertamente maravillosa, pues su madre tenia ya cerca de sesenta años de edad, y tal debilidad en su constitucion, que toda razon humana debia juzgarla estéril. Pocos dias antes de dar á luz á Camilo tuvo un misterioso sueño, que su temor y debilidad interpretaron siniestramente, presagiando en el fruto de sus entrañas miserias y delitos. Parecióla que el niño que paria tenia una cruz en el pecho, y que le seguian otros muchos niños con unas cruces semejantes, lo cual hizo concebir que su hijo sería capitan de vandoleros. Pensamiento errado, que solo podia caber en una imaginacion debilitada con la fla-

queza, puesto que las gentes abandonadas á la corrupcion de su corazon, siempre alejan de sí las señales de piedad, y principalmente la superior de todas éllas, que es la cruz sacrosanta. Al tiempo del parto, viéndose en peligro de la vida por su dificultad, hizo, por superior inspiracion, que la baxasen al establo, en cuyo lugar humilde dió felizmente á luz á Camilo, disponiendo el cielo que fuese en esto semejante su nacimiento al de muchos santos, y principalmente al capitan de todos éllos Jesucristo. Con la turbacion y desasosiego que trae consigo la carrera de las armas pudieron sus padres poner muy poca atencion en darle una educacion arreglada y virtuosa; y aunque le pusieron á la escuela, la falta de sujecion y las inclinaciones corrompidas de una naturaleza viciada apenas le permitieron aprender á leer y escribir. Por el contrario, hacia grandes progresos en la relaxacion, extendiéndose la corrupcion de su alma á diversiones mas peligrosas que las que suelen entretener los primeros años de la vida. Tenia una pasion decidida al juego de naypes y de dados, y en satisfacerla ponia todo su esmero. En esto empleó mucha parte de su juventud, fomentando las malas compañías de otros jóvenes disipados los vicios que son anexos á un entero olvido de la ley de Dios, y al entregarse totalmente á los engaños del mundo.

De esta manera llegó Camilo á la edad de diez y nueve años; en la cual, deseando su padre cortar los extravíos de su juventud y darle una carrera proporcionada á la nobleza de su sangre, le persuadió á que, en compañía de dos primos suyos, abrazase el estado militar, como lo habian hecho sus ascendientes. Tenia á la sazon la república de Venecia guerra contra los turcos; y juzgando que alistándose en sus banderas podrian hacer lucir su valor, y alcanzar grandes honras, marcharon para Ancona, en donde se alistaban las galeras en que debian embarcarse. Pero en esta ciudad enfermaron tan gravemente el padre y el hijo, que no pudieron seguir su proyecto. Determinaron volverse á su pueblo; y habiendo llegado al lugar de san Lupidio le acometió á Juan de Lelis una enfermedad tan aguda, que se conoció bien que era la última de

su vida. Recibió los santos sacramentos con mucha compuncion y lágrimas, y descansó en el Señor, dexando anegado en éllas á su hijo Camilo. Siguió éste su viage, y en la ciudad de Fermo experimentó una de aquellas aldabadas con que suele llamar al corazon del hombre la divina misericordia para apartarle de los caminos de perdicion. Vió casualmente á dos religiosos franciscanos observantes con tal compostura y modestia, y pintadas tan vivamente en su rostro la santidad de sus costumbres, que esta vista le compungió su alma, y le hizo avergonzarse de su disipada vida. Fue esta compuncion en aquel punto tan fervorosa, que determinó arreglar su conducta, y para conseguirlo con mas facilidad hizo allí mismo voto de tomar el hábito de san Francisco. A efecto de cumplirle partió á la ciudad de Aquileya, en donde la oportunidad de ser un tio suyo guardian del convento que allí tienen los religiosos franciscanos observantes le ofrecia el cumplimiento de sus deseos. Comunicó éstos á su tio; le hizo saber asímismo el voto que habia hecho, pidiéndole con ánsias que se dignase de darle el hábito. Negóse á ello su tio, creyendo acaso su vocacion pasagera, ó tal vez porque de antemano estaba bien informado de lo estragado de su vida y relaxado de sus costumbres. Olvidó por entonces Camilo lo que habia prometido á Dios: asaltaron diferentes deseos á su corazon; pero viendo que una llaga peligrosa que tenia en una pierna amenazaba á su vida, y le hacia inútiles sus proyectos, determinó pasar á Roma para curarse radicalmente. Diéronle en esta ciudad noticias de que en el hospital de Santiago de los incurables era el sitio mas oportuno para su curacion, por estar al cuidado de los mas hábiles cirujanos de aquella capital del mundo. Hizo sus diligencias para entrar en aquel hospital de sirviente, y habiéndolo conseguido, se puso en cura, que consiguió, aunque no del todo. Como la pasion al juego se habia apoderado de su alma desde los tiernos años, habia pasado no solamente á costumbre, sino casi tambien á naturaleza; por esta causa le precipitaba de modo, que desatendia á sus obligaciones, armaba pendencias con los enfermeros, y le hacia inútil en su oficio.

Reprendióle diferentes veces el Administrador, pero sin fruto, hasta que hallándole una vez una baraja de naypes debaxo de la almohada en ocasion que acababan de reprenderle, y él de dar palabra de apartarse del juego, le juzgaron incorregible, y como á tal le echaron del hospital.

Viéndose Camilo sin oficio ni modo con que sustentar su vida, sentó plaza de soldado, y sirvió á la república de Venecia en las guerras contra el turco, y sucesivamente á la corona de España. Vióse en este tiempo en diferentes peligros de perder la vida, sin que ninguno de éllos le despertase del funesto letargo en que le tenian los vicios. Pero hallándose en la isla de Corfú con una enfermedad peligrosa, destituido de todo humano socorro, y sin esperanza de vida, se volvió á Dios, lloró sus culpas, las confesó, y recibiendo el sagrado Viático, recobró la salud con tan soberano alimento. Pasando despues á Nápoles, y padeciendo una tormenta en que todos se juzgaban perdidos, renovó el voto que habia hecho; pero llegando á esta ciudad, volvió otra vez al juego con tal desenfreno, que perdió cuanto tenia, hasta la camisa que llevaba puesta. Despidieron á los soldados de la armada, y quedó Camilo en estado tan miserable, que en Manfredonia tuvo que pedir limosna para sustentarse. Viéndole jóven y capaz del trabajo un noble llamado Antonio Nicastro, le persuadió que se aplicase á él, ofreciendo facilitársele en la obra que á la sazon tenian los padres Capuchinos. Disuadióle de aceptar semejante ocupacion un compañero suyo, acostumbrado como él á la vida vagamunda y holgazana; pero Camilo movido de Dios, que ya con enfermedades, ya con peligros de la vida y ya con la miseria procuraba atraer á sí á esta oveja descarriada, desamparó á su compañero, y se puso á servir en el convento de los capuchinos. Diéronle el encargo de acarrear piedra y cal con unos jumentos, y aunque el exercicio era penoso, no solamente por el trabajo, sino por la baxeza y por las burlas de los muchachos á que le exponia, le prefirió á una vergonzosa y miserable mendiguez. Ya habia llegado el tiempo en que la diestra de Dios, á cuyo poder no hay na-

da que se resista, habia determinado emblandecer el corazon de Camilo, y hacer vaso de eleccion al que antes lo habia sido de inmundicia. Valióse para esto del Guardian del convento de capuchinos de la villa de san Juan, adonde le habian enviado con sus jumentos por una carga de vino. Aquel venerable padre le habló con tanta uncion y fervor de la Justicia divina, de la gravedad del pecado y de las penas del infierno, que sus palabras se clavaron en el corazon de Camilo como agudas y penetrantes saetas. Volvia éste por el camino rumiando lo que el venerable Guardian le habia dicho, y repentinamente se apoderó de su entendimiento una luz tan clara y copiosa, que le hizo ver todos los horrores de su vida, y toda la misericordia con que Dios le habia librado de los suplicios eternos. Arrodillóse en medio del campo, hechos sus ojos dos fuentes de lágrimas, pidiendo á Dios perdon, y ofreciéndole con las mayores veras hacerse inmediatamente capuchino, para lavar con lágrimas de penitencia todas las manchas de su pasada vida.

Esta conversion admirable sucedió por los años de 1575, dia de la Purificacion de nuestra Señora, y teniendo veinte y cinco años de edad. Apenas volvió á Manfredonia se fue al padre Guardian, y con lágrimas en los ojos le refirió cuanto le habia pasado, pidiéndole por amor de Jesucristo no le retardase el favor de vestirle el hábito de capuchino, para tener el consuelo de haber cumplido á Dios el voto que le habia hecho. No pudo resistirse el Guardian ni los demas religiosos á las fervorosas súplicas de Camilo; antes bien éstas hicieron tanta impresion en todos éllos, que quisieron que tomase el hábito para sacerdote, á lo que no pudieron reducir al fervoroso alumno de la divina gracia. Hecho religioso, comenzó á manifestar que tanto su conversion como su vocacion á aquel estado habian sido obra de la diestra del Todopoderoso, quien con su gracia procuraba llevarla á la mas alta perfeccion. Gozoso se hallaba Camilo entre los rigores, asperezas, pobreza y penitencia de la religion; pero habiéndosele renovado con el contínuo ludir del hábito la llaga peligrosa que tenia en la pierna, ni él pudo con-

tinuar en aquel tenor de vida, ni los religiosos pudieron consentirlo, sin embargo de que estimaban sumamente las heróicas virtudes que advertian en él, y con que los tenia edificados. Prometiéronle que le recibirian siempre que sanase de su llaga, y esta promesa suavizó la amargura que produxo en su corazon el nò verse contado entre los hijos de san Francisco. Volvió á Roma á buscar su curacion en el mismo hospital en que antes la habia logrado, y al mismo tiempo para enriquecer su alma con el espiritual tesoro del jubileo de año santo, que estaba publicado entonces. Confesábase Camilo con el glorioso san Felipe Neri, á cuyas instrucciones debia gran parte de su fervor. Con este Santo comunicó su vuelta á los capuchinos viéndose ya sano de su llaga, y san Felipe le aconsejó que no volviese, porque se le renovaria, y se verian frustrados sus deseos, como en efecto se verificó. Viéndose el Santo despedido segunda vez de la religion de los capuchinos, se desvanecieron todos sus escrúpulos, y llegó á convencerse de que Dios queria que le sirviese en otro estado. Volvióse á Roma, buscó á san Felipe Neri, el cual viéndole, le dixo: oh buen Camilo, ¿no te decia yo que no volvieses á la religion de los capuchinos, porque no podrias perseverar en élla? Acaricióle mucho el Santo, encargóse de su direccion, y estando vacante entonces el empleo de administrador del hospital de Santiago, le pretendió, y logró Camilo, siendo su caridad y demas virtudes los intercesores mas poderosos que movieron á los administradores á conferirle aquel empleo. Portóse el Santo en él con tanto zelo, que en breve tiempo parecia el hospital un observante monasterio de perfectos religiosos. Velaba dia y noche sobre la asistencia de los enfermos; él les hacia las camas, los curaba y asistia, prefiriendo entre todos su compasion y ternura á los que padecian enfermedades mas asquerosas. Su exemplo era el mayor incentivo que obligaba á cumplir con su obligacion á los enfermeros. A los que encontraba descuidados ú omisos los reprendia con dulzura, logrando sus exhortaciones lo que no pudieran los castigos. Pero se afligia su alma viendo que todas sus solicitudes no bastaban para que dexa-

sen de morirse muchos sin todos los auxîlios espirituales que necesitan los enfermos en las horas postrimeras. Esta falta penetraba su corazon tan vivamente, que pedia á Dios en la oracion se dignase de proveer á este mal con remedios oportuuos.

El Señor, que veia la pureza de corazon y santo zelo de donde nacian las súplicas de su Siervo, determinó favorecer sus santos deseos, inspirándole un proyecto que llevaria despues á execucion su poderosa mano. Estando el Santo en fervorosa oracion, le vino al pensamiento que la falta de auxîlio que los enfermos experimentaban podria remediarse instituyendo una congregacion, cuyos individuos no tuviesen otro objeto que asistir á los enfermos, sin esperanza de mas recompensa que la que tiene Dios prometida á la virtud. Comunicó este pensamiento á nueve sugetos de los que asistian en el hospital, en cuya piedad halló su propuesta todo el buen acogimiento que esperaba. Con tan feliz principio dispuso en el mismo hospital un oratorio, en donde se juntaban todos al rezo, á la oracion y á la disciplina, y de donde salian tan encendidos en amor de Dios y del próximo, que era palpable el gran beneficio que de esta pequeña junta recibian los enfermos. Pero el enemigo comun, contrario siempre á las empresas virtuosas, procuró, y consiguió desvanecer ésta en sus principios. Por influxo y malas persuasiones de un ministro del hospital llegaron á temer los diputados que aquella nueva congregacion habia de llegar á levantarse con el gobierno; y despues de haber dicho al Santo muchas ásperas razones, éllos por sí mismos deshicieron el oratorio. Afligido Camilo con esta desgracia, se llevó á su aposento un grande y devotísimo crucifixo, delante del cual oraban; y estando delante de él, vertiendo muchas lágrimas por la destruccion de aquella obra caritativa, advirtió que el divino Salvador, desclavando las manos de la cruz, le decia con gran ternura: "¿De qué te afliges, ó pusilá-»nime? sigue la empresa, que yo te ayudaré en una »obra que es toda mia y no tuya." Con este maravilloso favor cobró Camilo nuevo esfuerzo, y se resolvió á juntar su congregacion fuera del hospital, con cuyo

designio, á pesar de su grande humildad, determinó hacerse sacerdote. No sabia gramática, y le faltaban rentas, á cuyo título pudiese ordenarse. Lo primero lo venció su humildad, no desdeñándose de asistir un hombre de treinta y dos años á estudiar la gramática en compañía de los niños; y lo segundo lo venció Dios, moviendo el corazon de un ciudadano romano para que de sus bienes le señalase cóngrua suficiente. Vencidas todas las dificultades, se ordenó de sacerdote en el dia de Pentecostés en el año de 1584.

Viéndose Camilo con todas las disposiciones prévias para verificar su intento, renunció el oficio de mayordomo; y los diputados, en premio de sus buenos servicios, le hicieron capellan de la iglesia de nuestra Señora de los Milagros. En una casa contigua á ella hizo Camilo su residencia con dos compañeros de su mismo espíritu, y comenzaron á echar los fundamentos de aquella grande obra. En aquella casita hacian sus juntas espirituales, rezando las letanías y otras muchas devociones, y exercitándose en la oracion, animándose mútuamente al mas exâcto cumplimiento de su instituto caritativo que habian abrazado. De allí salian encendidos en caridad, la que iban á practicar al hospital del Espíritu santo, el mas grande y famoso que tiene Roma. En él consumian las mañanas, las tardes, y gran parte de la noche, segun lo exîgian las necesidades de los enfermos. Servian á éstos con el mayor esmero, haciéndoles las camas, administrándoles la comida y limpiándoles las inmundicias. No habia enfermedad, por asquerosa y contagiosa que fuese, que bastase á entibiar el fuego de amor del próximo que hervia en sus pechos; antes bien esto mismo era el mas poderoso incentivo para atraer su cuidado y servicio. Pero en lo que mas esmero ponian era en instruir á los enfermos en la doctrina cristiana, exhortarlos á sufrir con paciencia las enfermedades, prepararlos para recibir con fruto los santos sacramentos, y últimamente confortar sus almas con palabras de mucho consuelo y ternura en el trance último de la muerte. Divulgarónse estos caritativos oficios por toda la ciudad, y en breve tiempo tuvo Camilo muchos compañeros, que movidos de superior im-

pulso querian seguir su instituto. Los vecinos de Roma, viendo la gracia particular que aquelllos nuevos ministros de los enfermos tenian para asistirlos en la agonía de una manera que tranquilizaban sus almas, los llamaban á sus casas para recibir de éllos el mismo consuelo.

Viendo san Camilo la prosperidad con que conducia Dios sus intentos, y que tenia un número suficiente de compañeros para formar la congregacion proyectada, solicitó del santo padre Sixto V. un breve apostólico que aprobase aquella congregacion; y en efecto lo logró, siendo aprobada á 18 de marzo de 1586. Gregorio XIV., satisfecho de los provechosos servicios que esta congregacion hacia al pueblo cristiano, la elevó á estado formal de religion por bula expedida á 15 de octubre de 1591, eligiendo á Camilo por general perpétuo de la religion que habia fundado. Viendo el Siervo de Dios perfectamente cumplidos sus deseos, aplicó toda su atencion á la propagacion de su instituto y al cuidado de los enfermos. Son indecibles sus diligencias, sus ánsias y trabajos para cuidar de que los hospitales estuviesen bien provistos, servidos y consolados los dolientes. Hizo para este efecto muchos y penosos viages; extendiéndose su caridad á todo género de necesitados, á quienes socorria con tan copiosas limosnas, que obligó á cooperar á éllas con sus milagros á la divina Omnipotencia. Manifestábase en todo un hombre de caridad, haciéndose todo para todos, y deseando hacer sacrificio de su vida en beneficio de sus hermanos. Vióse esto con mas claridad en el año de 1594, en que Dios afligió á Roma con una peste funesta. Este terrible monstruo, acompañado de la hambre, parece que queria desolar aquella ciudad. Todas las casas, principalmente de gente pobre, estaban llenas de contagiados y de miserables, que faltos de todo auxîlio rendian la vida, acabados por la necesidad ó por la peste. Los que quedaban libres desatendian el cuidado de los infelices para precaverse del contagio. Por todas partes se veian ó cadáveres ó moribundos, que puestos en el último extremo, faltos de todo auxîlio, esperaban la muerte, sin mas consuelo que el verse morir mútuamente pa-

dres é hijos sin poderse dar socorro. En esta situacion tan dolorosa fue un remedio universal la caridad de Camilo y de sus hijos, quienes sin reparar en trabajos, incomodidades, ni en el peligro de la vida, acudian á todas partes á asistir á los enfermos. Aplicábanles medicinas, administrábanles el sustento, limpiaban sus asquerosidades, dando del modo posible alivio y consuelo á todos. Sucedió tal vez hallarse casas cerradas, porque todos sus individuos se hallaban enfermos y debilitados de manera, que no tenian fuerzas para levantarse á abrir las puertas. Camilo llevaba escaleras, entraba por las ventanas, y de este modo hacia á aquellos infelices participantes de su caridad. No se contentaba ésta con sus servicios personales, sino que persuadia á las personas ricas á que concurriesen con sus limosnas para multiplicar con éllas los socorros, y facilitar el alivio de tantos necesitados. Buscaba gente á su sueldo, y hacia que fuesen por los establos y caballerizas, y por otros lugares en donde estaban los enfermos rodeados de cadáveres y ya casi sin aliento. Hacíalos conducir á los hospitales y á otros lugares oportunos, en donde por sus diligencias, ó recuperaban la salud, ó morian consolados, recibiendo los santos sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía.

Terrible fue el azote que recibió Roma con esta peste, y sin duda hubiera quedado desolada si en Camilo y sus hijos no hubiera preparado sabiamente la divina Providencia el remedio á tantas calamidades. No se finalizaron éstas con la extincion del contagio, porque de allí á dos años, saliendo el Tiber de madre, causó nuevos estragos, y puso en gran consternacion á todos sus vecinos. Principalmente tocaron los funestos efectos al hospital del Espíritu santo, adonde llegó la inundacion de las aguas, de manera que ya casi se anegaban los desvalidos enfermos. Apenas llegó á noticia de Camilo este terrible conflicto, cuando voló exhalado al hospital, y entrando por el agua á las piezas inundadas, comenzó á sacar enfermos sobre sus propios hombros, y hasta las camas mismas, perseverando dia y noche en aquel trabajo por espacio de tres dias. Igual beneficio experimentaron las ciudades de Nola y de Milán

en tiempo en que la Justicia divina castigaba los pecados de los hombres con una terrible peste. Morian los infelices por las plazas y calles, apartando el rezelo de perder la vida aun á los mas piadosos de las camas de los enfermos. No sucedió así con Camilo y sus religiosos, quienes apenas tuvieron noticia de aquella calamidad, corrieron presurosos á remediarla, haciendo sacrificio de sus vidas, si fuese menester, en las aras de la caridad. Sucedió así en efecto, porque pegándose el contagio á cinco de sus hijos, lograron una gloriosa muerte por salvar la vida á sus próximos. Era sensible esta falta á Camilo, porque advertia que cada uno de aquellos primeros compañeros que se le juntaban era un horno de caridad, y un exemplar vivo de todas las virtudes. Pero como su instituto era todo obra de Dios, y su objeto el servir y consolar á los próximos en las mas extremadas miserias, cuidaban de su conservacion y propagacion Dios y los hombres. Por cada uno que moria venian muchos varones piadosos que pretendian abrazar el instituto, siendo los muertos como los granos de trigo del evangelio, que multiplicaban prodigiosamente los frutos. De la mayor parte de las ciudades de Italia pretendian que Camilo estableciese un convento, prometiéndole por su parte ayudar á la fábrica, y proporcionar las subsistencias temporales en cambio de los espirituales socorros que habian de recibir. De esta manera se vió este naciente instituto maravillosamente propagado por toda Italia, en donde se hicieron varias provincias para establecer con mayor facilidad la observancia regular, el órden y la obediencia. Visitábalas todas el glorioso Patriarca por sí mismo, sin que ni lo penoso de los caminos, ni la escasez de los medios entibiasen su ardiente zelo. Los puntos mas esenciales de sus visitas eran únicamente pertenecientes á la caridad. Si se asistia con esmero á los enfermos; si se les regalaba y consolaba; si se les suministraban todos los auxîlios de la religion para sanar sus almas de la culpa al tiempo que se curaban sus cuerpos; si estos esmeros eran mas activos y diligentes con los mas asquerosos; y últimamente, si en las últimas horas de la vida dulcificaban las amarguras de la agonía con palabras de vida

que avivasen en los enfermos la esperanza cristiana; tales eran los capítulos de sus visitas, y lo que llevaba las principales atenciones del caritativo Padre. Sin embargo, no olvidaba por esto los demas puntos de la regla y constituciones, conociendo que muchas veces entra la relaxacion en un cuerpo observante por un pequeño resquicio.

Gozoso se hallaba Camilo con el prodigioso aumento que habia tomado su religion, y con la prosperidad que Dios iba derramando sobre élla; pero al mismo tiempo contristaba su ánimo el verse superior, en cuyo cargo le era indispensable el recibir muchos honores, que aborrecia su humildad, y estar sujeto á un sin número de obligaciones delicadas que temia su escrupulosa conciencia. Por este motivo consideró que aquella obra tan felizmente principiada creceria con mas rapidez puesta en otras manos, y él viviria mas tranquilo, atendiendo únicamente á la santificacion de su alma y al servicio de sus enfermos. Determinó, pues, hacer renuncia del generalato en manos del Cardenal protector; y aunque este purpurado interpuso su autoridad y sus razones para que no se verificase la renuncia, todo fue inútil para con un santo, en quien competian los ardores de la caridad con los abatimientos y humillaciones que solicitaba para su persona. No quiso el protector negar este consuelo al fervoroso y humilde Camilo; y así, en el año de 1607 le admitió la renuncia que hizo del generalato, dexándole contentísimo porque ya no tenia que pensar en otra cosa que en prepararse para la muerte, que contemplaba ya muy cercana. No se contentó el Siervo de Dios con renunciar la suprema prelacía de su religion, sino que para exercitarse mas libremente en todas sus virtudes, renunció igualmente la mas mínima exêncion ó privilegio que pudiese corresponderle por haber sido fundador. Reducido de este modo al simple estado de súbdito, igual en todo á cualquier sacerdote profeso, se retiró al hospital de la Anunciata de Nápoles. En este lugar de piedad se entregó enteramente á los ayunos, á la oracion y á la penitencia, dividiendo entre estos exercicios y la asistencia de los enfermos toda su alma y todos sus cuidados. Celebróse por

entonces capítulo general en Roma, al que no quiso asistir, huyendo de los honores y dignidades con tanta eficacia, como suelen ótros poner en pretenderlas. Pero por esto no pudo impedir que el General le diese varias comisiones para visitar los conventos de Génova y Milán, persuadido á que sola su caridad y su presencia podrian arreglar los negocios de aquellas casas. En éllas asistia incesantemente á curar y limpiar los enfermos, entre quienes decia tener todas sus delicias. Muchas noches las pasaba en vela, cuidando mas del beneficio espiritual de los que estaban en agonía, que de recibir su necesario descanso. A los administradores de los hospitales hacia contínuas representaciones solicitando subsistencias para los pobres enfermos; y como conocian el fervoroso zelo y caridad de donde nacian sus solicitudes, procuraban contentarle, persuadidos á que en esto mismo hacian la voluntad de Dios. Evacuadas las comisiones que le encargó su General, pasó á Roma, y alcanzó de él licencia para quedarse todas las noches en el hospital del Espíritu santo, con el designio de asistir en la agonía á los enfermos de mayor peligro.

Este sitio era el que apetecia su alma para darla todo el desahogo que su ardiente caridad necesitaba. Allí entabló un tenor de vida que reunia en sí todas las asperezas de la mayor mortificacion, todas las dulzuras de la vida contemplativa, y todos los exercicios de la vida activa y oficiosa. En la fiesta de todos los Santos del año de 1609 comenzó á vivir con este método. Todas las noches, despues de dar á su cuerpo el breve reposo de cuatro horas de sueño en un aposento del mismo hospital, baxaba al oratorio, en donde pasaba algun tiempo en oracion delante del Santísimo Sacramento. Visitaba despues todas las camas; y si hallaba alguno que estuviese moribundo, le confesaba y administraba la Eucaristía, asistiendo despues á su cabecera, diciéndole palabras de consolacion con que prepararle á la última hora. Administraba la Extrema-Uncion, la Eucaristía ó la Penitencia, segun la necesidad del enfermo, sin abandonarle hasta que moria cristianamente, ó le dexaba con las disposicionns necesarias para ello. Finalizada esta visita se volvia al oratorio, en donde tenia

una hora de oracion; pero si habia algun enfermo de peligro, la tenia á la cabecera de su cama. Acabada la oracion volvia á visitar á los enfermos, acomodándoles la ropa, calentándoles los pies, y mudándoles ó enxugándoles las camisas si estaban mojadas del sudor. En tiempo de verano, en que la sed mortificaba extrañamente á los enfermos, tomaba un jarro de agua fria, é iba de cama en cama humedeciendo los labios, y refrigerando la boca de los miserables enfermos, que recibian con esta caritativa diligencia un consuelo inexplicable. Asistia despues á darles alguna conserva, vizcochos ó algun otro confortativo, segun las necesidades respectivas; y para este efecto pedia limosnas, que se las daban muy copiosas sus devotos. Al tiempo de dar las medicinas acompañaba á los enfermeros, animando á los dolientes, quitándoles la repugnancia que tenian en tomarlas con palabras graciosas, dictadas por la caridad. Llegada la hora en que habia de administrar el Santísimo Sacramento á los enfermos, se renovaban todos los esfuerzos de este abrasado Serafin. Corria á las camas, preguntaba si tenian que reconciliarse; les exhortaba á dolerse de sus culpas, y á hacer actos de fervorosa contricion. Despues de recibido el Viático hacia á los enfermos discursos espirituales, exhortándolos á que diesen gracias á Dios por la misericordia de haber venido á su pecho, y á llevar con paciencia los dolores de la enfermedad. Acabado esto, hacia las camas, y mudaba la ropa á aquellos que veia que tenian mas necesidad, en cuyo exercicio sufria con gusto un hedor intolerable. Todo lo referido lo hacia hasta poco despues de amanecer. A esta hora se retiraba á su aposento, rezaba con quietud el oficio divino, y se curaba aquella penosa llaga, que le martirizó todo el discurso de su vida. Preparábase despues fervorosamente para decir misa, como si los exercicios anteriores hubiesen podido distraer su espíritu; decíala con mucha atencion, devocion y lágrimas, aplicándola comunmente por los enfermos que estaban en mayor peligro. Acabadas las gracias se volvia al hospital á la continuacion de sus obras caritativas, hasta que llegaba la hora de comer. Ayudaba á administrar la comida á los enfermos; haciales las camas á los que te-

nian mayor necesidad, diciéndoles al mismo tiempo muchas palabras de consolacion con un semblante alegre y festivo, y se volvia á su casa. En élla se divertia en leer algunas horas, hasta que llegada la noche comenzaba sus exercicios como en el dia precedente.

Mas de tres años permaneció el Santo en este tenor de vida con una admirable constancia; hasta que en el de 1612, contemplando el General que su presencia era sumamente útil para avivar en los conventos el fuego de caridad de que estaba abrasado, le mandó que le acompañase en la visita del convento de Nápoles y de otras varias casas. Al año siguiente asistió al capítulo general, en el cual fue elegido el padre Francisco Antonio Nilo por supremo superior de la órden. Inmediatamente comenzó éste su visita; y no obstante la oposicion que hicieron la humildad y tranquilidad de Camilo para acompañarle en élla, hubo de condescender al fin, animado de los copiosos frutos que el General le prometia. En la santa casa de Loreto dió feliz principio á esta expedicion, diciendo misa, y pidiendo á la Madre de Dios su amparo y favor para el trance de la muerte, que ya presentia. Habiendo visitado las casas de Bolonia, Ferrara, Mántua y Milán, llegó á Génova, en donde sus males y achaques que padecia se le agravaron de modo, que llegó á desconfiarse de su vida. Restablecido algun tanto, hizo que le conduxesen á Roma, y al entrar en su casa dixo aquellas palabras del Profeta: Aquí será mi descanso. Recibiéronle los religiosos con extraordinaria devocion y regocijo; besáronle la mano como á su padre y patriarca; y solícitos por conservar una vida tan preciosa, hicieron que se echase en cama, en donde le cuidaron y regalaron con el amor y ternura de hijos. Estos esmeros produxeron algun efecto, porque de allí á algunos dias se halló notablemente restablecido. No quiso el Santo perder estos instantes de mejoría sin emplearlos en aquellas ocupaciones de caridad que le habian merecido todas las atenciones de su vida. Hizo que le llevasen á la iglesia de san Pedro para encomendarle al Príncipe de los apóstoles el cuidado y aumento de un instituto tan provechoso. Al pasar el puente de Santángelo conmovió su corazon de tal manera la vista del

hospital de Sancti-Spiritus, que se hizo llevar allá, y apoyado en dos religiosos visitó las camas de los enfermos, diciéndoles palabras de mucha edificacion y ternura. Todos los ministros del hospital se conmovieron con su llegada; únos le besaban la mano, ótros le pedian la bendicion, y todos se animaban mútuamente á andar mas vigilantes, alegando por razon que ya habia venido el padre Camilo. Visitó la iglesia de san Pedro con fervorosa oracion, encomendando al santo Apóstol el cuidado de su religion. Íbase poco á poco acabando la vida de este incomparable varon, que debiera ser interminable; pero al mismo paso crecian mas los ardores de su encendida caridad. Pocos dias pasaron, y pareciéndole que tenia algunas fuerzas, hizo que le llevasen á su amado hospital, que era el único sitio en donde encontraba algun alivio á las muchas dolencias que padecia. Los esfuerzos que hizo para servir á los enfermos, los muchos discursos con que los animó al amor de Dios y al aborrecimiento de sus culpas, y las lágrimas que vertia sobre aquellos infelices solo se pueden concebir reflexîonando sobre aquella heróica caridad, que fue el distintivo de todas sus acciones. "Bien sabe Dios, de»cia á los enfermos, que quisiera quedarme para siempre »con vosotros; mas ya que esto no me es dado, estad »ciertos que me quedo con vosotros con el alma y con »el corazon." De vuelta para su convento le sobrevino un desmayo que le obligó á retirarse á una tienda, de donde, trasladado á su convento, se echó en cama para morir. Luego que se publicó por Roma el peligroso estado de su vida, fue innumerable el concurso de personas de todas clases y estados que acudian á visitarle; pero el Santo no recibió sino á personas muy espirituales, cuyos consejos santos podian servirle para lograr una muerte preciosa delante del Señor. En aquellos dias fue admirable el arrepentimiento que manifestó de sus culpas, pidiendo á Dios perdon y misericordia con tanta compuncion y lágrimas, como si no las hubiera derramado abundantemente, y satisfecho por éllas en tantos años de piedad y de caritativos exercicios. Sufrió con una paciencia invencible los muchos dolores y angustias que le ocasionaban cinco enfermedades que padeció á un mis-

mo tiempo; sin que en el discurso de todas éllas se le hubiese oido una sola queja. Agravada, en fin, la enfermedad, se le administraron los santos sacramentos, que recibió con suma devocion é inexplicable consuelo de su alma. Llamó á sus hijos, dióles su bendicion, exhortolos al amor fraternal, á cuidar exâctamente de los enfermos, y al exercicio de todas las virtudes; y habiendo fixado sus ojos en un santo crucifixo, repitiendo los dulcísimos nombres de Jesus y de María, exhaló su alma con aquella tranquilidad con que mueren los justos. Sucedió su dichoso tránsito el dia 14 de julio de 1614, siendo á la sazon de sesenta y cinco años de edad. Su portentosa santidad fue acreditada por Dios, ya con el suave olor que exhalaba su cadáver, el cual quedó con extraordinaria hermosura, y ya con varios milagros que por su intercesion hizo la divina omnipotencia. Benedicto XIV., habiendo precedido el informe correspondiente, le beatificó en 1742, y en el dia 29 de julio de 1746 el mismo santo Padre le puso con la mayor pompa en el catálogo de los santos.

La misa es propia, y trata de la caridad del Santo, la oracion es la siguiente.

Deus, qui sanctum Camillum ad animarum in extremo agone luctantium subsidium singulari charitatis prærogativa decorasti; ejus, quæsumus, meritis spiritum nobis tuæ dilectionis infunde, ut in hora exitus nostri hostem vincere, et ad cœlestem mereamur coronam pervenire: Per Dominum nostrum...

O Dios, que adornaste á san Camilo de una singular prerrogativa de caridad para socorrer á las almas que luchan en la última agonía, infunde en nosotros por sus merecimientos el espíritu de tu amor, para que en la hora de nuestra muerte merezcamos vencer al comun enemigo, y llegar á la corona celestial: Por nuestro Señor...

La epístola es de la primera de san Juan Evangelista, cap. 3.

Charissimi: Nolite mirari si odit vos mundus. Nos scimus quoniam translati sumus de morte ad vitam, quoniam diligimus fratres. Qui non diligit, ma-

Carísimos: No os admiréis de que os aborrezca el mundo. Nosotros sabemos que hemos sido trasladados de la muerte á la vida, porque amamos á los hermanos. El

net in morte: omnis, qui odit fratrem suum, homicida est. Et scitis quoniam omnis homicida non habet vitam æternam in semetipso manentem. In hoc cognovimus charitatem Dei, quoniam ille animam suam pro nobis posuit: et nos debemus pro fratribus animas ponere. Qui habuerit substantiam hujus mundi, et viderit fratrem suum necessitatem habere, et clauserit viscera sua ab eo: quomodo charitas Dei manet in eo? Filioli mei, non diligamus verbo, neque lingua, sed opere, et veritate.

que no ama está en la muerte: todo aquel que aborrece á su hermano es homicida. Y vosotros sabeis que todo homicida no tiene exîstente en sí mismo la vida eterna. En esto hemos conocido la caridad de Dios, en que puso por nosotros su vida; y nosotros tambien debemos exponerla por los hermanos. El que tuviere los bienes de este mundo, y viere que su hermano tiene necesidad, y cerrare sus entrañas á la compasion de él, ¿cómo exîstirá en éste la caridad de Dios? Hijuelos mios, no amemos de palabra, ni con la lengua, sino con la obra y con la verdad.

REFLEXIONES.

Una verdad esencial nos propone san Juan Evangelista en la epístola de este dia, de la cual pende todo el edificio de la virtud, y todo el órden de la vida cristiana. Esta verdad se reduce á que el amor del mundo y el amor de Dios y del próximo son dos amores opuestos. El mundo no estima sino sus obras, aborrece la luz, está enemistado con el órden, ama la confusion, y entonces está mas satisfecho cuando vive entre tinieblas. Por esta causa aborrece y persigue á los hijos de luz; esto es, á aquellos que siguen los consejos y preceptos del Padre de las luces; pero san Juan advierte que no nos debemos maravillar de que el mundo nos aborrezca, porque en en esto mismo da una prueba de su maldad, y otra de la excelencia de la caridad y de lo provechoso que es el amor de Dios y del próximo. El exemplo de Abel y de Cain confirma lo úno y lo ótro; en el primero se significa el amor de Dios, y en Cain el amor del mundo. Las obras de éste eran malas, las de su hermano santas y justas; por esta causa sufrió el inocente Abel la persecucion de su hermano hasta llegar al punto de perder la vida. Todo esto nos enseña que debemos hacer todos los sacricios mas dolorosos para conservar en nosotros la virtud

de la caridad. Élla es, segun nos dice la Escritura, el vínculo de la perfeccion, porque une, estrecha y ata entre sí á todas las virtudes, de manera que su sola posesion califica la vida de perfectamente cristiana. El mismo apóstol san Juan lo insinúa cuando asegura que el mas mínimo defecto en la caridad nos acarrea la muerte del pecado. Por el contrario, el que desee tener en sí la vida permanente de la gracia, debe exercitarse en las obras de caridad, amando á Dios primeramente, y por Dios al próximo.

Pero debe estar advertido todo cristiano que obrando de esta manera ha de sufrir las contradicciones del mundo. Este es sumamente zeloso, y su zelo pasa con facilidad á envidia, y de envidia á furor. Siente que no se amen las cosas que á él le pertenecen, y en que propone á los hombres unos bienes aparentes y falsas delicias. Se contrista cuando ve emplear en otro objeto el amor y atenciones que desea para sí mismo. De aquí nace aquel ímpetu, aquel furor con que persigue aquellos hombres felices, cuyos corazones llegaron á penetrarse del amor de sus hermanos. No hay ardid de que no se valga para retraerlos, ni medio que no emplee para desacreditar su conducta. Exâgera hasta lo sumo los trabajos y penalidades de la vida activa; pinta con los colores mas negros el semblante de los enemigos; pondera lo intolerable de las injurias; y cuando con estas tretas no puede apartar al cristiano de los exercicios de la caridad, da á esta virtud nombres odiosos que suelen atemorizar muchas veces á los que no esten en élla muy radicados. Califica de soberbia y de deseo de señalarse entre los demas aquel esmero fervoroso con que procuran los caritativos averiguar las necesidades de sus hermanos, é investigar todos los medios de socorrerlas. Calumnia muchas veces al caritativo, notándole de avariento y ambicioso, suponiendo que convierte en su propio provecho parte de los bienes que consigue para los pobres; y cuando esto no sea, que solicita conseguir por este medio su exâltacion y su gloria. Y dado caso que le salgan fallidas estas trazas, tiene el comun asidero de calificar de hipocresía la mas acendrada virtud. Tales son los artificios de que se vale el mundo contra la caridad; pero son artificios que descu-

biertos y prevenidos de antemano por la divina sabiduría, no deben servir para otra cosa que para hacer la virtud del cristiano mas ilustrada y segura. Apenas ha habido un justo, cuyas operaciones no hayan sido calumniadas; y esto mismo es una prueba de la malignidad del mundo, y un excitativo poderoso para no acobardarte cuando tú las padezcas por el exercicio de la caridad.

El evangelio es del cap. 15. de san Juan.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Hoc est præceptum meum, ut diligatis invicem, sicut dilexi vos. Majorem hac dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis. Vos amici mei estis, si feceritis quæ ego præcipio vobis. Jam non dicam vos servos, quia servus nescit quid faciat dominus ejus. Vos autem dixi amicos: quia omnia quæcumque audivi à Patre meo, nota feci vobis. Non vos me elegistis; sed ego elegi vos, et posui vos ut eatis, et fructum afferatis; et fructus vester maneat: ut quodcumque petieritis Patrem in nomine meo, det vobis.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Mi mandamiento es este, que os ameis mútuamente, como yo os he amado. Ninguno tiene mayor caridad que aquel que da su vida por sus amigos. Vosotros seréis amigos mios si hiciéreis lo que yo os mando. De aquí adelante no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Pero yo os he llamado amigos, porque os he hecho saber á vosotros todo cuanto oí de mi Padre. No sois vosotros los que me elegísteis; sino que yo os elegí á vosotros, y os destiné para que vayais, y hagais fruto, y vuestro fruto sea duradero; de modo, que cualquiera cosa que pidais á mi Padre en mi nombre os la conceda.

MEDITACION.

Sobre el amor del próximo.

PUNTO PRIMERO.

Considera que Jesucristo dice que el amar al próximo es su precepto por excelencia, como que en él se cifran y reunen todas las perfecciones de la vida cristiana, y que de consiguiente debes moverte á execu-

tar sus obras maravillosas, no contentándote con la medianía.

No se puede dudar que al mismo tiempo que Jesucristo llamó al precepto de amar al próximo precepto suyo, denotó la predileccion que de él tenia respecto de los demas preceptos; que encargaba á los hombres particularmente su observancia, como de una cosa que llevaba todas las atenciones de su corazon; y últimamente, que en él constituia la suma necesidad para llegar á la felicidad eterna. Este precepto se explica por estas palabras: Amarás á tu próximo como á ti mismo; palabras cuya inteligencia nos advierte de todas nuestras obligaciones, si préviamente formamos de nuestra religion sacrosanta un juicio justo y exâcto. Por éllas se nos manda que amemos á nuestro próximo de la misma manera que nos amamos á nosotros mismos. ¡Pero, ó gran Dios, cuánta variedad hay entre los hombres acerca del amor con que á sí mismos se aman! Hay hombres que como si no tuvieran una alma racional, cuyo espíritu incorruptible ha de durar para siempre, solo aman en sí lo animal, lo sensitivo y lo perecedero. Manifiestan este amor procurándose todas las delicias posibles, todos los objetos de los sentidos, y todo aquello á que le lleva su depravada concupiscencia. Estos tales se aman á sí mismos, pero de un modo que sería un delito el amar al próximo de la misma manera. Por eso dice san Agustin (*Lib.* I. *de Vit. cons. cap.* 15.): *Mira primeramente si sabes amarte á ti mismo, y en tal caso te encomendaré á tu próximo, para que le ames como á ti mismo.* A lo cual añade san Próspero: *Entonces amamos al próximo, cuando atendemos á su salud, para que la emplee en las buenas costumbres, y en obras útiles para la consecucion de la vida eterna.*

De aquí se infiere que debemos amar al próximo, deseando que practique como nosotros la virtud, y ayudándole para ello con las obras exteriores. Esto se explica con aquellas palabras de que usan los maestros de espíritu, cuando dicen que se debe amar al próximo con el deseo y con la obra. En lo primero se significa que le debemos desear todos los bienes imaginables, y en éllos una verdadera felicidad; en lo segundo, que para este

efecto debemos ayudarle con nuestras buenas obras, considerando que es la imágen de Dios pintada por su mano en la creacion, para que en élla reconociésemos á nuestro Dios, y nos moviésemos á amarle. Considerando que nuestro próximo fue redimido con la preciosa sangre de Jesucristo, como lo fuimos nosotros, que es decir, que debemos amarle como á una cosa tan preciosa que no dudó Dios dar por élla un precio infinito. Y últimamente, considerando que nuestro próximo es una parte nuestra, como miembro que es del cuerpo místico de la Iglesia, en la cual diçe san Pablo: *Muchos individuos formamos un cuerpo en Cristo, y cada úno es miembro y parte del ótro.* Todas estas consideraciones te persuaden la necesidad, la obligacion y la excelencia de la caridad, y al mismo tiempo que no debes contentarte con unos oficios comunes en esta materia, sino que á imitacion de san Camilo debes aspirar á su mayor perfeccion.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el amor propio es un enemigo tan sutil y astuto que suele embarazar aquellas obras heróicas en que se manifiesta con mayor brillo la caridad cristiana, persuadiendo á los hombres que en su execucion han de padecer muchos daños.

Entre todas las obras de misericordia con que se explica la caridad, una de las mas brillantes es visitar á los enfermos, socorrerlos, cuidarlos, y darles todos los alivios que son necesarios para su curacion y restablecimiento. Todo esto no se puede executar sin vencer primero una multitud de repugnancias que opone nuestro amor propio, y que no se hallan en las demas obras de misericordia. El comunicar á ótro las luces de sabiduría de que estás adornado: el dirigir sus operaciones con tus consejos, y el emplear tu hacienda en aliviar sus necesidades corporales, son unas obras en que nada se aventura. Tal vez de éllas mismas te resulta honor, y tu vanidad encuentra un cebo con que alimentar aquel deseo que tienen los hombres de manifestarse superiores los únos respecto de los ótros. Aun la distribucion de los bienes temporales se hace sin repugnancia cuando hay una mediana

fortuna, y lleva consigo la recompensa del agradecimiento. Pero el asistir á aquellos miserables hermanos nuestros que yacen sumergidos entre la hediondez de las enfermedades, entre los peligros del contagio, y mucho mas el auxîliarlos cuando están cercanos á la muerte, causa un horror que suele espantar á nuestra flaca naturaleza. Todos los sentidos encuentran en estos objetos un martirio que les atormenta. Los ojos ven la podredumbre, la miseria, la pobreza, y todos los males que oprimen al enfermo. El olfato es atormentado con el hedor intolerable que despiden de sí unos cuerpos miserables que están próxîmos á su disolucion. La imágen del dolor y de la muerte se clavan en el corazon del hombre, y amedrentan á su alma. El amor propio aviva y aumenta todas estas imágenes, y hace concebir un peligro próxîmo de vernos tan miserables como aquellos infelices á quienes debemos socorrer, y llega á persuadirnos que no estamos obligados á hacerlo, porque tenemos obligacion de cuidar de nuestra propia vida.

Si se consideran con reflexîon todos estos inconvenientes, se hallará que son unas ilusiones con que el amor propio nos engaña, y con que pretende despojar á la caridad de sus derechos. San Juan Evangelista (*Ep.* 1. *cap.* 3.) da la idea mas sublime de esta grande virtud, manifestando en pocas palabras la conducta que debemos observar en su práctica, y las razones de esta conducta. *La caridad de Dios*, dice, *se hizo patente á nuestros ojos*, *en que el mismo Dios expuso su vida por nosotros*; *y en consecuencia*, *tambien nosotros debemos exponer las nuestras por nuestros hermanos.* Este exemplo del Hijo de Dios, Jesucristo, es tan patente, y persuade con una eficacia tan poderosa, que no se puede resistir. Él dió su preciosa vida en los tormentos de una cruz en redencion por el género humano, y para libertar á nuestra naturaleza de los males y enfermedades á que estaba sujeta por la culpa. El mismo Hijo de Dios publicó que no era digno de llamarse discípulo suyo el que no seguia sus pasos. De aquí se infiere, que tienen los cristianos una obligacion estrecha de imitar á Jesucristo, exponiendo su vida en beneficio de sus próximos. Esto mismo se persuade del órden de la caridad, segun el cual, nuestro amor debe emplearse en

el mayor bien. Primero debemos amar á Dios que al próximo, porque Dios es un bien sumo, en donde se reunen todas las razones que puede tener el hombre para amar, las cuales son infinitamente superiores á las que se encuentran en las cosas criadas. De la misma manera, el bien espiritual del próximo se debe preferir á los bienes propios temporales, sin exceptuar de éllos la vida, porque así lo exíge el órden de la caridad, así lo enseña la sagrada Escritura, y así lo practicó el mismo Jesucristo. Reflexîona y medita bien la conducta de san Camilo, principalmente en la asistencia de los apestados, y hallarás que la flaqueza humana puede con la gracia seguir los grandes exemplos de tu Redentor, como en efecto los siguieron tantos varones piadosos.

JACULATORIAS.

In hoc apparuit charitas Dei in nobis; quoniam ille pro nobis animam suam posuit. Joan. Ep. 1. cap. 3.

El amor que Dios nos tiene se manifestó en que dió gustosamente su vida para que nosotros tuviésemos una felicidad eterna.

Si sic Deus dilexit nos, et nos debemus alterutrum diligere. Joan. Ep. 1. cap. 4.

Puesto que Dios nos ama sacrificando lo temporal por lo eterno, de la misma manera debemos nosotros amar á nuestros hermanos, despreciando por éllos los peligros.

PROPOSITOS.

La caridad, dice san Pablo, todo lo vence, todo lo supera, todo lo disimula, por todo pasa. El verdaderamente caritativo, únicamente se propone en sus operaciones aquel sublime principio que dice Jesucristo en el capítulo 6 de san Lucas: *Haced con los hombres todo aquello que desearíais que hiciesen con vosotros.* En esta suposicion, imagínate enfermo de una enfermedad asquerosa, oprimido de la indigencia, falto de todos los auxílios de la fortuna, y reducido al miserable estado de no poderte socorrer á ti mismo. Imagínate en un hos-

pital rodeado de otros enfermos, y de algunos cadáveres, sujeto á padecer los horrores de la muerte, debilitados tus miembros, fatigado de los dolores de la enfermedad, cubierto de podredumbre y de miseria, y padeciendo el hedor y las asquerosidades de una pestífera enfermedad. En este estado, ¿cuáles serán tus pensamientos? ¿qué sería lo que deseases entonces que practicasen contigo tus hermanos? ¿qué juicio formarias de aquellos corazones duros, en los cuales no hiciesen mella tu miseria y tus lamentos? ¿qué estimacion te merecerian las vanas excusas del aseo, de la náusea y del peligro de vida que opusiesen tus próximos para eximirse de socorrerte? ¿cómo podrias persuadirte á que eran verdaderamente cristianos é imitadores de Jesucristo los que te dexaban morir abandonado á tu enfermedad, á tu podredumbre y tu miseria? No hay duda, que constituido juez de éllos, y habiéndolos de juzgar por el código del evangelio, pronunciarias contra éllos sentencia, declarándolos no solamente malos cristianos, sino enemigos de Jesucristo y quebrantadores de su ley sacrosanta. Los acusarias de duros, de crueles y de impíos; y á lo menos no les podrias perdonar el que en aquel conflicto no te favoreciesen con socorros espirituales que fortaleciesen tu alma, y te animasen á la paciencia. Esto mismo te debe convencer de que estás tú obligado á hacer estos mismos oficios con tus próximos que se hallan en igual miseria. Tú desearias que te asistiesen, que te limpiasen, que te administrasen las medicinas, y que consolasen tu alma con discursos espirituales; pues he aquí lo mismo que tú debes hacer segun el principio establecido por la justicia infinita. La execucion es dificil, es trabajosa considerada nuestra flaqueza. Todo el conjunto de errores que se presentan en las miserias de esta clase, amedrentan á primera vista al que no está bien cimentado en la caridad; pero el que posee esta sublime virtud, vence con facilidad todas las repugnancias de la naturaleza, y llega felizmente á la práctica de aquellas heróicas obras á que estimula la gracia. Propon de hoy adelante manifestarte convencido de estas santas consideraciones. Procura asistir á los hospitales, visitar caritativamente á los enfermos,

ayudarlos con regalos y medicinas, si te ha dado posibles para ello la divina misericordia; y si no, suple este defecto con pláticas espirituales y palabras de consolacion, que animen á tus hermanos á sufrir los trabajos con paciencia, y á resignarse en todo con las santas disposiciones de la divina sabiduría.

DIA DIEZ Y SEIS.

La fiesta de nuestra señora del Cármen, ú del santo Escapulario.

Siendo tan célebre y tan autorizada en la Iglesia la fiesta de nuestra señora del Monte Carmelo, llamada vulgarmente (en otras partes) la fiesta del Escapulario, es muy justo referir su historia en este dia, singularmente consagrado á tan santa devocion, aprobada por tantos pontífices, confirmada con tantos milagros, establecida con tanto fruto en casi todas las partes del mundo cristiano, y en todas con tan visible provecho de todos los fieles.

Habia muchos siglos que los padres carmelitas florecian en la Iglesia, con especialidad en el Oriente, donde á pesar del furor de los bárbaros, de los sarracenos y de los musulmanes, se mantenian encarcelados en las cavernas del monte Carmelo, tomando de aquí el nombre de carmelitas. Habia, vuelvo á decir, muchos años que florecia en el Oriente esta sagrada familia, tan célebre y tan respetable por su pública y especial devocion á la santísima Vírgen, cuando los europeos pasaron á la Palestina con el fin de libertar los cristianos y los santos Lugares donde se obró nuestra redencion de la opresion de los infieles; y enamorados no menos de la virtud, que de la penitente vida de aquellos santos ermitaños del monte Carmelo, los persuadieron que se transfiriesen á Europa. Con efecto, hácia la mitad del siglo dé-

cimotercio vinieron algunos de éllos á Francia en compañía del santo rey san Luis, y fue su primer establecimiento en cierta ermita á una legua de Marsella, llamada *el Aigallades.* Declaróse por su protector el piadosísimo Monarca, y los extendió por otras muchas partes de sus estados, mientras algunos de éllos resolvieron embarcarse para Inglaterra, donde la divina Providencia les tenia destinado un sugeto, que por su extraordinario mérito y por su rara santidad muy en breve habia de dar grande esplendor á su órden.

Era el célebre Simon Stock, ingles de nacion, de las mas nobles familias del pais; pero mas esclarecido por su inocencia y por su eminente virtud, que por su ilustre nacimiento (*La Colombier. Serm.* 35.). Prevenido desde su niñez con extraordinarias gracias, á los doce años de su edad fue conducido á un desierto por el espíritu de Dios. Practicó desde luego penitencias increibles: sustentábase de raices y de yerbas; una clara fuentecilla le ofrecia el agua para apagar la sed; su cama, su celda y su oratorio se reducian á la concavidad de un viejo tronco, donde solo podia estar en pie, tan estrecho, que no le permitia revolverse á ningun lado; y de aquí se le dió el sobrenombre *de Stock*, que en lengua inglesa quiere decir *tronco de árbol.* Su continuo exercicio era la oracion, con la cual se purificó tanto aquella alma, que los ángeles, cuya pureza igualaba, casi nunca le abandonaban en aquella soledad. Al mismo paso que su asombrosa penitencia, crecia tambien la tierna devocion, que casi desde la cuna habia profesado á la santísima Vírgen, y aseguran los autores de su vida, que los mas de los dias le visitaba esta Señora en su desierto, donde era tan íntima y tan familiar su conversacion con Dios, que los espirituales consuelos de su alma parecian auroras ó precursores de las dulzuras del cielo.

Treinta y tres años habia que hacia Simon aquella angelical vida, cuando entraron en Inglaterra los ermitaños del monte Carmelo, que habian venido de Oriente, y comenzaron á mostrar en aquel reyno el mismo fervoroso zelo que los habia adquirido tanta veneracion y tanto honor en toda la Palestina. Tuvo noticia de su arribo el santo Solitario por una revelacion; y habiéndole declara-

do la santísima Vírgen cuán grata era aquella órden á sus maternales ojos, y que sería muy de su agrado que él se agregase á élla, dexó al punto el desierto, buscó á los padres, arrojóse á sus pies, y abrazó su instituto, sometiéndose á su gobierno.

No hay mayor prueba de la especial estimacion que hizo entónces la Reyna de los cielos de aquella dichosa órden, que haberla dado al mas querido de todos sus fieles siervos. Parece que la Señora se habia encargado, por decirlo así, de formarle de su mano desde sus mas tiernos años, y de enriquecerle con los mas preciosos dones, solo para regalársele á aquella órden tan querida suya, y para que fuese muy presto uno de sus mayores ornamentos. Admitido Simon entre los religiosos del Carmen, no echó menos la compañía de los ángeles que gozaba en el desierto. Apenas hizo la profesion religiosa, cuando deseó pasar á la Tierra santa para beber en la fuente el espíritu doble que habia animado al grande Elías. Visitó descalzo los santos lugares que el Salvador consagró con su presencia; y llegando al monte Carmelo, se detuvo seis años en él, haciendo una vida tal, que se pudo llamar un éxtasis continuado, sin otra comunicacion en todo aquel tiempo que con los espíritus celestiales. Dícese tambien que la santísima Vírgen cuidó de sustentarle con un modo milagroso. Volviendo, en fin, á Inglaterra, extendió por toda élla aquel fuego divino que se apoderó de su corazon en el monte Carmelo; de manera, que comunicado á toda la isla, no quedó menos asombrada de las portentosas conversiones que se seguian á su predicacion, que de los frecuentes milagros con que eran acompañadas.

Ibale disponiendo la gracia como por diversos grados de perfeccion á mas singulares favores que el cielo le preparaba. Elevado al cargo de superior general por unánime consentimiento de sus hermanos, se aplicó con el mayor empeño á avivar el sagrado fuego de la devocion á la Vírgen en una órden que se honraba con su nombre, y aun se gloriaba de haberla dedicado altares casi desde el nacimiento de la Iglesia.

Lográronse los esfuerzos de su fervoroso zelo, porque el devoto General tuvo el consuelo, no solo de ver reno-

vada en la órden con nuevo fervor la tierna devocion á la Madre de Dios, sino de verla igualmente extendida y comunicada á todos los pueblos. Creció en Simon la confianza con la ternura, y se sintió movido interiormente á pedir á la Reyna de los cielos algun nuevo y especial favor, así para la órden, como para los fieles. Despues de muchos años de lágrimas, de penitencias y de ruegos, se rindió, en fin, la Madre de misericordia á las instancias de su fidelísimo Siervo. Dice la historia, que un dia se le apareció esta Señora, rodeada de innumerable multitud de espíritus celestiales con un escapulario en la mano, y alargándosele al Santo, le dixo estas dulces palabras: "Recibe, amado hijo mio, este escapulario para ti y pa»ra tu órden, en prendas de mi especial benevolencia y »proteccion, que sirva de privilegio á todos los carme»litas: *Dilectissime fili, recipe tui ordinis scapulare meæ »confraternitatis signum tibi, et cunctis carmelitis privi»legium.* Por esta librea se han de conocer mis hijos y »mis siervos: *Ecce signum salutis.* En él te entrego una »señal de predestinacion, y una como escritura de paz y »de alianza eterna: *Fœdus pacis, et pacti sempiterni*: con »tal que la inocencia de la vida corresponda á la santi»dad del hábito. El que tuviere la dicha de morir con »esta especial divisa de mi amor, no padecerá el fuego »eterno, y por singular misericordia de mi querido Hijo »gozará de la bienaventuranza: *In quo quis moriens, æter»num non patietur incendium.*"

Apenas se publicó en el mundo una devocion de tanto consuelo, y de tanto provecho, hecha á un varon tan santo, cuando los reyes y los pueblos tomaron á competencia el escapulario de la Vírgen, y se alistaron en la cofradía dedicada á su servicio. Creció la ansiosa y devota competencia con los muchos milagros que obró Dios para manifestar lo mucho que le agradaba aquella devocion. Por tanto, se puede en algun modo decir, que entre todos los piadosos exercicios que el cielo ha inspirado á los fieles para honrar á la Madre de Dios, acaso no hay ótro mas ruidoso que el de su santo escapulario; pues parece que ningun ótro ha sido confirmado con tantos y tan auténticos prodigios. ¿Cuántos incendios se han apagado con su virtud (*P. La Colombier.*)? ¿cuántas ve-

ces, dice un gran siervo de Dios, se conservó el mismo escapulario ileso en medio de las llamas? ¿cuántas libertó hasta los vestidos y hasta los cabellos de muchos que se hallaron envueltos entre voraces incendios? Hoy mismo se experimenta á cada paso de cuánto auxílio es el santo escapulario en los naufragios. Pocos hay que alguna vez no hayan sido testigos de lo que respetan las olas á esta sagrada divisa. Se ha visto á muchos, que cayendo en los rios ó en el mar, quedaron como suspendidos en las aguas, escapándose de una muerte inevitable por virtud del santo escapulario. No pocos, precipitados de espantosos despeñaderos se mantuvieron como péndulos en el ayre, sostenidos milagrosamente del escapulario asido á la punta de un peñasco; detiene la violencia del trueno, y divierte la direccion del rayo á pesar de su velocidad y sutileza. ¿Cuántas fiebres mortales y contagiosas, cuántas violentas tentaciones, cuántas enfermedades incurables desaparecieron por la virtud del santo escapulario? Nunca acabaríamos si se quisieran referir todos los funestos accidentes, todos los géneros de muertes de que ha preservado á los verdaderos siervos de María esta piadosa devocion.

Notorio es á todo el mundo lo que sucedió en el último sitio de Mompeller á vista de todo un exército. Recibió un soldado en el asalto un mosquetazo en el pecho sin padecer lesion alguna, habiéndose detenido la bala como por respeto en la superficie anterior del santo escapulario. Fue testigo de esta maravilla el mismo rey Luis XIII, de feliz y triunfante memoria, á cuya vista el devoto Monarca se vistió luego aquella santa cota, como lo hizo san Luis luego que se descubrió al mundo este tesoro. El difunto rey Luis el Grande, cuyo famoso reynado, inmortal en la memoria por tantos prodigiosos sucesos, será la admiracion de los siglos; este gran Monarca, desde los primeros años de su floreciente imperio se puso baxo la proteccion de la Vírgen, tomando su santo escapulario. A su imitacion hicieron lo mismo muchos príncipes; y habiendo ya quinientos años que se estableció en la Iglesia esta devocion, cada dia se extiende, se aviva y se aumenta mas en todas las naciones con indecible inmenso provecho de los fieles.

Luego que se descubrió fue aprobada por los vicarios de Cristo; porque sabiendo muy bien la santísima Vírgen que las mas especiosas devociones no son estimables mientras la Silla apostólica no las autorice, la misma soberana Reyna dió á conocer al papa Juan XXII los privilegios singulares de esta devocion, como lo afirma el mismo Papa en su bula *Sacratissimo*, de la que hacen mencion en las que expidieron á favor del santo escapulario los papas Alexandro V, Clemente VII, Paulo III, Paulo IV, san Pio V y Gregorio XIII; de suerte, que siete grandes pontífices conspiraron, por decirlo así, en encender mas y mas esta devocion en el corazon de los fieles, por el número sin número de indulgencias que concedieron á los que se alistasen en tan piadosa cofradía. ¡Qué prenda mas dulce, ni de mayor consuelo de la especial proteccion de María! ¡qué motivo mas sólido para fundar una piadosa confianza!

El que solicitó esta divisa de la especial proteccion de la Madre de Dios fue uno de sus mas amantes siervos, y él mismo es quien asegura haberla conseguido. Autorizóla el cielo por el oráculo de los vicarios de Cristo, y por la voz de los milagros. Ningun católico duda de esta poderosa proteccion. Sábese que san Buenaventura no señala otros límites á lo que puede la intercesion de María, que los que no reconoce el poder de Dios. Asegura san Antonino, que para alcanzar, no ha menester mas que pedir. Adelanta el bienaventurado Pedro Damiano, que se presenta al trono de su Hijo, no ya como sierva sino como Madre, y que sus súplicas pueden tener como fuerza de decretos: *Accedit ad aurem humanæ reconciliationis altare, non orans, sed imperans, domina, non ancilla.* ¿Cómo es posible que sea eternamente infeliz, dice el mismo Padre, un hombre por quien María haya intercedido una sola vez? *Æternum væ non sentiat, pro quo vel semel oraverit Maria?* Al abad Gualrico, discípulo de san Bernardo, le parece ser casi lo mismo merecer úno la proteccion de la Vírgen, que asegurarse de la posesion del paraiso: *Nullatenùs censendum est majoris esse felicitatis habitare in sinu Abrahæ, quàm in sinu Mariæ.* Bien sabidos son los devotos afectos de san Anselmo en este particular. Cree que no es posible

perecer en el servicio de la Reyna de los ángeles; á élla dirige estas palabras tan memorables, y tan frecuentemente repetidas: *Omnis ad te conversus, et à te respectus, impossibile est ut pereat.* No dixo menos que todos los demás san Germán, obispo de Constantinopla, cuando dixo que la proteccion de la Vírgen era muy superior á todo cuanto nosotros podíamos concebir: *Patrocinium Virginis majus est, quàm ut possit intelligentia apprehendi.*

No solo consiguen en esta vida la proteccion particular de la santísima Vírgen los que traen su devoto escapulario, sino que tambien la disfrutan en la ótra los que la traxeron en ésta, y fueron verdaderos siervos de María. Una Madre tan tierna y tan amorosa no parece posible que dexase de moverse á piedad, si viese padecer por largo tiempo los tormentos del purgatorio á sus queridos hijos. Así los tesoros de la Iglesia, que con tanta profusion han derramado los sumos pontífices en favor de los cofrades del escapulario, como la parte que tiene cada úno de éllos en las oraciones y en las buenas obras de la cofradía, y de la religion del Carmelo, contribuye mucho al alivio y mas pronta libertad de los cofrades. Es cierto que la santísima Vírgen á ningun alma sacará nunca del infierno; pero tiene muchos medios para hacer que el pecador no muera en la impenitencia final, como una falsa confianza no sea causa de que se conserven en pecado los falsos devotos de María.

Son sin duda muy ilustres y muy auténticos la mayor parte de los milagros que ha obrado Dios en favor del santo escapulario, y es razon dar un piadoso asenso á la historia del bienaventurado san Simon Stock; pero nunca el mismo que debemos á las cosas reveladas á la santa Iglesia. Tampoco se puede dudar por otra parte que la Iglesia haya autorizado una devocion tan aprobada. Y en fin, no es verisímil (dice el mismo devoto de María, de quien hemos sacado la substancia de esta historia) que un Dios tan sábio como poderoso, permitiese que se fundase sobre una fábula una devocion que le habia de ser tan agradable, como lo está manifestando cada dia, queriendo hacerla célebre con tanto número de prodigios.

La misa es en honor de la fiesta; y la oracion es la siguiente.

Deus, qui beatissimæ virginis, et genitricis tuæ Mariæ singulari titulo Carmeli ordinem decorasti: concede propitius; ut cujus hodie commemorationem solemni celebramus officio; ejus muniti præsidiis, ad gaudia sempiterna pervenire mereamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que ilustraste la órden del Monte Carmelo con el título especial de tu madre la bienaventurada vírgen María; concédenos benigno, que amparados con la proteccion de aquélla, cuya memoria tan solemnemente celebramos, merezcamos llegar á los eternos gozos de la gloria: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 24. de la Sabiduría.

Ego quasi vitis fructificavi suavitatem odoris: et flores mei fructus honoris et honestatis. Ego mater pulchræ dilectionis, et timoris, et agnitionis, et sanctæ spei. In me gratia omnis viæ et veritatis, in me omnis spes vitæ et virtutis. Transite ad me omnes qui concupiscitis me, et à generationibus meis implemini: Spiritus enim meus super mel dulcis, et hæreditas mea super mel et favum: Memoria mea in generationes sæculorum. Qui edunt me, adhùc esurient: et qui bibunt me, adhùc sitient. Qui audit me, non confundetur: et qui operantur in me, non peccabunt. Qui elucidant me, vitam æternam habebunt.

Yo fructifiqué como la vid suavidad de olor: y mis flores son frutos de gloria y de honestidad. Yo soy madre del amor hermoso, y del temor, y de la sabiduría, y de la santa esperanza. En mí (se halla) toda la gracia (para conocer) el camino de la verdad: en mí toda esperanza de vida y de virtud. Venid á mí todos los que me deseais, y saciáos de mis frutos; porque mi espíritu es mas dulce que la miel, y mi heredad mas que el panal de miel; mi memoria durará por todas las generaciones de los siglos. Aquellos que me comen tendrán todavía hambre; y los que me beben tendrán todavía sed. El que me escucha no será confundido; y aquellos que obran por mí no pecarán. Los que me ilustran, conseguirán la vida eterna.

NOTA.

"Todo el capítulo 24 del Eclesiástico, de donde se »sacó esta epístola, es un magnífico elogio de la Sabi-

»duría, reconociéndose en él la dicha de los que la buscan y adhieren á élla. En sentido moral no hay cosa mejor apropiada á los verdaderos devotos de la Vírgen."

REFLEXIONES.

Yo soy la madre del amor hermoso, del temor, de la ciencia, y de la santa esperanza. La verdadera devocion de María inspira una caridad pura, un temor dulce y filial, una clara inteligencia de los mayores misterios, y una santa confianza, sin temeridad, ni presuncion. Por este amor generoso, y encendido para con Dios; por este dulce y filial temor de desagradarle; por este fondo de religion y de rendida sumision á los órdenes de Dios; por esta inalterable confianza en su misericordia, se reconocen los verdaderos devotos de la Vírgen. Todo esto dice, todo esto inspira, y todas estas virtudes alcanza la verdadera devocion de María, sin élla es devocion falsa y espuria. Por eso todos los santos amaron á esta Señora con especial ternura; y todos, despues de Jesucristo, colocaron en élla su confianza. Es la madre del puro amor; y por lo mismo solo experimentarán sus divinos ardores los que la aman como á madre, los que la honran como á soberana, y los que la consideran como distribuidora de los tesoros de su Hijo. De este amor puro de Dios nace siempre el temor saludable de ofenderle; pero este divino fuego que comunica María, no solo enciende á sus siervos, tambien los ilumina, tambien los instruye para que conozcan que no se puede amar á la Madre sin amar al Hijo. Igualmente experimenta los dos afectos del puro amor del corazon, y el espíritu de los verdaderos siervos de María. A la caridad abrasada acompaña siempre la fe viva; y cuando se posee esta virtud, no puede faltar la confianza. Es error pensar que consiste la devocion de la Vírgen en ciertos exercicios exteriores, y en traer su escapulario, cuando todo esto no va acompañado de aquella fe viva y universal, de aquella constante perseverancia en las buenas costumbres, y de aquella cristiana vida, sin la cual toda devocion, aunque no sea inútil, no puede ser meritoria; pero tampoco hay ma-

yor impiedad que condenar esta devota ternura que se profesa á la Madre de los escogidos; desaprobar el culto que se rinde á la Madre de Dios; élla es el socorro de los fieles, el consuelo de los afligidos, el refugio de los pecadores; ¿pues quién podrá censurar, que despues de Jesucristo se coloque en élla toda nuestra confianza? ¿dónde hay medio mas eficaz, ni mas seguro para que Jesucristo nos reciba con agrado? El primer milagro que obró el Salvador fue á ruegos de María; y habiéndosenos comunicado á sí mismo por medio de María, dice san Bernardo, por élla quiere que recibamos tambien todas sus gracias. Sin duda que por esto en todos tiempos se desenfrenaron contra esta Señora todas las heregías. Cuantos hereges han abortado los siglos, profesaron una maligna aversion á la santísima Vírgen y se declararon furiosamente contra su devocion. Al contrario, todos cuantos santos ha producido la Iglesia, todos profesaron una tierna devocion á esta Señora; todos hicieron empeño de publicar sus virtudes, de exâltar su poder, de recomendar su devocion, de promover en todas partes su culto, y de poner toda su confianza en su poderosa intercesion: *Qui elucidant me, vitam æternam habebunt*. Es prenda poco equívoca de predestinacion la tierna devocion á la santísima Vírgen, y el fervoroso zelo de su gloria. Por el contrario, apenas hay señal mas funesta de reprobacion, que mirar con frialdad y con disgusto á la Reyna de los ángeles: *Omnes qui me oderunt, diligunt mortem.*

El evangelio es del capítulo 11 de san Lucas.

In illo tempore, loquente Jesu ad turbas: Extollens vocem quædam mulier de turba, dixit illi: Beatus venter, qui te portavit, et ubera, quæ suxisti. At ille dixit: Quinimmò beati, qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud.

En aquel tiempo, hablando Jesus á las turbas alzó la voz cierta muger de en medio de éllas, y le dixo (á Jesus): Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que mamaste. Pero él respondió: Antes bienaventurados aquellos que oyen la palabra de Dios, y la observan.

MEDITACION.

De la devocion á la santísima Vírgen.

PUNTO PRIMERO.

Considera que lo que excita mas el amor y la devocion á una persona es el mérito, la gratitud y el poder. La basa, por decirlo así, de la devocion que se profesa á los santos, es el concepto que se forma de sus virtudes, la experiencia de lo mucho que pueden con Dios, el conocimiento de su inclinacion á hacernos bien, y la memoria de las gracias y beneficios que se han recibido por su intercesion. Admiramos sus virtudes, veneramos y respetamos su poder; sobre esto, y singularmente sobre su caridad con los que están unidos á éllos con una misma union, fundamos nuestra confianza. Pues ahora, entre todos los santos que están en la patria celestial, ¿cuál de éllos tuvo mas sublime santidad, cuál tiene mas poder con Dios, ni de quién hemos recibido tantos beneficios como de la santísima Vírgen? Mas pura, mas santa, mas perfecta desde el primer instante de su vida que todos los santos juntos en la hora de la muerte. ¿Qué trono hay en el cielo mas elevado que el suyo, superior al de todos los espíritus bienaventurados? Solo el trono de Dios es superior al trono de María. ¡Pues qué honores, mi Dios, qué homenages no se la deben tributar! ¡cuánto respeto, cuánta devocion, cuánto culto la debemos rendir! Es la Madre de Dios, la Reyna del cielo, la Soberana del Universo, la Emperatriz de los ángeles y de los hombres; no debemos, pues, admirarnos de que la veneracion, la ternura, y la sólida devocion con la Madre de Dios haya comenzado, por decirlo así, con la misma Iglesia. ¡Qué veneracion tan profunda, qué devocion tan tierna (dice san Ildefonso) profesaron los apóstoles á la Madre del Salvador! Por satisfacer á la devota curiosidad de los primeros cristianos hizo san Lucas tantos retratos de la Vírgen. Aseguran algunos autores, que aun viviendo esta Señora la consagraron los fieles muchas capillas y oratorios. ¡Con qué elocuencia, y con qué zelo predicaron á

los fieles las grandezas de María todos los padres de los primeros siglos, exhortándolos á una viva confianza en su poderosa proteccion! ¡Qué consuelo, Vírgen santa (exclama san Epifanio), el de estar consagrados á vos desde nuestra tierna infancia! ¡qué dicha la de vivir á la sombra de vuestro patrocinio! Amemos á María (dice san Bernardo), amémosla con la mayor ternura; jamás se desprenda de nuestros labios su dulcísimo nombre; esté perpétuamente grabado en nuestro corazon. ¡Oh, y qué copioso manantial de gracias es la devocion de la Vírgen!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que si las grandezas de María, si su eminente, su incomparable santidad excitan nuestra veneracion, y nos executan por todos nuestros respetos, el gran poder que tiene con Dios, y el amor de madre con que mira á todos los hombres, merecen bien toda nuestra confianza. Acércase al trono de Dios, dice san Pedro Damiano, no como sierva que pide, sino como soberana que intercede: *Domina, non ancilla*; y aquel Hijo todopoderoso, que se dexa obligar de las lágrimas de los mayores pecadores, ¿podrá negar cosa alguna á la intercesion de su divina Madre? ¿Puede úno ser verdadero siervo de la Madre, puede llevar su librea, y ser mal recibido del Hijo? Siendo, como dicen los padres, la dispensadora ó repartidora de las gracias del Redentor, es preciso que tengan particular derecho á estas gracias los que están en su servicio. Cristo, dicen los mismos padres, es la fuente de las gracias; María es el canal por donde se derivan á nosotros. Basta estar en servicio de un grande, basta llevar su librea, para tener parte en sus favores, para gozar de los privilegios de su casa, correspondientes á su clase y nacimiento. ¿Pues quién podrá dudar de la proteccion de María, si tiene la dicha de ser devoto suyo? Ninguno duda de su poder; tampoco se puede dudar de su bondad y de su beneficencia. Estremécese todo el infierno al solo nombre de María; nada le irrita mas que el ver á los fieles alistarse en su servicio y profesarla una tierna devocion; pero esto mismo debe excitar nuestro amor, nuestra confianza y nuestro zelo. Es fatal se-

ñal el mirar á esta Señora con frialdad, ó con indiferencia. No hay mas dulce consuelo, no hay dicha mayor, ni mas llena, que profesarla una constante devocion y una perfecta confianza. ¿Qué hay que temer, una vez que la Madre de Dios nos tome debaxo de su proteccion? Si nos guía esta estrella de la mañana, no nos descaminaremos; somos pecadores, es nuestro refugio; estamos afligidos, es nuestro consuelo. Llena está la vida de escollos y de peligros, mas no hay que temerlos con la asistencia de esta Protectora; es formidable la muerte; pero en aquella hora tan crítica estará lleno de aliento y de confianza un verdadero devoto de la Madre de Dios.

¡Ah, Señor, y cuánto es mi dolor de haber tenido hasta aquí tan poco zelo, tan poco amor y tan poca devocion á vuestra divina Madre! y si algun tiempo hice profesion de honrarla, y de contarme en el número de sus hijos, ¿qué muestras dí de mi alistamiento y de mi ternura? No me desecheis, madre de misericordia; pues quiero consagrarme de nuevo á vuestro servicio; quiero llevar vuestra librea; alcanzadme gracia para sostener con la inocencia y con la pureza de costumbres la pública profesion que voy á hacer de estar alistado en el número de vuestros devotos siervos.

JACULATORIAS.

Mater misericordiæ, vita, dulcedo, spes nostra, salve. Eccles.

Dios te salve, Madre de misericordia, vida dulzura, y esperanza nuestra.

Dignare me laudare te, Virgo sacrata: da mihi virtutem contra hostes tuos. Eccles.

Dignáos, Vírgen sacratísima, de que me exercite en vuestras alabanzas, y dadme valor para oponerme á vuestros enemigos.

PROPOSITOS.

Es cierto que honramos á la santísima Vírgen con aquellos interiores afectos de amor y de respeto, que están como

grabados en nuestros corazones hácia sus virtudes, y hácia su persona; pero no es menos cierto, que cuando estos afectos se manifiestan hácia afuera, es tanta mayor su gloria, cuanto es mayor el número de los testigos á cuyos ojos se descubre nuestro zelo por su santo servicio; y como esta Señora es mas agradecida de lo que se puede explicar, dobla á proporcion su ternura y su liberalidad. En esto logran una gran ventaja los cofrades del escapulario sobre otros devotos de la Vírgen; pues como su declaracion por el servicio de la Vírgen no parece puede ser mas pública que llevando su librea, tambien parece queda la misma Señora mas obligada á declararse en su favor cuando se ofrecen ocasiones de protegerlos. Estima tu fortuna, y reconoce tu dicha, si tienes la de traer su escapulario y estar alistado en esta santa cofradía. Si no la tienes, no pierdas tiempo, y solicítala cuanto antes. Todos, sean del estado que se fueren, pueden ser admitidos en élla; pues con ningunas ótras son incompatibles sus obligaciones. No te contentes con lograr tú solo esta dicha, solicíta que logren la misma tus hijos y tus criados; lo que para ti y para toda tu casa será un manantial perenne de felicidades.

2 Es error muy pernicioso lisonjearse de ser verdadero devoto de María, mientras se está en desgracia de su Hijo. A la verdad, la devocion á la santísima Vírgen es un medio muy poderoso para conseguir la gracia de la conversion; pero es preciso no poner estorbos á esta gracia, es menester que la inocencia y la pureza de costumbres prueben la devocion á esta Señora. Querer ser su devoto, y ser pecador, es contradiccion. No es menos ilusion persuadirse que por haber ayunado una vez, ó comulgado en una de sus fiestas, estamos ya muy introducidos en su gracia, y no se nos pueden cerrar las puertas del paraiso. Las obligaciones de los que traen el escapulario son fáciles y ligeras, pero son obligaciones; y así nunca te dispenses en éllas. Reza todos los dias siete Padre nuestros, y siete Ave Marías, como tributo que deben pagar todos los que traen esta piadosa librea; comulga todas las festividades de la Vírgen, y los sábados hazla algun obsequio particular, como ayunar en éllos, ó cosa equivalente. Da todos los años algun público testimonio de tu amor á tu divina Protecto-

ra; renuévale todos los meses; todas las semanas, y aun todos los dias, ya rezándola regularmente el santo rosario, ya su oficio Parvo, ó á lo menos el de su inmaculada Concepcion. Muchos cofrades comen de vigilia todos los miércoles; ótros, en lugar de esta abstinencia, dan alguna buena limosna, ó rezan el rosario entero. En fin, no se te pase dia sin honrar el santo escapulario con alguna devocion, ó mortificacion.



☞ DIA DIEZ Y SEIS.

El Triunfo de la santa Cruz.

Siempre ha mostrado Dios su bondad y omnipotencia en favor de aquellos que con sumision y corazon puro adoran su santo nombre. Los israelitas, aquel pueblo elegido de Dios entre todas las naciones, vieron muchas veces el poderoso auxílio de este Señor, que con repetidos prodigios hacia ver á las naciones, que era Dios de los exércitos, y Dios de las venganzas. Pero entre todas las naciones del mundo, así como apenas hay una que haya padecido tan contínuas y tan sangrientas persecuciones de bárbaros como la nacion española, así tambien es dificultoso que haya otra en quien se haya manifestado el brazo de Dios, ni mas benéfico para los suyos, ni mas terrible para los enemigos de su santa religion y adorable nombre. Entre los muchos exemplares que puede producir España en confirmacion de esta verdad, merece un lugar muy distinguido en la memoria y estimacion de los españoles, el que dió ocasion á la solemnidad de este dia: solemnidad que llena de regocijo á toda España, y ensalza la gloria de aquel arbol sagrado en que se obró la redencion del humano linage. Su historia, segun consta de los monumentos antiguos de mayor veracidad, es como se sigue.

Por los años del señor de 1210 estaban las cosas de España dispuestas de tal manera, que dos reyes de

los principales que dominaban en élla, el úno moro, llamado Mahomad, y el ótro cristiano, llamado don Alfonso VIII. rey de Castilla, pensaban á un mismo tiempo la total destruccion de sus respectivos contrarios. El moro, insolente con los buenos sucesos que en los años anteriores le habian proporcionado la discordia de los príncipes cristianos y su muchedumbre, creía estar en proporcion de sojuzgar á toda España, esclavizar á sus moradores, y desterrar de entre éllos hasta la memoria de la santa Cruz, y del que padeció en élla muerte afrentosa por la redencion del género humano. Juntaba para este efecto numerosas huestes, haciendo venir de Africa gran número de peones y caballos, y haciendo todas las provisiones que se requerian para una de las mas atrevidas y locas empresas. El rey de Castilla por su parte, habiendo ajustado paces entre todos los príncipes cristianos, estaba persuadido á que era la sazon mas oportuna de convertir unánimemente todos sus esfuerzos contra una nacion bárbara, que amenazaba contínuamente con la extirpacion del nombre cristiano. Se lisonjeaba de que esta operacion bien dirigida pondria en sus manos el dominio de toda aquella parte de España que poseian los moros, y de que éstos se verian precisados á salvar sus vidas huyendo á Africa como á único asilo.

Adoptado este pensamiento, que comunicó con todos los grandes de su reyno, así eclesiásticos, como seculares, de quienes fue aprobado, dirigió sus esmeros á prevenir todo lo necesario para tan grande empresa. A la verdad, que de su felíz exíto pendia en gran parte la ventura de toda la cristiandad, y por lo mismo apenas habia príncipe en Europa, á quien no se le debiese considerar como interesado. Eralo tambien el sumo pontífice, como padre y pastor universal del rebaño de Jesucristo, á cuya vigilancia y desvelo pertenecen iguales oficios en lo espiritual, que á los príncipes soberanos en órden á las cosas temporales y á las armas. Para negociar con el santo padre los beneficios espirituales de una cruzada para todos los que militasen en aquella grande expedicion, envió el rey de Castilla á Roma al obispo de Segovia Gerardo. El arzobispo de Tole-

do don Rodrigo fue enviado igualmente á Francia, para solicitar con los príncipes y caballeros poderosos, que concurriesen por su parte á una guerra en que tanto interesaba la religion. Estas diligencias surtieron todos los efectos que podian desearse. El sumo pontífice, que á la sazon era Inocencio III., no solamente concedió á los que fuesen á pelear contra los moros todas las gracias é indulgencias acostumbradas en aquellos tiempos con los que se alistaban para la conquista de Tierra santa, sino que ademas hizo publicar por toda la cristiandad las amenazas y blasfemias que contra la santa cruz habia proferido el rey bárbaro, exhortando á todos los fieles á que procurasen implorar el auxílio divino por medio de oraciones y santas obras. En la ciudad de Roma se hicieron devotas y solemnísimas procesiones, á que concurrió el santo padre descalzos los pies, incitando con su exemplo á que todos los cristianos multiplicasen los exercicios de penitencia en satisfaccion de sus culpas, para hacer así que fuesen mas poderosas con el cielo sus plegarias. Lo practicado en Roma se difundió fácilmente por las provincias del cristianismo, y dió nuevo valor á las negociaciones del arzobispo don Rodrigo. De todas partes se alistaron príncipes y grandes señores, que con mucha gente de á pie y de á caballo se pusieron en marcha para el exército del rey de Castilla. Don Alonso entretanto hizo que en su reyno se imitasen las cristianas diligencias que se habian practicado en Roma. En todos los pueblos y ciudades se hicieron rogativas públicas y procesiones de penitencia, implorando el auxílio de aquel gran Dios que favorece á los que confian en él, y castiga á los que fiados en sus fuerzas ultrajan su santo nombre. Al mismo tiempo que procuraba el favor del cielo, no se descuidó de juntar grandes almacenes de armas y de vituallas, y de cuanto su prudencia contempló necesario, para que un exércitó tan numeroso estuviese perfectamente abastecido.

Los reyes de Navarra y Aragon se señalaron entre todos por el gran número de gente, y la grande actividad que pusieron en esta empresa, como á quienes tan de cerca les pertenecian sus buenos ó malos efectos;

pues segun por todas partes públicaba el arzobispo don Rodrigo, el rey Moro habia jurado con gran soberbia, que á cuántos adoraban la cruz por todo el ámbito del mundo habia de perseguir con guerra y muerte hasta el último exterminio. El número de soldados que vinieron de las naciones extrangeras, ascendia como á doce mil caballos y cincuenta mil infantes. Portugal, sin embargo de haber muerto por este tiempo el rey don Sancho, y haberse alterado algun tanto las disposiciones que habia para esta guerra sagrada, envió un número considerable de gente, parte de órden de don Alonso II., que habia sucedido en el reyno, y parte de soldados voluntarios, que no querian privarse del grande mérito de pelear por la defensa de la religion de Jesucristo. Era el punto de reunion la ciudad de Toledo, en cuyos contornos dispuso el rey don Alonso los alojamientos necesarios para la comodidad y buena asistencia de exércitos tan numerosos. Señaló á todos el rey don Alonso el sueldo competente, segun sus graduaciones militares, y mandó se les asistiese con las vituallas que necesitasen, para lo cual habia grandes repuestos en muchos almacenes. Estando en esta disposicion, llegó el rey de Aragon don Pedro con veinte mil infantes, y tres mil y quinientos caballos, y fue recibido en el dia de la santísima Trinidad del año del Señor de 1212 con demostraciones de extraña alegría. Dispuestas así todas las cosas, animados los soldados con la esperanza de ricos despojos, y lo que es mas, fortalecidos con muchas gracias é indulgencias, que aumentaban en éllos el deseo de pelear contra los enemigos de Jesucristo: preparado un tren de bagages, que segun asegura el arzobispo don Rodrigo, testigo de vista, llegaba á sesenta mil carros, emprendieron la marcha para buscar al enemigo á veinte y uno de junio del referido año. Era el exercito de los mas numerosos que se habian visto jamás, pues en Castilla habian obligado á tomar las armas á todos cuantos tenian edad competente para ello. Por donde quiera que iba, esparcia el espanto y el terror. Los moros que guarnecian á Malagon, retirados á un castillo fuerte, situado en un cerro escar-

pado, fueron forzados, y pasados todos á cuchillo. Otro tanto pretendieron hacer los extrangeros con Calatrava, ansiosos de derramar la sangre de los bárbaros, y conseguir de este modo su completa destruccion y exterminio. Pero los españoles mas prudentes, y que conocian que con la desesperacion que esta crueldad infundia en los enemigos, se aumentaban prodigiosamente sus fuerzas, contuvieron á los extrangeros, é hicieron que se guardase fe con los rendidos, para con quienes podia mas la generosidad, que la crueldad de los vencedores. Repartiéronse los despojos entre los aragoneses y soldados extrangeros, ya para alimentar así la codicia de los que peleaban mas por deseos de enriquecerse, que por amor á la religion; y ya tambien para que el agradecimiento estrechase mas íntimamente á los extrangeros en la amistad de los españoles. Pero Dios, que queria hacer visible que el triunfo que se habia de conseguir, era todo obra suya, y no fruto de la industria humana, permitió que fuesen insuficientes estos medios para conservar la armonía. Desconcertáronse las tropas advenedizas, y ya fuese por el rigor de los calores, las muchas enfermedades que esto ocasionaba, ó bien porque hubiesen cumplido con los cuarenta dias que tenian obligacion de servir los cruzados, que se alistaban en las banderas católicas; lo cierto es, que trataron de volverse á sus tierras cuando apenas habia comenzado la campaña. Este triste suceso no acobardó un punto el gran corazon del rey de Castilla, que mas que en sus soldados confiaba en Dios para el buen exîto de su empresa. No siguieron el pernicioso exemplo Arnaldo, obispo de Narbona, ni Teobaldo Blanzon, natural de Potiers, antes bien llevaron muy á mal la cobardía é infidelidad de los de su nacion, y determinaron perder antes la vida que abandonar por su parte una causa tan justa.

De la partida de los extrangeros resultaron grandes turbaciones en el exército, apoderándose de únos el miedo y la tristeza, y de ótros la fuerza del mal exemplo, que causó desercion en muchas compañías. Pero por otra parte resultaron algunos beneficios, porque noticioso Mahomad de que se habia desmembrado el

exêrcito de los cristianos, se resolvió á darles la batalla, para la cual se hallaba antes indeciso. Ademas de esto, quedaron despues los españoles sin la obligacion de tener que partir con los extrangeros el premio y gloria de una de las mas grandes acciones que se vieron en el mundo. Sosegados, pues, estos disturbios, siguieron sus marchas, y llegaron á Alarcos, lugar desguarnecido, y que por lo tanto tuvieron los moros que abandonarle. En este sitio se juntó al exército el rey de Navarra don Sancho con buena parte de gente, cuya venida deshizo la tristeza que habia causado la fuga de los extrangeros. Animados todos, y deshechos los rumores de cobardía y de temor que antes se habian esparcido, se pusieron en marcha, tomando por fuerza cuantos castillos se les oponian en todas aquellas comarcas. Así llegaron hasta el pie de Sierra-Morena, venciendo indecibles dificultades, ya por la aspereza y estrechez de los caminos, y ya por los obstáculos con que el Moro procuraba impedir el paso de los lugares estrechos. Noticioso Mahomad de lo que pasaba en nuestro exército, se preparó para hacer una oposicion vigorosa. Hizo todos los aprestos de armas y de vituallas, distribuyéndolas en lugares convenientes. Él mismo marchó á Baeza, y desde allí destinó tropas que impidiesen el paso de los montes, cuidando principalmente de atajar el paso de la Losa, paso estrecho, por donde era forzoso que desfilase todo el exército, y en donde era fácil hacer en él gran matanza, teniendo bien fortificados los puestos. Esta disposicion le prometia al Moro una de dos ventajas, ó la destruccion del exército cristiano, si permanecia sin pasar adelante, debiendo perecer por falta de bastimientos, ó una completa victoria si se determinaba pasar las montañas á todo riesgo. Realmente el peligro de los cristianos en aquella situacion era grande, y capaz de amedrentar á corazones menos poseidos del valor. El rey don Alonso determinó hacer un consejo de los capitanes mas experimentados; en donde, pesadas todas las circunstancias con madurez y reflexíon, se resolviese lo mas conveniente. La mayor parte fueron de parecer, que debian volver atras para

entrar por lugares mas accesibles en la Andalucía, determinaron y juzgaron que sería gran temeridad el intentar pasar adelante por lugares tan estrechos, en que forzosamente habian de ser presa de los enemigos. Los consejos humanos son sumamente débiles cuando no cuentan con las disposiciones de la Providencia, sino que se fian únicamente en las escasas luces de la humana sabiduría. Tanta temeridad es el confiar demasiado en las propias fuerzas á vista de un eminente peligro, como lo es el no contar en él con la asistencia del poder divino, principalmente cuando se obra por una causa justa. El rey don Alonso, en quien se juntaban á un mismo tiempo un valor verdadero, una ilustrada prudencia y una piedad sólida, combinaba en su mente todos los bienes y los males. Conocia que el volver atras, aunque fuese con el pretexto de buscar un camino mas cómodo, tenia todas las apariencias de una cobarde fuga. Esta opinion tendria funestas consecuencias, desmayando los cristianos, al paso que los moros se animarian, tomando nuevas fuerzas con nuestras mismas disposiciones. Penetraba muy bien todas las dificultades que oponian los experimentados capitanes; pero para su vencimiento contaba principalmente con un socorro enteramente divino. Su esperanza era firmísima, porque no podia persuadirse á que faltase Dios á los suyos en el tiempo de la necesidad, siempre que sus obras se encaminasen á un fin justificado, é implorasen el auxílio divino con pureza de corazon. Ultimamente, dixo á sus capitanes, que unas mismas empresas eran hacederas, ó imposibles, segun los ojos con que se miraban. Los apocados y cobardes hallan dificultades insuperables, en donde no las encuentran los valerosos y esforzados. Determinó, pues, pasar adelante por aquel sitio, antes que exponer la buena opinion de su exercito tan al principio de la empresa.

Tomado este consejo, comenzaron á executarle con valor: don Diego de Haro envió á su hijo don Lope con buen número de gente, para que con su valor comenzase á allanar los peligros. Subió el esforzado jóven por aquellas asperezas, y en lo mas alto de ellas

se apoderó de un lugar llamado Ferral, arredrando á los moros que le guarnecian. Pero cuando se trató de llegar al puerto de Losa, que era la llave de aquellas montañas, decayó de ánimo, teniendo por temeridad, y no por valentía el pelear juntamente con las dificultades que la naturaleza oponia en la estrechez y fragura del terreno, y con la multitud de moros que las defendian tan ventajosamente situados: este hecho causó un general trastorno en todo el exército, principalmente en la muchedumbre de soldados, con quienes puede mas muchas veces una falsa opinion apoyada que la misma verdad. Comenzóse á murmurar entre éllos sobre la imposibilidad de la empresa: creían que habian sido traidos á aquel sitio para ser víctimas de la hambre, ó de la desesperacion: este susurro cundia demasiado, apocaba los ánimos, y esparcia el espíritu de desercion; de tal modo, que muchos soldados trataban de desamparar los reales, desconfiados enteramente de poder salir con la empresa. El rey don Alonso lo veía todo, y se afligia dentro de su corazon; pero firme siempre en Dios la esperanza de que no les faltaria su ayuda en el mayor conflicto. El miedo que vió esparcido por todo el exército, y que se manifestaba bien en los abatidos semblantes de los soldados, dió nuevo fervor y eficacia á las oraciones que contínuamente al cielo dirigia, implorando su ayuda, de la cual dependia el honor y buen éxito de las armas cristianas, y la confusion de la bárbara morisma. El cielo oye siempre las súplicas que nacen de un corazon puro y fervoroso. Él fue quien en aquel conflicto les preparó un villano, que tenia gran conocimiento de las mas escondidas trochas y veredas que cruzaban aquellas montañas. Este rústico, que algunos juzgaron por un ángel del cielo, á causa de no haberse visto mas despues que hubo mostrado el camino, se presentó al rey, y le hizo promesa de que por sendas que él sabia, haria que pasase todo el exército, sin que recibiese algun daño, y frustrando todas las disposiciones de los moros. La propuesta de este pastor dividió á los capitanes en diferentes pareceres, opinando únos, que era un arrojo temerario el fiar á un hombre desconocido las vidas de tantos hom-

bres, y la reputacion de las armas cristianas; y juzgando ótros, que era igualmente temeridad el despreciar en circunstancias tan estrechas un arbitrio que parecia enviado del cielo. Determinaron, pues, que lo exâminasen algunos por sus mismos ojos, para lo cual fueron señalados don Diego de Haro, y Garcia-Romero. Hallóse ser verdad lo que el pastor decia, y aunque fue necesario tomar algunos rodeos, que los moros llegaron á calificar de huida, las sendas que mostró fueron tan ciertas y cómodas, que en breve tiempo todo el exèrcito venció lo mas alto de las montañas, sin que los moros pudiesen hacerles resistencia.

El éxito feliz con que habian superado los peligros que los tenian acobardados anteriormente, esparció entre los cristianos una universal alegría, y con élla volvió el antiguo valor á fortificar sus corazones. Habia pasadas las montañas un sitio cómodo, en que se estableció el rey don Alonso con toda su gente, y en un llano capaz para la formacion del exército formaron los reales á vista del enemigo. Preparóse éste para la batalla, repartiendo sus gentes en cuatro escuadrones, y quedándose el rey infiel situado en un alto collado, que lo dominaba todo con la gente de su guardia. Como los cristianos se hallaban demasiadamente fatigados, con la subida de tan ásperos caminos, no tuvo el rey Alonso por conveniente el entrar luego en batalla; antes bien dió órden, de que en aquel dia, y en el siguiente se diese abundante sustento á soldados y caballos, para que descansasen del pasado trabajo, y cobrasen nuevos alientos para entrar con vigor en la pelea. Estas medidas de prudencia militar las calificaba Mahomad de cobardía; tanto, que viendo que en dos dias seguidos no baxaban los cristianos á la batalla, llegó á persuadirse que estaban caidos de ánimo y poseidos del temor. Envió mensageros á todas las ciudades de su secta, mandándoles decir con palabras soberbias y arrogantes, como tenia cercados á tres reyes cristianos, y cogidos sus exércitos como si fuera con redes, de modo que vendrian todos á sus manos, quedando muertos ó prisioneros. Esta nueva tan lisongera se hacia mas alegre con lo que cada úno añadia de suyo; pero

al dia tercero, que fue un lunes á diez y seis de julio, se disiparon sus contentos, viendo lo contrario de lo que se habian imaginado. En este dia determinaron los cristianos dar la batalla; y sabiendo que toda buena obra debe comenzar por Dios, y que sin su auxílio de nada sirven las numerosas huestes, se confesaron y comulgaron los soldados cristianos, cobrando con tan divino alimento una fortaleza irresistible. Hecho esto, al amanecer ordenaron toda la gente en forma de batalla, encargando el mando de los lugares mas expuestos á lós mas experimentados y valerosos capitanes. Los obispos y eclesiásticos, que iban en gran número, andaban de compañía en compañía esforzando á los soldados y fortaleciéndoles con palabras animadas del espíritu de la religion, concediéndoles al mismo tiempo muchas gracias espirituales é indulgencias. El Moro por su parte ordenó su gente en cuatro escuadrones, quedándose él en su tienda real, cerdada de cadenas de hierro, y con una guardia numerosa de moros nobles y esforzados. Dispuestas así las cosas, y estando para darse la batalla, el rey Alonso, desde un lugar alto en donde podia ser oido de todos, habló á los suyos, animándoles de esta manera. "Bien sabeis, les decia, ó valerosos españoles, que injustamente y contra todo derecho ocuparon nuestra España esos bárbaros que teneis presentes. Sabeis, que por la fuerza de nuestro brazo han sido ya despojados de la mayor parte de los usurpados dominios. La presente accion va á completar su entera ruina, ó renovar en nosotros las antiguas cadenas. Si venciéreis, ya no les queda lugar en toda nuestra España donde puedan vivir seguros: si fuéreis vencidos, no les queda obstáculo para volverla toda á sujetar á su dominio. La justicia, la razon, y Dios mismo está en nuestro favor. Si confiados en él peleáreis contra esa canalla, que confia únicamente en su multitud y en sus fuerzas, alcanzareis una gloriosa victoria. Ya no os queda otro partido que la esclavitud, ó el triunfo, arremeted, pues, con el valor y fortaleza que manifiesta la alegría de vuestros semblantes." El Moro por su parte animó á los suyos, representándoles la superioridad de su exército, y la cobardía que habian mani-

festado los cristianos en los dias anteriores. Que en aquella accion consistia el dominar para siempre á toda España, ó perder del todo las provincias que en élla poseian. Animados los soldados por una y otra parte, se comenzó la batalla con grande valor y esfuerzo. Seguia la matanza, sin que por ninguna parte se declarase la victoria. Tres veces cargaron los cristianos con grande ímpetu y valor sobre los enemigos, sin que por esto pudiesen desconcertar sus escuadrones; ántes bien padecieron algun desórden los cristianos, y como que daban muestras de quererse poner en huida. Viendo esto el rey don Alonso, dixo al arzobispo don Rodrigo, que estaba á su lado: *Ea, Arzobispo, muramos aquí todos*; y al decir estas palabras, queria meterse en lo mas peligroso de la pelea, para animar con su presencia á los soldados, ó conseguir con éllos una muerte honrosa. Pero el Arzobispo, haciéndole presente que en la conservacion de su vida consistia la victoria, le detuvo diciendo: *De ninguna manera, ó Rey, morimos, sino que antes bien venceremos felizmente á nuestros enemigos.* En esto el último escuadron se adelantó y cargó sobre los moros con tanta furia, que infundió nuevo esfuerzo y valor en las tropas cristianas, restituyéndolas á su primer órden. Ya habian peleado la mayor parte del dia, sin que los cristianos desmayasen un punto de su primer esfuerzo. Los moros, por el contrario, cansados y no pudiendo sufrir el estrago que hacian en éllos las huestes cristianas, comenzaron á flaquear, desordenarse, y en breve tiempo, lo que comenzó desórden, se convirtió en precipitada fuga, dexando en manos de los cristianos una gloriosa victoria.

Algunos refieren que al principio del combate apareció en el ayre una resplandeciente cruz de varios colores, que al paso que esforzaba á los cristianos, llenaba con su vista de terror á los infieles; pero de este acaecimiento no hicieron mencion, ni el arzobispo don Rodrigo, que se halló presente, ni el mismo Rey en la carta que escribió al papa Inocencio, dándole cuenta de lo que habia sucedido. Lo que hay de verdad, y es caso maravilloso, fue, que penetrando diferentes veces por los escuadrones de los enemigos el canónigo de To-

ledo, que llevaba la cruz arzobispal, jamás pudieron herirlo, como lo intentaron, disparándole muchas saetas y lanzas, antes bien se vió que los dardos quedaban clavados en el asta de la cruz sin que ninguno tocase al Canónigo; todo lo cual animó mucho á los cristianos, y les certificó del visible patrocinio con que el cielo los ayudaba. Esto se vió mas claramente, en que habiendo perecido de los moros cerca de doscientos mil, el número de cristianos muertos no pasó de veinte y cinco. El rey Moro se salvó huyendo, y los cristianos se apoderaron de todas sus tiendas, haciendo ricas presas, y tomando innumerables despojos, los cuales se repartieron de modo que todos quedaron gozosos y contentos. Esta victoria, así como fue llorada por los enemigos del nombre cristiano, así tambien fue celebrada con grandes fiestas y regocijos por toda la cristiandad. En todas partes se creia que no podia llegar á mas la gloria del nombre de Jesucristo, cuya santísima cruz habia penetrado y desordenado los escuadrones enemigos, dando á los cristianos un triunfo milagroso, de que no habia exemplar en las historias. Por esta causa se instituyó en España, por mandado del papa Gregorio XIII. esta fiesta del Triunfo de la santa cruz, para dar gracias á Dios de que por su virtud quedasen postrados aquellos mismos que pretendian con soberbia desterrarla del mundo, y poner en cadenas á todos sus adoradores.

La misa es propia, y la oracion la que sigue.

Deus, qui per Crucem tuam populo in te credenti, triumphum contra inimicos concedere voluisti: quæsumus, ut tua pietate adorantibus crucem victoriam semper tribuas, et honorem: Qui vivis et regnas...

O Dios, que te dignaste conceder por medio de tu Cruz al pueblo que cree en ti, un singular triunfo contra sus enemigos: suplicámoste, que por tu piedad te dignes de dar siempre honor y victoria á los que adoran tu cruz: Tu que vives y reynas...

La epístola es del cap. 6 de la que escribió S. Pablo á los de Galacia.

Fratres: Mihi autem absit gloriari, nisi in cruce Domini

Hermanos: Lejos de mí el gloriarme en otra cosa que en la cruz de

nostri Jesu Christi: per quem mihi mundus crucifixus est, et ego mundo. In Christo enim Jesu neque circumcisio aliquid valet: neque præputium, sed nova creatura. Et quicumque hanc regulam secuti fuerint, pax super illos, et misericordia, et super Israel Dei. De cetero nemo mihi molestus sit: ego enim stigmata Domini Jesu in corpore meo porto. Gratia Domini nostri Jesu Christi, cum spiritu vestro, fratres. Amen.

nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo. Porque en Cristo Jesus nada importa, ni la circuncision, ni el no estar circuncidado, sino el hombre nuevo. Y todos aquéllos que siguieren esta regla, sea paz sobre éllos y misericordia, y sobre Israel de Dios. En lo sucesivo ninguno me sea molesto: pues, yo llevo las llagas del Señor Jesus en mi cuerpo. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea, ó hermanos, con vuestro espíritu. Así sea.

REFLEXIONES.

En las primeras cláusulas de esta epístola nos enseña el apóstol san Pablo con sus palabras una máxîma grande, que nos manifestó depues mucho mejor con su exemplo: conviene á saber, que el verdadero cristiano ha de colocar toda su gloria en la cruz de Jesucristo. *Léjos de mí*, dice, *el gloriarme en otra cosa que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, y yo lo estoy para el mundo.* Los que aman la gloria mundana, los que caminan en pos de élla exhalados, como si en élla hubiesen de encontrar la satisfaccion de todos sus deseos, deben atender y reflexîonar estas palabras de san Pablo, que bastan por sí solas á formar la medicina de una alma enferma de la pasion de gloria. Un san Pablo, que habia estudiado los primores de las humanidades y los arcanos de las ciencias: que se habia distinguido entre todos sus contemporáneos en perseguir el nombre de Cristo, este mismo llega por medio de la gracia á una conviccion tal de la falsedad de sus máxîmas antiguas, que toda su reputacion la coloca en la cruz. Su gloria la funda en la doctrina, en el amor de Jesucristo, por quien dice que el mundo con todos sus falsos bienes, con toda su falsa gloria, está muerto y crucificado para él: y de la misma manera

dice de sí mismo estar muerto y crucificado para el mundo.

El gran padre san Agustin (*Serm.* 20. *de Verb. Ap.*) reflexíona sobre esta sentencia del Apóstol de una manera que da consuelo á los cristianos atribulados y maltratados del mundo, y despierta del sueño de la inaccion, y de la falsa paz á los cristianos, que en medio de las riquezas, y rodeados de delicias, se persuaden á que llevan la Cruz de Cristo solamente con llevar su nombre. Hubiera podido, dice, gloriarse el Apóstol de la sabiduría de Cristo: hubiera podido gloriarse de la magestad y del poder; y á la verdad tenia razon para colocar su gloria en cosas tan santas y divinas. Pero con todo eso, solamente dixo que se gloriaba en la cruz. En aquello mismo en que el filósofo mundano no encontró otra cosa que afrenta y vergüenza, allí mismo encontró el Apóstol su tesoro: y así, el que se gloría, gloríese en el Señor: ¿en cuál Señor? en Cristo crucificado; porque en donde está la humildad, allí está la magestad: en donde la flaqueza, allí está el poder: en donde la muerte, allí está la vida; si quieres, pues, llegar tú á ésta, no desprecies la humildad, la flaqueza, ni la muerte, ni te avergüenzes de la cruz, porque justamente para evitar en tí este extravío, te pusieron en el bautismo esta sagrada señal en la frente, que es el lugar donde reside la vergüenza. Estas palabras de san Agustin nos enseñan en qué debemos los cristianos constituir nuestra verdadera gloria, que es en la humildad, en el abatimiento, en los trabajos y penalidades que se padecen por Jesucristo, así como el mismo Señor los padeció por nosotros; y esta doctrina es consiguiente á la que da el mismo Santo explicando las palabras del Hijo de Dios, cuando se nos propuso por exemplo, diciendo: *Aprended de mí, que soy manso, y humilde de corazon*; pues no nos dixo que aprendiésemos á resucitar los muertos, á multiplicar los panes, á sanar los paralíticos, á dar vista á los ciegos, á tranquilizar los mares, ni á hacer otras obras portentosas propias de su omnipotencia; sino que quiso que aprendiésemos aquella pobreza que mantuvo por toda su vida hasta morir desnudo en una cruz, aquellos ayunos, y

soledad del desierto, aquella invicta paciencia que mostró en el sufrimiento de las mas atroces injurias; y últimamente, aquella humillacion de nacer en un pesebre, y morir en una cruz por la redencion del mundo, y obedecer al Eterno Padre. En esto ha de constituir su gloria el cristiano, esto ha de llenar su corazon de satisfaccion y alegría; y esto, finalmente, es lo que le ha de hacer ser conocido de todos por discípulo de Jesucristo.

El evangelio es del cap. 21. de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Cum audieritis prælia, et seditiones, nolite terreri, oportet primum hæc fieri, sed nondum statim finis. Tunc dicebat illis: Surget gens contra gentem, et regnum adversus regnum. Et terræmotus magni erunt per loca, et pestilentiæ, et fames, terroresque de cælo, et signa magna erunt. Sed ante hæc omnia injicient vobis manus suas, et persequentur, tradentes in sinagogas, et custodias, trahentes ad reges et præsides propter nomen meum: continget autem vobis in testimonium. Ponite ergo in cordibus vestris non præmeditari quemadmodum respondeatis; ego enim dabo vobis os, et sapientiam, cui non poterunt resistere, et contradicere omnes adversarii vestri. Trademini autem à parentibus, et fratribus, et cognatis, et amicis, et morte aficiet ex vobis: et eritis odio omnibus hominibus propter nomen meum: et capillus de capite vestro non peribit. In patientia vestra possidebitis animas vestras.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discipulos: Cuando oyéreis las guerras y sediciones, no os asusteis; porque es menester que haya antes estas cosas, pero no será luego el fin. Entonces, les decia: Se levantará una nacion contra otra nacion, y un reyno contra otro reyno, y habrá grandes terremotos por los lugares, y pestes y hambres, y habrá en el cielo terribles figuras y grandes portentos. Pero antes de todo esto os echarán mano, y os perseguirán, entregándoos á las sinagogas, á las cárceles, trayéndoos ante los reyes y presidentes por causa de mi nombre. Y esto os acontecerá en testimonio. Fixad, pues, en vuestros corazones que no cuideis de pensar antes lo que habeis de responder. Porque yo os daré boca y sabiduría, á la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros contrarios. Y seréis entregados hasta por vuestros padres, hermanos, parientes y amigos, y matarán á algunos de vosotros. Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; mas no perecerá ni un cabello de vuestra cabeza. En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas.

MEDITACION.

Sobre las glorias que nos provienen de la santa cruz.

PUNTO PRIMERO.

Considera que siendo Cristo el exemplar que debemos seguir los cristianos, la exâltacion suya por medio de la cruz es el incentivo mas poderoso para encender nuestros deseos de llegar á la gloria por medio de las humillaciones á imitacion de Jesucristo.

No se puede dudar que el Salvador del mundo, sin embargo de ser Dios, pudo tener alguna gloria provenida de su mision, y del cargo de Redentor que tomó sobre sí; por lo que dice san Pablo, que Dios le ensalzó dándole un nombre sobre todo nombre, á cuyo sonido doblan la rodilla reverentes el cielo, la tierra y los abismos, que es el dulcísimo y santísimo nombre de Jesus. Tampoco se puede dudar que de cosa ninguna le podia venir mayor gloria que de ser conocido por Dios, y creido y adorado por tal. Este era el fin de su encarnacion, de su vida y de su muerte: en esto se cifraban todos sus anhelos; y esta era, segun san Juan evangelista, circunstancia tan precisa á su mision, que la llama la substancia de la redencion y vida eterna. El conocer al Eterno Padre por verdadero Dios, dice, y á tu enviado Jesucristo, es la vida eterna. Siendo esto así, ¿cuándo se vió Cristo mas conocido y creido Dios que cuando estuvo crucificado y pendiente de un leño reputado con los inicuos? Puesto en una cruz, suplicio el mas afrentoso entre todos los suplicios: hecho el último y mas despreciado de todos los hombres, segun la expresion de Isaías (*cap.* 54.), entonces fue cuando se vió ensalzado y coronado de gloria, cuando todo le aclamó Hijo del Eterno Padre y verdadero Dios. Habia el Salvador del mundo manifestado el nombre de su Padre: se habia manifestado á sí mismo con prodigios tan brillantes, que sola una ceguera judáica podia dexar de ver la omnipotencia y divinidad que cubria el tosco velo de la carne. Habia resucitado muertos, curado leprosos, dado vista á ciegos, lanzado de los cuerpos á los espíritus

inmundos, y hecho otros prodigios semejantes, que le manifestaban por lo que era, y exígian de los hombres la fe y la estimacion; pero no logró Cristo otra cosa que ser tenido por samaritano hechicero, y por un hombre que hacia maravillas por virtud diábolica. Así decian viéndole hacer milagros: Por la asistencia de Belcebú, príncipe de los demonios, ahuyenta los espíritus infernales. Lo mas que consiguió fue ser tenido por hijo de David y digno de su reyno, segun clamaban el dia que entró en Jerusalen entre las aclamaciones populares.

Pero apenas llega el punto de ser crucificado: apenas se ve precisado á aclamar á su Padre Eterno, que era un despreciable y abatido gusanillo de la tierra, el oprobio de los hombres y el desprecio de la plebe: apenas la divinidad unida á aquella humanidad santísima llegó desde lo alto de su inmensidad y su gloria al profundo del abatimiento de una cruz, de parecer mortal el inmortal, pasible el impasible, reo el que era justicia incomutable, siervo el dueño y hacedor de todas las cosas; y últimamente, maldito y pecador el que lo llena todo de bendicion, y es la misma gracia y justicia por esencia, cuando por un modo nuevo y nunca usado, todo lo aclama Dios; todo le exâlta y levanta hasta la misma divinidad, todo le tributa fe, y todo le confiesa Hijo de Dios. El sol se obscurece, la luna niega su luz, los peñascos se deshacen y desgajan, la tierra se estremece y tiembla, los sepulcros vuelven los cadáveres que encierran, el infierno entrega las almas que en él se depositaban, el velo del templo se rasga, el ladron le pide misericordia y el paraiso, como á dueño de él, los judíos vuelven pesarosos, hiriendo sus pechos y proclamando su inocencia; y últimamente, el Centurion clama entre todos á voz en grito, Verdaderamente Hijo de Dios era éste. Cristo pendiente en una cruz llega á persuadir una doctrina desconocida á todos los filósofos, que causaba escándalo á los judíos, y parecia necedad á los gentiles. La cruz hizo que Jesucristo fuese confesado Hijo de Dios y ensalzado al alto grado de la divinidad. Este es el exemplar que se nos presenta en el monte, para que fixemos en él nuestras consideraciones, y saquemos de éllas el correspondiente fruto.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la cruz es el camino abrazado por Cristo para nuestra gloria; y de consiguiente cuán errados van los hombres cuando pretenden encontrarla por otras sendas que las que anduvo su capitan y maestro.

La cruz, la humillacion, los trabajos que miran los hombres con tanto horror, es el sendero que nos dexó nuestro amabilísimo Jesus consagrado con sus plantas, para que así como él llegó por medio de la cruz á donde no le conduxeron milagros y portentos, de la misma manera lleguemos nosotros tambien á conseguir una exâltacion y gloria verdadera. Si miráramos la cruz de este semblante, ¡cuánto la amaríamos! ¡cuánto la desearíamos y suspiraríamos por élla! Pero abismados en nuestra flaqueza y miseria, no vemos en la cruz sino lo que era antes que Cristo la santificase. Se nos figura tormento, horror, ignominia, escándalo, perdicion, baxeza, dolor, angustia y muerte. Estos títulos de horror merece la cruz á los que no son verdaderos discípulos del que estuvo pendiente en élla; pero los verdaderos siervos suyos la miran con muy distintos ojos, y encuentran en élla todos los motivos de honor, de gloria y de consuelo. El gran padre san Agustin la llama candelero en donde fue colocada la luz que ilumina al mundo: resguardo y tutela contra todo mal; victoria de la muerte; esperanza del cristiano; llave del paraiso; firmamento de la fe y gloria del justo. San Juan Crisóstomo asegura, que en élla tiene el cristiano una paz firme y una dádiva que encierra en sí todos los bienes; porque élla es la alegría de los tristes, el báculo de los caidos, la guia de los ciegos, el sustento de los pobres, el suplicio de los ricos, el freno de los soberbios, la gloria de los humildes, el socorro de los necesitados, el consuelo de los afligidos, el puerto del navegante, la seguridad del peligro, la sanidad del enfermo, y vida, en fin, que resucita al que está muerto por la culpa. Con semejantes elogios ensalzan á la cruz todos los padres, y con los mismos estaba significada en diversos lugares de la Escritura.

Parece una paradoxa que se hayan de tributar todas

estas alabanzas á los trabajos significados en la cruz, y que hayan de persuadirse los cristianos á que hayan de ser causa de felicidad y de gloria aquellas cosas que miradas en sí mismas parecen verdaderos males. Pero este es el misterio de la santa cruz, y esta es la escuela del divino Maestro. Los trabajos de esta vida nos curan de la ignorancia con que solemos abrazar el mal por bien, y tener el bien por mal. Las persecuciones que sufrió David del ingrato Saúl, los atrevimientos y perfidias de Absalón, le abrieron los ojos para conocer sus yerros, y pedir á Dios misericordia. Los israelitas mientras se vieron afligidos en el penoso cautiverio de Egipto, gimiendo y suspirando baxo de la cruz de la opresion, no solo no idolatraron, sino que levantaban las manos á Dios contritos y arrepentidos; pero luego que en el desierto se vieron libres del cautiverio, dercargados de todo trabajo, regalados con el maná celestial, guiados de una columna, y protegidos de una nube, luego fabricaron un ídolo, y cometieron á un mismo tiempo los horrendos pecados de ingratitud y de idolatría. Todo esto prueba que la cruz es el medio por donde conseguimos las ilustraciones de la fe, la que nos hace abrir los ojos para conocer que las penas y persecuciones son regalos de la divina mano, y que solamente por medio de la cruz podemos llegar á conseguir aquella gloria y felicidad que apetecemos.

JACULATORIAS.

Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi, quia per crucem tuam redimisti mundum. Eccles. in Ofic.

Adorámoste, nuestro Redentor Jesucristo, y bendecimos tu santo nombre, porque por medio de tu santa cruz redimiste al mundo.

Mihi autem absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi. Galat. 6.

No permitais, Señor, que yo constituya mi gloria en otra cosa que en llevar sobre mis hombros la cruz de mi Señor Jesucristo.

PROPOSITOS.

Conozco, ó Dios mio, cuánta es la infelicidad de aquellos que no prueban en este mundo las penas y tormentos de la cruz, y cuánta la necedad de los que las padecen con tal desazon y repugnancia que pierden todo el fruto, y llegan á reputarse por infelices! ¡Espíritus necios! ¡hombres sin consejo, que no saben estimar su salud, su vida, su verdadera felicidad y su gloria sólida y duradera! Creen neciamente que el tener tribulaciones y padecer miserias en esta vida, es indicio de que los mirais de mal semblante: se llenan de enojo, y tal vez no dudan prorrumpir en airadas quejas, que son otras tantas blasfemias contra vuestra divina Magestad. ¡Gran Dios! yo conozco, porque vos me lo habeis enseñado, que si esto fuera así; si el padecer en este mundo fuese señal de vuestra ira y desamor, ni vuestros elegidos hubieran estado contínuamente cercados de persecuciones, ni vuestro Hijo Unigénito hubiera espirado en los brazos de una cruz afrentosa. Todo cristiano debe estar persuadido á que Jesucristo nos dexó su cruz por herencia; á que en élla nos escondió la salud de nuestras almas, y á que por consecuencia es menester sufrir trabajos si se quiere participar de los frutos provechosos de la cruz. Así como sería necio el herido que se quejase y volviese contra la mano del hábil facultativo que le aplica cáusticos, y á las veces yerro y fuego para sanar de sus heridas; de la misma manera, y con mucha mas razon lo será el que se atreva á mostrar impaciencia en las adversidades que Dios le envia. Por el contrario, debe adorar aquella mano benéfica, y conocer que obra como padre amoroso, que castiga y corrige á su hijo á proporcion de lo que le ama. Este modo de pensar será, ó Dios mio, el que tenga yo todos los dias de mi vida. Me abrazo con vuestra cruz sacrosanta; adoro el precio infinito que de élla estuvo pendiente para mi salud y mi rescate; imploro vuestros soberanos auxílios, y con éllos ni temo las aflicciones, ni me acobardan los trabajos, ni rehuso la lucha con todas las fuerzas del abismo, porque, si vos estais conmigo, ¿quién será capaz de hacerme el mas leve daño?

DIA DIEZ Y SIETE.

San Alexo, confesor.

Celebra la Iglesia en este dia la fiesta de san Alexo, tan conocido por el generoso desprecio que hizo de los gustos y conveniencias de esta vida, y por la heróica victoria que consiguió de la carne y de la sangre.

Nació en Roma hácia la mitad del cuarto siglo, siendo emperador Valentiniano I. Su padre fue Eufemiano, uno de los mas ricos y mas ilustres senadores de la ciudad; su madre Aglais, cuya nobleza era igual y en todo correspondiente á la de su Esposo; pero ambos mas recomendables por su notoria virtud que por su nacimiento ni por sus bienes de fortuna. Su casa era el abrigo de todos los pobres, y su caridad parece que no podia llegar á mas. Fuera de las muchas limosnas secretas que repartian entre los pobres honrados y vergonzantes, cada dia daban de comer á trescientos ó cuatrocientos á la puerta de su casa; de manera, que todas sus grandes rentas se consumian en limosnas. Inclinábalos mas á esta misericordiosa liberalidad el hallarse sin sucesion y sin heredero; pero al fin, les concedió el cielo úno que desde luego le consideraron por fruto de sus limosnas y de sus oraciones.

El nacimiento de Alexo llenó de gozo á toda la familia; pero la santidad de su vida le colmó con el tiempo de gloria y de esplendor. Pasó los primeros años de su niñez en compañía de sus padres, cuyos exemplos y cuya doctrina eran igualmente eficaces para grabar en su tierno corazon el amor á todas las virtudes. Pusieron el mayor cuidado en buscarle maestros que fuesen tan hábiles en la ciencia de los santos como en las ciencias humanas. Hizo en éstas tan extraordinarios progresos, y en tan poco tiempo, que acreditó bien la excelencia de su ingenio; y como por otra parte era de índole suave y apacible, de mucha viveza y de rara penetracion, acompaña-

do todo de unas modales naturalmente gratas y cortesanas, en pocos años fue la admiracion y las delicias de la ciudad y de la córte.

Pero todo esto le hacia poca impresion. Al paso que iba creciendo en sabiduría, crecia tambien en virtud, y desde luego se reconoció el tédio y el disgusto á las cosas del mundo que le inspiraba su tierna devocion. Por lo mismo se dieron priesa sus padres á que tomase estado; y significándole el deseo que tenian de casarle cuanto antes, prestó su consentimiento. Tanto por su nacimiento, como por sus grandes bienes y por su notoria virtud, se le proporcionó con la mayor facilidad la mas apreciable conveniencia; era una doncella romana de la primera calidad, en quien se competian la virtud y la hermosura, formada, al parecer, expresamente por el cielo para coronar las felicidades de aquella ilustre familia. Habia condescendido Alexo con la voluntad de sus padres, precisamente por el respeto que les profesaba, y por el miedo de no disgustarlos con la resistencia; en cuya consideracion la boda que se acababa de celebrar con grande solemnidad, no le entibió el fervoroso deseo de ser todo de Dios, sin repartir el corazon con alguna criatura.

Encendiósele mas este deseo luego que se desposó; y tomó la generosa resolucion de romper de una vez todos los lazos que podian aprisionarle en el mundo. Persuadióse á que sola la fuga le podia facilitar la execucion de su generoso intento; y el mismo Dios que se la inspiró, le sostuvo en élla. Mientras la casa de Eufemiano se hundia, por decirlo así, con la fiesta de la boda, y mientras toda la ciudad concurria á élla, interesándose toda en su justo regocijo, entró Alexo en el cuarto de su esposa, presentóla una sortija y un cintillo de inestimable valor, suplicóla que se sirviese admitir aquella corta demostracion en prendas de su tierno amor, y sin decirla mas, se retiró; salióse secretamente de casa de sus padres, y dirigiéndose al puerto disfrazado, se metió en un navío que estaba para partir, y se hizo á la vela para Laodicea.

Tardóse poco en reconocer la no esperada fuga de Alexo. Convirtióse la casa de Eufemiano en llantos, en

clamores, en diligencias. Búscanle, infórmanse, preguntan, exâminan; despáchanse propios á todas partes; pero todo inútilmente. Estaba ya Alexo en alta mar cuando le andaban buscando dentro de Roma. No cabe en la ponderacion el dolor de sus afligidos padres cuando perdieron del todo las esperanzas de tener noticias de él; todo era lágrimas, sollozos y suspiros; el padre anegado en afliccion, la madre sin consuelo, la muger jóven y desamparada, dia y noche ahogada en llanto; solo se explicaban por los ojos, y si pronunciaban alguna palabra, era ésta: ¿*Adonde estás, nuestro querido Alexo*? Mientras tanto llegó el Santo á Laodicea, y temiendo ser conocido en esta ciudad, partió á pie para Edesa, donde resolvió fixar su asiento, como pueblo muy á propósito para vivir desconocido y en una extrema pobreza. Repartió entre los pobres lo que le habia quedado, y se entregó en manos de la Providencia. Por extrangero, por el ayre de simplicidad que afectaba, por lo pobre y andrajoso de su vestido logró buena cosecha de insultos y desprecios. Mirábanle como á un hombre sin mansion y sin oficio, como á un holgazan y vagamundo, por lo cual le daban limosna con dificultad y de mala gana. Los muchachos le escarnecian, el vulgo le ultrajaba, y en aquel general abatimiento triunfaba Alexo, inundado su corazon en una santa alegría, viéndose harto de oprobios, á imitacion de su divino Maestro.

Por su tierna devocion á la santísima Vírgen, que habia mamado con la leche, y habia crecido con la edad, escogió la iglesia de nuestra Señora para su residencia ordinaria. Pedia limosna á la puerta de esta iglesia algunas horas del dia, y las demas las pasaba en oracion; por la noche dormia en el pórtico de élla tendido en la dura tierra.

Era muy contraria la vida presente á aquélla en que se habia criado, y así en breve tiempo se desfiguró de manera que no era posible conocerle. Llegaron á Edesa en busca suya algunos criados de su padre, con la noticia que tuvieron de que un mancebo se habia embarcado para el Oriente; conociólos él muy bien, pidióles limosna, y se la dieron, sin saber á quién se la daban. No estuvo largo tiempo escondida una virtud

tan extraordinaria; dióse á conocer, á pesar de sus andrajos y de sus diligencias para ocultarla, confundiéndose con la gente mas vil, y afectando grosería de sus modales. Corrió la voz por la ciudad, de que el extrangero que pedia limosna á la puerta de la iglesia de nuestra Señora no era lo que parecia. Cada uno contaba lo que habia notado en él; únos ensalzaban su modestia y su dulzura; ótros su recogimiento, su devocion, su humildad y su paciencia. Todo esto servia de mortificacion á nuestro Santo, haciéndosele intolerable la estimacion con que le comenzaban á tratar; pero lo que dió mas vuelo á su reputacion, y lo que aumentó tambien el dolor á su humildad, fue el milagroso testimonio que el mismo Dios quiso dar de su virtud. Considerando un dia el sacristan de nuestra Señora la humildad, el agrado, la constancia y el continuo exercicio de oracion que habia observado en Alexo, oyó una voz que le pareció salir del simulacro de la santísima Vírgen, colocado sobre la puerta, la cual le decia, que aquel pobre que nunca se apartaba del pórtico de la iglesia era un gran siervo de Dios, cuyas oraciones podian mucho con el Señor. El buen sacerdote, que ya de antemano le miraba con veneracion, le hizo grandes instancias para que admitiese un cuarto de su casa, ofreciendo asistirle con todo lo necesario para la vida.

Sobraba mucho de esto para sobresaltar á la humildad del Siervo de Dios; pero lo que últimamente le determinó á dexar un pais donde era ya tan honrado, fue otro segundo testimonio que dió el Señor de la santidad de su Siervo; porque hallando un dia cerrada la puerta de la iglesia, oyó el portero á la misma imágen, que le decia: *Abre, y dexa entrar al hombre de Dios, cuyas oraciones son tan bien recibidas en el cielo*: milagroso suceso, que extendido por toda la ciudad, obligó á Alexo á salir de élla cuanto antes. Embarcóse en el primer navío que se hizo á la vela, suplicando al Señor le encaminase donde fuese su voluntad. Era el intento del capitan y del equipage partir á Laodicea, y el pensamiento de nuestro Santo transferirse desde allí á Tarso; pero una furiosa tempestad llevó el navío á las costas de Italia, y le metió en el puerto de Roma.

Conoció entonces Alexo que Dios le habia conducido á su mismo pais para disponerle á una victoria mucho mas gloriosa que todas las antecedentes. En fuerza de esta luz, resolvió entrar en Roma para vivir en élla como habia vivido en Edesa; y queriendo el Señor dar á su Iglesia un exemplo del mas perfecto desasimiento que se habia visto hasta entonces, y la prueba mas sensible de lo que puede su gracia, le inspiró la resolucion de irse derecho á casa de sus mismos padres, sabiendo la caridad con que eran recibidos en élla todos los pobres. Lleno de valor, y de un fervoroso deseo de corresponder con fidelidad al interior impulso de la gracia, llegó á la puerta del palacio de Eufemiano, y acercándose á él á tiempo que volvia del senado, le dixo: *Señor, tened piedad de este pobre de Jesucristo, y permitid se recoja en algun rincon de vuestro palacio, que Dios os pagará esta grande caridad.* Enterneciose extraordinariamente Eufemiano al oir aquella humilde súplica, y admirado él mismo de no poder contener las lágrimas á vista de aquel pobre extrangero, dió órden á un criado de que le alojase en algun rincon, y cuidase de darle de comer todos los dias. No gustó mucho el criado de tal órden, teniéndole por sobrecarga; y mirando con ceño al pobre que le ocasionaba aquel ligero trabajo, despues de hartarle de injurias y desprecios, le alojó en un aposentillo muy obscuro debaxo de la escalera principal. Luego que Alexo se vió en él, fue su primera diligencia dar muchas gracias al Señor por verse tan maltratado en la misma casa de su padre.

No es facil explicar lo mucho que el Santo tuvo que sufrir de la insolencia y de la rusticidad de los criados por espacio de diez y siete años que le duró aquella vida. Teniéndole por algun esclavo fugitivo, ó á lo menos por un holgazan y vagamundo de la mas vil canalla del pueblo, lo hicieron objeto y asunto de sus pesadísimas burlas; su inalterable paciencia y mansedumbre la calificaban de estupidez; muchas veces le dexabān sin comer, y nunca le daban un triste bocado sin sazonársele con alguna injuria. Alexo por su parte jamás estaba mas contento que cuando se veía mas maltratado; pero no dándose por satisfecho con esto, á los malos trata-

mientos de los ótros añadia él rigurosas penitencias. Su cama era la tierra; sus muebles un crucifixo; su ayuno contínuo; su alimento pan y agua, y ese con tanta escasez, que no se comprendia cómo podia vivir; su ocupacion de dia y de noche era la oracion. Nunca salia á otra parte que á la iglesia; comulgaba todos los domingos; y las dulces lágrimas que derramaba eran afectos del divino fuego que abrasaba y derretia su corazon.

Pero ni la dureza de los criados, ni el rigor de sus penitencias era lo que le mortificaba mas; el tormento mas terrible y el mayor dolor que despedazaba su tierno corazon era el de tener siempre á la vista á un padre afligido, á una madre inconsolable, y oir incesantemente los ayes y los suspiros de una esposa, que mil veces al dia pronunciaba el dulce nombre de Alexo. Como tenia perpétuamente delante de los ojos estos objetos tan halagüeños como tentadores, cada momento renovaban en su amoroso pecho los naturales impulsos del amor y de la ternura; pero acudia inmediatamente á la oracion; protegíale la santísima Vírgen; sostenia la gracia su valor, y le daba fuerzas para resistir tan porfiados y tan furiosos asaltos.

Despues de diez y siete años de tantas victorias como combates, quiso, en fin, premiar el Señor la heróica fidelidad de su gran Siervo. Sabiendo por revelacion divina el dia y la hora de su muerte, se sintió fuertemente inspirado de Dios para manifestar al mundo las maravillas de la gracia, escribiendo él mismo la historia de su vida, que con tanto cuidado habia escondido á su conocimiento. Hízolo así, expresando individualmente en un papel todos los pasos de su vida, su nombre, el de sus padres, el regalo que hizo á su esposa el dia de la boda, con todas las circunstancias mas menudas de su niñez y de su educacion; cerróle, apretóle en la mano, púsose en oracion, y colmado de merecimientos pasó dulcemente al descanso del Señor.

Aún no se sabia su muerte á tiempo que Eufemiano se hallaba en la iglesia de san Pedro asistiendo á la misa que celebraba el papa Inocencio I. en presencia del emperador Honorio, donde se oyó una milagrosa voz, que

decia: *Acaba de espirar el siervo de Dios: es grande su poder, y murió en casa de Eufemiano.* Fue general el asombro; pero mayor que el de todos el de Eufemiano, el cual llegándose al Emperador, le dixo: *Señor, si es cierto lo que nos anuncia esta voz, el Santo no puede ser otro, que un pobre extrangero á quien muchos años ha recogí en mi casa por caridad.*

Luego que se acabó la misa el Papa y el Emperador, seguidos de innumerable gentío, se dirigieron á casa del senador Eufemiano. Acudióse inmediatamente al aposentillo del Siervo de Dios, y le hallaron muerto, tendido en el suelo. Al mismo tiempo que todos los concurrentes estaban preocupados de los primeros movimientos de respeto y de veneracion, se reparó que tenia un papel cerrado en la mano. El ánsia y la curiosidad de saber lo que contenia movió á Eufemiano á querérsele tomar; pero no le fue posible arrancársele. Mandó el Papa que todos se hincasen de rodillas; y dichas algunas oraciones, él mismo se le sacó sin dificultad, y se le entregó á Aecio, canciller de la Iglesia romana, mandándole que le leyese en alta voz. No hay voces para explicar el asombro y la admiracion de todos cuando llegaron á entender que el imaginado extrangero era Alexo, hijo del senador Eufemiano; y se enteraron de toda la historia de su portentosa vida.

Mas fáciles son de concebir los afectos de las diferentes pasiones que se apoderaron de todos los concurrentes, con especialidad de Eufemiano y de toda su familia. Al primer pasmo sucedió inmediatamente la admiracion y el sentimiento, el gozo y el dolor; y batallando entre estos distintos afectos el corazon de aquel dichoso Padre, se arrojó sobre el cuerpo de su Hijo, explicándose no con voces, sino con lágrimas y gemidos.

Mientras se procuraba arrancar al venerable Anciano del santo cadáver, llegaron la madre y la esposa del Siervo de Dios. No es posible espectáculo mas tierno; regaron el cuerpo con sus lágrimas, sin poder al principio articular una palabra, cortandolas el respeto y el dolor; pero al fin, pudiendo el dolor mas que el respeto, se desahogaron las dos en quejas amorosas: *Hijo mio Alexo* (exclamó la madre), *¡es posible que siquiera no me dexas-*

te recibir tus últimos suspiros! Esposo mio de mi vida (continuó la nuera), *¿qué te hice yo para que me hubieses tratado así? ¡Es posible que era mi hijo* (volvia á exclamar la madre) *aquel pobre que todos los dias tenia delante de mis ojos! ¡Es posible* (tornaba á gritar la nuera) *que aquel pobre tan mal sustentado y tan ultrajado era mi dulce esposo, y que no lo haya sabido yo hasta que ya no está en esta vida!*

Extendida por toda la ciudad la noticia de esta maravilla, acudió toda Roma al palacio de Eufemiano, ansioso cada uno por lograr el consuelo de besarle, ó á lo menos de ver el santo cuerpo. Creció el concurso con los milagros que obró Dios en la misma hora; y aunque se arrojaron monedas al pueblo para divertir la gente y para que se retirase, pudo mas la devocion que la codicia; de manera, que no fue posible abrir paso por el concurso para conducir el cadáver á la iglesia hasta que los soldados le abrieron con espada en mano. Acompañáronle el Papa, el Emperador y todo el senado, convirtiéndose los funerales en un triunfo tan pomposo cual no le vió Roma semejante. Al principio se llevó el santo cuerpo á la iglesia de san Pedro, para que el pueblo lograse la satisfaccion de verle y de venerarle, y de allí se le trasladó á la de san Bonifacio, donde se habia desposado. Su padre, su madre y su esposa estuvieron siete dias enteros sin separarse de sus reliquias. Erigiósele un magnífico sepulcro, que hizo glorioso el Señor con gran número de milagros, y con el tiempo se convirtió en iglesia de san Alexo el palacio de Eufemiano, que estaba en el monte Aventino, donde aún el dia de hoy se muestran algunos pasos de la escalera, baxo la cual estaba el aposentillo del Santo, y tambien una imágen de nuestra Señora, que se dice ser la misma que estaba colocada sobre la puerta de la iglesia de Edesa, y habló al sacristan en favor de san Alexo.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui nos beati Alexii, confessoris tui, annua solemnitate lætificas: concede propitius, ut cujus natalitia colimus, etiam actiones imitemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que cada año nos alegras con la solemnidad del bienaventurado Alexo, tu confesor; concédenos que imitemos las acciones de aquél cuyo nacimiento al cielo celebramos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 6. de la primera que el apóstol san Pablo escribió á Timoteo.

Charissime: Est quæstus magnus, pietas cum sufficientia. Nihil enim intulimus in hunc mundum; haud dubium quod nec auferre quid possumus. Habentes autem alimenta, et quibus tegamur, his contenti simus. Nam qui volunt divites fieri, incidunt in tentationem, et in laqueum diaboli, et desideria multa inutilia et nociva, quæ mergunt homines in interitum et perditionem. Radix enim omnium malorum est cupiditas, quam quidem appetentes, erraverunt à fide, et inseruerunt se doloribus multis. Tu autem, ó homo Dei, hæc fuge, sectare verò justitiam, pietatem, fidem, charitatem, patientiam, mansuetudinem. Certa bonum certamen fidei, apprehende vitam æternam.

Carísimo: La piedad juntamente con el contentarse con poco es una grande ganancia. Porque nada traximos á este mundo, y no hay duda que nada podemos sacar de él. Pero teniendo alimentos y con qué cubrirnos, contentémonos con esto. Porque los que quieren enriquecerse, caen en la tentacion, y en el lazo del diablo, y en muchos deseos inútiles y nocivos, los cuales sumergen á los hombres en la muerte y en la perdicion. Porque la raiz de todos los males es la codicia, por cuyo amor algunos se apartaron de la fe, y se mezclaron en muchos dolores. Pero tú, ó hombre de Dios, huye de estas cosas, y sigue la justicia, la piedad, la fe, la caridad, la paciencia y la mansedumbre. Pelea en la buena guerra de la fe, y coge la vida eterna.

NOTA.

"San Timoteo era natural de Listris, y en opinion de »Orígenes, pariente de san Pablo. Antes que el Apóstol »entrase en aquella ciudad habia en élla bastante nú»mero de fieles; admitió á Timoteo por discípulo, y

»le escogió para compañero de sus viages; ordenóle obis-»po de Efeso, y poco despues que le dexó en esta iglesia »le escribió desde Macedonia la primera carta hácia el »año 64 de Cristo."

REFLEXIONES.

La concupiscencia es la raiz de todos los males; algunos, dexándose arrastrar de élla, se descaminaron en la fe, y se precipitaron en mil trabajos y calamidades. No acusemos, pues, la malicia de nuestros enemigos, ni la emulacion de nuestros concurrentes, ni la malignidad de los envidiosos en la multitud de tantos funestos accidentes como nos hacen gemir. No atribuyamos nuestros disgustos al mal humor de las gentes con quienes vivimos nosotros; nosotros mismos somos la única causa de nuestros trabajos y de nuestras inquietudes. En nuestro corazon reside el lago fatal de donde se levantan aquellos negros vapores que forman las nubes, que turban la serenidad de nuestros dias, y que frecuentemente se resuelven en tan furiosas tempestades. La concupiscencia es el triste orígen de aquellos impetuosos torrentes, que inundan, que arrastran y arruinan los mismos lugares donde se forman. Sufoca el amor de los deleytes, apaga el deseo de las riquezas, y presto lograrás una gran calma; pero si se dexan crecer las pasiones; si se suelta la rienda al insaciable ardor de la concupiscencia; si no tiene freno el orgullo, ni la ambicion reconoce límites, ¡qué diluvio de males se han de desgajar precisamente sobre el corazon! Entregado éste como miserable presa á las pasiones, de necesidad ha de ser su triste víctima. Y si solo se sacrificaran los bienes, la vida y el sosiego, algun dia podríamos consolarnos quizá de esta pérdida; pero no hay pasion que no hiera el alma; todas conspiran contra nuestra salvacion. El primer efecto de la concupiscencia es obscurecer el entendimiento, debilitar la razon y corromper el corazon: corrompido éste, ¿qué tales serán las costumbres? ¿cuál será la fe, cuál la religion de unas costumbres estragadas? La pasion ofusca al entendimiento; en dominando la concupiscencia, nunca se ven los objetos como son. En puntos naturales se puede errar inocentemente; la

opinion es mas universal que la ciencia; pero en materia de fe no hay error voluntario que no sea culpable, ninguno que no guie al precipicio, ninguno que no sea mortal. ¿Te descaminas en esta materia? nada te debe afligir mas, puesto que Jesucristo te enseñó el verdadero camino de la salvacion, y te dexó reglas infalibles. Mas al fin, para quien conoce la ligereza del espíritu humano, y para quien sabe lo corrompido que está el corazon del hombre, no es cosa incomprensible el que una vez desbarre; mas lo que no se puede comprender es la terquedad con que se obstina en descaminarse en medio del dia; el empeño en querer dar mas asenso á su espíritu que al de la Iglesia. Todo esto es obra de la pasion; el primer fruto de la concupiscencia es la ceguedad. En dexándose arrastrar de aquélla, se desvia de la fe, y al menor desvío de la fe se aleja mucho del verdadero camino. Ahoga la pasion, y cesarán las heregías; destierra la concupiscencia, y á todos los hereges los verás presto convertidos.

El evangelio es del cap. 19. de san Mateo.

In illo tempore dixit Petrus ad Jesum: Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te: quid ergo erit nobis? Jesus autem dixit illis: Amen dico vobis, quòd vos, qui secuti estis me, in regeneratione, cum sederit Filius hominis in sede majestatis suæ, sedebitis et vos super sedes duodecim, judicantes duodecim tribus Israel. Et omnis qui reliquerit domum, vel fratres, aut sorores, aut patrem, aut matrem, aut uxorem, aut filios, aut agros, propter nomem meum, centuplum accipiet, et vitam æternam possidebit.

En aquel tiempo dixo Pedro á Jesus: He aquí que nosotros lo hemos abandonado todo, y te hemos seguido: ¿qué premio, pues, recibirémos? Pero Jesus les respondió: En verdad os digo, que vosotros que me habeis seguido, en la regeneracion, cuando el Hijo del hombre se sentare en el trono de su gloria, os sentaréis tambien vosotros en doce tronos, y juzgaréis á las doce tribus de Israel. Y todo aquel que dexare ó su casa, ó sus hermanos, ó hermanas, ó á su padre ó madre, ó á su muger ó hijos, ó sus posesiones por causa de mi nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna.

MEDITACION.

De la vida obscura.

PUNTO PRIMERO.

Considera que es muy ventajoso, así para la salvacion como para la quietud, el nacimiento humilde, la condicion obscura, y vida privada y escondida. ¡De cuántos estorbos para la salvacion, y de cuántos peligros se libra un hombre de mediana esfera! ¡de cuántos disgustos se exîme! No, ciertamente; los grandes del mundo no son los mas dichosos. Acaso se hablaria con mayor propiedad si se dixese que no hay hombres mas dignos de compasion que los grandes del mundo. Ya se sabe que los lugares mas altos son siempre los mas combatidos y agitados; en las montañas mas elevadas no hay abrigo, sino que por fortuna se halle alguna caverna, ó el hueco de una peña para ponerse á cubierto de los torbellinos y de las borrascas. Por eso, si los buscas en la historia, hallarás en élla tantos grandes príncipes, que considerando todos los peligros inseparables de su estado, las contínuas agitaciones, el tumulto eterno, la conspiracion de todas las pasiones, el halago tentador de los sentidos, el incentivo y la multitud de los objetos, todos á competencia mas y mas enemigos de la gracia, espantados así del engañoso cebo del deleyte, como de la amargura que le sigue, descendieron de la fastidiosa elevacion de los hombres para encontrar asilo en un desierto, ó en el retiro de un cláustro; prefirieron la obscuridad de una pobre celda á todo el esplendor, á toda la magnificencia de los mas soberbios palacios, y aun del trono mismo. ¿Y quién los censura de haber abrazado este partido? ¡Ah, que todos admiran con justicia su religion, todos ensalzan su generosidad, y cada año se repiten los elogios de su cordura y de su sabiduría! Pues en este feliz estado, por el cual suspiraron aquellos dichosos grandes del mundo, que le buscaron, y le hallaron en fin á costa de mil estorbos y dificultades, se hallan naturalmente los que nacen sin especial distincion, sin muchos bienes de fortuna, logrando

la de disfrutar una vida particular y desconocida. ¿Los primeros cuántos combates tuvieron qne resistir, cuántas dificultades que superar, y cuánto les costó aquella gloriosa victoria? Pero una fortuna mediana, unos talentos moderados y comunes, una honrada obscuridad libran de este monton de embarazos, y colocan al hombre en aquella tranquilidad, en aquella dulce quietud en que quisieran morir casi todos los que vivieron cercados del fausto, de pompa y de esplendor. ¡Ah, y si conocieran cuánto vale su obscura condicion los que viven en élla, y qué poco murmurarian de la Providencia, y qué poco se quejarian de élla! ¡y qué poca envidia tendrian á los grandes!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que es preciso que sea mas estimable de lo que comunmente se piensa una vida sin fausto, sin esplendor, humilde y desconocida, puesto que el mismo Jesucristo la escogió para sí, con preferencia á la ótra. Es cierto que por su nacimiento era ilustre, pues fue de sangre real; pudo vivir con esplendor y con opulencia; en cuyo caso, mirándole con los ojos de la prudencia humana, sería mucho mas seguido, y contaria mucho mayor número de discípulos; pero la Sabiduría divina lo pensó de otra manera, y le representó el estado pobre, humilde, obscuro y olvidado, como muy digno de ser preferido á los mas brillantes de la tierra. Y con efecto, ¿qué estado mas propio para el cielo? ¿qué camino mas seguro, mas fácil ni mas quieto? Pocos santos dexaron de solicitar la obscuridad; ninguno hubo que no huyese de los honores mundanos; todos miraron siempre las riquezas, no solo como espinas que punzan, sino como prestigios, como trampantojos que engañan, deslumbran y alucinan. Considera á san Alexo en su aposentillo debaxo de la escalera, ó en el pórtico de la iglesia de Edesa. Pocos hombres nacieron mas afortunados, segun el mundo; su familia ilustre por su antigua nobleza, y sostenida ésta con el mayor esplendor á expensas de un patrimonio opulento, dotado de aquellas prendas que no solo constituyen el mérito de la estimacion de los hombres, sino que captan el aplauso, y arrastran el corazon; jó-

ven ayroso, bien dispuesto, hábil, discreto, sábio, ¡con qué honor, con qué conveniencias, con qué esplendor pudo haber vivido en Roma! Pero este jóven caballero todo lo abandona por amor de Jesucristo; dexa á su padre, á su madre, sus bienes, su esposa en el mismo dia de la boda por entregarse á una vida pobre, obscura y abatida, desafiando y acometiendo al mundo hasta en sus mismas trincheras. Vuelve á la casa de sus padres; ¿mas para qué? para vivir en élla desconocido, humillado, abatido, despreciado, con la mas extrema pobreza, y en una asombrosa obscuridad. ¡Cuántos hay en el mundo que logran la misma dicha, pero sin conocerla! Si los pobres, si los oficiales, si las personas de humilde y obscura condicion se supieran aprovechar de los medios que su mismo estado les ofrece para hacerse grandes santos, ¡buen Dios, qué bendiciones, qué gracias no os darian por haber nacido pobres! Acabemos ya de conocer el mérito de una vida obscura, desengándonos de que todos los medios que se aplican, y todos los esfuerzos que se hacen para levantarse del polvo, son otras tantas diligencias para echársele en los ojos, y por eso no se distingue la falsa brillantez, la inanidad, la ninguna substancia de los honores á que con tanto anhelo se aspira.

Alumbradme, Señor, con vuestra divina gracia, para que reconozca las grandes ventajas de una vida obscura, distante del fausto y del tumulto, y abrigada contra tantos peligros de la salvacion. Sí, mi Dios, sea yo olvidado y menospreciado de los hombres con tal que os ame, que os sirva, que os agrade en mi dichosa obscuridad.

JACULATORIAS.

Viam iniquitatis amove à me: et de lege tua miserere mei. Salm. 118.

Desviadme, Señor, del camino de la perdicion, y sienta yo los efectos de vuestra misericordia viviendo segun vuestra santa ley.

Humiliatus sum usquequaque, Domine; vivifica me secundum verbum tuum. Salm. 118.

Vivo, Señor, obscuro y humillado, pero muy contento con esta vida, confiado en vuestra divina palabra.

PROPOSITOS.

¿Eres grande en el mundo? ¿te ves superior á los demas por los empleos, por la dignidad, por los talentos y por las riquezas? no por eso te juzgues mas dichoso, pues con efecto no lo eres. Por brillante que sea tu condicion, considérala como llena de lazos y de peligros; en lugar de tratar con desprecio á los que son inferiores á ti por su humilde y obscura condicion, envídialos las ventajas que logran en élla; tenlos por mas dichosos que tú, y dobla tu vigilancia; vive mas sobre aviso en un estado donde todo es tentacion.

2 ¿Eres pobre, sin talentos, sin muchos bienes de fortuna, sin proteccion y sin apoyo? ¿vives olvidado, desconocido y despreciado? Guárdate bien de tenerte por infeliz, ni de estar disgustado con tu suerte; antes bien te debes considerar como mejor librado. Considera que muchos príncipes, muchas personas que nacieron rodeadas de esplendor, que se criaron entre los placeres, que se distinguieron en el mundo por sus muchos bienes de fortuna, que se vieron colmadas de honores, de séquito, de gustos, y de los mas halagüeños atractivos del mundo, lo sacrificaron todo, lo abandonaron todo por encerrarse en un cláustro, por enterrarse en un desierto, por tener una vida aún mas obscura y mas olvidada que la tuya, por borrar la memoria de su nombre, de sus talentos, de su mérito personal, de su nacimiento, y para vivir en un eterno olvido. Está contento con tu suerte; da mil gracias á Dios por tu medianía; pero aprovéchate de los medios que te proporciona para tu salvacion. No envidies la suerte de los dichosos del mundo, y ten por cierto que algun dia envidiarian éllos la tuya. Bendice al Señor todos los dias, porque dispuso que nacieses en ese estado; y cuando veas esos pomposos monstruos de mundanidad, ese exterior aparato de brillantez, siempre engañosa, ese estrépito de las grandezas humanas, considera ¿de qué servirá todo eso al que se condena? ¿de qué sirve á la hora de la muerte, y de qué servirá por toda la eternidad haber sido hombre grande, y no haber sido santo?

DIA DIEZ Y OCHO.

Santa Sinforosa y sus siete hijos, mártires.

Santa Sinforosa, cuyo nombre es tan célebre en la Iglesia, fue muger, cuñada y madre de mártires, y élla misma fue una de las mas ilustres mártires que hicieron glorioso el segundo siglo.

Nació en Roma de una familia mucho mas distinguida por su constante adhesion á la religion cristiana, que por su antigua nobleza, ni por el elevado lugar que se habian hecho en la ciudad sus ilustrísimos abuelos. Nada se sabe de los primeros años de su vida; solo es cierto que fue educada en los principios de la religion, y en las habilidades correspondientes á las doncellas de su calidad. Por su virtud y por su mérito fue pretendida de todos los señores cristianos de Italia, entre los cuales fue preferido Gétulo, cuya boda se consideró la mas ventajosa.

Poseia Gétulo, por otro nombre Zótico, ricos y dilatados bienes en el territorio de Tívoli, llamado entonces *Tierra de Sabina*, y hoy *la Campaña de Roma.* Era un caballero muy piadoso, de gran zelo por la religion cristiana, y precisamente pretendió á Sinforosa por muger, enamorado principalmente de su virtud, y de las demas prendas que la acompañaban. Así el como otro hermano suyo, por nombre Amancio, eran tribunos militares; esto es, maestres de campo en el exército del emperador Adriano, príncipe supersticioso sobre todos los príncipes paganos, y que por lo mismo levantó contra la Iglesia una de las persecuciones mas crueles, cuyo furor obligó á Amancio á ocultarse, y á Gétulo á abandonar sus bienes y su familia, que se habia retirado á Tívoli, quedán-

dose él en las cercanías de Roma, donde instruia y sustentaba á muchos cristianos. Tardó el cielo poco tiempo en premiar su zelo y su caridad. Dióse órden á Cereal, vicario de Roma, para que le prendiese; pasó á executar su comision; pero luego que oyó hablar de la religion á Gétulo y á Amancio, se convirtió á élla. Esto hizo en Roma mucho ruido, y se despachó á Licinio, oficial del Emperador, para que le arrestase á él, á los dos hermanos, y á otro llamado Primitivo. Padecieron todos diferentes tormentos; fueron cruelmente azotados, y despues de veinte y siete dias de prision en Tívoli los sacaron de la cárcel para cortarles las cabezas; lo que se executó á cinco leguas de Roma, en las márgenes del Tiber.

Durante el tiempo de la persecucion se mantenia en Tívoli santa Sinforosa cuidando de la educacion de sus siete hijos; mas no por eso dexaba de asistir á los santos Mártires en cuanto podia, y luego que supo su glorioso martirio, tuvo valor para ir élla misma en persona á retirar el cuerpo de su marido y de sus dos compañeros, enterrándolos en un arenal perteneciente á una de sus posesiones. Despues de esta heróica accion se volvió á retirar á Tívoli, donde únicamente se ocupaba en criar á sus tiernos hijos, imprimiendo en sus blandos corazones los afectos mas fervorosos de la religion; y como el viento de la persecucion cobraba cada dia nuevas fuerzas, se vió precisada á esconderse por espacio de siete meses en una cisterna seca, acompañada de sus siete queridas prendas, valiéndose de estas mismas incomodidades y trabajos para instruirlos y para adiestrarlos á los combates que esperaba tendrian que sufrir algun dia por la fe, inspirándoles una generosa ambicion por la palma del martirio, cuyo valor y cuyo precio contínuamente les ponderaba.

Hijos mios, les decia, *mirad que lograis la dicha de tener un padre mártir y un tio mártir*; *gozando estan de una felicidad que no tienen fin por unos tormentos que se pasaron en pocas horas*; *roguemos contínuamente al Señor se digne concedernos la misma suerte.* Volvíase despues al menor de todos, y le preguntaba: *Dime, hijo mio, ¿y qué harias tú si te amenazaran que te habian de despedazar á azotes, caso que no quisieras ofrecer incienso á los ídolos?*

¿Qué haria? respondió el niño con admirable intrepidez y resolucion, *¿qué haria? dexarme hacer mil pedazos antes que ofrecer incienso á los demonios. ¿Pero, hijos, no os espantaríais, no perderíais el ánimo si viérais que los verdugos os venian á degollar, si os pusieran delante de las hogueras encendidas, las calderas de pez hirviendo, los ecúleos, las catastas, y otros tantos instrumentos de la crueldad? ¡Ay pobres hijos mios*, añadia llorando, *y cómo temo que os habeis de rendir á la violencia de los tormentos! No lo temais, amada madre, no lo temais*, respondió Crescencio, el mayor de todos, *lleno de aquella humilde confianza en Jesucristo, que vos nos habeis inspirado, salgo por fiador de mí y de mis hermanos, que ningun tormento será capaz de hacernos titubear, ninguno nos acobardará. Tardó poco en ofrecerse ocasion de desempeñar esta palabra.*

Habiendo mandado el emperador Adriano edificar un palacio á distancia de algunas millas de Tívoli, no lejos de la casa de Sinforosa, quiso poner el nuevo edificio baxo la proteccion de alguno de sus dioses, como lo practicaban los gentiles que se preciaban de devotos. Antes de la ceremonia, siguiendo los impulsos de su ordinaria supersticion, resolvió hacer un sacrificio á sus mentidas deidades para saber si sería de su agrado la dedicacion que meditaba. Los demonios que habitaban en los ídolos á quienes dirigió la consulta, le respondieron que estaban contínuamente inquietos y cruelmente atormentados por las oraciones que la viuda Sinforosa y sus siete hijos ofrecian todos los dias á su Dios, en perjuicio del culto y del honor que solo á éllos se les debia; por tanto, si deseaba que fuese dichosa su habitacion del nuevo palacio, era indispensable que obligase á Sinforosa y á sus hijos á que les ofreciesen sacrificios, y renunciasen su religion.

Bastó esto para que aquel supersticioso Príncipe mandase luego arrestar á Sinforosa y á sus hijos. Apenas los vió en su presencia, cuando hizo todo lo que pudo para persuadirlos á que sacrificasen á los ídolos; y dirigiendo la palabra á Sinforosa, la dixo con agrado y dulzura: *No ignoras que todo el delito de Gétulo tu marido consistió en no querer renunciar las supersticiones de los cristia-*

nos; por lo demas yo le estimaba, yo le amaba, y estaba resuelto á elevarle á las mayores dignidades del imperio como hubiera querido rendirse á mi voluntad; sé tú mas prudente que él, y sírvate su desacierto de leccion y de escarmiento; yo quiero hacer tu fortuna y la de tus hijos; pero quiero que sin dilacion sacrifiques á los dioses.

Señor, respondió Sinforosa, *la fortuna de mis hijos y la mia ya está hecha con tal que logremos la dicha de ser todos ofrecidos en sacrificio al verdadero Dios. No sereis sino sacrificados á mis dioses*, respondió el Emperador. *Señor*, replicó intrépidamente Sinforosa, *esos vuestros mentidos y mentirosos dioses son éllos mismos desdichadas victimas sacrificadas á la justa cólera del único Dios verdadero; por lo que nunca me recibirán, ni me podrán recibir en sacrificio. Si me condenares á la hoguera ó al cuchillo por amor de Jesucristo, la hoguera que me consuma ó el cuchillo que me degüelle, mas que á mí atormentarán á esos que vos llamais vuestros dioses. A la vista tenemos como tan reciente el exemplo de mi marido Gétulo y de Amancio mi cuñado, que con religiosa generosidad supieron preferir una gloriosa muerte á la ignominia vergonzosa de sacrificar á los demonios: mis hijos y yo esperamos en la gracia de nuestro dulce Salvador, que no degenerarán ni del valor ni de la nobleza de su padre; y por vuestra misma experiencia aprenderéis que la magnanimidad cristiana se hace lugar en todas las edades y en todos los sexôs cuando se trata de conservar la religion.*

Ofendido el Emperador de tan valerosa respuesta, puso fin á la conversacion, diciéndola que escogiese luego una de dos, ó sacrificar, ó espirar en los suplicios. *No penseis, Señor*, respondió la Santa, *ni espantarme, ni embarazarme en el partido que he de elegir; ya le tengo tomado; he dicho, y lo vuelvo á repetir, que nada deseo tanto como dar la vida por aquel que primero sacrificó la suya por mí*; y volviéndose á sus hijos, *vamos*, los dixo con resolucion y con desembarazo, *vamos, hijos mios, á morir por Jesucristo.* Hicieron tal impresion en sus corazones estas palabras, que les salió al semblante el espiritu, el valor y la alegría; solo Adriano bramaba de corage: mandó que Sinforosa fuese conducida al templo de Hércules, y que despues de haberla abofeteado como á

una vil esclava, la colgasen de los cabellos; pero informado de que todo esto no producia otro efecto que el de hacerla mas animosa, ordenó que con una gran piedra al cuello fuese arrojada en el rio Teverone, que pasa por Tívoli, donde consumó su glorioso martirio. Tenia un hermano, llamado Eugenio, que era el primer senador de Tívoli, el cual cuidó que se sacase del rio el santo cuerpo, y con gran secreto le hizo enterrar en un arrabal de la ciudad.

Ya no habia que temer de la constancia en la fe de los hijos, teniendo en el cielo tan poderosa protectora. Al dia inmediato mandó el Emperador que los traxesen á su presencia, y éllos se presentaron con tanta confianza y con tanto valor, que el Príncipe quedó asombrado. Eran sus nombres Crescencio, Juliano, Nemesio, Primitivo, Justino, Stactéo y Eugenio. Tuvo por cierto el Emperador que siendo tan jóvenes, y hallándose huérfanos, los vencerian sus promesas, ó se rendirian á sus amenazas. Al principio los habló con mucho cariño, lisonjeándolos con halagüeñas esperanzas. *Ya, hijos mios*, los dixo, *os hallais sin padre y sin madre; pero no os desconsoleis, yo haré con vosotros el oficio de los dos. Id, ofreced incienso á los dioses inmortales, y volved seguros de que seréis premiados con magnificencia; pero guardáos bien de mostraros indóciles á mis órdenes, porque pagaréis con la vida cualquiera resistencia. Príncipe*, respondió Crescencio, *eso es justamente lo que todos deseamos; ni vuestras promesas nos han hecho impresion, ni vuestras amenazas nos han intimidado; no creais, Señor, que serémos menos cristianos ni menos generosos que nuestros padres.* Hizo cuanto pudo el Emperador para desviarlos de su resolucion; pero experimentando inútiles todos los artificios, mandó que al instante se dispusiesen siete potros al rededor del templo de Hércules, y que fuesen extendidos en éllos los siete Mártires, hasta que á fuerza de apretarlos y de atormentarlos se les dilocasen todos los miembros. Executóse la órden del Tirano con bárbara crueldad; apretábanse los cordeles, y estirábanse los miembros con poléas, siendo extremo su dolor; pero ninguno de aquellos jóvenes cristianos desmintió su invencible valor; la alegría de sus semblantes daba testimonio de su triunfo, y

todos bendecian á Dios en medio de los tormentos. Avergonzado el Tirano de verse vencido por unos niños, mandó que al punto los quitasen la vida. A Crescencio le metieron un puñal por la garganta, á Juliano por el estómago, á Nemesio por el corazon, á Primitivo por el vientre, á Justino por las espaldas, á Stactéo por el costado, y Eugenio fue abierto en canal desde los pies á la cabeza; aunque Beda dice que á Justino le hicieron tantos pedazos cuantas eran las coyunturas de su cuerpo, y que el de Stactéo, despues de tendido en tierra, fue cosido á puñaladas. Así recibió la corona del martirio aquella inocente tropa el dia 18 de julio, hácia el principio del segundo siglo.

Viniendo al templo de Hércules el Emperador el dia siguiente, mandó quitar de allí los cuerpos de los siete hermanos, y que los enterrasen en un gran foso, que los gentiles llamaron despues *los siete Biothanatos*, que en griego quiere decir *despreciadores de la muerte.*

Con la muerte de santa Sinforosa y de sus siete hijos pareció haberse aplacado por algun tiempo la cólera del Emperador, que por espacio de año y medio dexó bastantemente en paz á los cristianos; de cuya ocasion se aprovecharon los fieles para honrar las reliquias de los santos Mártires, colocándolas en decentes sepulturas, que abrieron y levantaron en el camino de Tívoli, dando á aquel sitio el nombre de los siete Hermanos. Tambien se erigió una magnífica iglesia dedicada á santa Sinforosa, que subsistió por mucho tiempo; pero despues se trasladó á Roma una parte de estas reliquias, y se colocaron en la iglesia de san Miguel con las de Gétulo ó Zótico, su padre. Aunque el martirio de santa Sinforosa fue un dia antes que el de sus siete hijos, la Iglesia los ha celebrado todos en un mismo dia desde los primeros siglos.

La misa es en honor de los santos Mártires, y la oracion la siguiente.

Deus, qui nos concedis sanctorum martyrum tuorum Simphorosæ, et filiorum ejus natalitia colere: da nobis in æterna beatitudine de eorum societate gaudere: Per Dominum nostrum...

O Dios, que nos concedes la gracia de que celebremos en la tierra el nacimiento al cielo de santa Sinforosa y de sus hijos, haced que tambien los acompañemos en la gloria, siendo participantes de su eterna bienaventuranza: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 11. de la que escribió san Pablo á los hebreos.

Fratres: Sancti per fidem vicerunt regna, operati sunt justitiam, adepti sunt repromissiones, obturaverunt ora leonum, extinxerunt impetum ignis, effugerunt aciem gladii, convaluerunt de infirmitate, fortes facti sunt in bello, castra verterunt exterorum: acceperunt mulieres de resurrectione mortuos suos: alii autem distenti sunt non suscipientes redemptionem, ut meliorem invenirent resurrectionem. Alii vero ludibria, et verbera experti; insuper et vincula, et carceres: lapidati sunt, secti sunt, tentati sunt, in occissione gladii mortui sunt, circuierunt in melotis, in pellibus caprinis, egentes, angustiati, afflicti: quibus dignus non erat mundus: in solitudinibus errantes, in montibus, et speluncis, et in cavernis terræ. Et hi omnes testimonio fidei probati inventi sunt in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos: Los santos por la fe vencieron los reynos, obraron justicia, alcanzaron lo que se les habia prometido, cerraron las bocas de los leones, apagaron la violencia del fuego, escaparon del filo de la espada, convalecieron de su enfermedad, se hicieron esforzados en la guerra, desbarataron los exércitos de los extraños. Las madres recibieron resucitados á sus hijos que habian muerto. Unos fueron extendidos en potros, y despreciaron el rescate, para hallar mejor resureccion. Otros padecieron vituperios y azotes, y ademas cadenas y cárceles: fueron apedreados, despedazados, tentados, pasados á cuchillo; anduvieron errantes, cubiertos de pieles de ovejas y de cabras; necesitados, angustiados, afligidos: hombres, que no les merecia el mundo, anduvieron errantes por los desiertos, las cuevas y cavernas de la tierra. Y todos éstos se hallaron probados por el testimonio de la fe en Cristo Jesus nuestro Señor.

NOTA.

»Es la epístola á los hebreos uno de los mas bellos y »mas preciosos monumentos que posee la Iglesia cristia»na. Así la grandeza de las cosas que contiene, como la »importancia de las materias que trata estan sostenidas »con la nobleza de las expresiones, y con la elevacion del »estilo.

REFLEXIONES.

Por la fe hicieron los santos maravillas, sufrieron persecuciones, practicaron virtudes excelentes, y padecieron con heróica constancia todo género de adversidades. Y bien; ¿no tenemos nosotros la misma fe? ¿no profesamos la misma religion? ¿pues en qué consiste que seamos tan poco parecidos á éllos? ¿en qué consiste que imitemos tan poco sus exemplos? Siguiendo un camino enteramente opuesto al que los santos siguieron, ¿nos podemos racionalmente lisonjear de que llegarémos al mismo término? Una de dos: ó los santos hicieron demasiado, ó nosotros no hacemos lo bastante para ser lo que éllos fueron. Nos atreverémos á decir que los santos hicieron demasiado para conseguir el cielo, para merecer la gloria, y para lograr la eterna felicidad que estan gozando? Muy de otra manera discurrian éllos de lo que nosotros discurrimos; en la hora de la muerte, en aquel momento decisivo en que se miran las cosas como son, y en que de todas se hace el juicio que se debe, ninguno se arrepintió de haber hecho mucho, todos quisieran haber hecho mas, y no pocos temieron no haber hecho lo bastante. ¿Fueron los santos discretos y prudentes en vivir como vivieron? ¿serian santos si hubieran vivido como nosotros vivimos? ¿y lo serémos nosotros viviendo de esta manera, tan distantes de su imitacion? Considerémos la pureza de sus costumbres, el rigor de su penitencia. Siempre alerta contra las sorpresas de los sentidos, ¡con qué fervor cumplieron en su carne lo que faltó á la pasion de Jesucristo! ¡con qué rigor se castigaban las mas leves imperfecciones! A nosotros nos espanta el nombre solo de los instrumentos de penitencia. Parecerános que hicieron demasiado; ¿pero ignoramos por ventura que en

medio de tantos preservativos, aún cubiertos con tantas trincheras, no vivieron sin peligro? Toda su espantosa soledad aún no los puso fuera de todo riesgo. La misma madurez de la edad los hacia mas vigilantes, y su misma experiencia los enseñaba que no se debian fiar de sus austeridades, sirviéndolos para conocer que todo estaba lleno de lazos y de redes. Seguramente no serian mas prudentes ni mas discretos si hubiesen sido menos mortificados y menos fervorosos. ¿Pues qué, nada iban á arriesgar en esto? Las pasiones crecen con nosotros; es menester desconfiar de nuestro propio corazon; porque todo es tentacion, todo es digno de temerse. ¿Parécenos que hicieron demasiado los santos? ¿pero en qué estuvo este exceso? Ninguna proporcion hay entre los trabajos de esta vida y la gloria de la ótra. *Non sunt condignæ passiones hujus temporis ad futuram gloriam.* Por grandes que sean los sacrificios que se hagan, por espantosas que sean las penitencias de la carne, por terribles que parezcan los tormentos que se padecen por la fe, siempre será mucha verdad que el cielo se nos concede por nada: *Accipiat aquam vitæ gratis.* Es error imaginar que jamás se pueda hacer demasiado. No hay santo en el cielo á quien despues de sus trabajos, despues de sus penitencias y despues de todas sus buenas obras no se le haya podido decir: *Venite, emite absque argento, et absque ulla commutatione.* Siervos fieles, tened entendido que se os da por nada la bienaventuranza eterna; no obstante el cuidado que habeis puesto en negociar con vuestros talentos, debeis confesar que fuísteis siervos inútiles. ¿Y qué serémos nosotros con una vida tan culpable y tan vacía de buenas obras? ¿en qué vendrémos á parar?

El evangelio es del capítulo 12. de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Attendite à fermento pharisæorum, quod est hypocrisis. Nihil autem opertum est, quod non reveletur: neque absconditum, quod non sciatur. Quoniam quæ in tenebris dixis-

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Guardáos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía. Nada, pues, hay oculto, que no se haya de descubrir: ni escondido, que no se haya de saber. Porque las cosas que dixísteis

tis, in lumine dicentur: et quod in aurem locuti estis in cubiculis, prædicabitur in tectis. Dico autem vobis, amicis meis: Ne terreamini ab his, qui occidunt corpus, et post hæc non habent amplius quid faciant. Ostendam autem vobis quem timeatis: timete eum, qui, postquam occiderit, habet potestatem mittere in gehennam. Ita dico vobis, hunc timete. Nonne quinque passeres væneunt dipondio, et unus ex illis non est in oblivione coram Deo? Sed et capilli capitis vestri omnes numerati sunt. Nolite ergo timere: multis passeribus pluris estis vos. Dico autem vobis: Omnis quicumque confessus fuerit me coram hominibus, et Filius hominis confitebitur illum coram angelis Dei.

en lo obscuro se dirán de dia: y lo que hablásteis á la oreja en los retretes, se publicará sobre los tejados. A vosotros, pues, amigos mios, os digo: No os amedrenteis de aquellos que matan el cuerpo, y despues de esto no pueden hacer mas. Mas yo os mostraré á quién debeis temer: temed á aquel que despues de quitar la vida tiene potestad de enviar al infierno: esto es lo que os digo: temed á éste. ¿No es verdad que se venden cinco aves por precio de dos sueldos, y con todo eso ni una de éllas está olvidada en presencia de Dios? Mucho mejor todos los cabellos de vuestra cabeza estan contados. No temais, pues, vosotros sois de mucho mas precio que muchas aves. Os aseguro, pues, que todo aquel que me reconociere delante de los hombres, le reconocerá tambien el Hijo del hombre delante de los ángeles de Dios.

MEDITACION.

Del temor de los juicios de Dios.

PUNTO PRIMERO.

Considera que son muy para temer los juicios de Dios. Temiéronlos mucho las almas mas puras, los mayores penitentes, los mas grandes santos, y tuvieron mucha razon para temerlos. *Los cielos*, dice Job, *no son puros en tu presencia.* Los que os sirven con mas fidelidad no pueden estar seguros de su perseverancia; hasta en los mismos ángeles, aquellos puros espíritus, aquellas perfectas criaturas hallaste que reprender; ¿qué será en el hombre vestido de una carne corruptible y corrompida? Vuestros juicios, Señor, exclaman los santos, son abismos que no

se pueden penetrar; son secretos incomprensibles al humano entendimiento; son caminos escondidos á los ojos mas perspicaces. ¿Quién no hubiera juzgado á Salomon incapaz de pervertirse, despues de haberle tocado por parte de su herencia no menos que una sabiduría inspirada; despues de haber vivido tantos años en la mas exâcta observancia de la ley; despues de haber sido la admiracion de tantos pueblos por su religion y por su inocencia? Y este Salomon en los dias de su senectud se precipitó en los mas enormes errores y descaminos en materia de costumbres. Es traidor á Jesucristo uno de sus mismos apóstoles. No pudo haber vocacion mas legítima que la de Judas; el mismo Salvador le llama, él mismo le instruye, él mismo le enseña, ¡y Judas le hace traicion! ¡y Judas se condena á los ojos mismos del Salvador de los hombres! ¡Ah Señor, exclama el Profeta, y quién no temerá tus juicios! San Pablo, aquel vaso de eleccion, aquel hombre arrebatado hasta el tercer cielo, aquel grande apóstol confiesa, que aunque de nada le remuerde su conciencia, con todo eso no se atreve á tenerse por justificado, sabiendo que es Dios el que le ha de juzgar. Aquellos santos anacoretas, aquellos ángeles de los desiertos, aquellos ilustres penitentes temblaban, se estremecian en la lóbrega obscuridad de sus cavernas á vista de los juicios de Dios. Despues de sesenta años de penitencia los mira Hilarion lleno de espanto; Gerónimo, atenuado y consumido al rigor de las crueldades que exerció en su cuerpo su penitente espíritu, se siente preocupado de pavor al considerar sus juicios formidables; ¡y nosotros flacos, miserables, impenitentes pecadores, vivimos tranquilos! ¿en qué se funda esta inconsiderada seguridad?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que tampoco hay cosa mas digna de temerse que los espantosos juicios de Dios. Trátase no menos que de la salvacion eterna; ¿hay negocio de mas alta consecuencia? O cielo, ó infierno; no hay medio. ¡Espantosa disyuntiva! El proceso le forma nuestro corazon, nuestras acciones y nuestra conciencia; los documentos y las probanzas se toman de nuestra vida; el juez ha de ser Dios. ¡Ah Señor, si los cielos no estan lim-

pios en tu presencia, ¿qué será de mí, que solamente soy pecado y corrupcion? Si hasta las columnas del cielo titubearon, ¿qué haré yo, paja flaca y miserable? Si el justo apenas se salva, ¿qué será del impío y del pecador? Se duerme, se aturde, se amodorra el alma en tan desconcertada vida; funesta seguridad, que domina á innumerables. No eres devoto; pero no eres impío: estás en un estado santo y perfecto; no vives con fervor, es verdad; pero tampoco te has entregado á los últimos excesos; eres hombre de bien, y moderado. Mas ¡oh santo Dios! ¿y en qué viene á parar ese cristiano, ese eclesiástico, ese religioso, ese hombre moderado cuando vos le exâminais, y le juzgais? ¡cuántos defectos que le representaba ligeros el amor propio, son gravísimos pecados á los ojos de Dios, á quien nada se le escapa! ¡cuántas paliadas injusticias en el comercio de la vida! ¡cuántas falsas preocupaciones, cuántas interpretaciones demasiadamente benignas en la inteligencia de la ley! ¡cuántas omisiones sin remordimiento! ¡cuántas conciencias voluntariamente erróneas! Ilusiones en los sistemas que cada úno se forma, ilusiones hasta en la misma devocion. ¡Oh, y cuánto hay que cumplir en todos los estados! ¡oh, y de cuántas obligaciones se dispensa! Puesto el corazon de inteligencia con las pasiones, nos hace traicion; se desconfia poco de él, y al cabo se burla de nosotros. ¡Ah Señor, y cuántos, y cuántos, cuya vida nos parecia arreglada, irreprensible, se hallarán cargados de enormes culpas en vuestra divina presencia! ¡cuántos que se representaban inocentes á los ojos de los hombres, serán objetos de horror á vuestros divinos ojos! ¡cuántas faltas en el uso de los sacramentos! ¡cuántas irreverencias en los sagrados ministerios! ¡qué cuenta tan terrible en toda especie de estados! ¡qué de obras perdidas, sin valor en las mismas que parecian buenas! ¡qué cuenta tan estrecha tendrán que dar á Dios un padre, una madre de familias, un príncipe, un magistrado, un oficial, un prelado, un hombre constituido en dignidad, un religioso, un eclesiástico! ¡ah, y con cuánta razon exclamó el Profeta: *No entres, Señor, en juicio con tu siervo, porque no hay viviente que pueda tenerse por justo en tu presencia.* En medio de eso, vi-

vimos entregados á una necia seguridad, temerariamente confiados en la bondad y en la misericordia de Dios, como si el mismo Señor no nos exhortára á estar siempre temerosos: *Timete.*

Temo, Señor, y tiemblo, sobrándome mil motivos para temblar y para temer á vista de la inutilidad, de la iniquidad de mi vida, y del abismo de vuestros profundos juicios. Pero, Señor, aunque mi temor sea justo, sea grande, sea continuo, nunca dexará de estar acompañado de una grande confianza en vuestra misericordia y en vuestra bondad.

JACULATORIAS.

Non intres in judicium cum servo tuo, Domine, quia non justificabitur in conspectu tuo omnis vivens. Salm. 142.

No entres, Señor, en juicio con tu siervo, porque ningun viviente parecerá justo en tu presencia.

Confige timore tuo carnes meas: à judiciis enim tuis timui. Salm. 118.

Penetra, Señor, mi corazon con tu santo temor; porque me estremezco considerando tus profundos juicios.

PROPOSITOS.

Bienaventurado el hombre (dice el Sabio) (*Prov.* 28.) *que siempre está temeroso.* Por eso decia el apóstol san Pedro: *Hermanos mios, trabajad con temor y con temblor en el negocio de vuestra salvacion.* Desengañémonos, que Dios piensa, y Dios juzga muy de otra manera que nosotros. Hácense en el mundo varios sistemas de conciencia á medida del antojo de cada úno, y á la sombra de éllos se vive con grande tranquilidad; pero en el juicio que Dios hace de nosotros en la otra vida no se gobierna por nuestros sistemas, ni por nuestras ideas, sino por las suyas. Palíanse con cien brillantes colores los contratos; canonízanse las decisiones con cien autoridades; no hay opinion, ni aun error que no tenga sus patronos; cada úno se forma á su modo la conciencia; pero Dios juzga por otros principios; descubre todos los se-

cretos, todos los artificios del amor propio; pone en claro, y condena todos esos misterios de iniquidad. No te precipites en ilusiones. ¿Qué se va á ganar en engañarse úno para perderse con mayor seguridad? Desconfia siempre de todo lo que lisonjea al amor propio, y al corazon humano; no te formes una conciencia voluntariamente errónea, como se la forman los mas. Si has manejado muchas dependencias y negocios; si has vivido desordenadamente, no te acobarde el caos, ni la confusion de tu estragada conciencia; toma tiempo, y hazte á ti mismo el proceso, escogiendo para eso un director íntegro y hábil; esto es, sabio y santo; expónle todo con claridad y sin artificio; pídele que te juzgue sin misericordia; y ese es el modo de que el Señor la tenga de ti. Despues que hayas hecho todo esto con puntualidad y con fervor, todavía debes vivir con un santo, pero prudente y confiado temor.

2 Este saludable temor de los altos juicios de Dios continuamente se le has de inspirar á tus hijos, á tus criados, y á todos aquellos sobre quien tienes alguna superioridad. Piensa siempre que Dios nos juzga por las reglas del evangelio, y que éstas deben ser las de tu conducta; cualquiera otro sistema es falso, y es frívola cualquiera otra autoridad. Toda decision, toda opinion que no se funde en el moral de Jesucristo, y que no tenga por principio el evangelio, es engañosa. ¿Qué se va á ganar en buscar doctores laxôs, condescendientes, tímidos, ignorantes, profetas que solo nos hablan á nuestro paladar, y que nos lisonjean? Ten siempre delante de los ojos la penetracion, la sutileza, la verdad, la extrema severidad con que Dios nos juzga; pero tu amor sea siempre filial. Aunque Dios es juez, no dexa de ser padre; sírvele con fidelidad.

DIA DIEZ Y NUEVE.

San Arsenio, solitario.

San Arsenio, honor del desierto, y una de las principales columnas de la vida anacoreta, como le apellidaba san Gerónimo, nació en Roma de padres cristianos, de familia senatoria, no menos ilustre por su antigüedad que por sus grandes riquezas. Desde niño le llevó la inclinacion al estudio de las ciencias, en que sobresalió tanto por su aplicacion, como por la delicadeza de su ingenio. No conoció los divertimientos pueriles, reduciéndose todos los suyos al estudio de las letras griegas y latinas, y desde luego se notó en él un género de piedad muy superior á sus años. Por su vida verdaderamente exemplar se movió el papa Dámaso á admitirle en el clero, ordenándole diácono de la Iglesia romana.

Sirvió este nuevo grado para dar mayor lustre á su virtud, haciéndola mas visible; de manera, que apenas se hablaba en Roma de otra cosa que de los exemplos, de los talentos y del mérito de Arsenio, á tiempo que el emperador Teodosio el Grande, cuya residencia era en la córte imperial de Constantinopla, andaba buscando por todo el imperio un sugeto dotado de las prendas y talentos correspondientes para dar la mejor educacion á su hijo Arcadio, á quien acababa de asociar en el imperio. Con este fin escribió al Papa, y al emperador Graciano, los cuales unánimemente convinieron en que no era fácil encontrar ótro mas á propósito que Arsenio. Costó trabajo reducirle á que aceptase este empleo, porque enemigo del bullicio, y de todo lo que sonaba á hacer figura en el mundo, temia los peligros de la córte, y todas sus ánsias eran por la soledad; pero le fue preciso obedecer. Recibióle Teodosio con la mayor distincion, dándole desde luego honores de senador; y llamando al príncipe Arcadio, le dixo, señalando á Arsenio: *Este es*

vuestro preceptor y vuestro padre; respetadle como á tal, pues con efecto le deberéis mas á él de lo que me debeis á mí.

Entró un dia el Emperador en el cuarto del Príncipe á tiempo que estaba dando leccion, y viendo sentado á Arcadio, y Arsenio en pie, manifestó su disgusto; pero representándole Arsenio que estando ya el Príncipe declarado Augusto, y asociado al imperio; era muy debido este respeto: mandó el Emperador á su hijo se quitase las insignias de la magestad imperial, y que mientras diese leccion estuviese el discípulo en pie, y sentado el maestro.

Todos los medios de que Arsenio se valió para que su augusto discípulo se aprovechase de sus cristianas y sabias instrucciones, fueron de poco provecho por la poca inclinacion del Príncipe á la virtud, y por la desproporcion de su escasa capacidad para las letras. Indócil, altivo, y de genio tan impetuoso como dominante, oia con impaciencia todo lo que tenia ayre de correccion ú de aviso; y habiendo sido preciso castigarle en una ocasion por cierta falta considerable, resuelto á tomar venganza, dió órden á un oficial suyo que le librase de Arsenio. Como era tan violenta para él la residencia en la córte, apenas se le dió aviso en secreto de lo que pasaba, cuando tomó la resolucion de retirarse, cuya execucion aceleró este suceso. Estaba un dia en oracion pidiendo al Señor con muchas lágrimas se dignase de darle á entender lo que debia hacer para salvarse, y oyó una voz que le decia: *Arsenio, huye de los hombres, y te salvarás.* Tomó luego su partido: disfrazóse lo mejor que pudo, salióse ocultamente de palacio, encontró una embarcacion que estaba para hacerse á la vela, metióse en élla, y navegó á Egipto antes que se le echase menos en la córte, ni se advirtiese su fuga.

Escogió el famoso desierto de Sceté, tan célebre en la historia por la multitud de penitentes anacoretas que le santificaron. Este solo primer paso de un género de vida tan contraria á la que habia tenido hasta entonces, llenó de asombro á los mas perfectos. Luego que se vió en su celda, suplicó al Señor que se sirviese manifestarle el camino que debia seguir para ser santo, y

oyó segunda vez una voz que le dixo: *Huye de los hombres, guarda silencio, y vive desconocido.* Ningun solitario practicó con mayor exâctitud esta importante leccion. Pasáronse muchos años sin que se supiese quién era. Olvidado enteramente de que era sabio, humilló su entendimiento hasta hacerle renunciar toda otra ciencia que la de la salvacion y de los santos. Encerrado en su celda, sepultó tambien en élla todos sus talentos. Invisible aun á los mismos monges, solo se dexaba ver en la iglesia, y entonces escondido tras de algun pilar. Ocupaba todo el tiempo en la oracion vocal, en la meditacion de la muerte, del juicio y de las verdades eternas, sin que las horas que ocupaba en el trabajo corporal fabricando cestillas, interrumpiese la íntima comunicacion que tenia con su Dios. Sus penitencias excedian á las de otros monges; su ayuno era continuo; su sueño de solas dos horas; su cama la dura tierra; su cabecera una piedra; y en cuanto á la observancia y distribucion de la vida monástica, ninguno era mas fervoroso, ni mas exâcto que él.

La misma admiracion que causaba á todos aquel solitario extrangero fue la ocasion de que se descubriese su persona. Ninguno ponia en duda que era algun grande personage, y muchos sospechaban si sería quizá aquel famoso Arsenio á quien el Emperador habia mandado buscar por todas partes con exquisitas diligencias. En fin, le exâminaron, le preguntaron, le apretaron, y formalmente le mandaron los superiores que declarase quién era, con lo que no pudo excusar el descubrirse. Noticioso el emperador Arcadio (que ya habia sucedido á Teodosio) del lugar donde paraba Arsenio, le escribió una carta muy expresiva dándole cierta especie de satisfaccion del modo con que le habia tratado en otro tiempo, y haciéndole magníficas ofertas; el Santo no dió mas respuesta que decir al oficial del Emperador, que nunca olvidaria á aquel Príncipe en sus oraciones; y esto fue todo cuanto le pudieron sacar.

Extendida por todo el imperio la reputacion de Arsenio, vino de Roma un oficial á traerle el testamento de cierto pariente suyo que le habia dexado por heredero universal. Preguntóle el Santo, cuándo habia

muerto aquel pariente; y respondiéndole el oficial, que aun no habia un año, replicó Arsenio: *¿Pues cómo he de ser yo su heredero, si morí mas de diez años antes que él?*

Nada fue capaz de entibiarle, ni hacerle afloxar en sus primeras resoluciones. Decíase contínuamente á sí mismo: *Arsenio, ¿qué veniste á buscar en el desierto? ¿para qué dexaste el mundo? en vano te hiciste monge si no habias de tener el espíritu de tal.* Concurrieron muchos señores de la córte con el ánsia de verle; pero no fue posible conseguir de él que los abriese la celda. Cogióle de repente en élla Teófilo, patriarca de Alexandría, acompañado de mucha gente noble, y le rogó que les dixese alguna palabra de edificacion. *Señor*, le dixo Arsenio, *¿me dais palabra de seguir el consejo que os diere? Yo te la doy*, respondió el Prelado, *en mi nombre, y en el de todos estos caballeros. Pues lo que os digo es* (continuó el Santo), *que cuando oyéreis que Arsenio está en alguna parte, no tomeis el trabajo de ir allá.*

Con mayor severidad trató á una señora romana, que expresamente hizo el largo viage desde Roma á Egipto solo por verle. Esperóle cuando volvia á su celda, y arrojándose á sus pies, le dixo el dilatado viage que habia emprendido solo por encomendarse en sus oraciones. *Mejor harias* (le respondió Arsenio encendido en una santa indignacion), *mejor harias en estarte en tu casa cuidando de la familia que Dios puso á tu cargo, y no venir á turbar la quietud de los solitarios.* Y como la señora vió que la volvia las espaldas sin hablarla palabra, exclamó llena de lágrimas: *Pues á lo menos dame palabra de que te acordarás de mí en la presencia del Señor. Todo lo contrario* (replicó Arsenio); *antes voy á pedir á Dios de todo corazon, que te borre para siempre de mi memoria.*

Quebrantada su salud al rigor de sus penitencias, cayó malo; el sacerdote, que era como el superior de los solitarios, dió órden para que se le llevase á una de las casas que estaban junto á la iglesia, y que se le dispusiese una humilde capilla con una almohada. Vínole á visitar cierto solitario, y dió muestras de escandalizarse. Preguntóle el sacerdote, qué oficio habia tenido en el si-

glo? *El de pastor*, respondió el monge: *Pues sábete*, le replicó el superior, *que este Arsenio á quien ves acostado tan pobre y tan humildemente, fue uno de los mayores señores del imperio, criado con los regalos, delicias y magnificencia de la córte, ¿y tú te escandalizas de que tenga una almohada? Considera que cuando tú te hiciste solitario, encontraste en el desierto los regalos y las conveniencias que no tenias en el siglo.*

Hicieron los bárbaros una irrupcion en el desierto de Sceté; por la cual se vieron precisados á esparcirse por diferentes partes los santos solitarios; pero luego que aquellos se alejaron, los recogió á todos san Arsenio, y con su exemplo renovó en todos el primitivo fervor. Desencadenóse contra él todo el infierno; pero en vano; aspectros espantosos, ahullidos horribles, de todo se valió para atemorizarle, y para que cobrase horror á la soledad; muchas veces le molieron á golpes los demonios; pero siempre los puso Arsenio en vergonzosa fuga con la humildad, con la confianza en Dios y con la oracion. Desde el primer dia que entró en el desierto, hasta el último de su vida, no afloxó un punto de su primer fervor. Las noches del sábado y del domingo las pasaba todas en oracion con los brazos en cruz y derramando muchas lágrimas.

Ocupábale perpétuamente el pensamiento de la muerte, tanto que visitándole el patriarca Teófilo, cuando estaba para espirar, exclamó: ¡*Dichoso Arsenio, que siempre tuvo la muerte delante de los ojos*! Ni su amor al retiro, ni su profunda humildad le impidieron nunca el recibir con mucho agrado á todos los solitarios que le venian á buscar para oir sus saludables consejos, hablándolos con tanta afabilidad, que salian enamorados; y nunca los contaba en su nombre lo que á él le habia sucedido, sino en nombre de otro tercero.

Díxolos un dia: »Cierto solitario tuvo una vision de »mucha enseñanza: estaba en oracion dentro de su celda »y oyó una voz que le dixo: Sal y verás lo que hacen »los hombres; salió y vió un etíope muy negro, que »estaba cortando leña para hacer una carga; tomóla en »peso, y viendo que no podia con élla, en vez de dis»minuirla, cortaba mas y mas leña para hacerla mas

»pesada; volvió los ojos hácia una laguna, y advirtió »que un hombre estaba sacando agua de élla á toda »priesa, la que echaba luego en una cisterna ó en un »estanque lleno de conductos, y abierto por todas par»tes, con que toda el agua se perdia; en fin, mirando »hácia otra parte vió dos hombres á caballo, que entre »los dos llevaban sobre los hombros una larga viga para »meterla en un templo; pero empeñados en que ningu»no habia de entrar primero que el ótro, iban á entrar »apareados con la viga atravesada, y no cabia por la »puerta. Entonces le explicó la voz lo que significaba »aquella vision. El que esta cortando leña, y viendo »que pesa mucho la carga, corta mas y mas leña pa»ra hacerla mas pesada, representa á los que estando »cargados de pecados, en vez de confesarse cuanto an»tes, y hacer penitencia de éllos, cometen cada dia »nuevas culpas, y hacen mas pesada la carga. El que »está sacando agua, y la echa en una cisterna rota, sig»nifica á los que trabajan mucho, y hacen tambien »buenas obras, pero sin provecho; porque las hacen »por fines torcidos, y todo lo pierden. Los dos que lle»van la viga sobre las espaldas, y no pueden entrar »con élla en el templo, son imágen viva de aquellos so»litarios vanos y presumidos, que á la verdad cargan »con todo el yugo de la religion, pero por su poca hu»mildad y rendimiento nunca entran en la Jerusalen ce»lestial."

El abad Daniel, discípulo de san Arsenio, refiere un milagro que le oyó contar, y del cual verisímilmente fue testigo el mismo Santo. Habia un solitario ya viejo, hombre inocente y muy mortificado, pero sencillo, que dexándose engañar de las sugestiones del demonio, dudaba si el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo estaba real y verdaderamente en la Eucaristía. Comunicó esta duda con otros dos solitarios ancianos, los cuales, por mas que hicieron para probarle y para demostrarle este artículo esencial de nuestra fe, nunca le pudieron convencer. Recurrieron á la oracion, y suplicaron al Señor tuviese misericordia de aquel pobre viejo. Oyólos su piedad, y el domingo siguiente, estando todos juntos en la iglesia como acostumbraban, luego que el sacerdote con-

sagró la hostia se dexó ver en élla un niño de extraordinaria hermosura. Quedó asombrado el solitario incrédulo; pero mayor fue su asombro cuando el sacerdote dividió la hostia para comulgar, y vió al mismo niño en las dos partes de élla; finalmente, acercándose el mismo viejo al altar para recibir la sagrada comunion, claramente percibió que el sacerdote tenia en la mano un bocado de carne blanca y fresca, la que volvió á su figura ordinaria de pan cuando abrió la boca para recibirla. Con esto reconoció el buen viejo su falta, detestóla, avivó su fe, y se mantuvo en élla. Así refirió este caso san Arsenio.

Pero quebrantada mas y mas su salud á la continuacion de sus trabajos y al rigor de sus penitencias, conoció que se acercaba su fin, y doblando su devocion y su fervor, hizo extraordinarios esfuerzos para purificar su conciencia. Nunca resplandeció mas su humildad que en aquel último momento; declaró á sus discípulos y á todos los solitarios que estaban presentes, el vivo deseo que tenia de que su cuerpo estuviese tan escondido á la noticia de los hombres despues de su muerte, como habia siempre anhelado que lo estuviese durante su vida; y así los ordenó que le enterrasen sin aparato y sin pompa en algun lugar desconocido y retirado. Cuando llegó la última hora, vieron todos con asombro á aquel gran siervo de Dios todo estremecido y espantado con la cercanía del juicio de Dios; pero calmaron luego estos temores, y llena su alma de consuelos, alentada con la dulce confianza en el Señor, espiró tranquilamente el dia 19 de julio del año 445, á los noventa y cinco de su edad.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Arsenii commendet, ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, que nos haga gratos á vuestra divina Magestad la intercesion del bienaventurado Arsenio, para que consigamos por su intercesion lo que no podemos esperar por nuestros merecimientos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 45. de la Sabiduría, y la misma que el dia XII, fol. 187.

NOTA.

„En esta admirable obra junta el autor del Eclesiástico una multitud de máximas y de instrucciones para todos los estados y condiciones del hombre. No se ciñe precisamente á lo moral, extiéndese tambien á lo civil y á lo político; habla con todo género de personas, y se atempera á sus diferentes necesidades."

REFLEXIONES.

Será siempre bendita su memoria. Este es el privilegio especial de la virtud cristiana, inmortalizar sus héroes, hacer su memoria respetable á todas las edades. Cualquiera otro título es insuficiente para juntar la bendicion con la inmortalidad. Nacimiento ilustre, empleos elevados, genios superiores, sabiduría inmensa, obras exquisitas, hazañas grandes, empresas gloriosas, nombre augusto, todo aquello que ocupa lugar en la historia, todo sirve de monumento á la posteridad para acordarse de cuando en cuando de lo que fueron algunos hombres; pero nada de eso basta para merecer la veneracion de los pueblos. Solamente de aquellas grandes almas que se distinguieron por su profunda humildad, por su encendido amor de Dios, por su pureza, por su caridad y por su zelo; solamente de los santos se puede decir con verdad, que su memoria es en bendicion. Pregunto, ¿qué veneracion se tiene á los Alexandros, ni á los Césares? ¿qué respeto á aquellos sabios, á aquellos héroes, á aquellos príncipes, cuyas menores faltas se publican, y acaso se exâgeran, de quienes parece que solo hace mencion la historia para eternizar sus vicios? Esto sin hablar de un inmenso número de hombres ilustres, de hombres verdaderamente grandes, sepultados en un eterno olvido, que ni se sabe si hubo tales hombres en el mundo. No sucede así con la virtud cristiana: ennoblece todas las condiciones; da verdadero mérito á las personas; élla sola vale por todas las dignidades; es indeleble el esplendor que imprime en las acciones mas ordinarias, y se abre camino por la obscuridad del naci-

miento mas humilde y de la vida mas retirada. ¿Quién se hubiera jamás acordado con admiracion, con veneracion, con los afectos mas respetuosos, mas llenos de confianza, de los que hoy son digno objeto de nuestros reverentes cultos? ¿quién tendria nunca noticia de que habia exîstido un Alexo, un Isidro, una pastora llamada Genofeva, si por su santidad no se hubieran distinguido entre la muchedumbre? ¿qué papel harian hoy en la estimacion de los hombres los Enriques, los Luises, los Fernandos, los Eduardos, los Canutos? El mismo que hacen tantos otros emperadores, reyes y soberanos que ocuparon los mismos tronos; y los nietos de sus propios vasallos por lo general no saben ni aun siquiera que exîstieron. Desengañémonos, solamente la virtud cristiana, la inocencia y la santidad inmortalizan la memoria, haciendo que se conserve en bendicion.

El evangelio es del cap. 19. de san Mateo, y el mismo que el dia XVII, fólio 305.

MEDITACION.

De la fuga del mundo.

PUNTO PRIMERO.

Considera que esto que se llama mundo, el mundo, digo, que exerce un dominio tan despótico y tan tirano en los entendimientos y en los corazones, hablando con propiedad, no es otra cosa que ese bullicioso atropellado conjunto de hombres de diferentes genios y de diversos gustos, los cuales no acomodándose con las máxîmas de Jesucristo, solo tienen por fin sus intereses, por regla sus pasiones, por objeto de todos sus anhelos los bienes, las honras y los gustos de esta vida: gentes en quienes por lo comun no se halla otro mérito que el arte de engañar; entre los cuales aquellos se reputan por mas hábiles, que saben aprovecharse mejor de las desgracias agenas; aquellos se consideran mas dichosos, que tienen mayor maña para disimular las propias; es una secta, por decirlo así, compuesta de unos hombres, que por la mayor parte no se conocen los únos á los ótros, y cuando se llegan á conocer,

entonces recíprocamente se desprecian; en la cual todos hacen profesion de no ser devotos; y á favor de esta confesion se juzgan con derecho para burlarse impunemente de los que son; para hacer necia chacota de todo lo que suena á piedad; para hacer vanidad de sus desórdenes; y en fin, para no tener religion, sino por bien parecer. En élla reyna la simulacion universal, siendo ésta la basa sobre que se levantan todas esas brillantes y pomposas apariencias. Tribútanse los únos á los ótros mil lisonjeras alabanzas, al mismo tiempo que con una risita mofadora se hace burla de los simples que las creen. La rectitud y la buena fe se miran como virtudes de mentecatos; la docilidad y la devocion se tienen por pruebas de genios apocados, las máxîmas dominantes todas son opuestas á la verdadera sabiduría, todas contrarias á la salvacion. Este es el grande, el bello mundo, que presume ser árbitro de la fortuna de los hombres, y si se le ha de creer á él, dueño absoluto de la humana felicidad. ¿Y será posible que hombres cristianos, hombres de razon amen tan ciegamente á este profano mundo hasta el exceso de hacerse viles esclavos suyos? ¡O buen Dios, qué baxeza, qué miseria la de servir á un amo tan indigno de mandarnos, que jamás ha hecho, ni jamás podrá hacer sino infelices y desdichados á todos los que le sirven! ¿Hallóse nunca, ni siquiera un solo hombre que á la hora de la muerte, en aquella hora en que se hace juicio cabal de todas las cosas, se hubiese dado el parabien de haber seguido las máxîmas del mundo, tan contrarias á las máxîmas de Jesucristo? ¡Cosa extraña! se confiesa sin dificultad que todo es desdicha en el servicio del mundo, que es imposible ser inocente, que es imposible salvarse siguiendo sus máxîmas; y con todo eso se siguen.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que hay entre los cristianos un mundo enemigo del cristianismo y condenado por el mismo Jesucristo. Este es aquel mundo que no conoce á Dios, segun dice san Juan; que aborrece al Hijo de Dios, como se queja el mismo Salvador: *Mundus me priorem vobis odio habuit.* Este mundo, aunque en la apariencia es cristiano, tiene

al demonio por príncipe y por cabeza: compónese únicamente de los precítos, y es aquel de quien dixo Jesucristo, que no tenia parte en sus oraciones, porque no se queria aprovechar de éllas: *Non pro mundo hoc rogo.* Aquel mundo que el mismo Salvador venció en la cruz, contra el cual declamaron todos los santos, y él por su parte á todos los persiguió. Ser de este mundo y ser del número de los réprobos: amarle y declararse enemigo de Dios, es una misma cosa: *Quicumque voluerit esse amicus sæculi hujus, inimicus Dei constituitur*, dice el apóstol Santiago. ¿Pues habrá por ventura en qué deliberar, si se ha de huir ó no un mundo tan réprobo? No pide Dios á todos los fieles el mismo valor, ni la misma virtud que tuvo un san Alexo; son esos unos prodigios de la gracia que se obran raras veces. A ninguno impone Dios la obligacion de abandonar el poblado y retirarse á un desierto; ni la de dexar el mundo y abrazar la vida religiosa; pero es indispensable obligacion de todo cristiano seguir las máxîmas de Jesucristo, tan contrarias á las máxîmas y al espíritu del mundo; es obligacion de todo cristiano que vive en medio de él renunciar enteramente su espíritu; perpétuamente ha de estar alerta contra todos sus lazos y artificios; pocos halagos suyos hay que no estén emponzoñados; son menester muchos preservativos para librarse de su contagio; se ha de vivir en medio del mundo como en pais enemigo. Esos peligros de la salvacion tan frecuentes, tan dignos de temerse, de que está sembrado el mundo, esos son los que poblaron los desiertos y los claustros. ¡Y nada tendrán que temer los que se quedaron dentro del mundo! ¡y se podrán familiarizar con sus máxîmas sin riesgo y con seguridad! ¡y esperarán conseguir la salvacion viviendo una vida mundana!

No, mi Dios, no es posible servir á dos señores; y por tanto yo no los quiero servir. El mundo, este mundo que vos habeis condenado, es vuestro enemigo; tambien lo será mio de hoy en adelante. No, no tendrán ya autoridad en mi estimacion sus perniciosas máxîmas. Vos, Señor, sois mi único y mi divino dueño, y de hoy mas no serviré á ótro.

JACULATORIAS.

Averte oculos meos ne videant vanitatem : in via tua vivifica me. Salm. 118.

Aparta, Señor, mis ojos de las frívolas vanidades de que está atestado este mal mundo, y hazme andar por el camino que guia derecho á ti.

Verumtamen universa vanitas, omnis homo vivens. Salm. 38.

Verdaderamente que todo cuanto hay en este mundo es vanidad.

PROPOSITOS.

Es el mundo un teatro donde los hombres se burlan los únos de los ótros. Aquel está representando al público una escena ridícula, y piensa que todo el mundo le admira. No pocas veces aquellos que miran con cierto género de lástima y de desprecio á los demas, son éllos mismos los mas despreciables y efectivamente los mas menospreciados. En comenzándose á conocer el mundo, ya no se hace caso de él; pero la lástima es que por lo comun se han andado ya muchas jornadas antes de caer en cuenta, y de conocer cuál era el camino mas derecho. Muchos no comienzan á desviarse del mundo, hasta que el mismo mundo se desvia de éllos; ótros se van tras de él, cuando él los vuelve las espaldas. Horrorízate y avergüénzate de semejante flaqueza; conocer al mundo y amarle, ciertamente es especie de locura. Si te fixó la Providencia en el mundo, consérvate en él sin ser mundano; vive dentro de él sin que se te pegue su espíritu, ni hacerte parcial de sus máximas. Haz igual desprecio de estar en su amistad, que de estar en su desgracia. No te hagas esclavo de sus modas extravagantes. Sé enhorabuena atento, cortesano, bien criado, y cumple con todas las obligaciones de la urbanidad; pero muéstrate en todo buen cristiano, y haz gloriosa profesion de parecerlo.

2 Huye de todas las concurrencias mundanas, en que reyna con imperio el espíritu mas refinado del mundo, y en que éste despliega lo mas halagüeño y lo mas peli-

groso que tiene. En éllas nunca está á cubierto la inocencia, y la virtud mas bien pertrechada pierde siempre mucho de sus derechos y de su lustre. Dícese que los mozos deben ver el mundo; pero si ese mundo es contagioso, si está lleno de lazos; si el comercio con el mundo corrompido es fatal escollo de la inocencia, ¿será buena escuela para la gente moza? Haz á tus hijos las pinturas mas vivas que pudieres de este señor imaginario, hasta que toquen con la mano la vanidad, la falsa brillantez, la nada de este ídolo á quien solamente los necios y los disolutos doblan la rodilla, ofrecen votos y queman incienso. Una madre cristiana nunca debe permitir que sus hijas frecuenten esas escuelas de profanidad y disolucion. ¡Qué desórden es el ver dentro de éllas á personas consagradas á Dios y tal vez á los mismos sacerdotes! Hasta en las casas religiosas se suele insinuar el espíritu del mundo. Despues de haberse hecho tanto ruido para dexarle, hay quien todavía le llama á su retiro. Si abrazaste el estado religioso, estímate feliz por verte distante de Babilonia: triste de ti si todavía conservas inteligencia con sus habitadores. No basta que un religioso haya dexado el mundo, es menester que pierda hasta su memoria.



☞ DIA DIEZ Y NUEVE.

Santa Justa y Rufina, vírgenes y mártires.

Sevilla, ciudad ilustre entre las que ennoblecen á España, tanto por los ricos dones con que la enriqueció la naturaleza, como por las virtudes morales en que en todos tiempos han resplandecido sus ciudadanos, tiene la gloria de haber sido fecunda madre de santos, que han ilustrado la Iglesia, no solamente con su santa vida, sino tambien con su sabiduría y con su sangre. Sin hacer cuenta de las falsas glorias que la han atribuido los

modernos cronicones, las tiene tan verdaderas, que desde el principio del cristianismo hasta el presente hay pocas ciudades en España que la igualen, y ninguna que la exceda. Su silla fue ocupada de los mas santos y sabios prelados que tuvo nuestra Iglesia; sus contornos habitados de monges penitentes, que con la disciplina religiosa juntaban el cultivo de las letras; y últimamente, sus calles fueron regadas diferentes veces con la preciosa sangre de los mártires de Jesucristo.

Entre éstos tienen el lugar primero y mas distinguido las santas vírgenes y mártires Justa y Rufina, espejos de castidad, testigos invencibles de la religion del Crucificado, é inmortal gloria de su patria y de toda España. No las dotó el cielo de aquellos bienes naturales que tanto dominan el corazon de los hombres. Honras y riquezas, aquellos dos exes sobre que rueda igualmente el corazon humano, se las negó el cielo, concediéndoles otros bienes menos ruidosos, pero de provecho mas seguro. Sus padres eran pobres, y de la clase ordinaria del pueblo; pero Dios los habia prevenido con las bendiciones de su gracia, llamándolos á la religion de Jesucristo, y esclareciendo su entendimiento con las luces hermosas de la fe. Tenian el oficio de alfarero, manteniendo su vida con el sudor de su rostro, haciendo vasos de barro con que ganaban el sustento. Estaba á la sazon Sevilla en poder de idólatras, que tales eran los romanos, cuya dominacion sufrian. No solamente prevalecia en esta ciudad el rito supersticioso que se tributaba á las mudas obras de los hombres, sino que ademas dominaban todos los vicios como en ciudad rica y opulenta, y que á los incentivos de corrupcion que habian traido á élla sus conquistadores, añadia la proporcion con que la habia dotado la misma naturaleza. Conservábanse las dos benditas hermanas en medio de la contaminacion de la santidad y pureza de costumbres en que las habian criado sus padres, practicando con la mayor exâctitud las máxîmas del evangelio. Todo su cuidado le empleaban en su propia santificacion y en el beneficio de sus próximos. Vendian los vasos de tierra sin perjudicar jamás á la justicia, no pretendiendo enriquecerse adquiriendo unos bienes tan perecederos y falibles como la misma fortuna, sino úni-

camente sustentar su vida con la honestidad y templanza que prescribe la santa religion que profesaban. Exercitábanse en las obras de piedad y misericordia, repartiendo con mano larga á los pobres lo que les sobraba despues de su honesto mantenimiento.

Así vivian estas dos Siervas de Jesucristo, labrándose una corona de merecimientos en medio de una ciudad de idólatras, cuando llegó el tiempo en que éstos celebraban la fiesta de la diosa Salambo. Con este nombre significaban á Venus cuando la daban culto en memoria de la muerte de Adonis.

Hacíase esta fiesta con gran pompa y aparato, llevando las mugeres nobles en sus hombros el ídolo de la diosa por las calles de la ciudad, acompañadas de una gran comitiva, que con tristes gemidos y ademanes de dolor significaban el que tuvo la diosa Venus en la muerte de su enamorado. Semejante supersticion traxeron á Sevilla las gentes del Oriente que se establecieron en España, trayendo consigo un rito, que segun Lampridio, llegó tambien á contaminar á Roma, pues afirma que Heliogábalo ofreció sacrificios á Venus, segun la costumbre de los sirios, entre quienes se celebraba principalmente esta deidad con el nombre de Salambo. Al tiempo que iban por las calles con el ídolo de la diosa pedian á las gentes que encontraban limosna para costear la festividad, y hacer mas solemnes y magníficos los sacrificios. Llegaron, pues, á la tienda de las dos santas Hermanas; y habiéndolas pedido que concurriesen con sus ofrendas á la profana festividad, las Santas lo rehusaron. Como estaban bien instruidas en la religion cristiana, sabian que no les era lícito cooperar por su parte á aquellos inmundos sacrificios, ni hacerse participantes de la idolatría con que aquellas mugeres adoraban á la diosa. Respondieron, pues, que éllas no adoraban sino á un solo verdadero Dios, criador de los cielos y de la tierra, y á su Hijo Jesucristo, que se habia hecho hombre para libertar al género humano de las cadenas de la culpa: que aquel ídolo que traian con tanta pompa y festejo, y á quien tributaban sus adoraciones, era insensible, sin vida ni virtud alguna, y obra solamente del demonio, digna de desprecio y abominacion. Al oir estas razones

se sobresaltaron de manera las mugeres que llevaban el ídolo, y se indignaron con tanta furia, que dexaron caer de sus hombros el simulacro, con cuyo golpe rompieron gran parte de las basijas que formaban el caudal de las Santas. Estas, movidas menos de la pérdida que padecian que del horror de ver en su casa el ídolo, le cogieron con sus manos, y arrojándole con desprecio, le hicieron muchos pedazos. Esta accion conmovió á todos los gentiles, tanto hombres como mugeres, quienes viendo abatido y destrozado el objeto de sus festividades y adoraciones, se lamentaron tristemente, y encendidos en furor comenzaron á clamar que Justa y Rufina eran unas mugeres sacrílegas, que debia executarse en éllas una horrorosa venganza; y que el infame atentado que acababan de cometer las constituia reas de muerte la mas cruel y afrentosa.

Estas voces se difundieron de tal modo, que llegaron á oidos del presidente de Sevilla, que á la sazon era un tal Diogeniano. Las quejas le parecieron tan justas, y la accion de las Santas tan digna de castigo, que inmediatamente dió decreto para que las prendiesen. Vivian las dos virtuosas hermanas fuera de la ciudad, cerca del rio, enfrente de la antigua puerta de Triana, en donde se edificó un hospital, que en el año de 1584 fue reformado juntamente con ótros. Executóse inmediatamente el decreto de la prision, y traidas delante del Juez, las hizo éste el interrogatorio segun costumbre, exponiéndolas la temeridad de lo que habian executado, preguntándolas de su religion, proponiéndolas grandes tormentos si persistian en élla, y grandes recompensas si la abjuraban y ofrecian incienso á las deidades de la gentilidad.

Las Santas, firmes en la fe que habian profesado en el bautismo, detestaron con valor las inícuas propuestas del Presidente, certificándole de que estaban prontas á derramar su sangre por la confesion de Jesucristo. Persuadióse el Presidente que aquella constancia mugeril no tendria tanta fortaleza y estabilidad, que permaneciese en el rigor de los tormentos; y así, mandó que las pusiesen en el ecúleo, y las escarnificasen con garfios de hierro. Executóse el decreto, y entre los dolores de tormento tan cruel, no solamente perseveraban constantes en

la fe que antes habian confesado, sino que á proporcion que se aumentaban las penas y la crueldad de los verdugos, crecia tambien la fortaleza de sus ánimos; de modo, que se advertia una alegría celestial en los rostros de las santas Vírgenes. Viendo el Juez que todos sus tormentos eran inferiores á la constancia de las santas Mártires, y que éstas veian con indiferencia correr la sangre de sus virginales cuerpos, y lacerar sus miembros con los garfios, juzgó que por entonces no podia sacar algun partido, ni contrastar su firmeza. Tomóse tiempo, conceptuando que la lentitud de las penas encontraria algun momento favorable en que pudiese vencer los corazones de las Santas, y moverlas á abandonar la religion de Jesucristo, y adorar á los dioses. Con esta persuasion mandó volverlas á la cárcel, y que allí fuesen atormentadas, no solamente con la lobreguez, sino con la hambre, para que debilitadas las fuerzas del cuerpo, decayesen tambien las del espíritu, que tan robustas é invencibles se habian manifestado. Todos los consejos de la prudencia humana son débiles y falaces contra los designios y operaciones de la divina Providencia, y contra los auxîlios con que la gracia divina fortalece á los elegidos. En medio de los horrores de un calabozo, y entre las penosas aflicciones de la hambre y sed se mantuvieron las Santas con la misma constancia que antes habian manifestado, recibiendo del cielo unos gozos inefables que las sustentaban mas vigorosamente que todos los terrenos alimentos.

Entretanto el astuto Presidente, no pudiendo persuadirse á que en los pechos de dos mugeres débiles pudiese caber la fortaleza necesaria para superar todos los ardides de la crueldad, meditaba nuevos modos de atormentar á las Santas, creyendo que al fin cederian de la que juzgaba obstinacion, y abrazarian el partido que las habia propuesto. Con este pensamiento, teniendo precision de pasar á un lugar de Sierra Morena, mandó que le siguiesen las dos hermanas á pie descalzo con el resto de su comitiva. Esta operacion imaginaba que podria surtir un grande efecto. Las Santas se hallaban sumamente debilitadas por la sangre que habian vertido en el tormento de los garfios; la hambre y sed habian aumentado

la flaqueza de sus fuerzas corporales; un viage penoso y acelerado las habia de ocasionar una nueva é insoportable fatiga; los caminos ásperos y fragosos habian de lastimar sus pies hasta llegar á ensangrentarlos; todo el conjunto de penosas circunstancias le prometian una segura victoria. Pero Justa y Rufina, encendidas del amor de Jesucristo, y fortificadas con su divina gracia, sufrieron este nuevo tormento con una fortaleza nada inferior á la que habian mostrado en el ecúleo. Cada paso que daban las aumentaba el gozo de padecer por la fe de aquel Señor que caminó al monte Calvario cargado con los pecados del mundo. Los caminos que para el Presidente y su comitiva estaban cubiertos de asperezas y fragosidades, les parecian á las Santas sembrados de rosas y de flores. Conoció, pues, el Presidente la inutilidad de sus astucias, y así mandó que las volviesen á la cárcel de Sevilla, en donde estuviesen aherrojadas con el tormento, ademas de la lobreguez y de la inedia. La vírgen santa Justa, oprimida de un tormento tan terrible, llegó á perder las fuerzas y debilitarse tanto, que exhaló su purísimo espíritu, recibiendo á un mismo tiempo las dos coronas de vírgen y de mártir. Luego que llegó á noticia del Juez la muerte de santa Justa, mandó que echasen su cadáver en un pozo profundo que habia en la misma cárcel, para impedir de este modo que los cristianos le tributasen aquellos honores que sabia solian dar á los que morian en defensa de su religion. En el sitio que ocupó antiguamente esta cárcel se edificó despues el convento de la santísima Trinidad, en donde se conserva todavía una cueva dividida en dos ramales, y en el extremo del uno exîste el pozo, cuya agua beben los sevillanos con mucha fe por los beneficios que con élla han experimentado en sus enfermedades. En este mismo sitio, cuyo horror sirvió de tormento á las dos santas Hermanas, ha edificado despues la piedad un altar en honor suyo, en donde su nombre es bendecido. El obispo de Sevilla que habia entonces, llamado Sabino, apenas supo la muerte de la Santa, y la determinacion del Presidente, procuró por todos los medios posibles sacar el sagrado cuerpo del pozo, y darle honorífica sepultura, como en efecto lo consiguió. Fue enterrado este precioso tesoro en el cemente-

rio que para este efecto habia arrimado á la ciudad, en donde llaman hoy Prado de santa Justa, no lejos de sus muros por la parte del Nordeste. Con la falta de su hermana quedó santa Rufina en algun modo entristecida, porque mútuamente se animaban á la constancia en el martirio; pero al mismo tiempo se confortaba su corazon considerando la inmarcescible corona de la gloria que ya gozaba su hermana en premio de unos tormentos tan pasageros.

Viendo el Tirano que Rufina habia quedado sola, y contemplando que sería mas fácil vencerla que cuando estaba acompañada, determinó acometer su constancia con nuevos tormentos. Mandóla llevar al anfiteatro, y echarla un leon furioso, con el designio de que ó la Santa se amedrentase y mudase de parecer, ó de que en caso contrario pagase su tenacidad despedazada entre las sangrientas uñas de la fiera. Executóse así, ¡pero ó maravillas de la divina Omnipotencia! cuando todos esperaban que el feroz leon despedazase en un momento á la santa Vírgen, olvidado el bruto de su natural ferocidad, se llegó á la Santa blandiendo la cola, y manifestando mas blandura de condicion que la que tenian los hombres. Sobresaltáronse de admiracion cuantos asistian al espectáculo, y encendióse en rabiosa cólera el inícuo Presidente viendo frustrados sus designios. Mandó á los verdugos que allí mismo la quitasen la vida, lo cual se executó rompiéndola el cerebro y el cuello, en cuyo tormento entregó su alma al Criador. No contenta con esto la ira de Diogeniano, determino que quemasen el sagrado cadáver, para que así como el de su hermana habia sido subtraido á la veneracion de los fieles echándola en un pozo, de la misma manera se lograse igual efecto con el de santa Rufina por medio del fuego. Pero el obispo Sabino venció con su piedad la malignidad del Presidente; pues recogiendo las cenizas las dió honorífica sepultura en el mismo sitio en que estaba depositada santa Justa. Sucedió el glorioso martirio de estas dos Santas á 17 de julio del año de 287. Los fieles las tributaron desde luego culto como á mártires, segun se prueba del códice Veronense, y de los templos antiquísimos dedicados á Dios con la advocacion de estas santas Vírgenes y Mártires.

Los breviarios antiguos testifican que san Leandro fue enterrado en el templo que estas dos Santas tenian en Sevilla. El de santa Justa es famoso y antiquísimo en Toledo, y el primero entre todos los muzárabes. Son celebradas igualmente estas Santas en otras muchas ciudades de España; pero aunque en lo antiguo tuvieron su rezo propio, no solo en nuestra Península, sino tambien en la Galia Narbonense, con el decurso de los tiempos se habia resfriado en parte este culto, hasta que insinuando el Rmo. P. M. Florez al señor conde de Mejorada don Gerónimo Ortiz de Sandoval lo extraño que era no verse en el breviario de España la memoria de estas Santas, se hicieron las correspondientes diligencias, y á peticion del Rey católico concedió la Silla apostólica que se celebre en todos sus dominios su festividad con rito doble y en el obispado de Sevilla con oficio de primera clase, y con octava. Fernando el Grande, rey de Leon, intentó que se trasladase el cuerpo de santa Justa á esta ciudad en tiempo que Sevilla estaba dominada de moros. Envió para este efecto al obispo de Leon Alvito, acompañado de Ordoño, obispo de Astorga, del conde Munio y muchos soldados; pero en una vision que tuvo Alvito le fue dicho, que la vírgen y mártir santa Justa debia quedar por voluntad de Dios para el amparo y proteccion de Sevilla.

La misa es en honor de las Santas, y la oracion la siguiente.

Deus, qui virtutem tuam in vasis fictilibus, etiam fragilis sexus, recondens, sanctis virginibus, et martyribus tuis Justæ et Ruffinæ mirabilem fidei constantiam tribuisti; da nobis earum patrociniis in tui amore perseverare, et ad cœlestem coronam pervenire: Per Dominum nostrum...

O Dios, que depositando tu virtud en vasos de barro, aun de frágil sexô, distes una admirable constancia en la fe á tus santas vírgenes y mártires Justa y Rufina; concédenos por su intercesion que perseveremos en tu amor, y que merezcamos llegar á la corona eterna que nos teneis prevenida: Por nuestro Señor...

La epístola es del capítulo 7. de la primera del apóstol san Pablo á los corintios.

Fratres: De virginibus præceptum Domini non habeo: consilium autem do, tanquam misericordiam consecutus à Domino, ut sim fidelis. Existimo ergo hunc bonum esse propter instantem necessitatem, quoniam bonum est homini sic esse. Alligatus es uxori? noli quærere solutionem. Solutus es ab uxore? noli quærere uxorem. Si autem acceperis uxorem, non peccasti. Et si nupserit virgo, non peccavit. Tribulationem tamen carnis habebunt hujusmodi. Ego autem vobis parco. Hoc itaque dico, fratres, tempus breve est: reliquum est, ut et qui habent uxores, tanquam non habentes sint: et qui flent, tanquam non flentes: et qui gaudent, tanquam non gaudentes: et qui emunt, tanquam non possidentes: et qui utuntur hoc mundo, tanquam non utantur: præterit enim figura hujus mundi. Volo autem vos sine sine sollicitudine esse. Qui sine uxore est, solicitus est quæ Domini sunt, quomodo placeat Deo. Qui autem cum uxore est, solicitus est quæ sunt mundi, quomodo placeat uxori, et divisus est. Et mulier inupta, et virgo cogitat quæ Domini sunt, ut sit sancta corpore et spiritu in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos: En órden á las vírgenes, yo no tengo precepto del Señor; pero doy consejo como que he conseguido del Señor misericordia para ser fiel. Creo, pues, que esto es un bien, atendida la necesidad que urge, porque al hombre es bueno el estarse así. ¿Estás ligado á una muger? no pretendas soltura. ¿Estás suelto de la muger? no busques esposa. Pero si tomares muger no pecaste. Y si una vírgen se casare, no pecó; con todo eso, éstos padecerán la tribulacion de la carne. Pero yo no hablo de vosotros. Lo que digo, hermanos, es esto: el tiempo es breve; resta, pues, que los que tienen mugeres sean como aquellos que no las tienen: y los que lloran como aquellos que no lloran: y los que se alegran como aquellos que no se alegran: y los que compran como aquellos que no poseen: y los que usan de este mundo como aquellos que no usan, porque se desvanece la figura de este mundo. Quiero, pues, que vosotros esteis sin inquietud. El que está sin muger tiene solicitud por las cosas del Señor, de cómo agradará á Dios. Pero el que está con muger tiene solicitud por las cosas del mundo, de cómo agradará á la muger, y está divido. Y la muger soltera, y la vírgen piensa en las cosas del Señor, para ser santa en el cuerpo y en el espíritu en nuestro Señor Jesucristo.

REFLEXIONES.

Una de las virtudes mas necesarias para conseguir la perfeccion de la vida cristiana es el despego y abandono de las cosas temporales. Esto es por lo que clama mas frecuentemente el evangelio. Esta virtud es la mas recomendada en los libros sagrados, y por la que unidos los varones apostólicos en sus sentimientos han clamado contínuamente en sus sermones y discursos. San Pablo en la epístola de este dia, despues de haber recomendado á los corintios la virtud de la virginidad, dirige su persuasion á hacerlos ver que para conseguirla deben estar hechos cargo de que este mundo no es otra cosa que una apariencia, una ilusion, una fantasma. Así les exhorta á que aquellos que estan cansados se porten de tal modo en el arreglo de sus afectos y en la templanza de sus costumbres, como si no lo estuvieran. A los que padecen alguna persecucion ó vayven de la fortuna, de manera que el natural sentimiento les bañe los ojos en lágrimas, les exhorta á recibirlo con resignacion é indiferencia. Lo mismo les dice á los que disfrutan las delicias mundanas, á los que poseen bienes de fortuna, y últimamente, á los que entregados á los pasatiempos y bienes que ofrece el mundo, parece que le han hecho único objeto de sus deseos. A todos clama que tengan entendido que nada de esto es durable, que pasa la figura y apariencia de este mundo, y de consiguiente que solo se puede esperar estabilidad y firmeza en el seno de la virtud.

Con cuánta razon diga el Apóstol todas estas sentencias, y cuánta verdad sea la de esta doctrina, lo percibirá cualquiera que desembarazado de las preocupaciones de los sentidos, reflexîone en sí mismo los instantes de felicidad que ha tenido mientras no ha seguido el estandarte de la virtud. Los bienes de fotuna, los grandes empleos, las honras y las dignidades aun cuando se administran justamente, no hacen otra cosa que dividir el espíritu del hombre. El deseo de agradar á Dios, la necesidad de cumplir sus preceptos, y los medios necesarios para verificar esta obligacion le llaman por una parte. Dios por sí mismo es un objeto mucho mayor, y de

infinita mas extension que todos los afectos y facultades de nuestra alma. En él se emplean dignamente, y cuando una vez se llega á probar aquel inmenso torrente de delicias, se acongoja el espíritu si se ve por otra parte precisado á separarse de éllas, aunque sea por breve tiempo. La atencion á aquellos cuidados y cargos que traen consigo las dignidades, las honras y la recta administracion de los bienes de fortuna hace que el alma se distraiga de la pura contemplacion de su Dios. Por esto dice san Pablo que el que está casado tiene precision de atender á las obligaciones del matrimonio, piensa en complacer á su esposa, y en cierta manera tiene dividido su espíritu. Esta doctrina fue la que pobló los desiertos de anacoretas y los monasterios de monges. Persuadidos de la falibilidad de las cosas del mundo, y conociendo que no tenemos en él patria estable, sino que hemos sido criados para habitar en la celestial Jerusalen, miraron con un santo desprecio todos los bienes aparentes que en sí encierra. Sus almas instruidas por la sublime filosofía del evangelio, y fortalecidas con la gracia de Jesucristo, llegaron á emprender aquellas acciones heróicas que tanto han dado que admirar á los partidarios del mundo. Pero todo ello es una consecuencia precisa de estar firmemente persuadidos á que el despego y desprecio de las cosas temporales es una de las virtudes mas necesarias para la perfeccion de la vida cristiana.

El evangelio es del cap. 25. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Simile erit regnum cælorum decem virginibus; quæ accipientes lampades suas, exierunt obviam sponso, et sponsæ. Quinque autem ex eis erant fatuæ, et quinque prudentes: sed quinque fatuæ, acceptis lampadibus, non sumpserunt oleum secum: prudentes vero acceperunt oleum in vasis suis cum lam-

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos esta parábola: Será semejante el reyno de los cielos á diez vírgenes, que tomando sus lámparas salieron á recibir al esposo y á la esposa. Pero cinco de éllas eran necias, y cinco prudentes; mas las cinco necias, habiendo tomado las lámparas, no llevaron consigo aceyte; pero las prudentes tomaron aceyte en sus vasijas juntamente con las lám-

padibus. Moram autem facientes sponso, dormitaverunt omnes et dormierunt. Media autem nocte clamor factus est: Ecce sponsus venit, exite obviam ei. Tunc surrexerunt omnes virgines illæ, et ornaverunt lampades suas. Fatuæ autem sapientibus dixerunt: Date nobis de oleo vestro: quia lampades nostræ extinguuntur. Responderunt prudentes, dicentes: Ne forte non sufficiat nobis, et vobis; ite potius ad vendentes, et emite vobis. Dum autem irent emere, venit sponsus: et quæ paratæ erant, intraverunt cum eo ad nuptias, et clausa est janua. Novissime vero veniunt, et reliquæ virgines, dicentes: Domine, Domine, aperi nobis. At ille respondens, ait: Amen dico vobis, nescio vos. Vigilate itaque, quia nescitis diem, neque horam.

paras. Y tardando el esposo, comenzaron á cabecear, y se durmieron todas; pero á eso de media noche se oyó un gran clamor: Mirad que viene el esposo, salid á recibirle: entónces se levantaron todas aquellas vírgenes, y adornaron sus lámparas. Mas las necias dixeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceyte, porque se apagan nuestras lámparas. Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que no baste para nosotras y para vosotras; id mas bien á los que lo venden, y comprad para vosotras. Pero mientras iban á comprarlo, vino el esposo, y las que estaban prevenidas, entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al fin, llegan tambien las demas vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Y él las reponde, y dice: En verdad os digo, que no os conozco. Velad, pues, porque no sabeis el dia ni la hora.

MEDITACION.

Sobre la moderacion de los afectos.

PUNTO PRIMERO.

Considera la obligacion que tiene todo cristiano de moderar sus afectos, que no es menos que la misma que le obliga á evitar los pecados.

Los afectos del alma, perturbados despues del pecado original, se desvian del fin á que debian enderezarse si la naturaleza hubiera permanecido con aquella integridad y rectitud con que fue criada por Dios. Así, aunque los afectos no son pecado, son una ocasion de hacer el mal, son una raiz enferma de donde no pueden nacer sino frutos perniciosos, y son finalmente una ocasion que

tenemos dentro de nosotros mismos para viciar nuestras acciones. Por eso dice en el Eclesiástico (*cap.* 18.), *no te dexes llevar de tus afectos, y apártate de tu voluntad, porque si das gusto á tu alma, en todos sus deseos te hará presa de tus enemigos, que se alegrarán con tu perdicion.* Dios mismo cuando quiso castigar á los hombres obcecados y rebeldes á su santísima voluntad, con un castigo el mas terrible que aplica su justicia, los dexó caminar segun los deseos de su corazon, como se dice en la santa Escritura (*Ps.* 80.). Por tanto tiene obligacion el cristiano de sujetar y contradecir los afectos naturales de su alma, de vivir en una perpétua guerra con éllos, negándoles los objetos prohibidos á que regularmente se dirigen, y dirigiéndolos segun la ley santa de Dios á la práctica de las virtudes. De otra manera, es tal el ímpetu con que obran sobre nuestra voluntad, que la precipitan en las pasiones mas violentas y vergonzosas, haciendo que sean pecaminosos en nosotros unos movimientos, que bien dirigidos podrian conseguir el carácter de virtudes. Los hábitos de nuestra alma no son otra cosa que la continuada execucion y práctica de sus afectos. De consiguiente, si éstos se moderan, si se refrenan, si se sujetan á las santas leyes que nos estableció nuestro legislador Jesucristo, serán unos hábitos de virtud que nos constituirán santos y agradables á nuestro Dios; pero si por el contrario se condescendiese con éllos, se les lisonjea, y se les conceden los objetos prohibidos á que se dirigen, engendran en nuestra alma unos hábitos viciosos que nos inclinan al mal, y nos hacen objetos de ira para nuestro Dios.

Reflexiona despues de considerada esta doctrina cuán diferente es la conducta que sigues en todas las operaciones de tu vida de la que debieras llevar para labrar tu salvacion. Todos los males que lloras, todas las adversidades de que te quejas, todas las amarguras que te hacen molesta la vida se originan regularmente de que no logras la satisfaccion completa de los afectos de tu alma. Esto te causa una inquietud insoportable, esto te hace odioso á tus próximos, y esto finalmente pone en tu boca unas quejas temerarias y blasfemas, ofensivas de la providencia de Dios. Si este Señor por un designio particu-

lar de su divina misericordia texe tu vida de amarguras, dándote en esto mismo un paternal aviso de que vives en un destierro, cercado por todas partes de enemigos, y que tus deseos deben encaminarse únicamente á los bienes eternos, te juzgas por infeliz. Procuras por todos los medios evadir las sábias medidas de la divina sabiduría en órden á tu salvacion, y nunca estás mas contento que cuando logras ocasiones, que realmente lo debian ser de tu tristeza y llanto. Hombres desacordados, considerad que vuestra naturaleza está enferma y viciada; que vuestros afectos os precipitan en vuestra infelicidad; que la consecucion de vuestros deseos no es otra cosa que la obtencion de vuestra desventura. Persuadíos una vez á que es una guerra contínua la vida del hombre sobre la tierra, y á que los enemigos mas poderosos y temibles los teneis dentro de vuestro corazon, y que de consiguiente necesitais vivir en una contínua lucha con vuestros afectos si deseais alcanzar una victoria que os constituya en felicidad verdadera.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que aunque nuestros afectos viciados por el pecado original nos inclinan al pecado, por cuya causa tenemos estrecha obligacion de reprimirlos, con todo eso no es tan difícil conseguir de éllos la victoria como nos suele figurar nuestra imaginacion temerosa y sobresaltada con el apego que tenemos á las cosas de este mundo.

Dios nuestro Señor pudo haber dado á la regeneracion del bautismo tanta virtud y eficacia, que no solamente nos libertase del reato de la culpa y de la esclavitud del demonio, sino que ademas hubiese dexado nuestra alma limpia de la concupiscencia rebelde y de los afectos peligrosos que de élla nacen. Pero el no haberlo hecho así es un efecto particular de su divina misericordia, siempre atenta á nuestro mayor beneficio. Dexó en nosotros estos afectos para dar lugar á la batalla, y con élla á la victoria. Determinó dar la gloria á sus escogidos, no solo como herencia en aquellos que no experimentan la contradiccion de las pasiones, sino tambien darla como

premio y corona á aquellos que combatidos por todas partes de sus mismas pasiones, llegaron á triunfar gloriosamente. Si despues de esta determinacion nos hubiera dexado con solas nuestras fuerzas, no hay duda que nos sería imposible resistir al poder y muchedumbre de nuestros obstinados enemigos. Nuestra naturaleza debilitada, flaca, enferma y propensa de suyo al mal, estaria en una constitucion incapaz del vencimiento. Atendiendo á este miserable estado, se quejaba san Pablo de que muchas veces conociendo el bien, y queriéndole, no llegaba á executarle. Pero nuestro misericordiosísimo Dios, que nos dexó la contínua guerra de nuestros afectos para vernos pelear, y para tener la complacencia de vernos vencer, nos dió asímismo armas tan poderosas, que no se necesita mas que la cooperacion de nuestra voluntad para lograr un completo triunfo.

La gracia de Dios, que siempre está pronta á obrar con nosotros, es un medio tan poderoso para combatir nuestros afectos, que siempre que queramos usar de élla, nos da las fuerzas suficientes para vencer á nuestros enemigos. En todos los estados, en todos los tiempos, en todas las circunstancias tenemos pronta esta arma preciosa, contra la cual no pueden subsistir ni la corrupcion de las pasiones, ni los encantos del mundo, ni la astucia de nuestros invisibles enemigos. Élla nos hace conocer la amabilidad de la virtud, lo peligroso del vicio, sus funestas consecuencias, y los beneficios que nos resultan del vencimiento de nuestras pasiones. La gracia nos propone la rectitud de la ley, la santidad de sus preceptos y la bondad de nuestro Dios. Élla quita el velo con que se cubren los males verdaderos que nos ofrece el mundo, enmascarados con la apariencia de felicidades y delicias. Élla atrae, incita y mueve nuestra voluntad con dulzura, ilustra nuestro entendimiento, desterrando las tinieblas de la ignorancia, del error y del engaño; haciendo que descubra y conozca el bien verdadero, y califique de males los que en realidad lo son. Élla, finalmente, vigoriza y robustece nuestra alma, dándola fuerzas no solo para resistir á sus enemigos, sino para vencerlos y destruir sus artificios. Todas estas admirables operaciones se efectúan en nosotros de una manera maravillosa. El temor santo

de Dios, los contínuos discursos y amonestaciones de los varones apostólicos, los buenos exemplos de nuestros hermanos, las muertes repentinas y casos funestos de los entregados á los delitos, los bienes mismos de la naturaleza son otras tantas lenguas con que la gracia nos enseña, nos instruye, nos persuade y nos incita al vencimiento de nuestros malos afectos. En vista de esto, ¿podrás quejarte de otra cosa que de ti mismo cuando te dexas ser presa de tus pasiones? ¿podrás atribuir á éstas tu perdicion y tus delitos, cuando no son otra cosa que un instrumento de la misericordia de Dios para hacer mas gloriosa tu victoria, y mas completa tu ventura? Conoce, pues, que debes negarte á ti mismo, moderar y contradecir todos tus afectos, tomar sobre tus hombros la cruz de la mortificacion, y seguir de este modo á tu capitan Jesucristo.

JACULATORIAS.

Jusisti, Domine, et sic est, ut pœna sua sibi sit omnis animus inordinatus. Aug. Confes. l. 1. cap. 11.

Vos, Señor, quisísteis que el mismo desórden de nuestros afectos fuese la pena que castigase nuestro descuido en corregirlos; y así lo experimentamos.

Non regnet peccatum in vestro mortali corpore. Rom. cap. 6.

No permitais, Dios mio, que nos dexemos dominar de las durísimas leyes del pecado, de manera que tengamos que obedecer á nuestros apetitos.

PROPOSITOS.

Acuérdate que aquella promesa magnífica que hizo Dios al hombre en el capítulo cuarto del Génesis. *Ya habia caido el hombre del estado de inocencia en que habia sido criado.* Todas las pasiones se habian levantado en tumulto contra él. Cain miraba con envidia que las ofrendas de su hermano Abel fuesen miradas de Dios con ojos benignos. Entristecíase, y llegó hasta el extremo del abatimiento. Viéndole Dios en este estado, le dixo estas notables palabras: *¿Por qué te enfadas? ¿por qué se abate*

tu rostro? ¿Por ventura, si obrares bien, no recibirás el premio, y si mal, tendrás inmediatamente á tu puerta el pecado? ¿pero el apetito de el estará en tu potestad, y tú tendrás en él dominio? Estas palabras de verdad eterna te aseguran de que tienes en tu mano el dominar á tus afectos, y contradecirlos siempre que se dirijan contra la voluntad de tu Dios. Este Señor no hubiera prometido con tanta claridad su dominio, sino hubiera tenido una firme voluntad de auxîliarte con su gracia. Confiado en estas augustas verdades, el mismo san Pablo que sentia lo rebelde de sus pasiones aseguraba con firmeza que nada habia en este mundo que fuese capaz de apartarle del amor de Jesucristo. Esta misma persuasion debes poner en tu alma si quieres conseguir una moderacion perfecta de tus afectos. El nacimiento de éstos no está en nuestra mano: los primeros movimientos son acciones indeliberadas de nuestra alma, y así por éllos ni merecemos premio ni castigo. Pero al instante inmediato de su exîstencia debemos considerarlos, debemos exâminar sus fines y sus objetos, y enderezar lo que en éllos hallásemos torcido, y corregir lo que tuviesen de errado. Esto necesita una vigilancia contínua, una santa desconfianza de todas nuestras acciones, y un temor saludable de ofender á nuestro Dios. En las cosas, al parecer mas inocentes, suele esconderse muchas veces un humor vicioso que contamina nuestros afectos. El amor de los hijos, del marido, de la esposa, de los amigos, y aun de las cosas necesarias á la vida, puede nacer ó de un amor viciado, esto es, de una concupiscencia puramente terrena, ó de un amor purificado. El distinguir lo úno de lo ótro, el precaver los peligros, y preveer las consecuencias funestas es la grande obra del cristiano, y lo que le puede dar una completa victoria de sus pasiones, y una acertada direccion de todos sus afectos. A esto se deben reducir en este dia tus propósitos, para conseguir el fruto debido de la leccion espiritual, y de la palabra de Dios que en élla has oido.

DIA VEINTE.

Santa Margarita, vírgen y mártir.

Nació santa Margarita, ó santa Marina (como la llaman los griegos) en Antioquía de Pisidia, de padres distinguidos por su calidad, pero idólatras. Perdió á su madre estando aún en la cuna, y su padre Edesio, uno de lo sacerdotes mas autorizados entre los gentiles, la dió á criar á una aldeana de aquellas cercanías, que era cristiana, y se aprovechó admirablemente de la ocasion que la presentaba la divina Providencia para salvar á aquella dichosa niña. Efectivamente, luego que los años la hicieron capaz de enseñanza, se dedicó la piadosa ama á imbuirla bien en los principios y en las verdades de la religion cristiana. Halló en la niña tan bellas disposiciones, un genio tan admirable, una capacidad tan viva y tan despejada, una inclinacion tan natural á la virtud, y una docilidad tan manejable, que parecia haberse anticipado la piedad á la razon. Era todo su gusto instruirse en las verdades de la fe, y todo su anhelo que la llevasen adonde se juntaban secretamente los fieles. Por las preguntas que hacia de cuando en cuando á su querida ama se dexaban conocer las particulares bendiciones con que el Señor la habia prevenido, disponiéndola para que fuese con el tiempo una de las mas ilustres heroinas cristianas.

Luego que tuvo suficiente discernimiento para determinarse, no solo pidió y recibió el santo bautismo, sino que desde entonces se obligó con solemne promesa á no admitir otro esposo que á Jesucristo, repitiendo cien veces al dia, que toda su ambicion, toda su ánsia y todo su anhelo era dar la vida por su dulce Salvador en medio de los mayores tormentos.

Llegó presto á noticia de su padre lo que pasaba y

el partido que habia tomado su hija: llenóse de cólera, tráxola á casa, y prometiéndose que fácilmente la maduraria, la recibió en tono zumbon y mofador, dándola la enhorabuena de que fuese cristiana. No lo negó la santa Niña; antes bien respondió á su padre con modestia y con respeto, que admitia el parabien que la daba, por la merced que la habia hecho el verdadero Dios de darla á conocer la religion verdadera, escogiéndola no solo para su sierva, sino tambien para ser esposa suya. Irritado furiosamente el padre con una respuesta que no esperaba, la dixo: *Ya veo, rapaza, que te han hechizado y turbado la razon; pero yo desharé presto esos hechizos: ó ven conmigo á sacrificar á los dioses, cuyo principal ministro soy, ó disponte á padecer los mas crueles tormentos.* La constancia y la resolucion de Margarita la hicieron experimentar toda la dureza y toda la barbaridad de un padre cruel y enfurecido. Tratóla con bárbaro rigor; pero nada fue bastante á doblar su constancia. Despojóla de la ropa que traia correspondiente á su calidad, y haciéndola vestir unos andrajos asquerosos, la envió al campo á guardar sus ganados, persuadido á que nada se la haria tan duro como el verse tratada como una vil esclava; pero se engañó su pensamiento: aquellos andrajosos trapos eran mas conformes al gusto de Margarita que las mas ricas y mas exquisitas galas. Por otra parte hallaba sus delicias en el campo, retirada de la casa de su padre, que manchaban cada dia mil inmundos y profanos sacrificios. Así colmaba Dios á esta alma inocente y generosa con sus dulces bendiciones, disponiéndola para combates mas fuertes, y para una victoria mas segura.

Favorecida en la soledad de mayores y mayores gracias, solo anhelaba por aquel dichoso dia en que tuviese la gloria de dar su vida por Jesucristo, rindiéndole incesántes gracias por la merced que la hacia en darla alguna parte en sus abatimientos, y suplicándole con humildad y con instancia se la diese tambien en sus tormentos y en su cruz. Presto fue oida su oracion. Estaba un dia con su ganado cerca del camino real á tiempo que pasó junto á élla Olibrio, general de los exércitos del emperador Aureliano, y gobernador de la provincia de Pisidia.

Reparó en la rara hermosura de la pastorcilla, y en aquel ayre noble y modesto que desmentia su condicion. Dióle golpe, y mandándola acercarse, la hizo varias preguntas sobre su nacimiento, sus padres y su calidad. La dulzura y la modestia con que respondió á todo la pastora, dexaron mas prendado al gobernador; y como entre otras cosas le habia dicho que era cristiana, tomó de aquí pretexto para dar órden que la conduxesen á Antioquía.

Acordándose el dia siguiente Olibrio de su prisionera, mandó que se la traxesen á su presencia. Apenas la vió delante de sí, cuando quedó mucho mas encantado de su peregrina belleza que el dia antecedente, y hablándola con una dulzura halagüeña y tentadora, la dixo: "Hija mia, ayer te oí decir que eras cristia-»na, y no sé si lo crea: sóbrate mucha discrecion y mu-»cho entendimiento para no conocer las extravagancias »de esa nueva religion; pero al fin, si te educaron en »sus ridículas supersticiones, no es maravilla que estés »encaprichada en éllas; mas gracias á los dioses inmor-»tales en edad estás en que fácilmente podrás deponer »esa preocupacion. Seguramente, hija mia, que naciste »para ser algo mas que pastora y una cristiana vil; yo »quiero hacer tu fortuna, quiero colmarte de honras y »de bienes; en conclusion, desde hoy mismo vas á ser »la primera señora de Antioquía."

Oia todo esto nuestra Santa con una modestia y con una compostura que hechizaba á todos los asistentes; y tomando la palabra respondió: "Señor, mi fortuna está ya »hecha desde el mismo punto que tuve la de ser cris-»tiana; á ninguna ótra aspira mi ambicion que á la »de agradar al Dios á quien sirvo, el único que merece »nuestros cultos. Conoce poco la religion cristiana el que »trata de extravagancias y de supersticiones sus verda-»des y su doctrina. No hay que esperar verdadera sabi-»duría fuera del cristianismo. Hija (replicó el goberna-»dor), no se trata ahora de apologías de religion; tráta-»se de que yo quiero absolutamente tomarte por esposa; »no te empeñes en llevar adelante obstinadamente tu »error; porque si no te rindes á los ventajosos partidos »que te hago, bien te puedes prevenir á los mas crueles

»tormentos. Dispuesta estoy, Señor, á todo (respondió »Margarita), y espero que ninguna cosa alterará mi fe, »ni vencerá mi constancia; tengo colocada toda mi con»fianza en mi Dios, á quien consagré mi virginidad, y »no ha de permitir que yo sea vencida."

Encendido Olibrio en cólera y saña al oir estas palabras, mandó que la despedazasen á azotes con nudosas varas. Executóse el órden con furor, y en un instante se vió bañada de aquella inocente sangre la sala de la audiencia. Mientras inhumanamente despedazaban á la purísima víctima; gritaba un hombre de armas: *Margarita, sacrifica á nuestros dioses, y no pierdas tu fortuna por tu locura y por tu obstinacion.* Enternecióse el pueblo que estaba presente á vista de este espectáculo, sobre todo cuando vió que la Santa se mantenia inmoble, levantados los ojos al cielo, sin alentar una queja, ni hablar una palabra, hasta que cansados los verdugos, y rendidas todas sus fuerzas, la dexaron. Entonces, volviéndose la Santa al gobernador, le dixo: *Señor, inventad otros tormentos; Jesucristo está conmigo; la fortaleza y el valor que me comunica es muy superior á todo lo que podeis inventar.* Parecióle á Olibrio que esta fervorosa confesion era insulto con visos de desafio, y centelleando ira por los ojos, mandó que la apretasen fuertemente los pies y las manos entre planchas de hierro encendidas, y que despues con garfios del mismo metal la volviesen á abrir todas las llagas. Horrorizóse el pueblo á vista de un suplicio jamás oido hasta entonces; y aun el mismo gobernador no tuvo valor para ver tan bárbaro espectáculo, ordenando que la retirasen luego á la cárcel antes que espirase, admirado de que se pudiese mantener con vida.

Luego que Margarita entró en la prision, quiso el Señor que triunfase del furor de los demonios despues de haber triunfado de la barbaridad de los hombres. Parece que todo el infierno junto se armó para perderla ó á lo menos para atemorizarla; pusiéronsela delante espectros formidables, oia espantosos ahullidos, y en fin, no perdonó Satanás á medio alguno para llenarla de terror. Dícese que se la apareció el demonio en figura de un monstruoso dragon, acercándose á élla con la boca

abierta, en ademan de que la iba á tragar; pero la Santa manteniéndose inmoble, hizo serenamente la señal de la cruz, y luego desapareció aquel fantasmon. No por eso se acobardó el enemigo comun; volvió á ponérsela delante tomando la forma de un hombre rabioso y desesperado en ayre de acometerla para hacerla pedazos; pero la santa Doncella con dos gotas de agua bendita le echó por tierra, y poniéndole el pie sobre el pescuezo, le hizo confesarse por vencido. Asegúrase que teniéndole de esta manera, le preguntó, ¿por qué razon tentaba á los cristianos con tanto furor y de tan diferentes modos? A que respondió el demonio, que por la rabia de ver que estuviesen destinados para llenar en el cielo las sillas que él y sus compañeros habian perdido por su soberbia, y por pura malicia suya, no pudiendo sufrir, que Dios hubiese escogido á los hombres para substituirlos á éllos. Hizo Margarita la señal de la cruz, y quedó libre para siempre de semejantes visiones.

Siguiéronse á estas pruebas los consuelos interiores y los favores celestiales. Llenóse la prision de un maravilloso resplandor, y la pareció á la Santa oir una voz del cielo, que la daba el parabien de su victoria, y la exhortaba á perseverar hasta el fin, que ya no estaba distante. Al mismo tiempo sanó perfectamente de todas sus heridas, cesaron los dolores, y se halló restituida á su primera hermosura, aumentada con nueva brillantez. Informado de esto el gobernador, quiso ver por sus mismos ojos esta maravilla; y apenas pareció Margarita en su presencia, cuando renovado en su corazon el primer incendio, exclamó como asombrado: "¡Oh, y qué poderosos son nuestros dioses inmortales! ¡oh hija mia, y cuánta es su bondad! ¡cuánto el amor que te tienen! pues perdonando tu terquedad y tu religion, te han deparado aun mas hermosa de lo que antes estabas; vamos, vamos los dos á rendirles las debidas gracias por tan crecido favor, ofreciéndolos humildes sacrificios; y ven tú como esposa del gobernador á tomar posesion del preeminente lugar que te corresponde en el templo."

Indignada la Santa al oir tales despropósitos, mas intrépida ya y mas animosa, le respondió con cierto

ayre de burla y de desprecio: "Sí por cierto; buenos son
»para hacer milagros vuestros dioses, mas despreciables
»y mas flacos que los mas viles animales. Un dios de
»piedra, de metal ú de madera será muy capaz de dar
»la salud, cuando no es mas que un bulto inanimado, un
»tronco sin vida; el que me puso en el estado en que me
»ves fue Jesucristo, mi divino esposo, el único que es
»capaz de sanar las almas y los cuerpos; y si todavía te
»ha quedado alguna tintura de juicio y de religion, reco-
»noce su poder y abraza el cristianismo."

Entró en furor el tirano al oir una respuesta tan no esperada. Mandóla atormentar de nuevo. Abrasáronla los costados con hachones encendidos; y para que fuese mas vivo el dolor, la metieron despues en un estanque de agua frigidísima. Mientras duraban estos varios suplicios mostraba la Santa triunfar de alegría, sin dar indicio alguno de la menor flaqueza. Sucedió entonces un espantoso temblor de tierra, que llenó á todos de terror; y se oyó una milagrosa voz que decia: *Ven, esposa de Jesucristo, ven y entra en la mansion feliz de los bienaventurados á recibir la corona eterna que está prevenida para ti.* Oyeron la voz todos los presentes, y se convirtió una multitud prodigiosa de gentiles, que por la mayor parte tuvieron la dicha de padecer el martirio. El mismo gobernador quedó como aturdido á vista de tantos prodigios, y temiendo alguna sedicion, mandó que al punto la cortasen la cabeza. Mientras se disponian las cosas para la execucion, se volvió Margarita á todos los asistentes, y los exhortó á reconocer al verdadero Dios, obrador de tantas maravillas como éllos mismos habian visto, y á que abrazasen sin temor la religion cristiana. Sintióse otro nuevo temblor de tierra, que renovó en todos el espanto; y reparando la Santa que el verdugo estaba temblando, le animó á que executase el órden que tenia; y éste, reparándose un poco, la descargó el golpe con que mereció la corona del martirio. Sucedió esta preciosa muerte el dia 20 de julio del año 175, dia en que la Iglesia celebra su fiesta.

Enterróse el santo cuerpo en Antioquía de Pisidia, lugar de su nacimiento y de su martirio; y extendiéndose luego su culto por todo el Universo fueron reparti-

das sus reliquias en diferentes lugares, siendo pocos los pueblos de la cristiandad donde no se profese singular devocion á santa Margarita. En la célebre abadía de san Germán des-Prez, junto á París, se venera una de sus mandíbulas engastada en una rica estátua de plata, de peso de treinta y siete marcos, que mandó labrar en honra de la Santa la reyna María de Médicis, muger de Enrique el Grande. Algunas otras partes de su santa cabeza se adoran en la iglesia de las religiosas del *Ave María* de París, en la abadía de Fraymont en el Beaubais, en la de san Rieul en Senlis, y en la colegiata de Andrelec en el arrabal de Bruselas. Un hueso del pie se guarda en la catedral de Troyes, y otras porciones de huesos en Abbeville, Gisors y otras muchas ciudades. Fueron traidas de Antioquía estas reliquias por los cruzados cuando se hicieron dueños de aquella ciudad.

La misa es en honor de la Santa, y la oracion la que sigue.

Indulgentiam nobis, quæsumus, Domine, beata Margarita, virgo et martyr imploret, quæ tibi gratia semper extitit, et merito castitatis, et tuæ professione virtutis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, nos alcance el perdon de nuestros pecados la intercesion de la bienaventurada vírgen y mártir Margarita, que tanto te agradó, así por el mérito de su castidad, como por la ostentacion que hizo su constancia de tu infinito poder: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 51. de la Sabiduría.

Domine Deus meus, exaltasti super terram habitationem meam, et pro morte defluente deprecata sum. Invocavi Dominum, Patrem Domini mei, ut non derelinquat me in die tribulationis meæ, et in tempore superborum sine adjutorio. Laudabo nomen tuum assiduè, et collaudabo illud in confessione, et exaudita est oratio mea. Et liberasti me de perditione, et eripuisti me

Señor Dios mio, ensalzaste mi habitacion sobre la tierra, y yo te rogué por la muerte, que todo lo destruye. Invoqué al Señor, Padre de mi Señor, para que no me dexe sin socorro en el dia de mi tribulacion, y en el tiempo que dominan los soberbios. Alabaré continuamente tu nombre, y le celebraré con hacimientos de gracias, porque mi oracion fue oida. Y me libraste de la perdicion, y me salvaste del tiem-

de tempore iniquo. Propterea confitebor, et laudem dicam tibi, Domine Deus noster.

po inicuo. Por todo esto te daré gracias, diré tus alabanzas, y bendeciré el nombre del Señor.

NOTA.

„No se ignora que esta epístola se sacó del Eclesiás- „tico, cuyo autor fue un tal Jesus, hijo de Sirach; y „como procura imitar en todo el estilo de Salomon en „los Proverbios, tomando de éllos muchas sentencias, y „hace el elogio de la sabiduría, poco mas ó menos „en el mismo gusto y estilo de Salomon, la Iglesia le „aplica indiferentemente el título ya del Eclesiástico, „ya de la Sabiduría."

REFLEXIONES.

Alabaré contínuamente tu santo nombre, y le glorificaré con accion de gracias, porque me libraste de la perdicion, y me sacaste de tantos peligros en el tiempo de la iniquidad. Este debe ser el lenguage de aquellas almas afortunadas á quienes el Señor por un privilegio particular reservó como para sí, librándolas de todos los peligros que corren en el mundo, y poniéndolas á cubierto contra las tempestades y contra los escollos en el puerto de la religion. Es preciso confesar que son muy pocos los que forman una idea cabal y justa del estado religioso; únos le consideran como una tierra que se traga á sus habitadores; ótros como un pais que solo produce espinas; y casi todos como una esclavitud. Es tan comun el error, que ni aun se piensa en salir de él. Son sin razon todas estas aprensiones. El estado religioso es semejante á la tierra de promision, cuyos imaginarios monstruos no tienen mas subsistencia, que en la descompuesta aprension de los que no conocen la excelencia del terreno, ni la benignidad del clima. A la verdad, cuesta trabajo llegar á este delicioso pais; se han de atravesar mares, combatir enemigos, y vencer montañas escarpadas; pero es muy dulce el fruto despues de tantas victorias. Aquel Dios á quien sirve este fiel y dichoso pueblo, tiene el secreto de allanar en su favor las mayores dificultades, y de endulzar lo que se presenta lleno de amargura. Si es menester suspender las

olas para franquearle el paso libre, si es menester llover un maná celestial para sustentarle en el desierto, al punto hace el Señor todos estos prodigios. Pero en fin, llegóse ya á aquella dichosa tierra; ¡qué abundancia de bienes y de gracias espirituales! ¡qué calma, qué paz y qué bienaventuranza aun en esta vida! Mas los privilegios del estado de los mundanos, ¿cuáles son? ¡Ah! que todo concurre á abrumarlos, á obligarlos á padecer, sin libertad para quejarse. Vanamente se esfuerzan á figurarse felices, disimulando sus amarguras; muy á su pesar les nacen las espinas en medio del corazon; á todas partes los siguen y los persiguen los disgustos; cercada está de cruces la misma opulencia y abundancia. Todo conspira á hacer desdichados á los hombres del mundo; cuidados contínuos; fatigas inseparables de su condicion; la ambicion, la emulacion, el interes, manantiales inagotables de muchas pesadumbres; las inquietudes de una vida como atolondrada entre el tumulto y la confusion; y los sustos de una fortuna mudable, inconstante y resbaladiza; el humor extravagante de tantos con quien es preciso contemporizar, y á la mayor parte de éllos necesario complacer; cien desgraciados accidentes que siempre amenazan y nunca se pueden prevenir; las desgracias de los tiempos que no es posible evitar; un porte que es preciso mantener á cualquiera precio; gastos inevitables, que exceden mucho á las rentas y á los sueldos; la multitud de los concurrentes; la malignidad de los envidiosos; un corazon eternamente agitado, un espíritu inquieto y una conciencia poco tranquila. ¡Ah, Señor! no era menester tanto para hacer infeliz á un hombre; y no obstante, todo esto se halla unido en la triste condicion de los hombres del siglo. Mas demos caso que encontraran el secreto de acallar una gran parte de sus sinsabores; ¿qué amargura no derramaria en sus diversiones, y aun en aquellas alegrías menos superficiales el pensamiento de la muerte y de la eternidad? Pues de todo esto están libres los verdaderos religiosos; exêntos por su estado de ese monton de miserias; superiores á todos los acasos de la vida; independientes del capricho y del humor extravagante de los hombres; libres por su generosa renuncia de los punzantes cuidados de las riquezas, que Jesucristo compara

á las espinas; desembarazados por su perfecta sumision aun de aquellas molestas fatigas que causa el gobierno de la propia conducta; únicamente ocupados en el importante negocio de su salvacion; dedicados únicamente al servicio de Dios, y enteramente aplicados á darle gusto, ¿cómo pueden menos de gustar las dulzuras de su dichosísimo estado? ¿dónde hay tranquilidad mas deliciosa? Figúrese úno, si es posible, otra vida mas santa, ni mas feliz. ¡Oh, y cuánta razon tienen para alabar incesantemente el nombre del Señor, para rendirle contínuas acciones de gracias por haberlos sacado misericordiosamente del camino de la perdicion, retirándolos de los peligros tan frecuentes del mundo! Pero si entre esas personas tan favorecidas y tan afortunadas se encuentran algunas pocas parecidas á aquellos ingratos israelitas, que echaban menos los puerros y las cebollas de Egipto, no gustando de los manjares deliciosos de su estado, fácil es acertar de dónde les nace ese disgusto.

El evangelio es del cap. 13. *de san Mateo, y el mismo que el dia VIII, fólio* 138.

MEDITACION.

Del cuidado que todos deben tener de su salvacion.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el hombre fue únicamente criado para ser feliz. No lo puede ser sin estar unido á Dios y poseerle, porque solo Dios es su vida, su soberano bien y su todo. No puede estar unido á Dios, ni poseerle, sino en cuanto le ama, le sirve y le agrada. Separado de Dios, no se halla en el hombre sino pecado, corrupcion y miserias. El pecado es lo único que le separa de este supremo bien, de este soberano manantial de todos los bienes; es el único que le corrompe, que le hace infeliz y le pierde. Apartándole de Dios, y borradas en su corazon las dulces impresiones del divino amor, convierte todos sus afectos y todas sus inclinaciones á las criaturas y hácia sí mismo, buscando alguna desdichada satisfaccion,

que en alguna manera llene el hueco y supla el gusto que experimentaba con el Criador. El falso, el mentiroso gusto que encuentra en sí mismo y en los objetos criados le engaña, le encanta, y le hace creer que es dichoso, que es rico, que nada le falta; al mismo tiempo que es miserable, que es pobre, que está ciego y que verdaderamente es objeto digno de compasion. ¡Terrible ilusion, que insensiblemente conduce la mayor parte de los hombres á la muerte, á la sepultura, á la condenacion eterna, sin advertir el precipicio hasta el mismo punto que caen en él! Es menester, pues, para salvarse, que se destruya el pecado por la penitencia; es menester vivir en gracia, si no se quiere morir en pecado. ¿Se conviene en esta doctrina? élla es una verdad infalible; pues si se conviene en élla, ¿en qué consistirá que deseando todos salvarse, sean tan pocos los que cuidan de vivir y de morir distantes de la culpa, ó á lo menos entregados á un sincéro arrepentimiento? Comprende, si es posible, este misterio de iniquidad. ¿En qué estado, en qué edad se ha de considerar en sazon la penitencia? ¿es muy del gusto de los grandes del mundo? ¿es muy conocida de los mundanos? ¿produce siempre en los claustros aquellos dignos frutos que la corresponden? ¿hace gran fortuna la penitencia (por explicarme de esta manera) en aquella edad de la vida en que suelen ser mas frecuentes los pecados? ¿reyna mucho en la ancianidad? Con todo, es oráculo infalible, que si no haces penitencia, perecerás. ¿Te quieres salvar? pues necesariamente has de hacer penitencia. ¿Y qué se infiere de este principio? que son pocos los que se salvan.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que hacer el negocio de la salvacion es aborrecer el pecado, renunciarle, abandonarle, trabajar en destruirle por aquellos medios que nos prescribe Dios, y se encierran en la penitencia. Hacer el negocio de la salvacion es alejarse eficazmente de las ocasiones de pecar; trabajar sin intermision en domar las pasiones; reprimir incesantemente los insultos de la concupiscencia. Hacer el negocio de la salvacion es seguir constantemente las

máxîmas del evangelio, y arreglar la vida á la doctrina de Jesucristo. El mundo es su enemigo, con que es preciso hacerle una eterna guerra. En fin, hacer el negocio de la salvacion es evacuar nuestro corazon del amor á las criaturas y del amor á nosotros mismos, para que todo nuestro amor de preferencia real y efectivo se dirija únicamente á Dios, que es infinitamente amable y que nos ama infinitamente. Es no estimar otra cosa que la salvacion, mirarla como el grande, como el único negocio que merece toda nuestra aplicacion. Pues consulta en este particular tu corazon y tu conducta, y mira si el cuidado que aplicas á este negocio puede darte motivo para vivir con grande confianza. ¡Ah, que quizá te verás precisado á confesar que, por el contrario, tu negligencia y tu descuido te hacen temer con sobrado fundamento tu condenacion! ¿Qué tiempo, qué desvelos has dedicado hasta ahora á este importante negocio? ¡qué digo! ¿has tenido siquiera por negocio el de tu eterna salvacion? ¿esperarias buen suceso del menor de todos los demás negocios, si no hicieras mas diligencias para su logro que las que haces para conseguir éste? Coteja el zelo que tienes de tu salvacion con el que tuvieron los santos de la suya. ¿Qué no padecieron los mártires para merecer esta corona? ¿qué no hicieron los santos, y qué no hacen cada dia para serlo los que quieren descubrir este tesoro y comprar esta preciosa margarita? ¿vale hoy el cielo menos de lo que antes valia? ¿se compra á menor precio? ¿de cuándo acá á únos se les da por nada y á ótros les cuesta tan caro? Es prodigiosa la desproporcion que hay entre la vida de los santos y la nuestra; ¿pues por qué hemos de aspirar al mismo premio? ¿por qué hemos de esperar la propia suerte?

¡Ah, Señor, y cuánto me confunde esta reflexîon! Sería menos penetrante mi dolor, si fuera menos fundado. ¡Qué he hecho yo hasta aquí para salvarme! ó hablando con mas propiedad, ¡qué no he hecho para perderme! Pues vos, divino Salvador mio, me haceis la gracia de darme luz para conocer las tristes consecuencias de mi fatal descuido, ayudadme por vuestra misericordia, para que desde este mismo punto comience á trabajar eficazmente en el negocio de mi salvacion.

JACULATORIAS.

Notum fac mihi, Domine, finem meum. Salm. 38.
Haced, Señor, que tenga perpétuamente delante de los ojos el fin para que fui criado.

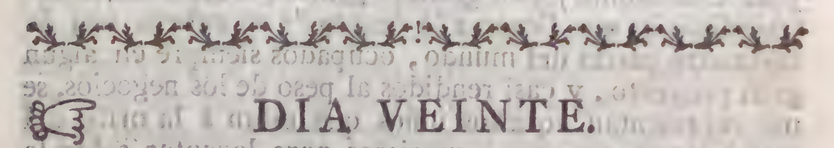
Beati qui scrutantur testimonia ejus, in toto corde exquirunt eum. Salm. 118.
Bienaventurados los que se dedican á conocer la voluntad de Dios para servirle con todo el corazon.

PROPOSITOS.

Apenas es posible dexar de concebir un alto desprecio de la prudencia de los hijos del siglo, cuando se llega á conocer la inutilidad de sus fatigas y la vanidad de sus empresas. Siempre que me paro á considerar (decia san Juan Crisóstomo) esos grandes genios, esos hombres extraordinarios que llevan allá dentro de su cabeza una de las cuatro partes del mundo, ocupados siempre en algun gran proyecto, y casi rendidos al peso de los negocios, se me representan aquellos niños que estan á la orilla del mar juntando conchas y mariscos para levantar sobre la arena unas casitas, que un soplo de viento las derriba y la primera ola que viene infaliblemente se las lleva. En rigor, ninguna cosa de este mundo es digna de nuestro cuidado, ni merece toda nuestra aplicacion, sino el negocio de la salvacion; ésta sola merece el nombre de negocio; todo lo demas es entretenimiento, puerilidad y vagatela. Convéncete de esta importante verdad; comprende bien que es la mayor locura sudar, afanar, consumir la salud, las fuerzas, los talentos y la misma vida en correr tras un poco de ayre, que en llegándose á conseguir, se desvanece en humo. ¿En la hora de la muerte y por toda la eternidad dará mucho consuelo á un condenado el haber dexado poderosos á sus hijos? Esto te debes repetir á ti mismo todos los instantes.

2 El negocio de la salvacion es tu único negocio; aunque hayas acertado todos los demas, nada hiciste; todo lo echaste á perder, si erraste éste. Este es el único negocio tuyo, los demas no son tuyos, sino agenos; son

negocios de tus hijos, de tus herederos, de tus amigos y de tus parientes. Pues en este negocio tuyo y personal, ¿qué tiempo has empleado? ¿de qué medios te has valido? El es un negocio árduo, enredoso y delicado; ¿te ha ocupado muchas horas? ¿piensas en él por la mañana, por la tarde, por el dia y por la noche? El menor de los demas negocios le llevas siempre contigo á la iglesia, al paseo, á la visita, á las diversiones, á la mesa y á la cama, sin acertar á echarle de ti; ¿qué lugar ocupa en tu corazon y en tu memoria el importante negocio de la salvacion? ¿has pasado la mayor parte de la vida en cuidados, en afanes, en trabajos; y quizá no te ha merecido un cuarto de hora de tiempo el negocio de tu salvacion, que debiera ocuparte toda la vida? Comienza por lo menos á trabajar en él desde hoy, de manera que nada hagas sin que te puedas decir á ti mismo con verdad, en esto pretendo hacer el negocio de mi salvacion.



DIA VEINTE.

Santa Librada, virgen y mártir.

La verdadera piedad halla siempre en las obras de la Providencia motivos poderosos para encenderse mas en el amor de Dios, al paso que los encuentra tambien para desconfiar de las luces humanas. En los obstáculos que el tiempo, el descuido de los hombres ó su malignidad oponen á la sabiduría, encuentra cebo suficiente para admirar las grandezas de Dios y las sublimes gracias que comunicó á sus siervos. No puede el humano entendimiento percibir por qué causa ha permitido Dios, que sabiéndose auténticamente las perniciosas obras de los enemigos de su Iglesia y de su santo nombre, hayan de haber quedado sepultadas en el olvido las de muchos siervos suyos, y ótras tan desfiguradas con fábulas y ficciones, que apenas pueda asentir á éllas una razon ilustrada con las luces de la sabiduría. Pero el que se propone por objeto de su lec-

cion su aprovechamiento espiritual, y no la vanidad de adquirir noticias curiosas con que alimentar á la vana filosofía, recibe con sumision las permisiones de la Providencia, sin tener la temeridad de querer averiguar sus arcanos. Todo esto se dice, porque son tantas las disputas que han hecho los críticos sobre los hechos de santa Librada, las dudas que han esparcido sobre los acontecimientos de su vida, y las opiniones en que la crítica se ha dividido, que apenas se puede decir cosa de esta ilustre Santa sin exponerse á la mordacidad de la censura. En este caso, una prudencia ilustrada nos aconseja, que no se pueden perjudicar los derechos de la verdad, siempre que se proponga la vida de la Santa, segun la reconoce la iglesia de España, principalmente la de Sigüenza, en donde descansa su santo cuerpo. Segun el breviario antiguo de esta iglesia, lo que se sabe de santa Librada se reduce á lo siguiente.

Nació santa Librada en una ciudad, llamada Balcagia, situada en la parte occidental de España. Su padre se llamó Catelio y su madre Calsia, quienes por sus riquezas tenian entre los gentiles tal poder y autoridad que podian pasar por reyes. Dispuso la divina Providencia, que del mismo parto de que nació Librada, saliesen tambien á luz otras ocho hermanas, cuyos nombres son Genivera, Victoria, Eumelia, Germana, Gema, Marcia, Basilisa y Quiteria; caso á la verdad inaudito, pero que no repugna á la razon cuando la divina omnipotencia quiere que la naturaleza sirva para sus altos fines. Este parto monstruoso llenó el alma de Calsia de una extraña turbacion: por una parte se avergonzaba de haber dado á luz tan copioso fruto, y por ótra temia que su marido lo juzgase efecto de alguna infidelidad. Exâltada su imaginacion con estos pensamientos, se propuso un medio de tranquilizarlos, y de librarse de la infamia de que ya se reputaba acusada. Su marido Catelio no se hallaba á la sazon en la ciudad, y podia fácilmente ocultársele el parto, quitando de delante su copioso fruto. Convínose, pues, con la comadre, única ministra que la habia asistido, en que tomase aquellas nueve niñas y las echase en un pozo profundo, en donde con éllas se se-

pultase todo motivo de sospecha. Por el pronto accedió la comadre á determinacion tan impía; pero viéndose sola con aquella multitud de niñas, comenzó á dudar y á estremecerse sobre la execucion de aquella crueldad. Representábasela en su imaginacion la inocencia de aquellas criaturas, el desamor de la madre y el horror de cometer tantos homicidios. Advertia en éllas una inocente hermosura, que junta con la nobleza de su nacimiento, la ataban las manos para quitarlas la vida sin causa y sin delito. Estas consideraciones la tenian turbada, y movida de la piedad natural se inclinaba á libertarlas. Otras veces se apoderaba de élla el temor, si la reyna llegaba á saber su desobediencia, de algun exemplar castigo, que convirtiese su piedad en propio daño. Pudo finalmente en élla mas la natural piedad, que el mandamiento de su señora, y dando oidos á una inspiracion de Dios, se determinó á dexarlas vivas, y cuidar de su crianza lo mejor que la fuese posible. Habia en la ciudad un barrio destinado á los cristianos, entre los cuales buscó solícitamente nueve amas, á quienes encomendó que las criasen con todo cuidado.

Está determinacion proporcionó á aquellas niñas el mayor de los beneficios que entonces podian recibir, pues las amas cristianas solicitaron ante todas cosas, que fuesen reengendradas con las aguas del bautismo, poniendo á cada úna de éllas el nombre que ya queda referido. Viviendo entre cristianos se debe suponer que éstos las darian una educacion correspondiente á su doctrina. Las Santas mismas lo manifestaron con el decurso del tiempo; pues habiendo llegado á entender lo maravilloso de su nacimiento, el gran peligro de perder la vida en que habian estado y la alteza de su linage, dieron á Dios humildísimas gracias como autor de todos los beneficios. No se contentó con esto el fervoroso espíritu de aquellas santas Doncellas, sino que imbuidas del gran precio y estimacion que tiene para con Dios la santa virginidad, le hicieron de élla un agradable sacrificio, prometiendo guardarla por su amor toda la vida. Vivian las Santas pacíficamente entregadas al amor de Dios y del próximo, como verdaderas cristianas, cuando los romanos suscitaron

una sangrienta persecucion contra el nombre de Jesucristo. Esparciéronse los edictos por todos los confines de las tierras sujetas á su dominacion, y los presidentes de las provincias tuvieron órden de hacer exquisitas pesquisas para encontrar, descubrir, prender, atormentar y quitar la vida á los que no quisiesen abjurar la religion cristiana, ofreciendo incienso á los ídolos. Este decreto llegó á Galicia, provincia sujeta á los romanos y Catelio, que aunque se nombra rey ó régulo, debia de ser algun poderoso encargado de la dignidad de presidente, ordenó su execucion con toda la eficacia y exâctitud que pudiesen hacerle agradable al Emperador reynante. Salieron los ministros á hacer sus pesquisas, y en éllas encontraron á las nueve santas Vírgenes, las cuales juntas estaban en fervorosa oracion, pidiendo á Dios su gracia, encomendándole la suerte de sus personas. Inmediatamente las prendieron los ministros, y contentos con la presa y descubrimiento que habian hecho, las llevaron con la mayor presteza al tribunal de Catelio. Luego que las vió éste, quedó sorprendido, admirando en éllas una rara hermosura, una semejanza portentosa y una honestidad amable. Veíalas tan iguales en la edad, y tan parecidas en el semblante y en todas sus acciones, que le movió la curiosidad á preguntarlas, cuáles eran su linage y su condicion. La bienaventurada Genivera, que debia de ser la que nació primero que todas éllas, le respondió: En órden á nuestra prosapia no tenemos que decir mas, sino que somos hijas tuyas; por lo tocante á nuestra condicion, sabe que somos siervas de Jesucristo, que profesamos su religion sacrosanta, y que aborrecemos la supersticion gentílica, que trata como deidades las mudas obras de las manos de los hombres. Dióle cuenta despues de su prodigioso nacimiento, del peligro en que sus vidas habian estado por consejo de su madre, y todo lo demas que juzgó conveniente decirle.

Admirado quedó Catelio de lo que habia oido; pero pertinaz en la supersticion y en llevar á debido efecto los decretos imperiales, determinó atormentarlas á todas para que dexasen la religion cristiana, y si no lo hacian quitarlas cruelmente las vidas. Entre las nueve her-

manas sobresalia particularmente santa Librada por su singular prudencia y por su mucha hermosura; estas dos preciosas cualidades excitaron la compasion de los gentiles, y pensaron atormentar á sus hermanas en presencia suya con exquisitos tormentos, para que el horror atemorizase el pecho de la santa Doncella, y la hiciese mudar de parecer, y adorar á los ídolos. Todo lo sufrió la santa Vírgen con ánimo invencible, y el ver escarnificados los cuerpos de sus hermanas no sirvió de otra cosa que de radicar mas en élla los sentimientos de la religion que profesaba. Viendo los gentiles iludidos sus pensamientos, tomaron otro camino mucho mas terrible para la Santa, y mucho mas peligroso para contrastar su constancia. Hiciéronla propuestas especiosas, ofreciéndola que gozaria del esplendor de su linage y de sus grandes riquezas si abandonaba aquella religion, por que tan locamente padecian sus hermanas, y adoraba las deidades. Fueron inútiles todas estas diabólicas astucias, porque al paso que se multiplicaban, crecia en Librada la constancia en la fe, y el deseo de derramar su sangre en defensa suya y por amor de Jesucristo. Desengañados de que nada podian aprovechar, convirtieron en furor lo que antes habia sido blandura y miramiento. Atormentaron á la santa Vírgen con los tormentos mas exquisitos que pudo encontrar su crueldad; y viendo finalmente que era imposible triunfar de su constancia, la quitaron la vida, cortándola la cabeza, como con sus ocho hermanas lo habian executado. Sucedió este martirio por los años del Señor de 139, que debió ser imperando Antonino Pio. En el rezo de que usa hoy dia la iglesia de España, se refiere que santa Librada vivió en un desierto, y que murió crucificada, y así la pintan regularmente; pero fuese de un modo ó de ótro, nada hace para la substancia de haber sufrido un glorioso martirio en defensa de la fe del Crucificado. Su cuerpo fue recogido por los cristianos con el mayor secreto, y colocado en lugar decente; pero con las frecuentes invasiones que padeció España en los tiempos posteriores, se cree que se hicieron de él varias translaciones para libertar tan preciosa joya del desprecio y desacato de los infieles. En una de estas translaciones debió de venir á parar á la ciudad de

Florencia, desde donde en el año de 1300 le trasladó el obispo Simon á su iglesia de Sigüenza con autoridad apostólica. Depositóse por entonces en un honroso sepulcro, hasta que los contínuos milagros que Dios obraba por la intercesion de esta gloriosa Santa, movió la piedad de los fieles á colocarla en lugar mas brillante. Don Federico de Portugal, obispo de Sigüenza, que fue despues prelado de Zaragoza, movido de la singular devocion á esta santa Mártir, la erigió una suntuosa capilla en la iglesia de la catedral, á la cual fue trasladada en el año de 1537, en donde la tributan los mas tiernos obsequios de devocion, como á patrona del obispado de Sigüenza, y en donde por su intercesion dispensa Dios á los fieles sus soberanos favores.

La misa es en honor de la Santa, y la orasion la que sigue.

Beatæ Liberatæ virginis et martyris tuæ, quæsumus, Domine, precibus et meritis adjuvemur; ut quæ pro tui nominis confessione, et pudicitiæ defensione in cruce pependit, ab inimicorum insidiis sua nos protectione defendat: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Rogámoste, Señor, que por los méritos é intercesion de la bienaventurada vírgen y mártir Librada, nos ayudes con tu gracia, para que la que estuvo pendiente en una cruz por confesar tu nombre y defender su honestidad, nos defienda tambien con su proteccion de las asechanzas de nuestros enemigos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 51. del libro de la Sabiduría.

Confitebor tibi, Domine Rex, et collaudabo te Deum Salvatorem meum. Confitebor nomini tuo; quoniam adjutor et protector factus est mihi, et liberasti corpus meum à perditione, à laqueo linguæ iniquæ, et à labiis operantium mendacium, et in conspectu astantium, factus es mihi adjutor. Et liberasti me secundùm multitudinem misericordiæ nominis tui à rugientibus præparatis ad escam,

Yo te daré gracias, Señor Rey, y te alabaré, ó Dios y Salvador mio, porque has sido mi ayuda y mi protector glorificaré tu nombre, y porque libraste mi cuerpo de la perdicion, del lazo de la lengua injusta y de los labios de los forjadores de mentiras, y has sido mi defensor contra mis acusadores. Y me libraste segun la mnchedumbre de la misericordia de tu nombre, de los leones rugientes dispuestos á devorarme, de las manos de los que que-

de manibus quærentium animam meam, et de portis tribulationum quæ circumdederunt me; à pressura flammæ, quæ circumdedit me, et in medio ignis non sum æstuata; de altitudine ventris inferi, et à lingua coinquinata, et à verbo mendacii, à rege iniquo, et à lingua injusta. Laudabit usque ad mortem anima mea Dominum, quoniam eruis sustinentes te, et liberas eos de manibus gentium, Domine Deus noster.

rian quitarme la vida, y de todas las tribulaciones que me cercaron por todas partes; de la voracidad de la llama que me rodeaba, y en medio del fuego no sentí el calor; de la profundidad de las entrañas del infierno, de la lengua impura y de las palabras de mentira; de un rey injusto y de las lenguas maldicientes. Mi alma alabará hasta la muerte al Señor, porque tú, ó Señor Dios nuestro, libras á los que esperan en ti, y los salvas de las manos de las gentes.

REFLEXIONES.

Cuando se considera la conducta de Dios para con sus grandes siervos y la de éstos para con Dios, no puede menos de venir no solamente un juicio muy ventajoso de la religion cristiana y de aquellos preceptos suyos, que parecen mas repugnantes á la naturaleza. Dios favorece á sus escogidos, permitiendo que se vean en los mayores peligros, y que los hombres impíos executen en éllos todas las sugestiones de su crueldad. Los santos por su parte le dan gracias, y se consideran sumamente favorecidos al tiempo que se verifican estas permisiones. Cuando tenian sus cuerpos escarnificados con peines de hierro, cuando los presentaban á las fieras para ser devorados, cuando pendientes en una cruz exhalaban su vida con un género de tormento semejante al que padeció su Redentor y Maestro, entonces es cuando con el mayor ímpetu de su corazon le tributan gracias, persuadidos á que han recibido de su mano los dones mas apreciables y las honras mas excelsas. Los hombres mundanos, los que viven segun la corrupcion de sus pasiones, los que lisonjean los caprichos de sus sentidos, están muy lejos de seguir esta conducta, y así no pueden persuadirse que se deban dar gracias á Dios por aquello mismo que éllos reputan por la mayor calamidad é infortunio que pudieran padecer. Sus corazones se llenan de asombro y de terror cuando oyen clamar á los santos, como se dice en la epístola

de este dia: Yo te doy gracias, Señor, Dios y Salvador mio, y te alabaré siempre, porque has librado mi cuerpo de la perdicion. Pero esto mismo es una consecuencia de la sublimidad de la religion cristiana, de lo eminente de sus preceptos, del vigor que infunde la caridad, que es el alma de toda élla. Los santos mártires tenian fixadas en sus almas aquellas sentencias de Jesucristo: *El que pierde su vida en este mundo, la guarda para la vida eterna*; *el que se ama á sí mismo mas que á mí, no es digno de mí*; y otras semejantes, en las cuales recomienda la caridad un santo desprecio de las cosas perecederas para lograr unos bienes interminables. Estas sentencias representadas en su mente con toda la viveza de la fe, no solamente les daba una fortaleza capaz de despreciar los tormentos de los tiranos, sino que ademas les hacia considerarse entre éllos como en un florido lecho cercado de rosas y de delicias.

A la verdad, si se reflexîona que la inquietud del alma es la que principalmente causa sus tormentos, y que nunca vive el hombre con mas terrible congoja que cuando le falta del corazon una firme esperanza, es preciso convenir que los dedicados al mundo, los que viven entre desórdenes y delitos, no tienen motivo alguno para ser venturosos, así como por el contrario le tienen muy grande los siervos de Dios para gozarse y deleytarse entre las penas y tormentos. Porque prescindiendo de las congojas, penas, males verdaderos y calamidades que experimentan los mundanos en el exercicio y logro de lo que tienen por diversion, ¿qué angustia no será la suya, cuando en un momento de tranquilidad oyen los gritos de la recta razon, que les acusa desde lo íntimo de su alma? ¿podrá suceder que un instante de delicia pasagera haga olvidar al voluptuoso de las enfermedades, peligros y disipacion de fuerzas naturales en que le constituye su vicio? ¿podrá el jugador templar por poco tiempo la amargura que le causa ver disipados sus bienes, reparar con el ócio las noches pasadas en vela, y engañarse á sí mismo, disculpando con otros malos exemplos los grandes daños de que no puede hacerse de sentido? Pero éstos mismos cuando hagan uso de la recta razon; cuando oigan por casualidad aquellas verdades terribles de la

religion, que les acuerdan que hay un castigo eterno ó una eterna recompensa destinada á sus obras, precisamente se han de estremecer y ha de atormentar sus almas una inquietud terrible, que es ya principio del castigo que experimentan los infelices condenados. La esperanza, aquella dulcísima virtud, que hace tolerables las mayores amarguras, y que no desampara al hombre en las mayores calamidades, está en éllos muerta y sin fuerza alguna para mitigar sus tormentos. Su misma conciencia les asegura, de que esta virtud se alimenta con las obras, y desfallece y se arruina á vista de los delitos. Por el contrario, los mártires en medio de sus tormentos encuentran mil razones de consolacion, que los anima á abrigar en su seno una firme esperanza de ser eternamente felices, y la misma sangre que derraman es para éllos un precio con que compran su confianza y su alegría. Saben que hay un Juez supremo, que es infinitamente sábio, y al mismo tiempo omnipotente; que ve y conoce la malicia de los tiranos y lo injusto de las penas con que afligen sus cuerpos en esta vida, y que no habrá poder ni astucia para evadir la eterna venganza. Están seguros de la rectitud de su conciencia, saben que son infalibles las promesas de Dios, y así una dulcísima paz inunda sus corazones, desprecian los tormentos y á sus ministros; y llenos de un gozo santo, cantan himnos, celebrando su triunfo, y dan á Dios gracias, porque usa con éllos de la misericordia de dexarlos padecer por su santo nombre. Estos admirables efectos es capaz de producir una religion santa, sublime, espiritual, adornada de unas leyes que son superiores á toda la naturaleza.

El evangelio es del cap. 25. de san Mateo, y el mismo que el dia XIX, fólio 346.

MEDITACION.

Del amor de Dios.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el amar á Dios es la causa por qué sufrieron los mártires tan terribles tormentos hasta perder la vida, que es la cosa mas justa, mas razonable y arreglada que puede concebir el hombre; y que de consiguiente es necesario hacer traicion al propio entendimiento para rehusar al Sér supremo un obsequio por tantos títulos debido.

No has de juzgar que porque se llame obsequio el acto de amar á Dios, se quiere decir por esto que sea una accion indiferente que pueda el hombre hacerla ú omitirla sin contravenir á la justicia: ningun pensamiento pudiera venir á tu imaginacion mas desarreglado y absurdo. El amar á Dios es una obligacion de justicia y se necesita hacerse desentendidos de todos los dictámenes de la razon para persuadirse á lo contrario. La razon dicta, que el bien debe ser amado donde quiera que se encuentre, y con mucha mas razon cuando se hallen en él multiplicadas cualidades de bondad que elijan por su naturaleza este afecto del alma. Dios es un cúmulo de perfecciones infinitas. En él se halla todo lo amable, todo lo deleytable, todo lo hermoso y perfecto que puede imaginarse el entendimiento mas comprensivo. Cuantos motivos se encuentran en las cosas criadas, que deban llamar la atencion de una alma buena, todos éllos se encuentran en Dios con una perfeccion infinita. Si la hermosura excita á tu amor, Dios es hermosura infinita, es el candor de la luz eterna, es infinitamente mas hermoso que todos los hijos de los hombres; con la diferencia de que sus bellezas no están sujetas á la mutacion del tiempo ni á los rigores de las enfermedades. Si las riquezas llevan la atencion de tu alma, y la inclinan á mirarlas con la estimacion, en Dios se encuentran unos tesoros inagotables de riquezas infinitas, cuya posesion

no turba ni inquieta, sino que hace perfectamente felices. En una palabra, Dios es hermosísimo, es riquísimo, sapientísimo, prudentísimo, amabilísimo infinitamente, porque en él se hallan con infinita perfeccion todos los bienes y virtudes. El corazon del hombre es constante que no se inclina, ni aun á los males, sin que primero encuentre en éllos alguna especie ó apariencia de bienes. Nada es capaz de excitar al amor sino un bien cierto ó imaginado. Persuadido el hombre del bien, no puede menos de amarle, y la voluntad se halla como obligada siempre que el entendimiento la propone un bien, en cuyo amor debe emplearse. Siendo esto así como lo es, debes convenir en que el amor á Dios es un acto de justicia, cuya transgresion es el delito mas horrendo y exêcrable. A esto se llega, que este mismo Dios ha derramado tan copiosamente sobre ti sus beneficios, que debes amarle, aun cuando no sea mas que por hombría de bien y por la ley del agradecimiento. Él te ha criado, él te conserva, él te ha abastecido de bienes de fortuna, y á su benéfica mano debes tu vida, tus movimientos y subsistencia. No contento con estos grandes beneficios, te hizo ótros de superior clase y gerarquía, cuales son los bienes espirituales, la gracia de la redencion, el haberte llamado al conocimiento de su ley y profesion del evangelio, el haberte abastecido de las imponderables gracias que se contienen en los sacramentos; y últimamente, el ofrecerte con tanta generosidad las recompensas eternas, son unos dones, unos favores, unos beneficios que exceden toda ponderacion, y que no basta ninguna humana inteligencia para estimarlos dignamente. Todos éllos están pidiendo de parte tuya correspondencia, estimacion, agradecimiento: en una palabra, están pidiendo amor, que es lo único que exíge de ti tu amabilísimo Dios.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que aunque en el amor de Dios no se deba atender á la utilidad que resulta, pues debemos amar á Dios por sí mismo, y no por nuestro interes privado: con todo eso, son tantos y tales los frutos que nos provienen

de este amor, que éllos son un nuevo excitativo para emplearnos en él.

Porque, ¿qué somos los hombres delante de Dios? ¿qué es nuestra alma si le falta la caridad? ¿qué precio, qué estimacion merece sin esta grande virtud? Todo nuestro mérito, todo cuanto puede hacer apreciable al hombre en la presencia divina lo constituye el amor. El es el que da al alma grandeza, el que la constituye digna, y el que forma la cuantidad de su mérito. Todos los dones, todas las gracias, nada aprovechan sin la caridad, dice san Agustin (*Ser.* 50. *de Verb. Dom.*): añádeles caridad y todos son útiles: quita la caridad, y nada hay que sea de provecho. Los dones mas excelentes, las gracias mas particulares, aquellas gracias de Dios que han hecho á los hombres admirables en este mundo, el don de profecía, el don de sabiduría, el de milagros, y todos los demas que son superiores á la naturaleza, eran convertidos en una sombra, en un espectro cuando faltaba la caridad. Por eso san Pablo (*Epist.* 1. *ad Cor. cap.* 13.) asegura, que aunque su sabiduría llegue á tal punto que hable todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tiene caridad viene á ser como una campana, cuya voz es un significante, toda ruido. Todas las virtudes que pueden adornar el alma del cristiano, toman su mérito y su grandeza de la caridad, de tal manera, que el abstinente, el mortificado, el contemplativo, el limosnero, el mártir mismo recibe el verdadero carácter de tal de la virtud de la caridad, porque sin élla, ni será verdadero abstinente, ni verdadero contemplativo, ni mortificado, ni mártir. De aquí se infiere, que toda nuestra santidad y nuestra bienaventuranza nos provienen del amor, y que á proporcion que éste crece en nosotros, se aumentan las razones de ser mas amados de nuestro Dios y mas venturosos en lo futuro.

Solos estos frutos bastarian para empeñarnos en amar á nuestro Dios, haciendo profesion de poseer ante todas cosas la virtud de la caridad. Pero si se considera en toda su extension los admirables efectos que produce en el alma que llegó felizmente á estar penetrada de élla, crece la admiracion y se sorprende el humano entendimien-

to al ver sus efectos prodigiosos. Oimos la abstraccion y soledad con que vivian los anacoretas, el rigor y crueldad con que mortificaban sus cuerpos los santos penitentes: oimos la alteza de contemplacion, los éxtasis y raptos á que llegaron los hombres muy espirituales: vemos despreciar grandes estados, abandonar reynos enteros, negarse á todas las delicias, dexando en el lecho nupcial la tierna esposa por vivir pobres y desterrados; y últimamente, vemos á una delicada doncella mirar con semblante sereno los garfios y el cuchillo, y cantar himnos de alegría mientras despedazaban su cuerpo virginal; y al ver todo esto nos sorprendemos justamente, admirando la fuerza invisible que puede dar á una flaca criatura poder para unas obras tan superiores á la naturaleza. Pero todos estos efectos son consecuencias necesarias de la caridad que enciende el corazon. Todo el secreto para hacer otro tanto, consiste en el amor; cuanto percibimos de dificil, de sublime y heróico en estas grandes obras, todo nace de la caridad. Ama á Dios, y desde luego puedes prometerte que harás tú lo mismo que hicieron los anacoretas y los mártires. El que ama, dice san Agustin (*Lib.* 13. *Confes.*), no tiene trabajo: á los que no aman, cualquiera cosa les es grave: solo el amor es el que se avergüenza aun del nombre de dificultad. Porque el verdadero amor, dice él mismo, jamás siente amargura en sus obras, sino dulzura y deleyte. Por esta causa, aun en las mayores penalidades, se hallan los santos llenos de un regocijo inexplicable, que solamente pueden conocer los que han llegado á estar poseidos del amor divino. ¡Dichosa el alma que está encendida de este precioso fuego! Pon todos tus esmeros en amar á Dios, y no dudes que producirá en ti los mismos efectos.

JACULATORIAS.

Non amemus creaturam neglecto creatore; sed attendamus creaturam, et laudemus creatorem. Aug. Serm. 261.

No amemos á las criaturas despreciando al Criador, sino antes bien, exâminando las perfecciones de las criaturas, alabemos la infinita sabiduría y bondad que produxo tales obras.

Da mihi te, Deus meus, redde te mihi; te enim amo, et si parum est amen validius. Aug. l. 13. Conf. c. 8.

Dáte á ti mismo, Dios mio, entrégate á mí, porque ninguna cosa amo en este mundo sino á ti; y si el amor que te tengo es pequeño, haced vos que os ame con amor mas intenso.

PROPOSITOS.

A la mas mínima consideraciou se convencen los hombres de que deben amar á Dios, y forman propósitos de no emplear su amor sino en aquel Ente supremo, que es por sí mismo tan acreedor á los afectos y conatos de nuestras almas. El considerar en él tantas razones de bondad y tanto cúmulo de perfeccion, determina sus entendimientos á una obra á que no se pueden resistir. Pero despues de esto, se engaña facilmente, creyendo que el amor de Dios es una cosa especulativa, que puede estar en el alma, juntando al mismo tiempo otra cosa diferente en las obras. Si esto fuera así, no sería tan corto el número de los verdaderos cristianos, ni mereceria tantos elogios aquella caridad que hizo unos héroes á los santos. Así como en el trato civil no se tiene por amistad verdadera la que no se manifiesta en las obras, del mismo modo no es verdadero amor de Dios el que no se manifiesta en los efectos. Dios por sí mismo no necesita de nuestro amor, ni podemos hacer cosa alguna de que le resulte daño ó provecho. Pero tiene en este mundo unos substitutos suyos, en cuyo beneficio quieren que se explique el amor que á él le tenemos. Por eso dice Jesucristo en el evangelio: *Todo aquello que hiciéreis con cualquiera de estos mis pequeñuelos, es un beneficio hecho conmigo mismo.* Dios no necesita de nuestros dones: es infinitamente rico, pero para eso tiene á sus pobres en el mundo, en los cuales se debe exercitar el amor que le tenemos. Dios jamás está ni puede estar enfermo; pero amó de tal manera á los hombres, que lo que se hace con éllos lo toma en cuenta, para premiar ó castigar como si hubiera sido executado con él mismo. Esto se ve claramente en las reconvenciones que hará á los condenados en el dia del juicio universal, y en los motivos por los cuales dice el

mismo Dios que dará la bienaventuranza á los justos: *Tuve hambre y sed*, dirá á los primeros, *y no me dísteis de comer ni de beber*; *estuve enfermo*, *y no me visitásteis*: *id*, *por tanto*, *malditos al fuego eterno*. Y á los santos les dirá: *Venid*, *benditos de mi Padre*, *á gozar del reyno que os está preparado desde la constitucion del mundo*, *porque tuve hambre*, *y me dísteis de comer*; *tuve sed*, *y me dísteis de beber*; *estuve enfermo*, *y me visitásteis*, *&c.* Todo esto convence que el amor de Dios se explica y manifiesta en las buenas obras que se practican con sus criaturas, y que el mejor indicio de que está penetrada tu alma de este divino amor, es la práctica de aquellas obras que testifican el del próximo; porque el que no ama al próximo que tiene presente, ¿cómo podrá amar á Dios, á quien ningun ojo mortal pudo ver jamás? Procura, pues, dar á entender que tienes en tu pecho el amor divino, manifestándolo con los beneficios que hagas á tu próximo.

DIA VEINTE Y UNO.

San Victor, *mártir*.

San Victor, mártir ilustrísimo de la santa Iglesia, nació en Marsella, de familia muy distinguida entre las mas nobles de aquella ciudad, tanto por los considerables empleos con que los emperadores romanos habian honrado á sus antepasados, como por los muchos bienes de fortuna que poseía. Es muy probable que sus padres fueron cristianos, y que se dedicaron con el mayor desvelo á darle una educacion digna de su religion y de su ilustre nacimiento. Siguiendo la costumbre de las personas de su calidad, abrazó la profesion de las armas, y sirvió á los emperadores con honor y con distincion, dando en muchas ocasiones tan señaladas pruebas de singular valor, que se cree haberle merecido el nombre de Victor sus mismas hazañas valerosas.

Tres ó cuatro años despues que el emperador Maxi-

miano Hercúleo, coléga de Diocleciano, habia mandado hacer pedazos la legion Tebana, compuesta toda de cristianos, y mandada por su xefe san Mauricio, vino á la ciudad de Marsella hácia el año de 290. Era á la sazon aquella ciudad mucho mas ilustre por el zelo de la religion y por el crecido número de fieles que la ocupaban, que por su antigüedad, por la multitud de sus habitadores, por lo que florecian en élla las ciencias y las artes, por sus riquezas y por su esplendor, en que disputaba á la misma Roma la magestad y la opulencia. Acaso no se encontraria en aquel tiempo en todo el imperio romano otra ciudad en que la fe de Jesucristo hubiese hecho tantos progresos, y donde la religion cristiana triunfase con mayor gloria; motivo que obligó al Emperador, enemigo mortal del nombre cristiano, á trasladarse á élla para hacer alguna mansion; y por lo mismo se sobresaltaron con su venida todos los cristianos. Dió órden Maxîmiano de que todos fuesen arrestados, y en un instante se llenaron las prisiones. Era Victor entonces oficial en las tropas del Emperador, y viendo á sus hermanos en aquel peligro, se sintió inflamado en zelo, no menos que encendido en una ardiente caridad; y como por otra parte era hombre hábil, elocuente, de gran persuasiva, y tan animoso, que en vez de acobardarle los riesgos le daban mayor espíritu, no reconocia al miedo, y con el mayor desembarazo iba todos los dias á las cárceles á visitar los confesores de Jesucristo; y por las noches andaba toda la ciudad de casa en casa fortificando á todos en la fe, y animándolos al martirio.

Al mismo tiempo que los esforzaba con sus palabras, los socorria con sus crecidas limosnas, no pudiendo ser su zelo ni mas ardiente, ni mas compasivo, ni mas eficaz. Acompañaba á los mártires hasta el cadahalso, alentábalos hasta que rendian el último suspiro, y despreciando generosamente los peligros, cada dia hacia nuevas conquistas á Jesucristo.

No era posible se dilatase mucho el premio correspondiente á una profesion del cristianismo tan intrépida y tan animosa á los ojos mismos del mayor enemigo del nombre cristiano. Fue acusado Victor, no solo como cristiano, sino como el enemigo mas capital de los dioses del

imperio, y le sorprendieron cuando estaba exercitando las santas y gloriosas funciones de verdadero soldado de Jesucristo. Arrestósele de órden del Emperador, y se le conduxo al tribunal de los dos prefectos Asterio y Eutiques, oficiales generales del mismo Príncipe que administraban la justicia en la ciudad. Ambos eran amigos particulares de Victor; y recibiéndole con mucho honor, no solo no le trataron como á prisionero, sino que le hablaron como á amigo, calificando de calumnia la acusacion.

"No creas, *le dixeron con semblante risueño y apacible*, »no creas que nos han hecho mucha impresion las voces »que corren por ahí; tenémoste muy conocido, y no nos »podemos persuadir que un hombre tan discreto sea cris»tiano. Sóbrate mucho entendimiento y mucho juicio para »dar en unas extravagancias y en unas supersticiones tan »indignas de un hombre de tu calidad, por las cuales per»derias la gracia del Emperador, serías privado de tus em»pleos, te precipitarian en las mayores desdichas, y al fin »te costarian la vida. Mucha merced me haceis, *respondió* »*el Santo*, en suponerme hombre de tanto entendimiento; »pero si tengo alguno, no puede dar mejor prueba que la »de seguir la religion cristiana. Esas que vosotros llamais »supersticiones, son unas verdades tales, que todo hombre »de razon se debe rendir á éllas; y el nombre de cristiano »tan lejos está de desdorar mi calidad, que hablando en »rigor, la verdadera nobleza y la verdadera gloria consis»te precisamente en el culto que se tributa al único Dios »verdadero. Estimo y respeto la gracia del Emperador, »buena prueba es mi pronto rendimiento á su voluntad »imperial en todo lo que no se oponga á mi religion; pero »en tratándose de abandonar ésta, antes abandonaré los »empleos, los bienes y la misma vida."

Quedaron suspensos los dos oficiales al oir una respuesta tan discreta como generosa; pero recobrándose Asterio, le replicó: "No es posible hayas hecho reflexíon á las fu»nestas consecuencias á que te expone ese capricho. Ni »yo puedo creer (*añadió Eutiques*) que tú mismo sientas »sériamente lo que dices. ¡Qué, adorar como á Dios, y »creer que él solo es Dios verdadero, á un hombre, que »sabemos murió ajusticiado en un afrentoso madero! ¡Y

»creerlo tan firmemente, que esté un hombre pronto á »sacrificar la vida por sostener este delirio! Muy insensa»to ha de ser el que abrace semejante religion. Si la co»nociérais bien (*replicó Victor*) hablaríais de otra manera. »Ese hombre muerto en una cruz por la salvacion de los »hombres, es verdadero Hijo de Dios; y él mismo resuci»tó al tercero dia por su propia virtud. Vuestros dioses sí »que son unos dioses muertos; ni en vuestros ídolos ado»rais otra cosa que á los demonios. Su misma multitud es »la mejor prueba de su ningun poder. Adorar á los demo»nios es extravagancia, y rendirles culto es impiedad." Al oir esto los que estaban presentes, levantaron descompuestamente el grito, cargándole de injurias, sin que Victor diese señal de la mas mínima alteracion. Díxole entonces Asterio; "Ya ves la indignacion del público; nosotros »no podemos menos de dar cuenta al Emperador de tu »desobediencia. Tambien yo soy oficial de sus exércitos »(*respondió Victor*), y ninguno habrá notado en mí la »menor cobardía ni infidelidad en su servicio; pero al »mismo tiempo soy soldado de Jesucristo, y quiero serle »fiel; vosotros cumplid con vuestra obligacion."

Informado Maxîmiano de todo lo sucedido, fue grande su indignacion por lo mismo que estimaba á Victor como á uno de los mas valerosos soldados de su exército. Traxéronle á su presencia, y le recibió de manera que mostró bien lo mucho que sentia verse precisado á valerse de amenazas para intimidarle; pero el Santo estuvo aún mas intrépido y mas resuelto delante del Emperador que delante de los Prefectos. No pudo sufrir su constancia el genio cruel de Maxîmiano, y arrebatado de cólera mandó que le atasen por los pies á la cola de un fogoso caballo, y que fuese arrastrado de esta manera por toda la ciudad, no dudando que los cristianos se atemorizarian á vista de un suplicio tan desacostumbrado. Executóse el órden, y concurriendo todo el pueblo al espectáculo, como se habia esparcido cuidadosamente la voz de que Victor era el mayor enemigo que tenian los dioses, cada uno juzgaba hacer un acto de religion en cargarle bien de injurias. Arrojábanle piedras, sembraban las calles de cascotes de hierro, irritaban el caballo á latigazos, y todos procuraban hacerle mas cruel aquel tormento. Cre-

yóse desde el principio que luego espiraria; viéndole tan ensangrentado, tan molido y tan despedazado, cubiertas de su sangre todas las calles, sin haberle quedado ya mas que la figura de hombre; pero le conservaba Dios para mayores tormentos, y para que triunfase en él la religion en medio de suplicios mucho mas terribles. Desataron aquel cuerpo desfigurado, despedazado y bañado todo de sangre, y le volvieron á presentar delante de los Prefectos, los cuales, viéndole en estado tan lastimoso, creyeron habria poco que hacer en vencerle.

"Esto es (*le dixeron*) lo que has ganado con tu terque-»dad; suplicámoste como amigos que te rindas á la volun-»tad del Emperador, y que no quieras apurar toda su pa-»ciencia. No me tengais mucha lástima (*les respondió el* »*Santo*) por el estado en que me veis; el amor que los »cristianos tenemos á Dios, y la segura esperanza de con-»seguir los bienes que no tienen fin, hacen muy preciosos »para nosotros los trabajos de esta vida. Créeme á mí (*re-*»*plicó Asterio*), y no arriesgues los bienes presentes y »efectivos por los imaginarios y futuros." Animado entonces el Santo del espíritu de Dios, le hizo un dilatado discurso así á él como á la multitud que le escuchaba sobre la verdad de la religion cristiana y sobre la locura del paganismo. Pero como algunos se burlasen de que los cristianos colocaban su esperanza en unos bienes futuros, de los cuales no tenian ni pruebas ni experiencia: "La »prueba mas concluyente (*dixo Victor*) de la seguridad »con que esperamos estos bienes, son los suplicios que pa-»decemos con tanta alegría solo por lograrlos; y aquí es-»toy yo pronto á servir de nuevo exemplo."

Viendo los Jueces que comenzaba á excitarse en el pueblo un sordo murmullo, y temiendo algun motin, deliberaron entre sí lo que debian hacer. Convinieron luego en que era menester castigar aquella osadía y el desprecio de los dioses; pero no se conformaron en el género del suplicio, y se acaloraron tanto en esta disputa, que Eutiques se retiró. Quedó solo Asterio; y queriendo hacer la córte al Emperador, le condenó á los mas crueles tormentos. Dió principio mandando aplicarle á la cuestion con tanta impiedad, que á no conservarle Dios milagrosamente, hubiera perdido la vida.

Durante este suplicio levantaba el Santo los ojos al cielo, y pedia al Padre de las misericordias paciencia para tolerarle. Aparecióscle Jesucristo con una cruz en la mano, dióle su bendicion, y le dixo que él mismo era el que padecia en sus mártires, que los alentaba, los sostenia en sus combates, y al fin los coronaba despues de la victoria. En el mismo instante se sintió Victor sin el mas mínimo dolor; y llenándose su corazon de un dulcísimo consuelo, se halló tan fortalecido con estas palabras, que sin atender siquiera á lo que padecia, estaba enteramente ocupado en rendir mil gracias al Salvador por aquella gran merced. De esta manera cansó el Santo al Prefecto y á los verdugos; tanto, que viéndole Asterio como insensible, mandó que le desatasen del potro, y que le encerrasen en un obscuro calabozo; pero apenas entró en él cuando todo se bañó de una celestial luz mas resplandeciente que la del mismo sol. A vista de este prodigio, tres soldados que le hacian guardia, llamados Alexandro, Longino, y Feliciano, se arrojaron á los pies de Victor, protestando que no habia otro verdadero Dios que el Dios de los cristianos, y pidiendo con instancias el bautismo. Instruyólos el Santo lo mejor que pudo, y las circunstancias del tiempo lo permitian; mandó llamar algunos presbíteros, llevólos á la orilla del mar, donde fueron bautizados, siendo el mismo Santo su padrino, como lo dicen las actas del martirio, y se volvió con éllos á la cárcel, donde pasaron todos el resto de la noche dando á Dios muchas gracias por sus grandes misericordias.

Noticioso Maxîmiano la mañana siguiente de la conversion de los tres soldados, entró en una furiosa cólera, y mandó luego fixar un edicto, en que sentenciaba á los tres á ser prontamente degollados, y á Victor, que los habia encantado con sus hechicerías, á que fuese aplicado segunda vez á otra tortura mucho mas rigurosa que la primera. Nada se turbó nuestro Santo, y solo atendió á esforzar á los tres soldados, animándolos á despreciar generosamente la muerte. Refiriólos como el dia antecedente le habia consolado el Señor, y los exhortó á que se mostrasen dignos del honor que los hacia Jesucristo, exponiéndolos al combate luego

que habian dado el nombre á su familia. Fueron conducidos todos cuatro á la plaza que estaba delante de la cárcel, y se llama hoy la plaza de Linche, donde habia concurrido todo el pueblo; los gentiles para saciar su inhumanidad y su rábia contra los cristianos, y los cristianos para ver combatir los santos Mártires en defensa de la religion, y para ser testigos de su triunfo en medio de los suplicios. Era Victor el objeto principal contra quien se desenfrenaba el furor de los gentiles; cargábanle de injurias y de imprecaciones, pretendiendo obligarle con descompasados gritos á que hiciese retratar á los tres soldados los embustes y supersticiones en que los habia imbuido con sus hechicerías y sortilegios; pero el Santo, despreciando generosamente la gritería y los insultos del fanático populacho, redobló su zelo para animarlos al martirio, y tuvo el consuelo de verlos morir con tan valerosa constancia, que admiró hasta á los mismos paganos. Cortáronlos la cabeza á vista de Victor, que derramaba dulces lágrimas de gozo, rindiendo mil gracias al cielo, y pidiendo con instancias al Señor le hiciese participante de la misma gloria.

Pero aun no le fue entonces concedida esta dicha; hiciéronle todavía padecer otra tortura mas rigurosa para satisfacer al pueblo idólatra, cada dia mas sediento de la sangre de los cristianos. Volviéronle á suspender en el ecúleo, y por largo espacio de tiempo golpearon cruelmente su cuerpo con nervios de bueyes. Su paciencia, siempre victoriosa de los mas desapiadados suplicios, convirtió gran número de paganos, reconociendo y confesando, que sin asistencia sobrenatural y divina no era posible resistir á tantos tormentos, ni mucho menos padecerlos con tan visible alegría. Volviéronle á la cárcel, donde estuvo tres dias clamando contínuamente al Señor por la palma del martirio.

Muy presto logró su efecto esta fervorosa oracion. Pareciéndole á Maxîmiano que no era tratado Victor con todo el rigor que merecia, avocó á sí la causa, y él mismo quiso ser su juez. Mandóle traer á su presencia, volviéndole á exâminar judicialmente sobre su fe; valióse de promesas, de amenazas, y de la cuestion del

tormento á que le aplicó tercera vez. Como nada de esto alterase su constancia, hizo venir un altar, púsosele delante, mandóle ofrecer incienso á Júpiter en su presencia, y se lo mandó en un tono tan terrible, tan espantoso, que se atemorizaron hasta los mismos gentiles. Abrasado entónces el Santo de un extraordinario zelo, y lleno de una santa indignacion al nombre solo del horrible sacrilegio á que se le queria precisar, dió un puntapie al ídolo y al altar, y lo echó todo por tierra. Espumando de cólera el Tirano, mandó que al punto le cortasen aquel sacrilego pie; alargósele intrépidamente Victor al verdugo, y sufrió aquel tormento con la misma alegría que todos los demas. Rabioso Maxîmiano por no poder doblar la heróica constancia del generoso soldado de Jesucristo, mandó que le pusiesen debaxo de una rueda de molino hasta que se hiciesen harina todos sus huesos. Executóse el órden; pero apenas fue el Santo aplicado á este suplicio, cuando se hizo pedazos la maquina que daba movimiento á la rueda. Retiráronle de élla, aunque ya con todos los huesos molidos; y viendo el Emperador que todavía respiraba, no pudiendo sufrir el verse vencido, mandó que le cortasen la cabeza, y al mismo tiempo se oyó una voz del cielo, que decia: *Venciste, dichoso Victor, venciste.*

Pareciéndole al Tirano que podria triunfar de los Mártires, á lo ménos despues de muertos, dió órden de que fuesen arrojados al mar los cuerpos de nuestro Santo y de los tres Soldados degollados tres dias antes, pero dispuso Dios que la misma agua los echase á tierra en la orilla opuesta del puerto, de donde los retiraron los cristianos, y los dieron sepultura á pocos pasos de distancia, la que hizo gloriosa el Señor con mucho número de milagros. Recibió san Victor la corona del martirio el dia 21 de julio del año de 303.

El año de 410 vino del Oriente á establecerse en Marsella el célebre Juan Casiano, tan conocido por su libro *de las colecciones de los padres*; y ordenado de sacerdote por el obispo Venerio, fundó en el mismo lugar de la sepultura del santo Mártir un famoso monasterio, que es hoy la ilustre abadía de san Victor de la re-

ligion de san Benito, donde se guardan sus preciosas reliquias, menos el pie, que en el año de 1362 se le regaló á la abadía de san Victor de París Juan duque de Berry, hijo del rey Juan, y al duque se le habia presentado el papa Urbano V. cuando era abad de san Victor de Marsella; cuyo priorato habia sido en otro tiempo la abadia de san Victor de París, hasta que en el año de 1173, Luis el Craso, rey de Francia, la convirtió en monasterio de canónigos reglares.

Cada año se renueva en esta abadía de París la memoria del recibimiento del santo pie en el dia 23 de julio, cuya conmemoracion se hace con grande solemnidad, en testimonio de lo mucho que se estima aquella preciosa reliquia.

En el ilustre monasterio de las religiosas benedictinas de Marsella se ve hasta el dia de hoy la cárcel, ó el calabozo subterráneo donde estuvo preso el santo Mártir, y enfrente está la plaza donde probablemente consumó su glorioso martirio, y en la cual 250 años antes habia san Lázaro consumado el suyo.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui nos concedis sanctorum martyrum tuorum Victoris, et sociorum ejus natalitia colere: da nobis in æterna beatitudine de eorum societate gaudere: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que nos concedes la gracia de que celebremos el nacimiento al cielo de los gloriosos mártires san Victor y sus compañeros; concédenos tambien la de que gocemos de tu eterna bienaventuranza en su santa compañía: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 11. *del apóstol san Pablo á los hebreos, y la misma que el dia XVIII. fól.* 316.

NOTA.

"Escribióse esta admirable epístola antes de la des»truccion del templo de Jerusalen, como se reconoce »por todo lo que se dice en élla de los sacerdotes, y »de los sacrificios de la ley. Tambien da bastantemen-

"te á entender el Apóstol que la escribió en Italia; y aun "san Crisóstomo, Teodoreto, y algunos ótros son de pa- "recer que la escribió en Roma poco despues que se le dió "libertad, sacándole de la cárcel."

REFLEXIONES.

Si se considera lo mucho que padecieron por Jesucristo aquellos héroes cristianos, y si se hace reflexîon á lo que nosotros hacemos por el mismo Señor, ¿no se podrá dudar si éllos reconocieron otro evangelio distinto del nuestro, ó si nosotros profesamos otra religion diferente de la suya? La delicada vida de los cristianos de nuestros tiempos, sus costumbres, sus máxîmas y su licencia, todo induce tan enorme desproporcion entre nuestro moral y el de los primeros fieles, que con razon se puede preguntar si tenemos la misma fe. ¿Es igual á la suya nuestra caridad? Con todo eso (¡cosa admirable!) todavía nos atrevemos á tener tanta, ó mayor esperanza. Los mismos que van marchando por aquellos mismos caminos que Jesucristo declaró guiaban derechos á la perdicion, esos mismos se lisonjean de que sin mudar de rumbo han de llegar dichosamente al término de la salvacion. Es cierto que ya se acabó el tiempo de las persecuciones; pero el tiempo de las tentaciones dura por toda la vida. Es el mundo el grande y declarado enemigo de Jesucristo, pudiéndose decir que es como el sucesor de los Máxîmianos y de los Diocleciano, por la eterna persecucion que declara á todos los buenos, y á cuantos conforman sus costumbres á las máxîmas del evangelio. A ninguno perdona; no hay virtud cristiana que se escape á su censura; todas son condenadas en su justo tribunal. Modestia, circunspeccion, pudor en las mugeres, piedad, moderacion, retiro en personas distinguidas; virtud sobresaliente, exemplos de edificacion, caridad universal, intencion derecha, inocencia, fervor, todo lo que honra á la religion irrita á los mundanos y alborota su mal humor. El mundo prescribe á los devotos, y se amotina con furor contra los santos. Basta ser discípulo de Jesucristo para incurrir en su desgracia. ¡Cuánto da que padecer á aquellas almas virtuosas, á aquellos hombres justos de quienes él no era digno! Arrójalos de su lado, ex-

clúyelos con desprecio y con indignacion de sus concurrencias, y padecen de él una persecucion muy poco diferente de la de los tiranos. ¡Pero infeliz de aquel que se rinde á su tiranía! Por la flaqueza y por la cobardía de muchos cristianos se forma, por decirlo así, dentro del mismo seno de la religion cierta clase de apóstatas. Témese mucho á este tirano imaginario; ¿pero cuándo hubo temor mas vano? Se hace grande aprension de sus juicios, se pone el mayor cuidado en no disgustarle; y fuera mejor ponerle en no darle gusto. Ni aun se espera á sus amenazas; antes que éstas lleguen no hay valor para obrar bien, solo porque se sabe que la virtud no es del gusto del mundo. ¿Qué se dirá si reformo el tren, si me retiro de las funciones, si mudo de vida? ¡Y será posible que hombres, por otra parte capaces, entendidos, se intimiden, se espanten, se detengan por este ridículo respeto humano, que en rigor no es mas que un fantasma!

Con todo eso, este fantasma hace en la mayor parte de los cristianos de estos tiempos casi el mismo efecto que hacian las amenazas de los emperadores gentiles en los corazones de muchos fieles cobardes de los primeros siglos. Intimidados éstos de los tiranos, apostataban de la fe de Cristo; y acobardados aquéllos por los respetos humanos, no se atreven á declararse por el evangelio. Nunca nos olvidemos de este oráculo: *El que se avergonzáre de mí y de mis palabras, el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga lleno de gloria y de magestad.*

El evangelio es del cap. 11. de san Mateo.

In illo tempore respondens Jesus, dixit: Confiteor tibi, Pater, Domine cœli, et terræ: quia abscondisti hæc à sapientibus, et prudentibus, et revelasti ea parvulis. Ita, Pater: quoniam sic fuit placitum ante te. Omnia mihi tradita sunt à Patre meo. Et nemo novit Filium, nisi Pater: neque Patrem quis novit, nisi Filius, et cui voluerit Filius reve-

En aquel tiempo respondió Jesus, y dixo: Glorifícote, ó Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas á los sabios y prudentes, y las has revelado á los párvulos. Sí, Padre, porque esta ha sido tu voluntad. Todo me lo ha entregado mi Padre. Y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce alguno sino el Hijo, y aquel á

lare. Venite ad me omnes, qui laboratis, et onerati estis, et ego reficiam vos. Tollite jugum meum super vos, et discite à me, quia mitis sum, et humilis corde: et invenietis requiem animabus vestris. Jugum enim meum suave est, et onus meum leve.

quien el Hijo lo quisiere revelar. Venid á mí todos los que trabajais, y estais cargados, y yo os aliviaré. Llevad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy dulce y humilde de corazon: y hallaréis el descanso de vuestras almas. Porque mi yugo es suave, y mi carga es ligera.

MEDITACION.

Del vencimiento de las pasiones.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no tenemos mayores enemigos que nuestras propias pasiones. Éllas alteran nuestra quietud desde que nacemos; ¡qué lazos no nos arman! ¡qué heridas no nos abren! Ninguna que no tire á condenarnos; ninguna que no se empeñe en perdernos. Buen Dios, ¡cuántos disgustos se excusarían, de cuántos malos pasos nos libraríamos, qué vejez tan dulce lograríamos, si desde luego nos aplicáramos á domar estos irreconciliables enemigos de nuestro reposo, y de nuestra salvacion! No hay edad exênta de pasiones. ¿Eres niño? Las pasiones son de ordinario los únicos resortes que, por decirlo así, ponen en movimiento toda la máquina. ¿Eres joven? Esa es la edad en que tienen mas fuerza, mayor vigor, y en que hacen mas lastimosos estragos. La edad mas madura por lo comun las hace mas fieras; á la verdad modera un poco sus ímpetus, y su fogosidad; pero no las purga el veneno. La vejez debilita las fuerzas del cuerpo y del espíritu, mas no la de las pasiones. Engáñanse los que juzgan que el tiempo las sujeta; por el contrario, el tiempo las hace mas imperiosas y mas absolutas. Cuanto es mas larga la posesion, alegan mayor derecho; y para éllas la costumbre antigua tiene fuerza de prescripcion.

Pero no solo son las pasiones cosecha de todas las edades; sonlo tambien de todas las condiciones y de todos los

estados. Para éllas no hay país extraño, ni forastero. Ni son inaccesibles á su poder los desiertos mas defendidos. No hay género de vida que las acobarde; como las admitan, á todo se acomodan. Ellas se burlan del genio, del humor, y hasta de la misma devocion; y no estando siempre muy alerta, aunque se tenga la mejor intencion y la mejor voluntad del mundo, hay gran riesgo de ser el juguete, y aun la victima de sus propias pasiones. Cada pasion, digámoslo así, tiene su distinto idioma; y en medio de eso, todas éllas dicen una misma cosa. Todas conspiran contra nuestra salvacion, no hay siquiera una que no se oponga á la doctrina del evangelio, y que sujetándonos á los sentidos, no nos desvíe de nuestro último fin. Estos son aquellos fieros, temibles enemigos domésticos que nos hacen una guerra mortal, sin que nos atrevamos á hacerlos resistencia; ¿pues qué maravilla es que al cabo seamos esclavos suyos, ni que gimamos oprimidos baxo el yugo de esta esclavitud?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que con este género de enemigos no hay medio; ó vencer, ó ser vencidos. Lo mismo es darles treguas, que ser derrotado. No hay cosa que tanto aumente la fuerza de las pasiones, como el tratarlas bien; en perdonándolas, se hacen mas violentas. Sucede á las pasiones lo que á la calentura; por un momento parece que la apaga un vaso de agua fria; pero esto es puntualmente lo que la enciende mas. En no domándose enteramente la pasion, en no exterminándola y aniquilándola con victorias completas y reiteradas, se hace mas furiosa, y sabe muy bien desquitarse del tiempo que la tuvieron oprimida. Líbrenos Dios de vencer no mas qué á medias á este enemigo; siempre será funesto el fin de la funcion y del combate. De aquí nace, que despues de aquellos intervalos de devocion y de fervor; despues de aquella frecuencia algo mayor de sacramentos; despues de aquellos exercicios en que se dió un golpe á este enemigo, vuelve á reforzarse la pasion, y nos ataca con mayor fuerza que nunca. Si desde el mismo punto que nacen las pasiones se las hiciera una guerra viva y continuada, fácilmente se conseguiria el intento de domarlas; pero nos contentamos con quejarnos de su im-

portunidad; háceselas no mas que una débil resistencia; decláraselas la guerra con floxedad; de manera, que mas parece temerlas y fomentarlas, que perseguirlas; pues no nos admiremos de que nos causen tantos daños, ni de que consigan cien pequeñas ventajas sobre nosotros. Hácense fieras con estos sucesos tan frecuentes, y al cabo nos tiranizan. ¡O buen Dios, cuánto nos dan que padecer durante la vida, y cuál será el fruto de sus victorias á la hora de la muerte! Obra suya es nuestra eterna condenacion. Los Saules, los Salomones, los Judas, los Orígenes, los Tertulianos, y tantos ótros, son triste y funesta prueba de lo que pueden las pasiones cuando se las perdona. Apáguense en los cristianos las pasiones, y se puede decir que se apagó para éllos el infierno.

¡O mi Dios, y qué bien he aprendido yo en la escuela de mi cobardía! ¡cuánta verdad es lo que medito! ¿Y no temeré ya si todavía prosigo en dexarme vencer de un enemigo tan terrible? Flaco soy, Señor, bien lo veis vos; y por lo mismo conoceis cuán grandes, cuán poderosos auxílios he menester para combatir y para vencer á un enemigo que tira de derecho á estorbarme la salvacion. Únicamente confio en vuestra gracia, y en fe de élla me atrevo á prometeros que no haré treguas con mis pasiones, y que no las dexaré respirar hasta haberlas del todo vencido.

JACULATORIAS.

Eripe me de manu inimicorum meorum; et á persequentibus me. Salm. 30.

Líbrame, Señor, de las manos de mis enemigos, que me persiguen para perderme.

Persequar inimicos meos, et comprehendam illos: et non convertar donec deficiant. Salm. 17.

Lleno de confianza en vos, Dios mio, perseguiré á mis enemigos, los atacaré, y no me retiraré hasta haberlos enteramente derrotado.

PROPOSITOS.

Ten presente que perdonar á una pasion es ministrarla armas. Créese que se la irá debilitando poco á poco, y se en-

gaña el que lo cree; la tolerancia la da alientos y la fortifica. Aún es error mas grosero pensar librarse de élla contentándola y satisfaciéndola. ¿Es posible que no se adviertan los funestos estragos que hace cada dia este enemigo doméstico? Se conocen, se experimentan, se lloran; porque ¿quién dexa de gritar contra las pasiones? Pero á esto se reduce todo; no pasa adelante la cólera. Ármate desde este punto contra ese enemigo, no sufras que te tiranice; atácale por el frente; considera cuál es su fin, sus armas y sus artificios; si es la pasion del deleyte, de la mortificacion de los sentidos, y echa mano de las armas de la penitencia; si la ambicion y el orgullo, en la humildad cristiana, y mucho mas en las humillaciones y en los desprecios hallarás con que domar estos fieros y terribles enemigos; si es la cólera, haz estudio particular de conservar siempre una dulzura inalterable á prueba de todo accidente. Para reprimir sus ímpetus, es medio muy eficaz el callar luego que se exâlta, y retirarse por algunos instantes.

2 Exâmina cuáles son tus pasiones, y por la mañana cuando ofrezcas las obras del dia, haz á Dios una oracion particular, pidiéndole te asista con su gracia para vencerlas. Todos los dias, ó á lo menos de cuando en cuando, haz algunas penitencias, ofrece algunas comuniones, y algunas limosnas para que el Señor te conceda esta importante victoria. Escoge por especial patron algun santo que haya sobresalido en aquella virtud que necesitas. Estos son auxílios necesarios para lograr el vencimiento. Desconfia de tu flaqueza; pero confiando al mismo tiempo en la divina gracia, no omitas medio alguno que pueda conducir para domar á este enemigo. Sobre todo guárdate bien de dexarte mandar de tus pasiones; ya que no las puedas aniquilar y destruir, por lo menos ténlas sujetas, abatidas y, por decirlo así, encadenadas.

DIA VEINTE Y DOS.

Santa María Magdalena.

Santa María Magdalena, tan celebre en el evangelio por su inseparable adhesion á la persona de Cristo, y por su dolorosa penitencia, fue originaria de Betánia, pueblo reducido, á tres cuartos de legua de Jerusalen, y mansion ordinaria de su familia. Segun san Antonino, su padre se llamó Syr, y su madre Eucaria, muy conocidos entre los judíos, tanto por sus muchos bienes de fortuna, como por el distinguido papel que hacian en la provincia. Tuvieron un hijo y dos hijas: Lázaro, que fue el primogénito, Marta y María. Muertos el padre y la madre, los hermanos repartieron entre sí la hacienda; á Lázaro y á Marta les tocó la que habia en Betánia, y en las cercanías de Jerusalen, y á María la cupo el castillo de Mágdala, ú de Magdelon, situado en la provincia de Galilea. Quedóse por algun tiempo en Betánia, en la compañía de su hermano y de su hermana, los cuales reconociendo la excesiva vivacidad de su genio, y la violenta inclinacion que mostraba á la profanidad, á la diversion y al desahogo, hicieron cuanto pudieron para inspirarla el santo temor de Dios, la modestia y la compostura propia de su sexô.

Pero aprovechó poco su zelo; cansóse presto María de una vida tan arreglada; y resolvió sacudir de sí aquel pesado yugo. A su natural vivo y orgulloso, á su espíritu brillante, á un corazon enteramente mundano, acompañado todo de una rara hermosura, se le hacia insoportable la vigilancia de una hermana que hacia pública profesion de la mas ajustada virtud. Tomado, pues, su partido, se retiró á su castillo de Mágdala en Galilea, como á propia posesion, que le habia tocado en su legítima. Allí olvidó bien presto, así las lecciones, como los exemplos de sus padres y de sus hermanos. Las frecuentes visitas de mucha gente moza y divertida,

su despejo y su desembarazo, algo mayor de lo que fuera justo; ciertas modales un poco mas libres de lo que permitia la modestia, hicieron poca merced á su reputacion, siendo su pasion dominante la de parecer bien, y tener muchos cortejos. Ya no pensaba Magdalena en otra cosa que en divertirse; las galas, los perfumes, las joyas mas exquisitas daban mayor lustre á su hermosura natural; y abusando de su libertad, en breve tiempo fue el escándalo público de toda la provincia. Por aquel tiempo, poco mas ó menos, comenzaba el Salvador á llenar toda la Judea del ruido de sus milagros y de su santidad: Lázaro y Marta fueron de los primeros discípulos que se agregaron, y clamaron incesantemente á su piedad por la conversion de una que traia una vida tan licenciosa y tan perdida. Oyó benignamente el Hijo de Dios sus piadosos ruegos, y como habia venido al mundo singularmente por los pecadores, movió el corazon de aquella insigne pecadora. Predicaba en Betsáida y en Cafárnaum, no lejos del castillo de Mágdala, cuando movida Mágdalena de las maravillas que oia decir de aquel gran Profeta, le fue á oir por curiosidad. Apénas le oyó, cuando quedó convertida. Alumbró la gracia su entendimiento, penetró su corazon, y en el mismo punto concibió tanto horror de sus culpas, que no dilató ni un solo instante la penitencia. Informóse donde podia encontrar al Salvador, y supo que estaba convidado aquel dia á comer en casa de Simon el fariseo, con todo lo mas granado y mas distinguido de la ciudad. Eran delicadas las circunstancias, pero no se detuvo Magdalena. Luego que tuvo noticia de que Jesucristo estaba ya en casa de Simon, tomó un vaso de alabastro lleno de un bálsamo exquisito, y sin dar oidos al espíritu del mundo, ni á su delicadeza, ni á otras mil frívolas razones, entra en la sala del convite, y viendo al Salvador recostado en uno de aquellos lechos, ó canapes que usaban en sus mesas los judíos, no atreviéndose á mirarle cara á cara se arrojó á sus sagrados pies por las espaldas, y despedazado el corazon con la fuerza del dolor y del amor, los riega con sus lágrimas, los enxuga con sus cabellos, los unge con el precioso bálsamo, y los besa con res-

peto, mostrando su contricion y su tierna confianza.

Viendo esto el fariseo, inclinado siempre á echarlo todo á la peor parte, y notando la bondad con que el Salvador sufria á sus pies aquella pecadora, decia para consigo: Si este hombre fuera profeta, sabria quién era la muger que le está besando los pies, y bañándoselos con sus lágrimas. Leía el Salvador todo lo que pasaba por el corazon y por el pensamiento del fariseo; y queriendo que él mismo fuese el defensor de aquella muger de quien hacia tan mal concepto, le dixo esta parábola: "Simon, quiero saber tu dictámen en lo que te voy á »proponer. A cierto acreedor le debian dos sugetos, úno »quinientos reales de plata, y ótro cincuenta. Ni úno ni »ótro tenian con que pagar, y á úno y á ótro los per»donó todo lo que le debian: dime, ¿cuál de éstos debe »amar mas, y estar mas agradecido al generoso acree»dor? Es claro, respondió Simon, que aquel á quien per»donó mayor cantidad. Muy bien has respondido, repli»có el Salvador; y señalando á la Magdalena, añadió: »¿Ves á esta muger? pues haz reflexíon á lo que ha he»cho, y sentencia despues sin pasion. Cuando entré en »tu casa, ni se te ofreció siquiera presentarme un poco de »agua para lavarme los pies, y élla me los lava con sus lá»grimas. A ti no te pasó por la imaginacion derramar so»bre mi cabeza aquellos odoríferos perfumes que se usan, »y no se escasean en los convites; y élla derramó sobre »mis pies un precioso bálsamo, de cuyo suave olor está »llena toda la casa. Por tanto, no te admires de que se la »hayan perdonado muchos pecados, porque verdadera»mente amó mucho. Hasta ahora ninguno me ha buscado, »sino para que le sanase de las enfermedades del cuerpo; »pero esta muger se postró á mis pies solamente para que »la curase de las heridas del alma; y volviéndose despues »á aquella ilustre penitente, la dixo: Anda, hija mia, tu fe »y tu confianza te han salvado; y tus culpas quedan per»donadas."

Ni hubo jamás perdon mas señalado, ni tampoco mas perfecta conversion. Apoderóse el divino amor del lugar que ocupaba el amor profano, y abrasó desde luego aquel noble y generoso corazon. No tuvo el Salvador discípula mas fervorosa, que mas gustase de su celes-

tial enseñanza, ni que se aprovechase mas de sus divinas instrucciones.

Facilmente se dexa descurrir el gozo de Lázaro y de Marta cuando tuvieron noticia de la milagrosa mudanza de su hermana, ni nuestra Santa se descuidó en darles luego las mejores pruebas de élla en sus fervorosos exemplos. Inmediatamente se puso en camino para Betánia, donde los refirió las piedades y las maravillas que el Salvador habia obrado con élla. Desde entonces no perdió ocasion la fiel Discípula de oir las lecciones de su divino Maestro, á quien siempre tenia presente en su espíritu, cuando no podia estar á sus pies. Este amor á la contemplacion le ocasionó cierta quejilla por parte de su hermana. Como el Hijo de Dios amaba tanto á aquella virtuosa familia, se fue á hospedar á su casa, y Marta hacia todo lo posible para tratar á tal huesped como era razon. Mientras élla andaba dentro de la casa aquí para allí dando providencias, María Magdalena se estaba muy tranquilamente sentada á los pies de Cristo, sin pensar mas que en oirle y en aprovecharse de lo que le oia. Como vió Marta que la hermana no se movia, encarando con el Salvador, le dixo con ingenuidad: *Señor, ¿pues no veis que mi hermana me dexa sola, queriendo que yo lo haga todo? decidla, os ruego, que se levante, y que me venga á ayudar.* Tomó de aquí ocasion Jesucristo para enseñarla aquella gran verdad, que es como el compendio del moral cristiano, y la respondió: *Marta, Marta, tú andas muy solícita, inquieta y embarazada en muchas cosas; créeme que una sola es necesaria, y que María escogió la mejor.* Como si dixera, explica san Agustin, no condeno tu caridad, ni tu zelo, pero no puedo aprobar tu inquietud. Siempre es reprensible el trabajar con afan y con disipacion; tu hermana está mejor ocupada que tú, pues se aplica á lo mas perfecto, que es al espiritual alimento en su alma.

Retirado el Hijo de Dios á Galilea por evitar el furor de los judíos, enfermó Lázaro de muerte. Agravósele la enfermedad, y las dos hermanas acudieron al Médico celestial; despacháronle un propio en este breve y significativo recado: *Señor, el que amas está enfermo.* Cuando el expreso llegó, ya Lázaro habia muerto; y el Salvador no lle-

gó á Betánia hasta cuatro dias despues de su entierro y funerales. Hizo adelantar á nuestra Santa la noticia de su venida, y saliendole á recibir, le dixo bañada en lágrimas: *Señor, si estuviérais aquí, no hubiera muerto mi hermano.* Mostróse enternecido el Salvador, y resucitó á Lázaro á ruegos de las dos hermanas.

No parecia posible amor de Dios mas encendido, mas generoso, ni mas tierno que el de esta fina amante de Jesus. Seguíale casi á todas partes para aprovecharse de sus instrucciones, y para cuidar de su sustento con sus limosnas. Por lo comun los evangelistas la nombran la primera entre las mugeres que seguian al Salvador. San Lucas y san Marcos, hablando en particular de María Magdalena, dicen que ésta fue aquella fiel discípula de la cual lanzó Jesus siete demonios; lo que explican muchos Padres antiguos diciendo, que la perdonó muchos pecados, extinguiéndo en élla con su gracia el espíritu mundano, el espíritu impuro, el espíritu de orgullo, el espíritu de independencia, el de profanidad, el de ociosidad y el de regalo y delicadeza. Lo cierto es, que no malograba medio, ocasion, ni oportunidad de manifestarle su respeto, su amor y su reconocimiento.

Estando el Salvador en Betánia, seis dias antes de la última Pascua, le convidó á comer uno de los mas ricos vecinos del lugar, llamado Simon, á quien el mismo Señor habia curado de la lepra. Era Lázaro uno de los convidados; Marta servia á la mesa, y María atenta siempre, y siempre desvelada en dar á su divino Maestro cuantas pruebas le eran posibles de su reconocimiento, y de su respeto, tomó de su cargo los perfumes, que entre los judíos eran todo el lucimiento de la fiesta. Tomó una libra del espíritu del nardo, escogiendo el mas precioso, por ser destilado, no de la hoja sino de la espiga de aquella planta. Cerróle muy bien en un vaso de alabastro, y entrando en la sala donde comian los convidados, le derramó todo sobre los pies del Salvador, enxugándolos despues con sus cabellos, y teniéndose por muy dichosa de haber empleado tan bien aquella preciosa confeccion.

Llenóse toda la casa de fragrancia; pero los que tenian menos fe, ó no eran tan devotos, censuraron su prodigalidad, diciendo que un perfume tan costoso, co-

mo que valia trescientos dineros de plata, estaria mejor empleado si se hubiese vendido, y repartido su precio entre los pobres. Como el Hijo de Dios penetraba íntimamente lo mas reservado de aquellos malignos corazones, tomó de su cuenta la defensa de nuestra Santa. "Lo que »acaba de hacer (dixo) será perpetuamente alabado; y »eso que vosotros calificais de excesiva profusion, es prue»ba de su mucha piedad. Lo mismo que vosotros acos»tumbrais hacer con los cadáveres de los difuntos, ha »hecho anticipadamente conmigo esta piadosa muger, »adelantando este oficio algunos pocos dias á mi proxí»ma sepultura.

Pero el teatro donde mas se acreditó, y donde mas resplandeció el fuego del divino amor que abrasaba á Magdalena, fue en la pasion de Jesucristo, y en el monte Calvario. Aunque los demas discípulos le desampararon, y se esparcieron luego que vieron preso á su divino Pastor, ningun respeto, ni temor fue bastante para que la intrépida y amante Magdalena perdiese de vista á su amado Maestro. Siguióle á todos los tribunales, y acompañando inseparablemente á su santísima Madre, se halló con esta Señora al pie de la cruz, donde tuvo la dicha y el dolor de ver espirar á su adorado dueño. Es tradicion tan antigua, como respetable, que recogió con la mayor veneracion una porcion de tierra embebida en la sangre del Salvador, y que guardó este precioso tesoro en una ampolla, que hoy se conserva, y se adora en san Maximiano de Provenza.

Si el amor de Magdalena á su celestial Maestro fuera menos encendido y menos generoso despues que le vió espirar, se hubiera contentado con llorarle en la soledad de su retiro. Pero nuestra Santa no limitó precisamente las finezas de su amor á las demostraciones del llanto. No se alejó de la cruz, ni se retiró á Jerusalen hasta que se dió sepultura al Salvador, y acompañó al cuerpo al mismo sepulcro, con intento de volver á rendirle los últimos honores luego que se pasase la festividad del sábado. Es bien sabida la priesa que se dió á madrugar aquel dia al mismo romper de la aurora. Representábanla las compañeras, que era imprudencia pretender forzar, por decirlo así, una compañía de solda-

dos que guardaban el cuerpo, y que parecia insigne temeridad presumir élla sola remover una gran losa, que apenas podrian menear muchos hombres juntos, y ademas de esto estaba sellada con el sello del Soberano. No conoce estorbos el fuego del divino amor, y así nada acobardó á Magdalena, ni fue bastante para detenerla un momento; verdad es que ya habia allanado el Salvador todas las dificultades con su resurreccion; corrió, voló Magdalena al sepulcro, y ya le encontró abierto. Como no vió el sagrado cuerpo de su divino Maestro, abandonóse á los suspiros y al mas amargo llanto. Vió dos ángeles vestidos de blanco junto al sepulcro, que le preguntaron el motivo de su dolor y de sus lágrimas: *Lloro*, le respondió Magdalena, *porque han llevado de aquí el cuerpo de mi Señor, y no sé dónde le han puesto.* Las otras santas mugeres compañeras suyas, y aun los mismos santos apóstoles se volvieron muy desconsolados; pero Magdalena perseveró constante sin desistir de la empresa, haciendo diligencias por todo el huerto dónde estaba el sepulcro; y buscando el sagrado cuerpo por todas partes con dolor y con inquietud, entraba y salia á cada paso en el lugar del mismo sepulcro, sin poder sosegar, y cada vez que no le encontraba se le renovaba el llanto; pero no tardó el Salvador en premiar tan fina y tan generosa constancia; volvió á un lado la cabeza Magdalena, y vió en pie á Jesus, aunque no le conoció, el cual la dixo: *Muger, ¿por qué lloras tanto?* Élla, creyendo que fuese el hortelano, respondió: *Señor, si tú le llevaste, dime dónde le pusiste, que yo le buscaré y le retiraré.* Movido entonces el Salvador de aquel amor fino y tierno, no hizo mas que llamarla por su nombre, diciéndola esta sola palabra: *María*; y reconociendo por élla la generosa Amante que era el mismo Jesus, exclamó fuera de sí: ¡*Ah, Maestro mio*! y queriendo arrojarse á sus pies para abrazarlos, el Señor se lo estorbó; para darla á entender, como dice san Leon, que ya era tiempo de que elevándose sobre los sentidos corporales, le mirase con los ojos de la fe, considerándole como si ya estuviese sentado en el cielo á la diestra de Dios Padre. Solamente la añadió: *Anda, y ve apriesa á contar lo que has visto á mis hermanos.*

Agradeció María esta órden como una prueba especial del amor que la tenia su divino Maestro; y en efecto se debe contar esta aparicion por uno de los mas señalados favores que recibió de Jesucristo. Tuvo despues el consuelo y la dicha de verle y de oirle muchas veces; y como era inseparable compañera de la santísima Vírgen, se halló á su lado en el Monte Tabor cuando su divino Hijo subió triunfante á los cielos. Era su ánimo pasar lo restante de su vida acompañando en su retiro á la Madre del Salvador, á quien amaba y respetaba como á madre suya; pero suscitándose la persecucion de los judíos contra los discípulos de Jesus, y habiendo quitado la vida al protomártir san Esteban, se vieron obligados los fieles á salir de Jerusalen. Lázaro y sus hermanas eran el objeto principal de su furor, no pudiendo sufrir aquel obstinado pueblo tener á la vista un testimonio tan palpable del poder de Jesucristo, que contínuamente los estaba dando en cara con su impiedad y con su deicidio. Temerosos de que si le quitaban la vida le verian segunda vez resucitado, se contentaron con desterrarle de la Judea. Dícese que á él y á sus dos hermanas Marta y María, con Marcela su criada, y con Maxîmino, uno de los setenta y dos discípulos, los metieron en un navío sin timon, sin mástiles, sin velas y sin aparejos, y que de esta manera los dexaron á merced en las olas del Mediterráneo, exponiéndolos á un evidente naufragio; pero la providencia del Señor destinaba aquella bienaventurada tropa, y la conducia milagrosamente á un pais que era de su particular agrado.

Es antigua y constante tradicion, autorizada por la misma Iglesia, que el navío entró de aquella manera en el puerto de Marsella, y que atónitos los gentiles á vista de la maravilla, élla misma sirvió para disponer los ánimos á oir con asombro y con docilidad á una gente á quien el cielo protegia con tan visible prodigio. Luego que echaron pie á tierra anunciaron la fe de Jesucristo en toda la ciudad, señalándose sobre todos el zelo y el fervor de Magdalena. Desde luego captó ésta la admiracion universal por su ayre, por su elocuencia y por sus milagros, escogiendo para predicar la plaza mas vecina al gran templo de Diana, adonde todos los dias concu-

rria el pueblo en tropel, y cada dia conquistaba nuevas almas para Jesucristo. En el mismo sitio donde la Santa predicaba se ve hoy una capilla muy antigua dedicada en honor suyo, como á doscientos pasos del famoso templo de Diana, que es hoy la iglesia catedral, consagrada á Dios, y dedicada á la santísima Vírgen con el título de santa María la Mayor. En la célebre abadía de san Victor se ve tambien una profunda gruta abierta en una peña, donde se asegura se retiraba la Santa por las noches, pasándolas en oracion durante el tiempo que trabajó en la salvacion de las almas. Lo cierto es que los fieles de los primeros tiempos se juntaban en aquel lugar subterráneo para asistir al divino sacrificio.

Pero viendo Magdalena que habia abrazado la fe una parte de la ciudad, y que san Lázaro, á quien los apóstoles habian consagrado obispo antes de partir de Jerusalen, estaba encargado de aquella iglesia por la divina Providencia, tirándola siempre su inclinacion á la vida contemplativa, determinó acabar la suya en alguna soledad. Hallóla luego, y muy á medida de su deseo. Hay á ocho leguas de Marsella un espantoso desierto que termina en una elevada montaña, en cuyo centro se abre una dilatada gruta, bastantemente profunda, y este fue el sitio que nuestra Santa escogió para su mansion. En él hizo una vida celestial por espacio de treinta años, empleada en contínuas comunicaciones con Dios, y sin otra conversacion que con los ángeles. Fue extrema su penitencia, siendo su cama la dura roca, y su comida las yerbas ó las raices que se criaban al rededor de la gruta.

Al cabo de treinta años de una vida tan santa, tan prodigiosa y tan penitente tuvo revelacion del dia y de la hora en que debia partir á volverse á juntar en el cielo con aquel divino Salvador á quien habia amado tan finamente en la tierra. Por ministerio de los santos ángeles fue milagrosamente trasladada á un oratorio distante dos leguas de su gruta, donde se retiraba san Maxîmino, de cuyas manos recibió la sagrada Eucaristía, y en éllas espiró tranquilamente, yendo al cielo á recibir el premio correspondiente á su abrasado amor de Jesucristo y á su admirable penitencia. Fue enterrada en aquel mismo sitio, y en él fundó la devocion de Cárlos II. rey de Sici-

lia, la magnífica iglesia dedicada á la misma Santa, con un convento de religiosos dominicos, á quienes el mismo piadoso Monarca quiso hacer dignos depositarios de tan precioso tesoro. Venéranse las reliquias de la Santa sobre el altar mayor, dentro de una urna de pórfido, regalo del papa Urbano VIII. adonde fueron trasladas con gran solemnidad el año de 1660, en presencia del rey de Francia Luis el Grande, y de toda su córte, por el arzobispo de Aviñon Juan Bautista Mariny.

La cabeza de la Santa, engastada en un precioso relicario de oro, se guarda en la capilla subterránea que está en medio de la nave; y tambien se ve un hueso de sus brazos, con sus cabellos dentro de una ampolla de cristal, que se muestran muchas veces al dia, para satisfacer la devocion de los peregrinos y forasteros que concurren en tropas. Ni la gruta que en Francia se llama *el santo Bálsamo* es menos frecuentada que la iglesia donde descansan sus huesos, creciendo cada dia el concurso de los fieles en vista de los beneficios que reciben de Dios por su intercesion.

Las reliquias de santa Magdalena, que se guardan en el convento de Vecelay en Borgoña, pueden ser alguna porcion de las que hay en san Maxîmino. Envidiosos los griegos de que la Iglesia latina poseyese este inestimable tesoro, luego que se separaron de élla salieron con la invencion de que san Lázaro, santa Marta y santa Magdalena habian muerto en Efeso, especie de que hasta entonces no se habian acordado. Así, pues, tiene mucha razon la Provenza para gloriarse de que élla le posee, fundada en una tradicion venerable por su antigüedad, autorizada con manuscritos antiguos del sexto siglo, que se guardan en las iglesias de Tolón y de Senés; con el testimonio de Sigiberto, monge de Gemblours, de Honorio de Autún, de Gervasio de Tilisberi, y de otros muchos autores antiguos, pero singularmente con la autoridad de muchos grandes papas, como Benedicto X., Juan XXII., Gregorio XI., Clemente VII., Eugenio IV., Sixto IV., Adriano VI. y Urbano VIII. que con sus bulas hicieron como cierta una tradicion tan constante.

La misa es en honor de la Santa, y la oracion la siguiente.

Beatæ Mariæ Magdalenæ, quæsumus, Domine, suffragiis adjuvemur; cujus precibus exoratus, quatriduanum fratrem Lazarum vivum ab inferis resuscitasti: Qui vivis et regnas...

Suplicámoste, Señor, que seamos ayudados por la intercesion de la bienaventurada María Magdalena, á cuyos ruegos resucitaste á su hermano Lázaro, despues de cuatro dias muerto: Tú que vives y reynas...

La epístola es del cap. 3 y 8 del libro de los Cánticos.

Surgam, et circuibo civitatem. Per vicos et plateas quæram quem diligit anima mea: quæsivi illum, et non inveni. Invenerunt me vigiles qui custodiunt civitatem. Num quem diligit anima mea vidistis? Paululum cum pertransissem eos, inveni quem diligit anima mea, tenui eum, nec dimittam donec introducam illum in domum matris meæ, et in cubiculum genitricis meæ. Adjuro vos, filiæ Jerusalem, per capreas, cervosque camporum, ne suscitetis, neque evigilare faciatis dilectam donec ipsa velit. Pone me ut signaculum super cor tuum, ut signaculum super brachium tuum: quia fortis est ut mors dilectio. Dura sicut infernus æmulatio, lampades ejus lampades ignis atque flammarum. Aquæ multæ non potuerunt extinguere charitatem, nec flumina obruent illam: si dederit homo omnem substantiam domus suæ pro dilectione, quasi nihil despiciet eam.

Me levantaré, y rodearé la ciudad. Por los barrios y plazas buscaré al que ama mi alma: le busqué, y no le hallé. Encontráronme las centinelas que guardan la ciudad. ¿Visteis por ventura al amado de mi alma? De allí á poco que los dexé, encontré al que ama mi alma, le cogí, y no le dexaré hasta tanto que le introduzca en la casa de mi madre, y en el retrete de la que me engendró. Yo os conjuro, ó hijas de Jerusalen, por las cabras y los ciervos de las campos, que no desperteis, ni hagais desvelarse á mi amada hasta tanto que élla quiera. Ponme como un sello sobre tu corazon, como sello sobre tu brazo: porque el amor es fuerte como la muerte, y los zelos duros como el infierno: sus lámparas son lámparas de fuego y de llamas. Las muchas aguas no pudieron apagar la caridad, ni la cubrirán los rios: cuando un hombre diese por el amor todas las riquezas de su casa, las despreciaria como si fuesen nada.

NOTA.

„El cántico de los Cánticos, de donde se sacó esta „epístola es una parábola continuada, en la cual debaxo „de expresiones alegóricas se encierran los espirituales mis„terios de la union del Verbo con la naturaleza humana „en la Encarnacion, y de la del hombre Dios con la Igle„sia su santa esposa.

REFLEXIONES.

Me levantaré, y daré vuelta á la ciudad. Es cierto que no se encuentra á Dios en la ociosidad, en la poltroneria, en la pereza y en la desidiosa inaccion. Las almas perezosas y dexadas, los corazones inmortificados y regalones, los espíritus tibios y haraganes en vano buscan al Esposo celestial en una vida inútil y repantigada; esten ciertos de que jamás le encontrarán. No, no se toma el gusto á Dios entre las delicias de una vida enteramente mundana; solo en medio de las cruces, entre las humillaciones y los abatimientos, en los exercicios duros y penosos de la penitencia se encuentra aquel consuelo espiritual, aquella interior dulzura que produce en una alma inocente la presencia del divino Esposo; cualquiera otro camino es extravío. No gusta Dios de siervos holgazanes. En vano se le busca en las calles y en las plazas públicas; el bullicio y el tumulto no son de su inclinacion; ama la soledad y el retiro. Una vida bulliciosa nunca fue ni puede ser muy interior; no es posible gustar de Dios en medio de la disipacion. Pide la esposa noticias de su amado á los guardas de la ciudad; esto es, como expone san Bernardo, á los sentidos exteriores. Dirígese mal para adquirirlas, porque éstos, ni conocen al que busca, ni tienen noticia de sus caminos. Las almas sepultadas en los sentidos contínuamente viven en ignorancia y en tinieblas. No se comunica Dios á esas almas terrenas. *El hombre animal*, dice el Apóstol, *no conoce el espíritu de Dios*. De aquí nace el tedio con que los mundanos miran la virtud, y de aquí el desprecio con que tratan las máxímas santas del evangelio. Si se quiere tomar el gusto á las verdades de mayor consuelo que tiene la religion;

si se quiere experimentar dulce y suave el yugo del Señor; si se quieren gustar anticipadamente aquellos como destellos de la gloria; si se quieren percibir aquellas dulzuras espirituales que el divino Esposo derrama tan liberalmente en las almas puras, es menester elevarse sobre los sentidos, es menester mirar únicamente con los ojos de la fe las brillanteces y las especiosidades del mundo; es menester vivir una vida totalmente espiritual. No hay luz pura, no hay sabiduría verdadera, no hay sólida virtud sin una constante mortificacion de los sentidos. En levantándose el espíritu sobre esas nubes densas y tenebrosas se respira un ayre puro, se goza un cielo sereno, se vive en una dulce calma; entonces se halla al amado que se busca, y que es toda nuestra felicidad; una vez encontrado, se procura con el mayor cuidado no volverle á perder. Llórase entonces la triste suerte de aquellos, que embriagados en los falsos gustos, que tarde ó temprano se les vuelven tan amargos, en aquellos bienes aparentes, que dexan tan vacío el corazon, y que lejos de satisfacerle le irritan mas la sed, viven cada dia mas y mas hambrientos; entonces apenas se puede comprender cómo hay almas ilustradas con las luces de la fe que giman toda la vida sujetas á la triste tiranía de las pasiones. La mansion del Esposo es la celestial Jerusalen, en élla ha de entrar algun dia para gozar á vista suya la gloria preparada á los que le aman, y para embriagarse en aquel torrente de delicias que el Señor nos tiene prometidas. El alma pura y desprendida de los sentidos por el exercicio de una vida tan espiritual, goza ya desde ésta aquellas dulzuras inefables. Esta es la dichosa suerte de los que aman ardientemente á Jesucristo en este mundo. ¡Oh y qué suavísimos consuelos hace gustar aun en esta vida este amor tierno, constante y generoso!

El evangelio es del capítulo 7 de san Lucas.

In illo tempore: Rogabat Jesum quidam de phariseis ut manducaret cum illo. Et ingressus domum pharisæi, discubuit. Et

En aquel tiempo: Rogaba á Jesus uno de los fariseos que fuese á comer con él. Y habiendo entrado en casa del fariseo, se puso á la me-

ecce mulier, quæ erat in civitate peccatrix, ut cognovit quod accubuisset in domum pharisæi, attulit alabastrum unguenti: et stans retro secus pedes ejus, lacrymis cœpit rigare pedes ejus, et capillis capitis sui tergebat, et osculabatur pedes ejus, et unguento ungebat. Videns autem pharisæus, qui vocaverat eum, ait intra se dicens: Hic si esset propheta, sciret utique, quæ, et qualis est mulier quæ tangit eum: quia peccatrix est. Et respondens Jesus, dixit ad illum: Simon, habeo tibi aliquid dicere. At ille ait: Magister, dic. Duo debitores erant cuidam fœneratori; unus debebat denarios quingentos, et alius quinquaginta. Non habentibus illis unde redderent, donavit utrisque. Quis ergo eum plus diligit? Respondens Simon, dixit: Æstimo quia is, cui plus donavit. At ille dixit ei: Recte judicasti. Et conversus ad mulierem, dixit Simoni: Vides hanc mulierem? Intravi in domum tuam, aquam pedibus meis non dedisti: hæc autem lacrymis rigavit pedes meos, et capillis suis tersit. Osculum mihi non dedisti: hæc autem ex quo intravit, non cessavit osculare pedes meos. Oleo caput meum non unxisti: hæc autem unguento unxit pedes meos. Propter quod dico tibi: Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum. Cui autem minus dimittitur, minus diligit. Dixit autem ad illam: Remittuntur tibi peccata. Et cœperunt qui simul accumbebant dicere intra se: Quis est hic, qui etiam peccata dimittit? Dixit au-

sa. Cuando he aquí que una muger, que era pecadora en aquella ciudad, luego que oyó como estaba á la mesa en casa del fariseo, tomó un alabastro de ungüento; y estando junto á sus pies por la parte de atras, comenzó á regar sus pies con lágrimas, y los enxugaba con los cabellos de su cabeza, y los besaba y los ungia con ungüento. Viéndolo, pues, el fariseo que le habia llamado, dixo para sí: Si fuera éste profeta, sabria ciertamente quién y cuál es la muger que le toca, y como es pecadora. Y respondiendo Jesus, le dixo: Simon, tengo que decirte cierta cosa. Y él respondió: Maestro, dila: Un acreedor tenia dos deudores, el uno le debia quinientos dineros, y el otro cincuenta. No teniendo éstos modo de pagarle, les perdonó á ámbos la deuda. ¿Quién de éllos, pues, le ama mas? Respondió Simon: Juzgo que aquel á quien mas le perdonó. Y él dixo: Has juzgado rectamente. Y volviéndose á la muger, dixo á Simon: ¿Ves esta muger? Entré en tu casa, y no diste agua á mis pies; y ésta los ha regado con sus lágrimas, y los enxugó con sus cabellos. No me has dado el beso, y ésta desde que entró no cesó de besarme los pies. No has ungido con aceyte mi cabeza, y ésta ungió mis pies con ungüento. Por lo cual te digo le son perdonados muchos pecados, porque amó mucho. A aquel que ama menos, se le perdona menos. Y la dixo: Te son perdonados los pecados, Y los convidados comenzaron á decir para sí: ¿Quién es este que

tem ad mulierem: Fides tua te salvam fecit: vade in pace.

perdona tambien los pecados? Dixo, pues á la muger, tu fe te hizo salva: vete en paz.

MEDITACION.

Modelo de la verdadera penitencia y del perfecto amor de Jesucristo en santa María Magdalena.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hubo en el mundo modelo mas perfecto de la verdadera penitencia que el de la Magdalena; toda penitencia que no se parezca á él es falsa. Fue penitencia pronta, generosa, y fue eficaz. Pronta para vencer todas las dilaciones que son tan comunes en los pecadores; generosa para triunfar de todos los estorbos, y para atropellar por todos los respetos humanos que tanto los suelen acobardar; eficaz para sacrificar valerosamente á Dios todo lo que fue materia y ocasion del pecado. Tan presto como conoció, dice el Evangelista, esto es, en el mismo punto en que Dios la abrió los ojos, y la gracia movió el corazon, renunció la culpa. No se pára, no se detiene, no delibera, no da oidos al espíritu del mundo, ni á la repugnancia natural, ni á otras muchas consideraciones que la desvian de su intento. No espera tiempo mas oportuno ni ocasion mas favorable; no busca otro lugar donde haga menos ruido su conversion. Prudencia del siglo, cabilosos discursos, pretextos especiosos, ¿cuántas conversiones haceis abortar? En materia de conversion no hay dilacion que no sea especie de impenitencia. La menor duda en materia de fe es no creer; y la menor dilacion en punto de penitencia es verdaderamente no convertirse. Luego que la Magdalena conoció el lastimoso estado de su alma, *ut cognovit*, luego que entendió donde encontraria al Salvador, parte, corre, entra intrépidamente en la sala, arrójase á los pies de Jesucristo, riégalos con sus lágrimas sin dársela nada por los concurrentes. No es ya una penitencia tímida que se

recata, que se disimula, que quiere atemperarse á todo, porque de todo se rezela; es una penitencia intrépida, resuelta, generosa, que solo se aconseja con su deber y con su salvacion. No se logró jamás victoria mas completa, triunfo mas cabal de los respetos humanos, del amor propio y del orgullo; con una sola accion sacrificó todo lo que podia lisonjear su ambicion, su reputacion y su delicadeza. No se avergonzó de parecer arrepentida; solamente se corrió de haber sido pecadora; hizo que sirviese á la justicia, á la penitencia y á la virtud todo lo que habia sido instrumento ó fomento del pecado. Magdalena á los pies del Salvador, dice san Agustin, es un ídolo del mundo, convertido en víctima, y sacrificado al verdadero Dios. Consagró á su servicio todo lo que habia contribuido á su perdicion. ¿Habíanla perdido sus ojos? pues de éllos saca lágrimas que han de concurrir á salvarla: ¿habian éstos encendido en su corazon el amor del mundo? pues broten de éllos torrentes que apaguen este impuro fuego. Los perfumes, las joyas, los preciosos licores que fueron incentivos de la profanidad y de la sensualidad, ya son sacrificios de la penitencia. Este es el modelo de una verdadera conversion; ¿pero es éste el modelo de la nuestra? Esos proyectos de conversion siempre dilatados; esos vanos temores, esas reservas, esa cobardía á vista del menor estorbo, esa adhesion á todo lo que es asunto y motivo de arrepentimiento, ¿todo esto es buena prueba de que estamos verdaderamente convertidos?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el amor de Dios es inseparable de una verdadera conversion, y por los efectos de este amor se ha de hacer juicio seguro de la sinceridad y del mérito de la penitencia. Observa bien lo úno y lo ótro en la conversion de la Magdalena. Buena prueba es su amor á Jesucristo. ¡Pero qué abrasado, qué generoso! Seguir al Salvador cuando obraba maravillas, era fácil; entonces era inmenso el número de sus discípulos; pero le prenden, cae, por decirlo así, en desgracia de los hombres; casi todos le abandonan; mas la fina Magdalena no sigue este

cobarde exemplo; amaba á Cristo, y no á sus milagros; por tanto le acompaña hasta el pie de la cruz en el monte Calvario. Adórale, y le ama en medio de sus oprobios; ámale aun despues de muerto. ¡Con qué impaciencia espera que se pase el dia del sábado para ir á rendirle los últimos honores! ¿pero acaso esta generosa amante no preveia las dificultades, ni tenia presentes los estorbos? De ningun modo; pónese en camino, y luego se la ofrece si podria mover la lápida que cubria el sepulcro. Bastaba este invencible impedimento para que una muger moza y delicada se volviese atras; un cuerpo de guardia, una piedra de enorme peso, el sello del príncipe, todas eran razones poderosas para que no pasase adelante: mucho menos sería menester el dia de hoy para acobardar y para desalentar á muchas personas devotas. Todas eran dificultades insuperables, sí, para quien tiene una fe lánguida y poco segura, un amor de Dios tibio y desmayado; pero á quien le ama sin reserva, la confianza le infunde un maravilloso valor, y élla le sirve de todo. Tambien es cierto que ninguna cosa empeña mas al Salvador en hacer grandes prodigios que un amor generoso y una viva fe. Luego que Magdalena se resuelve á pasar adelante, huyen los soldados, y se abre el sepulcro. Así se allanan, Dios mio, las mayores dificultades cuando se quiere con resolucion abrazar vuestro servicio; así desaparecen todos los estorbos cuando el alma se resuelve de veras á vencerlos, y vos veis un corazon determinado y ardiente; ¿pero quién obligaba á la Magdalena á una vida tan penitente despues de la Ascension del Señor? ¿no estaba muy segura de que se la habian perdonado todos sus pecados? ¿pues á qué fin macerar su cuerpo con tan rigurosa penitencia? Es que amaba á su Dios con abrasado amor; es que tenia continuamente delante de los ojos á Jesus crucificado, y queria cumplir en su carne, como se explica el Apóstol, el resto de la pasion de su divino Maestro; es que sabia que la cruz era en esta vida la herencia de los verdaderos cristianos.

¿Pero reconocemos nosotros en este retrato nuestro amor á Jesucristo? ¿hallamos en este modelo el de nuestra conversion y nuestra penitencia? No sabiendo si nos

ha perdonado Dios ni una sola de nuestras culpas, ¿qué hacemos para satisfacer por éllas? ¿cuáles son nuestras mortificaciones? ¿cuál nuestra penitencia? Estériles deseos, frívolos proyectos de conversion, que solo sirven para amodorrar el alma en su infeliz estado. Vívese en una eterna irresolucion é indeterminacion, como si se pudiese tomar otro partido. ¿Pero nuestro poco amor de Dios en esta vida no será triste presagio de la eterna infelicidad que nos espera en la ótra?

No permitais, Señor, que me suceda esta desdicha; motivo me da para temerla mi pasada cobardía; pero me aníma á esperarlo todo de vuestra inmensa bondad la confianza que tengo de vuestra misericordia infinita, y el exemplo de santa María Magdalena.

JACULATORIAS.

Quis mihi det ut inveniam te! Cant. 8.

¡O amado mio de mi alma, quién me diera hallarte para no apartarme de ti en todos los dias de mi vida!

Inveni quem diligit anima mea: tenui eum, nec dimittam. Cant. 3.

Hallé al amado de mi corazon; estrechéle entre mis brazos, y jamás haré por donde se aparte de mí.

PROPOSITOS.

El primer carácter de la verdadera penitencia es la prontitud en corresponder al movimiento de la gracia cuando se trata de converssion; la dilacion y la deliberacion en esta materia da motivo para temer que jamás llegue el caso de convertirse. Confesar que es preciso hacerlo, y dilatarlo para otro tiempo es, una de dos, ó no dársele á uno nada por morir sin convertirse, y esta es impiedad, ó prometerse que tendrá tiempo para hacerlo, y esta es presuncion. Huye de la úna y de la ótra. Pocos hay que no tengan necesidad de vencer alguna pasion, de reformar sus costumbres, de romper algun mal hábito, de corregir algun vicio, de hacer alguna restitucion, y de calmar los justos remordimientos de la con-

ciencia con una buena confesion; en una palabra, pocos que no tengan necesidad de convertirse. No dilates un momento tu penitencia. ¿Qué dolor sería el tuyo si estos saludables consejos que ahora estás leyendo fueran los últimos avisos que te daba Dios? Él es el que te da este pensamiento, y te hace esta advertencia; no los desprecies; cargado estás de maldades y de deudas á su divina justicia; bien sabes dónde has de encontrar al Salvador; no dilates para mañana el ir á buscarle, y arrojarte á sus pies.

2 Preciso es, dice san Pablo, que lo que fue materia del pecado, lo sea de penitencia; aquello mismo que diste al mundo cuando eras esclavo suyo, se lo has de dar ahora á Dios; las mismas cosas que sirvieron á la vanidad y al deleyte han de servir en adelante á la virtud y á la religion; sin esto la conversion es dudosa, es caduca, es aparente. ¿Cuántas galas costosas? ¿cuántos muebles supérfluos? ¿cuántos gastos inútiles? Haz pedazos esos vasos de alabastro, derrama esos bálsamos preciosos á los pies de Jesucristo; es decir, redime con limosnas tus pecados. ¡Qué consuelo será el tuyo á la hora de la muerte si hubieses vendido esas joyas, ese aparato de la vanidad y de la profanidad para adorno de los altares, y para sustento de los pobres! ¿Consolará mucho á un moribundo dexar á sus hijos con qué eternizar la profanidad en la familia? Sacrifica al Señor antes de la muerte todo lo que ha servido de fomento al orgullo.



DIA VEINTE Y TRES.

San Apolinar, ó Apolinario, obispo y mártir.

Es reconocido san Apolinar por apóstol, y por el primer obispo de Ravena; por lo menos no se conoce otro mas antiguo que él. Fue discípulo del Salvador, y des-

pues de su gloriosa Ascension acompañó á san Pedro á Antioquía, donde trabajó debaxo de su direccion con tanto zelo y con tanta felicidad en la propagacion de la fe, que cuando el Apóstol dexó la cátedra de Antioquía para establecerla en Roma, le llevó consigo á Italia, conociendo su virtud y su zelo por la religion. Luego que llegaron á élla, bien informado Pedro de lo que disponia la divina Providencia de su amado compañero, le consagró obispo, y le envió á Ravena.

Recibió su mision con extraordinario gozo por el ardiente deseo que tenia de derramar su sangre por amor de Jesucristo; y con la esperanza de encontrar presto la corona del martirio en un pueblo furiosamente adherido al culto de los falsos dioses y á todas las supersticiones del paganismo, partió inmediatamente á su destino. Estaba ya á las puertas de la ciudad, cuando un muchacho, ciego desde su nacimiento, asiéndole á tientas de la ropa, le pidió una limosna. Compadecido el Santo del trabajo de aquel niño, se la dió muy ventajosa, porque haciéndole sobre los ojos la señal de la cruz, le dió al punto la vista. Al ver esta maravilla le rodeó al punto una multitud de gente; y aprovechándose el Santo de la buena disposicion en que estaban los ánimos á presencia del milagro, los habló poco mas ó menos en los mismos términos en que san Pedro habia hablado á los judíos, despues de haber curado milagrosamente al cojo que pedia limosna á la puerta del templo.

Amigos, les dixo, *¿por qué os admirais de lo que acabo de hacer con este niño, ni á qué fin me considerais á mí como si lo hubiera hecho por mi autoridad ni por mi virtud? Si di la vista á este ciego, fue en el nombre del verdadero Dios que os vengo á anunciar; y no hay que esperar salvacion ni vida eterna sino abrazando su religion.* Tardó poco en recoger los primeros frutos de su apostolado; el niño, su padre, que era soldado, y se llamaba Irenéo, con toda su familia se convirtieron luego á Jesucristo, y extendida por toda la ciudad la fama del milagro, todos se daban priesa por ver y conocer al hombre prodigioso que le habia obrado.

Llegando la noticia á un oficial que mandaba un cuerpo de tropas con el grado y título de tribuno militar,

suplicó al Santo que pasase á su casa á visitar á su muger, que se estaba muriendo despues de muchos años de una penosa enfermedad. Entró Apolinar en el cuarto de la enferma, y hallándola á punto de espirar, hizo oracion á Dios, y despues la señal de la cruz sobre la enferma en presencia de su marido y de toda la familia, mandándola que se levantase en nombre de Jesucristo. Al punto recobró todas sus fuerzas la postrada moribunda, y gritando élla misma la primera, *milagro*, *milagro*, se incorpora, se levanta, se arroja á los pies del Santo con su marido y con toda su familia; confiesan todos que no hay otro verdadero Dios sino el Dios de los cristianos, y todos piden el bautismo.

A tan dichosos principios se siguió una abundante y copiosa mies. El tribuno recien convertido dió al Santo una de las casas que tenia en Ravena, la cual fue como la cuna de aquella tierna y recien nacida iglesia. Creció tanto en poco tiempo el número de los fieles, que Apolinar se vió precisado á formar una como especie de clero, escogiendo algunos discípulos para que le ayudasen en las sagradas funciones de su ministerio. Celebrábanse los divinos misterios con respeto y con veneracion; cantábanse las alabanzas del Señor con devocion y con piedad, y el zeloso Pastor distribuia al pueblo el pan de la palabra de Dios. Aunque estos exercicios de religion se hacian de noche y en secreto, como se acostumbraba en aquellos tiempos de persecuciones, no pudieron hacerse tanto, que los paganos no lo llegasen á entender. Sobre todo, los sacerdotes de los ídolos, viendo disminuidos sus emolumentos y el culto de los dioses desde que Apolinar estaba en la ciudad, enconaron los ánimos contra él, y le acusaron ante Saturnino, gobernador de Ravena, como á cabeza muy principal de los cristianos. Llamóle el Gobernador, y al principio le trató con mucha urbanidad, teniendo presente que era respetado por hombre milagroso; pero le dió quejas de la grave injuria que hacia al gran Júpiter, habiendo ya doce años que no cesaba de dogmatizar en la ciudad. Respondió el Santo con mucho respeto que no conocia á tal Júpiter, ni mucho menos podia discurrir se hiciese agravio al público en intentar sacarle de la

impiedad, y de las tinieblas de la idolatría. *Pues si no le conoces*, replicó el Gobernador, *yo te le daré á conocer; vamos juntos al templo.* Quedó atónito el Santo cuando vió la multitud de vasos de oro y de preciosos ornamentos, que no tanto adornaban, cuanto oprimian el sacrilego altar del ídolo, y enternecido hasta derramar muchas lágrimas á vista de las inmensas riquezas que se sacrificaban al demonio; *¿es posible*, exclamó, *que hombres de razon se despojen, se consuman y se empobrezcan por enriquecer un ídolo vano, que no vale lo que tiene á cuestas? ¿Qué poder tiene vuestro Júpiter? ¿quién ha hecho dios á un hombre, que segun vuestras mismas fábulas fue el mas facineroso de todos los mortales?* No fue menester mas para que todo el pueblo se alborotase, y se armase contra él. Abandonóle el Gobernador á su discrecion, moliéronle á palos y á pedradas, y considerándole ya muerto, le sacaron arrastrando fuera de la ciudad. Acudieron los cristianos, y habiéndole hallado junto á la orilla del mar todavía con vida, le ocultaron en una casa, que luego se convirtió en una iglesia.

Recobrado de los golpes, y enteramente curado de las heridas, habia seis meses que trabajaba sin cesar en la viña del Señor con mas fruto que nunca, cuando cierto caballero, llamado Bonifacio, que muchos años antes habia quedado mudo de un accidente, sin haber podido recobrar el uso de la lengua por mas remedios que le aplicaron, noticioso de que vivia aún el Santo, le envió á su muger para que le suplicase viniese á verle á su casa. Pasó á élla el Santo, y luego que entró, invocando el nombre de Jesucristo, libró á una criada que estaba poseida del demonio. A este primer milagro se siguió el segundo. Apenas se echó Bonifacio á los pies de Apolinar, cuando recobró el uso de la lengua; y á vista de los dos prodigios, toda la familia se convirtió á la fe de Jesucristo, siguiéndose á esta pronta conversion la de mas de quinientas personas.

Tantos hechos milagrosos de necesidad habian de sobresaltar de nuevo á los gentiles. Revivió su ódio contra el santo Obispo, y echando mano de él despues de muchos malos tratamientos, segunda vez le arrojaron de

la ciudad. Retiróse á una caverna, donde no cesaba de fortalecer y de instruir á los cristianos que le iban á buscar. Hizo allí muchas conversiones, y cuando ya tenia á los neófitos bien catequizados, los llevaba á la orilla del mar y los administraba el santo bautismo. Como no veia apariencia de que pudiese volver á entrar en su iglesia tan apriesa, y por otra parte se hallaba como encarcelado su fervoroso zelo, pasó á la provincia de Emilia, y corrió otros muchos paises anunciando el evangelio con increible gozo.

Pero el rebaño no podia llevar en paciencia tan larga ausencia de su amado Pastor; obligáronle los cristianos de Ravéna á que se volviese á su iglesia, donde fue recibido con tantas demostraciones de gozo, que muy en breve le hicieron olvidar todas las fatigas pasadas. Tuvo noticia de su llegada un patricio antiguo, llamado Rufo, y al punto le envió un recado, suplicándole viniese á ver una hija suya que estaba gravemente enferma. Apenas entró el Santo en la casa cuando la enferma espiró. Era idólatra Rufo; y juzgando ser efecto aquella desgracia de la cólera de sus dioses, se enfureció contra Apolinar; pero el Santo, sin alterarse, le respondió: *¿Me dais palabra, Señor, que si Jesucristo os restituye á vuestra hija, no la estorbareis que reconozca y siga á su Salvador?* *Yo te juro*, respondió el afligido padre, *que si tu Dios resucita á mi hija, élla, yo y toda mi casa no reconoceremos otro Dios que él:* Hizo oracion Apolinar, acercóse á la difunta, y levantando la voz, dixo: *Hija mia, levántate en nombre de Jesucristo, y da gracias á tu bienhechor.* En el mismo instante se levantó la doncella, diciendo á gritos: *El Dios de Apolinar es el único Dios verdadero.* Resonaban por toda la casa las voces de alegría, y recibieron el bautismo mas de trescientas personas. Rufo fue despues un cristiano muy fervoroso, y su hija exemplo de las doncellas cristianas.

Necesariamente habian de meter mucho ruido tantas y tan portentosas maravillas. Llegaron á noticia del Emperador. Pintáronle á Apolinar como á un formidable hechicero, que por virtud de sus encantamientos resucitaba muertos, y era el mas temible enemigo de los dioses del imperio. Dió comision á uno de sus oficiales, lla-

mado Mesalino, para que recibiese informacion de los hechos de Apolinar, y si rehusase sacrificar á los dioses, sin dilacion le echase de Ravéna, enviándole á algun destierro. Executóse la órden con mayor rigor de lo que élla expresaba. Irritóse el brutal juez á vista de la constancia y de la elocuencia con que el santo Obispo defendió la causa de Jesucristo. Mandóle primero aplicar á una cruel tortura, hizo despues que despedazasen á azotes su santo cuerpo, y ordenó que escaldasen las heridas con agua hirviendo. Reparando el tirano que en medio de aquellos suplicios no cesaba Apolinar de cantar alabanzas á Dios, mandó que le moliesen con piedras las mandíbulas; y habiéndole tenido encerrado por algun tiempo en un lóbrego y hediondo calabozo, con el fin de que se muriese de hambre, viendo que no lo podia conseguir, le envió desterrado á Grecia.

Luego que el navío se hizo á la vela, y salió del puerto, padeció naufragio, pereciendo todo el equipage, sin salvarse mas que el Santo, tres eclesiásticos que le seguian, y otros tres soldados que se habian hecho cristianos. No estuvo ocioso el santo Obispo en su destierro; corrió muchas provincias, haciendo en todas partes nuevas conquistas á Jesucristo, y padeciendo en todas una especie de martirio. Hallándose en una ciudad donde era adorado el ídolo de Sérapis, enmudecieron los demonios. Admiróse el pueblo, y entendió que la presencia de Apolinar, discípulo de Jesucristo, tenia mudos á todos los oráculos. Buscaron al hombre milagroso, y despues de muy maltratado, le metieron en una embarcacion que se hacia á la vela para Italia. Tercera vez le conduxo á su iglesia la divina Providencia, y en élla celebró los divinos misterios con indecible gozo de los cristianos; pero no duró mucho la calma: sorprendióle en cierta ocasion una tropa de paganos, al mismo tiempo que estaba en el altar celebrando el santo sacrificio; y despues de haberle molido á golpes, le llevaron arrastrando por las calles hasta la casa de un oficial principal llamado Tauro. Celebró mucho éste ver en su casa al hombre de quien se contaban tantas maravillas: llamó á élla á sus principales amigos, querien-

do probar en presencia de todos la virtud de hacer milagros que le atribuian.

Tenia Tauro un hijo muy pequeño que habia nacido ciego, y dixo á Apolinar: *Si das vista á este niño, creeré en el Dios de los cristianos, y te prometo que hará lo mismo toda mi familia.* No deliberó un punto el Santo; mandó que le acercasen el niño; hizo sobre él la señal de la cruz, y le dixo: *Hijo mio, en nombre de Jesucristo abre los ojos y ve.* Inmediatamente los abrió el niño, quedando como atónito y suspenso por algun tiempo con la admiracion de los objetos que nunca habia visto, y despues exclamó lleno de gozo: ¡*Oh, y cuántas cosas veo*! Este pronto y estupendo prodigio ganó muchas almas para Jesucristo; pero no fue bastante para convertir á los sacerdotes de los ídolos. Queriendo Tauro librar á Apolinar de sus manos, le envió á una de sus casas de campo, distante algunas millas de la ciudad. Cuatro años estuvo el Santo en élla haciendo muchas conversiones, con grandes servicios á los cristianos, y exercitando con toda libertad las funciones de su ministerio; pero habiendo sido tambien entonces descubierto, los sacerdotes de los ídolos, rabiosos de ver desiertos sus templos, hicieron tantas instancias al Emperador, que al fin obtuvieron un decreto para que así el santo Obispo como todos los cristianos fuesen desterrados del territorio de Ravéna. Sin duda que el Emperador le trataba con tanta blandura en atencion á los prodigios que obraba contínuamente. Fue en fin arrestado Apolinar; y cuando ya le llevaban al puerto, los cristianos que podian mas, se le arrancaron por fuerza á los gentiles; pero cogido otra vez por éstos al mismo tiempo que iba á entrar en la ciudad, le dieron tantos golpes, que le dexaron por muerto. Halláronle aún los cristianos con vida, y le retiraron á una casa inmediata, donde exhortando contínuamente á los fieles á ser constantes en la fe á pesar de las persecuciones, espiró siete dias despues entre las manos de sus queridos hijos, que quedaron inconsolables con la pérdida de tan amoroso padre. Sucedió su preciosa muerte el dia 23 de julio del año de 81 en el imperio de Vespasiano. Sacrificóse este gran Santo, dice san Pedro Damiano, co-

mo una hóstia viva al Señor, en el prolongado martirio de veinte y nueve años que duró su pontificado, siendo célebre en la Iglesia por su zelo, por su santidad, por sus trabajos y por sus milagros. Por una inscripcion muy antigua, que aún se lee hoy en la iglesia de Clase, á cinco cuartos de legua de Ravéna, se sabe que estuvo en aquel sitio el santo cuerpo dentro de un sepulcro de marmol blanco, el cual se conserva todavía; y en la misma se dice que se conservó allí hasta el octavo año del consulado de Basilio, que fue el de 544; en que Maxîmiano, obispo de Ravéna, le hizo trasladar en el dia 9 de junio á otro lugar mas retirado de la misma iglesia, que es una gruta debaxo del altar mayor, donde hoy dia se ve el sepulcro de marmol de nuestro Santo. Siempre le han profesado los pueblos grande devocion, la que cada dia va en aumento por los grandes beneficios que consigue su intercesion á todos los que le invocan.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la siguiente.

Deus, fidelium remunerator animarum, qui hunc diem beati Apollinaris, sacerdotis tui, martyrio consecrasti; tribue nobis, quæsumus, famulis tuis, ut, cujus venerandam celebremus festivitatem, precibus ejus indulgentiam consequamur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, remunerador de las almas fieles, que consagraste este dia con el martirio de tu sacerdote el bienaventurado Apolinar; suplicámoste nos concedas á nosotros tus humildes siervos el perdon de nuestros pecados por los ruegos de aquel cuya venerable solemnidad festejamos: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 5. del apóstol san Pedro.

Charissimi: Seniores, qui in vobis sunt: obsecro, consenior, et testis Christi passionum: qui et ejus, quæ in futuro revelanda est, gloriæ communicator: pascite qui in vobis est gregem Dei, providentes non coactè, sed spontaneè secundùm Deum: neque turpis lucri gratiâ sed vo-

Carísimos: Esta es la súplica que hago á los presbíteros que hay entre vosotros, yo que soy presbítero como éllos, y testigo de las penas que padeció Jesucristo, y que he de tener parte en aquella gloria suya, que á su tiempo se manifestará: Apacentad el rebaño de Dios que os ha confiado, gobernándole no por

luntariè: neque ut dominantes in cleris, sed forma facti gregis ex animo. Et cùm apparuerit Princeps pastorum, percipietis immarcescibilem gloriæ coronam. Similiter adolescentes subditi stote senioribus. Omnes autem invicèm humilitatem insinuati, quia Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam. Humiliamini igitur sub potenti manu Dei, ut vos exaltet in tempore visitationis: omnem solicitudinem vestram projicientes in eum, quoniam ipsi cura est de vobis. Sobrii estote, et vigilate: quia adversarius vester diabolus tamquam leo rugiens circuit, quærens quem devoret, cui resistite fortes in fide: scientes eamdem passionem ei, quæ in mundo est, vestræ fraternitati fieri. Deus autem omnis gratiæ, qui vocavit nos in æternam suam gloriam in Christo Jesu, modicum pasos ipse perficiet, confirmabit, solidabitque. Ipsi gloria, et imperium in sæcula sæculorum. Amen.

fuerza, sino por voluntad, que sea segun Dios: ni por deseos de un torpe interes, sino por puro amor: ni como dominando sobre la heredad del Señor, sino sirviendo de modelo al rebaño por una virtud que nazca del corazon. Y cuando apareciere el Príncipe de los pastores, recibireis una corona de gloria que jamás se marchitará. Igualmente vosotros, ó jóvenes, estad sujetos á los ancianos. Procurad todos inspiraros mútuamente la humildad; porque Dios resiste á los soberbios, y á los humildes da su gracia. Humilláos, pues, baxo la mano poderosa de Dios, para que os exâlte en el tiempo de su visita, poniendo en él toda vuestra solicitud, porque tiene cuidado de vosotros. Sed sóbrios, y velad, porque el diablo, vuestro enemigo, os anda al rededor, como leon que ruge, buscando á quien devorar: resistidle, poniendo toda vuestra fuerza en la fe, sabiendo que vuestros hermanos, dispersos por el mundo, padecen las mismas aflicciones que vosotros. Mas Dios, autor de toda gracia, que nos ha llamado en Jesucristo á su gloria eterna, os hará perfectos, firmes é inmobles, despues de haber sufrido por un poco de tiempo. Para él mismo sea la gloria y el imperio en los siglos de los siglos. Amen.

NOTA.

»Estaba san Pedro en Roma en compañía de su querido discípulo san Marcos cuando escribió esta carta, »que es la primera de las siete Canónicas, llamadas así »porque contienen reglas muy importantes para el gobierno de las costumbres, y muy provechosas instrucciones en las materias de fe. La palabra griega *canon*

»significa lo mismo que regla. Tambien se llaman *ca-»tólicas*, como si dixéramos *circulares*, porque no di-»rigiéndose á alguna iglesia particular, eran comunes á »todas."

REFLEXIONES.

Humilláos debaxo de la poderosa mano de Dios, porque resiste á los soberbios, y da la gracia á los humildes. Leccion muy importante, pero que debiera ser poco necesaria; porque á no haber perdido el hombre enteramente la razon, ¿quién no ve que no hay virtud mas natural, ni mas propia de nuestra miseria, que la humildad? Todas las cosas nos las están predicando: ignorancia, flaqueza, enfermedades, indigencia, pasiones, brevedad de la vida, edad, caducidad y sepultura. ¡Pero qué poco nos aprovechamos de estas lecciones! Bien podemos ser humillados, mas no hay forma de ser humildes No hay que pensar que el orgullo habita solamente en los palacios de los grandes; muy de ordinario reyna con mayor insolencia en las casas de los plebeyos. Es verdad que la profanidad le fomenta; pero no se sabe acomodar menos con exterioridades modestas. Habíase refugiado á los claustros la humildad, creyendo encontrar en éllos seguro asilo: siguióla el orgullo muy de cerca, y se puede decir que no hay condicion, edad, ni estado donde la humildad esté á cubierto. A la verdad, los hombres de extraordinario mérito están menos expuestos al orgullo, ú á lo menos son mas capaces de conocer la baxeza de esta pasion. Un buen entendimiento no se dexa fácilmente deslumbrar de fuegos fátuos, descubriéndole su misma penetracion lo mucho que le falta; pero un entendimiento corto, como casi no sale de sí mismo, ni sus luces alcanzan nunca mas que á su limitada esfera, todo cuanto descubre en los demas le parece comun, y todo lo que ve en sí lo juzga extraordinario. De aquí nace que haya tantos orgullosos, porque son muy raras las grandes capacidades. *Tristes de vosotros*, dice el Profeta, *los que sois sabios á vuestros ojos*. Sin embargo, son muy pocos los que se eximen de este vicio. Ni aun los que mas gritan y me-

jor escriben contra esta pasion, suelen ser los que están mas enemistados con élla. ¡Cosa extraña! No pocas veces se declama por orgullo contra el orgullo mismo. Extiéndese este veneno hasta aquello mismo que debiera servirle de antídoto; aun en la misma humillacion se suele tal vez esconder el orgullo. ¡Pero qué funestos efectos no se suelen seguir de él! ¿cuántas pasiones dormirian profundamente si el orgullo no las despertára? ¿cuántas familias vivirian hoy en una perfecta union conservando su esplendor antiguo si el orgullo no hubiera soplado el fuego de la discordia? Son pocas las pasiones que no deban á ésta lo mas vivo y lo mas amargo que tienen. El orgullo comunica á la cólera su hinchazon y su ferocidad; á la envidia su malignidad y su desconfianza; al ódio aquella llama voraz que causa incendios tan funestos: al orgullo debe la lascivia sus inquietudes y sus desasosiegos; ¿y de qué otro principio nacen casi todas nuestras desazones, amarguras y pesadumbres? *El orgullo*, dice el Espíritu santo, *mina las casas mas floridas*; es un viento que todo lo marchita, todo lo abrasa y todo lo consume. No hay árbol tan pomposo que no se seque, una vez que este gusano llegue á roer su raiz. Es el orgullo como el alma de todas las pasiones, y el manantial de todos los trabajos. A un buen entendimiento ninguna cosa le debe humillar mas que el mismo orgullo.

El evangelio es del cap. 22. de san Lucas.

In illo tempore: Facta est contentio inter discipulos, quis eorum videretur esse major. Dixit autem eis Jesus: Reges gentium dominantur eorum, et qui potestatem habent super eos, benefici vocantur. Vos autem non sic: sed qui major est in vobis, fiat sicut minor: et qui precessor est, sicut ministrator. Nam quis major est, qui recumbit, an qui ministrat? nonnè qui recumbit? Ego autem in medio

En aquel tiempo: Se suscitó contienda entre los discípulos sobre quién de éllos parecia ser mayor. Pero Jesus les dixo: Los reyes de las gentes las gobiernan con imperio: y los que las tienen baxo de su potestad, se llaman benéficos. Vosotros no habeis de ser así: sino que aquel que sea entre vosotros mayor, hágase como si fuese el menor: y aquel que precede, como el que sirve. Porque, ¿quién es mas, el que está sentado ó el que está sirviendo?

vestrum sum, sicut qui ministrat: vos autem estis, qui permansistis mecum in tentationibus: et ego dispono vobis sicut disposuit mihi Pater meus regnum, ut edatis, et bibatis super mensam meam in regno meo; et sedeatis super thronos judicantes duodecim tribus Israel.

¿No es mas el que está sentado? Pues yo estoy entre vosotros como quien sirve. Vosotros sois los que habeis permanecido conmigo en mis tentaciones: y yo os dispongo un reyno, así como mi Padre me le tiene dispuesto á mí, para que comais y bebais á mi mesa en mi reyno, y os senteis en tronos para juzgar las doce tribus de Israel.

MEDITACION.

La humildad de Jesucristo debe ser el modelo y la medida de la nuestra.

PUNTO PRIMERO.

Considera lo que dice san Pablo (*Rom.* 6.), que *á los que Dios antevió con su presciencia, los predestinó para que fuesen conformes á la imágen de su Hijo.* Este es el modelo cabal de los escogidos. Parecerse á cualquiera otro retrato, y ser desemejante á éste, es carácter de reprobacion. Todos admiramos la profunda humildad del Salvador; ¿pero somos todos humildes? Sirve Jesucristo á la mesa á sus discípulos; ¿puede caber mas humildad? Sí; aún pasa mas adelante la de este divino Maestra; se postra á los pies de todos, y hasta á los del mismo Judas; corrige la necia vanidad de los que le siguen, menos con sus palabras, que con su exemplo; parécele que no les debe dar otra leccion. Por este divino modelo se aplicaron todos los santos á arreglar sus máximas y su conducta. Este exemplo fue el que inspiró tan baxo concepto de sí á los mayores hombres luego que sériamente pensaron en salvarse. Mientras no perdieron de vista este grande exemplo los príncipes mas poderosos, se pusieron á nivel con sus mas humildes vasallos. Aquellos grandes monarcas, cuyo poder y cuyo valor hacia temblar á sus vecinos, se juzgaron muy honrados postrándose á los pies de los pobres, y nosotros sufrimos con impaciencia el anivelarnos con nues-

tros iguales. Cotejemos nuestras orgullosas máxîmas con estos grandes exemplos; comparemos esas modales fieras y orgullosas, esas altanerías, esa desmedida ansia de sobreponernos, esos inquietos y turbulentos deseos de sobresalir, esa risible vanidad, que casi es nuestro distintivo y nuestro carácter; comparemos todo esto con nuestro divino modelo; no es menester mas leccion, mas discursos, ni mas razones para confundirnos; ¿pero qué destino podemos esperar, si al mismo tiempo que nos confundimos y nos avergonzamos de nuestra vanidad, no por eso dexamos de ser orgullosos?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que si es señal visible y segura de reprobacion el no ser conformes á la imágen de Jesucristo, ¿en qué se puede fundar nuestra confianza? Porque al fin todos esperamos ser del número de los escogidos de Dios, y todos queremos serlo. ¿Pues con qué ojos miraremos á nuestro divino modelo en el estado de sus continuos abatimientos? ¿con qué descaro tenemos valor para mirar á Cristo á los pies de Judas, ó clavado en una cruz, estando nuestro corazon lleno de orgullo y perpétuamente carcomido de una ambicion desmesurada? No hay fortuna que nos contente, no hay empleo que no nos parezca baxo en habiendo ótro mas alto. Por humilde que sea el nacimiento, por abatido que sea el estado, por limitados que sean los talentos, por imaginario que sea nuestro figurado mérito, no hay forma de curar esta hinchazon. Postrámonos muchas veces al dia á los pies del crucifixo; considéranse con tranquilidad las ruinas de esos suntuosos edificios; contémplanse las reliquias tristes de esos abultados colosos; míranse con reflexîon las cenizas de tantos reyes, mezcladas y confundidas en la sepultura con las de los hombres mas viles; y ni por eso dexamos de ser orgullosos. Es verdad que si el exemplo de un Dios humillado hace tan poca impresion en los que se dicen discípulos suyos, ¿qué cosa será capaz de hacernos humildes? Pero si no lo somos con todos estos exemplos, ni con todos estos modelos, ¿seremos retratos muy parecidos al divino original? Estás atestado de vanidad, amasado en or-

gullo, lleno de propia estimacion, ¿y te glorías de ser discípulo de este celestial Maestro? ¡y aun acaso te lisonjearás tambien de ser devoto (*Matt.* 32.)! *Cujus est imago hæc, et super scriptio ejus?* nos dirán algun dia; ¿de quién es este retrato y este rótulo? ¿á qué original se parece?

Confúndeme, Señor, mi orgullo, y todo lo temo á vista de mi vanidad. Pero, ¡ó gran Dios de la humildad! pues veniste al mundo á darnos tan bellas lecciones y tan grandes exemplos de esta virtud, dígnate asistirme con tu gracia, para que me aproveche de los únos y de los ótros. Vos me dixísteis que érais por excelencia manso y humilde de corazon; haced, Señor, que sea yo copia viva de tan perfecto modelo, y que de tal manera traslade en mí todos sus rasgos, que solo con verme se pueda conocer que soy vuestro discípulo verdadero.

JACULATORIAS.

Putredini dixi: pater meus es, mater mea, et soror mea, vermibus. Job 17.

Dixe al polvo, á los gusanos y á la podredumbre: vosotros sois mi padre, mi madre y mis hermanos.

Quid est homo, quòd memor es ejus? aut filius hominis, quoniam visitas eum? Salm. 8.

¿Qué es el hombre, Señor, para que te acuerdes de él, ni aun te dignes de mirarle?

PROPOSITOS.

Es cosa bien extraña, que tratando todos con tanto desprecio al orgullo y á los orgullosos, sin embargo haya tan pocos humildes. No puedes tolerar en los ótros aquellas modales arrogantes y altaneras, aquel tono imperioso y dominante, aquellos hombres que contínuamente se están incensando á sí mismos; y no conoces los defectos que todo el mundo está notando en ti en esta misma materia. Aplícate á corregirlos, no ya con una displicencia interior, ó con una resolucion ineficaz como hasta aquí, sino con una enmienda real y efectiva. Nunca pongas los ojos en algun crucifixo, sin considerar las reprensiones que te está dando con su exemplo. Pregúntate muchas veces á ti

mismo si te pareces á aquella imágen, pues al fin es tu modelo; y acuérdate que en la hora de la muerte la han de poner delante de los ojos para que consideres si eres semejante á élla.

2 Desde hoy mismo has de dar principio á corregir esas modales altivas y coléricas, que te hacen insufrible y odioso á todos los demas, y que á ti mismo te parecen tan mal en los ótros. Sea tu modo apacible, cortesano, afable, grato; la dureza, la inflexíbilidad y la aspereza siempre es hija del orgullo. No seas delicado en puntillos de honor, ni mucho menos en afectar precedencias; si fueres virtuoso y respetable, cualquiera lugar que ocupes será el mas digno, porque tú mismo le autorizarás. Sé cortés con todo el mundo. Cuanto mas te eleve sobre los ótros tu nacimiento, tu clase y tu ancianidad, mas digno te acreditarás de ser respetado, si á todos los honras y los llenas de atenciones. La grosería y la rusticidad son propias de gente ordinaria y de entendimientos vulgares. Honra mucho á los pobres, y háblalos siempre con respeto, acordándote que en su persona honras al mismo Jesucristo. A tus criados trátalos con agrado y con dulzura; el modo áspero y desabrido es señal de corazon duro y soberbio. Si hoy te consideras superior á éllos, en la muerte se mudará la escena. ¿Cuántos criados se salvarán, y sus amos serán eternamente condenados?



DIA VEINTE Y CUATRO.

Santa Cristina, vírgen y mártir.

El triunfo de santa Cristina, que refiere casi á la larga el martirologio romano, es tanto mas digno de admiracion, cuanto los mas inhumanos tormentos que padeció esta gran Santa á los diez años de su edad fueron por el ministerio de su mismo padre.

Nació en Tyro de Toscana, á las márgenes del lago

de Bolsena, poblacion de que no quedó el menor vestigio, por haber sido enteramente sumergida y como hundida en el mismo lago. Fue hija del gobernador de aquella ciudad, llamado Urbano, hombre furiosamente entregado á las supersticiones del paganismo, y por tanto enemigo capital del nombre cristiano. Aquel Dios que se complace de presentar de tiempo en tiempo en su Iglesia algunos prodigios de su infinito poder, escogió á una tierna doncellita de solos diez años para que por élla triunfase la fe en medio de una familia, acaso la mas zelosa y la mas obstinada en los desvarios de la gentilidad.

Enfurecido el gobernador de Tyro contra los cristianos, los buscaba con exquisita diligencia, y los atormentaba con bárbara crueldad. Eran pocas las horas en que no se veian á sus pies algunos de estos generosos defensores de la fe, y pocos los dias que en su tribunal no se hiciese alguna interrogacion. La misma sala donde tenia el tribunal fue la escuela en que la niña Cristina aprendió las primeras lecciones de nuestra religion. Al principio se movió por sola curiosidad á informarse qué género de gentes eran aquellos reos que todos los dias comparecian ante el tribunal de su padre, y en quienes observaba por una parte tanta modestia, y por ótra un ansioso deseo de morir con una invicta constancia en medio de los mayores suplicios. Dixéronla que aquellos eran cristianos, los cuales no adoraban mas que á un solo Dios, haciendo el mayor desprecio de los ídolos; y porque despues de la muerte esperaban otra vida mucho mas dichosa que ésta, hacian tan poco caso de élla. Esta noticia superficial que la dieron del cristianismo aumentó en la niña la curiosidad. Asistia frecuentemente á los interrogatorios de los mártires; y como queria triunfar en élla la gracia, la ilustraba de manera que en breve tuvo una idea justa de nuestra religion, acompañada con un ardiente deseo del martirio.

Proporcionóla tambien ocasion la divina Providencia para instruirse mas á fondo. Ayudáronla á esto mismo algunas señoras cristianas, facilitándola al mismo tiempo la dicha de recibir el santo bautismo. Todo esto se hizo con el mayor secreto; pero el zelo de Cristi-

na le descubrió muy presto. Encontró un dia ciertos ídolos de plata y oro que guardaba su padre con mucha veneracion; hízolos pedazos, y distribuyó entre los pobres cristianos que perecian de miseria. Encendió la cólera del gobernador una accion tan animosa; y olvidándose de que era padre, resolvió hacerla expiar con su misma sangre el que reputaba exêcrable sacrilegio.

Habia tiempo que Urbano tenia algunas sospechas de la mudanza de su hija; pero con este lance depuso todo género de duda. Llamóla á su presencia, y templando la cólera con alguna dulzura, la dixo: *No puedo creer, hija mia, que hayas cometido el delito de que te acusan: ¿será posible que tú hayas hecho pedazos nuestros dioses? Por cierto* (respondió intrépidamente Cristina) *que serán unos dioses muy graciosos los que una niña como yo pudo hacer pedazos. ¿Y será posible, padre y señor, que vos hableis sériamente cuando tratais de dioses unas figuras fabricadas á golpe de martillo, y de la misma materia que es el servicio de nuestra mesa?* No la permitió Urbano pasar mas adelante; antes ciego ya de cólera, y olvidando todos los movimientos de la naturaleza, la interrumpió diciéndola: *Bien veo, loquilla, que esos hechiceros de cristianos te han trastornado el juicio; pero por Júpiter te juro, que yo te le restituiré, ó te quitaré la vida. Haced, Señor, lo que quisiéreis*, respondió Cristina sin espantarse, *la vida me la podreis quitar, pero no me podreis quitar la fe de Jesucristo, mi divino Salvador, en quien espero me dará fuerzas para sufrir los mas crueles tormentos.* Fuera ya de sí el desapiadado padre, mandó llamar prontamente á los verdugos, y rezeloso de que la tratasen con blandura, hizo que á su presencia la despedazasen á azotes. Viéndola tan tranquila como si nada padeciese, ordenó que la rasgasen las llagas con garfios ó uñas de acero, sacándola á pedazos la carne del delicado cuerpo hasta que espirase.

Era espectáculo verdaderamente horroroso ver aquella inocente víctima nadando en su misma sangre, descarnado el tierno cuerpecillo hasta descubrirle los huesos, y en medio de todo levantar dulcemente los ojos al cielo sin dar la mas leve señal de dolor, rendir mil

gracias al Señor de verse tan maltratada por su amor, y despues recoger élla misma tranquilamente los pedazos de su carne, que estaban sembrados por la sala, y mostrárselos á su padre para moverlo á compasion. Con efecto, no tuvo Urbano valor para ver por mas largo tiempo aquel horrible espectáculo en medio de su furor; y pretextando la queria reservar para mas crueles suplicios, se retiró, dando órden la cargasen de cadenas y la encerrasen en una espantosa cárcel. Favoreciόla el cielo con tantos consuelos interiores, que olvidando presto cuanto habia padecido, se sintió abrasada en nuevos deseos del martirio.

No acertaba á comprender el desnaturalizado padre cómo podria sufrir mayores tormentos aquella tierna niña. Persuadíase que las incomodidades y el horror de la prision la abririan los ojos para conocer el lastimoso estado en que se hallaba, y que separada de los prestigios de todos los cristianos encantadores, á lo que él decia, la obscuridad y el silencio del calabozo, junto con el miedo natural de los tormentos, la ablandarian y la rendirian á la voluntad de su padre. Enviábala á la cárcel todos aquellos parientes suyos que le parecian mas á propósito para persuadirla á que le diese gusto; pero desengañado de que la niña cada dia estaba mas firme en su religion, y cada instante mas resuelta, y aun mas ansiosa de padecer el martirio, entró en una especie de furor, y volviendo á jurar por los dioses inmortales, exclamó: *No se ha de decir en el mundo que una rapaza de diez años me dió la ley, ni que estos hechiceros de cristianos triunfan de nuestros dioses en medio de mi propia familia; yo veré si sus hechizos pueden mas que mis tormentos, y si la paciencia de una hija ha de hacer burla de la cólera de un padre.* Mandó, pues, aquel tirano, mas cruel que las mismas fieras, que atasen á Cristina á una rueda untada de aceyte, y que contínuamente la moviesen al rededor sobre un gran brasero de fuego, para que se fuese tostando poco á poco; suplicio á la verdad extraordinario; pero tambien fue extraordinario el prodigio, porque dispuso el Señor que la santa Niña no sintiese el mas leve dolor, y que encendiéndose el brasero en hoguera, se extendiese repen-

tinamente la llama, y que consumiese á muchos de los gentiles, que movidos de curiosidad habian concurrido á la novedad del tormento.

Pero el bárbaro padre, lejos de rendirse á tantos prodigios, se hizo mas inhumano, y se obstinó mas y mas. Avergonzado de ceder á una niña, mandó que la volviesen á encerrar en el calabozo, mientras él discurria algun otro tormento de nueva invencion. Luego que Cristina entró en el calabozo, se la apareció un ángel mas resplandeciente que el sol, y asegurándola de la proteccion del cielo, la curó instantáneamente de todas sus heridas.

Informado Urbano del nuevo prodigio, y llamando sin dilacion á los verdugos, los mandó que atándola al pescuezo una pesada piedra, la arrojasen inmediatamente en el lago para que no quedase memoria de élla. Executóse con prontitud la órden del gobernador; pero tambien se cumplió la promesa hecha á Cristina. Al arrojarla en el lago, aquel mismo ángel que se la apareció en la prision se halló junto á élla, y la conduxo sin lesion á la orilla opuesta. Este milagro apuró toda la resistencia de Urbano; apoderóse la rabia de su soberbio corazon; y de tal manera se le alteraron todos los humores, que la mañana siguiente le hallaron sufocado en la cama á violencia de la cólera. Mas sintió la Santa la desdicha de su padre, que cuantos tormentos habia padecido; mas no por eso titubeó su fe, ni se inmutó su constancia.

El gobernador que sucedió á Urbano, llamado Dion, excedió aún á la crueldad de su predecesor. Persuadióse con seguridad que rendiria el inaudito teson de la santa Niña; y no queriendo creer ninguna de las maravillas que contaban, no dudó que muy en breve la venceria. Mandó, pues, disponer cierta especie de cuna de hierro llena de aceyte hirviendo mezclada con pez, y dió órden de que tendiesen en élla á Cristina; pero la misma Niña por sí propia se acostó en aquella cama ó estanque de fuego con la mayor serenidad, constancia y resolucion, que dexó atónitos á los gentiles. No la engañó su confianza en Jesucristo, porque haciendo la señal de la cruz, se halló como si estuviera en un baño

regalado y delicioso; de manera, que lanzando un dulce suspiro, dixo á los verdugos: *Bien haceis en meterme en una cuna como á niña recien nacida, pues aún no ha un año que nací á la gracia por el bautismo, el cual es una milagrosa regeneracion.* Parecióle al gobernador que este era insulto hecho á su misma persona; mandó que la llevasen al templo de Apolo, y que á fuerza la hiciesen ofrecer incienso al simulacro. Concurrió todo el pueblo á ver en qué paraba aquel forzado sacrificio; pero no bien entró en el templo la tierna doncellita, cuando el ídolo cayó precipitado al pie del altar, y se reduxo á polvo, y en el mismo instante el gobernador tambien cayó redondo de su silla y quedó muerto. Espantados los verdugos, dexaron á la Santa, y postrados á sus pies confesaron á gritos, que no habia otro verdadero Dios sino el Dios de los cristianos. Mezcláronse con sus voces las de mas de tres mil gentiles que se convirtieron y pidieron el bautismo.

Hizo gran ruido este asombroso suceso. Pusieron á Cristina en libertad, y hasta que vino nuevo gobernador, no se veia otra cosa en la ciudad que nuevas conquistas para Jesucristo. Llegó, en fin, Juliano sucesor de Dion, y luego le informaron de todo lo que habia pasado, siendo el asunto mas comun á las conversaciones y á la admiracion de toda la provincia. Creyó sin la menor duda, segun la opinion popular, que todos aquellos portentosos sucesos que se atribuian al poder del Dios de Cristina, no eran otra cosa que artificios y encantamientos de los cristianos, ó efecto de la magia que todos profesaban. Espantóle sobre todo la muerte repentina de sus dos predecesores; pero le irritó mas el desprecio en que se hallaban los dioses de Tyro, especialmente desde que el ídolo de Apolo habia caido al suelo y se habia hecho ceniza. Mandó prender á Cristina, hízola traer delante de sí, y sin otra formalidad la dixo de repente: *Niña, una de dos, ó sacrificar inmediatamente á nuestros dioses, ó ser luego arrojada en un horno encendido.* Respondióle la Santa en tono firme y preciso, que élla solo sacrificaba al verdadero Dios; y ordenó el gobernador, que sin dilacion la arrojasen en el horno, que ya estaba preparado. El Señor, que parecia haber esco-

gido aquella santa Doncellita para hacer en élla ostentacion de su poder, renovó en Tiro el milagro de los tres niños de Babilonia. Cinco dias estuvo Cristina en el horno, que contínuamente estaban cebando, sin que las llamas tocasen ni á uno solo de sus cabellos, pasando todo este tiempo en bendecir al Señor, y en cantar sus alabanzas. Añaden las actas de su martirio que rabioso el Tirano por verse vencido por una Niña tan tierna, acudió á un mago de profesion, el cual le aconsejó que la mandase encerrrar en un lóbrego calabozo lleno de vívoras, de serpientes y de escorpiones, asegurándole que luego la morderian, y acabarian con élla; pero ninguno de aquellos ponzoñosos animales se atrevió á tocar á la que habian respetado las llamas; y como no cesase de cantar alabanzas al Señor, mandó el Tirano que la cortasen la lengua. Perdióla por Jesucristo; mas no perdió el uso de élla; sin lengua cantaba mas alto, y con mayor claridad aquellas bellas palabras de David (*Psalm.* 93.): *Nuestro Dios está en el cielo, y desde allí gobierna todo el universo con absoluto poder. Por el contrario, los ídolos de los gentiles son unos pedazos de oro y plata, obra de las manos de los hombres.* Aún hizo mas impresion que todos los antecedentes este nuevo prodigio y acudió toda la ciudad á ser testigo de esta maravilla. Corrido el Gobernador de no haber salido con su intento, y apurados todos sus artificios, mandó que atasen á la Santa á un grueso tronco, y que allí fuese asaeteada hasta que espirase.

Estando en este suplicio sintió Cristina avivársela el deseo de poseer cuanto antes en el cielo á aquel Dios por cuyo amor combatia tan gloriosa y tan constantemente en la tierra, y suplicó al Señor la concediese la corona del martirio, por la cual suspiraba con tanta ánsia. Fue oida su peticion, y á las primeras flechas que la dispararon rindió su dichoso espíritu al Criador, y fue á recibir el premio debido á tantos combates y á tantos triunfos. Sucedió esta preciosa muerte el dia 24 de julio, y desde entonces fue venerada santa Cristina como una de las mas ilustres mártires de la Iglesia. Los cristianos enterraron su cuerpo, que despues fue trasladado de Toscana á Palermo de Sicilia, donde es singularmente reve-

renciada nuestra Santa como una de las mas principales patronas de la ciudad.

La misa es en honor de la Santa, y la oracion la que sigue.

Indulgentiam nobis, quæsumus, Domine, beata Christina, virgo et martyr imploret, quæ tibi gratia semper extitit, et merito castitatis, et tuæ professione virtutis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, Señor, nos alcance el perdon de nuestros pecados la intercesion de la bienaventurada vírgen y mártir Cristina, que tanto te agradó, así por el mérito de su castidad, como por la ostentacion que hizo su constancia de tu infinito poder: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 51. *del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia XX, fólio* 371.

NOTA.

Esta epístola, como ya se ha dicho, se sacó del último capítulo del Eclesiástico, en el cual Jesus, hijo de „Sirach, autor de dicho libro, da gracias á Dios por haberle sacado de muchos peligros en que se vió. Ninguna cosa es mas adaptable á las santas vírgenes y mártires, que el contenido de este capítulo, y por eso se le aplica con tanta razon la santa Iglesia.

REFLEXIONES.

Todos fuimos criados para el cielo, donde el Señor nos preparó á todos un lugar. ¿Qué priesa nos damos, ni qué ánsia tenemos por aquella felicísima mansion? No hay medio; ó cielo, ó infierno. Si no fuere Dios nuestra soberana dicha, será nuestra mayor infelicidad. Espantosa disyuntiva que nos da bien á conocer la necesidad de la salvacion. Todos somos ciudadanos del cielo; ¿pues qué atractivos podemos hallar en la tierra? El mayor de los males es la muerte eterna del alma; podémosle evitar con la gracia del Señor. ¡Qué materia mas justa de nuestras oraciones! Reyna el orgullo imperiosamente en el mundo; de aquí nace el fausto, la profanidad, el aparato, la ostentacion, la altanería y la fiereza; pero este reyno se acaba con la vida; ¿y qué produce ese espíritu de mun-

do á la hora de la muerte? Los buenos sufren con paciencia en este destierro el reyno de los soberbios; esto es, de los mundanos, que siendo enemigos de Cristo y del evangelio, hacen contínua guerra á la virtud. ¡Con qué indignidad se trata hoy en el mundo á la virtud cristiana! élla es el asunto de las insulsas zumbas de los disolutos; pero el Señor la protege, y nada tiene que temer. Exercitan los impíos la virtud de los buenos, es verdad; pero no los pueden dañar; toda su malicia se reduce á purificarlos mas, y á aumentarlos el mérito. Cuando solo se pide á Dios aquello que es de mayor gloria suya, y provechoso para la salvacion, siempre logra buen despacho. ¿Podemos hacer mejor ni mas preciosa peticion? Vivimos en pais enemigo; el mundo es nuestro destierro, region de llantos, y estamos sentados á las orillas del rio de Babilonia. Con la memoria de la Jerusalen celestial lloraban incesantemente los santos; la multitud de los peligros los tenia en contínua vigilancia para librarse de tantos lazos. Toda su confianza la colocaban en Dios, y en este tiempo de iniquidad todo su valor consistia en su confianza. Librólos Dios de la perdicion sacándolos de tantos peligros. ¿Quién tendrá la culpa de que nosotros no experimentemos la misma proteccion, y de que no tengamos el mismo motivo para rendirle por toda la eternidad incesantes gracias? No nos arrojemos aturdidamente á los peligros; tengamos una sincéra voluntad de agradar á Dios; sirvámosle con fidelidad; considerémonos en la tierra como en un destierro; suspiremos contínuamente por nuestra patria celestial; pongamos toda nuestra confianza en Jesucristo, y tendrémos la dicha de bendecirle eternamente, y de cantar sin cesar sus alabanzas.

El evangelio es del cap. 13. *de san Mateo, y el mismo que el dia XX, fólio* 362.

MEDITACION.

De la salvacion.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la salvacion eterna es aquel tesoro escondido, cuyo valor ignoran muchos haciendo poca reflexîon de su importancia, al mismo tiempo que los prudentes lo sacrifican todo por lograrle. No tenemos negocio que nos importe mas, ni podemos aspirar á mayor fortuna.

Del bueno ó mal suceso de este negocio depende ser eternamente felices, ó eternamente desdichados. Todos los demas solo se nos permiten en cuanto nos ayudan á salir bien con éste. Perdido este negocio, todo se perdió; pues se perdió para nosotros sin recurso el mismo Dios, que encierra todos los bienes.

Es, pues, mi salvacion un gran negocio; y tan grande, que no es posible otro de mayor consecuencia, ni que me interese mas. Un gran negocio de tal manera se sorbe todos los demas, que apenas dexa tiempo para consolarse en la pérdida de los otros. Para hacer un gran negocio á nada se perdona; destreza, amigos, empeños, diligencias, razones, todo se pone en movimiento; sacrifícanse á su logro las diversiones, la quietud, y hasta los mismos bienes. ¿Hacemos otro tanto por el negocio de la salvacion?

Este es mi principal negocio; todo se debe dirigir á él, y á él debe ceder todo. ¡Pero ah, que él cede á todo lo demas! ¿Nos ocupa mucho este gran negocio? ¿es la salvacion el objeto de nuestros deseos, de nuestras acciones, de nuestros pensamientos? ¡Espantoso desórden! apenas se considera la salvacion como negocio; no hay cosa mas olvidada. ¿Y no sería un portento que procediendo de esta manera lográramos la salvacion?

No tenemos cosa mas indispensable que esta. Que se haya perdido una batalla, que se haya perdido todo un reyno; paciencia: que se haya perdido una rica herencia, un pleyto, un grande empleo; paciencia: que se ha-

yan perdido todos los bienes, la salud, la misma vida: paciencia; nos resta el consuelo de salvarnos; este es nuestro recurso; ¿pero qué consuelo restará al que se condenó?

No es absolutamente necesario que yo sea rico, ni poderoso, ni hábil; pero es absolutamente necesario que me salve. Mira si hay alguna otra cosa que te sea mas necesaria, ni aun tanto. ¿Pero lo hemos creido así cuando apenas hago nada por mi salvacion? Y no haciendo por élla mas de lo que hago, ¿creo sériamente que no hay para mí otra cosa mas necesaria? ¿creo que el que se condena se condena para siempre?

Y bien, Señor, ¿cuál será mi suerte á vista de mi conducta? ¿me salvaré? ¿qué responderia yo á ótro, que viviendo como yo vivo, me preguntara si se salvaria?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que la salvacion no solo es nuestro grande y nuestro principal negocio, sino nuestro negocio personal, el único que es rigurosamente nuestro. Haciendo tal negocio, consiguiendo tal cargo, cultivando tal ocasion, ganando tal pleyto, en rigor se hace el negocio de los hijos ó de los herederos; se hace el negocio de ótros; solo en salvarme hago el negocio propio; es tan mio, que ninguno otro le puede hacer por mí. ¿Pero he trabajado mucho en él? ¿está muy adelantado?

Si al salir de este mundo todo lo has hecho bien menos tu salvacion, nada hiciste para ti; tus amigos, tus herederos, tus parientes, por quienes tanto afanaste, y acaso á costa de tu salvacion, ¿te resarcirán esta pérdida? ¿te podrán servir de mucho? al contrario, si hiciste tu salvaciou, aunque hubieses desacertado todo lo demas, hiciste para siempre tu fortuna, nada te afligirá, ni te restará mas que hacer. Mi Dios, ¿dudamos por ventura de esta verdad? Pero si la creemos, ¿cómo se puede componer con nuestra fe nuestra inaccion, nuestra indiferencia y nuestra insensibilidad?

El negocio de la salvacion es delicado, no le hay mas espinoso, ni que pida mas atencion ¿Cuántos enemigos hay que combatir, cuántos estorbos que vencer, cuántos lazos que evitar? En esta vida todo es peligro, todo es

tentacion. Es preciso velar y orar sin intermision, y hacerse contínua violencia. El camino que conduce al cielo es angosto; en él, por decirlo así, nacen las espinas debaxo de los pies. No es vida cristiana la que no es humilde, inocente y mortificada. Esta es la filosofía de Jesucristo; ¿pero es tambien la nuestra?

Diónos Dios toda la vida única y precisamente para trabajar en el negocio de nuestra salvacion: juzgó que toda élla era necesaria para hacer bien este grande negocio; ¿pero nosotros hacemos el mismo juicio? ¿cuánto tiempo empleamos en él? ¡O Dios! tenemos por lo menos certeza moral de que no trabajamos en nuestra salvacion; la fe, la palabra de Jesucristo, nuestra misma razon nos está dictando que sin remedio nos condenarémos si continuamos en vivir como hasta aquí; ¡y sin embargo perseveramos tranquilos en nuestra delicada ociosidad! ¿Esta seguridad en qué se fundará?

Dios mio, si estas reflexîones que hago, ó por mejor decir, si la gracia que me concedeis de que las haga no me mueve á trabajar sin dilacion y sériamente en el negocio de mi salvacion, ¿qué podré esperar? Pero todo lo espero de vuestra misericordia. Vos quereis mi salvacion; yo quiero sincéramente salvarme; ¿pues quién tendrá la culpa si no me salvo?

JACULATORIAS.

Tuus sum ego, salvum me fac. Salm. 118.
Tuyo soy, Señor, salvadme.
Sic currite ut comprehendatis. Cor. 9.
Trabajad, corred hasta conseguir el premio.

PROPOSITOS.

No hay en nuestra religion verdad mas reconocida de todos; pero acaso tampoco hay otra que nos haga menos fuerza. Confiésase ingénuamente que nada se ha hecho; ¿pero de qué sirve esta confesion? ¿se hace no mas que por hacernos mas culpados? Se conoce, se palpa que no se ha dado principio á trabajar en el importante negocio de la salvacion; mientras tanto el dia va baxando, y se inclina hácia el ocaso; ¿pero qué diligencias se practican? ¿qué medios se toman? De buena fe: ¿esta es impiedad ó locura? Ciertamente es úno y ótro. Sé mas racional y mas

cristiano. Tu conciencia te reprende tu inaccion; no se pase este dia sin dar pruebas de tu zelo. ¿Tienes que hacer alguna restitucion, ó que perdonar alguna injuria? ¿subsisten aún los lazos que formó la pasion? ¿hay alguna ocasion que cortar, alguna víctima que degollar? Haz luego y antes que se pase el dia este necesario sacrificio. Visita á aquella persona con quien estás de esquina; restituye sin dilacion lo que no es tuyo, ó á lo menos comienza á restituirlo, tomando para eso todos los medios conducentes: acaso tendrás necesidad de hacer una confesion extraordinaria; no la dilates para la Pascua, hazla luego, ó por lo menos comienza desde hoy á disponerte para élla. Ese juego, esas compañías, esas frecuentes entradas, esos espectáculos sirven de estorbo á tu salvacion; pues ten el consuelo de haberlo cortado y reformado todo antes que se pase el dia, de modo que puedas decir á la noche: esto es lo que yo hice hoy por salvarme.

2 Siendo preciso que todas nuestras acciones se dirijan á nuestra salvacion, has de disponer hoy mismo el plan de vida que has de seguir, ó por lo menos le has de volver á leer si ya le tuvieres dispuesto. Son inútiles las reglas de gobierno si no se observan. Ten siempre á la vista este oráculo de Jesucristo: *Porro unum est necessarium*: una sola cosa es necesaria. Despierta luego, y sal de ese letargo en que has vivido hasta aquí acerca de tu salvacion. Ten alguna conferencia sobre este asunto con tu director, ó con alguna persona de virtud y de confianza. Se consultan los negocios temporales con las personas mas hábiles; ¡y no merecerá el negocio de la eternidad y de la salvacion aquel cuidado, aquella aplicacion que se dedica á un negocio de ninguna importancia! Los hijos del siglo son siempre mas prudentes y mas hábiles en sus negocios que los hijos de la luz.

DIA VEINTE Y CINCO.

Santiago apóstol, llamado el Mayor.

Santiago, cuya memoria celebra hoy la santa Iglesia,

se llama el Mayor porque fue llamado al apostolado antes que el otro Santiago, hijo de Alfeo, y obispo de Jerusalen, que por esta misma razon se llama el Menor, y su fiesta se celebra el dia primero de mayo.

Nuestro Santiago el Mayor fue hijo del Zebedeo y de María Salomé, hermana mayor de san Juan Evangelista. Nació en Betsáida, ciudad de Galilea á dos leguas cortas de Cafarnaun, situada sobre la orilla septentrional del Lago de Genezarét, llamado tambien el mar de Tiberíades. Créese que tenia diez ó doce años mas que el Salvador del mundo, y su hermano Juan seis años menos. Vivian con su padre en Betsáida, patria de entrambos, como tambien de san Pedro, de san Felipe y de san Andres. Eran de oficio pescadores, aunque Orígenes llama barqueros á Santiago y á san Juan, porque tenian un barco ó una barca propia en que pescaban á las órdenes de su padre; pero san Pedro y san Andres son llamados simplemente pescadores; porque no teniendo barca ni barco propio, pescaban á jornal para otro patron ó maestro de pescar.

Su madre Salomé, una de las primeras mugeres que siguieron á Cristo, era muy piadosa, y por lo mismo era tambien virtuosa toda su familia, la cual no dexaba de distinguirse por su virtud, á pesar de su humilde condicion. San Epifanio es de sentir que Santiago era discípulo de san Juan Bautista, y que fue aquel á quien su Maestro envió con la embaxada al Salvador. Sea de esto lo que fuere, es cierto que luego que comenzó á predicar el Hijo de Dios, Santiago y san Juan fueron los que se dieron mas priesa por oirle, aunque no le siguieron hasta algunos meses despues.

Estaban un dia los dos hermanos en el barco con su padre, y todos estaban muy tristes, porque habiendo trabajado toda la noche nada habian pescado, cuando llegó el Señor á la orilla del lago acompañado de una inmensa multitud de gente que le seguia. Por librarse de la opresion se metió en el barco donde estaba Pedro, y mandándole hacerse á mar alta, le dixo echase las redes con toda confianza. Cayó tanta pesca, que se rompian las redes, y llamaron en su socorro á los que estaban en el barco mas inmediato. Eran éstos Santiago y Juan, con los que

pescaban á sus órdenes. Acudieron prontos, y se llenaron tanto los dos barcos, que faltó poco para que ámbos fuesen á fondo. Atónitos de este prodigio, llevaron los barcos á tierra, y resolvieron dexarlo todo por seguir á Jesucristo, como con efecto lo executaron muy presto.

Caminaba un dia el Salvador por la orilla del lago de Genezarét, y llamando á Pedro y á Andres, los mandó que le siguiesen. Un poco mas adelante vió á Santiago y á Juan dentro del barco con su padre el Zebedeo, los cuales todos estaban componiendo las redes; díxolos lo mismo que á Pedro y á Andres, y los dos hermanos le siguieron con tanta prontitud, que ganaron el corazon del Señor. Sin detenerse un momento dexaron las redes, el barco, los compañeros que ganaban la vida con éllos, y á su mismo padre; obediencia pronta y generosa, que junta á tan perfecto desasimiento, contribuyó no poco al particular amor que en todas las ocasiones mostró Cristo despues á los dos hermanos.

Desde luego conocieron todos que Santiago era uno de los discípulos mas favorecidos. Pocos milagros hizo el Salvador de que él no hubiese sido testigo. Hallóse presente cuando sanó á la suegra de san Pedro. En la resurreccion de la hija de Jairo, príncipe de la sinagoga, tambien quiso el Hijo de Dios que le acompañasen san Pedro, Santiago y san Juan, tres discípulos particularmente amados suyos, á quienes por todo el discurso de su vida distinguió con singulares demostraciones de amor y de ternura.

Fue muy especial la que les manifestó en el Tabor, llamándolos para testigos de su gloriosa Transfiguracion. Esta eleccion para mostrarlos una parte de su gloria fue la mayor distincion que habia hecho de éllos desde que estaban en su divina escuela. A vista de tan repetidos testimonios de la preferencia que lograban en los cariños del Señor, se alentaron éllos y su madre á una pretension que no los acreditaba de muy perfectos; manifestando bien que hasta la venida del Espíritu santo no formaron concepto adecuado y justo de las verdades y de las máxîmas espirituales de la religion. Acababa de decirlos el Salvador que los doce apóstoles se habian de sentar en doce tronos para juzgar las doce tribus de Israel; pero

no los habia expresado quiénes habian de estar mas cerca de su persona. No ignorando la madre de Santiago y de san Juan el particular cariño que mostraba siempre á sus dos hijos, la pareció que le podia pedir con toda confianza los dos pr imerostronos para éllos. Presentóse, pues, ante el Señor la buena muger en medio de los dos hijos, y adorándole con toda reverencia, le dixo que tenia que pedirle una gracia. Habida licencia, añadió: *Señor, todos tres os hacemos una misma peticion; esto es, que cuando esteis en vuestro reyno dispongais que uno de mis hijos se siente á vuestra mano derecha, y el otro á la siniestra.* No contestó el Salvador derechamente á la madre, sabiendo muy bien que hablaba en nombre de sus hijos, y así dirigiendo á éstos la palabra sin reprenderlos su ambicion, se contentó con instruirlos, dándoles en esta ocasion aquella admirable leccion de la humildad, que es el fundamento del verdadero mérito, y asegurándolos si querian ser los mayores en el reyno de los cielos, era menester que bebiesen primero su cáliz, y que se hiciesen pequeños y humildes en este mundo.

Aunque el zelo de los dos Hermanos no era todavía el mas puro ni el mas arreglado, no por eso era menos ardiente ni menos tierno el amor que profesaban á Jesucristo. Cerca de seis meses antes de la Pasion, caminando por Galilea á Judea, quiso entrar en un pueblo de Samária, cuyos habitadores le cerraron las puertas por saber que iba á Jerusalen, lo que no podian tolerar los samaritanos despues del cisma. Irritados Santiago y san Juan á vista del desayre que se hacia á su Maestro, le dixeron que si les daba licencia harian baxar fuego del cielo para exterminar aquellos insolentes. Reprimió el Salvador su demasiado ardimiento, enseñándolos que el espíritu del evangelio que los anunciaba no era de rigor como el de la ley de Moyses, sino espíritu de dulzura y de caridad; y aun se cree que cuando dió á los dos Hermanos el nombre de *Boanerges*, que quiere decir *hijos del trueno*, aludia al ardor y á la fogosidad de su impetuoso zelo.

Grande fue sin duda el favor que hizo el Señor á Santiago en escogerle para testigo de las glorias del Tabor; pero no fue menor el que le dispensó llevándole

tambien para que lo fuese en las agonías del huerto. Fue este bienaventurado Apóstol uno de los tres que acompañaron al Salvador en el monte de las Olivas para servirle, digámoslo así, de consuelo en aquella mortal tristeza; queriendo el Señor hacer con él esta nueva demostracion de su ternura hasta el dia antes de su muerte; pero de mayor consuelo fueron las que hizo despues de su gloriosa resurreccion. Hallóse presente Santiago á todas sus frecuentes apariciones, teniendo parte en las instrucciones y en las pruebas de bondad que dió el Salvador á sus discípulos.

Despues que los apóstoles recibieron al Espíritu santo, ninguna cosa fue capaz de contener el zelo de Santiago. Corria las ciudades, villas y aldeas de la Judea para anunciar á sus hermanos la fe de Jesucristo. Es constante y muy autorizada tradicion de todas las iglesias de España que Santiago fue su primer apóstol; y que antes que los apóstoles se separasen para anunciar el evangelio en todo el universo, viendo que despues de la muerte de san Esteban no se podia predicar á Jesucristo en la Judea, Santiago se embarcó, pasó los mares, y llevó á España las primeras luces de la fe. Venérase aún en Zaragoza el sagrado pilar sobre el cual cree la devota piedad con grandes fundamentos que se le apareció la santísima Vírgen, estando aún en vida mortal esta Señora, y le mandó fabricar en aquel mismo sitio una capilla dedicada á su santo nombre; asegurándole tomaba desde luego debaxo de su especial patrocinio una nacion que hasta el fin de los siglos habia de ser muy devota suya. Despues volvió Santiago á Judea, donde trabajó con extraordinario zelo en anunciar la fe de Jesucristo. Por su elocuencia, por su valor, por la fuerza de sus razones, y por la milagrosa mocion que acompañaba á sus discursos, confirmado, sostenido y autorizado todo con mucho número de milagros, hizo grandes conversiones.

Alborotóse toda la nacion á vista de tantas maravillllas, y se amotinó furiosamente contra Santiago. Hicieron los judíos todo lo que pudieron para perderle. Valiéronse de dos famosos magos, Filetes y Hermógenes, que prometieron convencerle y desacreditarle delante de todo el pueblo con sus artificios; pero sucedió todo lo contrario: lue-

go que el Santo habló se convirtió Filetes, y Hermógenes quedó convencido del ningun poder de sus encantos, y de la maravillosa virtud del Apóstol.

Pero los judíos principales no por eso depusieron su encono ni su animosidad: Un dia que hablaba al pueblo con grande fuerza acerca de la divinidad de Jesucristo, probándola con el cumplimiento de las profecías, echaron mano de él, y despues de haberle maltratado le llevaron á Herodes Agripa, rey de Judea, nieto del que hizo morir á los inocentes, y sobrino del otro Herodes Antipas, tetrarca de Galilea, que quitó la vida á san Juan Bautista.

Era Agripa poco grato á los judíos, y habia tiempo que solicitaba ocasion de hacerles algun gusto para congraciarse con éllos. Parecióle no la podia lograr mas oportuna que la de sacrificar á su ódio al que consideraban como cabeza de la religion cristiana, y por uno de los mas zelosos discípulos de Jesucristo. Sin otras pruebas le substanció su causa, y le sentenció á que le cortasen la cabeza. San Clemente Alexandrino, que floreció al fin del segundo siglo, asegura que el judío que le prendió, viendo la generosidad con que confesaba á Jesucristo se sintió tan movido, que confesó era tambien cristiano, y que por esta confesion fue condenado al mismo suplicio. Cuando los conducian al lugar destinado para la execucion, el nuevo confesor de Jesucristo se arrojó á los pies del santo Apóstol, y le pidió perdon. Abrazóle Santiago tiernamente, y le dixo: *La paz sea contigo*; de donde quieren decir tuvo principio la ceremonia que usa la Iglesia en el santo sacrificio de la misa, valiéndose de las mismas palabras para dar la paz al pueblo antes de la comunion. Llegados al lugar del suplicio, Santiago hizo oracion, dando gracias al Señor por la honra que le hacia de que derramase su sangre por la gloria de su nombre, y que fuese el primer apóstol que padeciese el martirio por su santo amor. Sucedió el año 44 de Jesucristo hácia el tiempo de la Pascua, y fue degollado en compañía del ótro que entró á la parte en la misma corona. Afirma san Epifanio que Santiago fue perpétuamente vírgen como su hermano san Juan, y que por esta razon merecieron los dos el singular amor que el Salvador los profesó.

Despues de la muerte del Apóstol, que sucedió en Jerusalen, los cristianos enterraron su cuerpo en la misma ciudad, donde se asegura estuvo poco tiempo, y se cree que los discípulos que le vinieron siguiendo desde España retiraron el santo cuerpo, y embarcándose con él aportaron á Iria Flavia, pueblo de Galicia, donde estuvo oculto aquel precioso tesoro todo el tiempo que duró la inundacion de los bárbaros hasta el principio del noveno siglo. Entonces se descubrieron milagrosamente las santas reliquias en tiempo de don Alfonso el Casto, rey de Leon, aliado de Carlo Magno. Aquel piadoso Monarca las hizo trasladar á Compostela; y para autorizar mas un lugar que ya era célebre en el universo por la devocion y concurso de los fieles, el papa Leon III. trasladó la silla episcopal de Iria á Compostela, adonde continúa la concurrencia de peregrinos y extrangeros de todo el mundo cristiano despues de ochocientos años, publicando lo mucho que puede con Dios el santo Apóstol; de manera, que despues de la peregrinacion á Jerusalen y á Roma, no hay otra mas solemne en toda la cristiandad.

Gloríanse algunas iglesias de Francia de poseer alguna parte de las reliquias de nuestro grande Apóstol, y aun alguna pretende ser depositaria de su sagrado cuerpo; pero los mismos franceses desprecian esta pretension acreditándolo con los innumerables peregrinos que de toda aquella nacion, mas que de alguna otra, concurren cada año en tropas á Compostela. No caben en el guarismo las singulares gracias que España ha recibido siempre de este gran Santo. Sobre todo reconoce deberle las victorias mas señaladas que ha conseguido de los enemigos de la religion; y despues de Dios recurre contínuamente á su proteccion en todas las públicas calamidades.

En Jerusalen, á trescientos pasos de la puerta de Sion, hay una iglesia dedicada á Santiago, siendo una de las mas hermosas y mas capaces de aquella santa ciudad. La cúpula que está en medio se eleva y se sostiene sobre cuatro grandes pilares, rasgada en la parte superior con dilatadas claraboyas, á manera de la del santo sepulcro, que la llenan de extraordinaria claridad. Vense de frente hácia la parte oriental tres magníficos altares, se-

guidos únos de ótros; y á mano izquierda como se entra por la nave hay una capillita en el mismo sitio donde se cree fue degollado el Apóstol por mandado de Herodes; porque antiguamente era la plaza del mercado. Pertenece esta iglesia á los armenios, que tienen allí un monasterio con un obispo, y con doce ó quince monges para celebrar los divinos oficios. Dícese que así la iglesia como el monasterio son fundacion de los reyes de España para hospedar á los peregrinos españoles. Hay en España la órden militar de Santiago, fundada por el rey don Fernando II. el año de 1175. Llámase por su excelencia *la Noble*, y disputa la antigüedad con la de Calatrava; tiene tres grandes prioratos, el de Castilla, el de Leon y el de Montalban, con otras ochenta y cinco encomiendas; y el rey es el gran Maestre de la Órden.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.

Esto, Domine, plebi tuæ sanctificator et custos: ut beati Jacobi apostoli tui munita præsidiis, et conversatione tibi placeat, et secura mente deserviat: Per Dominum nostrum...

Santifica, Señor, y guarda á tu pueblo, para que amparado de la proteccion del beato apóstol Santiago, te agrade con el arreglo de su vida, y te sirva con tranquilidad de espíritu: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 4. de la primera á los corintios.

Fratres: Puto quod Deus nos apostolos novissimos ostendit, tanquam morti destinatos: quia spectaculum facti sumus mundo, et angelis, et hominibus. Nos stulti propter Christum, vos autem prudentes in Christo: nos infirmi, vos autem fortes: vos nobiles, nos autem ignobiles. Usque in hanc horam et esurimus, et sitimus, et nudi sumus, et colaphis cædimur, et instabiles sumus, et laboramus

Hermanos: Pienso que Dios nos manifiesta á nosotros como los últimos apóstoles destinados á la muerte: porque hemos sido hechos espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres. Nosotros estultos por Cristo, y vosotros prudentes en Cristo: nosotros débiles, y vosotros fuertes: vosotros gloriosos, y nosotros deshonrados. Hasta esta hora tenemos hambre y sed, y estamos desnudos, y somos heridos con bofetadas, y no tenemos don-

operantes manibus nostris: maledicimur, et benedicimus: persecutionem patimur, et sustinemus: blasphemamur, et obsecramus: tanquam purgamenta hujus mundi facti sumus, omnium peripsema usque adhùc. Non ut confundam vos, hæc scribo; sed ut filios meos charissimos moneo. Nam si decem millia padagogorum habeatis in Christo: sed non multos patres. Nam in Christo Jesu per evangelium ego vos genui.

de estar, y nos fatigamos trabajando con nuestras manos: somos maldecidos, y bendecimos: padecemos persecucion, y tenemos paciencia: somos blasfemados, y hacemos súplicas: hemos llegado á ser como la basura del mundo y la hez de todos hasta este punto. No os escribo estas cosas para confundiros; sino que os aviso como á hijos mios muy amados. Porque aunque tengais diez mil preceptores en Cristo, mas no muchos padres. Porque yo os engendré en Cristo Jesus por medio del evangelio.

NOTA.

»Teniendo noticia san Pablo de que el espíritu de va»nidad, de zelos, de parcialidad y de division se habia »apoderado de los corintios, los escribió esta admirable »epístola, que no bastó para curarlos de estos achaques; »porque escribiéndolos algunos años despues san Clemen»te papa, todavía los reprende por su vanidad, por su or»gullo, por sus disputas, por sus pleytos, por sus divi»siones y por su genio cismático.

REFLEXIONES.

¿Adónde se fue aquel primitivo espíritu que animaba á los apóstoles, y á los primeros fieles? ¿aquel espíritu de humildad que los inspiraba tan baxo concepto de sí mismos; aquel espíritu de mansedumbre con que se compadecian de las agenas miserias; aquel espíritu de mortificacion que los inclinaba á vivir y morir en una contínua cruz; á triunfar con alegría entre el fuego de la persecucion; aquel espíritu de caridad con que correspondian á los ultrages con oraciones y con beneficios; aquel espíritu de recogimiento y de retiro que los movia á suspirar por el desierto y por la soledad? Este es el espíritu de Jesucristo, que él mismo vino en persona á derramar en todos sus hijos; éste el que animó á todos los

santos, y éste el que caracteriza y distingue á sus verdaderos discípulos. ¿Pero es este nuestro espíritu? ¿reyna el dia de hoy en todas las condiciones, en todas las comunidades, en todas las familias? No declamo ahora en tono plañidor y lastimero; no me valgo de exclamaciones, de ayes ni de gemidos estudiados; propongo única y precisamente unas reflexîones sencillas y naturales, que por sí mismas se representan á la razon, y la conducta general de los hombres nos ponen cada dia delante de los ojos. Dígase la verdad; ¿se consideran estas máxîmas del Apóstol como principios sobre los cuales se ha de fundar toda la cristiana filosofía? Pero si no se sigue esta doctrina, ¿no nos dirán las gentes del mundo en qué escuela aprendieron unas máxîmas tan contrarias á las de Jesucristo, tan opuestas al evangelio, tan repugnantes al espíritu de nuestra religion? ¿En punto de filosofía evangélica se piensa hoy en el mundo como pensaban los primitivos cristianos? Y aun aquellas personas que por profesion estan consagradas á Dios, ¿no han degenerado del primitivo espíritu de su instituto? ¿se quedan precisamente entre las gentes del mundo la indevocion, los abusos y la relaxacion? Pero al fin, ello es cierto que el evangelio no ha envejecido; los mandamientos de la ley se conservan en su primer vigor; los exemplos de los santos son nuestros modelos, y tanto lo son hoy como siempre. Todo el mundo ve la desproporcion y la poca semejanza que hay entre los cristianos de nuestros dias, y los de los primeros siglos; con todo eso la regla no se ha mudado; Jesucristo ni ha dispensado, ni ha mitigado el rigor de su ley, ni la santidad de su doctrina; ¿pues cuál será nuestra suerte?

El evangelio es del cap. 20. de san Mateo.

In illo tempore: Accessit ad Jesum mater filiorum Zebedæi cum filiis suis, adorans et petens aliquid ab eo. Qui dixit ei: Quid vis? Ait illi: Dic ut sedeant hi duo filii mei, unus ad dexteram tuam, et unus ad sinis-

En aquel tiempo: Se acercó á Jesus la madre de los hijos del Zebedeo con sus hijos, adorándole, y pidiéndole alguna cosa. El cual la dixo: ¿Qué es lo que quieres? Respondió élla: Manda que estos dos hijos mios se sienten úno á tu dies-

tram, in regno tuo. Respondens autem Jesus, dixit: Nescitis quid petatis. Potestis bibere calicem, quem ego bibiturus sum? Dicunt ei: Póssumus. Ait illis: Calicem quidem meum bibetis: sedere autem ad dexteram meam vel sinistram, non est meum dare vobis, sed quibus paratum ést à Patre meo.

tra, y ótro á tu siniestra en tu reyno. Respondiendo, pues, Jesus, dixo: No sabeis lo que pedis. ¿Podeis beber el cáliz que he de beber yo? Les respondieron: Podemos. Díxoles: Bebereis, sí, mi cáliz; pero el sentarse á mi diestra ó siniestra, no me pertenece á mí el concederlo á vosotros, sino á aquellos á quienes está preparado por mi Padre.

MEDITACION.

De los deseos.

PUNTO PRIMERO.

Considera que toda la felicidad de la otra vida consiste en cumplir todos nuestros deseos, y toda la felicidad de ésta en mortificarlos y en aniquilarlos. Es decir, que para ser dichoso en este mundo, es preciso no desear cosa de él. Nuestros deseos son nuestros mayores tiranos.

Crecen los deseos al paso que se cumplen. Lo mismo es entrar en posesion de lo que se desea, que comenzar á desearse otra cosa; de suerte, que la posesion los fomenta, y no los satisface. Desea el corazon aquel cargo, aquel empleo, aquel feliz suceso; porque alucinado de los sentidos, y engañado por la falsa opinion de los hombres, juzga que logrado el suceso y conseguido el cargo, quedará satisfecho. Consiguióle; pero hallando por experiencia que aquello solo fue echar una gota de agua en un horno encendido, pone la mira en otros objetos que se le representan como bienes capaces de apagarle la sed. Logrólos, y se queda mas sediento que estaba antes. No hay bien criado que no dexe en el alma un gran vacío. Los deseos son enemigos irreconciliables de nuestra quietud. Con razon se dice que el deseo es un martirio. Son nuestros deseos como accesiones y crecimientos de calentura causados por alguna pasion; ¿qué mucho nos atormenten? La ambicion, la cólera, la codicia, la luxuria y la avaricia son como diferentes espe-

cies de hidropesía; cuanto mas se bebe, mas sed se padece. Nuestros deseos son los que consumen y gastan la salud con los cuidados que engendran, con las fatigas que causan, con los enfados que traen, y con los gastos que ocasionan, haciendo expender mucho para conseguir nada. ¡Buen Dios, qué dichosos seríamos todos si en nuestra condicion, en nuestro estado, en nuestra obscuridad ó en nuestra mediocridad de fortuna se apagarán nuestros deseos! Si exâminamos la causa de nuestras inquietudes, y si buscamos el orígen de nuestras desazones, no hallarémos ótro. El hombre verdaderamente dichoso en este mundo es aquél que nada desea; ciéguese este manantial envenenado, y al punto gozarémos un gran sosiego y una dulce tranquilidad; porque elevándose el alma sobre los bienes criados, hallará en Dios todo lo que puede desear. Tanta verdad es que solo Dios puede llenar nuestro corazon, solo él puede contentarle, solo él puede satisfacerle; sea solo Dios el objeto de todos nuestros deseos, y desde el mismo punto serémos dichosos y felices.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que siendo los deseos enemigos de nuestra quietud, hacemos muy mal en no cortar la raiz, convenciéndonos de la vanidad de sus objetos, y ocupando el corazon en otros bienes mas sólidos. Discurramos por todos los estados de la vida; fixemos la atencion en todos los bienes criados; nada hallarémos que baste á llenar y á satisfacer nuestra alma. Salomon hizo triste experiencia de esta verdad. Nada negó á sus sentidos; derramado su corazon á todo género de deseos, á todos los satisfizo; ¿pero los contentó por eso? *Vanidad de vanidades, y todo vanidad*, exclamó desengañado. Vasta capacidad, grandes alcances, abundancia de bienes, honores, dignidades, distinciones, gran fama, sabiduría humana, todo es vanidad; solo Dios puede llenar este corazon; solo Dios le puede satisfacer; solo Dios puede hacer que esté contento y tranquilo. ¿Para qué desear otra cosa que á solo Dios? Solo el desear este infinito bien es un bien inestimable; él tranquiliza el alma, y él la da á gustar

aquello mismo que desea. Ámase á Dios desde el mismo instante en que se tiene verdadero deseo de amarle. Respecto de los bienes criados, el primer trabajo del hombre que los desea, es el deseo mismo. Respecto del soberano bien, que es Dios solo, el verdadero deseo de poseerle es en cierta manera como acto y principio de posesion. ¿Hay por ventura algun trabajo en desear amar, servir y poseer á Dios? Para ser feliz en esta vida, es indispensable que Dios nos sea todo en todas las cosas, como nos lo será en la ótra. Los bienes de esta vida se desean con ardor, y se poseen sin gusto. La posesion de Dios es inseparable de una alegría y de un gusto, que es nuevo cada dia y cada instante. El motivo por qué nunca vivimos contentos en la tierra, es porque no se hace reflexîon á lo que se tiene, sino á lo que no se tiene. Solo Dios, que él solo es todos los bienes, el único bien y el soberano bien del hombre, no dexa el lugar á otros deseos. Un solo deseo basta para excitar, irritar y encender todas las pasiones; por el contrario, el deseo del sumo bien sufoca á todas estas fieras. Por eso siempre fue, y siempre será verdad, que no puede haber en el mundo hombre verdaderamente feliz, sino aquél que desea á solo Dios.

Divino Salvador mio, ¿cuándo ha de llegar el caso de que yo haga esta dichosa experiencia? Mis deseos son mis tiranos, y lejos de librarme de su malignidad, solo he procurado sujetarme mas y mas al yugo de su tiranía. Dignáos, Señor, retirarme de esta esclavitud; no, Dios mio, de hoy mas nada quiero desear sino á solo vos.

JACULATORIAS.

Quid mihi est in cœlo? et à te quid volui super terram? Salm. 72.

¿Qué tengo yo que desear, Dios mio, fuera de vos en el cielo y en la tierra?

Omne desiderium averte à me. Eccl. 23.

Apartad, Señor, de mi corazon todo deseo de cosas criadas.

PROPOSITOS.

Conviene desear pocas cosas de la tierra, decia san Francisco de Sales, y conviene desearlas poco. Cuanto mas hay que desear, mas hay que temer en esta vida, y por eso ninguno puede ser en élla feliz; á la medida de los deseos son los temores; cuanto mas se desea, mas se teme. Si quieres ser dichoso en este mundo, nada desees que tú puedas perder, ó que te pueda perder á ti. Diríjanse á Dios todos tus deseos: este es el único objeto que los puede satisfacer; está siempre de centinela contra estos enemigos de tu quietud, ahógalos luego que nacen; y si burlasen tu vigilancia, déxalos apagar por falta de cebo. El alma entregada á sus deseos es muy digna de compasion; si los quieres contentar, te desecarán á fuerza de cuidados y de disgustos.

2 Caso que no puedas cegar el manantial de tus deseos, evita por lo menos que se derramen y se extiendan; modera su viveza, y desconfia de la falsa brillantez con que se representan sus objetos. Es gran medio para ahogar los deseos luego que nacen, el no querer sino aquello que quiere Dios. Sea la voluntad de Dios la regla y la medida de tus deseos, y presto los verás todos sufocados. Persuádete á que los deseos siempre son efectos naturales de las pasiones; y desdichado de aquel que se hace esclavo de éllos. No es medio menos eficaz para refrenarlos el pensamiento de la muerte; lo que ésta hace con éllos, hace tambien su memoria poco mas ó menos. Los mas vivos deseos se debilitan con las fuerzas, y se acaban cuando se acaba la vida. ¿Con qué ojos se miran en la hora de la muerte esos fantasmones de grandeza, de felicidad y de fortuna? Entonces solo Dios enciende todos los deseos del alma. La misma virtud tiene en vida la memoria de la muerte; todos los deseos se estrellan contra la sepultura; ninguno subsiste hasta mas allá de la vida, y ni aun duran tanto como élla; basta la menor enfermedad para embotar toda su punta. Pero valga la verdad; aunque nuestros deseos no nos ocasionaran tantos disgustos, aunque no encontraran tantos tropiezos, ¿merecerian el trabajo que cuesta el satisfacerlos? ¡Ah,

y qué bueno es vivir y morir con solo el deseo de amar y de poseer á Dios!

DIA VEINTE Y SEIS.

Santa Ana, madre de la santísima Vírgen.

No se puede formar concepto mas noble, mas elevado ni mas cabal del extraordinario mérito, de las heróicas virtudes y de la sublime santidad de santa Ana, que diciendo fue madre de la Madre de Dios. Esta augusta cualidad comprende todos los honores, excede todos los elogios; y así como el mismo Espíritu santo no pudo decir cosa mayor de María, que decir que de élla nació Jesus, *de qua natus est Jesus*, así tambien no es posible elogio mas glorioso de santa Ana, que afirmar que de élla nació María.

Santa Ana, pues, á quien los santos padres apellidan el consuelo de los hijos de Dios, que suspiraban por la venida del Mesías, nació en Belen, de la tribu de Judá, á dos leguas de Jerusalen, llamada comunmente en el evangelio *Ciudad de David*, por haber nacido en élla este Monarca. Tuvo por padre á Matán, sacerdote de Belen, de la tribu de Leví y de la familia de Aarón, que entre los judíos era la familia sacerdotal. Su madre se llamó María, de la tribu de Judá, ambos muy recomendables por su nacimiento, por su notoria bondad y por su exemplar virtud. Tuvieron tres hijas. La primera, que se llamó María como su madre, casó con Cleofás, y fue madre de Santiago el menor, de san Judas, de san Simeon, sucesor de Santiago, obispo de Jerusalen, y de san José, por sobrenombre Bársabas ó el Justo. Estos son aquellos discípulos del Salvador, á quienes el evangelio llama *hermanos* suyos, segun el estilo comun de los judíos; pero no eran mas que primos, como hijos de una tia de la santísima Vírgen. La segunda hermana de santa Ana fue Sobé, madre de santa Isabel, la cual por consiguiente era prima hermana de la misma Señora. En fin,

la tercera hija de María y de Matán fue santa Ana, destinada por el Señor para dar al mundo aquélla de quien habia de nacer el Salvador.

Luego que Ana nació se reconocieron en élla aquellas especiales y distinguidas gracias, que anuncian y forman los grandes santos, siendo todas las delicias de sus padres, cuyo especial amor á esta Hija sobre todas las demas pareció tan justo, que nunca causó zelos ni emulacion en las otras dos hermanas. Descubrióse en élla un fondo de juicio, de prudencia, de modestia y de virtud, con cierto carácter de capacidad y de madurez, que igualmente la hizo amable que admirable. Hechizado el mundo de sus prendas, se dió priesa á ganarla para sí; pero élla miró siempre con desvío todas las cosas del mundo. Su mayor gusto era el retiro, y nunca le halló aun en aquellas inocentes diversiones, que son mas naturales y mas comunes en las niñas de su edad y de su condicion. Entregada á la oracion, comenzó á gustar de Dios desde sus primeros años, no pensando en otra cosa que en servirle y en agradarle. Por el grande amor que profesaba á la virginidad, virtud tan poco conocida en el mundo antes del nacimiento del Redentor, hubiera pasado su vida en el celibato, á no tenerla escogida la divina Providencia para ser la mas dichosa de todas las madres. Pretendiéronla por muger los mas nobles de toda la nacion, y sus padres escogieron entre todos á Joaquin, que vivia en la ciudad de Nazaret, y era de la real casa de David, con cuyo enlace se unió la familia sacerdotal con la real: circunstancia indispensable para que la Madre del Mesías pudiese nacer de este matrimonio.

Aquellas mismas virtudes que tanto habian resplandecido en santa Ana siendo soltera, brillaron con nuevo esplendor en élla cuando se vió esposa del hombre mas santo que se conocia en el mundo á la sazon. No hubo matrimonio mas feliz; en ambos Esposos reynaban las mismas inclinaciones, el mismo amor á la virtud, la misma inocencia y la misma pureza de costumbres; porque la misma mano que habia formado aquellos dos corazones, los unió con el dulce vínculo del mas casto y del mas perfecto amor; y aquel mismo espíritu (dice san Juan Damasceno) que con el tiempo debia animar á los cristia-

nos, anticipaba en la persona de los dos santos Esposos el mas ajustado modelo de la vida perfecta é interior. Joaquin en el monte (dice san Epifanio) ofrecia incesantes oraciones y sacrificios al cielo para acelerar la redencion de Israel; y Ana en el retiro de su casa se sacrificaba contínuamente al Señor en el fervor de su oracion. Cuando se dexaba ver en público edificaba á todos; su compostura, su modestia, sus palabras inspiraban admiracion de su virtud y respeto á su persona. Por su gran caridad consideraba á los pobres como á hijos suyos; y cuando se acordaba de que era estéril, se consolaba con que tenia tantos hijos como pobres. No correspondian los bienes temporales á la nobleza de su calidad ni de su sangre, pero suplia la caridad á la medianía de su fortuna. Bastábale á cualquiera ser pobre ó estar afligido, para acudir á élla como á madre, y para considerarse con derecho á lo que tenia.

Parece que el Espíritu santo hizo el retrato de santa Ana en el que formó de la muger fuerte y perfecta que no tiene precio. Lo que no admite duda es, que esta gran Santa nos dexó el modelo mas perfecto que tenemos de la vida interior y escondida, con un compendio de las mas raras virtudes.

Habia mas de cuarenta años que estaba casada santa Ana sin haber tenido sucesion; esterilidad que entre los judíos se reputaba por cierta especie de oprobio, con alguna nota de infamia; porque asegurados de que el Mesías habia de nacer de una muger de la nacion, consideraban en las infecundas uno como linage de reprobacion ó de maldicion de la familia. Vivia santa Ana en esta triste humillacion, sin esperanza de salir de élla á causa de su avanzada edad. Llevaba, á la verdad, con paciencia las amarguras de su estado por su rendimiento á la voluntad de Dios; mas no por eso dexaba de mirar con una santa envidia á aquellas dichosas mugeres que algun dia habian de tener afinidad con el deseado Mesías.

Estando en esta disposicion, y haciendo un dia oracion en el templo con extraordinario fervor, se la ofreció con tanta viveza el pensamiento de su ignominia, que no pudo contener las lágrimas; y acordándose de que Ana, muger de Elcána y madre de Samuel, hallándose

en las mismas circunstancias habia clamado al Señor con tanta confianza, que al fin fue bien despachada su peticion; animada Ana con el mismo espíritu, pidió fervorosamente á Dios se dignase mirar con ojos favorables á su humilde Sierva, y se compadeciese de su extrema afliccion; ofreciéndole, que si la hacia la merced de concederla algun fruto, se le consagraria inmediatamente, destinándole al templo para su santo servicio.

Oyó benignamente el Señor una peticion que él mismo habia inspirado. Asegúrase que en el mismo punto tuvo Ana revelacion del feliz despacho, y que tambien le fue revelado á Joaquin por el ministerio de un ángel. Lo cierto es, que pocos dias despues se vió libre de la ignominia de su esterilidad, sintiéndose en cinta de la santísima Vírgen. Llenóse el cielo de admiracion y de alegría viendo en la tierra aquella dichosísima Criatura concebida sin pecado, y mas agradable á los ojos de Dios en el primer instante de su Concepcion, que todos los santos juntos en el último momento de su vida. Y si en el mismo punto que san Juan fue santificado en el vientre de su madre, resaltó tanto en santa Isabel la santidad del Hijo, facilmente se dexan discurrir los tesoros de bendiciones y la abundancia de gracias que la santísima Vírgen mereció para su santa Madre en el instante de su Concepcion. Siendo depositaria de este precioso tesoro por espacio de nueve meses, ¡de cuántos favores celestiales sería enriquecida santa Ana! ¡qué luces sobrenaturales no la iluminarian! ¡qué fervorosos afectos no inflamarian su corazon mientras llevaba en su vientre á la que habia de llevar en el suyo al Salvador del mundo! Desde entonces fue la vida de santa Ana una contemplacion contínua, y su conversacion únicamente en el cielo; desde entonces inundaron su alma aquellos torrentes de consuelos espirituales, que son como la prueba de los gozos de la gloria.

Fue el colmo de este gozo el nacimiento de la bienaventurada Hija; comunicóse á la familia la alegría del cielo, y fue como presagio de lo que aquella Niña habia de ser. Si el árbol se conoce por sus frutos, exclama san Juan Damasceno, ¡qué concepto no debemos formar de vuestra inocencia y de vuestra sublime virtud, ó glorio-

sos esposos Joaquin y Ana (*Orat. 1. de Beat. Virg. Nat.*)! *O beatum par Joachim et Anna! ex vestri ventris fructu immaculati agnoscimini.* Era preciso que la santidad de vuestra vida correspondiese á la santidad de la Hija que dísteis á luz, y que habia de ser madre del Santo de los santos. *Ut Deo gratum erat, ac dignum ea quæ à vobis orta est, vitæ vestræ rationes instituistis*; porque siendo vuestra vida pura, inocente y exemplar, tuvísteis la dicha de engendrar al tesoro de la virginidad: *Castè etenim ac sanctè munere vestro functi, virginitatis thesaurum produxistis.*

Luego que santa Ana convaleció de su parto, se aplicó únicamente á conservar y á cuidar del precioso tesoro, cuyo depósito la habia el Señor confiado. ¡O Madre la mas dichosa de todas las madres, vuelve á exclamar el mismo Santo, qué mayor gloria para ti, que dar el pecho á la que con la leche del suyo habia de alimentar al que sustenta todo el Universo! *O beata ubera, quæ ejus, qui mundum nutrit, nutricem lactarunt.* Faciles son de comprender los desvelos, la solicitud y la ternura con que criaria santa Ana á su querida Hija; bien presto conoció que la gracia nada habia dexado que hacer á la educacion. Aquel entendimiento iluminado con las mas puras y mas penetrantes luces; aquel corazon dulce, humilde, dócil, formado para la mas elevada santidad; aquella alma que por singularísimo privilegio no habia contraido ni aun el pecado original, comun á todos los hombres, con todo el conjunto de prendas y de gracias que se unian en aquella purísima Criatura, ¿cómo podian menos de ser las delicias de su dichosa Madre? Mas al fin, era menester separarse de élla en cierto modo, para cumplir el voto que habia hecho; y así, luego que cumplió la Vírgen los tres años, aunque eran tan estrechos los vínculos que unian aquellos dos corazones, fue forzoso hacer el sacrificio. Habia ofrecido á Dios santa Ana consagrarle en el templo el fruto que la diese, y llegado el tiempo de cumplir su promesa, la cumplió. Conduxo élla misma á su querida Hija al templo de Jerusalen, como lo habia ofrecido antes que naciese, y entregándosela al sacerdote, consagró á Dios aquella Criatura que tan singularmente habia nacido para solo él. Hasta en-

tonces no habia visto el templo ofrenda tan preciosa ni víctima tan pura. Fue desde luego recibida la santísima Niña para el ministerio del templo, y colocada entre las vírgenes y las viudas que vivian dentro ó inmediatas á él en un cuarto separado, para servir en sus correspondientes oficios baxo las órdenes de los sacerdotes.

No pudiendo santa Ana y san Joaquin alejarse de una Hija tan querida, que era todo su consuelo, se vinieron tambien á vivir á Jerusalen en una casa cercana al mismo templo. San Joaquin sobrevivió poco al sacrificio que habian hecho de su Hija, y se dice que pocos dias despues murió dulcemente entre los brazos de santa Ana, lleno de dias y de merecimientos, á los ochenta años de su edad. Los que restaron de vida á nuestra Santa los pasó en mayor retiro y con mucho aumento de fervor, siendo su vida una contínua oracion. Abrasado su corazon con las puras llamas del amor divino, solo suspiraba por el único objeto de sus ánsias que era su Dios, su soberano bien y su último fin. Llegóse el de su santa vida, y habiendo tenido el consuelo de ver crecer á su amada Hija en sabiduría, en virtud y en todo género de perfecciones, al paso que iba creciendo en edad, entregó suavemente el alma á su Criador á los setenta y nueve años de su edad, y fue enterrada junto á su esposo san Joaquin. Llama la Iglesia *dulce sueño* á la muerte de santa Ana, para dar á entender la tranquilidad con que espiró.

Muchos años despues trasladaron los fieles sus reliquias á la iglesia del sepulcro de la Vírgen en el valle de Josafat, donde hoy se registra el de santa Ana en una capilla.

La ciudad de Apt en Provenza, tan célebre por su antigüedad, y hecha colonia romana por Julio César, se gloría de poseer muchos años ha el cuerpo de santa Ana, que san Auspicio, su primer obispo, traxo de Oriente, y en el año de 772 trasladó á la catedral el obispo Magnerico. El gran concurso de peregrinos á venerar su sepulcro, que trae de todas partes la devocion á esta gran Santa, y las singulares gracias que se reciben en él por su poderosa intercesion, acreditan visiblemente lo mucho que puede con Dios, y cuán grata la es la piedad de los que acuden á honrar reverentemente sus reliquias.

La misa es en honor de la Santa, y la oracion la siguiente.

Deus, qui beatæ Annæ gratiam conferre dignatus es, ut genitricis Unigeniti Filii tui Mater effici mereretur; concede propitius, ut cujus solemnia celebramus, ejus apud te patrociniis adjuvemur: Per Dominum nostrum...

O Dios, que te dignaste hacer á santa Ana la gracia de que fuese madre de la Madre de tu Unigénito Hijo; concédenos por tu bondad, que los que celebramos su fiesta merezcamos lograr para con vos su poderoso patrocinio: Por nuestro Señor...

La epístola es del capít. 31. *del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia VIII, fólio* 134.

NOTA.

"Se ha dicho ya en otra parte, que el libro del *Eclesiástico*, al que la Iglesia da el nombre de libro de la "Sabiduría, es un compendio de las máximas cristianas. "Queriendo el Espíritu santo darnos una anticipada idea "del moral y doctrina de Jesucristo en estos retratos anteriores muchos siglos á su nacimiento, inspiró al autor "de este libro dictámenes, sentencias y principios verdaderamente conformes á los evangélicos de nuestra religion."

REFLEXIONES.

¿Es posible que eternamente hemos de formar una idea falsa de la virtud? ¿eternamente la hemos de pintar con unos colores sombríos, con un ayre triste, enfadoso y retraente? ¿siempre la hemos de concebir ó en la cumbre de una montaña inaccesible, ó en la soledad de un horroroso desierto? ¿será posible que por lo menos ha de hacer siempre su habitacion en los claustros, como si estuviese desterrada de la vida civil, y condenada á pasar la suya en el retiro, en el silencio y en el luto? ¿En qué consistirá que interesando todos tanto en que la virtud sea afable, accesible, sociable y humana; en que sea de todos los paises, de todas las edades, de todos los estados y de todas las condiciones, nos complazcamos en persuadirnos que es fruto de pocos climas? ¿que su ver-

dadera sazon es la vejez; que en pocas condiciones puede subsistir, y que sus ayres naturales son los del claustro ó del desierto? Este error es obra del amor propio, es artificio de que se vale para infundirnos disgusto de la virtud, representándonos como imposible la santidad. Pero el Espíritu santo descubre en esta epístola la falsedad de esta opinion. Aquella muger fuerte, cuyo mérito excede á la mas elevada perfeccion que se reconoció en la ley antigua, cuya vida es un epílogo de las virtudes que nos enseña el evangelio, pasó su vida en medio de su familia, ocupada en las mas ordinarias tareas de su estado; dedicada al gobierno de su casa y á mantener la paz en élla; á dar gusto al esposo que el cielo la deparó; á pagar exâctamente la soldada á sus criados y el jornal á los obreros; á emplear en la labor el tiempo que tenia desocupado y otros ratos en oracion. No por cierto, no fue olvido en el Espíritu santo el no haber hablado ni de visitas, ni de juego, ni de paseo, ni de galas, ni de saraos; no intentaba hacer el retrato de las mugeres del mundo que se usan en nuestro tiempo, sino dexarnos la imágen de una muger cristiana. Y á vista de este retrato, ¿habrá ya quien diga que la santidad es una fruta extrangera y peregrina; que la virtud solo habita entre breñas, entre peñascos, en lugares escarpados y en cumbres tan elevadas que trastornan la cabeza? Es cierto que el tumulto del mundo no la acomoda; que lo que la lleva el gusto y la inclinacion es el retiro y la modestia; y que toda su séria ocupacion son las obligaciones de su estado. ¿Pero estos son estorbos ni dificultades insuperables? ¿y el disgusto con que miran á la virtud las gentes del mundo no es buena prueba de un visible desconcierto de entendimiento y de corazon, consecuencia funesta, pero necesaria del notorio desórden en las costumbres del siglo?

El evangelio es del cap. 13. de san Mateo, y el mismo que el dia XX, fólio 362.

MEDITACION.

De la devocion á santa Ana.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la devocion á los santos se funda en el amor que Dios los tiene, y en el que éllos tienen á Dios; en la dicha que gozan de ser agradables á Dios y amigos suyos; de poseerle sin temor de perderle ni de caer jamás en su desgracia; en la honra que tienen de estar contínuamente cerca de Dios, y en el valimiento que logran con él; y en fin, en la caridad con que nos miran desde aquella feliz estancia de la gloria. Todos los santos merecen nuestra veneracion, nuestro profundo respeto, nuestro amor y nuestra confianza. Pero entre todos los santos despues de la Reyna de todos éllos, ¿quién merecerá mas que santa Ana nuestra veneracion y nuestros cultos? Fue abuela de Jesucristo segun la carne, madre de la santísima Vírgen; ¡pues qué trono tan elevado ocupará en la Jerusalen celestial! ¡qué clase tan distinguida en aquella augusta córte! ¡cuánto será su valimiento con su nieto el Salvador del mundo, con el Dios de todo consuelo y Padre de misericordia! Si se hubieran hallado diez solos hombres justos en las cinco ciudades mas abominables de la tierra, en atencion á éllos se hubiera aplacado la cólera de Dios. ¿Cuántas veces perdonó á un pueblo ingrato, impío y duro á ruegos de su siervo Moyses? ¿cuántas se movió á compasion el mismo Dios? por explicarme de esta manera; ¿cuántas dexó de castigar á príncipes y vasallos irreligiosos en consideracion de David? ¿pues quién ha de imaginar que un Dios de infinita bondad dexe de hacer el mayor aprecio de la Abuela de su querido Hijo y madre de una Hija tan privilegiada y tan querida? En cierto modo se puede decir que la sangre de santa Ana corrió por las venas de Jesucristo; por tanto, parece que esta gran Santa tiene particular derecho á sus méritos, á sus favores y á sus gracias; basta que se interese por alguno para que sea di-

chosa su suerte. ¿Negará Cristo cosa alguna á su Madre? ¿y la Madre de Dios podrá negarla á la suya? De alguna manera se pudiera decir que su valimiento con Dios todo lo puede, y que su poder es sin límites. ¿Qué confianza mejor fundada que la que estriba en el valimiento de la que fue madre de la Madre de Dios? ¿pues qué devocion mas justa? Dichosos aquellos que se la profesan particular á la mayor Santa que parece hay en el cielo despues de María, y que llenos de confianza en sú poderosa proteccion, la honran constantemente toda la vida.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que para profesar una singular y tierna devocion á santa Ana, es tambien motivo muy poderoso su vida interior y escondida, una vida comun, que puede alentar á los mas cobardes para que sériamente se esfuercen á ser santos; los corazones pusilánimes y las almas tímidas como que no se atreven á tener la mayor confianza en aquellos santos cuya vida fue llena de hechos asombrosos, y cuya santidad se hizo principalmente recomendable por contínuos prodigios de penitencia. Espanta á estas almas la memoria sola de las admirables austeridades de sus patronos; temen que si invocan á estos modelos de penitencia, las den en rostro con su tibieza y cobardía, y este temor por lo menos disminuye en éllos la confianza. ¿Pero quién no podrá imitar la vida interior, escondida y comun de nuestra gran Santa? ¿á quién podrá parecer muy elevado un modelo de perfeccion, que solo la pone delante las obligaciones mas comunes de su estado? ¿quién podrá imaginar que es muy dificultoso vivir retirado, y callar? Ninguno hay que no pueda imitar la vida interior de santa Ana, su silencio, su dulzura, su humildad; ninguno que no tenga espíritu y ánimo para vivir contento en el humilde estado en que nació, para pasar la vida en recogimiento y oracion. Esta facilidad de imitar la vida de santa Ana inspira no sé qué confianza en su proteccion, y hasta los mas tímidos se alientan á recurrir á élla en sus necesidades y trabajos. Por lo demas tampoco se puede dudar de su singular caridad para con los pecadores, como tiene tan estrecho

parentesco con el Salvador, participa mas de sus máxîmas y de sus inclinaciones; animada del mismo espíritu, no puede menos de compadecerse tiernamente del deplorable estado en que se hallan. ¿Y la faltará el zelo de su conversion? ¿y dexará de emplear su valimiento con Jesucristo por aquellos que la invocan? Por eso se ha notado que la devocion á santa Ana ha crecido al paso que se han aumentado las necesidades de la Iglesia; y que nunca se ha profesado mas devocion á esta poderosa Protectora, que despues que la heregía ha hecho tanto estrago en la viña del Señor.

Mi Dios, que teneis tan en el corazon la gloria de esta gran Santa, y que tanto deseais que se extienda su culto cada dia; haced que profesándola de hoy mas una tierna devocion, tenga parte en su proteccion poderosa y en los favores que dispensais con abundancia á todos los que la honran.

JACULATORIAS.

Benedicta es tu filia à Domino Deo excelso. præ omnibus mulieribus super terram. Judith. 13.

Despues de tu Hija eres bendita del Altísimo sobre todas las mugeres de la tierra.

Mulier, ecce filius tuus. Joann. 19.

Gloriosa santa Ana, aquí teneis á uno de vuestros hijos, miradme como á tal.

PROPOSITOS.

Estamos inconsolables si por inadvertencia no aprovechamos los oficios, ó malogramos los medios que se nos vinieron á las manos para hacer fortuna; mas facilmente nos consolamos cuando por falta de medios perdimos un negocio de consecuencia. Mira si tienes algo que reprenderte en este punto, sobre todo en el negocio de tu salvacion y acerca de esta devocion. Tenemos gran necesidad de protectores con Dios, y no se puede dudar que santa Ana es una protectora muy poderosa. ¿Qué devocion has profesado hasta ahora á esta gran Santa? ¡Ah, que quizá la has mirado hasta aquí con tanta indiferencia

y con tanto olvido, que acaso por esto no te has librado de muchos trabajos! Remedia desde luego una negligencia tan perniciosa; pon desde hoy mismo tu persona y toda tu familia debaxo de su poderosa proteccion, pidiéndola perdon de tu negligencia. Todas las cristianas familias debieran estar como dedicadas á santa Ana; y así, escógela por tu protectora desde este mismo punto. Nada se pide á Dios con la debida disposicion, que no se consiga á ruego suyo. ¿Qué podrá negar Jesucristo á la intercesion de santa Ana? ¿ni cómo puede menos de interesarse eficazmente la santísima Vírgen en todo lo que pide su querida Madre?

2 Comienza desde hoy á hacer oracion todos los dias en alguna iglesia ó delante de algun altar dedicado á santa Ana. Despues de ponerte á ti y á tu familia debaxo de su proteccion, comulga en reverencia de la Santa, y renueva esta especie de dedicacion. Ten su imágen en tu oratorio ó en tu cuarto; rézala cada dia la oracion que usa la Iglesia en honra suya, y celebra el dia de su fiesta todos los años con nuevo fervor y devocion. En este dia nunca dexes de confesar y comulgar, para que la sean mas gratas tus oraciones. Es piadosa devocion ayunar el dia antes de su fiesta, y no es menos provechosa la de vestir cada año alguna pobre doncella, ó hacer alguna limosna en honor suyo.

DIA VEINTE Y SIETE.

San Pantaleon, mártir.

Fue san Pantaleon uno de los mas ilustres mártires de la fe de Jesucristo, y nació en Nicomedia de Bitínia, ciudad que el emperador Diocleciano habia escogido para su residencia. Su padre Eustórgio era gentil, y su madre Eubúla era cristiana. Aprovechóse la madre con destreza de las bellas disposiciones de corazon y de entendimiento que reconoció en su Hijo para darle desde su niñez la primera tintura de la religion cris-

tiana; pero habiendo muerto antes que Pantaleon tuviese edad para aprovecharse de sus instrucciones, tomó Eustórgio á su cargo la educacion del niño; y como era uno de los mas obstinados paganos de Nicomédia, tuvo gran cuidado de inspirar á su hijo una grande aversion al nombre cristiano, y de imbuir bien su entendimiento en las supersticiones gentílicas. Viendo el padre la inclinacion que mostraba Pantaleon al estudio de las ciencias, no perdonó á medio alguno para que se instruyese en las mas amenas, y tuvo el consuelo de verle sobresalir en breve tiempo tanto en letras humanas como en filosofía; pero sintiéndose muy inclinado á la medicina, se aplicó particularmente á élla. Hizo tantos progresos en esta facultad, que muy en breve fue Pantaleon uno de los médicos mas hábiles que habia en Nicomédia; tanto, que movido el emperador Galerio Maxîmiano, así de su reputacion, como de su ingenio, de la suavidad de sus costumbres, y de sus cultas y cortesanas modales, le nombró por su médico ordinario.

Era muy á propósito para borrar de su corazon hasta los mas leves vestigios del cristianismo que pudiesen haber estampado en él las piadosas instrucciones de su madre la precision de asistir á la córte de aquel príncipe; pero por dicha suya le dispuso la bondad del Señor un auxîlio que no esperaba, y fue bastante para que volviesen á rayar en su alma aquellas primeras luces.

Tuvo ocasion de hablarle en cierto dia un santo presbítero llamado Hermoláo, y enamorado de su bello genio y de su espíritu, de su afabilidad y de sus gratísimas modales, así por esto, como por su conversacion, y por su fisonomía, sospechó que Pantaleon habia tenido mejor escuela que la comun de los paganos. Retiróle aparte, y le dixo que deseaba hablarle mas despacio. Consintió Pantaleón, y apalabrado el dia y el lugar concurrieron ambos al sitio señalado. Rompió Hermoláo la conversacion diciéndole: *O yo me engaño mucho, ó lo que me parece descubrir en tu modo y en tu semblante, tú solo eres gentil por costumbre, por bien parecer, ó por razon de estado; pero ni tu entendimiento, ni tu corazon han sido siempre paganos. Confieso*, respondió Pantaleon, *que soy hijo de madre cristiana; y que ésta me comenzó á instruir*

en las máxîmas de su religion; pero murió muy presto, y no tuve tiempo para ser cristiano. Segun eso, replicó Hermoláo, *no eres idólatra por eleccion; ¿pero un hombre de tu capacidad, en materia de religion se ha de dexar llevar de la corriente? Hasta ahora*, respondió Pantaleón, *solo he pensado en estudiar mi medicina. Y en élla has adelantado mucho*, prosiguió Hermoláo, *haciéndote médico famoso; ¿pero de qué te sirve la ciencia de la salud, si ignoras la de la salvacion? Créeme que Jesucristo es distinto maestro que Galeno y Esculapio; éstos dan unos preceptos muy limitados, y mucho mas dudosos para conservar una salud, que al cabo se ha de perder; pero la doctrina de nuestro divino Maestro da la vida, y una vida que en el cielo dura eternamente.* Reconociendo Hermoláo que sus palabras hacian impresion en Pantaleón, le explicó los misterios de nuestra religion con tanta claridad y con tanta energía, que el médico se mostró casi convencido; prometiendo al zeloso catequista, que para la segunda conferencia traeria pensado lo que debia hacer, pues realmente conocia que para ser feliz era menester ser cristiano.

Cuéntase que paseándose un dia á tiempo que iba revolviendo en su pensamiento la mudanza que trataba de hacer, encontró en el camino á un niño muerto por la mordedura de una vívora, y junto al cadáver la vívora que le habia mordido. Animada su confianza con aquellos como crepúsculos de la fe de Jesucristo, le ocurrió de repente hacer la experiencia de si era tan grande su poder como le habia ponderado el Presbítero cristiano. Acercóse al niño, y en tono determinado, y resuelto le dixo: *Levántate tú, muerto; así te lo mando en nombre de Jesucristo; y tú, animal ponzoñoso y maligno, muere al instante.* En el mismo punto murió la vívora, y resucitó el niño, y asombrado Pantaleon del milagro, corrió al santo catequista, refirióle lo que le acababa de suceder, y le pidió el bautismo.

Recibióle; y no le cabia el gozo en el pecho al verse ya cristiano. Estaba impaciente por hacer participante á su padre de la misma dicha, y verle convertido; pero conociendo su obstinacion, y encaprichamiento en el paganismo, le pareció preciso contemporizar, y valerse de alguna industria para convencerle. Dexóse ver de-

lante de su padre con un ayre triste, taciturno y pensativo; preguntóle el viejo cuál era el motivo de su melancolía. *Señor*, le respondió Pantaleon, arrancando un profundo suspiro, *las extravagancias de nuestra religion me traen turbado, y me tienen revuelta la cabeza: Si nuestros dioses fueron hombres, ¿por qué arte se hicieron dioses? Por otra parte, no se puede negar que ofrecemos sacrificios á unos ídolos, que ni tienen ojos para ver lo que los ofrecemos, ni orejas para oir lo que los pedimos. A esto se añade lo que estamos viendo; del mismo metal de que se fabrican las ollas se fabrican los dioses; y no pocas veces habeis visto vos mismo que los que hoy eran dioses, á quienes ofreciamos incienso, mañana son ollas en que se cuece el potage.* No sabiendo el viejo qué responder, se mostró dudoso y titubeante; mas para convertirle era menester un milagro. Vino un ciego en busca de Pantaleon, y quexóse de que los otros médicos por curarle un mal que padecia en los ojos, á fuerza de remedios le habian dexado sin vista. Ofrecióle Pantaleon que al instante la recobraria, y le pondria bueno, como le diese palabra de abrazar la religion cristiana. Sorprendió tanto al ciego como al padre la proposicion; pero el milagro los convirtió á entrambos. Apénas hizo oracion el Santo, invocando el nombre de Jesucristo sobre el enfermo, cuando quedó sano, y los dos recibieron el bautismo.

Con la conversion del padre aun se enfervorizó mas el hijo; porque habiendo llamado Dios á sí al buen viejo, luego que Pantaleon se vió heredero de todos sus bienes, los vendió, y repartió el precio entre los pobres. Es verdad que continuó con la profesion de médico; pero de medico divino, que curaba las enfermedades del alma, curando milagrosamente las del cuerpo, por cuyo medio de su industrioso zelo creció prodigiosamente el número de los fieles.

Pero la gran reputacion que se habia adquirido nuestro Santo con sus milagrosas curas, excitó la emulacion y la envidia de los médicos. A breve tismpo descubrieron que era cristiano, y al punto le delataron al emperador Maxîmiano, que se hallaba á la sazon en Nicomédia. Sorprendido extrañablemente el Príncipe al ver

que mantenia en su misma córte á un enemigo de sus dioses, quiso informarse de la verdad por sí mismo; y para que Pantaleon no la negase, ó para tener con qué vencerle si la pretendia obscurecer, exâminó por su persona el ciego que habia curado el Santo, y metia mucho ruido en la ciudad. El nuevo cristiano refirió sencillamente cuanto habia pasado, y que el médico Pantaleon le habia restituido la vista, sin otro medicamento que invocar el nombre de Jesucristo. Intentó persuadirle el Emperador, que aquel beneficio le debia á los dioses del Imperio. ¡*Ah Señor*! (le replicó el ciego), ¿*cómo quiere V. Magestad que me restituyesen la vista unos dioses que no ven*? Irritó tanto á Maxîmiano esta animosa respuesta, que mandó le cortasen al punto la cabeza.

Y no dudando ya de que era cristiano Pantaleon, le mandó llamar; y en tono airado, pero en que se dexaba traslucir la estimacion, y aun el amor que profesaba á su médico ordinario, le dixo: "Nunca creyera »que el hombre á quien mas he colmado de honras y de »bienes en mi córte fuese el mayor enemigo de los dioses »del imperio. Confieso, Señor, *respondió Pantaleon*, que »desde que Dios me hizo la gracia de darme á conocer las »supersticiones del paganismo, concebí un soberano des»precio de esos demonios que vosotros llamais dioses: ¿cuál »es su poder, su soberanía, ni su duracion? No hay entre »éllos ni uno siquiera de cuyo nacimiento y origen no »tengamos noticia; no se ignoran sus flaquezas, ni sus pa»siones; sábense hasta sus maldades y sus vicios; la impie»dad y la locura de los hombres convirtió en dioses los »hombres mas malvados." Viendo nuestro Santo que el Emperador estaba como cortado, aunque salia á los ojos la cólera que ardia en el corazon, se adelantó á hacerle una proposicion que fue recibida con general aplauso de todos los circunstantes.

"Y para que V. Magestad se desengañe, *añadió Panta»leon*, de que todas esas deidades son unas estátuas muer»tas, y no mas, y que solo es verdadero Dios el Dios de »los cristianos, tráigase aquí á vuestra presencia un enfer»mo desahuciado de todos los médicos, invóquense vues»tros dioses para que le sanen, ofrézcaseles sacrificios, y »verémos si tienen poder, y habilidad para curarle; yo in-

„vocaré á Jesucristo mi Salvador, con una segur a confianza de que luego que haya pronunciado su santo nombre, „quedará enteramente sano."

Como todos interesaban tanto en el desafio, no fue posible rehusarle, y así por mas que el Emperador se irritó contra Pantaleon, procurando aterrarle con amenazas, fue preciso hacer á su vista la experiencia del quimérico poder de sus dioses. Tráxose á presencia de todo el concurso un paralítico impedido de todos sus miembros mucho tiempo habia; apuraron los gentiles todas sus devociones, sus sacrificios y sus deprecaciones; pero el paralítico se quedó como se estaba; hace oracion Pantaleon á vista de toda la muchedumbre que habia concurrido á palacio; levántase, acércase al enfermo, hace sobre él la señal de la cruz, mándale en nombre de Jesucristo que se ponga bueno, y en el mismo instante se levanta el paralítico, diciendo á voces, que no hay otro verdadero Dios sino el Dios de los cristianos. Hizo este milagro tan maravilloso efecto en el ánimo de los que le vieron, que se convirtió la mayor parte de éllos; y por mas que el Emperador se esforzaba á querer persuadir que todo era artificio mágico y encantamiento, no resonaba otra cosa en las calles de Nicomédia que elogios y aplausos del poder de Jesucristo.

Pero enconado Maxîmiano con las sugestiones de los sacerdotes de los ídolos, le pareció ser preciso desacreditar con el rigor de los suplicios al que respetaba todo el pueblo como á hombre favorecido del verdadero Dios. Mandó, pues, que fuese llevado Pantaleon á la plaza mayor, y que allí á vista de toda la ciudad despedazasen su cuerpo con garfios de hierro, y aplicasen á las heridas hachas encendidas, y que despues le metiesen en una caldera de plomo derretido. Aparecióselo el Salvador al principio de estos tormentos, y le hizo como insensible á tan horrorosos suplicios; mas furioso el Emperador á vista de tantos prodigios, mandó que atándole al cuello una piedra de enorme corpulencia, fuese precipitado en el mar; pero este elemento tambien le respetó, y le volvió á arrojar sano y salvo á la orilla. Una máquina armada de navajas y puntas de azero, que al primer movimiento naturalmente le habia de hacer tro-

zos, no le hizo el mas leve daño; antes desbaratándose de repente, quitó la vida á muchos gentiles que asistian á aquel nuevo género de suplicio.

A este tiempo dieron noticia al Emperador de que el presbítero Hermoláo habia convertido á Pantaleon. Con eso se persuadió que si lograba hacer apostatar á aquel buen viejo, presto se pervertiria el mismo Pantaleon con el exemplo de su maestro, y catequista. Mandó, pues, buscar al santo Presbítero; y le amenazó con los mas horrorosos tormentos si no renunciaba á Jesucristo en aquel mismo punto. No dió otra respuesta Hermoláo que reirse de las amenazas del Emperador. Comenzóse el interrogatorio, y á las primeras palabras se sintió un temblor de tierra tan violento, que todos consintieron quedar sepultados en las ruinas de los edificios. Dixo el Tirano al pueblo, que aquella era señal de la cólera de los dioses; á que prontamente replicó Hermoláo: *¿Y qué dirias, Señor, si esos vuestros mismos dioses se hubiesen hecho pedazos con el terremoto?* Fue así; pues apénas acabó el Santo de pronunciarlo, cuando un horrible alharido de los paganos informó al Emperador de que todos los ídolos de la ciudad se habian hecho añicos y polvo en la ruina de los templos. Aturdido Maxîmiano con este suceso, mandó cortar la cabeza á Hermoláo, y condenó á Pantaleon al mismo suplicio. Atóle el verdugo al tronco de un olivo; descargó sobre su cuello muchos golpes con el afilado sable; pero ninguno le hirió ni aun ligeramente, hasta que el Santo, con una piadosa impaciencia de ir á recibir en el cielo la recompensa debida á sus trabajos, suplicó á Jesucristo no le dilatase mas la corona del martirio; la que recibió en fin el dia 27 de julio del año de 305; y con él tuvieron parte en la misma gloria los santos Hermípo, y Hermócrates, compañeros del santo presbítero Hermoláo.

Las reliquias de san Pantaleon fueron trasladadas de Nicomédia á Constantinopla, y colocadas en el sitio donde se celebró despues el segundo concilio general el año de 381, en tiempo de Teodosio el grande, por cuya motivo se llamó el oratorio, ó la capilla de la Concordia. Regalóselas con el tiempo el emperador del Oriente á Carlo

Magno, y éste las trasladó á Francia, venerándose la cabeza en la iglesia de Leon, y el resto en el monasterio de san Dionisio.

"En la iglesia de las señoras agustinas recoletas del real „convento de la Encarnacion de Madrid se conserva den„tro de una ampollita de cristal una pequeña porcion de „la preciosa sangre de este glorioso Mártir; la que se ase„gura que todos los años milagrosamente se liquída en la „víspera y dia de su fiesta, concurriendo apresuradamen„te todo el pueblo á venerar la reliquia, y á ensalzar el po„der de Dios á vista de aquel prodigio."

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue.

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus, ut intercedente beato Pantaleone martyre tuo, et á cunctis adversitatibus liberemur in corpore, et á pravis cogitationibus mundemur in mente: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Suplicámoste, ó Dios omnipotente, nos concedas por la intercesion de tu bienaventurado mártir Pantaleon, que seamos libres de todas las calamidades del cuerpo; y que nos veamos limpios de todos los malos pensamientos del alma: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 2. de la segunda del apóstol san Pablo á Timotéo.

Charissime: Memor esto Dominum Jesum Christum resurrexisse á mortuis ex semine David, secundum evangelium meum, in quo laboro usque ad vincula, quasi male operans: sed verbum Dei non est alligatum. Ideo omnia sustineo propter electos, ut et ipsi salutem consecuantur, quæ est in Christo Jesu, cum gloria cœlesti. Tu autem assecutus es meam doctrinam, institutionem, propositum, fidem, longanimitatem, dilectionem, patientiam, persecutiones, passiones: qualia mihi facta sunt Antiochiæ, Ico-

Carísimo: Acuérdate que el Señor Jesucristo del linage de David resucitó de la muerte, segun mi evangelio. Por el cual yo padezco hasta las prisiones como malhechor: pero la palabra de Dios no está aprisionada. Por esto sufro todas las cosas por amor de los elegidos, para que ellos consigan tambien la salud que está en Cristo Jesus con la gloria celestial. Pero tú has seguido de cerca mi doctrina, mi modo de vivir, las intenciones, la fe, la longanimidad: la caridad, la paciencia: las persecuciones, los trabajos, como los que me sucedieron en Antio-

nii, et Lystris: quales persecutiones sustinui, et ex omnibus eripuit me Dominus. Et omnes qui pie volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur.

quía, en Iconio, y en Listris: las cuales persecuciones yo sufrí y de todas me libró el Señor. Y todos aquellos que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesus padecerán persecucion.

NOTA.

"Es cierto que ya estaba preso san Pablo cuando es„cribió esta segunda epístola á Timotéo. Este era obispo „de Efeso, y el Apóstol se hallaba cercano á su martirio; „por lo que san Crisóstomo llama á esta carta el testa„mento de san Pablo."

REFLEXIONES.

Todos los que quieren vivir piadosamente en Jesucristo padecerán persecucion. Si hubiera dicho, todos los que quisieren vivir desordenadamente, licenciosamente, y segun el espíritu del mundo, serán perseguidos, y tendrán necesariamente mucho que padecer en una religion tan pura, tan santa, y tan perfecta, sería una proposicion justa, y en creerla no habria dificultad; pero que hayan de padecer persecucion los que quieren vivir segun el espíritu, las máxîmas y las leyes de esta religion, y que la persecucion haya de ser suscitada por aquellos mismos que la profesan, esto es lo que verdaderamente trastorna la razon. Mas al fin cuando se considera que el mismo Jesucristo fue perseguido por aquellos mismos que tanto tiempo habia le estaban pidiendo, y le estaban deseando; cuando se hace reflexîon á que este divino Salvador, que era la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, fue tan maltratado; cuando se piensa sériamente que estuvo en este mundo, el cual habia sido hecho por él, y que el mundo no le conoció; que el que vino á salvar los pecadores, Jesucristo, el Mesías tan deseado, se dexó ver en su misma herencia, y los suyos no le recibieron; ¿quién se admirará de que padezcan persecucion en este mundo los que quieren vivir piadosamente en Jesucristo? ¿Qué profeta dexó de ser perseguido por aquellos á quienes anunció la volun-

tad del Señor? Hay en el hombre cierto fondo de malignidad, que todo lo corrompe si no se tiene cuidado de purificarla con la penitencia; nacen con él las pasiones; y éllas son las que levantan aquellas nieblas que ofuscan las luces de la fe, y debilitan la misma razon natural; si no se procura domar con tiempo estos enemigos domésticos, pervierten el genio mejor, y caminando siempre de acuerdo con los sentidos, dan la ley, se apoderan del corazon, se hacen dueños del entendimiento, y tiranizan á todo el hombre. Como son tan pocos los que no se dexan llevar de la corriente, como las pasiones toman todas las entradas; reynando siempre en la infancia, y mucho mas despóticas en la juventud, es siempre mayor el número de los partidarios del mundo, porque siempre cuentan las pasiones mayor número de esclavos. Esto es lo que engruesa el partido de aquél aumentando el de los enemigos de Jesucristo. El rebaño de Jesucristo siempre será el menor; y por consiguiente el mas expuesto á los insultos; pero al fin triunfe el mundo cuanto quisiere de que tiene de su parte la muchedumbre, durará poco su alegría, sobre ser muy superficial; el reyno de los cielos es la herencia de los pocos, resérvase para la pequeña grey.

El evangelio es del capítulo 10. de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nihil est opertum, quod non revelabitur; et occultum, quod non scietur. Quod dico vobis in tenebris, dicite in lumine: et quod in aure auditis, prædicate super tecta. Et nolite timere eos, qui occidunt corpus, animam autem non possunt occidere, sed potius timete eum, qui potest et animam, et corpus perdere in gehennan. Nonne duo passeres asse væneunt: et unus ex illis non cadet super terram sine patre vestro? Vestri autem capilli capitis omnes numerati sunt. No-

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: Nada hay escondido, que no venga á descubrirse, ni oculto, que no llegue á saberse. Lo que os digo á obscuras, decidlo públicamente; y lo que se os dice al oido, predicadlo desde los tejados. No temais á los que matan el cuerpo y no pueden matar al alma; antes bien temed á aquel que puede arrojar al infierno al alma y al cuerpo. ¿Por ventura no se venden dos páxaros por la menor moneda, y ninguno de éllos cae sobre la tierra sin la voluntad de vuestro Padre? Pero á vosotros os tiene contados todos los cabe-

lite ergo timere: multis passeribus meliores estis vos. Omnis ergo, qui confitebitur me coram hominibus, confitebor et ego eum coram Patre meo, qui in cœlis est.

llos de la cabeza. No temais, pues: mucho mas valeis vosotros que muchos páxaros. Cualquiera, pues, que me confesáre delante de los hombres, le confesaré yo tambien delante de mi Padre, que está en los cielos.

MEDITACION.

Del infierno.

PUNTO PRIMERO.

Considera que hay infierno; es decir, un lugar en que todo el poder de Dios junta todos los tormentos para castigar, para atormentar á los que mueren en su desgracia, y para hacerlos padecer eternamente.

La cólera de todo un Dios irritado enciende en él un fuego de un ardor, de una vivacidad incomprensibles, que no solo abrasa los cuerpos, sino tambien las almas. Un condenado está sumergido, sepultado, anegado en aquel fueinmoble, en medio de aquel fuego, penetrado de aquel fuego, sin poder respirar mas que el fuego que le abrasa. Cada momento padece nuevo dolor y nuevo suplicio; y por un prodigio espantoso de rigor, efecto todo del poder divino, el condenado padece todos los suplicios juntos en cada momento.

Pero por espantosas, por incomprensibles que sean aquellas penas, se puede decir que son poca cosa en comparacion de aquel penetrante dolor, de aquella eterna desesperacion que le causa la memoria del tiempo pasado, lo mal que se aprovechó de él, y de tantos auxîlios como tuvo.

La falsa brillantez de las honras que le deslumbró; los bienes fantásticos que le ocuparon; la engañosa apariencia de los deleytes que le tuvieron como encantado; la vanidad de los objetos que le apartaron de Dios; la ridiculez de los que se llaman respetos humanos; y lo nada de las grandezas del mundo, todas estas son otras tantas furias que despedazan, que taladran el corazon de un infelíz condenado.

¡Que por pozar de unos sucios, y momentáneos deleytes, por satisfacer mi orgullo y mi vanidad, por contentar mi pasion, me he precipitado en estos hornos eternos! Fantasmas de grandezas, fortuna quimérica, vanas ideas de felicidad, cien veces os condené, y no dexé de irme tras de vosotras; y por haberme apacentado de vuestra engañosa esperanza me veo condenado. Pude salvarme; ¿cuántas saludables inspiraciones desprecié? Nunca me faltaron auxílios suficientes; pero no me dió gana de corresponderlos. Pensé en el infierno; creí todo lo que estoy viendo, todo lo que estoy experimentando; bramaba de indignacion y de horror contra los que se condenaban, y yo soy uno de éllos.

A estos mortales remordimientos, á estas penas incomprensibles añade la vida de un Dios soberanamente irritado, de un Salvador convertido en enemigo irreconciliable, de un Dios perdido sin recurso, y perdido por el pecado. Era menester poder concebir lo que es Dios, para poder comprender qué tormento es el perderle, y perderle sin esperanza de volverle á recobrar. Esta sola pena equivale á todos los suplicios: sin esta pérdida el mismo infierno con todos sus tormentos se convertiria en un lugar de delicias. Concibe, si es posible, qué tormento es haber perdido á Dios para siempre.

¡Ah Señor! piérdalo yo todo desde este mismo punto, bienes, dignidades, salud, y hasta la misma vida, antes que perderos á vos. He merecido el infierno; pero confio y apelo á vuestra infinita misericordia: no permitais, dulce Jesus mio, que me concede.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que las penas del infierno no solo son universales, excesivas, incomprensibles, sino tambien eternas; es decir, que aunque tan espantosas, tan intolerables que no hay esperanza de que jamás se acaben, ni que por un solo instante se alivien.

¡Qué dolor, qué desesperacion, qué rabia la de una alma condenada, cuando desde aquel abismo de la eternidad, despues de haber ardido cien mil millones de millones de años, vuelve los ojos hácia esta pequeña porcion, hácia este puñado de tiempo que vivió, el que apénas podrá des-

cubrir entre aquel prodigioso número de siglos que habrán pasado despues de su muerte! Pensará que por no haberse querido hacer un poco de violencia durante un cortísimo espacio de tiempo, arde y padece todos los suplicios juntos despues de tantos millones de siglos, sin que se pueda decir que le resta ni un solo momento menos que padecer.

Arder en el infierno tantos años, tantos siglos como instantes se vivieron, causa espanto esta duracion; ¿qué será arder tantos millones de siglos como gotas de agua hay en los rios y en la mar? Habrá sufrido un condenado en aquellos calabozos de fuego toda esa incomprensible duracion de tiempo, y no se habrá pasado un medio cuarto de hora, ni un instante de la eternidad; los hijos de tus hijos estarán enterrados; habrá consumido el tiempo las casas en que habitaste, la ciudad en que naciste, y los estados en que pasaste tu vida; en fin, habrán sepultado los siglos á todo el Universo en sus propias cenizas; despues del mundo se habrán pasado tantos millones de siglos como duró momentos el mismo mundo, y un solo instante habrá corrido de la espantosa eternidad; si te condenaste te queda tanto por padecer como desde el mismo punto que fuiste sumergido en aquellas llamas.

¡O eternidad espantosa! ¡ó incomprensible eternidad, quién te puede creer, y vivir en pecado un solo momento, y dilatar un solo momento la penitencia!

Supongamos que un pecador fuese condenado á arder en el infierno hasta que una hormiga trasladase al mar toda la arena de sus orillas, llevando de mil á mil años un solo grano. ¡Ah, desde que Cain está en el infierno, solo seis granos hubiera transportado este animalillo! ¿Pues qué seria si aquel desdichado tuviese que padecer hasta que la hormiga trasladase no solo toda la arena del mar, sino toda la tierra del mundo? ¿si hubiese de arder hasta que pasando de mil á mil años, acabase de roer todas las peñas, todos los montes de la tierra? La razon se pierde, y la imaginacion se confunde en esta incomprensible extension de tiempo. Con todo eso si te condenas, ha de llegar tiempo en que puedas decir con verdad: desde que morí, desde que estoy rabiando en medio de estos incendios, aquella hormiga hubiera ya trasladado al mar toda la arena y toda la tierra del Universo, ya hubiera raido los montes y los peñascos,

ya hubiera penetrado hasta el mismo centro del mundo; toda esa espantosa duracion de tiempo se ha pasado en estos horribles tormentos, y me resta que padecer una eternidad toda entera. ¡Hay infierno, hay eternidad de infierno: hay cristianos que lo creen, y que todavía pecan! Esta es una cosa que parece tan incomprensible como el mismo infierno y como la misma eternidad.

¿Y qué, Señor, me habreis concedido vos tiempo y gracia para pensar en las penas del infierno, solo para que esta consideracion, por pura malicia mia, me aumente algun dia el dolor de haberme condenado despues de haber considerado aquellas terribles penas? ¿Qué rábia, qué desesperacion será la mia, si despues de esta meditacion no mudo de vida, si no me dedico á trabajar con vuestra poderosa ayuda en el negocio de mi salvacion? Volved, Padre Eterno, vuestros benignos ojos hácia este miserable pecador; todavía estoy teñido con la sangre de mi Señor Jesucristo, en virtud de esta sangre os pido misericordia y gracia para amaros en vida y por toda la eternidad.

JACULATORIAS.

Quis poterit habitare cum igne devorante? quis habitabit cum ardoribus sempiternis? Isai. 33.

¡Ah Señor! ¿quién podrá habitar en medio de aquel fuego devorador? ¿quien sufrirá aquellos ardores sempiternos?

Hic ure, hic seca, hic non parcas, ut in æternum parcas. Aug.

Señor, abrásame aquí, córtame aquí, no me perdones aquí, para que me perdones en la eternidad.

PROPOSITOS.

Baxa con la consideracion al infierno en vida, dice san Bernardo, si no quieres baxar á él despues de muerto. El que teme un gran mal, piensa muchas veces en él, y con este pensamiento discurre arbitrios, solicita medios, y toma sus medidas para precaverle. *No pierdas de vista el infierno*, dice el Sábio, *si quieres meterte en el camino que lle-*

va derecho á él. Es saludable, y provechoso exercicio valerse de los trabajos de esta vida, y de todo lo que en élla nos aflige para excitar la memoria del infierno, y esta misma memoria suaviza en cierto modo los trabajos de la vida. Si padeces dolores vivos y agudos, acuérdate de los que padecen los condenados en el infierno; habitamos en casas, vivimos en pueblos, exercemos empleos que exercieron, vivieron, y habitaron muchos que están ardiendo en aquellas llamas. Nunca nos hallarémos en concursos, en convites, ni en diversiones, donde no se hallen algunos que probablemente se han de condenar. No hay contratiempo, ni aun gusto en esta vida, que no sea muy á propósito para traernos á la memoria los tormentos de la ótra; ni hay remedio mas eficaz no solo para templar, sino para apagar el apetito del deleyte, que esta saludable memoria. ¿Despierta la concupiscencia? ¿te punzan los estímulos de la carne? ¿amotínanse las pasiones? imagina que oyes la voz de aquel desdichado rico, que grita desde el centro del abismo: *Crucior in hac flamma*: me abraso entre estos torbellinos de fuego; lleva contigo esta imagen y esta voz á todos tus deleytes y apetitos; presto los perderás el gusto, y éllos perderán toda su salud y todo su sabor. Hallándose extraordinariamente tentado en cierta ocasion un santo ermitaño, aplicó la punta del dedo á la luz del candil; no pudo sufrir el vivo dolor que le causó, y la retiró al instante. Vuelto entonces al tentador, le dixo: Pues qué, ¿tú me solicitas y me estimúlas á un deleyte prohibido, por el cual he de ser condenado á las eternas llamas del infierno, cuando apenas me he atrevido á tocar con la punta del dedo este fuego usual y comun que nos alumbra? Si muchos se valieran en mil ocasiones de semejantes industrias, no se verian tan frecuentes y tan lastimosos triunfos de la tentacion.

2 Nô hay pérdida irreparable sino la del alma: ruina entera de negocios, reveses de fortuna, pérdida de pleytos, naufragios, desgracias; todos los que se llaman en este mundo contratiempos y calamidades, hablando en rigor, todo tiene remedio, y hay consuelo para todo; pero si me condeno ¿quién me podrá consolar? ¿qué esperanza puedo tener? ¿qué alivio puedo prometerme? Todo se perdió para mí si pierdo á Dios. Sirva este pensamiento para fo-

mentar tu devocion, y con élla el horror que debes tener á todo pecado. En tus pérdidas, en tus desgracias, en aquellos importunos cuidados que son inseparables de la vida, dite, dite contínuamente á ti mismo, no hay otro mal que el pecado; ninguna pérdida debo temer sino la de Dios; los amigos, el tiempo y la misma muerte me pueden consolar en la pérdida de los bienes, de la salud, de los empleos, &c. pero perder á Dios, y perderle para siempre, ¡ó qué pérdida! Así en los gustos como en los disgustos de esta vida hazte familiares aquellas bellas palabras: *Quid prodest homini si mundum universum lucretur?* ¿qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, ser el mas poderoso monarca del Universo, si al cabo se pierde, y se condena? Á aquel grande del mundo que se condenó, aquel rico avariento, ¿de qué les sirve al presente haber vivido con tanta magnificencia, con tanta abundancia entre las diversiones y los regalos? ¿de qué la sirve ahora á aquella muger profana, condenada ya á los fuegos eternos, haber brillado tanto en los saraos y en las concurrencias? ¿de qué sirven los grandes títulos, los soberbios palacios, la ostentacion de modas, de galas y de profanidad? ¿de qué sirve todo esto al que se condenó miserablemente? ¿Será gran consuelo para aquel padre y para aquella madre que se condenaron haber dexado á sus hijos muchas conveniencias miéntras éllos arden en las llamas sempiternas? Familiarízate con estas reflexîones; no hay exercicio mas saludable; ten siempre á la vista en tu gabinete, ó en tu cuarto algun objeto, que perpetuamente te traiga á la memoria la muerte ó el infierno.

DIA VEINTE Y OCHO.

Los santos Nazário, Celso, y Victor, mártires.

San Nazário fue romano, de padre gentil, originario de África; su madre era de Roma, habia abrazado

la fe de Jesucristo antes de dar á luz á Nazário, y la Iglesia la celebra con el nombre de santa Perpétua. Encargóse la misma virtuosa madre de criar á su hijo, y en tan buena escuela aprendió Nazário tan santa educacion. Fueron eficaces las lecciones que le dió, porque encontraron con una índole dócil y suave, con una inclinacion natural á la virtud, con un corazon recto, y con un entendimiento vivo, perspicaz y penetrante. No solo recibió el bautismo siendo todavía jóven, sino que toda su juventud la pasó en los exercicios mas piadosos de la religion, y santa Perpétua antes de morir tuvo el consuelo de ver en su hijo uno de los mas zelosos y mas exemplares cristianos de la Italia.

Habiéndole instruido radicalmente el papa san Lino en las verdades de la religion, á cuyo estudio se habia dedicado con el mayor desvelo; y abrasado en un fervoroso zelo, poco ordinario en los jóvenes de su edad, apenas recibió el bautismo, cuando quiso convertir á la fe de Jesucristo á todo el mundo. Dexó la casa paterna por irle á predicar á los gentiles; y pareciéndole la Italia estrecho campo para sus vastas ideas, resolvió pasar los Alpes, y transferirse á las Gáulas. Era la empresa verdaderamente árdua y arriesgada en un tiempo en que el nombre cristiano se oía con exêcracion de la otra parte de los montes; pero ningun estorbo era capaz de detener, ni acobardar el espíritu del nuevo Apóstol. Tuvo mucho que padecer; mas crecia su amor á Jesucristo al paso que se aumentaban los trabajos. Valíase de toda suerte de industrias, medios, invenciones y artificios para ganar almas á Dios; pronto no solo á servir de criado, sino á hacerse tambien esclavo para convertir á un solo infiel.

Correspondió el fruto á sus apostólicas fatigas; hubo pocas ciudades, pocas villas y aun pocas aldeas donde no quedasen estampadas las huellas de su zelo con alguna conversion, donde á lo menos no dexase impresa una alta idea de la santidad del cristianismo.

La primera ciudad del otro lado de los montes donde comenzó á predicar el nuevo Apóstol la fe de Jesucristo, fue Génova. No habia oido aquel pueblo idólatra, ni aun el nombre de cristiano, cuando san Na-

zario entró en él á anunciar el evangelio; siguiéronse muchas conversiones á su zelosa predicacion; y aquella ciudad, que por espacio de mil y cuatrocientos años conservó siempre pura la fe católica de Jesucristo, reconoció todo aquel tiempo á san Nazario por su primer apóstol.

Entre las muchas conversiones que hizo en Génova nuestro Santo, la mas ventajosa á la propagacion de la fe, y la mas gloriosa á la religion fue la de una noble viuda, muy distinguida en la ciudad por su nacimiento y por sus grandes bienes de fortuna. Tenia esta señora un hijo todavía niño, por nombre Celso, que era todo su consuelo, y élla le amaba con la mayor ternura. Instruyóle Nazario en los principios de la fe; y como el niño era de excelente capacidad y de una suavísima índole, en breve tiempo hizo tantos progresos en la ciencia de la salvacion, que habiéndole bautizado nuestro Santo, se le pidió á su madre para compañero en sus apostólicos viages. Era sin duda grande el sacrificio, pero no era menor la religion de la virtuosa viuda, y así consintió en él, dando su bendicion á su querido hijo para que se separase de élla, y en adelante fuese todo y únicamente de Jesucristo, quedando Celso desde entonces por compañero inseparable de san Nazario. Corrieron juntos muchas ciudades de las Gáulas, sembrando en todas el grano de la palabra de Dios, que con el tiempo fructificó una mies tan abundante.

La célebre ciudad de Tréveris fue el principal teatro donde mas resplandeció el zelo de nuestros Santos, y donde tambien padecieron por Jesucristo aquellas crueles persecuciones que en todo tiempo acompañan á los hombres apostólicos. Contribuyó mucho á aumentar el número de los cristianos la multitud de milagros que obraron; y en el panegírico que hizo en su honor san Ambrosio, confiesa que aquella ciudad debe sus primeros fieles á las maravillas que hicieron en nombre de Jesucristo, y á los tormentos que padecieron en élla. Siguióse inmediatamente la corona á sus gloriosos combates. Arrestados los dos y puestos en la cárcel, fueron condenados á ser arrojados en el confluente de los dos rios Sarra y Moséla; pero apenas tocaron las aguas

con sus pies, cuando se endurecieron y tomaron consistencia, de cuyo prodigio quedaron los gentiles tan atónitos, que no se atrevieron á quitarlos la vida, contentándose con desterrarlos de su pais, por lo cual se vieron obligados á volverse á Italia. Condúxolos á Milán la divina Providencia, y en aquella ciudad fueron segunda vez arrestados por el juez Anolino, que se hallaba con órdenes del Emperador para exterminar á todos los cristianos, sin darles tiempo á predicar el evangelio. Despues de algunos dias de prision fueron exâminados, y por su constancia en confesar la fe de Jesucristo en medio de los mas crueles tormentos, se pronunció sentencia de que se les cortase la cabeza. No es fácil explicar la alegría de los santos Mártires cuando ésta se les intimó. Abrazando estrechamente Nazario á su querido compañero, exclamó: *Gran dicha es la nuestra de que el Salvador se digne hacernos la gracia de recibir hoy la corona del martirio.* Y el niño Celso, no cabiéndole el gozo en el pecho, prorumpió en estas voces: *Yo os doy gracias, Salvador mio, porque siendo aún de tan poca edad, os dignais recibirme en vuestra gloria*; volviéndose á san Nazario, á quien siempre llamaba su amado padre en Jesucristo, añadió: *Vamos á derramar nuestra sangre por aquel á quien debemos nuestra salvacion y nuestra vida.* Fueron conducidos á la plaza mayor, y allí fueron ambos degollados, siendo su sangre como la semilla de aquel gran número de mártires que dió al cielo aquella tierra, como tambien de tantos santos confesores que han ilustrado aquella santa iglesia.

Los cristianos se aprovecharon de la noche para retirar los cuerpos de los dos sântos Mártires, y los enterraron secretamente en una huerta fuera de la puerta Romana. Allí estuvieron ocultos mucho tiempo, perdiéndose la memoria de éllos, á causa de las persecuciones de que fue agitada la iglesia de Milán; solo se sabia que los propietarios de aquella posesion tenian gran cuidado de prohibir á sus herederos que en ningun tiempo, ni por ningun motivo se enagenasen de élla; declarando en general, que en élla estaba escondido un gran tesoro; hasta casi trescientos años despues, en que le fue revelado á san Ambrosio el lugar donde estaban aquellas santas reliquias, y

pasando á él acompañado de su clero, halló el cuerpo de san Nazario tan entero como si le hubieran enterrado el mismo dia, y en el sepulcro la sangre tan fresca y tan roxa como si pocas horas antes se hubiera derramado, de suerte que se embebieron en élla muchos lienzos: la cabeza del Santo estaba separada del tronco, pero tan entera y tan fresca como si estuviera viva. Añade el diácono Paulino, testigo presencial, que el sepulcro exhalaba un olor grato, y mas suave que el de todos los aromas. Mandó san Ambrosio cavar en otra parte de la huerta, donde se encontró el cuerpo de san Celso, que juntamente con el de san Nazario fue trasladado á la iglesia de los Apóstoles, que el mismo san Ambrosio habia edificado. Repartió el santo Obispo estas preciosas reliquias á muchas iglesias, y entre ótras envió parte de éllas á san Paulino, obispo de Nola y á san Gaudencio, obispo de Brescia; tambien tocó á la iglesia de Ambrun una pequeña porcion de éllas, las que conserva con grande veneracion.

Con la memoria de estos Santos junta la Iglesia la de san Victor papa. Fue africano, hijo de un tal Felix, y por su eminente virtud y grandes talentos fue elevado á la Silla de san Pedro por muerte de san Eleuterio, que sucedió hácia el año de 192. Pedian un papa de esta santidad y de estos talentos las heregías que por aquel tiempo despedazaban á la santa Iglesia, contra las cuales fulminó Victor con tanto vigor, que se conoció haberle formado el cielo para exterminar aquellos monstruos.

Teodoro de Bizanzio, curtidor de profesion, no pudiendo sufrir las reprensiones que le daban los cristianos de su pais, por haber apostatado en la última persecucion, discurrió el arbitrio de enseñar que Jesucristo no habia sido mas que un puro hombre, pareciéndole que de esta manera justificaba su apostasía. La impiedad no podia ser mas abominable, ni mas despreciable el maestro que la enseñaba; con todo eso corrompió á muchos, y tuvo no pocos sectarios; teniendo atrevimiento el impío heresiarca para venir á Roma, y para dogmatizar en el centro mismo de la verdadera religion Anatematizóle san Victor, y le persiguió tan vivamente, que despues no se oyó hablar mas de él.

No contempló mas á los montanistas, aunque ya por aquel tiempo se habia declarado Tertuliano por su partido. Bien persuadido el santo Papa á que los hereges nunca se hacen mas insolentes, ni mas fieros, que cuando se contemporiza con éllos con el fin de reducirlos, les declaró valerosa y constantemente la guerra, condenando sus errores. Por entonces inventó tambien Práxêas la heregía de los patripasianos, precursores del sabelianismo, que arruinaban en Dios la distincion de personas. Apenas se descubrió esta zizaña en el campo del Señor, cuando la arrancó la vigilancia y el infatigable zelo del santo Pontífice. Reconocido Práxêas, detestó su error, que consistia en atribuir al Padre lo que solo pertenecia al Hijo, y entregó su retractacion, con cuya ocasion convocó Victor un concilio en Roma.

La mayor parte de los obispos de Asia, por no sé qué costumbre tolerada hasta entonces, celebraba la Pascua el dia catorce de la luna de marzo, conformándose en esto con el rito de los judíos; lo restante de la cristiandad la celebraba el domingo despues del dia catorce de aquella luna, por habér resucitado el Salvador en semejante dia. Temiendo san Victor que aquella diferencia de ritos podia ocasionar division entre los fieles, y parar con el tiempo en algun cisma, para ocurrir á este mal ordenó que todas las iglesias del mundo se conformasen en este particular con la costumbre de la Iglesia romana, y que en ninguna parte se celebrase la Pascua el dia catorce del equinoccio vernal, sino el domingo siguiente; y aunque se opusieron á éste Polycrates, obispo de Éfeso, y algunos otros obispos de Oriente, la constitucion del Papa fue recibida de toda la Iglesia, y ciento veinte y nueve años despues la renovó el célebre concilio de Nicéa.

Otras muchas constituciones publicó san Victor para bien de la Iglesia universal, y entre ótras declaró, que en caso de necesidad se podia bautizar con cualquiera agua natural; esto es, que no era menester estuviese bendita con las ceremonias que usa la Iglesia cuando bendice las pilas del bautismo. En fin, despues de haber gobernado este santo Pontífice el rebaño de Jesucristo por espacio de diez años, recibió en premio de sus tra-

bajos la corona del martirio el dia 28 de julio de 202.

En el mismo dia hace tambien conmemoracion la santa Iglesia de san Inocencio papa, primero de este nombre. Fue de la ciudad de Albano, cerca de Roma, y así por su virtud como por su sabiduría sucedió al papa san Anastasio, que murió el año de 402. Luego se reconoció que le habia destinado Dios para consolar y fortalecer la Iglesia en las aflicciones que padeció en aquel tiempo. Inundaron los godos á Italia, conducidos de Alarico, y todo lo llenaron de consternacion. Consoló el santo Papa á su pueblo, aseguróle, y con sus oraciones consiguió del Señor que se disipase toda aquella multitud de bárbaros por la derrota de su gefe, al mismo tiempo que se avanzaba hácia Roma para entrarla á sangre y fuego.

Noticioso del furor con que la emperatriz Eudoxîa perseguia á san Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla, se declaró su protector, y anulando todo lo que se habia decretado contra el Santo en un conciliábulo que se juntó en un arrabal de Calcedonia, mandó que fuese restituido á su silla aquel ilustre Prelado, y fulminó excomunion contra todos los que habian tenido parte en su persecucion. Tuvo el consuelo de ver extinguido el cisma que despues de tanto tiempo despedazaba á Antioquía; pero llegando á Ravéna, se le turbó este gozo con la noticia de que Alarico habia sorprendido á Roma, saqueándola, y llenándola de muertes y de sangre. Afligióse, y lloró el santo Pastor la desolacion de sus ovejas; pero con su vuelta las consoló, y no perdonó á diligencia alguna para que en el modo posible se resarciesen de sus pérdidas. Fue el primero que expelió de Roma á los novacianos, y su solicitud pastoral se extendia á todas las necesidades de la Iglesia.

Pero sobre todo explicó su ardiente zelo contra Pelagio y Celestio, cabezas de la perniciosa heregía pelagiana. Informado de sus principales errores por las cartas que le escribieron los concilios de Miléva y de Cartago, escribió dos admirables epístolas contra éllos, en las cuales explica excelentemente la necesidad de la gracia para merecer y confirmar los decretos que habian hecho los dos concilios contra aquellos heresiarcas. Con-

esta ocasion dixo san Agustin, que habiendo confirmado el Papa todo lo que se habia decretado contra los enemigos de la gracia de Jesucristo, ya era causa acabada y definida. Este gran Santo, principal defensor de la verdad que combatian aquellos hereges, escribió dos epístolas al papa Inocencio, en que muestra la veneracion y el respeto que le profesaba, y el santo Pontífice acredita bien en sus respuestas la particular estimacion que hacia de aquel ilustre defensor de la gracia; y en las que dió á los prelados que componian los concilios de Cartago y de Miléva alaba singularmente el perfecto rendimiento que mostraban al supremo juicio de la santa Sede, declarando al fin de éllas por excomulgados á Pelagio y á Celestio. Tambien escribió otras epístolas importantes á muchos obispos de las Gáulas, úna á san Dictricio, arzobispo de Ruan, y ótra á san Exûperio, arzobispo de Tolosa, sobre varios puntos y reglas de disciplina eclesiástica. A san Decencio, obispo de Gubio, le escribió sobre el ayuno del sábado, que dice se debe guardar en reverencia de la sepultura del Señor, condenando á los que le desaprobaban. En fin, despues de haber gobernado la Iglesia por espacio de catorce años con una prudencia, y con una virtud digna de un vicario de Jesucristo, consumido de trabajos y colmado de merecimientos, murió con la muerte de los santos el dia 28 julio del año 417, y fue enterrado en el cementerio de Priscilia, de donde el año de 845 el papa Sergio II. trasladó su cuerpo á la iglesia del título de Equicio. San Gerónimo en la célebre espístola que escribió á Demetriades para confirmarla en el santo propósito que habia hecho de guardar virginidad, la habla del papa san Inocencio en estos términos: *Manten constantemente la fe de san Inocencio, hijo espiritual y sucesor de Anastasio, de feliz recordacion, en la cátedra apostólica; y por mas sabia é iluminada que seas, guárdate bien de seguir otra doctrina.*

La misa es en honor de los Santos, y la oracion la siguiente.

Sanctorum tuorum nos, Domine, Nazarii, Celsi, Victoris,

Fortifíquenos, Señor, la bienaventurada confesion de tus san-

et Innocentii confessio beata communiat : et fragilitati nostræ subsidium dignanter exoret: Per Dominum nostrum Jesum Christum....

tos Nazario, Celso, Victor é Inocencio, y consigamos de tu bondad el auxîlio de tu gracia para sostener nuestra flaqueza: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 10. del libro de la Sabiduría.

Reddidit Deus justis mercedem laborum suorum, et deduxit illos in via mirabili, et fuit illis in velamento diei, et in luce stellarum per noctem: transtulit illos per mare Rubrum, et transvexit illos per aquam nimiam. Inimicos autem illorum demersit in mare, et ab altitudine infernorum eduxit illos. Ideò justi tulerunt, spolia impiorum, et decantaverunt, Domine, nomen sanctum tuum, et victricem manum tuam laudaverunt pariter, Domine Deus noster.

Dió Dios á los justos el premio de sus trabajos, y los conduxo por un camino maravilloso: y en el dia los hizo sombra, y en la noche suplió el resplandor de las estrellas: los pasó por el mar Roxo, y los transportó por medio de la profundidad de las aguas. Pero á sus enemigos los sumergió en el mar, y los volvió á sacar de la profundidad del abismo. Por eso los justos llevaron los despojos de los impíos, y celebraron, Señor, tu santo nombre, y juntos cantaron himnos á tu mano vencedora.

NOTA.

»Refiere este capítulo del libro de la Sabiduría de Salomon, como la mano poderosa de Dios libró á los buenos de una multitud de males, y los colmó de una multitud de bienes; probándolo con la libertad del pueblo de Dios del cautiverio de Egipto; lo que con razon aplica la Iglesia á los santos mártires y confesores.

REFLEXIONES.

Es Dios el mejor de todos los amos, y con todo eso es el peor servido de todos. Ninguna cosa manda á sus siervos que él mismo no hubiese antes practicado; y aún falta mucho para que nos mande todo aquello que él se dignó hacer y padecer por nosotros. Aunque el temor filial es loable, y él le aprueba tambien, sin embargo, gusta mas de ser servido por amor. No hay amo en el mundo que se

contente con la buena voluntad de los que le sirven; no basta tener buena voluntad, es menester servir bien; solo se atiende á esto, y aun cuando se hace mejor el servicio no falta que decir. No siempre se da gusto al que manda, aunque sea muy penosa la execucion. Lo que habia de mandar la razon, no pocas veces lo mandan la extravagancia y el capricho de los amos duros é inhumanos. Trabájase mucho en el mundo, pero muchas veces es trabajo perdido cuando mas se sudó; y aunque se hubiese hecho con la mejor intencion, si no se logra el intento, ni se agradecen, ni se hace caso de tus fatigas; estarás años enteros remando y sufriendo, y ni aun se hará atencion á ello; pero descuídate en alguna falta, se levanta el grito, se excita la cólera, se te echa enhoramala, y ya no se quiere mas de ti. Mas no basta servir bien, es menester agradar, y el agradar no siempre está en nuestra mano. Hay en los amos unas secretas aversiones, en fuerza de las cuales los da en rostro, ó reciben con frialdad cuanto hacen ciertas personas; al mismo tiempo que el menor servicio, una vagatela de sus favorecidos y lisonjeros es celebrada, es aplaudida, es recompensada con profusa liberalidad. ¡Oh, y qué de otra manera trata Dios á los que le sirven! no solo no es aceptador de personas, sino que hablando en rigor, solo estima el servicio por el amor con que se hace; mas atiende á la voluntad de servirle, que al servicio mismo, y el premio siempre es cien veces doblado. *Da*, dice el Sabio, *á los justos la recompensa de sus trabajos.* No parece salario que da, sino deuda que paga: *Reddidit.* Es excesiva su liberalidad, aunque en rigor solo premia en nosotros sus mismos dones. Es Dios un amo benigno, próvido, que se compadece de nuestros males; es padre, pero padre lleno de ternura, que á todos sus siervos los mira como amigos: *Vos amici mei estis*; como si fueran hijos suyos. ¿Quién le vió nunca de mal humor? ¿quién le encontró menos indulgente, menos liberal, menos padre cuando le sirvió con fidelidad y con presteza? ¿Se despide en el mundo algun criado? pues ya no se le vuelve á recibir. A nadie despide Dios jamás de su servicio; pero el que voluntariamente se despide de él por malicia, por ligereza, por cobardía ó por disolucion, siempre es bien recibido cuan-

do vuelve á su casa de buena fe. Acuérdate de la parábola del hijo pródigo. Cosa extraña; un amo tan bueno, tan liberal, tan fácil de servir y de contentar es el peor servido de todos y hay tan pocos que le quieran servir.

El evangelio es del cap. 21. *de san Lucas, y el mismo que el dia XVI, fólio* 289.

MEDITACION.

De la prosperidad de los malos.

PUNTO PRIMERO.

Considera la sinrazon con que se tiene por objeto digno de envidia la prosperidad de los malos. Son unos reos condenados á muerte, á quienes se les da todo lo que piden; son unos enfermos desahuciados, á quienes no se niega cosa alguna que apetezcan. ¿A quién se pasó jamás por el pensamiento envidiar la suerte de únos, ni de ótros? ¿quién los consideró felices, porque en todo se les daba gusto? Aflige Dios á los buenos, y permite las prosperidades á los malos, para que nos acordemos de la otra vida. ¿Cuándo pensó David en la patria celestial, mansion de los bienaventurados? En medio de las aflicciones, en lo mas fuerte de mis persecuciones espero firmemente que el Señor me dará á gustar los consuelos de una dulce paz en la tierra de los vivos: *Credo videre bona Domini in terra viventium.* En este mundo, ni me lisonjeo, ni quiero ser feliz; sé muy bien que no se dan flores en este valle de lágrimas; no se hizo la alegría para este lugar de destierro, ni el mundo se puede llamar patria sino de aquellos que renuncian voluntariamente la Jerusalen celestial. Lo que engaña á la mayor parte de los hombres, lo que los escandaliza es el errado concepto en que están de que los malos son dichosos porque son malos. Todo lo contrario sucede; son malos porque son dichosos. Hay quejas y hay murmuraciones de que Dios llena á los malos de prosperidades; murmuraciones injustas, quejas sin razon. Dios todo lo hace con justicia, y con infinita sabiduría. Mas acertado fuera el discurso, si se concluyera que debe ser un gran mal la prosperi-

dad, puesto que se la concede Dios á los malos. A los patriarcas de la ley antigua los recompensaba con bienes temporales, porque hasta la venida del Redentor tenian cerradas las puertas del cielo; pero los que en la ley de gracia gozan esos mismos bienes, no pueden creer que Dios se los dé por el mismo motivo. Cuando los príncipes están resueltos á desviar de su persona á los cortesanos, los suelen dar empleos para dexarlos. No pocas veces una gratificacion es una desgracia. David siempre fue bueno, y segun el corazon de Dios, mientras estuvo en la adversidad, y conservó la inocencia entre el fuego de la tribulacion; pero la perdió cuando se vió en el dulce reposo de la prosperidad. La prosperidad de los malos los ciega, los adormece, los encanta de suerte, que no conocen, ni la desdicha, ni el peligro que los amenaza. La abundancia atolondra. Casi todas las flores de subido olor que lisonjean el olfato, hacen daño á la cabeza; ésta se anda al rededor en los lugares mas elevados. ¡Mi Dios, qué castigo tan digno de temerse es la prosperidad de los malos!

PUNTO SEGUNDO.

Considera lo que significan aquellas palabras (*Luc.* 16.): *Recepisti bona in vita tua*: colméte de bienes mientras viviste. Esto es cuanto puedes esperar; y estás premiado. ¿Quién tendrá envidia á aquel desdichado rico? Todo brillaba en su casa, todo respiraba alegría. La abundancia sustentaba la profanidad y las delicias; una contínua série de prosperidades mantenia en sus desórdenes á aquel hombre afortunado á lo del mundo; pero muere en fin el rico; ríndese todo aquel gran mundo á la cortadora guadaña de la muerte; desvanécese aquel puñado de dias, que casi se olvidan en el mismo punto que desaparecen; comienza la eternidad; y aquel rico, aquel grande, aquel hombre afortunado nada encuentra en sus manos para esta eternidad. En vano clama: *Padre Abrahan, ten misericordia de mí.* La respuesta es: *Ya te colmaron de bienes durante tu vida.* Dirás que con la vida se acabó esa superficial, esa falsa, esa corta prosperidad. Bien está; pero *recepisti*, ya recibiste lo que te tocaba. Estimemos ahora esas fortunas repentinas y precipitadas, esos honores acumulados, esas

prosperidades engañosas y deslumbradoras de esta vida; no hay cosa mas despreciable, ni mas falsa, ni mas opuesta á la verdadera felicidad. Son pocos los hombres que por algun tiempo no hayan sido buenos; ninguno que no haya hecho algun bien durante su vida. Si Dios reservára premiar á los malos para la ótra, sería preciso que los colocase en el cielo, porque solo en él hay premios eternos en el otro mundo. Por eso se dice que una contínua prosperidad es señal de reprobacion; y por lo mismo compara san Gregorio los dichosos del siglo, á los bueyes que se dexan engordar, sin trabajarlos, y en los mejores pastos, porque están destinados para el matadero. Si los que tiran del carro, prosigue este santo Padre, pudieran hablar y discurrir, ¿tendrian envidia á los que pastan en el prado? Se quiere conservar á los que trabajan, y se ha resuelto degollar á los que engordan. ¡O prosperidades de los malos, y qué dignas de compasion os representais á los que os miran con los ojos de la fe, y consideran las cosas segun sus principios! Prosperidades engañosas que alucínais á los mortales, imaginándose dichosos, cuando solo sabeis hacer desdichados é infelices.

Divino Salvador mio, no me trateis como á estas desgraciadas víctimas de vuestra divina justicia; no me concedais en esta vida prosperidad alguna, que haya de privarme de los bienes celestiales; antes bien afligidme de todos modos en esta miserable vida, como me hagais dichoso por toda la eternidad.

JACULATORIAS.

Credo videre bona Domini in terra viventium. Salm. 26.

Sí, mi Dios; tengo una firme confianza de que me dareis á gustar en el cielo, en aquella feliz patria de los que viven, los inexplicables bienes de que inundais á vuestros escogidos.

Mendicitatem, et divitias ne dederis mihi: tribue tantùm victui meo necessaria. Prov. 30.

No os pido, Señor, para esta vida prosperidad alguna que pueda perjudicar á mi salvacion. No me deis pobreza, ni riquezas, concededme no mas que lo preciso para vivir.

PROPOSITOS.

Desde hoy en adelante no califiques de prosperidades las grandes fortunas, las ganancias excesivas, ni esos diluvios de felicidades y de bienes; es un error comun, que debes corregir. Si no hubiera mas vida que la presente, serían deseables esas dichas; mas para los pocos dias que podemos vivir, hay una eternidad, y de ordinario una eternidad de penetrantes arrepentimientos, de suplicios sin fin, por unos deleytes insulsos y trabajosos, que se pasaron como sueños; por el contrario, todas las prosperidades temporales las debes considerar, como señales de tu poca virtud. Siempre que te suceda algun próspero suceso, teme no sea que quiera Dios recompensarte en este mundo lo poco bueno que puedes haber hecho, para decirte cuando te castigue en el ótro: *Acuérdate de que ya te colmé de bienes*. Este pensamiento moderará tu alegría, que siempre perjudica á una alma cristiana, y al mismo tiempo será el medio mas eficaz para vivir de modo que no te trate Dios como á aquel rico.

2 Guárdate bien de tener jamás envidia á la fortuna de ótro. Este brilla, campa y sobresale en este mundo, que por toda la eternidad estará envidiando al que vivió en él arrinconado, desconocido y lleno de miseria. Acuérdate que la prosperidad es una contínua tentacion, que dura tanto como la buena fortuna; mientras ésta persevera, no hay pasion que no despierte, ninguna que dexe de hacer alguna tentativa y de ganar algun terreno. Si el corazon y el entendimiento fueran cristianos, á todas las prosperidades las tendrian por pruebas, y por pruebas muy peligrosas; tú á lo menos considéralas como tales. ¿Te suceden prósperos sucesos? ¿reyna en tu casa la abundancia? ¿tienes fortuna en todo? Rinde mil gracias al Señor, recibe estos dones como bienes de su mano; pero guárdate bien de derramarte en una altanera alegría, tan natural como mundana. Míralo todo á las luces que te acaban de proponer, y considera que esos bienes, mas generalmente son recompensa de los malos, que de los buenos. Cuando te sale bien alguna cosa, teme no sea que quiera Dios premiarte con élla; y al contrario, ríndele mil gracias en todos los contratiempos.



DIA VEINTE Y NUEVE.

Santa Marta, vírgen.

Entre las santas mugeres que seguian á Jesucristo, y hacian descubierta profesion de ser discípulas suyas mientras estuvo en esta vida mortal, fue una de las mas privilegiadas santa Marta, siendo igualmente de las mas distinguidas, no solo por su calidad, y por la clase que tenia entre los judios, sino particularmente por haber abrazado el estado de virginidad en que perseveró constante toda la vida.

En la de su hermana santa María Magdalena se dixo ya que era de distinguido nacimiento, tanto por su nobleza, como por los grandes bienes que habia heredado de sus padres, tocándola en las particiones las posesiones vecinas á Jerusalen, y entre éllas la casa ó castillo de Betánia. El evangelio constantemente la nombra siempre la primera, y por eso se cree que era la hermana mayor de la familia; por lo menos era la que llevaba el principal peso de la administracion y del gobierno. Era su carácter un genio dulce y amigo de hacer bien; un juicio maduro y exemplar, con una circunspeccion y con una modestia, que la hacian amar y respetar. Universalmente estaba reputada por una doncella de gran mérito, y así en Jerusalen como en Betánia se tenia general veneracion á su virtud. Estando su alma tan bien dispuesta, sin dificultad reconoció á Jesucristo por el Mesías verdadero, y gustó de su doctrina. Apenas le oyó, cuando hizo profesion de ser una de sus mas fieles discípulas. Con efecto lo fue; y la fervorosa ansia con que oia sus sermones, la docilidad con que seguia sus consejos, la fidelidad con que ponia en práctica sus divinas lecciones, y la piedad con que enteramente se dedicó al servicio del Salvador, todo contribuyó á elevarla en poco tiempo á una eminente santidad.

Oyendo los elogios que de cuando en cuando hacia el Señor de la virginidad, y viendo lo mucho que le agradaba esta admirable virtud, muy presto se determinó á no admitir jamás otro esposo que al Esposo de las vírgenes; y como era tan contínua á sus divinas instrucciones, practicó muy en breve lo mas elevado y lo mas perfecto del evangelio. Dedicóse, pues, á la soledad y al retiro, renunciadas las vanidades del mundo; y como su hermano Lázaro era ya uno de los discípulos del Salvador, y la conversion de su hermana Magdalena, en la que nuestra Santa no tuvo poca parte, habia sido de tanta edificacion á todos, el castillo de Betánia se convirtió, por decirlo así, como en un pequeño monasterio. En él se observaba en todo cierta órden, y todo respiraba devocion. Ocupábase el tiempo en oracion, en leccion, en la labor y en obras de caridad; por lo cual la casa de Betánia era el hospedage ó el hospicio del Salvador en sus viages.

Llegó en una ocasion á Betánia el Hijo de Dios, volviendo de sus tareas evangélicas: tuvo Marta noticia de su venida; y saliéndole al camino, le suplicó con instancias que se dignase no admitir otro hospedage que el de su casa. Aceptó el convite el Salvador, como quien tenia tan conocida la virtud de aquellas dos fervorosas discípulas. No es fácil explicar el gozo de toda aquella afortunada familia. Marta, que gobernaba la casa, tomó á su cargo la disposicion de todo, y por sus mismas manos quiso preparar y guisar la comida á su amado Maestro; el soberano huésped no dexó de reconocer la grande caridad y el fervoroso amor de las dos hermanas, recompensándolas liberalmente con su dulce conversacion, y con las abundantes gracias que derramó en el corazon de aquellas dos santas almas.

María Magdalena, arrebatada toda de gozo por ver en su casa á su divino Salvador, y hambrienta de sus instrucciones, cuya dulzura habia gustado mas de una vez, y cuyo provecho habia experimentado, hallaba tanto gusto en oirle, que se fue á sentar á sus pies por no perderle ni una sola palabra. Marta solo le podia percibir algunas, y esas con poca tranquilidad. Estaba tan afanada en regalar á su divino Maestro y á los de su co-

mitiva, que andaba de un lado para ótro dando sus órdenes, ya en esto, ya en aquello, y mostraba un poco de inquietud y sentimiento de que su hermana la dexase sola, y no la ayudase en nada. Con el ansia de que nada faltase en la mesa, y pareciéndola que élla sola no podia atender á todo, dió sus quejillas al Salvador: díxole, pues, con respeto y con modestia, pero con un género de apuro, que no dexaba de mostrar alguna inquietud: *¿Señor, no reparais que mi hermana me dexa trabajar sola, sin echar mano á nada? suplícoos la mandeis que venga á ayudarme.*

La respuesta que el Señor la dió fue un misterio, y al mismo tiempo una leccion de mucha enseñanza para la vida espiritual: *Marta, Marta, muy cuidadosa andas, y muy solícita.* A la verdad alabo tu solicitud en servirme, pero condeno tu inquietud; todo lo que turba al alma, la disipa; y toda disipacion del corazon y del espíritu me desagrada; es menester servirme con fervor; pero en mi servicio nunca se ha de perder la paz del corazon. Tú te atormentas inútilmente, y quieres hacer demasiado; no es menester tanto para mi comida, basta un solo plato. Tu hermana María está mejor ocupada que tú: aunque no trabaja con las manos, no está ocioso su espíritu en medio de mostrarse tan tranquilo; está haciendo ahora lo mismo que ha de hacer por toda la eternidad; sírvela de regalo mi conversacion, y en élla goza lo mas delicioso que pueden gustar los hombres y los ángeles; de ésta se ha de alimentar eternamente, y ninguno se la podrá quitar.

Aprovechóse maravillosamente santa Marta de una doctrina tan espiritual y tan perfecta, la cual sin disminuir su apresurado ardor en servir al Salvador del mundo, la animó con un espíritu interior, que hizo mas pura y mas meritoria su virtud de la hospitalidad. No se contentó con disponerle la comida; quiso tan bien tener la honra de servirle á la mesa, y acabada ésta la tocó su vez, y tuvo el consuelo de gozar despacio de su divina conversacion.

No fue ésta la única vez que Jesucristo honró con su presencia aquella dichosa casa. Siempre que transitaba por Betánia se hospedaba en élla, y por eso dixo el

Evangelista, que esta santa familia era la querida del Salvador; por eso luego que enfermó Lázaro le dieron parte las dos hermanas de esta novedad. Hallábase el Señor en Galilea cuando llegóel expreso con la noticia de que se moria aquel su amado discípulo; dilató dos dias su partida muy de cuidado, para tener ocasion de hacer con él el mayor de sus milagros. Cuando Cristo llegó, ya habia cuatro dias que Lázaro estaba enterrado. Habian concurrido muchas personas del contorno á consolar á Marta y á María, y á darlas el pésame de la muerte de su hermano; pero su mayor consuelo le esperaban de otra parte, y solo Jesus podia enxugar sus lágrimas.

Con efecto, luego que Marta tuvo noticia de que se acercaba, dexó prontamente á su hermana, y le salió al encuentro. Apenas le vió, cuando bañada en llanto, le dixo: *Señor, si estuviérais aquí, no se hubiera muerto mi hermano; pero no desconfio de verle resucitado; porque sé que Dios no te puede negar cosa que le pidas. ¿Estás cierta*, respondió Jesus, *que tu hermano resucitará? Sí, Señor*, replicó Marta, *segura estoy de que resucitará en el dia de la resurreccion general con todos los demas que murieron desde el principio del mundo.* Queriendo entonces el Señor fortificar mas y mas la fe y la confianza de Marta, la dixo, que estando tan segura de su amor, como lo estaba, debia esperar que antes de aquel dia restituiria la vida á su hermano; que no ignoraba tenia poder para hacerlo; que obraba los milagros por su propia virtud, sin tener necesidad de pedir nada á nadie; y en fin, que los muertos conocian muy bien su voz, la respetaban y la obedecian como á voz de su soberano dueño, autor supremo de la vida. *¿Ignoras por ventura*, añadió el Salvador, *que yo soy la resurreccion y la vida, y que los que creen en mí vivirán eternamente? ¿Marta, crees esto? Sí, Señor, sí*, respondió la Santa, *creo firmemente todo cuanto tú dices, porque estoy bien persuadida muchos dias ha, que tú eres el Mesías, único Hijo de Dios vivo que esperamos, y que en fin veniste al mundo, como estaba profetizado que habia de venir el Mesías para salvar á los hombres.* No parece menos sublime, ni menos generosa esta confesion, que la que el Padre Eterno inspiró á san Pedro, y le mereció aque-

los eminentes privilegios y singulares favores con que le honró el Señor; y si las lágrimas de la Magdalena, que ya estaba presente, advertida de su hermana, le movieron á la resurreccion de Lázaro, no tendria en élla menos parte la generosa y viva fe de Marta. Mandó efectivamente Jesus remover la piedra que cerraba la entrada ó la boca del sepulcro; y como Marta le dixese que habiendo ya cuatro dias que estaba enterrado, no podria menos de exhalar mal olor; no temas, la respondió el Salvador, y acuérdate de lo que te dixe, que si tenias fe, presto verias el motivo de tu dolor convertido en asunto de mucha gloria para Dios, y de admiracion á los hombres.

Tuvo Marta fe, y obróse el milagro. Fácil es imaginar cuánto sería el gozo de las dos santas Hermanas cuando vieron resucitado á su hermano, y cuánto creceria su ternura y su inseparable adherencia á la persona del Salvador. Desde entonces no le perdieron de vista, sobre todo durante el tiempo de su pasion. Fue Marta una de aquellas santas mugeres que siguieron á Cristo hasta el Calvario, y despues de muerto no se apartaron de su afligida Madre. Cada dia se mostraba Marta mas obsequiosa y mas amante de esta Señora; asistíala con sus bienes, servíala con respeto, y la rendia muchos obsequios. No menos ferviente y generosa que Magdalena, concurrió con élla al sepulcro para rendir al cuerpo del Salvador los últimos honores; y tambien tuvo la dicha de ser de las primeras personas que le vieron despues de su resurreccion, asistiendo á sus instrucciones, y recibiendo cada dia nuevas gracias.

Despues que el Señor subió á los cielos no se apartó santa Marta del lado de la santísima Vírgen hasta la venida del Espíritu santo, cuyos dones recibió en el cenáculo; y tambien tuvo parte en la persecucion que se suscitó contra los discípulos de Cristo, siendo desterrada de la Judea. No pudiendo los judíos sufrir la presencia de Lázaro, porque era un milagro visible, y un testimonio animado de la divinidad de aquel á quien éllos habian dado muerte ignominiosa, y no atreviéndose á quitarle la vida por temor de que segunda vez fuese resucitado con mayor afrenta suya, tomaron el medio término de

meter toda aquella santa familia en un navío sin mástiles, sin gobernalle, sin velas y sin aparejos, pareciéndoles el mejor arbitrio para deshacerse de élla el exponerlos en esta conformidad á merced de los vientos y las olas; pero la divina Providencia los habia destinado para la conversion de una nacion á quien amaba mucho. Ya se dixo en la vida de santa Magdalena como el navío arribó milagrosamente al puerto de Marsella, y las insignes conversiones que hizo aquella bienaventurada tropa en un pueblo que el mismo milagroso arribo del navío dispuso admirablemente para oirlos con respeto y con asombro.

Es antigua y respetable tradicion, autorizada al parecer por la misma Iglesia, que santa Marta anunció la fe de Jesucristo en Marsella, en Aix, en Aviñon y en toda la baxa Provenza, convirtiendo á muchos en todas partes. Dícese que explicando á los pueblos de Aviñon las verdades de nuestra santa religion, un mozo que estaba en la otra parte del Ródano, deseoso ansiosamente de oirla, quiso pasar el rio á nado, pero arrebatado por la rapidez de la corriente, quedó sumergido y ahogado; dieron noticia á la Santa de esta desgracia, y mandando á unos pescadores que sacasen el cadáver, despues de una breve oracion le restituyó á la vida.

Hizo gran ruido este milagro; y movidos de él, así los vecinos de Tarascon como los pueblos comarcanos, acudieron á nuestra Santa implorando su favor para librarlos de un monstruoso dragon que todo lo devoraba, y asolaba toda la campaña. Como la Santa no tenia otro fin que el de la gloria de Jesucristo y la salvacion de las almas, conoció que un milagro haria impresion en el ánimo de aquellos gentiles. Pasó el rio Duranza, metióse en un cercano bosque, y halló al dragon que estaba devorando á un hombre. Hizo la señal de la cruz, rocióle con algunas gotas de agua bendita, atóle con su mismo ceñidor, y le llevó á la ciudad como si fuera un cordero. Atónito el pueblo acudió á ver la maravilla, y despues de haber muerto al dragon á palos y á pedradas, se arrojaron todos á los pies de la Santa, pidiéndola que no los abandonase. Como santa Marta sabia que su hermana Magdalena se habia retirado al desierto del santo Bálsa-

mo, élla escogió para su morada el que estaba contiguo á la ciudad de Tarascon, y se llamaba el Bosque negro; luego acudieron á la Santa muchas doncellas que habia convertido, resueltas á ser sus compañeras; y se dice que edificaron un monasterio, donde aquellas castas esposas de Jesucristo vivian como ángeles, baxo la direcciou de la que habia sido huéspeda y discípula del Salvador.

Pero queriendo, en fin, el Señor premiar á su huéspeda y á su sierva, la reveló el dia de su muerte, como tambien que su hermana Magdalena gozaba ya en el cielo de la gloria. Por espacio de un año exercitó su paciencia, y aumentó sus merecimientos una calentura lenta; y sabiendo que era ya llegada la hora de volver á juntarse con su divino Salvador, mandó la echasen sobre la ceniza en presencia de sus hijas, y exhortándolas á la fiel perseverancia, pasó tranquilamente al descanso del Señor hácia el año 68 ó 70 de Jesucristo, teniendo, á lo que se cree, 65 de edad.

Su cuerpo fue trasladado á la ciudad, en la opinion de los que sienten que el monasterio estaba fuera de élla, aunque ótros juzgan que el lugar subterráneo donde se venera el dia de hoy era la capilla ó el oratorio del mismo monasterio. Sea lo que fuere de esto, es cierto que es muy magnífica la tal capilla subterránea en que, segun la tradicion, se venera el santo cuerpo. Sobre élla está fundada la iglesia colegial dedicada á la misma Santa, la que dotó ricamente el rey Clodovéo, habiendo sanado de un fuerte mal de riñones por intercesion de santa Marta; y Luis XI. la regaló con un busto de oro en que está engastada su santa cabeza. Todavía se conserva en la capilla subterránea, magníficamente adornada por la piadosa liberalidad de monseñor Marinis, arzobispo de Aviñon, el antiguo sepulcro de la Santa, cerca de un pozo, cuyas aguas se dice sanan de calenturas. Lo cierto es que las milagrosas curaciones que cada dia se experimentan en el sepulcro de santa Marta por intercesion de esta gran Sierva de Dios, acreditan visiblemente lo mucho que puede con el Señor, y atraen á aquel santuario un gran concurso de gente. Es santa Marta protectora de los que se emplean en ministerios exteriores.

La misa es en honor de la Santa, y la oracion la siguiente.

Exaudi nos, Deus salutaris noster; ut sicut de beatæ Marthæ virginis tuæ festivitate gaudemus, ita piæ devotionis erudiamur affectu: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Oyenos, ó Dios, salud y vida nuestra, para que así como la festividad de tu bienaventurada vírgen santa Marta nos llena de una santa alegría, así tambien nos consiga una piadosa devocion: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 10 y 11 de la segunda de san Pablo á los corintios.

Fratres: Qui gloriatur, in Domino glorietur. Non enim qui seipsum commendat, ille probatus est: sed quem Deus commendat. Utinam sustineretis modicum quid insipientiæ meæ, sed et supportate me: Æmulor enim vos Dei æmulatione. Despondi enim vos uni viro, virginem castam exhibere Christo.

Hermanos: El que se gloría, gloríese en el Señor. Porque el que se alaba á sí mismo, no es el que está acrisolado, sino el que alaba á Dios. Oxalá sufriéseis algun poco de mi ignorancia; pero con todo eso sufridme; porque yo os zelo, por zelo que tengo de Dios. Puesto que os he desposado, para presentaros como una casta vírgen á un solo hombre, á Cristo.

NOTA.

»En esta segunda epístola que escribe san Pablo á los »corintios hace su apología contra los falsos profetas; da»los á conocer por lo que son, y se lastíma de la necia »credulidad de los que los oian como á oráculos; y por»que se alaban á sí mismos descaradamente, los dice que »ninguno se debe gloriar sino en el Señor.

REFLEXIONES.

El que se gloría, gloríese en el Señor. Cuando se considera atentamente cuál es el objeto de nuestra ambicion, en qué consiste, y qué substancia tiene la gloria porque se anhela, se conoce bien la pobreza del hombre, la baxeza de su espíritu, y el apocamiento de su corazon; porque al fin, ¿de qué se hace gloria en el mundo? De un na-

cimiento noble, de un nombre ilustre, de contar muchos hombres grandes entre sus antepasados; se hace vanidad de poseer grandes bienes, de gozar gruesas rentas, de vivir en un suntuoso palacio, de tener un magnífico equipage, de ser discreto y pronto, de brillar en una conversacion. Una muger hace vanidad de sus galas, de su bizarría, de su hermosura, y muchas veces de ser conquistadora y cortejada. Hácese vanidad de la destreza en el juego, del primor en el bayle, de los talentos, de la sabiduría, de la erudicion, y en fin, de todo lo que á cada uno le puede distinguir de los demas. Ea, pues, miremos de cerca estos objetos, y por su pequeñez, por su insubstancialidad y por su poca consistencia harémos juicio de nuestros errores y de nuestra extravagancia. Para gloriarse y alabarse es preciso suponer algun mérito; porque sería notoria locura hacer vanidad de lo que no tenemos, ó de los que son defectos verdaderos. ¿Pues qué mérito comunica á un hombre que ninguno tiene personal la virtud de un abuelo, que si viniera al mundo le desconoceria por descendiente suyo? ¿qué mérito comunica á un necio una larga série de ilustres antepasados? Esos retratos antiguos que te estan poniendo á la vista el valor y la virtud de tus padres, ¿te pegan algo de aquellas grandes almas? ¿puede haber necedad mas lastimosa que gloriarse de que se lee en las historias el nombre de su casa, de que sus ascendientes fueron valerosos, esforzados, rectos y virtuosos? ¿dónde hay gloria mas extraña, ni que nos caiga mas por defuera? ¿y qué mérito dan las ricas posesiones, fruto de la industria, y acaso de la injusticia de los que te las dexaron? ¿esas grandes ganancias y esas fortunas arrebatadas serán motivo digno para gloriarse y para envanecerse? Es verdad que te sacaron del polvo, que te elevaron á la cumbre, y acaso á tanta altura, que se te anda la cabeza; ¿pero dan algun mérito á quien solo se sirve de sus bienes para ser peor? Una dama moza, muy pagada de su hermosura y de sus diamantes, ¿tendrá mucha razon para envanecerse? La hermosura mas consiste en la imaginacion que en la realidad; está dependiente de los gustos; y por otra parte, ¿qué cosa mas frágil? es una flor que cualquiera accidente la marchita, y la edad necesariamente la acaba.

Una calentura de veinte y cuatro horas basta para desfigurar enteramente la mas cabal hermosura; ¿y de cosa tan caduca se podrá gloriar ninguna muger de entendimiento? Por lo menos será gloria bien superficial, gloria bien vana, pues toda élla consiste en algunos rasgos mas ó menos delicados, puestos en mejor órden, que cualquiera ligero accidente los descompone y desconcierta. No es mas sólido el mérito de un vestido magnífico, de una ostentosa gala; en separando á un lado el artificio y la habilidad del sastre, y en echando á otro el valor de la tela, ¿qué substancia de gloria quedará para una muger ó para un hombre, cuyo mérito todo consiste en el vestido? En fin, algun mérito dan los talentos y el espíritu; pero si ese espíritu y esos talentos no estan acompañados de la virtud y de la inocencia, ¿en qué se fundará la gloria? No hay demonio que no tenga cien veces mas entendimiento que el hombre mas sábio y mas capaz. *Por otra parte, ¿qué tienes que no hayas recibido*, dice el Apóstol, *y si lo has recibido, de qué te glorías?* De todo lo dicho es forzoso concluir, que en sola la virtud consiste la verdadera gloria; y que el que se quiera gloriar, solo se ha de gloriar en el Señor.

El evangelio es del capítulo 10. de san Lucas.

In illo tempore: Intravit Jesus in quoddam castellum, et mulier quædam Martha nomine, excepit illum in domum suam; et huic erat soror nomine Maria, quæ etiam sedens secus pedes Domini, audiebat verbum illius, Martha autem satagebat circa frequens ministerium: quæ stetit, et ait: Domine, non est tibi curæ, quod soror mea reliquit me solam ministrare? Dic ergo illi, ut me adjuvet. Et respondens, dixit illi Dominus: Martha, Martha, solicita es, et turbaris erga plurima. Porro unum est necessarium. Maria optimam partem elegit, quæ non auferetur ab ea.

En aquel tiempo: Entró Jesus en cierto castillo, y una muger llamada Marta le recibió en su casa: y ésta tenia una hermana llamada María, la cual tambien estando sentada á los pies del Señor oia sus palabras. Marta, pues, cuidaba de las haciendas de casa; y presentándose al Señor, le dixo: Señor, no cuidas de que mi hermana me dexa sola en el trabajo? Dila, pues, que me ayude. Y respondiéndola el Señor, la dixo: Marta, Marta, tú estás solícita y distraida en muchas cosas, y á la verdad sola una es necesaria. María eligió la mejor parte, la cual no le será quitada.

MEDITACION.

Que hablando en propiedad sola una cosa es necesaria.

PUNTO PRIMERO.

Considera que entre tantas cosas como nos ocupan, nos inquietan y nos fatigan en esta vida, sola una, hablando en propiedad, una sola es absolutamente necesaria; esta es conseguir la salvacion. Háyase hecho bien todo lo demas; obligaciones del estado, negocios de la mayor importancia, comercio lucrativo, comisiones de mucha honra, grandes empleos, cargos considerables; aunque todo esto se haya desempeñado con la mayor felicidad, si no se logra la salvacion, nada se hizo, empleóse inútilmente el tiempo, estragóse la salud, y se consumieron los dias vanamente. No ya es este un piadoso pensamiento de las almas devotas y timoratas, es una verdad eterna, es lo que todos pensarán y todos sentirán por la eternidad. No nos engañemos voluntariamente; aun antes que llegue la eternidad, todos convenimos en este punto. Esos grandes del mundo, esas gentes de negocios, esos mismos hombres que solo atienden á sus intereses y á sus gustos; esas mugeres profanas, dedicadas y empleadas totalmente en vagatelas; todos y todas antes de morir conocen que su grande y su único negocio es el negocio de la salvacion. ¡Mi Dios, qué arrepentimientos y qué lágrimas costará algun dia este conocimiento! ¡con qué dolor, con qué desesperacion se verá por toda la eternidad que lo que en vida fue objeto de nuestros deseos, materia de nuestros cuidados y de nuestros afanes, no mereceria siquiera nuestra atencion! ¿Cuándo se verá que lo que llamábamos obligaciones de buena crianza, ocupaciones indispensables, negocios de importancia, por la mayor parte eran vanos entretenimientos, y que del negocio de la salvacion no se hizo caso, dexándole para el fin de la vida como si fuera el menor de todos los negocios, y ni aun tratándole como negocio; cuándo se verá, digo, que éste era el único negocio que merecia toda nuestra aten-

cion, y pedia toda nuestra aplicacion y vigilancia; sin embargo, este gran negocio se postergó á todos los gustos, á todas las diversiones y á todas las inutilidades de la vida; para todo hubo tiempo menos para trabajar en la salvacion; se quiso mas perderle, malograrle en una tediosa ociosidad, y en no hacer nada, que emplearle en pensar y en trabajar por aquélla; todo se nos figuró indispensable; partidas de diversion, entretenimientos frívolos; visitas excusadas, todo pareció necesario menos aplicarse al negocio de la salvacion; y mientras tanto todo fue inútil, todo se perdió si no se salió bien con este negocio. ¡Ah mi Dios, qué amargos son estos arrepentimientos cuando ya llegan tan tarde!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que de nada le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma. ¿Qué cosa podrá dar en equivalente á esta gran pérdida? ¿de qué les sirve ahora á aquellos hombres que metieron en el mundo tanto ruido, que brillaron en él con tanto esplendor, si al cabo se condenaron? ¿de qué les sirve á aquellos héroes de sus siglos, á aquellos emperadores, á aquellos reyes y á aquellos príncipes, ante quienes todo se inclinaba, á cuya satisfaccion y á cuyos gustos todo contribuia; de qué les sirve al presente aquella magnificencia, aquellos tesoros, aquella gloria, si arden, si rabian, si se desesperan en el infierno en medio de las voraces llamas? Nada les faltó de cuanto podia contribuir á su gloria, á su poder, á su grandeza; dieron batallas, consiguieron victorias, tomaron plazas, conquistaron reynos enteros; en todo establecieron el buen órden y la policía; nada omitieron de lo que convenia á su gloria; pero no trabajaron en el negocio de su salvacion; llegó la muerte antes que llegase su conversion; ganaron todo el Universo, y perdieron su alma; pues todo lo perdieron. Esos hombres entregados á su fortuna y á sus intereses; esos hombres siempre ansiosos y siempre hambrientos no vivieron ociosos; fue su vida una contínua agitacion, un perpétuo bullicio, trabajo y movimiento; sacrificaron su descanso, su salud y su misma vida á su fortuna; lográronla, murieron ricos,

dexaron grandes bienes, pero los dexaron; y si no murieron en gracia de Dios, murieron pobres; todos sus afanes se consideran como sueños. No estuvieron en el mundo para ser ricos, si no para hacerse santos; esto era lo único necesario; abandonaron este negocio, y nada hicieron. Esas personas consagradas á Dios, que por entregarse única y seguramente al cuidado de su salvacion hicieron tan grandes sacrificios, dexando el mundo; esas personas religiosas que desmintieron su primer fervor; que despues de sus primeros pasos se pararon en el camino, que se durmieron y se divirtieron, que por haber venido el esposo cuando iban á buscar aceyte para cebar las lámparas, por no haber hecho á tiempo la provision de lo único que era necesario, fueron condenadas y todo lo perdieron; ¿qué dirán, qué pensarán ahora?

¡Ah Señor, y qué sería de mí si fuera este el último dia de mi vida! Hasta ahora no he pensado en lo único que me era necesario, con que he perdido el tiempo y el trabajo; pero, Dios de las misericordias, pues te has dignado sufrirme hasta aquí, dígnate tambien asistirme con tu gracia para que sean eficaces los propósitos que hago de no trabajar de hoy en adelante en otra cosa que en el negocio de mi eterna salvacion.

JACULATORIAS.

Quid enim prodest homini si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur? Matth. 16.

¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?

Quid proderit homini de universo labore suo? Eccl. 2.

¿Qué provecho sacará el hombre de todos sus trabajos, si se condena?

PROPOSITOS.

Hay pocos ociosos; todos quieren trabajar, todos estan ocupados; pero por desgracia la vida de la mayor parte de los hombres se gasta y se consume en fruslerías y en inutilidades. ¿Qué se diria de un embaxador encargado de los negocios de su soberano, que emplease todo el tiempo de su embaxada fuera de la córte del príncipe con

quien iba á tratar, entregado enteramente al estudio de la música, ó al de los puntos infinitamente divisibles? A la verdad no estaria ocioso; pero se haria juicio de que no habia perdido el tiempo, que le habia ocupado bien, y se le admitiria por legítima la excusa de que á la verdad no habia pensado en lo que se habia puesto á su cuidado, pero que para eso habia aprendido la música. ¿A este hombre no se le tendria con razon por loco y por extravagante? ¿pero somos nosotros mas cuerdos que él? Estamos en este mundo únicamente para trabajar en el negocio importante, delicado y espinoso de nuestra salvacion; cualquiera otro negocio que éste es pura pérdida de tiempo, y entretenimiento pueril. Exâmina desde luego si te hallas en este caso; mira en qué te has ocupado hasta ahora, qué tiempo has empleado en el negocio de tu salvacion; él te pedia no menos que todo el tiempo; cuenta, calcula cuántos dias, cuántos meses y cuántos años has empleado en él.

2 No te contentes con decir y confesar que hasta ahora nada has hecho en este negocio. Si desde hoy no comienzas á trabajar en él, mañana nada tendrás adelantado. Despréndete de todos esos vanos embelesamientos que te consumen un tiempo tan precioso; visitas inútiles, concurrencia de ociosidad, contínua asistencia al juego, diversiones vanas y frívolas, libros de mera curiosidad, sin otro fruto, conversaciones sin substancia, que solo sirven de perder tiempo. Así el ánimo como el cuerpo necesitan de algun desahogo y de alguna diversion; pero esta misma diversion y este mismo desahogo pueden ser de mucha utilidad. *A los que aman á Dios todas las cosas se les convierten en bien*, dice el Apóstol. Nada hagas, nada emprendas que no haya de servir para tu salvacion. Muchos santos acostumbraban preguntarse de cuando en cuando á sí mismos en medio de sus ocupaciones: ¿Y esto de qué servirá para la otra vida? *Quid hæc ad æternitatem?* Ten tú la misma costumbre, y dite á ti mismo muchas veces al dia: *Porrò unum est necessarium*: sobre todo no hay mas que una cosa necesaria.

DIA TREINTA.

San Abdon y Senen, mártires.

Decio, general del exército que el emperador Filipo habia enviado contra Macrino á Jotapien, fue declarado emperador por las legiones de Panonia y de la Mesia el año de Cristo 249; y luego publicó crueles edictos contra los cristianos, llenando todas las provincias de horrible carnicería. Asegura Dionisio, obispo de Antioquía, citado por Eusebio Cesariense, que esta séptima persecucion, segun el cómputo de Orosio, fue tan terrible, que los fieles se persuadieron habia llegado aquel tiempo pronosticado por el Señor, en que sería tan grande la tentacion, que hasta los mismos escogidos, si fuese posible, serian inducidos en error. Duró esta cruel é injusta guerra contra los cristianos hasta el año de 251, y en élla fue cuando nuestros dos santos Abdon y Senen alentaron á los fieles con su magnanimidad, y llenaron de esplendor á toda la Iglesia con la gloria de su martirio.

Fueron persas, y de familia tan distinguida por sus grandes bienes como por su antigua nobleza; pero mucho mas recomendables por la dicha de ser cristianos, y de edificar con su virtud, con su caridad y con su zelo á todos los fieles. Toda su ocupacion era concurrir á las cárceles para consolar y para asistir á los confesores de Jesucristo, y entrarse por las casas de los pobres cristianos para socorrerlos, y aun para prevenir sus miserias y necesidades. Dexábanse ver al pie de los potros y de los cadahalsos para esforzar á los mártires; y despues de muertos procurar que se les diese sepultura. Igualmente respetables por su nacimiento que por su notoria bondad, nunca les faltaba proporcion para hacer á sus hermanos estos caritativos oficios. Animada su industria de un zelo verdaderamente cristiano, y sostenida con sus excesivas limosnas, hacia cada dia mas floreciente aquella afli-

gida cristiandad. Tardó poco aquella heróica caridad en recibir la justa recompensa debida á tan gloriosos trabajos; fueron delatados al Emperador los dos caballeros cristianos como los mayores enemigos de los dioses del imperio.

Acababa Decio de triunfar dichosamente de los persas. Atribuyendo su victoria á la proteccion de los dioses, á título de agradecido y de devoto se hizo mas cruel contra los cristianos; y encaprichado mas que nunca en sus impías supersticiones, resolvió exterminarlos de todos sus dominios. Informado de que nuestros dos Santos se valian de la autoridad que les daba su nacimiento y sus riquezas, únicamente para infundir mas aliento y mayor generosidad en el corazon de los cristianos, juzgó no podia dar mayor gusto á los gentiles que echar mano de aquellos dos ilustres enemigos del paganismo. Fueron, pues, arrestados Abdon y Senen; quiso verlos el Emperador, y los recibió con la distincion que merecian por su nacimiento y por otras muchas bellas prendas personales; hablólos al principio como quien deseaba ganarles el corazon y el concepto; respondiéronle los Santos con respeto y con discrecion cortesana; pero cuando llegó el caso de tocar el punto de la religion, y los declaró que era menester una de dos, ó dexar de ser cristianos, ó incurrir en su desgracia, no deliberaron un momento. *Somos cristianos*, respondieron, *y hacemos gloria de serlo. Señor, si para merecer la benevolencia de V. M. fuere menester sacrificar nuestra quietud y nuestros bienes, prontos estamos á hacer este sacrificio; pero vos mismo podeis juzgar si será razon preferir la gracia de los hombres á la de Dios, y perder la del Criador por merecer la del Príncipe.*

Irritado el Emperador con esta respuesta, los dixo que no conocia otro Dios que los dioses del imperio, y que absolutamente queria, pena de la vida, que éllos adorasen los mismos dioses que él. *Gran Príncipe*, le replicaron los Santos, *la misma razon natural está demostrando que no puede haber muchos dioses; en el imperio no se podrian sufrir dos dueños igualmente soberanos. Esos que llamais dioses son demonios, monas ridículas de la divinidad, que se burlan de los hombres. No hay mas que un solo Dios,*

soberano dueño del universo, y criador de todas las cosas; á éste adoramos como á nuestro soberano dueño, y tambien vuestro.

Fuera ya de sí el Emperador (tan arrebatado estaba), los respondió encendido en cólera: *Yo sabré bien vengar nuestros dioses de vuestras blasfemias, y haceros arrepentir de vuestra impiedad.* Quiso atormentarlos desde luego; pero temiendo alguna sublevacion en un pais donde eran tan respetados los dos Santos, y en que su imperio todavía no estaba muy afianzado, se contentó con mandarlos asegurar entre los prisioneros que habian de ser conducidos á Roma, destinados para el triunfo.

No se puede explicar los muchos trabajos que padecieron nuestros Mártires en aquel penoso y dilatado viage; la dureza de los guardias, la crueldad de los oficiales, los insultos de los soldados, y verse confundidos entre una multitud de prisioneros paganos de las heces del pueblo; pero el consuelo de que padecian por amor de Jesucristo, y la esperanza de derramar la sangre por su gloria, los compensaban con exceso las fatigas, ultrages y tormentos. Fue muy largo el viage, pero aún fue mucho mas penoso, y sin milagro no parecia posible que los Santos sobreviviesen á tantos trabajos.

Hizo el Emperador su entrada en Roma con toda la pompa de conquistador; y habiendo servido nuestros dos Santos de ornamento al aparato del triunfo, fueron entregados al prefecto Valeriano como los dos mayores enemigos que habian tenido hasta entonces los dioses del imperio. Comparecieron ante su tribunal, y todo el concurso quedó admirado aun mas de la modestia de los dos Mártires, que de la magnificencia de sus vestidos y del brillante resplandor de sus joyas y pedrería. Era grande y general el deseo de que saliesen libres; y habiéndolos exhortado inutilmente á que renunciasen la fe, se dispuso un altar en la misma sala de la audiencia, sobre el cual se colocó un ídolo de Júpiter, y se hicieron cuantas diligencias fueron posibles para persuadir á los dos Santos á que á lo menos afectasen las ceremonias de que le ofrecian sacrificio; pero jamás se les pudo reducir al mas leve disimulo. *Somos cristianos*, decian á voz en grito, *hacemos gloria de serlo; no entendemos de disimulo en materia de re-*

ligion; no adoramos mas que á un solo Dios, y solo á él se deben ofrecer sacrificios; vuestras soñadas deidades son invencion de vuestras fábulas, y conociendo nosotros su ridiculez, jamás podrémos incurrir en vuestras impiedades, ¿Llamais impiedad, replicó el Prefecto, *el reconocer por dios al sol, dios de vuestra nacion, y adorado como tal por vuestros padres? No tiene duda*, repusieron los Santos, *¿dónde hay cosa mas impía que reconocer por dios á una pura criatura? Tan descaminados vivieron en este punto nuestros padres como vosotros, y en eso estamos nosotros muy lejos de imitarlos; nunca dirémos, y nunca sentirémos otra cosa.*

Habiendo dado cuenta Valeriano al Emperador de la inmutable constancia en la fe de los dos Mártires, se determinó que los dos Persas fuesen llevados por fuerza delante de la estátua del Sol, y que para no quedar desayrada esta resolucion, con la misma fuerza se les obligase á ofrecer incienso al ídolo. Hízose así, y conducidos Abdon y Senen violentamente al templo del Sol, en lugar de ofrecer incienso á la estátua, la escupierón con horror y con desprecio. Levantó furiosamente el grito todo el concurso, clamando contra el sacrilegio. Al punto se ordenó que fuesen azotados con plomadas como viles esclavos, y que despues de haberlos despedazado hasta que se les descubriesen los huesos, fuesen expuestos á las fieras en el anfiteatro.

Executóse la sentencia con mas barbaridad que se habia pronunciado. Despedazaron á azotes á las dos inocentes víctimas con tanta crueldad, que á no conservarse de milagro, hubieran espirado en el suplicio; pero en medio de aquel granizo de azotes se les oia cantar alabanzas al Señor, rindiéndole muchas gracias por la merced que les hacia de contarlos en el número de las víctimas destinadas á ser sacrificadas por su amor. Despues de aquella cruel carnicería, descubriéndoseles los huesos por entre las llagas, que desfiguraban todo el cuerpo, fueron expuestos á las fieras en medio del anfiteatro. Habia concurrido á él inmenso gentío, aun mas por ver despedazar á dos insignes enemigos de los dioses, que á dos caballeros persas. Echaron contra éllos dos feroces leones y cuatro osos hambrientos, que saliendo con furor de las jaulas, co-

rrieron arrebatadamente hácia las dos inocentes víctimas. Estremecióse el concurso; pero presto se convirtió en admiracion el horror, cuando vieron que llegando las fieras á la presa, perdiendo en el mismo punto su ferocidad, se postraron á los pies de los Santos como para respetarlos y rendirlos homenage. Hallábase presente el Prefecto, y exclamó: *No se puede negar que estos dos cristianos son dos grandes magos; mirad como amansaron las fieras de repente.* Pero la muchedumbre discurria muy de otra manera; oíase gritar de todas partes que solamente el poder del Dios de los cristianos era capaz de obrar aquella maravilla; y temiendo Valeriano que aquel prodigio hiciese demasiada impresion en los ánimos, llamó á los gladiadores que estaban presentes, y los mandó que degollasen á los dos Mártires en la puerta del anfiteatro; lo que se executó al instante. No se aplacó con su sangre la rabia del Prefecto; mandó que atándolos por los pies los llevasen arrastrando hasta el pedestal de la estátua del Sol, y allí estuvieron tres dias sin sepultura, no atreviéndose ninguno á dársela, hasta que un subdiácono, llamado Quirino, los retiró de noche, y metiéndolos en una caxa de plomo, los tuvo en su casa todo el tiempo que duró en Roma la persecucion. Fueron descubiertos en el imperio del Grande Constantino, y elevados de la tierra los trasladaron al camino de Porto, colocándolos en el cementerio de Ponciano, donde hoy dia se ve su imágen de escultura muy antigua, juntamente con sus nombres. Se dice por muy cierto que los cuerpos de los santos Abdon y Senen fueron parte de las reliquias que el papa Gregorio IV. envió á Francia el año de 828, por mano de Eginardo, y que fueron trasladadas á la abadía ó monasterio de san Medardo de Soisons, donde se conservaron hasta las guerras de los hugonotes, que las quemaron en el siglo decimosexto.

La misa es en honor de los Santos, y la oracion la siguiente.

Deus, qui sanctis tuis Abdon et Sennen ad hanc gloriam veniendi copiosum munus gratiæ contulisti; da famulis tuis suo-

O Dios, que concediste á tus santos Abdon y Senen un copioso don de gracia para llegar á tanta gloria; concédenos á nosotros, sier-

rum veniam peccatorum; ut sanctorum tuorum intercedentibus meritis, ab omnibus mereamur adversitatibus liberari: Per Dominum nostrum...

vos tuyos, el perdon de nuestros pecados, para que por amor de los méritos de tus santos seamos libres de todas las adversidades: Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 6. de la segunda que escribió el apóstol S. Pablo á los corintios.

Fratres: Exhibeamus nosmetipsos sicut Dei ministros in multa patientia, in tribulationibus, in necessitatibus, in angustiis, in plagis, in carceribus, in seditionibus, in laboribus, in vigiliis, in jejuniis, in castitate, in scientia, in longanimitate, in suavitate, in Spiritu sancto, in charitate non ficta, in verbo veritatis, in virtute Dei, per arma justitiæ, à dextris et à sinistris, per gloriam et ignobilitatem, per infamiam et bonam famam: ut seductores, et veraces, sicut qui ignoti, et cogniti: quasi morientes, et ecce vivimus: ut castigati, et non mortificati: quasi tristes, semper autem gaudentes: sicut egentes, multos autem locupletantes: tanquam nihil habentes, et omnia possidentes.

Hermanos: Portémonos en todas las cosas como ministros de Dios, con mucha paciencia en las tribulaciones, en las necesidades, en las angustias, en los golpes, en las cárceles, en las sediciones, en los trabajos, en las vigilias, en los ayunos, con la castidad, con la conciencia, con la longanimidad, con la suavidad, con el Espíritu santo, con la caridad no fingida, con la palabra de verdad, con la virtud de Dios, con las armas de la justicia, á la diestra, á la siniestra; por medio de la gloria y de la ignominia: por medio de la infamia y de la buena fama: como seductores siendo veraces: como desconocidos siendo conocidos: como moribundos, y eso que vivimos como castigados, mas no muertos: como tristes, pero siempre alegres: como necesitados, pero enriqueciendo á muchos: como que nada tenemos, ó todo lo poseemos.

NOTA.

»Por el texto griego se conoce que esta parte de la »epístola de san Pablo no se entiende de los corintios, si»no únicamente de los ministros del evangelio, y singu»larmente el mismo santo Apóstol. Incluye esta epístola »las principales virtudes de los obispos y de los otros »ministros de Jesucristo.

REFLEXIONES.

Muéstrense los ministros de Dios en todas las cosas tales cuales deben ser, y presto se llenará el mundo de los prodigios que obrarán; pues se verá todo convertido. Ninguna cosa da mas eficacia á nuestras palabras, que nuestros exemplos. ¿Cuál debe ser la viveza de la fe? ¿cuál la pureza de costumbres y la eminente santidad de los ministros del Altísimo? ¿de aquellos visibles mediadores entre Dios y los hombres? ¿de aquellos sacerdotes de Dios vivo, cuya dignidad es reverenciada de las potestades de la tierra, y cuyo carácter sagrado se hace respetable á los ángeles del cielo? ¡pueden acercarse al altar sin sentirse preocupados de un santo terror! ¡Pueden tener en sus manos la divina Hóstia sin experimentar los maravillosos efectos de su presencia! Salió Moyses de la conversacion que tuvo con Dios en el monte arrojando llamas de fuego su semblante; ¿cómo es posible que salga del altar un sacerdote sin nuevo fervor? ¿sin mas tierna devocion? ¿sin mas perfecta virtud? Y un sacerdote animado de esta viva fe, un sacerdote encendido en este divino amor, un sacerdote todo fervor y todo zelo, ¿será un ministro poco eficaz? ¿Habrá en el mundo pecador tan empedernido, que no se rinda á su voz? Los exemplos, el porte, las costumbres predican mas elocuentemente que las palabras; éstas excitan; pero aquéllas convencen y mueven el corazon. Uno de los mayores castigos con que Dios amenaza á su pueblo es, que le dará sacerdotes tan imperfectos, tan indevotos, tan poco religiosos, y tan desedificativos como los seglares, como el mismo pueblo: *Sicut populus sit sacerdos.* Esas personas sagradas por su carácter, dedicadas al ministerio de los altares por profesion, adquiridas al Señor por título particular; esos oráculos de Dios vivo, intérpretes de su voluntad, depositarios de los méritos y de la sangre del mismo Jesucristo, sus favorecidos y sus ministros, encargados de las oraciones del pueblo por su empleo, obligados á servir de luz por su estado, destinados á alabar dia y noche al Señor por su oficio, cuya vida ha de ser escondida en Jesucristo, ¿no debieran representar á nuestros ojos la vida de este mismo Señor en la

suya, segun la expresion del Apóstol? Sus dias no son suyos; el que los llamó á su servicio los reservó todos para sí. Toda ocupacion profana les está prohibida; motivos, acciones, deseos, y hasta su misma inaccion ó reposo, todo debe ser santo, todo sagrado; siendo respetables á los ángeles mismos por su carácter, no lo deben ser menos á los hombres por su santidad y por su arreglado porte. ¡Qué desolacion, exclamaba en otro tiempo el Profeta, qué desolacion, qué escándalo es el que se ve en Jerusalen! Las piedras del santuario, tan dignas de nuestra veneracion miéntras están en su lugar, se ven hoy desencaxadas y dispersas por todos los rincones de las calles; todos las pisan, todos las desprecian desde que ya no sirven para su destino: *Dispersi sunt lapides sanctuarii in capite omnium platearum.* ¡Oh, y cuánto significa esta alegórica expresion!

El evangelio es del cap. 5. de san Mateo.

In illo tempore: Videns Jesus turbas, ascendit in montem, et cum sedisset, accesserunt ad eum discipuli ejus, et aperiens os suum docebat eos, dicens: Beati pauperes spiritu: quoniam ipsorum est regnum cœlorum. Beati mites: quoniam ipsi possidebunt terram. Beati qui lugent: quoniam ipsi consolabuntur. Beati qui esuriunt et sitiunt justitiam: quoniam ipsi saturabuntur. Beati misericordes: quoniam ipse misericordiam consequentur. Beati mundo corde: quoniam ipsi Deum videbunt. Beati pacifici: quoniam filii Dei vocabuntur. Beati qui persecutionem patiuntur propter justitiam: quoniam ipsorum est regnum cœlorum. Beati estis cum maledixerint vobis, et persecuti vos fuerint, et dixerint omne malum adversum

En aquel tiempo viendo Jesus las turbas, subió á un monte; y habiéndose sentado, se llegaron á él sus discípulos. Y abriendo su boca, los enseñaba, diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de éllos es el reyno de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque éllos poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque éllos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque éllos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque éllos conseguirán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazon, porque éllos verán á Dios. Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los que padecen persecucion por amor de la justicia, porque de éllos es el reyno de los cielos. Bienaventu-

vos, mentientes, propter me: gaudete, et exultate: quoniam merces vestra copiosa est in cœlis.

rados vosotros cuando os maldixeren, y os persiguieren, y dixeren contra vosotros falsamente todo género de mal por causa mia: alegráos y regocijáos, porque vuestro premio es grande en los cielos.

MEDITACION.

De las adversidades á que estan expuestos los buenos.

PUNTO PRIMERO.

Considera que es gran sinrazon quejarse de la Providencia, porque á los mas buenos, á los mayores siervos de Dios, á las almas mas inocentes, las expone al fuego de las mayores persecuciones y de las mas sensibles adversidades, á las tentaciones mas violentas y mas enfadosas. Si se conociera lo que valen, y lo que aprovechan esas borrascas, nada se temeria tanto en esta vida como la calma y la serenidad. Esas piedras que de todas partes nos arrojan, son, digámoslo así, piedras preciosas, cuyos menores fragmentos se debieran recoger con el mayor cuidado. El fuego purifica el oro; y si el oro tuviera razon y conocimiento, no se quejaria de que le metiesen en medio de las llamas. La Escritura dice, que á aquellos tres niños tan fieles á Dios, no solo no los tocó de alguna manera el fuego, pero ni aun los contristó: *Non tetigit eos omnino ignis, nec contristavit eos.* Gran milagro; pero no es menor el que los justos nos ponen á la vista en la adversidad. Desengañémonos; no hay otro camino mas seguro para salvar al pecador, ni para santificar al justo; es menester curar aquel mal cristiano del amor que tiene al mundo; al otro imperfecto y tibio es menester curarle del amor que se tiene á sí mismo. Para poner al primero en el camino del cielo, y al segundo en el de la perfeccion, es necesaria la adversidad; élla sola puede obrar estas dos maravillas; todos los demas medios los hace inútiles el amor á los placeres, ó la aplicacion á

los negocios. No habla Dios por lo comun ni en las diversiones, ni en medio de una risueña prosperidad; no habla en los concursos mundanos; y si habla, no se le oye. Los negocios no dan lugar para reflexîonar sobre la salvacion; la vanidad y los sucesos prósperos embriagan, y quitan el conocimiento. Es menester que una fuerte tempestad nos obligue á tomar puerto, y recurrir al retiro. Aquella muger está como embriagada de su felicidad y de su hermosura; conviénela una desgracia que la haga abrir los ojos; para salvarla es muy importante que un accidente, ó una enfermedad la desfiguren. Una salud robusta, un puesto elevado, el favor del príncipe, todo lisonjea, todo encanta, todo aturde. Por mas que grite la conciencia, no es oida. Bien es que una enfermedad te acerque á la sepultura; que la pérdida de un pleyto excite aquellos piadosos movimientos que estaban casi apagados; que una desgracia derrame en aquella alma hiel y disgusto á las cosas del mundo. ¡Ah, y qué poco se conoce lo que valen las adversidades!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que todos tenemos alguna cosilla que nos impida dedicarnos á Dios enteramente. Ese algo que se cercena del sacrificio, es nada, dice santa Teresa; pero esa nada sirve de obstáculo á grandes cosas. Pudieras tú mismo curarte con el auxîlio de la gracia; pero no tienes valor, y acaso no sabes tampoco en qué consiste tu mal; es menester que cuando ménos lo pienses venga el cirujano, y te meta la lanceta muy adentro de la carne viva, por que la apostema está hinchada, y sin eso siempre vivirias enfermo, y te irias consumiendo. ¿No es así, que aun despues que te dedicaste á Dios, no te has podido resolver á dexar el juego, á cortar aquella amistad, que á la verdad no es ilícita, pero te tiene repartido el corazon; á vencer el amor de la vanagloria y de los aplausos; á superar esa oculta emulacion que te mantiene en cierta indiferencia, si ya no pasa á frialdad; á reprimir esas modales altaneras, y aun acaso duras, con que tratas á tus dependientes y aun á tus iguales? Bien conoces el daño que esto te hace; pero te espanta solo el pensamiento de ponerte en cura, porque el mal está tan cerca del corazon, que para desarriagarle es necesaria

una operacion violenta y dolorosa. El confesor tambien conoce el achaque; pero disimula, y te lisonjea, ó no tiene habilidad para curarte de él. Si Dios te ama con alguna mas particularidad, es menester que por sí mismo emprenda esta cura; es menester que permita un sonrojo, un desconcierto en tus negocios, la muerte de algun pariente, de algun amigo, de algun protector, un reves de la fortuna, un pleyto, un naufragio. Mientras viva aquella persona ocupará tu corazon, fomentará tu ambicion, servirá de estorbo á tu perfeccion y á la salvacion de tu alma. Es amarga la adversidad, pero al fin élla te cura. Aquel poderoso rodeado de tentaciones, de lisonjeros, de hombres, de diversiones y de cargos ha menester un contratiempo para volver sobre sí. Confesemos que es grande misericordia de Dios, cuando pudiera castigar al alma que pecó, contentarse con herir al cuerpo, cuyas llagas pueden ser tan provechosas. Esto es lo mismo que conmutar la pena de muerte en una ligera multa. Pudiera muy bien Dios abrirnos otro camino para el paraíso: es verdad; pero si no lo hizo, ¿pensarás que fue sin razon, y solo por el gusto de verte padecer, y de hacerte miserable? ¿Qué concepto haríamos de un Dios tan bueno, si pensáramos esto de él? Ese Dios tan bueno y tan misericordioso juzgó que esto te convenia, y que algun dia le darias muchas gracias por haberse portado de esa manera contigo. Siendo esto así, ¿por qué te entristeces de una cosa de que te has de alegrar eternamente? ¿Por que te quejas de lo que eternamente has de estar dando gracias al Señor?

Conozco mi error, ¡ó Dios de toda bondad! y me confunde la ceguera que he padecido hasta aquí: vos sois el mejor de todos los padres; y pues juzgais que las adversidades me son tan necesarias, de hoy en adelante las recibiré como señales de vuestro amor.

JACULATORIAS.

Virga tua, et baculus tuus: ipsa me consolata sunt. Salm. 22.

Señor, los golpes que descargáreis sobre mí, léjos de afligirme, serán de hoy en adelante todo mi consuelo.

Bonum mihi quia humiliasti me, ut discam justificationes tuas. Salm. 118.

Tengo por dicha, Señor, que me hayais afligido para enseñarme á guardar tu santa ley.

PROPOSITOS.

En la adversidad se aviva y se fortalece la virtud, cuando en la prosperidad se disipa y se relaxa. Es de admirar que sea tan dificil persuadirse á que puede uno ser feliz en los contratiempos, cuando se han visto tantos desgraciados en medio de las mayores prosperidades. Si hay males invisibles, no es imposible que haya tambien consuelos que no se ven. Rara vez se ve un hombre feliz, y que esté plenamente contento en medio de la prosperidad; por el contrario, no se ha visto santo que no padeciese mil trabajos en esta vida, y ninguno que no se tuviese por muy dichoso en medio de los mayores. Dexemos obrar á la divina Providencia; mas cuidado tiene de nuestros intereses, que nosotros mismos. Bien sabe Dios lo que nos conviene. Nunca se consideró José mas desgraciado, que cuando se vió vendido por sus mismos hermanos; y sin embargo, de esta imaginada desgracia pendia toda su dicha y la de toda su nacion. Dexa, pues, ya de mirar con malos ojos las adversidades de esta vida: convéncete de que te son provechosas, y aun necesarias; recíbelas con accion de gracias, pues con efecto son otros tantos beneficios.

2 Ya se dixo en otra parte, que era una costumbre muy agradable á los ojos de Dios, y muy provechosa para el hombre hacer al Señor alguna breve oracion en accion de gracias siempre que nos sucede alguna contradiccion ó algun contratiempo; ahora propondré ótra que no es ménos meritoria delante de Dios; ésta es, durante el tiempo de la adversidad hacer todos los dias alguna oracion particular, dándole gracias por la merced que te hace en tratarte como á los mas queridos suyos, llevándote por el camino mas derecho y mas seguro para hacerte santo. Guárdate bien de que se te escape ni una sola palabra que huela á queja, ó sentimiento; y si alguno, con cierta falsa amistad, muestra compadecerse de tu suerte, rectifícale aquella falsa compasion, dán-

dole á entender que tu suerte no es desgraciada, y que antes lo sería mucho mas, si en todo fuese feliz; dile que Salomon con toda su sabiduría no se pudo conservar inocente en medio de una larga prosperidad; el mismo David, aquel hombre segun el corazon de Dios, que fue tan fiel miéntras duró la persecucion, cayó en pecado luego que se vió en paz y sobrado de todo; dile aquellas bellas palabras: *Beatus homo qui corripitur à Deo*: bienaventurado aquel á quien Dios castiga como padre; dí muchas veces con Job: *Hæc mihi consolatio, ut affligens me dolore, non parcat*: mi mayor consuelo será que Dios no me perdone en este mundo cuando me aflige con adversidades; acuérdate que éstas son necesarias aun á los mismos buenos para preservarlos de la corrupcion, como la sal que consume y conserva; ésta es señal de que te ama, y que quiere ser amado de ti.

DIA TREINTA Y UNO.

San Ignacio, confesor, fundador de la Compañía de Jesus.

Al mismo tiempo que el apóstata Lutero desolaba la Iglesia en Alemania, que Enrique VIII., declarándose cismático, la destruia en Inglaterra, que Calvino, aquel imaginario reformador, la hacia sangrienta guerra en Francia, la divina Providencia, siempre atenta á sus necesidades, formaba en España un héroe cristiano, escogido, como se explica Urbano VIII. (*Bull. Canon.*) para contener las funestas conquistas de los enemigos de Dios, nacido para la reformacion de las costumbres en todos los estados, y destinado para llevar la fe de Jesucristo hasta aquellos paises donde jamás habian penetrado los apóstoles.

Este gran Santo, gloria de su nacion, y ornamento de su siglo, nació el año de 1491, en aquella parte de la Can-

tábria española, que hoy tiene el nombre de Guipúzcoa. Su padre don Beltran, Señor de Oñéz, y de Loyola, ocupaba uno de los primeros lugares entre la nobleza del pais, como primogénito y cabeza de una de las casas mas antiguas; y su madre Marina Saez de Balda no era de menos ilustre nacimiento.

Aunque Ignacio era el menor entre ocho hijos y tres hijas, nació adornado de tan bellas prendas, que muy presto fue las delicias de toda la familia. Era bien dispuesto; el ayre noble y naturalmente agraciado; el genio elevado, y sobre todo, una ardiente pasion por la gloria prevenian los ánimos en su favor. Aunque un poco altivo, era atento y cortesano, notándose en él desde sus primeros años un linage de discrecion, que nada olia á las inocentes inconsideraciones de la niñez. Juzgando su padre que era nacido para la córte, se dió priesa á enviarle á élla, y le hizo page del rey Católico. Luego ganó Ignacio la gracia de Fernando; pero su inclinacion á las armas le hizo disgustarse presto de la ociosidad de palacio. Señalábanse ya sus hermanos en el exército de Nápoles, y él se quiso distinguir en el de Cantábria. Logrólo en la toma de Náxera, y en todas las funciones dió pruebas de gran valor.

No dió tantas de virtud y de cristiandad. Estaba su cabeza llena de vanidad, y preocupada de especies de galantería, siguiendo en todas sus acciones el espíritu y las máxîmas del mundo, cuando el Señor se dignó en fin abrir los ojos á aquel vaso de eleccion, despues de haberle, digámoslo así, echado por tierra. Sitiaba el exército frances el castillo de Pamplona, y el virey don Antonio Manrique dexó por comandante á don Ignacio miéntras él salió á solicitar el socorro. Sostuvo él solo muchos asaltos; y asombrados los sitiadores de la intrepidez del joven español, convirtieron todas sus fuerzas contra el puesto que defendia, y fueron tambien repelidos luego que Ignacio se dexó ver en la brecha con espada en mano; pero en el calor del combate una bala de artillería rompió una pierna al valeroso comandante, con cuyo accidente perdieron el ánimo los sitiados, y se rindieron. Trataron los franceses á Ignacio con toda la estimacion que merecia su valor y su nacimiento; y des-

pues de haberle cuidado, y aplicado los primeros medicamentos á las heridas, le llevaron á su casa de Loyola, distante algunas leguas de Pamplona. Sobrevínole calentura, y estuvo tan de peligro, que recibió los sacramentos, y le daban pocas horas de vida; pero habiéndose quedado dormido, se le apareció en sueños san Pedro, que le tocó con la mano, y le curó. El suceso acreditó la verdad del sueño, pero ni aun con este milagro se convirtió Ignacio. Viéndose obligado á guardar todavía el cuarto y la cama por algunos dias, pidió un libro de novelas, ó alguna historia de caballerías para divertirse. Por dicha suya no se halló ótro en toda la casa, que la vida de Cristo y las vidas de los santos. Leyólas Ignacio; sintióse movido; y haciendo las naturales reflexîones que le ofrecia el cotejo de aquellas vidas con la suya, quedó convertido.

Los primeros pasos que dió en el camino de la penitencia asombraron á los mas fervorosos. Vieron aquel hombre cortesano, que solo por conservar el ayre y la bizarría del cuerpo habia tolerado las mas dolorosas incisiones, ceñirse la cintura con una cadena de hierro, no usar otro vestido que un saco y un cilicio, afectar rusticidad y grosería para encubrir el ayre noble y grande que mostraba su semblante; viéronle mendigar un bocado de pan de puerta en puerta; servir á los enfermos en los hospitales; sufrir sin quejarse las burlas y los ultrages de los disolutos; ayunar todos los dias á pan y agua; pasar en oracion la mayor parte de la noche; castigar rigurosamente su cuerpo tres veces al dia, y como agotar en sí toda la severidad de la misma austéra penitencia. Pero no careció de consuelo su penitente fervor; apareciósele la santísima Vírgen una noche con el niño Jesus en los brazos, cercada de resplandor; la celestial dulzura que acompañó á esta vision purificó su corazon, y le abrasó tanto en el fuego del divino amor, que se le oía exclamar contínuamente: *Señor, no os pido otra gracia que amaros, ni otro precio que amaros mas*

Por su tierna devocion á la soberana Reyna emprendió luego la peregrinacion á Monserrate, monasterio famoso por el concurso de peregrinos que de todas las partes del mundo acuden á implorar la proteccion, y á

venerar la milagrosa imágen de la Vírgen. Habia en aquel monasterio un monge de eminente santidad; confesóse Ignacio con él generalmente, y lo hizo con tanto dolor de sus pecados, que el confesor temió espirase á sus pies el penitente, y le costó mucho trabajo enxugarle las lágrimas. Pasó toda la noche en la iglesia postrado ante la imágen de la Madre de Dios; colgó la espada de un pilar inmediato al altar; dió sus ricos vestidos á un mendígo; echóse á cuestas un saco, y se puso en camino con el bordon en la mano, la calabaza al lado, la cabeza descubierta, los pies descalzos, cargado solo con los instrumentos de penitencia.

En este pobre equipage llegó á Manresa el nuevo Peregrino. Fue recibido en el hospital; pero su asqueroso semblante, su barba larga, las uñas, que de propósito habia dexado crecer para causar horror, le hicieron tedioso y ridículo á cuantos le veían. Sirvióse el demonio de tan extraña mudanza de vida para tentar al Santo. Los desprecios que padecia, el mal olor del hospital, y el verse confundido entre una caterva de mendígos, le comenzó á dar en rostro, y se le excitaron varios pensamientos de que igualmente se podria salvar en la córte y en el exército, que en aquella asquerosa vida; pero duró poco la ilusion: conoció Ignacio toda su malignidad; y para vencerla con resolucion, se hizo criado de los mismos enfermos, asistiendo con mayor frecuencia á los enfermos que le daban mas asco, y dedicándose á los mas baxos oficios. Rompieron en fin los rayos de su virtud por entre las nubes de aquellos abatimientos; comenzáronle á respetar, y á descubrir no sé qué especie de grandeza en aquellas exterioridades viles y despreciables. Sobresaltóse Ignacio luego que llegó á entenderlo, y sin dilatarlo un punto se salió del hospital, y se fué á encerrar en una horrorosa cueva á quinientos ó seiscientos pasos de Manresa.

Parecióle que en aquella profunda caverna se podria abandonar enteramente á su fervor, y no poner límites á su penitencia. Cuatro ó cinco veces al dia despedaza su cuerpo con una cadena de hierro armada de agudas puntas: pasaba semanas enteras casi sin alimento; debiendo solo á unas antiguas raices el no morirse de ham-

bre; excesos que muchas veces le pusieron á peligro de la vida. En una ocasion le hallaron desmayado á la entrada de la gruta; lleváronle al hospital, donde otra vez le asaltaron los antiguos pensamientos de mudar el género de vida. A estas tentaciones se siguieron ótras; fatigábanle los escrúpulos; mostrábase el cielo de bronce; y apoderada de su alma una profunda melancolía, se le hacia la vida insoportable. Durante aquella terrible desolacion, resolvió Ignacio pasar sin alimento todo el tiempo de la prueba. Con efecto, estuvo siete dias sin comer, ni beber; y hubiera llevado adelante estos excesos, si su confesor no le hubiera ido á la mano; y Dios premió en el mismo instante su rendimiento. Serenóse el cielo, y sucedió la calma á tan deshecha tormenta. Colmó Dios á aquella generosa alma de los mas dulces consuelos; de manera, que despues todo fue visiones, éxtasis y raptos. En aquellas íntimas comunicaciones con Dios recibió soberanas luces acerca del misterio de la Trinidad. Lo que escribió de este misterio, y se perdió, era en el estilo de los profetas. Tambien fue en este tiempo cuando iluminado con las mismas luces sobrenaturales, y penetrado de las grandes verdades de la religion, compuso el admirable libro de los exercicios espirituales, aprobado por tantos sumos pontífices, y tan apreciado de todos los buenos; en el cual este hombre inspirado de Dios, reduxo como á arte la conversion del pecador, y la práctica de la perfeccion cristiana.

Vínole deseo de visitar los lugares santos de Jerulen, y se embarcó en Barcelona para la Tierra santa. Llegó á élla despues de muchos trabajos. Era su intencion detenerse en Palestina para trabajar en la conversion de los mahometanos; pero despues que cumplió con su devocion en Jerusalen, se vió precisado á restituirse á Europa. Conociendo que para dedicarse á la conversion de las almas era menester adquirir la doctrina que le faltaba, y convencido de que no podia contentar su zelo sin el auxîlio de las letras humanas, determinó volverse á España y aplicarse al estudio. Dióronle en Venecia una buena limosna; llegó á Ferrara, y toda la repartió entre los pobres, mendigando despues de puerta en puerta. Luego que entró en la Lombardía le prendieron los españo-

les, sospechando que era espía, y despojándole del vestido le llevaron en camisa delante del capitan. Una sola palabra que hubiera dicho bastaria para librarle del peligro; pero calló por el deseo de padecer. Tuviéronle por tonto; cargáronle de injurias y de palos, y le dexaron proseguir su camino bien satisfecho de oprobios. No le trataron tan mal los franceses; pero no se puede explicar lo mucho que tuvo que padecer hasta que llegó á Barcelona. En aquella ciudad comenzó á estudiar la gramática, siendo de edad de 33 años, y fue su maestro Gerónimo de Arbedal, público preceptor de latinidad en élla. El exercicio era de mucha humillacion, pero venció su repugnancia por el deseo de aprovechar al próximo. Iba muchas veces á la clase incorporado con los niños; y para que el estudio no entibiase la devocion, dobló las penitencias.

Creciendo cada dia en su corazon el zelo de la salvacion de las almas, advirtió que retraía á todos aquel su exterior austéro y nada grato. Dexó el saco y la cadena de hierro, con parecer de su director, contentándose con traer un cilicio debaxo de una pobre sotana. Ya sus exemplos habian movido á muchos; pero sus conversaciones convirtieron á muchos mas. Hizo mucho ruido la reforma del convento de los Ángeles, cuyas monjas no vivian con la mayor edificacion. Esto le grangeó el ódio de los seglares que contribuian al mal exemplo; moliéronle á palos á él y al capellan del convento; éste murió de los golpes, y el Santo estuvo tan á los últimos, que escapó la vida por milagro.

Dexó á Barcelona por ir á estudiar filosofía á Alcalá, donde su zelo no fue menos eficaz, ni menos exercitado. Mereciole grande reputacion la conversion de cierta persona de la primera distincion, que era lazo de la juventud; pero siguiéndose á ésta la de muchos jóvenes de aquella universidad, esto mismo le ocasionó una nueva persecucion en España. Acusáronle de hechicería y de heregía; fue delatado á la Inquisicion, triunfó su inocencia en aquel tribunal, y no solo fue aprobado, sino aplaudido su zelo; pero conociendo así los inquisidores, como el vicario de Alcalá, cuánto importaba á la Iglesia la vida de aquel siervo de Dios, moderaron

sus rigores, prohibiéronle que anduviese con los pies descalzos, y le mandaron vestir una sotana negra. Por la indiscreta devocion de dos señoras de calidad, que contra el parecer del Santo emprendieron cierta peregrinacion, se vió en precision de ir á continuar sus estudios á la universidad de Salamanca. Siendo su zelo tan eficaz y tan puro, no podia dexar de ser perseguido en todas partes. Prendiéronle en su convento los religiosos de cierta esclarecida familia, pareciéndoles que no se debia permitir hablar en público á un hombre sin carácter, y que no era graduado; dieron parte al provisor, y éste, difiriendo á su autoridad, le puso en la carcel pública, le cargó de cadenas, y le trató como á herege. Tomáronle jurídica confesion, y no dió otra respuesta, que presentar á los jueces su libro de exercicios. Fue exâminado el libro escrupulosamente; y hallándole lleno del espíritu de Dios, fue aplaudida la inocencia y la virtud de nuestro Santo. Diéronle libertad en virtud de sentencia judicial, la cual á un mismo tiempo era su mejor apología, y le exhortaba á continuar sus obras de caridad y los exercicios de su zelo. Quisieron detenerle en Salamanca; pero la Providencia, que tenia sus intentos, le destinaba á mayor teatro. Dexó Ignacio aquella universidad para ir á pasar sus estudios en la de París, que á la sazon era la mas célebre de la Europa. Habia precedido tiempo ántes un suceso harto funesto, que confirmó el concepto general de su eminente virtud. Un caballero de distincion vió un dia pasar al Santo, y mostrándole con el dedo, dixo: *Quemado muera yo, si éste no merece ser quemado.* Subió el mismo dia al terrado de su casa para sacar unas pequeñas piezas de artillería, que se habian de disparar con motivo de cierto regocijo; cayó una chispa en un monton de pólvora de cañon, y envuelto en las llamas quedó abrasado vivo.

Llegó Ignacio á París á los principios de febrero del año 1528; y luego acudió al colegio de Monteagudo para volver á repasar la gramática entre los niños. Entregó en confianza á un compañero suyo de posada el dinero que de limosna habia recogido en España para mantenerse; escapósele con él, y se vió precisado á pedirla en París. No teniendo otro recurso, se recogió en el hos-

pital, donde no le daban mas que el simple cubierto, y mendigaba de puerta en puerta la comida. Tuvo noticia de que el infiel compañero que le habia robado, estaba enfermo en Ruan; voló al punto á socorrerle; abrazóle, consolóle, sirvióle, y le buscó limosnas para que pudiese continuar su camino. Acabada la gramática en el colegio de Monteagudo, pasó á estudiar filosofía en el de santa Bárbara. Excitóle otra nueva tempestad la devocion que inspiraba á los jóvenes estudiantes. Habiéndose entrado religiosos algunos compañeros suyos, le acusaron de que pretendia dexar desierto el colegio. Irritáronse tanto el rector y los regentes, que pensaron darle *una sala* (Así se llama en la Sorbona el castigo de azotes públicos, y en rueda, que se dan con unos mimbres en las espaldas á los profesores que han cometido graves delitos). Era muy del gusto de Ignacio una humillacion de tanto desdoro; pero su confesor le obligó á justificarse. Hízolo así, y quedaron todos tan convencidos de su recta intencion, que el rector del colegio dió público testiminio de su virtud en el mismo lugar donde se habia de hacer la execucion.

A vista de tan solemne satisfaccion abrieron todos los ojos, y con élla les ganó los corazones. Hízose famoso en la universidad el nombre de Ignacio. El rector que habia levantado la tormenta quiso reparar la injuria; y encargándose muy particularmente de los estudios de Ignacio, le señaló por pasante para repartir con él las lecciones á un mozo saboyano, pobre á la verdad, pero muy hábil, que vivia en un cuarto del mismo colegio con Francisco Xavier, caballerito del reyno de Navarra. Adelantó tanto Ignacio con este medio, que recibió el título de maestro en artes, y acabó despues con mucha honra su curso de teología.

Este fue el tiempo en que Dios le dió á entender distintamente que le tenia escogido para fundar una compañía de hombres apostólicos, que atendiendo únicamente á la mayor gloria de Dios, se empleasen en la salvacion del próximo, y en hacer eterna guerra á los enemigos de Jesucristo y de su Iglesia. El primero en quien el Santo puso los ojos para tan elevado intento fue su pasante Fabro. Un poco mas le costó la conquista de Xavier. Era de

grande ingenio, de ilustre nacimiento; enseñaba la filosofía con mucho aplauso; y ambicioso de gloria, á nada ménos aspiraba que á las primeras dignidades de la Iglesia. Ganóle Ignacio para Dios, y en poco tiempo fue Xavier ornamento de la nueva Compañía, y uno de los mayores santos de la Iglesia.

Presto se le agregaron á estos dos compañeros otros cuatro, todos de singular mérito: Diego Laynez, natural de Almazan; Alfonso Salmeron, de cerca de Toledo; Nicolas Alfonso Bobadilla, nombre que tiene tambien el lugar de su nacimiento; y Simon Rodriguez, caballero portugues. Juntólos un dia Ignacio, y los propuso su ánimo de dedicarse á trabajar en la salvacion de las almas; respondiéronle prontamente que todos tenian la misma intencion; y escogieron el dia de la Asuncion de la Vírgen para obligarse con expreso voto á tan piadosa empresa. Este dia en el año de 1534 los conduxo á todos Ignacio á la iglesia de *Monmarte*, ú del monte de los mártires, donde celebró la misa Pedro Fabro, ordenado poco antes de sacerdote, y á todos los dió de su mano la comunion en la capilla subterránea. Concluida la misa, todos siete juntos, á una voz alta, clara y distinta hicieron voto de renunciar todos los bienes, y al tiempo señalado emprender el viage de Jerusalen para trabajar en la conversion de los infieles; pero en caso de que no tuviese efecto este viage, irse todos á echar á los pies del papa, y ofrecerle sus personas, para ir baxo sus órdenes á cualquiera parte donde los enviase. Sin duda fue alto designio de la divina Providencia, que el nuevo Patriarca, entre tantos santuarios como hay en las cercanías de París, hubiese escogido el monte de los Mártires para echar los primeros cimientos de la religion. Inspiróle el cielo este pensamiento, para darle á entender, que una compañía que con el tiempo habia de derramar tanta sangre por amor de Jesucristo, siendo tambien perseguida de todos los modos que lo fue su santa Iglesia, debia nacer sobre el sepulcro de los mártires, y baxo los auspicios de la Madre de Dios, á cuyo culto está singularmente dedicada.

No estuvo ocioso el zelo de Ignacio mientras sus compañeros se disponian á partir. Supo que vivia mal un co-

nocido suyo; y no adelantando nada con sus exhortaciones, se informó del sitio por donde habia de pasar á casa de la que causaba su perdicion. Esperóle cerca de un estanque casi helado por el rigor del frio, y cuando advirtió que pasaba, se arrojó intrépidamente en él con el agua hasta el cuello, gritándole que allí permaneceria sufriendo aquel frio riguroso, hasta que se apagase en su pecho el fuego de la pasion, y aplacase la cólera del cielo. Atónito aquel hombre perdido, á vista de tan portentosa caridad, volvió atras, y solo pensó en hacer penitencia de sus culpas. No hubo industria de que no se valiese para convertir los pecadores. Noticioso de la vida que traia cierto escandaloso sacerdote, se echó á sus pies, y se confesó con él de sus culpas pasadas; comunicóse al corazon del confesor la sensible contricion del penitente, y movido de aquel exemplo, detestó sus pecados, y mudó de vida.

Obligado á dar una vuelta á España, entró en Guipúzcoa sin otro equipage que el de un verdadero discípulo de Cristo, hospedándose en el hospital, y viviendo de limosna. No pudo conseguir de él su hermano don García, que pasase por algunos dias á Loyola. Con la vista de aquellos lugares en que habia tenido una vida mundana, se le excitó el pensamiento de renovar sus antiguas penitencias. Volvió á tomar un áspero cilicio, ciñóse una gruesa cadena de hierro, y trató su cuerpo con tanto mayor rigor, cuanto eran mayores las fuerzas con que se sentia recobrada ya su salud.

Miéntras Ignacio estaba edificando á sus paisanos con su santa vida, y reformaba las costumbres en todos los estados, aumentaba el cielo con nuevos sugetos su recien nacida compañía. Claudio Jayo, saboyano, Juan Coduri, del Delfinado, y Pascual Brouet, de Picardia, hicieron en el monte de los Mártires el mismo voto que los otros siete. Con esta gustosa noticia aceleró su partida; encaminóse á Venecia, venciendo felizmente mil peligros, y luego que llegó á aquella ciudad, se conoció que habia entrado en élla un nuevo apóstol. Como á todas partes le seguia la reformacion de las costumbres, en todas le suscitaba el infierno nuevas tempestades. Acusáronle de que era un herege disfrazado; pero esta tormen-

ta se disipó presto sin otra diligencia que presentar su libro de exercicios.

Habiendo llegado á Venecia sus nueve compañeros, se tomaron las medidas para el viage de la Tierra santa. Ante todas cosas quiso san Ignacio que fuesen á pedir la bendicion de su Santidad, y á declararle sus intentos. Paulo III., que ya estaba informado así de su modo de vivir como de su capacidad, los recibió con amor paternal; y sabiendo que los mas no eran sacerdotes, los dió licencia para que los pudiese ordenar cualquiera obispo que éllos escogiesen, y tambien para el viage de la Tierra santa, aunque les insinuó la dificultad de poder hacerle. Vueltos á Venecia, todos hicieron voto de pobreza y de perpétua castidad en manos del nuncio monseñor Veralli. Ordenado san Ignacio de sacerdote con sus compañeros, se dispusieron todos con sus exercicios de cuarenta dias para celebrar la primera misa.

Es facil discurrir cuál sería la devocion de nuestro Santo durante el divino sacrificio; arrojaba fuego su semblante, saliéndole al rostro el incendio que abrasaba su corazon; las dulces lágrimas que derramaba se las hacia derramar á todos los asistentes; todos creian ver en el altar un serafin viendo al nuevo Sacerdote.

Impedido el viage de la Tierra santa por la guerra que los venecianos acababan de declarar al Turco, para cumplir la segunda parte del voto, partieron todos á Roma para ofrecerse á la disposicion del sumo Pontífice; determinaron que se anticipase san Ignacio, acompañado de Fabro y de Laynez; pero antes de separarse quedaron de acuerdo en observar cierto uniforme género de vida. Las reglas que se obligaron á seguir fueron las siguientes:

Primera: Que siempre se hospedarian en los hospitales, y solo vivirian de limosna. Segunda: Que enseñarian la doctrina á los niños, y no recibirian dinero por las funciones de sus ministerios. Tercera: Y por cuanto muchas veces los preguntaban quiénes eran, los dixo san Ignacio, que habiéndose juntado para declarar la guerra á los hereges y á la disolucion de las costumbres baxo la bandera de Jesucristo, no convenia á su compañía otro nombre que *el de la Compañía de Jesus.* Desde que nues-

tro Santo se retiró á la cueva de Manresa tuvo siempre este nombre en su corazon, y se confirmó mucho mas en retenerle con la vision que tuvo en el camino de Sena á Roma; porque retirándose á hacer oracion en un edificio antiguo y arruinado, se le apareció Jesucristo con una cruz á cuestas, y le dixo: *Yo os seré propicio en Roma.* Llegó á aquella ciudad con Fabro y Laynez hácia el fin del año de 1537. Aceptó con gusto el papa Paulo III. su voluntaria oferta; quiso que Laynez y Fabro enseñasen en el colegio de la Sapiencia, el primero teología escolástica y el segundo la sagrada Escritura, mientras Ignacio, baxo su pontificia autoridad, trabajaba en la reformacion de las costumbres por medio de los exercicios. No dudando ya el Santo ser la voluntad de Dios que su Compañía se erigiese en religion, llamó á Roma á todos sus compañeros; dispuso el plan del instituto, en el cual á los tres votos comunes á todos los religiosos, añadió el cuarto, de ir á cualquiera parte donde los enviase el sumo Pontífice para trabajar en la salvacion de las almas, sin otro viático que la caridad de los fieles. Reconoció Paulo III. visiblemente el dedo de Dios en el nuevo instituto; alabóle, aprobóle, y confirmóle baxo el nombre de *Compañía de Jesus* por su bula *Regimine militantes Ecclesiæ*, dada á 27 de setiembre de 1540.

Apenas habia nacido esta Compañía, cuando pretendió ahogarla cierto herege en hábito religioso, acusando á Ignacio ante el gobernador de Roma de herege y de hechicero, y que como tal habia sido quemado en estátua en Alcalá, París y Venecia. No asustó á nuestro Santo esta calumnia, y mas habiendo ya pronosticado que la Compañía tendria la dicha de ser perseguida mientras hubiese en el mundo enemigos de Jesucristo. Fue castigado el calumniador, quedando Ignacio plenamente justificado y mas admirada que nunca su virtud. Mas tuvo que padecer su humildad en la violencia que le hicieron, cuando á pesar de sus razones, de sus ruegos y de sus lágrimas, por unánime consentimiento de todos, fue electo general de la Compañía, cuyo fundador y padre era. Despues de tan digna eleccion, todos los padres juntos visitaron las siete iglesias de Roma: pararon en la de san Pablo, donde el nuevo General celebró el santo

sacrificio de la misa, dió la comunion á todos sus hijos, y recibió su profesion despues de haber hecho el Santo la suya en manos del papa.

Conocióse luego que era obra del Señor la nueva Compañía de Jesus, no solo por los grandes servicios que aquellos nuevos apóstoles hicieron á toda la Italia en muchas calamidades públicas, y por la reformacion general de las costumbres, sino tambien por los maravillosos efectos de su zelo, que en menos de dos años se hizo admirar en todas las partes del mundo. Apenas fue aprobada y confirmada por la Silla apostólica la Compañía de Jesus, cuando Ignacio tuvo el consuelo de que casi todas las ciudades de Italia, de España, de Portugal, de Sicilia, de Alemania y de los Paises Baxos le pidieron obreros formados de su mano, sabiendo al mismo tiempo que el zelo apostólico de sus hijos triunfaba en todas partes de los enemigos de la salvacion y de la Iglesia. Pareciendo estrecho campo la Europa á aquellos héroes cristianos, en breve tiempo la Ásia, la África y la América fueron glorioso teatro de sus trabajos y de sus victorias.

Xavier, apóstol del nuevo mundo, cada dia conquistaba nuevos reynos á Jesucristo. Simon Rodriguez habia introducido ya la devocion y el fervor en la córte de Portugal, y el rey habia fundado el primer colegio de la Compañía en la universidad de Coimbra para seminario de apóstoles del nuevo mundo. Alfonso Salmeron y Pascual Bronet estaban en Irlanda como nuncios del papa para mantener la fe católica entre aquellos pueblos á quienes el rey Enrique VIII. solicitaba pervertir con todo género de artificios. Claudio Jayo hacia que la iglesia romana triunfase en Alemania á pesar de todos los esfuerzos y de todas las maniobras de los luteranos. Laynez y Salmeron (llamados de Irlanda) fueron enviados al concilio de Trento como teólogos del pontífice; Jayo vino tambien á él desde Alemania por teólogo del obispo de Ausbourg; Fabro fue igualmente enviado al mismo concilio como uno de los hombres mas sábios de su siglo. Cismáticos, hereges y gentiles, todos se rendian á aquellos nuevos soldados de Jesucristo, animados del espiritu y del zelo de su padre Ignacio; y como si no fuese bastante que sus hijos trabajasen con tanto fruto en la Euro-

pa y en el Ásia, á instancias del rey de Portugal envió á los reynos de Fez y de Marruecos á los padres Nuñez y Gonzalez. En fin, baxo los auspicios del mismo Monarca llevaron los jesuitas la fe hasta la Etiópia Occidental en el reyno de Congo y hasta la misma América Meridional.

Pero al mismo tiempo que Ignacio aprontaba tan excelentes obreros al Padre de familias, nada negaba él mismo al ardor abrasado de su zelo. Fundó en Roma una casa para los judíos convertidos; y halló forma para fundar ótra de refugio donde se recogiesen las mugeres de mala vida. Pero la caridad que exercitaba con los extraños no le olvidó de la que debia á sus propios hijos y á la Compañía. Compuso las constituciones y las reglas de su religion, en las cuales tantos sumos pontífices reconocieron visiblemente el espíritu de Dios y una consumada prudencia. Prohibió á Claudio Jayo cuando estaba en Trento, que aceptase el obispado de Trieste, que el papa y Ferdinando, rey de romanos, le querian dar, obligando despues á sus hijos á que hiciesen voto de renunciar las dignidades eclesiásticas.

Endulzaba el cielo los excesivos trabajos de nuestro Santo, dándole el consuelo de ver que todas las naciones y los soberanos solicitaban ansiosos tener hijos suyos en todas partes; y supo que el rey de Portugal habia fundado en Goa un colegio un año antes que hubiese colegio alguno en Europa; pero fue mayor su gozo cuando tuvo noticia de los felices sucesos con que la Compañía hacia la guerra á todos los hereges en Alemania, en Francia y en los Paises Baxos, y sobre todo cuando vió al duque de Gandía, don Francisco de Borja, renunciar todos sus estados, y venir á echarse á sus pies para ser recibido en la Compañía.

En medio de tantos motivos de gozo y de consuelo no se le templó el ánsia que tenia de renunciar el generalato para entregarse á una vida obscura y particular; pero todas las tentativas que hizo, y todos los medios de que se valió, solo sirvieron de dar mayor realce á su eminente virtud, y de obligar á que los sumos pontífices Paulo III., Marcelo II. y Paulo IV. le mandasen que no volviese á hablar en la materia.

Serían menester muchos crecidos volúmenes para referir todas las maravillas de este hombre extraordinario. Habia mucho tiempo que su salud, consumida con tantos trabajos y con sus contínuas penitencias, se iba debilitando mas de dia en dia, cuando reconoció que se acercaba su última hora. No se advirtieron otras señales de enfermedad, que la extraordinaria alegría y devocion que se le notó. Ni las ocupaciones exteriores, ni los negocios de mayor disipacion fueron nunca capaces de distraerle un momento de su íntima union con Dios. No hubo hombre mas interior, mas lleno de Dios, ni mas muerto á las criaturas y á sí mismo. Dotado de un sublime don de contemplacion, todas sus oraciones eran éxtasis; y se puede decir que toda su vida fue una contínua oracion. Un volver los ojos al cielo, un ponerlos en una flor, en una estrella, era bastante para arrebatarle en éxtasis y en raptos, durante los cuales, inmoble é insensible, se le oia exclamar transportado de amor: ¡*Qué asquerosa me parece la tierra cuando miro al cielo*! Levantaba hácia él frecuentemente los ojos; y tanto, que los que no sabian como se llamaba, no daban otras señas para distinguirle sino decir: *Aquel hombre que siempre está mirando al cielo, y siempre habla de Dios*. Cuando rezaba el oficio divino eran tantas las lágrimas que derramaba, que se veia precisado á hacer pausas en cada versículo, y en el altar todo era suspiros y llanto á cada palabra. Su divisa era: AD MAJOREM DEI GLORIAM: *A mayor gloria de Dios*; pero no se contentaba con glorificar á Dios como quiera, aspiraba á hacerlo con el modo mas excelente y mas perfecto. Su ternura y su devocion con la santísima Vírgen correspondian á su grande amor del Señor; despues de Dios en élla ponia toda su confianza, y quiso que esta tierna devocion caracterizase en parte su Compañía.

No era posible mayor mortificacion ni mas profunda humildad. Arrebatado un dia en espíritu, elevado de la tierra y rodeado de un celestial resplandor, se le oyó exclamar: ¡*O Dios infinitamente bueno, pues sufris un miserable pecador como yo*! Esta profunda y no menos ingeniosa humildad negó á nuestra noticia gran número de prodigios y de acciones heróicas, que por confesion de los

sumos pontífices y de todos los grandes hombres que le conocieron, constituyeron á Ignacio uno de los mayores santos de la Iglesia.

Como su enfermedad no era mas que una suma debilidad sin mucha calentura, así los médicos como sus hijos se engañaron; solo el Santo no se engañó; hizo que le administrasen los santos Sacramentos, los que recibió con extraordinario fervor. *Mi hora ya se llegó*, dixo al padre Polanco, *id, y pedid al papa la bendicion para mí, y una indulgencia por mis pecados. Pues qué*, replicó Polanco, *¿es posible que os hemos de perder tan presto? Vuestra enfermedad ninguno cree que es de peligro; ¿no podré dilatar esa diligencia para mañana? Haced lo que os pareciere*, respondió el Santo, temiendo que si insistia en la órden, se atribuyese á revelacion. Pasó toda la noche solo, ocupado en Dios y en un contínuo éxtasis. Los que entraron á verle por la mañana le hallaron ya agonizando. Acudieron todos los padres, deshaciéndose en lágrimas, y pidiéndole su bendicion. Polanco fue con diligencia al palacio pontificio, y el papa le concedió con gran dolor y con no menor benignidad todo lo que le pedia; mientras tanto, levantando Ignacio los ojos al cielo, y volviéndolos despues hácia sus hijos, los exhortó con voz desmayada y moribunda al constante amor de Dios, y á buscar en todo únicamente su mayor gloria; juntando despues las manos, volviendo á levantar los ojos al cielo, y pronunciando el nombre de Jesus y de María, espiró dulcemente una hora despues de salido el sol, en el dia último de julio del año 1556, á los sesenta y cinco de su edad, treinta y cinco despues de su conversion, y diez y seis de fundada la Compañía. Antes de su muerte tuvo el consuelo de verla extendida por todo el Universo, y dividida en doce provincias, en las cuales se contaban por lo menos cien colegios. Tambien la vió coronada del martirio en la persona del padre Antonio Criminal y de los hermanos Pedro Correa y Juan de Sosa, que todos tres perdieron la vida por la fe á manos de los bárbaros.

La preciosa muerte del Siervo de Dios hizo en los ánimos aquella impresion que hace siempre en los corazones la muerte de los santos. En toda la ciudad de Roma solo

se oian estas palabras: *Murió el santo.* Enxugó presto las lágrimas de sus hijos la confianza de que tenian en el cielo un poderoso protector. Hallábase en Roma san Felipe Neri cuando murió Ignacio, y habló de él despues de muerto como siempre habia hablado durante su vida; decia que era un hombre todo lleno del espíritu de Dios; que muchas veces le habia visto con el rostro cubierto de resplandor; que él le habia enseñado á tener oracion, y que le debia mucho toda la cristiandad. Mientras se le hacia el oficio de Difuntos, una señora, cuya hija habia cinco años que adolecia de lamparones, creyó que la enferma sanaria si pudiese tocar el cadáver del Santo; pero como no fuese posible romper por el concurso, suplicó á un padre que aplicase á la parte lesa de su hija alguna cosa de que hubiese usado el Siervo de Dios. Hízolo el padre Vischaven, y en el mismo punto desaparecieron los lamparones sin dexar señal alguna. Asegúrase que en vida resucitó un muerto, y que hizo otros muchos milagros. Los que cada dia obraba Dios por su intercesion en todo el mundo y en su sepulcro, movieron al papa Paulo V., precediendo el proceso y demas jurídicas informaciones, á beatificarle el dia 3 de diciembre del año de 1609; y el papa Gregorio XV., á instancia del emperador, de los reyes de España, Francia, Polonia, Portugal y de casi todos los príncipes católicos de Europa, le canonizó solemnemente, juntamente con san Francisco Xavier, san Felipe Neri, san Isidro Labrador y santa Teresa, el dia 12 de marzo del año de 1622. Trasladóse su cuerpo, y se colocó en el lado derecho del altar mayor el dia 19 de noviembre del año de 1597, en la célebre iglesia de Jesus, que habia edificado el cardenal Alexandro Farnesio. La capilla que el padre Tirso Gonzalez, décimotercio general de la Compañía de Jesus, dedicó al santo Fundador, está reputada por la mas rica y mas magnífica que hay en el mundo.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la siguiente.

Deus, qui ad majorem nominis tui gloriam propagandam, novo per beatum Ignatium sub-

O Dios, que enviaste á la Iglesia militante un nuevo socorro por medio del bienaventurado Igna-

sidio militantem Ecclesiam roborasti; concede, ut ejus auxilio, et imitatione certantes in terris, coronari cum ipso mereamur in cœlis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

cio, para propagar la mayor gloria de tu nombre; concédenos, que peleando nosotros á exemplo suyo, y mediante su intercesion en la tierra, merezcamos ser coronados juntamente con él en el cielo: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 2. y 3. de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo, y la misma que el dia XXVII, fólio 471.

NOTA.

"Habiendo corrido san Pablo las ciudades de Ásia, »vino á Roma el año 65 de Cristo, y se ocupó con su acos»tumbrado zelo en la conversion de los judíos y de los »gentiles. Por haber convertido á una concubina de Ne»ron le mandó prender el Emperador, y estando aún en »la cárcel escribió esta segunda epístola á su querido Ti»moteo para animarle á no temer las prisiones, los tor»mentos ni la misma muerte. El nombre de *escogidos*, »por cuyo amor dice está padeciendo en este lugar, se »debe entender por todos los fieles."

REFLEXIONES.

Todos los que quieren vivir piadosamente en Jesucristo, padecerán persecucion. ¿A cuál profeta no persiguieron vuestros padres? decia san Esteban. Luego la virtud y la religion en todos tiempos fueron perseguidas. Esta persecucion es tan antigua como el mundo. La malignidad del corazon humano no puede sufrir la inocencia. Su primera víctima fue Abel. Todo el delito de José fue haber sido mas amable y mas amado que sus hermanos. ¿Qué santo podrá estar á cubierto de la envidia, cuando no perdonó ni al mismo Jesucristo? Se puede decir que la persecucion es la herencia de los buenos; y es bien cierto que no siempre es la mas cruel la que viene por parte de los impíos. La mas sensible es la que excitan aquellos mismos que hacen profesion de virtud, y debieran ser sus mayores defensores. Si una persona religiosa, vencida

de la indispensable obligacion que tiene de aspirar á la perfeccion de su estado, se determina á observar con puntualidad sus menores reglas; mas resolucion y mas paciencia necesita para no ceder á la multitud de aquellos á quienes no agrada esta reforma. Los menos fervorosos, cuyo número suele ser el mayor en una comunidad, consideran aquella exâcta reforma como una especie de tácita censura, y aquel fervor como una secreta reprension de su tibieza; y no basta callar, vivir retirado, atender no mas que á su obligacion, y no ceder á nadie en humildad y en dulzura; la emulacion no se vence á fuerza de virtudes; dicen, que en aquella persona observante y fervorosa no se descubre mas que un espíritu de orgullo y de distincion; por su mayor observancia le llaman el nuevo reformador, que viene á turbar la comunidad y á inquietarla en la pacífica posesion de la tibieza. Hasta la estimacion que se hace de los buenos no pocas veces los da ocasion de nuevas pruebas. Hay en una comunidad un sugeto de singular virtud, mas humilde, mas mortificado que los ótros, pronto á cualquiera cosa que le manden; bien puede esperar todas las ocupaciones de mayor trabajo; todo lo penoso y desagradable que se ofreciere se le encargará á él, y él cargará con los empleos á que se negaren ó se resistieren los imperfectos; se contempla poco su virtud por el concepto que se tiene de su mortificacion; en fin, nunca se verá sin perseguidores la fe de Jesucristo. Nació la Iglesia á la sombra de la cruz, con la Iglesia nació la persecucion; siempre el error hará guerra á la verdad; y mientras haya hereges, siempre tendrán que padecer los hombres apostólicos. Es menester, dice el Apóstol, que haya heregías entre vosotros, para que entre vosotros se reconozcan los que están bien probados. Húbolas, y las habrá en todos los siglos, y en todos serán perseguidos los verdaderos fieles por defender la verdad.

El evangelio es del cap. 10. de san Lucas.

In illo tempore: Designavit Dominus, et alios septuaginta duos. Et misit illos binos antè

En aquel tiempo: Eligió el Señor otros setenta y dos, y los envió de dos en dos delante de sí á

faciem suam in omnem civitatem et locum, quò erat ipse venturus, et dicebat illis: Messis quidèm multa, operarii autem pauci. Rogate ergo dominum messis ut mittat operarios in messem suam. Ite: ecce ego mitto vos sicut agnos inter lupos. Nolite portare sacculum, neque peram, neque calceamenta, et neminem per viam salutaveritis. In quamcumque domum intraveritis, primùm dicite: Pax huic domui; et si ibi fuerit filius pacis, requiescet super illum pax vestra; sin autem, ad vos revertetur. In eadem autem domo manete edentes et bibentes quæ apud illos sunt; dignus est enim operarius mercede sua. Nolite transire de domo in domun. Et in quamcumque civitatem intraveritis, et susceperint vos, manducate quæ apponuntur vobis, et curate infirmos, qui in illa sunt, et dicite illis: Appropinquavit in vos regnum Dei.

todas las ciudades y lugares á donde él habia de ir, y les decia: La mies es grande, y pocos los operarios. Rogad, pues, al Señor de la mies que envie operarios á su hacienda. Id: he aquí que os envio como corderos entre lobos. No lleveis bolsa ni zurron, ni sandálias, y no saludeis á nadie en el camino. En cualquiera casa que entráreis, decid primero: Paz sea á esta casa; y si allí hubiese hijo de paz descansará sobre él la paz vuestra; pero si no se tornará á vosotros. Permaneced, pues, en la misma casa comiendo y bebiendo de lo que tienen; porque el operario es digno de su premio. No paseis de una casa á ótra. Y en cualquiera ciudad que entráreis y os recibieren, comed lo que os pongan delante. Y curad los enfermos que hay en élla, y decidles: Se acercó á vosotros el reyno de Dios.

MEDITACION.

Que en todo se debe buscar la mayor gloria de Dios.

PUNTO PRIMERO.

Considera que Dios crió á todo este vasto Universo y á todas las criaturas que se comprenden en él únicamente para su gloria. Cuando las sacó de la nada no se podia proponer otro fin. Luego que determinó Dios criar una criatura racional, esto es, capaz de conocerle y amarle, no pudo menos de querer que esta criatura lo refiriese todo á la gloria del Criador; es decir, que su entendimiento conociese aquel sér infinitamente perfecto, aquel

Sér soberano, independiente y todopoderoso; aquel sér, principio y fin de todos los demas seres, y que su corazon le amase como su único y supremo bien; que ese entendimiento y ese corazon, caminando siempre de acuerdo por este motivo de religion, no se moviesen sino para hacer aquello que agrada á Dios; que nada deseasen tanto como ver santificado y glorificado su nombre en todo y por todo, y de ver extendido por todas partes el número de sus verdaderos fieles y de sus verdaderos adoradores. De este conocimiento y de este amor de Dios resulta necesariamente el respeto y la adoracion que se deben á este soberano Sér, objeto único y necesario de su admiracion, de su veneracion, de su consagracion y de su culto; único objeto capaz de contentar y de saciar su corazon, y único principio de la felicidad aun desde esta vida. No hay criatura en el cielo; no la hay en la tierra, que no nos esté gritando y advirtiendo este fin. Tienen los cielos su lengua, y con élla publican incesantemente la gloria del Criador. Ni es menos elocuente la tierra. No hay flor, no hay fruto, no hay planta, no hay yerbecilla que no nos anuncie la incomprensible habilidad, la infinita sabiduría y la omnipotencia del que la crió. ¿Qué hombre ni qué ingenio pudo, ni podrá jamás hacer el mas imperceptible mosquito, el mas vil insecto? la planta mas despreciable, la mas mínima hoja confunde y desespera toda la industria, toda la habilidad del mas diestro artífice. ¡O Dios mio, cuántos objetos publican nuestra nada, y nos predican nuestra obligacion cuando nos ponen á la vista vuestro infinito poder! Todas las cosas nos están gritando que solo fuimos criados para glorificaros; es decir, todas las criaturas nos deben mover á conoceros, á amaros y á bendeciros sin cesar. Todas nos claman que solo nos dísteis el uso de estas criaturas con la precisa condicion de que nos habian de servir de medio para reconocer vuestra bondad en tantos beneficios, y para obedecer vuestros preceptos. Usar en otra conformidad de estos beneficios es impiedad, y por decirlo así, es injusticia; todo nos debe llevar á Dios, y á Dios debemos referirlo todo, so pena de trastornar con culpable abuso el órden que él mismo estableció cuando nos crió. Bienes, talentos, salud, la misma vida, cuanto tenemos, cuanto

somos, todo debe ser únicamente para gloria de nuestro Dios. Cuanto hacemos, cuanto emprendemos, cuanto deseamos no debe tener otro motivo que esta divina gloria. Esta fue la principal devocion de todos los santos, y singularmente de san Ignacio. ¿Pero es ésta la nuestra? ¿somos todos siervos de Dios? ¿trabajamos únicamente por este soberano Dueño? ¡Ah Señor, y qué pocos siervos fieles cuentas! ¿Merecemos nosotros este augusto título?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que esta es una ley en que ninguno está dispensado. ¿Pero cuántas veces la violamos abusando enormemente de las criaturas? Tenemos el uso de éllas, pero usurpamos la propiedad. ¿Es siempre aquel uso para glorificar al Criador? ¿es la gloria de Dios el fin de todos nuestros deseos, de todas nuestras acciones, como lo era de todas las empresas de san Ignacio? Lloramos con razon la impía ceguedad de aquellas naciones insensatas que rendian á las criaturas el culto debido á solo Dios. ¿Somos nosotros menos insensatos cuando referimos á nosotros mismos lo que únicamente se debia consagrar á este Señor? Y cuando se exâmina de cerca nuestros fines y nuestros proyectos; cuando se consideran los verdaderos motivos de todas nuestras acciones, ¿no se podrá decir con sobrada razon que colocamos nuestro último fin en nuestros intereses y en nuestra propia gloria? ¿proponemos por ventura ótro en todo cuanto hacemos? ¿acaso nos servimos de las criaturas precisamente para amar mas al Criador? ¿cuántas veces hemos sacrificado la gloria de Dios á la nuestra? Culto divino, intereses de religion, el mismo Dios, todo se pospone á nuestras pasiones y á nuestros intereses. ¿Se buscará únicamente la gloria de Dios en aquel ardor, en aquella vivacidad con que se defiende la propia reputacion, y se corre ansiosamente tras de todo lo que lisonjea el amor propio? Esos esclavos de la fortuna, esas víctimas de la ambicion y del interes, esas gentes del placer y de la diversion, esas almas terrestres, embriagadas con el amor de las criaturas, ¿buscan la gloria de Dios únicamente? ¡Oh, y cuánta verdad es

que son pocos sobre la haz de la tierra los que no trastornan el órden de la Providencia por lo que abusan de los bienes criados! Hasta las mismas personas que hacen profesion de virtud, ¿será en todas éllas muy pura la intencion? ¿es siempre puro y limpio el zelo de los devotos? ¿no se insinúan hasta en el santuario el amor propio, el orgullo, el genio y la propia estimacion? Si solo se busca la mayor gloria de Dios, ¿en qué consiste esa mayor inclinacion á tales lugares y á tales ocupaciones? ¿esa inquietud sobre el destino? ¿qué nos dará esa visible aceptacion de personas? Cuando solo se busca á Dios, se encuentra gusto en los abatimientos, no se sienten los malos sucesos, y solo se atiende á la gloria de aquél á quien se desea agradar. Desconfiemos de todos esos trabajos apostólicos tan preconizados, de todas esas devociones un poco demasiado aplaudidas; una virtud obscura y despreciada tiene mucho valor, y es mas segura. ¡Oh, qué bello modelo de la pureza de intencion es toda la vida de san Ignacio!

Purifica, Señor, mi corazon, abrásale con el sagrado fuego de tu puro amor, y solo buscaré tu mayor gloria. ¡Oh, y cuántos imperfectos motivos, cuántos fines terrenos se mezclan en toda mi conducta! Reconozco mis ilusiones, y las detesto; lleno de confianza en vuestra misericordia, estoy resuelto á no mirar otra cosa que á vos en los dias que me restaren de vida.

JACULATORIAS.

Quid mihi est in cœlo? et à te quid volui super terram? Salm. 72.

¿Qué tengo yo que desear, Dios mio, fuera de vos en el cielo y en la tierra?

Non quæro gloriam meam; sed ejus qui misit me. Joan. 8.

No, Señor, en nada buscaré mi gloria, sino la vuestra.

PROPOSITOS.

Suele ser la gloria de Dios un especioso pretexto de que se valen muchos para autorizar sus pasiones y para canonizar su amor propio. Emulacion, antipatía, ven-

ganza, orgullo, todo esto se cubre con tan religioso nombre para satisfacer sin temor y sin remordimiento. El excesivo cuidado de la salud, el regalo, y hasta la mas refinada delicadeza; todo se reboza con tan respetable motivo. Sobre todo, la vanidad y la ambicion en los devotos de perspectiva no dexan de clamorear la mayor gloria del Señor, siendo así que éllas son el móvil de todas sus acciones; pero descubre Dios los verdaderos motivos: sucede á estos especiosos pretextos lo que al zelo falso, que engaña con apariencias de bien. Mira que las pasiones son ingeniosas, no quieras tú ser el juguete de éllas. Busca á Dios en todo lo que haces, y antes de emprender cosa alguna, exâmina bien á los pies del crucifixo por qué motivo las emprendes, cuál es el verdadero fin. Para esto trae á la memoria el pensamiento de la muerte y de la cuenta que te han de pedir. Confieso que es facil engañarse; por eso, para proceder con acierto, no determines cosa alguna de repente; comunica con sinceridad á tu director los movimientos de tu alma, y sigue su consejo, acordándote de lo que dixo Cristo á sus discípulos, que vendria tiempo en que cualquiera que los persiguiese juzgaria que en eso hacia un gran servicio á Dios.

2 Haz propósito todas las mañanas, al tiempo de ofrecer las obras del dia, de no emprender cosa alguna que no sea con la intencion de agradar á Dios únicamente, y de buscar su gloria en todas tus acciones. *Todo cuanto hiciéreis*, dice el Apóstol (*ad Colos.*), *ya sea de palabra ó ya de obra, hacedlo todo en nombre de Jesucristo nuestro Señor, rindiendo gracias á Dios Padre por medio de él.* Glorifícase á Dios siempre que cada uno cumple con las obligaciones de su estado por agradarle. Por aquí has de comenzar á buscar su gloria. Todo lo que se hace por Dios se hace con cuidado y con fervor. Procura que el mismo zelo y la misma aplicacion con que desempeñas tus obligaciones estén mudamente publicando que lo haces por Dios. Es muy provechosa costumbre decir al principio de cada obra: *Señor, esto lo emprendo á mayor gloria vuestra; dignáos echarlo vuestra bendicion.* No te niegues á ninguna buena obra, especialmente de aquellas que Dios te pone delante. Las mas obscuras son por lo comun donde se busca su gloria con mayor

seguridad. Glorificamos á Dios con nuestros abatimientos y con el desprecio de nosotros mismos. En ninguna cosa resplandece mas la pureza de intencion, que da valor y mérito á las acciones, que en los servicios que se hacen á los menos agradecidos. ¿No corresponden á tus finezas? ¿no se hace caso de tu trabajo? ¿no se dignan ni aun de volver los ojos á tus sudores y á tus fatigas? pues trabaja entonces con mayor fervor y con mayor zelo; esta será la mejor prueba de que solo trabajas por Dios.

FIN DEL MES DE JULIO.

TABLA

De los títulos que se contienen en este tomo séptimo.

FIN DE LA TABLA.






A 069(257)/106
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
600154326
1239164805


69
AÑO
CRISTIANO
JULIO


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm